This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

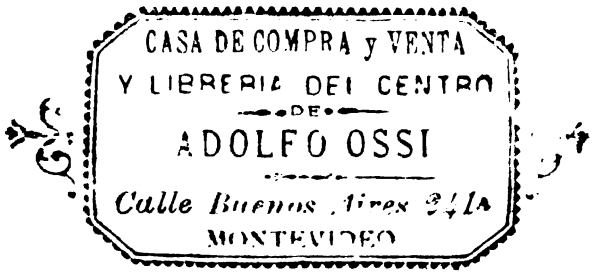
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

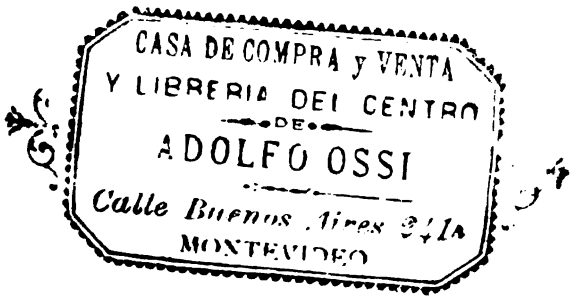
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES

EN LAS RIBERAS DEL PLATA



40

EN LAS RIBERAS DEL PLATA



FERNANDO RE

EN LAS RIBERAS DI

VERSIÓN CASTELLANA

de

ANTONIO SÁNCHEZ PÉ

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo. 2.

1891

F 2815
R43

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

PRIMERA PARTE

EL EMBARCO Y LA TRAVESÍA

CAPÍTULO PRIMERO

La conquista del pasaporte.—Siete días de asedio.

—Dispense usted. ¿Es ésta la oficina en que se expiden los pasaportes?

—Esta es. ¿No ha visto usted el letrero en la puerta?

—Lo pregunto, porque en este bendito Palacio la mayor parte de los letreros que hay en las puertas corresponden á cosas completamente distintas de las que en ellos se dice.

—Abreviemos. ¿Para dónde necesita usted pasaporte?

—Para la América del Sur.

—Explíquese usted más.

—Quiero decir para los Estados del Plata, el Brasil, Marruecos...

—Pero esto no es de América.

—Así me han dicho; pero no importa.

—¿Tiene usted ya el *nulla osta*?

—¿Cómo ha dicho usted?

—El *nulla osta*.

—¡Ya! Comprendo: del latín *nihil obstat*... (1)?

—Lo que sea... ¿Usted tiene ó no tiene ese documento del inspector de su distrito?

—A propósito... ¿De qué distrito soy?

—Usted lo sabrá.

—No sé absolutamente nada de esto, porque, si he de hablar á usted con franqueza, no suelo tener asuntos con la policía; casi me avergüenza confesarlo. De todas maneras, esperaba yo que teniendo, como tengo, mis papeles en regla, el pasaporte sería fácil de obtener.

—Sí, señor; siempre que usted presente el *nulla osta*.

—Comprendo; ahora mismo voy á casa del inspector de mi distrito, y dentro de pocos

(1) Palabras latinas que equivalen á *nada se opone*; esto es, no hay dificultad para que al interesado se le expida el pasaporte.

(*N. del T.*)

momentos estoy aquí de vuelta con el documento.

—Perfectamente.

—Pues hasta luego.

—Para servir á usted.

Esta conversación, palabra más, palabra menos, sostuvimos un empleado en la oficina de pasaportes y yo, en el *Palacio Ducal* de Génova, y en uno de los últimos días de Marzo de 1889.

A la salida pregunté al primer agente de Orden público á quien ví en el atrio, á qué distrito pertenezco, diciéndole previamente la calle en que está mi habitación.

El primer guardia no supo decírmelo; lo mismo le sucedió al segundo; pero el tercero pudo al fin enterarme de que yo pertenecía al distrito del *Muelle*.

Bajé la cuesta Pollaroli, me interné hasta San Donato, subí luego por el callejón de San Agustín, en el cual me habían dicho que se hallaba instalado el despacho del inspector de aquel distrito. Muy cerca de las tres cuartas partes del callejón había ya subido, cuando descubrí un pórtico bastante desaseado para que pudiera comprenderse que allí debía de haber alguna oficina del Gobierno. Efectivamen-

te, después de subir varios tramos de escaleras, que mi olfato no olvidará nunca, logré hallarme en la Inspección del Muelle.

Allí estaba, como de centinela, otro guardia.

Preguntéle si se hallaba en su despacho el Inspector.

—Según y conforme—respondió el guardia

—Se trata, le dije, muy confiado en el buen éxito de mi empresa, de que me dé el documento en que conste que no hay dificultad en que yo saque mi pasaporte.

—Pues bien: en ese caso no está; ó, por mejor decir, no puede ahora dedicarse á esas cosas.

—¿Y cuándo podrá dedicarse á ellas?

—Después de las dos.

—¿De hoy?

—O de mañana; cuando usted quiera.

—Vendré hoy, después de las dos; hasta luego.

Salí; para hacer tiempo, leí los carteles de funciones religiosas fijados en la puerta de alguna iglesia, y á las dos torné por mi callejón de San Agustín arriba...

—¿Está el inspector?

—No está.

—Pero me habían dicho, esto es, usted mis-

mo me había dicho que después de las dos...

—Después de las dos, si no está, no está.

—¿Cuándo puedo volver para el negocio de mi *nulla osta*?

—Pues mañana por la mañana, á cosa de las diez.

—Corriente... Confiemos en que no sucederá lo mismo.

Las diez en punto eran cuando al día siguiente penetré de nuevo en la inspección de mi distrito.

—¿Está el señor inspector?

—Está; pero ahora se halla muy ocupado con asuntos de unos ladrones.

—¿Y cuándo podrá ocuparse con los negocios de los hombres honrados? Como el de mi documento.

—Pues esta tarde. Después de las dos.

—¿Será esto otra burla?

—Aquí no hay burlas...

—Quería yo decir si el señor inspector estará realmente visible después de las dos.

—Puede usted probar.

—Ya he probado tres veces.

—Pues pruebe la cuarta.

—Así lo haré. Ya veo que en este mundo es menester hacer de todo para vivir... y viajar.

Y á las dos retorné á la oficina. Estaba de centinela otra guardia. Sentado á una mesa vi á otro, vestido de paisano, que hacía crujir una pluma de ganso en las hojas de un registro.

—¿Qué quiere usted? me preguntó el guardia.

—Quiero ver al señor inspector—contesté, con la fuerza que me daba la tranquilidad de mi conciencia—y me han dicho esta mañana, después de haber estado aquí tres veces, que á las dos le encontraría de seguro.

—¿Quién? ¿El señor inspector? preguntó el de la pluma de ganso interviniendo en la conversación.

—Precisamente.

—Pues bien: no está, contestaron á dúo guardia y escribiente.

—¿Y cuándo me sería posible encontrarle? murmuré con uno de esos suspiros profundos que en la vida ordinaria se reservan para la mujer querida.

—Vuelva usted mañana á las diez, respondió el guardia.

—¿A las diez precisamente? pregunté con la mayor humildad.

—Diré á usted, contestó el de la pluma, dejándola un momento en la mesa; si se trata...

—Se trata, me apresuré á decir, de un do-

cumento de *nulla osti* para mi pasaporte.

—Entonces, tratándose de eso, mejor será que venga usted mañana á las dos.

—Bueno; vendré mañana á las dos, dije volviendo á tomar mi sombrero; y saludé.

Puntualísimo como quien no debe dinero, volví á presentarme al otro día á las dos en punto en la inspección. La escena se hallaba exactamente lo mismo que veinticuatro horas antes; con el mismo guardia y el mismo pendolista á la mesa.

—¿Está el señor inspector? comencé á decir según costumbre.

—¿Qué se le ofrece á usted? me preguntó el guardia.

—Vengo por el documentito para mi pasaporte.

—¿Tiene usted ya dispuesta su solicitud? me preguntó casi con benevolencia el de la pluma, que á la sazón se la había colocado detrás de la oreja.

—¿Qué solicitud?

—¡Carambal... La solicitud para obtener el documento.

—¿Ha de ir extendida en papel sellado?

—¡Es claro!

—¿De qué precio?

—Diré á usted, me dijo más benignamente el hombre de la pluma; el asunto de la solicitud no es tan fácil y sencillo como usted puede figurarse.

—Me figuro que sólo se trata de solicitar del inspector...

—Del ilustrísimo señor inspector que tenga la bondad de facilitar á usted el documento para obtener el pasaporte.

—Perfectamente.

—Pero es que si usted no redacta la solicitud de un modo, por decirlo así, adecuado, de un modo, ¿cómo diré yo? exacto y preciso...

Herido en lo vivo, á mi vez, como hombre de pluma—aunque no de ganso—contesté en seguida:

—Paréceme la cosa más fácil del mundo redactar una solicitud tan sencilla.

Y salí del despacho, no sin enterarme de que el papel sellado había de ser de dos reales, más el diez por ciento del impuesto... de la guerra que se acabó hace ya veinticuatro años.

Una vez adquirido el papel sellado, redactada la solicitud en la forma más respetuosa que pude hallar, volví á la oficina del inspector, muy seguro de que ya no encontraría más dificultades.

Nueva desilusión. El papel era el que la ley exigía; los términos de la solicitud estaban perfectamente en regla. ¿Qué faltaba? Una... mejor dicho, dos cosas sencillísimas...; un par de testigos buenos y dispuestos á ratificar la solicitud, á darle valor y á hacerla digna de mejores destinos ante el ilustrísimo señor inspector.

Conocida ya, por conducto de la boca fatídica del escribiente, esta suprema é indispensable necesidad de los dos testigos, se me dijo también que hasta el día siguiente el señor inspector no estaría visible.

Total: tres días enteramente perdidos en obtener, no el pasaporte, sino el documento necesario para pedirlo.

En la mañana del día siguiente andaba yo, con tiempo bastante, á caza de dos testigos, que habían de ser personas de mayor excepción y, lo que aún importaba más, *conocidas*.

Personas *conocidas* son, para estos menesteres, las que han sido ya muchas veces empleadas para tales incumbencias de testimonios en las inspecciones, en los juzgados, en los tribunales, en las administraciones de correos, telégrafos, etc., hasta haber sido testigos de bodas.

Quiso mi estrella, propicia en esto, que los dos testigos, con todos los arrequives legales ne-

cesarios estuvieran á tiempo á mi disposición; hasta uno de ellos, para mi mayor tranquilidad, había tenido que presentarse pocos días antes en la inspección misma de mi distrito, con motivo de un escándalo que cierta criada había promovido en su casa.

Las diez eran cuando nos presentamos los tres en la oficina para conquistar el *nulla osta*.

El escribiente de la pluma de ganso, al verme y oirme, se apresuró á gruñir:

—Para este asunto será mejor que vuelvan ustedes esta tarde á las dos, ó mañana por la mañana.

Yo, por el contrario, le repliqué sin vacilaciones, que un par de testigos prontos á dejar sus asuntos por una nonada, ó, lo que es igual, por un *nulla osta*, no se encontraban fácilmente á todas horas, y que yo tenía verdadero empeño en conservar aquéllos dos, dotados de todos los requisitos legales, que la fortuna me había deparado, y no me sentía con fuerzas de ánimo bastantes, ni por mi cuenta ni por la de mis testigos, para volverme por donde había venido, sin realizar mi propósito.

El pendolista calló, y nosotros tres esperamos con toda paciencia muy cerca de una hora á que el señor inspector se dignase admitirnos á

su presencia. Pero las molestias no parecían próximas á terminar, porque el inspector, después de enterarse de lo que allí nos llevaba, manifestó que le parecía muy irregular presentarle simultáneamente la solicitud para obtener el *nulla osta*, y los testigos para autorizarla. Éstos habían de presentarse como corolario de la aceptación, por parte de la autoridad, de la solicitud. Menos mal que aun este obstáculo pudo superarse, y el importante funcionario se prestó, por último, á escucharnos.

Después de examinar atentamente nuestras fisonomías, me dijo, entre otras cosas muy peregrinas:

—¿Ha cumplido usted ya sus compromisos de la quinta?

Parecióme entonces que el almanaque americano colgado en un testero se burlaba de mí, y un poco también del señor inspector.

—Dos veces, por lo menos, ha pasado ya la quinta, respondió por mí uno de mis fiadores; el más anciano.

Entonces, al propio tiempo que me dirigía otras preguntas más ó menos inútiles, el inspector comenzó á escribir en una hoja de papel, después de haber anotado no sé qué cosas en un terrible registro.

Cuando me creía en legítima posesión de un documento que había de abrirme paso al gran Océano, el señor inspector me preguntó:

—¿Tiene usted ahí el sello?

—¿Qué sello?

—El sello de una peseta, que luego es una peseta y veinte céntimos.

—Perdone usted, pero estoy tan poco enterado de estas cosas...

—Ya lo veo.

—De todos modos, compraré el sello y lo pegaré.

—Pero yo no puedo dar á usted el documento sin el sello.

—Corriente, haremos otra cosa; voy ahora mismo á comprar el sello, y vuelvo con él.

—Está bien; pero habrá de ser mañana, porque hoy no puedo dedicarme á esto...; es absolutamente imposible.

Mis dos fiadores bramaban.

—¿Y estos señores? pregunté señalando hacia las víctimas en segundo grado.

—Pueden retirarse, contestó el funcionario, porque ambos habían prestado ya los testimonios precisos, y hasta los habían firmado.

Mis dos hombres respiraron entonces como si se les hubiese aliviado de gran peso; no así

yo, que todavía no podía suponerme á la mitad del camino.

Prescindo, en gracia á la brevedad, de otras muchas dificultades que cuando yo menos podía esperarlo sobrevinieron en el asunto del pasaporte. Dueño ya, cuando Dios lo quiso, de mi *nulla osta*, enderecé mis pasos á la oficina de los pasaportes. Desde ésta me enviaron á la tercena para la conquista de un sello de diez pesetas (que luego son doce). No es preciso advertir que en idas y venidas de una oficina á otra, y desde el sello ordinario al extraordinario, las horas se pasan que es una bendición de Dios.—En las oficinas del Sello puede uno estarse perfectamente más de media hora sin llegar ni aun á ver el perfil de un empleado, hasta que, conseguido esto, falta saber si al empleado le acomodará ó no le acomodará escucharle,

Una vez provisto de todos los sellos, certificaciones, etc., que el arte del Estado exige para tormento refinado de las gentes, ya está usted en situación de aspirar á la posesión legítima de su pasaporte; pero aún falta averiguar cuándo podrá el empleado, casi siempre uno solo para la expendición, despachar á usted, que está esperando su turno entre una muchedumbre de emigrantes ú otra cosa.

Y cuando, después de larga espera, parece á usted lógico que haya llegado ya su turno, aún tiene usted que oir una vez más el estribillo eterno: «Vuelva usted mañana.» — Esto me ocurrió; pero en honor de la verdad no lo sentí, porque ya había comenzado á tomar afición á esta aventura de la conquista del pasaporte; fuí, por último, en el día siguiente admitido á la presentación formal del documento *nulla osta* y al pago del sello indispensable para el pasaporte. El empleado, después de recibir todo eso y de mirar de reojo el *nulla osta*, me dijo:

—Venga usted mañana, después de las cuatro, á recoger el pasaporte.

Debo agregar á todo lo dicho, aunque sólo sea de pasada, que al día siguiente, cuando á las cuatro dadas fuí á la oficina de los pasaportes, me encontré la puerta cerrada y se me acercó por caridad un guardia para decirme que la oficina estaría abierta al siguiente día por la mañana; y, en efecto, en dicho día me fué dado realmente el poseer mi pasaporte en regla; total: una semana casi por completo dedicada á tan preciosa adquisición.

Creí que todas aquellas dilaciones me habían alcanzado por estar yo alistado, desde muy antiguo, en el libro de los desdichados; pero un

conocido mío, médico, el cual había resuelto entrar á ejercer su profesión á bordo del buque *Lavarello*, me consoló haciéndome saber que debía yo considerarme muy afortunado si había conseguido salir del negocio sin más tropiezos, y me pintó las penalidades soportadas por él para conseguir su *nulla osta* y su pasaporte, con palabras conmovedoras y capaces de arrancar lágrimas á un marmolillo. Para muestra basta con el botón siguiente:—Las autoridades de Génova dicen al doctor que no puede concedérsele el pasaporte como no se provea de una autorización del Ministerio. El Ministerio responde... que no responde, porque este asunto es de la competencia exclusiva de las autoridades locales de Génova. Estas replican, y el doctor está medio loco, sin saber á qué santo volver la vista. Persiste el inspector en decirle que no puede darle el *nulla osta* si antes no se arregla con la capitanía del puerto. La capitanía torna á decirle que nada puede hacer sin un decreto del Ministerio. Por último, un amigo le aconseja que, antes de apelar al suicidio, se dirija á la autoridad superior de la provincia; esto es, al gobernador. Y por ese camino consigue al fin reivindicar sus derechos de ciudadano libre y obtener su pasaporte.

CAPÍTULO II

El embarco.—Una despedida de Edmundo De Amicis.—La Compañía Pasta.

Es dable, tanto á los autores de gran valía cuanto á medianos escritores—y saben ustedes perfectamente á quién aludo en este caso—describir cuantas veces se quiera un embarco y un viaje por América, sin que el testigo presencial abrigue temor alguno de que al exponer sus impresiones va á seguir las huellas de los narradores que le han precedido. Es siempre tal y tanta la variedad de episodios nuevos que se presentan, de tipos peregrinos y dignos de llamar la atención, de vicisitudes tan distintas unas de otras, que en realidad puede asegurarse que en este campo hay siempre mies para todos, medianos inclusive...; y esto me envalentona. Baste saber, por lo que á la variedad de tipos respecta, que en el día 3 de Abril de 1889 me embarcaba yo para América en el DUQUESA DE GÉNOVA (de *La Veloz*), llevando por compañeros de viaje, además de unos mil emigrantes (poco más ó menos), una Compañía dramática

italiana de primer orden, la de Francisco Pasta; un contingente reducido de músicos y danzantes, sin contar otros artistas que se embarcarían después en el mismo buque al pasar por Barcelona, y sin contar, tampoco, con que entre los pasajeros de clase había chalanes, comerciantes de cuadros antiguos, inventores de polvos *insecticidas* (1), cajeros retirados, fotógrafos, fabricantes de campanas, disecadores de aves, y así ascendiendo por esferas superiores, hasta cónsules y ministros.

Pero no quiero apresurarme: después del embarco habrá tiempo. No es ya cosa sencilla, en los puertos italianos, el embarcarse, ni aun teniendo el pasaporte perfectamente en regla. Así como es menester á fuerza de sudores conquistar el pasaporte, es preciso también sudar y demostrar una paciencia sin límites para lograr entrada en el buque. Así ocurría, al menos, en el día tantos de Abril de 1889; y ahora, aplicadas las nuevas leyes sobre la emigración, sucede algo peor todavía. De tal modo es esto verdad, que los jefes de las Sociedades de navega-

(1) La Academia Española no ha dado aún carta de naturaleza á este vocablo, muy usual entre los tratantes en drogas.

(*N. del T.*)

ción entre los dos mundos nunca se han visto amenazados de tantos riesgos como ahora, después de la reforma, ni acosados por tantas molestias y tantos engaños legales; mientras á las gentes caritativas les quedan la satisfacción y el entretenimiento de leer cada dos días que Asdrúbal Pappataci ha sido reconocido legalmente como agente de emigración; Epaminondas Tartufi, como subjefe; Pompeyo Lasagna, como contra agente, y así por el mismo orden. Clasifiquemos, pues. Primera estación de este *Via crucis*, conquista del pasaporte; segunda estación, su entrega en las oficinas de navegaciones en el acto de adquirir el billete; tercera estación, remitir por sí mismo, y previamente, los equipajes á bordo; cuarta estación, espera de algunas horas antes de la salida del barco, en la escalera...

Porque es necesario tener en cuenta que se trata ahora de reconquistar el pasaporte; cumpliendo con su deber, la Compañía lo ha remitido á la autoridad del puerto, y ésta debe entregarlo personalmente al interesado, que sin ese documento no puede subir á bordo. ¡Voto al infierno! de aquella cancela fatal ni una mosca pasa si no lleva su pasaporte en regla.

Esperemos, esperemos, pues, de pie derecho

bajo el cobertizo enorme del puente Federico Guillermo, á que se abra el ventanillo desde el cual serán distribuídos los pasaportes. Estamos allí, en montón, cerca de mil cien personas entre emigrantes y viajeros de primera y de segunda clase. Nada de remilgos y nada de preferencias; ¡vive Dios! que debíamos considerarnos hermanos todos. Si la señorita melindrosa se siente molestada por el hedor proveniente de un grupo de *pelagrosos* (1) mal curados, por los cuales se halla rodeada; si el pasajero algo delicado de los pies padece con los pisotones de un vecino excesivamente grosero; si á Tizio le tunden las costillas con su presión insistente los codos de aquella inundación de emigrantes; si Cayo lanza bocanadas frecuentes de humo, bastante para precipitar un mareo que principia; si el eterno Sempronio, metido en aquella horrible confusión de tantos elementos más ó menos sospechosos se encuentra con la novedad de que ha perdido su portamonedas, no

(1) En el Diccionario de la *Academia* se define la voz *pelagra;* pero, por razones que desconozco, no está incluído el vocablo *pelagroso;* y como no hay manera de nombrar de modo distinto á los que padecen esa enfermedad, empleo la palabra que me parece adecuada y propia.

(*N. del T.*)

hay sino tener un poquito de resignación y otro poquito de tolerancia para todas estas miserias vulgares y estas imposiciones de las leyes. Al fin y al cabo trátase únicamente de estar entre la muchedumbre, en aquella enorme menestra humana, dos ó tres horas nada más, fuera del tiempo necesario para que después de algunas falsas alarmas, se abra realmente el ventanillo desde el cual han de ser devueltos á los emigrantes y á los pasajeros sus respectivos pasaportes, y toda aquella multitud de aspirantes al embarco pueda exhalar un suspiro ruidoso de satisfacción.

Verdad es que durante aquella espera enojosa, bajo aquella cubierta obscura y en una atmósfera impregnada de los olores de que ya ustedes saben, alguna señora, ó no señora, había de ser sacada de entre la muchedumbre á consecuencia de un desmayo.

Pero ya está dicho desde los tiempos del gran Bonaparte que no se hacen tortillas sin partir huevos, y de partir huevos entienden perfectamente las autoridades marítimas de Génova.

Gemía yo hacía más de una hora entre aquellas apreturas, aquellos empujones, aquel hedor, y el conmovedor aspecto de tantos desmayos.

De pronto se oyó partir de las primeras filas de los impacientes un prolongado *¡aaah!* que recorrió toda la masa reunida bajo el cobertizo. Había aparecido un representante de la autoridad en la puertecilla con un paquete de pasaportes. Sobrevino inmediatamente un movimiento de manos de los más próximos á él, que se tendían en actitud suplicante. Los de las filas primeras estaban ciertamente mejor que los otros; pero es fácil comprender que con aquella friolera de presión á la espalda estaban deseando quitarse de en medio. Para contener los entusiasmos de los más adelantados, tronó de pronto (mejor dicho que tronó, estaría crujió, porque aquella era una voz de caña rota); tronó, digo, la voz de aquel sér tan esperado de todos para advertir que no debía oirse más que un solo nombre cada vez. La pretensión era legítima. Todos callaron durante algunos segundos, y después diez, veinte, ciento, gritaron simultáneamente sus nombres respectivos.

—Uno, uno solo cada vez, vociferaba el empleado, amenazando al propio tiempo con el tremendo castigo de dar á todos con la puerta en las narices.

—Hagan ustedes el favor de callar, dijeron entonces, asustados con la amenaza, los más

adelantados, á los que lo estaban menos, y al cabo y al fin se restableció un poco la calma.

El de la puertecilla, invitando ahora al uno, después al otro de los suplicantes á decir sus nombres, comenzó la devolución de los pasaportes.

Hallábame yo como á la mitad del montón inmenso que, merced á la distribución comenzada, principió á aclararse. Un vecino, hombre al parecer de agudo entendimiento, me dijo: «Si no utilizamos los codos para adelantarnos, nos quedaremos los últimos.» La advertencia era oportunísima, porque algunos de los que se hallaban detrás empezaban ya á ganar terreno sobre nosotros, no sin aplastar despiadadamente cuantos pies hallaba á su paso. Él—mi vecino de la derecha—y yo, principiamos, pues, á contender á empellón limpio; alguna maldición recogimos en nuestro atrevido viaje; los botones de nuestros sobretodos se enredaron más de una vez en los encajes de algunas blondas; pero al cabo llegamos á la meta, y tendiendo vigorosamente los brazos, pronunciamos á un tiempo mismo nuestros nombres respectivos.

—Uno solo, uno solo, ó me voy, gruñó por centésima vez aquella especie de monstruo;

y muy pocos minutos después había yo reconquistado mi pasaporte.

Ya en tal punto creía yo hallarme, casi, casi, á las puertas del paraíso; es decir, en el puente postizo que servía de entrada al buque. Pero otra voz superior me advirtió á tiempo que antes de pasar á bordo tenía que esperar aún bastante, siempre en homenaje á la regularidad. Son cosas todas que en algunos tiempos hubiesen parecido niñerías, pero que para mí pasaban ya de la raya.

Con el pasaporte en el bolsillo salí á tomar aire fuera del cobertizo, al sitio en que todos los curiosos pueden entrar y ver á los que parten, y con ellos el costado de los buques.

Vi entonces á bordo del *Duquesa de Génova*, yo, que era *candidato* á viajar, tenderse hacia mí varias manos de personas que habían ido allí para saludarme y darme el consabido abrazo de despedida. Conocí entre aquellas personas atentas al diputado José Besco y á Angelo Roncelli. Este último, que posee un diccionario de su exclusiva propiedad para ciertas desgracias de la vida, me hizo comprender de un modo bastante expresivo que se hallaba allí esperándome hacía algunas horas, y que si yo hubiese tardado un poco más en aparecer me ha-

bría enviado al... en un país que no es América.

Consideré inútil preguntar á éste y á los demás corteses amigos cómo habían logrado el privilegio de ir á bordo, en tanto que yo, con mejor derecho, me encontraba en aquel punto.

En vano me gritaban ellos que fuese á bordo, ó, lo que es igual, á mi casa. Mostrábales yo el pasaporte como un talismán... que no valía para nada... ó valía para muy poco. Y menos mal que el *comandante en jefe* de *La Veloz*, el marqués Marcelo Durazzo Adorno que, con su puntualidad acostumbrada, estaba allí velando para que todo anduviera bien, me hizo saber que existía un modo, aunque llegaba á mí demasiado tarde (si bien, como se dice en España, nunca es tarde si la dicha es buena), de suavizar un poco los rigores en lo relativo á la subida á bordo. Aun prescindiendo de esos rigores, hacía falta abrirse paso entre la multitud apiñada bajo el cobertizo; multitud que á la sazón había ensanchado algo, no mucho, y de cuyas apreturas había yo salido muy poco antes, como suele decirse, con las manos en la cabeza.

El capitán del *Duquesa de Génova*, Julio Mascazzini, que hacía un momento había bajado á tierra, no sé para qué asuntos, estaba á la

sazón volviendo al buque. A sus faldones me agarré, y no tuve motivos para arrepentirme; vi cómo hendía las masas con su práctica, unida á la autoridad que el grado le daba, y mucho antes de lo que yo podía esperar me encontré á bordo—por supuesto, después de haber entregado otra vez á los agentes de la autoridad, en el puente de paso, aquel talismán terrible, quiero decir, mi pasaporte—en tanto que dos ángeles custodios, con sendos penachos ondulantes á merced del viento, me medían con la vista de pies á cabeza. Digo á ustedes que días como aquellos acabarían cien veces con diez años de vida, si los aires del mar en tan larga travesía no vigorizasen después los pulmones, salvo los casos en que el mareo persistente venga á debilitarlos más.

El que sube á un barco para permanecer en él mucho tiempo, se dirige ante todo á echar una ojeada cariñosa á su equipaje propio, y, lo que importa aún más, á escudriñar los rincones de la vivienda. Un baúl enorme en que se contenían, además de otras bagatelas, un proyecto de ley, mío inédito para simplificar las formalidades de los puertos en Italia, estaba ya colocado en la estiba. Volví á ver con gran contentamiento mi reducido equipaje y lo hice colocar

cerca de la litera que se me había señalado—el número 35, para quien quiera echarlo á la lotería.—Cuando penetré en mi camarote, recibí la grata sorpresa de encontrarme allí una tarjeta *sui generis*, es á saber, una caja de botellas de vino, reconocido en seguida como excelente; vino que Edmundo De Amicis llamaría vino de amigos.

A propósito de Edmundo De Amicis, de él me había llegado poco antes, desde Turín, una cariñosa carta, uno de esos documentos del corazón que jamás se olvidan; á la carta acompañaba otras de presentación para amigos personales del ilustre escritor en Buenos Aires; cartas que De Amicis espontáneamente me enviaba.

Aunque se me tilde de vanidoso, no puedo resistir á la tentación de copiar algunos párrafos de esa cariñosa carta:

«Siento vivamente la contrariedad de no pasar con usted algunos días antes de su partida. ¡Me habría sido tan grato poder decirle todo lo que no he escrito en el libro! (*En el Océano*), acompañar á usted á bordo, y ser el último que estrechase su mano deseándole feliz viaje! Ya que esto no me sea posible, espero que tendré el gusto de ver á usted á su regreso y de oir de

sus labios la impresión que habrá producido en su aspecto aquella tierra americana.....

.....

.....

»Desde lejos acuérdese usted también de mí, y crea que nadie le deseará más cordialmente que yo, buena fortuna y feliz regreso. Abraza á usted con todo el afecto de un hermano, su

EDMUNDO DE AMICIS.»

Habíamos quedado en el camarote yo, mi maleta y el vino. Séame lícito ahora subir á cubierta para saludar á los amigos que han venido á despedirse de mí y para conocer á las personas que serán mis compañeros de domicilio por dieciocho ó veinte días.

La compañía Pasta, gracias á una prudente y previsora disposición de su empresario Moreno, representado por Milone, se encontraba ya á bordo, habiendo conseguido evitarse la tortura de la terrible espera bajo el cobertizo, que he descrito ya á mis lectores. Desde aquí difundíase, por dentro y hasta por fuera, un cuchicheo, un rumor de voces de los elementos más alborotadores de la Compañía, y casi todos lo eran; las señoras, por supuesto, en primera línea.

Numerosos eran los conocidos que habían

acudido al puente Federico Guillermo para dar un adiós cariñoso á tan recomendable colección de artistas que se despedían para el otro mundo... por una idea, y que, durante la estación de Carnaval, había divertido entre nosotros al público de buena, de buenísima pasta.

De aquí, naturalmente, saludos expresivos desde el puente al barco y viceversa: cambios de despedidas, de felicitaciones, y hasta de besos y de sollozos. Un quidam gritó con indecible sangre fría desde el puente: «Con tanta pasta á bordo, el buque va bien de provisiones.» Aquella fué la ocurrencia más feliz de la situación. ¡Calcúlese cómo serían las otras!

El coeficiente inseparable de toda artista—ustedes lo saben—es el perrillo; por la suerte del suyo temblaba la Tessero Guidona; y temblaba la pobre Giagnoni, y temblaba la Zuchini Majone; todas temblaban por sus perros respectivos. La una tenía al animalito cariñosamente abrazado; otra le preparaba con gran cuidado una camita; la señora Tessero prefirió el sistema de tener casi siempre su perro debajo de su silla de paja, que parece hecha adrede para ocultar el huésped canino en la planta baja.

Una actriz cuyo nombre no recuerdo (como

tampoco recuerdo el color de su pelo), repetía con mucho afán á los camareros y á cualquiera otra persona de á bordo: «¡Mis pajaritos! ¡Mis pajaritos!... Se los encargo mucho.»

Un marinero que andaba algo de prisa, cansado de aquellas obstinadas y repetidas recomendaciones, le respondió al cabo: *¡Dale!... Señora Melindres, que tenemos otras cosas en que pensar, más que en sus pájaros.*»

Entretanto, principaba el buque á tragarse el grueso de los emigrantes y de los viajeros de pago. Hervía en su trabajo la machina arrojando á bordo cajas, cajones, baúles, sacos y bultos de todas clases; á cada momento sonaba, hasta destrozar los tímpanos, *el ronco son de la tartárea trompa*, que no es otra cosa—como todos ustedes saben—que una escapada de vapor encomendada á cierta máquina brutal de timbre terriblemente *abaritonado* (1).

(1) No se nos alcanzan las razones que la Academia Española, que incluye y define en su Diccionario las palabras *tiple*, *tenor*, *contralto* y *barítono*, habrá tenido para prescindir de las voces *atiplado*, *atenorado*, *acontraltado*, *abaritonado*, que son de uso frecuente y además necesarias para expresar ideas que no tienen más sencilla expresión: respetando nosotros, aun sin conocerlas, esas razones, no podemos privarnos aquí de una palabra que traduce el pensamiento del autor.

(*N. del T.*)

A cada nuevo ruido de aquellas señales crueles, los ánimos van enterneciéndose más. Son aquellos los instantes supremos que los inquilinos del barco recordarán después como los en que

Dieron el postrer adiós
á sus más dulces amigos,

Prepondera en aquellas despedidas el vulgarísimo *¡Ea!* que Dante no habría previsto seguramente entre los vocablos obligados para tanta parte de la *Italia Superior*.

Menos mal que para nosotros los de Liguria subsiste aún, como nota característica, la frase: *con que buen ánimo y feliz viaje*.—Es un poco larga; pero lo dice todo. «Lleve usted muy buen viaje, coma usted, beba usted, y si le ataca el mareo, piense en que precisamente de ese mal ninguno se ha muerto.»

Prosiguen entretanto pasando desde el puente al barco mis compañeros de desdichas, con quienes dividí poco hace las amarguras del cobertizo donde esperábamos la reconquista de nuestros pasaportes. El personal de á bordo corre de una parte á otra para adoptar las disposiciones definitivas. Se multiplica el capitán, y el comisario trabaja por ciento. Los

emigrantes, relegados en segunda hacia la proa, comienzan á agruparse en bandas para entonar coros de circunstancias. Sin embargo, los que tienen consigo algo de equipaje, y muy especialmente las mujeres, procura colocar su ropa lo menos mal posible, sin pensar en los fardos de grandes dimensiones que están ya colocados en la estiba.

Por mucho rato continúa el paso de los que llevan en hombros colchones, mantas, y todo el resto de sus comodidades domésticas que han de constituir en el nuevo mundo el último recuerdo de cuanto aquellos desdichados lograron sacar de su patria. Un hombre del pueblo, al pasar á bordo, lleva debajo del brazo una almohada, de muy discutible mullido, y mostrándola casi con aire de triunfo dice: «¡He aquí todo lo que me llevo para América!» Algo es una almohada, y yo he leído en cierta ocasión que una almohada colocada á tiempo debajo de una cabeza, puede decidir de la salvación de una vida.

Otro, blandiendo al tiempo de pasar á bordo una hachuela, dijo: «En América, partiendo leña, ganaré millones.»

Un oficial de la tripulación le dice:

—Buen hombre, mientras usted se halla em-

barcado, tendrá la bondad de darme, para guardarle, ese instrumento.

Desde allí veíamos desfilar lo más común en un barco de emigrantes, es á saber, mujeres con niños en brazos y otro que se agarra á las faldas de su madre, la América de todos los niños que tienen madre todavía. Vean ustedes pasar al único que hace alarde de emprender el viaje con la misma indiferencia con que pasaría de una orilla á otra orilla de un río pequeño, y se burla de los compañeros cuando los ve enjugarse las lágrimas después de haber dado un adiós triste y un apretadísimo abrazo á los que han ido á fortalecerles en aquel trance.

Vean ustedes ahora desfilar, entre otros, al aspirante eterno á ganar solamente el pan nuestro de cada día, sin más companaje; éste, levantando una cazuela y escuchando los mugidos del ganado vacuno embarcado ya, dice «Esperemos que en estos veinte días no ha de faltarnos, por lo menos, el caldo.»

De vez en cuando, al contemplar á viejos achacosos que pasando desde el puente á la nave se estremecen como si aquella vetusta armazón hubiese realizado ya el último de los esfuerzos posibles, no puede menos de preguntarse uno si la resistencia de aquella máquina

tan gastada durará al menos toda la travesía, y qué podrán hacer luego, en el país del trabajo, aquellas residuos de un ser viviente.

Observo que el anciano, en el instante de pisar el barco que ha de transportarlo al otro lado de los mares, á seis mil millas de distancia, no es parlanchín, ni se distrae con la vista de sus compañeros de embarco, sino que, al contrario, se halla siempre concentrado en sus propias meditaciones. Verdad es que si estuviera familiarizado con el poema del Dante, aquel buque le parecería la barca de Caronte. Conocedor ó desconocedor de *La Divina Comedia*, el anciano, al poner el pie en la embarcación, piensa seguramente que es más que probable que su pie haya hollado por última vez la tierra de su patria, y que aún es discutible si llegará á pisar la otra lejana que le espera.

Cierto es que veo pasar delante de mí, entre la multitud que el buque prosigue devorando, algunos pobres tísicos, muchos sujetos solamente huesos y piel, de veinte, de treinta y de cuarenta años, que en realidad de verdad, tendrían razón para sentirse envidiosos de algunos viejos, aunque sólo fuese por la patente ya adquirida por éstos, de resistencia... al tempestuoso mar de los años.

Pero cuando tropezaban mis ojos con algún joven vigoroso y membrudo, ejemplar soberbio y representante de la campiña y del trabajo, que abandonan su patria para emplear con mejor interés el capital de sus músculos y de su tórax, el espíritu y el corazón se me ensanchaban, si bien volvían á encogérseme muy pronto al pensar que existe una enfermedad común que empuja á toda esa gente, á jóvenes y á viejos, á niños y mujeres, á sanos y á enfermos, á buscar fortuna: la enfermedad del hambre, que no respeta ni á las constituciones más robustas, antes al contrario, tiene para éstas la circunstancia agravante del mayor apetito.

Desde los que desfilan por el tablado para entrar en la nave, paso mi vista á la escala donde alcanzo á ver grupos de gentes que se dan los últimos y más conmovedores abrazos; mujeres que dicen al emprendedor marido:—«Que lleves muy buen viaje y que vuelvas muy pronto.»—Estas últimas palabras son interrumpidas por estallidos de besos.

En otro grupo, niños y muchachas que, abrumando á besos y abrazos á un excelente *paterfamilias*, le dicen: «Papá, escríbenos pronto.»—Después amigos que se quedan y que, sacudiendo con energía la mano derecha á los que par-

ten, les dicen: «Me das envidia.»—Es un modo de consolar como otro cualquiera.

Una madre llega para acompañar hasta el puente á su hija, que parte con el marido, ganoso y necesitado de tentar mejor fortuna. La pobre señora, que hasta aquellos días habrá tenido constantemente á su lado á su hija idolatrada, la estrecha y torna á estrecharla contra su pecho, la besa febrilmente, le dirige palabras entrecortadas; parece que el corazón se le destroza. Oigo la voz de la pobre madre que dice sollozando:—«¡Ah, Dios mío! La he criado como la cosa más querida... y debo dejarla para siempre!—No, mamá, la interrumpe su hija; volveremos á vernos.» Y se separan anegadas en llanto.

Entretanto de la nave gritan:—«Los que han de marchar, que suban pronto; los que no marchan, que bajen ya.»

Con menos emoción que la sentida por tantas otras gentes, que no van á realizar un simple viaje de ida y vuelta, acércanse mis amigos á darme el último apretón de manos. Aunque la partida sea para un viaje corto; aunque se parta con la certeza ó la esperanza del pronto regreso, el *quid* de la cuestión es siempre el mismo. Uno sabe cómo estaba en tierra; pero ignora

lo que sucederá en el mar y después del mar.

Vean ustedes, si no, un sucedido. Hubo un sujeto, D. Fulano de Tal, comerciante muy rico, el cual partió para Buenos Aires con billete de ida y vuelta, sin otro fin ni más propósito que verse cara á cara con un deudor moroso, de quien constaba al acreedor que estaba en fondos y que marchaban perfectamente sus negocios en el país. Nuestro hombre, comerciante bien acomodado, iba allá sólo para decir en crudo al deudor que ya se le había acabado la paciencia. Emprendió efectivamente su marcha el acreedor; hizo excelente viaje de ida, pero no así el de vuelta, que se proponía haber emprendido al cabo de ocho ó diez días, pues ni embarcado se mareaba, ni en tierra firme se ponía enfermo. Pero el desdichado no regresó á su patria. En el calor de una disputa el deudor había cogido unas tijeras enormes y se las había clavado en el costado con tal fuerza, que á los pocos momentos era cadáver aquel adversario. (¿Y qué peor adversario que un acreedor?)»

¡Fíense ustedes luego de los viajes de ida y vuelta!

Con unas y con otras, estamos en el momento crítico en que los que han de partir se encuentran ya á bordo, y el que se ha de quedar,

ha bajado á tierra; salva, sin embargo, una escepción honrosa.

Nunca está demás, y es muy del caso entre la prudentísima y avisada policía italiana, verificar otro minucioso escrutinio para ver si con los viajeros de primera, de segunda, de tercera y hasta de cuarta clase, si la hay, van ladrones, asesinos, desertores de la última quinta; y también ahora, en cumplimiento de las recientes disposiciones gubernativas y parlamentarias, si hay alguno incluído en la nueva ley sobre emigración, como tipo probable de infracción legal, ó merecedor de multas, de carcél y hasta, con el tiempo, de presidio y de horca, á cargo del armador ó acaso por él mismo.

Resumiendo: quieran ustedes ó no quieran, es menester que todos desfilen, pobres y ricos, desesperados y desesperadísimos, por delante de las siempre vigilantísimas miradas de los agentes de la autoridad. Desfilan todos como otros tantos candidatos al castigo; algunos ojos que lanzan llamas, ciertas miradas de lince, se fijan persistentemente en usted, haciéndole escalofriarse, como si se le ocurriese la posibilidad de un delito de acción ú omisión cometido por aquella eterna *ignorantia legis* que servirá para cualquier cosa que no sea exculpación. Antes

por el contrario, el Gobierno se encarniza más con ésta que con cualquiera otra falta. Muchos desfilan á los cuales todavía se pregunta quiénes son y adónde van, y para qué van.

Basta: también este último examen de la vigilantísima autoridad que ha dejado huir tranquilamente á América centenares de cajeros infieles, de asesinos, de bribones de todas castas y tamaños; también esta última formalidad, repito, fué sobrellevada felizmente para nos otros, que en el día 3 de Abril de 1889, á eso de las cuatro de la tarde, zarpábamos de Génova para la Plata.

Y casi casi me atrevo á dar á ustedes mi palabra de honor de que si otra vez—ahora que estoy de vuelta—me veo en el caso de partir para el antedicho país, he de principiar por hacerme *japonés* (1) ó bien, para que caiga en verso... embarcarme en puerto francés.

(1) Para conservar el consonante ha sido preciso traducir *chinese* por *japonés*, sin lo cual no era posible traducir esta humorada del autor.

(N. del T.)

CAPITULO III

¡Por nosotros se va!...—El niño despertador.—El padre de almas.

¡Se va! ¿Y cómo? Quince millas por hora, cuando no dieciséis, ó más si llega el caso. Ya se han cambiado los últimos saludos mutuos desde el barco al puerto, y viceversa. Se ha disparado la última descarga de besos entre las dos partes diametralmente opuestas: la que se queda y la que se va; los pañuelos aún continúan agitándose por mucho tiempo, con la pueril ilusión del que se cree reconocido en aquella señal suprema. La escala desaparece; dibújase por última vez, en medio del puerto, á la vista de los que parten, el anfiteatro de colinas, jardines, cúpulas, torres, casas; la eterna concavidad brillante siempre; y un rápido aparecer y desaparecer de naves cerca de la nuestra, que cada vez marcha con velocidad mayor; estamos muy cerca de la salida del puerto.

Con este motivo, una señora muy delicada que se encuentra en el salón, chupando limones á toda prisa, pregunta á un camarero que á la

sazón pasa por allí con su bandeja, si no hemos salido todavía del puerto.

—Fuera del puerto—contestó el preguntado—estaremos cuando usted sienta en el buque mucho más movimiento y el mareo comience á hacer de las suyas en la mayoría de los pasajeros.

El último gajo de limón se le cayó de las manos á la pobre señora y al poco rato comenzó á moverse con ese malestar inexplicable que es el purgatorio de los viajes por mar.

¡Qué bello es, en la primera noche de tales viajes, irse muy tempranito á la cama, creyendo que acaso un sueño providencial evite el mareo ó el miedo de tenerle! El cuidadoso camarero llega, después de las dos campanadas de ordenanza, para avisar que ha sonado la hora de la comida.

El qué se sienta á una mesa nueva para él—la de á bordo en este caso puede llamarse *novísima*, porque los *abonados* no pueden serlo más de veinte ó treinta días, si ya no es que se trata desde luego de un viaje de circunnavegación;—el que se sienta, vuelvo á decir, á una mesa nueva para él, dáse primeramente á devorar con los ojos á las gentes que le acompañan. Antes que á ningún otro, á los vecinos colate-

rales, para ver si son personas que le inspiran confianza. En segundo lugar, devora al que está sentado enfrente de él; examina después á las individualidades más distinguidas de la mesa, estéticamente consideradas; después va fijándose en los tipos más extraordinarios. No tardé mucho en convencerme de que entre éstos el más notable era el bueno de Bracci, el característico de la Compañía Pasta. Aquel día, sin embargo, estaba de humor poco jovial: parecía un tirano.

Sabiendo cuántos habían de ser, sobre poco más ó menos, los comensales, podía decirse que la mesa por aquella primera vez estaba muy lejos de hallarse completa. Compréndese que á la hora de la comida inaugural estén muchos aún alimentándose con lágrimas, con emociones, con recuerdos queridos, y tarden un poco en adaptarse nuevamente á las necesidades de la vida, que—lo mismo en el mar que en la tierra—son siempre necesidades inexorables.

Los cómicos presentes en esta primera reunión, eran muy pocos. Para representar el arte en su mayor viveza, acaso en su excesiva viveza, ví una bailarina, de las primeras parejas, un poquito huesosa, pero dotada de un apetito excelente y con hermosos brillantes en sus orejas.

Reservado estaba á esta bailarina dar el espectáculo de una exhibición opulenta de vestidos, á dos por día, diferentes siempre unos de otros mientras duró el viaje. Después... otro tiempo, otros trajes.

Entretanto, el verdadero, el magnífico espectáculo era ofrecido desde la primera noche, estaba en el ambiente mismo. Puede asegurarse, á propósito de las gentes del teatro, que el comedor del *Duquesa de Génova*, iluminado con luz eléctrica, es todo lo más distinguidamente teatral que puede imaginarse. Figúrense ustedes, si es que todavía no lo han visto, un hermoso, extenso, dorado y exornadísimo salón, dividido en el sentido de la longitud por una mesa, sobre la cual, de distancia en distancia (como á cada seis puestos) se ven colocadas unas columnitas que de la manera más graciosa y más elegante desempeñan el rudo papel de sobrellevar el peso de la gran viga central, en la que van á empotrarse los ejes de la cubierta. Á lo largo de ambos lados de la mesa hay varias mesillas que, cuando no hay mesa, son el refugio indicado de los jugadores de ajedrez, de naipes, sin que esté excluído el inocente juego de damas; y si llega el caso también se juega á la lotería.

La cristalería de variados colores que cuelga

en el reverso de las bandejas, que semejan otras tantas flores de largas corolas, reflejan la luz eléctrica con todos los colores del iris, de un modo tan brillante, que la vista parece deslumbrada por la contemplación de un prodigioso conjunto de zafiros, esmeraldas y rubíes. Todo es allí elegancia y alegría, y en las paredes del comedor se admira tal delicadeza en las labores, que constituye un lujo realmente excepcional para una sala de á bordo. Y que era superabundante el lujo en la construcción de este buque magnífico, así como en la de los otros dos de igual tipo y de extraordinaria velocidad que bajo los auspicios de *La Veloz*, tomaron respectivamente los nombres de *Vittoria* y *Duca de Galliera*, lo supo admirablemente la Sociedad mejicana por cuya cuenta fueron construídos esos tres surcadores del mar, dedicados exclusivamente á transportar á personas ricas, porque los puestos cómodos, bien calculados, no pasaban de cuatrocientos, y de la tercera clase ni aun en broma se hablaba. Pero precisamente se ha dicho que con céntimos se forman los millones, y además la experiencia ha demostrado hasta la saciedad que sin tercera clase, sin sitio para la masa que emigra no puede obtenerse provecho en tales viajes. Muy pronto la

Sociedad mejicana, con todo su lujo, se arruinó, y *La Veloz* pudo decir, al comprar su material: *Mors tua, vita mea* (1); en tus buques viajarán cada vez cientos de ricos y millares de emigrantes.

Séame ahora permitido volver á la mesa. Poca gente había, como he dicho, en este *estreno;* pero, en compensación, esa poca gente demostró hallarse provista de mucho apetito, porque el mar, cuando no produce náuseas, es en realidad el mejor de los aperitivos. Entre los comensales adquirió muy pronto notoriedad el director espiritual, un curita que desde el principio de todos los preparativos que he narrado, manifestaba extraordinario afán para decir al que no deseaba saberlo: «Estoy á bordo para servir como sacerdote por cuenta, no de la Sociedad de navegación, sino de una Sociedad de propaganda de la Fe cristiana.»

Hablábase, entre plato y plato, de ese terrible Golfo de Lyon que llegaría en aquella misma noche..., ó, mejor dicho, al que nosotros llegaríamos para hacernos padecer y destrozarnos de mil maneras. «Pasado éste—decía para tranquilizará los más impresionables uno de los oficiales—

(1) Tu muerte es mi vida.

todo lo restante del camino es una balsa de aceite; pero en este Golfo es indispensable que den todos su tributo al mareo, á no ser los que sean medio ballenas.»—¡Bonito modo de tranquilizarnos!

Alguno preguntó al comandante:

—¿No podríamos alejarnos de ese Golfo maldito lo bastante para escapar de su furor?

—Una vez, dijo el comandante, ese Golfo traidor lleva tan lejos sus furores, que procurando huirlos fuimos á concluir á la costa de Córcega. ¡Ah! Pero entonces no se trataba del *Duquesa de Génova.*

Por fin, más de uno y más de dos habrían pagado de muy buena gana doble el precio del viaje por evitar el dichoso Golfo. Pero ya se sabe que no es tan fiero el león como la gente lo pinta, y el Golfo de Lyon fué aquella noche un golfo de adormideras que no interrumpió el sueño al que consiguió dormirse á pesar del miedo al monstruo.

Porque lo que en las primeras noches quita el sueño á los pasajeros no es tanto el movimiento de las aguas del mar, cuanto la hesitación común que produce el convencerse de que será necesario dormir durante veinte noches, ó más acaso, en aquella especie de palomar de hom-

bres que se nombra litera; y gracias que pueda tenerla medianamente arreglada y situada de suerte que no necesite realizar difíciles ejercicios gimnásticos para trepar hasta ella, pisando en su ascenso, ya la mano, ya el pie, tal vez las narices del que duerme en el departamento de abajo.

Quiéranlo ustedes ó no lo quieran, la primera idea que les asalta ante la litera, es la idea de la sepultura. Dispénsenme ustedes el recuerdo; pero así sucede.

Ahora bien: aunque poco puede importar, ó puede no importar nada á Europa la noticia, quiero decir que para mí el conciliar el sueño en la primera noche de viaje, fué cosa muy sencilla. Cerré los ojos, me volví y me revolví de mil maneras; por último, adoptada la posición, entre el sí y el no, que podía parecerme propia de quien duerme en amplio lecho, me dormí. Se entiende que entré en el primer sueño; pero no siempre corresponde el resto á la facilidad de la entrada. Efectivamente, el alboroto que no produjo aquel pobre y calumniado Golfo de Lyon, hubo de producirlo un chico inocente, muy pequeñuelo sí, pero con una voz tan penetrante, que habría sido más que suficiente para desvelar á todo un lirón. Pertenecía, por legíti-

mo derecho conyugal, á una familia numerosa que se había embarcado en Génova; para desgracia nuestra, la situación céntrica del camarote donde el mamón estaba con la nodriza y el resto de la tribu, facilitaba el que pudieran oirse desde cualquiera otro de los nuestros los escogidos trozos de música vocal que el angelito estaba ejecutando.

Allí, además de los gritos del chico, escuchábase una mezcolanza de estos ó parecidos conmovedores diálogos:

—¿Por qué no le das una tetita?

—Ya se la he *dadu.*

—Mécele ahora un poquito.

—*Mecidu he ya; paréceme que el barco nus mece á todus lu bastante.*

—¡Mentirosa nodriza; el mar parece de aceite!

Entretanto, el chiquillo continuaba chillando.

Estimulados por aquellas voces infantiles, comenzaron muy pronto á dar señales elocuentes de vida los numerosos perros y perrillos que las artistas tenían en sus respectivas literas. Principió entonces un concertante que habría eclipsado los más formidables del maestro Meyerbeer.—Estáte quieto, Mosquito.—Cállate, Lolina.—Acaba ya, Lobo. Y entretanto, *¡guau, guau!* por acá; *¡güe, güe!* por allá.—Interjec-

ciones expresivas de alguno que pretendía dormir, y vuelta otra vez al:—*¡Dale una tetita!—¡Ya nun sé qué vuy á darlu!* Y otra voz, que hasta entonces no se ha oído, grita:—*¡Déle usted un par de patadás!* Por último, como si todo aquello fuera poco, oíase al propio tiempo incesante campanilleo, repetido golpear en las puertas, ir y venir continuo de camareros llamados simultáneamente en todas direcciones: un estropicio del diablo, en una palabra.

¡Todo lo cual era ya algo para una primera noche de calma!

El apresurarse á madrugar para enterarse de si el buque va costeando ó si está en alta mar, y sobre todo si el cielo está sereno y el mar nada malo anuncia, es un cuidado al cual nadie se sustrae en el segundo día del viaje.

Se sale también sobre cubierta, y á lo más alto y á lo más ancho que se puede, á respirar el aire libre...; desde aquí, después de haber mirado por todas partes, el mar y el cielo, y preguntar al personal de á bordo acerca de la situación del buque, se va al comedor, ó llámese la sala para comer, que luego es sala para todo. El primer encuentro original al despertar del primer sueño fué para mí el del reverendo del buque. Miróme el tal como á uno de sus futu

ros catecúmenos; á mi vez le miraba yo, pero muy principalmente por la extraña figura de su gorro, terminado por una especie de cuerno que tal vez para un supersticioso, el primer ministro de Italia, por ejemplo, podría ser de buen agüero.

Hallarse en una sala de á bordo y no hablarse, no es humano; di, por consiguiente, tres pasos hacia el reverendo; él, por su parte, dió cuatro hacia mí: con que nos encontramos á dos pasos de nariz á nariz. De mis narices nada de importante puedo decir á ustedes; en cuanto á las del cura, eran unas narices un poco dantescas; una boca seca, seca hasta el punto de inspirar, para ser franco, muy poca confianza, si los ojos, un tanto maliciosos, no atrajeran, por el contrario, algo de familiaridad.

Todo esto en una cara muy larga; de color, amarillento en ocasiones; matiz del cabello, dos negros y uno blanco; estatura, más que regular; porte, indefinido y afectado; señas particulares, un hombre convencido de la gravedad de su misión.

Después del cambio de frases cortadas y casi incoherentes como éstas: — Estamos en el mar... Ya estoy deseando tocar tierra... ¡Eh... Américal... ¡Hermoso tiempo hay! Después de

estas frases hechas, comenzó el reverendo espontáneamente á enterarme de su vida y milagros; díjome que había sido director de un colegio, pero que lo había dejado y que estaba cada vez más convencido de que la juventud de hoy no es la juventud de sus tiempos.

—Creo, intenté responder por mi parte, que siempre es, más un día que otro, la juventud misma.

—Óigame usted, replica el cura; estoy convencido de que el bien se encuentra hoy en los campos; el bien virgen. ¿Usted me comprende?

—¿El bien virgen? Lo que es eso, de veras, no lo entiendo del todo.

—Aludo al terreno virgen, y, por lo tanto, en aptitud aún de dar fruto excelente.

—Mucho ojo, señor cura, que los campesinos son maliciosos.

—¿Qué sabe usted de eso? me contestó el padre de almas.

Aquel «¿qué sabe usted?» me pareció un poco atrevido para un interlocutor á quien no conocía yo tres minutos antes.

Pero el cura, dando á sus ojillos la expresión más dulce que le fué posible, prosiguió:

—Le digo á usted que es un terreno virgen, y que se puede arrojar en él buena semi-

lla, en la seguridad de obtener buen resultado.

—Y ahora que habla usted de semilla, le dije, esa pobre gente—ó gente virgen, como usted quiera—se ha cansado de sembrar en los campos de la patria y se lanza á la ventura, y por millares de personas en cada embarco, á buscar algo mejor; acaso en América encontrarán esos terrenos vírgenes.

—Y éste es, replicó el sacerdote con el más íntimo convencimiento, éste es el momento que considero oportuno para echar la buena semilla en esos espíritus, abatidos acaso por la miseria, pero siempre vir...

—¡Vírgenes! Ya me lo ha dicho usted.

—Y tenga usted la seguridad de que las almas imbuídas en principios sanos y no corrompidas aún por la podredumbre funesta que ha invadido las otras capas sociales, resultará también, en el nuevo mundo, elemento de civilización.

—Eso será un gran bien, dije.

—¿Qué sabe usted de eso? volvió á decirme, siempre muy persuadido de que cuanto de sus labios salía era oro contrastado.

Le dispensé otra vez aquel paréntesis un tanto ofensivo, pero perdonable, toda vez que se trataba de una especie de muletilla.

—Entretanto—dijo el médico de las almas—quiero ir ahora á tantear un poco el terreno en la tercera clase para dar comienzo á mi tarea, porque debe usted saber—y al decir esto el presbítero se contempló á sí mismo como aquel que sabe que solamente depende de Dios—que yo no soy el capellán del buque por cuenta de la *Veloz*, sino encargado de una misión particular por cuenta de una asociación...

—Lo sé; me lo ha dicho usted ya.

Esperaba yo que volvería á decirme «¿qué sabe usted de eso?...» pero no; se limitó á preguntarme con sencillez:

—¿Quiere usted venir?

—¿Adónde?

—A realizar una excursión por la tercera clase.

—La realizaré seguramente; pero no ahora.

—Usted, á lo que me figuro, volvió á preguntarme, ¿va á la República Argentina á negocios comerciales?

—Nada de comercio, señor cura.

—¿Es usted artista?

—Nada de artista.

—¿Marino?

—De agua dulce.

—Pero, en fin, ¿usted qué es?

—¿Qué sabe usted de eso? le dije para servirme una vez al menos, y más oportunamente, de la locución de mi interlocutor.

En este punto vino un camarero á preguntarme si quería el café.

Cogí al vuelo el ofrecimiento para decir al padre:

—Ahí tiene usted lo que soy: un gran consumidor de café.

—Es un género colonial muy importante, me dijo el presbítero, que no carecía de ingenio.

Y se encaminó á la clase tercera, aquel objetivo preferente de su misión de catequista.

CAPITULO IV

En Barcelona.—Otros compañeros de viaje.—El hombre-mujer, y viceversa.

No voy á dar áquí una reseña circunstanciada de cuanto hice y de cuanto hicieron los que iban conmigo en el resto del día, porque no me considero obligado á escribir un diario de mi viaje por mar. Solamente diré que los pasajeros de primera clase no se mostraron tan ganosos de presentarse en el escenario de... sobre cu-

bierta como podría yo haber supuesto, y que muchas y muchos brillaron durante todo el día por su ausencia.

Pero, en desquite, el niño que en el transcurso de la noche nos había dado el concierto vocal de que ya tienen ustedes noticia, se dió á conocer mejor durante el día en la sala, en el puente, en los corredores, en una palabra, donde mejor podía lucir su vocecilla. Me ha faltado decir que la bailarina lució un traje nuevo en el almuerzo, y otro, con ciertas tendencias de amazona, en la comida.

De cuando en cuando se observaba la aparición de algunas señoras que iban á encogerse como ovillos, al aire libre, en alguna silla, ó bien tomaban en los divanes del salón alguna postura que podría parecer un lenitivo al mal que las molestaba.

Que el director de la Compañía dramática, el señor Pasta, estaba allí, todos lo sabíamos; dónde se hubiese ocultado, nadie podía decirlo. Corrían voces de que se había encerrado en su litera. Es verdad que en su segunda travesía tenía fama de ser el enemigo más furibundo del mar. En cuanto á los otros, había la esperanza de que, terminadas las primeras escaramuzas, se convertirían fácilmente á la fe marina; por lo

que respecta á él, al buen Pasta, capaz hubiera sido de enterrarse durante la travesía en su camarote para ocultarse á sí mismo y ocultar á los demás los horribles padecimientos del que aborrece el mar como puede aborrecer la luz el topo.

En conjunto, en este segundo día el buque presentaba en sus distintas partes, lo mismo arriba que abajo, el aspecto de un campo elegido por dos ejércitos beligerantes, después de la primera refriega. Muchos los incólumes, no pocos los heridos, más algunos muertos, en cuyo número podría ser incluído provisionalmente el señor Pasta. Alguno que había ya escogido su autor predilecto con quien iniciar las lecturas de la travesía, principiaba á ponerle cerca de sí, ó á cortar tranquilamente las páginas. Otros, sentados á las mesitas del salón grande, procuraban utilizar el juego de cartas; pero faltaba siempre en este primer día un individuo que hacía el cuarto ó el quinto de la partida.

En jugar con señoras no había que pensar. La Tessero, pálida como una *María Antonia* en su última hora, tapada hasta la nariz, dejaba ver un par de hermosos ojos llenos de lágrimas y contraídos por el sufrimiento; también había sido derrotada por el mar.

Mientras pasaba yo por aquel campo del dolor, vino á herirme el tímpano una vocecita de un timbre deliciosamente melodioso y que conocen perfectamente mis lectores. Era la pobre Giagnoni, que me llamaba.

—¿Ya no conoce usted á su actriz? me preguntó sumergida en su silla de paja.

Aquello de *su actriz* tiene explicación muy sencilla: la Giagnoni había desempeñado el papel de protagonista en algunas comedias mías, y últimamente en el drama *Por la honra*. Digo á ustedes el título, porque de otro modo ni aun el título quedaría.

—En verdad, respondí á la Giagnoni, que reconozco en seguida la hermosísima voz de usted; pero todo lo demás, permítame usted que se lo diga, el mar lo ha transformado de tal manera, que me parece usted muy desconocida.

—Estoy muy mal...

—Esto pasa pronto, amiga mía.

—Mi enfermedad no pasará hasta el día en que lleguemos á tierra; todo lo del mar me produce náuseas horribles.

—Siendo así, dejo á usted sola.

—No, al contrario; cuénteme usted algo de Génova, donde he nacido, como usted, y donde he sobrellevado ya tantas desgracias, que debe-

rían habérmela hecho odiosa...; y en vez de odiarla, cada vez la amo con amor más profundo.

—Pues bien; relataré á usted...

Y comencé á contarle que *una vez era* un tal Cristobal Colón que, cuatro siglos después de su aparición, había sido cortésmente invitado á prestarse como motivo y objeto de fiestas extraordinarias en Génova,..

—¡Oh! por caridad, interrumpió la Giagnoni; ¡no me hable usted de Génova! ¡Me produce náuseas!

—Entonces hablaré á usted del desenvolvimiento progresivo de las obras de nuestro puerto.

—¡El puerto! murmuró la actriz disgustada: hágame usted olvidar, por amor de Dios, el Mediterráneo, el Océano, y, sobre todo, no me hable usted de puertos, porque se aumentan las náuseas.

—Callaré.

—No, no, hable usted: ¿no hay ningún tema que pueda distraerme?

—La circunvalación del monte...

—¡Ay, Dios!.. Recuerdo que la he atravesado en carruaje y dando tumbos... Me parece que aún estoy allí... ¡Qué sacudidas!... ¡Qué náuseas!

Y al decir esto. la pobrecilla se llevaba el pañuelo á la boca.

—Soy verdaderamente desgraciado, le dije, intentando un golpe supremo; pero hablaré á usted de una comedia que estoy preparando.

En este momento la actriz fué acometida de un verdadero trastorno; no he visto nunca más terribles efecto del mareo.

¿Y Garzés? ¿Y el brillante Garzés? En los comienzos de la travesía, como en su continuación, se mostraba invulnerable. Entretanto estaba madurando un proyecto suyo, llamado á causar una revolución completa en el arte náutico; quiero decir, un flotador enorme, todo de corcho, provisto de todas las comodidades de la vida, sin excluir algunas incomodidades; como (para citar una) el periodiquito diario con su imprenta correspondiente; las oficinas de la redacción; los apuntes del noticiero; la ojeada general á la política; los telegramas super y submarinos; los chismes y cuentos de á bordo; avisos de cobranza. Todo esto era un idea—lo repito—del brillante Garzés; y el que quiera realizarla, que levante el dedo. También habría celebrado Garzés proveer este gran flotador de paseos públicos, jardines, árboles, fuentes, pi-

caderos, cocheras y, si Dios quisiere, tiro al blanco y tiro de pichón.

Alrededor de las siete llegábamos á la rada de Barcelona. Allí pensé que era yo el único sobreviviente de una de las más audaces expediciones de que las historias nos hablan. Realmente no ocurre todos los días que cincuenta escritores, más ó menos auténticos, legítima representación de todas las provincias de Italia, se muevan para conquistar—á falta de una *Tierra Santa*—la cortesía de un pueblo que no los conoce, pero que, llamándose pueblo español, tiene que mostrarse hospitalario por excelencia. Y yo—lo recordé precisamente al acercarme á Barcelona—era uno de los *sobrevivientes* de aquella gran expedición emprendida en Génova en Agosto de 1886: las generaciones venideras se maravillarán de esto. ¿Quién de nosotros no se entusiasmó entonces? O, para emplear una voz ménos enfática, pero más propia: ¿quién no quedó enamorado de la grandiosa capital de Cataluña? No bien resonó á bordo la consoladora voz: «¡Estamos en Barcelona!» sentíme impulsado de un deseo frenético de bajar á tierra; de volver á contemplar aquellos muelles, aquellas escalinatas donde, tres años antes, el primer magistrado de la ciudad había salu-

dado á nuestra embarcación con palabras dignas de otros argonautas. No veía yo la hora de encontrarme en la *Rambla,* en las hermosas calles sombreadas por plátanos; anhelaba yo ver de nuevo aquellos edificios, aquellas iglesias, aquellos mercados, aquellas fuentes, y sobre todo—no lo oculto—aquellas adorables catalanas.

—¿A qué hora podremos bajar? pregunté con impaciencia febril al capitán.

Éste apaciguó mi frenesí respondiéndome que no era posible pensar en eso hasta el día siguiente; hasta que se hubiera tomado un práctico y cumplido las innumerables formalidades que, poco más, poco menos, afligen á todos los puertos del universo, si bien siempre se hallan en primerísima línea los puertos italianos.

Bajé tranquilamente á mi camarote y me dormí lo más pronto que pude, seguro de anticipar mi desembarco.

Mis sueños, por extraña anomalía, se circunscribieron á muy modestos horizontes. Soñé que yo era nada menos que un buen padre de familia y un esposo hastiado; que tenía algunos rorros en mis rodillas, otros que metían sus manecitas en mis bolsillos para buscar dulces; otros, en fin, que se deshacían en llanto, mien-

tras yo no hallaba manera de tranquilizarlos. Soñé que me había puesto al frente de una agencia de colocaciones de nodrizas; que me habían dado la honrosa, pero no apetecible, presidencia de no sé cuántos Jardines de la infancia, hospicios de niños abandonados, casas de destetados, asilos de huérfanos. Al despertarme no acertaba yo, por de pronto, á explicarme aquellas caminatas espirituales por el mundo de los pequeños, cuando la vocecilla estridente del angelito de quien ya he hablado á ustedes, vino á darme la clave de aquel cúmulo de paternidades imaginarias.

Muy de madrugada, un murmullo, un cuchicheo extraordinario se escuchaba á bordo. Hasta los muertos habían resucitado; quiero decir, que hasta el director Pasta se presentó vivo. El nombre de Barcelona estaba en todos los labios; el que la había visto se disponía—salvo las debidas excepciones—para volver á verla; gran parte de los artistas deseaban ardientemente que llegase la hora de visitar la ciudad que para muchos de nuestros cantantes y artistas representa, puede decirse de este modo, un pimpollo de América en el Mediterráneo.

Entretanto bajé...; pero ¡cuán distinta era mi visita de ahora á Barcelona de cuando llegué la

vez anterior! Entonces, á nuestro desembarco, la bajada estaba obstruída por curiosos; ahora, por lo que respecta á mí, no hubo más que un curioso, el cual se obstinaba en saber á toda costa en qué fonda quería hospedarme. Le respondí que viajaba de riguroso incógnito y que por esta razón me era imposible satisfacer su curiosidad. Entonces, en la visita primera digo, recuerdo, entre otras cosas, que los guardias municipales nos dieron escolta de honor; en esta segunda, como yo me hubiese permitido aproximarme al grandioso monumento á Colón, del cual en otra ocasión solamente había visto la base, llegóse á mí un guardia municipal para decirme bruscamente que siguiese mi camino.

—¿Seguir mi camino?... ¿Y por qué, hijo de todas las Españas? pregunté asombrado.

—Porque hoy no es jueves, respondió muy españolamente el otro.

—¿Y qué culpa tengo yo de que no sea hoy jueves?

—Todos los jueves se puede pasar sin pagar multa. Usted hoy, que no es jueves, ha pasado las cadenas, por consiguiente...

En efecto, yo, sin percatarme siquiera, había ido al otro lado de la cadena que rodea el monumento; estuve muy tentado de preguntar

al vigilante si, además de la pena de multa, había incurrido yo en la de ser fusilado.

Sin embargo, la nobleza y la cortesía castellanas, ni aun bajo la ruda cubierta de un humilde guardia municipal quedaron desmentidas. Preguntóme si yo era extranjero. Respondí en seguida que yo era descendiente, en línea indirecta, de Cristobal Colón, natural de Vico, distrito de Ponticellos.

El vigilante se enterneció, y con aire de indulgencia me autorizó para traspasar otra vez la cadena y visitar y tocar el grandioso monumento.

A mí, lo declaro con franqueza y sin pensarlo—porque sobre gustos no sé discute,—aquella mole me produjo excelente impresión. Hay quienes se ríen sobre todo de aquellos bajo-relieves que, vistos á dos pasos, parecen ropas bosquejadas, pero considerados en su conjunto contribuyen, con todas las otras partes, á lo imponente del efecto. Estas obras de arte podían estar mejor concluídas; pero al fin es justo conceder un poco á la influencia del *futurismo* (1),

(1) Ni *futurismo* es voz castellana, ni es vocablo italiano (por ahora) *avvenirismo* que el autor emplea. Obligado á traducir el pensamiento del escritor italiano, héme hallado en la necesidad de usar un neologismo, por el cual solicito humildemente la indulgencia de los lectores y de la Academia Española. *(N. del T.)*

hasta en ese monumento, y convenir en que, después de todo, el gran Almirante se destaca y se eleva prodigiosamente sobre aquella columna hermosa y se halla mejor tratado allí, á tal elevación sobre la miseria de los demás mortales, que lo estuvo en los tiempos aciagos en que las cadenas que hoy ciñen el pie de la base, ceñían, sin otros intermedios, los brazos y las piernas del insigne navegante.

El municipal me preguntó aún, por exceso de amabilidad suya, si me parecía más hermoso el monumento de Génova ó el de Barcelona. Yo, enemigo siempre de las comparaciones, le contesté que, de los dos, el monumento á Cristobal Colón que más había de impresionarme, lo vería yo dentro de poco: América.

Después, olvidado siempre por aquellas autoridades locales, que se hallaban entonces tan distante de reconocer en mí la *cincuentava* parte de los vitoreados en otra ocasión, enderecé mis pasos hacia la Rambla en busca de mayores emociones y de otros monumentos.

Lo que es la *Rambla,* lo sabrán ahora todos ustedes, después de las amplias descripciones publicadas por los susodichos cincuenta.

Era todavía muy temprano, y por esta razón aquella gran arteria de Barcelona hallábase aún

animada con la presencia de las avispadas ramilleteras y vendedoras de flores, en aquellos artísticos mostradores de mármol y de hierro fundido que están entre uno y otro plátano. Era la hora alegre del mercado de los pájaros; oíase charlar, alternativamente, á las lindas vendedoras y á las compradoras más lindas todavía... ¿Qué hay en Barcelona que no sea hermoso, fuera de las oficinas de correos? Tengo para mí que aquellos pájaros puestos á la venta, hallándose en compañía tan simpática, no desearían ni por un momento que Leonardo de Vinci, excediéndose, les diera la libertad.

Un compañero de viaje, hallándome en la Rambla, con todo el aspecto de un indagador, me preguntó lo que yo buscaba.

—Una aventura, le contesté.

—Pues vuelva usted aquella esquina, se apresuró á decirme el colega, y encontrará usted en seguida las aventuras á docenas: y me quedo corto.

Sediento de ellas, volví la esquina, ajustándome á las indicaciones de mi compañero, y me hallé delante del formidable cuadro de un charlatán, en cuyo rededor formaba corro la multitud á quien él exponía las aventuras, ilustradas lo menos en doce partes, del cuadro expuesto.

¡En ocasiones, los navegantes tienen ingenio!

Prosiguiendo, sin cuidarme de aquellas aventuras, calle arriba, vine á encontrarme bajo la enorme cubierta del mercado de verduras, de pescado, de carne y de todo cuanto se quiera.

Aquella laboriosidad regocijada me satisfacía lo mismo que el tranquilo y poético mercado de flores y de canarios. Desde allí, después de haber dicho algunos chicoleos á las criadas y á las amas, torné á la Rambla, y para pasar á un orden de ideas más aristocrático, dí la vuelta por la calle de Fernando, donde me encanté cuanto pude contemplando aquellos soberbios y variadísimos escaparates de tiendas lujosas, como compensación anticipada de las tres semanas próximamente de privaciones que la travesía nos reservaba.

Fuí, á pesar de ser de día, á echar una ojea da al Liceo, la quinta esencia del teatro moderno; visité también los dos barracones, más ó menos ecuestres, de la anchurosa plaza de Cataluña, en que se interrumpe la Rambla; volví á contemplar aquella maravilla del arte, casi á á pespunte, que es la Catedral; recorrí aún muchas de aquellas sombrías calles, y cuando creí que me hallaba suficientemente saturado de

barcelonismo, puse término á mi expedición dirigiéndome á una vulgar fonda.

Sobre esta tregua nada quiero decir, porque de fijo no serán ustedes tan atentos que me paguen la cuenta que, con grandiosidad catalana hube de aceptar. Volviendo de nuevo á la Rambla—que se encuentran ustedes bajo los pies por todas partes—atrajo mi atención un grupo de varias personas que cambiaban entre sí abrazos y apretones de manos muy conmovedores, como si una parte del grupo se despidiese de la otra para un largo viaje.

Oí entonces una voz hombruna que decía: «Vamos á embarcarnos en el *Duquesa de Génova*, y tendremos que permanecer embarcados unos veinte días.»

—¿Usted se marea? preguntaba en buen italiano otra voz menos varonil.

—¡Horriblemente! contestó la primera voz; á bordo, ni como, ni duermo, ni me muevo.

Este futuro compañero de viaje, pensé, no irá ciertamente á molestarme en el buque, ni disminuirá mi ración. Detúveme con la curiosidad natural de quien desea reconocer á un futuro colega de travesía, y busqué en el grupo el sitio exacto de donde aquella voz procedía; pero no logré hallarlo tan de prisa como yo es-

peraba. Los hombres permanecían todos silenciosos; las señoras, por el contrario, no daban reposo á sus lenguas.

—Miremos mejor, dije para mi sayo. ¿Dónde estará mi hombre, ese viajero que, una vez á bordo, no come, ni bebe, ni se mueve?

—Pues bien, volvió á decir la voz más hombruna cada vez; por lo mismo que el mar me molesta de ese modo, por despecho, me he mandado hacer adrede para este viaje un hermoso gorro de marinero, con el nombre, en letras de oro, *Duquesa de Génova;* me he comprado camiseta de marinero, porque á bordo tengo el propósito de vestirme de marinero siempre.

—Veamos, volví á decir, observemos mejor á ese extravagante que ya no he de encontrar á bordo, sino confundido entre la tripulación; pero... ¿dónde está?

—Conque, decía otro del grupo, ¿á bordo estará usted siempre de marinero?

—Siempre con traje de marinero.

—¿Hasta con calzones de lo mismo? preguntó un caballero.

—¡Eso no! oí que contestaba riéndose ruidosamente mi hombre; es decir, el que suponía yo hombre.

Porque, en efecto, era una cosa muy diferente, y vino á demostrarlo la carcajada que sorprendí en aquel original interlocutor; era, en verdad, una mujer auténtica y muy agradable. ¡Vean ustedes en qué gargantas van á meterse algunos vozarrones!

En tanto que miro y estudio á la simpática señora, oigo que del grupo sale otra voz, de mujer—si Dios quiere.

—Por lo que respecta á mí, dice, cuando estoy á bordo, cómo por cuatro, bebo por diez, duermo por doce, y cual si esto no bastase, fumo por quince.

—He ahí una mujer, dije en mi pensamiento, que merece dar la vuelta al mundo en ochenta días. Sin embargo, busco á la mujer, y no la encuentro: vigilo, por consiguiente, esperando una segunda emisión de voz.

—Lo que me entristece, siguió diciendo la misma voz afeminada, es que, á bordo, quien no participa de mis opiniones es mi mujer.

—¡Mi mujer! exclamo entonces todo asustado: ¡entonces esta mujer es un hombre, y viceversa!

—Ten mucho cuidado, De Lucía, dijo á la sazon una del grupo; cuando en Buenos Aires cantes el *Barbero* con la Patti, ponte en guar-

dia contra aquella *Rossina* que ha *inutilizado* ya á un marido, y á otro lo tiene de cuartel.

—¡La Patti! replicó entonces la mujer de la voz varonil; tendrá primeramente que habérselas conmigo en *Semíramis*, donde cantaré la parte de su hijo.

—¡Buenas notas se oirán entonces! terminó otro de los que formaban aquel interesantísimo grupo.

Entonces acabé de orientarme por completo: mi compañera futura de viaje era una artista de la Compañía lírica del *Politeama* de Buenos Aires; Compañía cuyo *caput stipitis* (1) era Adelina Patti.

Y ahora, ¡adiós, Barcelona, adiós!

CAPÍTULO V

¡Sólo uno fué el vencedor!—Ciento setenta á la mesa.—Cuatro sobrevivientes.

Como prueba de mi cariño á Barcelona, aduzco este hecho: torné á bordo cuando ya el buque se disponía á levar anclas. El capitán

(1) Locución latina que, *en este caso*, vale tanto como *figura principal*.

(*N. del T.*)

Mascazzini me dirigió, con motivo justificado, una reprimenda:—Cuando se viaja, me dijo, es necesario convertirse en soldado.

Y yo respondí:—He sido más que soldado; en Barcelona la he dado de comandante con una hermosa criada catalana que encontré en la Rambla...

El capitán no me dejó proseguir; á dos pasos de nosotros, estaba el sacerdote.

—Su reverencia, dije, no se escandalizará por esto; si he seguido—con miras puramente artísticas—los pasos de una catalana, he visto también en otra calle pasear bajo los plátanos á un clérigo con el cigarrillo en la boca y una muchacha catalana en animado coloquio.

—¿Qué sabe usted de eso? chilló el cura muy irritado con la enunciación de aquel hecho, realmente sencillo, pero rigurosamente exacto.

—Lo que celebraría yo saber, respondí de pronto, es lo que ha hecho su reverencia mientras yo me hallaba ausente.

—Pues verá usted, me dijo con aire candoroso aquel restaurador de almas, cogiéndome del brazo como á su mejor amigo, en tanto que el capitán del buque se alejaba He realizado muy cuidadosamente y muy á conciencia una excursión entre aquella pobre gente—y al ha-

blar así me señalaba la tercera clase;—y cada vez se arraiga más profundamente en mí el convencimiento de que allí está el buen terreno, el terreno adecuado para la siembra.

—Al tema de siempre, pensé.

—¡Oh! sí, replicó muy satisfecho aquel hombre, cada vez más persuadido á dar importancia á su propia misión; hay buena semilla que arrojar en ese campo.

—No lo dudo...

—No; crea usted también que en Italia falta todavía una escuela preparatoria del emigrante.

—¿Fundará usted esa escuela?

Temí que el padre cura me endilgara su muletilla de siempre: «¿qué sabe usted de eso?» pero no; antes al contrario, me dijo:

—Verá usted: tengo datos de tal manera satisfactorios para mi propósito, que muy lejos de lisonjearme, estoy más que seguro del buen éxito.

—¿Y esos datos? objeté con incredulidad sincera.

—¡Si yo dijese á usted, replicó el ministro de Dios, que he despertado, sin pretenderlo, una emulación noble entre aquellas pobres gentes, sobre quién había de ayudarme á misa!

—Y las mujeres, ¿entran también en esa competencia?

—Vamos, vamos, chilló el presbítero, oiga usted, señor Mefistófeles. Cuando hay competencia en eso de ayudar á misa, ¿no significa que hay buen terreno y buena semilla?

—Pues entonces, ya no necesita usted sembrarla; es que estaba sembrada ya.

—Pero venga usted acá, le digo, y escuche, si quiere, volvía á decirme el cura, cada vez más entusiasmado con su misión. Cuando hay buena semilla, es cuando entre los infelices aldeanos saben veinte, y tal vez más, lo que probablemente no sabrá usted, aunque conoce el latín.

—¿Y qué es eso que yo no sé?

—Ayudar á misa.

—Confieso que esa ciencia no entró jamás en mis moradas espirituales.

Pues bien: yo le aseguro que esos aldeanos son al contrario; tienen á mucha honra y aun á vanagloria ayudar á misa.

—Porque no saben lo que chapurran.

—¿Quiere usted callar? me gritó el padre común como si hablase desde el púlpito. Esos aldeanos que van á ayudar á misa...

—¿Qué aldeanos, ni qué?... interrumpió en aquel momento la voz más áspera entre todas

—Total de pasajeros, entre las tres clases, 1.118.

—Creía yo que íbamos muchos más.

—He dicho á usted el número exacto, y si desea usted más pormenores, le diré que de los emigrantes son: napolitanos, 480; venecianos, 300; los demás, lombardos, toscanos y piamonteses.

—Gracias, señor comisario.

Un joven, como de veintiocho años, se paró en aquel momento á mirar con mucha atención al comisario, con quien yo hablaba en el punto de la cubierta que está situado entre la salida del salón principal y la entrada de la tercera clase.

—¿Es usted mismo el señor comisario? preguntó con el tono de quien necesita afirmarse un poco en su creencia.

—Así dicen, respondió Ciulfo.

—Pues bien, replicó el otro con muchisíma seriedad; si para el sostenimiento del orden y el mantenimiento de la disciplina; para vigilar aquel mar muy á menudo alborotado y tal cual vez algo peligroso de la clase tercera, necesitase el jefe de á bordo un auxiliar, una fuerza moral... acuérdese usted de mí y cuente conmigo.

—Para hablar con verdad, nada de eso es preciso, respondió el comisario.

—Lo decía, prosiguió el de los ofrecimientos, porque yo tengo dispuestos y á mano mis papeles, que hablan por mí.

—También los demás los tienen, caballero.

—Pero yo, señor mío, soy un ex furriel del ejército italiano, voy en tercera clase primeramente por estudiarla, y además porque en el servicio de esta dichosa Italia se gana muy poco... al menos los buenos patriotas como yo. Como la administración, la verdadera y breve contabilidad la tengo al dedillo... ¿comprende usted?... podía yo haberlo sido todo, y sin embargo... Pero ya ve usted... ¿qué recompensa se logra en Italia por obrar bien y por tener alguna experiencia de los negocios? Luchar, luchar, siempre luchar. Ahora soy de tercera clase; pero en América... allí está la palestra... hoy tercera clase y gracias... mañana, millonario, dueño de castillos.—Poco me faltó para interrumpir al orador diciendo por mi cuenta: eso es, castillos en el aire; pero me limité á murmurarlo con suma prudencia entre dientes, alejándome para no asistir á todo el canto primero de aquel poema heroico cómico. Ciulfo, á su vez, para desembarazarse del importuno, se apresuró á unírseme y me dijo:

—Ese que ha visto usted ahora, es induda-

blemente el más desventurado de los emigrantes posibles: los demás saben, sobre poco más ó menos, lo que habrán de hacer...

—Pero éste, repliqué, tiene ya su millón en el bolsillo.

—Y en perspectiva un refugio en cualquier *comisaría*.

—Que no han de confundirse con las nuestras.

—Ya verá usted las *comisarías* en la Plata.

—Espero no verlas.

—Pruebe usted á incurrir en una distracción, aunque sea muy inocente, replicó el otro· que sabía de *argentinismo* bastante más que yo; pruebe usted, por ejemplo, cuando se recoja de noche y ya tarde á su casa, á equivocarse de puerta, al introducir la llave en la cerradura.

—Pintaré una cruz de blanco en mi puerta para reconocerla de pronto. Entretanto, señor comisario, dígame usted: ¿le parece creíble que este ex suboficial, este hombre de orden dispuesto á prestar su apoyo al capitán del buque, vaya á dar de bruces, á las primeras de cambio en una *comisaría*?

—Dígame usted antes, dijo Ciulfo. ¿Qué opinión ha formado usted de ese sujeto, después de haber oído su fragmentos épicos?

—Pues bien: dudo, por ejemplo, que pueda suceder á este hombre equivocarse al introducir la llave en la cerradura.

—Porque probablemente no tendrá á su disposición ni cerradura ni llave.

—No lo dudo, si él persevera en esas ideas, y, sobre todo, en esa actitud, aunque yo no conozco todavía América.

El buque proseguía adelantando sus quince millas por hora. Corría que era una bendición de Dios. Cielo perfectamente sereno; mar tranquilo; ningún incidente á bordo; el presbítero más confiado cada vez en los resultados de su propaganda: ¿qué más podía pedirse?

Las montañas y las rocas de España se dibujaban en el horizonte con maravillosa pureza. A bordo, los enemigos del mar parecían todos convertidos.

La escena siempre iba aumentando en animación. Por todas partes aparecía un nuevo y alegre semblante: una actriz por acá; una cantante por allá; la bailarina ostentaba su traje número cinco; la Rubini, una actriz aficionada que iba con la Compañía Pasta, había sacado á relucir un vestido rojo escarlata; el director de la Compañía deseaba organizar algún juego de cartas; el capitán estaba de un humor envidia-

ble; el hijo de la Tessero, un jovencillo largo y estrecho como una caña de Indias, tranquilizaba cariñosamente á la madre sobre la salud del perrillo: en fin, todo iba perfectísimamente.

Hasta se principiaba á charlar de la actitud de Boulanger en Francia; un asunto que ahora que acabo de escribir estas líneas, se ha desvanecido, pero que á nuestra salida del continente habíamos dejado en su apogeo.

De pronto se oye una campanilla. Es el primer toque de aviso para la comida. La contralto Guerrina Fabri, mi hombre mujer de la Rambla de Barcelona, aparecía—en cumplimiento de su promesa—en traje de marinero de la cintura arriba... Dejemos el resto.

Las actrices, cantantes y danzantes, de la zarzuela aparecen á su vez, con la obligada sonrisa estereotipada en sus semblantes. Se presentó, al cabo, entre los de aquel grupo, un hombre en zapatillas, con una almilla no muy larga, sin corbata y con los pantalones no muy bien asegurados en la cintura. Supuse que fuese el *no-guardarropa* de la zarzuela y era sencillamente el empresario de la misma; un hombre de desenfado á toda prueba, á juzgar por las apariencias.

Se oyó el segundo toque.

Bracci sale del comedor con el rostro radiante.

—¿Qué hay? le preguntó Posorini.

—He visto el *menú* (1) en las manos de Ciccio, jefe de los camareros y mi ilustre conciudadano. ¡Oh! *¡Menú delicioso!* Imagínense ustedes qué sopa; la reina de las sopas.

—¿Qué sopa? preguntamos todos impacientes:

—Una sorpresa: pasta... en caldo.

Un grito de excecración cubrió la voz de Bracci y todos se encaminaron al comedor.

¡Oh qué hermosa mesa! ¡Qué hermosa mesa! había exclamado aquel milanés del mar á quien todos ustedes han conocido.

Era aquél un cuadro esplendoroso, un suceso artístico, sobre todo por hallarse en aquella ocasión casi completo el número de los elementos de todos las gradaciones artísticas, desde la lírica á la dramática, desde el baile á la... *olla podrida*.

Debo tambien, ya que de esta mesa trato,

(1) Bajo la responsabilidad del autor dejamos en francés este vocablo que Resasco emplea, también en francés, sin duda porque no tiene correspondencia exacta en italiano; como sucede hasta cierto punto en nuestro idioma.

(N. del T.)

apuntar un incidente personalísimo. El jefe de los camareros (*maître d'hotel*), me llevó aparte y me dijo que desde entonces para en adelante mi puesto en la mesa era el de *á latere* del capitán. La honra de figurar al otro lado correspondió á la diplomacia, esto es, al Sr. D. Carlo Calvo de Capdevila, mitiro splenipotenciario de la República argentina en Bélgica; ministro que á la sazón viajaba en uso de licencia de bastantes meses. El sitio inmediato al Ministro correspondía á su señora: una verdadera y arrogante hermosura argentina. Después de mí se colocaba un cónsul argentino, también en viaje con licencia; era el señor Merengo, natural de Niza, y que para no quitar la razón al más insigne de todos los hijos de Niza, era ya soldado de Garibaldi en la guerra de la independencia italiana y después cónsul argentino en Niza. ¡Qué hermosa mesa! Séame lícito repetirlo, que no es ciertamente la glotonería del estómago, sino la de los ojos, la que me lo hace repetir. Incluídos los recién llegados, estábamos ciento setenta viajeros de primera clase; la Tessero parecia haber rejuvenecil do en diez años lo menos desde el día anterior; la Giagnoni se presentaba por primera vez en la mesa, para mostrar confianza absoluta en el mar. Baste, por último, decir que, además de la

sopa de pasta, preconizada por Bracci, estaba también á la mesa el Pasta verdadero y auténtico, con su señora. La actriz Bianco parecía blanca y linda como una paloma; la Esterina Monti, bullía más viva y más alegre que unas vacaciones, é iba constantemente desde un sitio á otro; la actriz Stoch departía muy animada con su perrito; la hija de Braci, rivalizaba en alegría y en moverse de un sitio á otro con la Monti; la Zuchini Majon no es ya la animosa suegra del diablo, pero nos parece la más feliz de las nueras.

Pasta se sentaba en la primera mesita, á la derecha del cabecera de mesa, inmediata al actor, todavía un *caballero*, *Beltramo*, *su más fiel amigo*. En la misma mesita la Beltramo daba diariamente muchos recuerdos á su hijo, un niño extremadamente travieso.

También los recién llegados de Barcelona se presentaban con unos bríos de muy buen agüero; la Fabbri *marineaba* prodigiosamente; de De Lucia se desprendía á muchos palmos de distancia el tenor de gracia; las *zarzueleras*, reunidas todas en grupo, daban con sus cuchicheos idea de un mercado de negritos. El empresario de las mismas, con aquella eternas zapatillas, con su invariable camiseta con la supresión

de la corbata, parecía una nota discordante entre tanta elegancia; ¡él que en los ensayos no cesaba de recomendar que nadie desentonase! Su procedimiento, en realidad, no carecía de malicia: ante él, y con él comparado, cualquier artista de su Compañía lucía más.

La bailarina no parecía aún bastante satisfecha consigo misma, porque sólo *se andaba* en el sexto traje. En esta comida llevaba en la cabeza, y se la ofendía no reparando en él, una gorra de oficial de marina. La usurpación de prendas propias de los hombres se echaba de ver en toda la línea femenina. La Rubini, mejor que ninguna, llevaba su blusa garibaldina; la Fabbri, ya lo he dicho, era un marinero, principalmente en la voz.

«¡Qué hermosa mesa!»—Ya no volveré á decirlo. El capitán se mostraba amable y expansivo como nunca; dirigía muchas palabras en español al ministro; seis en francés al cónsul; diez en italiano á mí: tenía además repertorio de otras tantas frases de cumplimientos para el sexo bello. Parecía, sin embargo, como si se le notase en el rostro una sonrisa algo mefistofélica, que ya no era su sincera sonrisa de siempre. Alguno, muy satisfecho, hubo de preguntarle:

—Capitán, ¿cuántos nudos corremos ahora?

—Demasiados, respondió Mascazzini; y una arruga todavía más mefistofélica que las otras vino á oscurecer la expresión de su entrecejo: yo lo vi porque me hallaba á su lado.

—Cuando se anda así, exclamó la Rubini, nunca puede ser demasiado.

Los platos se sucedían; las copas sonaban, produciendo las siete notas y sus accidentes; un rayo de sol penetraba con voluptuosidad para dorar el ambiente. Pero la alegría de los mortales, sobre todo cuando viajan en buques, es humo pasajero. Cátate que el mar, sin hacer que le precediese, por cortesía, el menor aviso, comienza á moverse con fuerza; imaginan todos, al principio, que se trata de una cosa efímera. Pero muy pronto la agitación se hace convulsiva: el buque se entrega á un balanceo desconsiderado. Las espumas de las olas entraban por las ventanas del comedor, que fueron cerradas inmediatamente, aunque en vano; rompíanse los platos; las botellas y las copas rodaban por todas partes; los nuevos manjares se perdían en aquello espantosa confusión; los camareros vacilaban y no conseguían sostenerse en equilibrio; la hélice daba golpes desesperados; todo aquello que no derriba el movi-

miento del buque, lo tumbaba el viento inexorable como un ejército de Orlandos furiosísimos.

¿Y los pasajeros? ¿Quién puede pintarlos? De las mujeres, poco antes tan alegres y tan hermosas, aun incluídas las feas, no quedan sino criaturas que se retuercen, que no cesan de hacer contorsiones, que parecen caerse á pedazos como trastos viejos. Los hombres—al cabo y al fin *nobleza obliga*—las cogen del brazo, y aun á muchas en brazos, sin más remilgos; pero con el mar y con el mareo no hay sexo fuerte que valga; los auxiliares, los caballeros, sucumben á su vez; abandonan de pronto á las señoras, no sin decir con palabras entrecortadas:—Perdón, señora mía, pero ya no puedo. Los camareros suspenden el servicio de la mesa, para convertirse en enfermeros; recogen y levantan en montón, á los aterrados y á los enfermos; las actrices, á quien tantas veces hemos visto en escena brillantes y triunfadoras, parecían (y perdonen ustedes la comparación) andrajos de la calle; algún intrépido procura permanecer en equilibrio, pero cae miserablemente sobre sí mismo y sobre los demás; entre las frases sueltas que por acá y por acullá se oyen, la más frecuente es: «Lléveme usted á mi camarote;» ó bien: «Déme usted algo para el estómago.»

El pasajero que tras de heroicos esfuerzos logra permanecer en equilibrio, pregunta al capitán, al salir de la sala:

—Pero ¿dónde estamos?

—En medio del golfo de Valencia, responde Mascazzini.

—¡Maldito sea él! gritaron cien voces.

Restablecióse por fin la calma, no en el mar, eso no, sino en la sala del buque; una calma relativa, se entiende. De tanta vida, de tanto ruido y tal movimiento, sólo queda la habitación desierta; el hueco de tantos sitios precipitadamente abandonados.

—Veamos, dice entonces el capitán: ¿cuántos hemos quedado en la mesa?

Nos contamos: yo, y de esto me vanaglorío, era de los *sobrevivientes;* éramos cuatro, á saber: naturalmente el capitán, el cónsul de Merengo y el que esto escribe (eso por lo que respecta al sexo fuerte); el otro sexo se hallaba representado por una muchacha graciosísima, la señora Mascharpa, corista de ópera italiana.

Todos cumplimentamos á nuestra compañera, al propio tiempo que compadecíamos á las víctimas; la animosa artista nos respondió: «Ahora soy medio ballena; ésta es mi séptima travesía de Italia á América.»

—¡Si llegamos allí! oímos gruñir en este momento á una voz sepulcral.

Procuramos todos averiguar la procedencia de aquella voz, y descubrimos al pie de un sofá, próximo á un rincón, un desdichado que, cogiendo con ambas manos la pata de una de las mesillas de juego, colocada la cabeza en el sofá, y extendido lo demás del cuérpo en tierra, había estudiado, y acaso encontrado, la posición más á propósito para sostenerse en equilibrio.

—Garantizo á usted la llegada, respondió el capitán al infeliz postrado: llegaremos á América; lo que ahora pasamos es una molestia insignificante.

—¡Ay! ¡Lo llama molestia insignificante!—gritó el aterrado viajero, con los ojos bizcos del susto.

—El Pampero que parte de la costa de Montevideo, dijo la señora de las siete travesías, alguna vez y muy particularmente en estos casos, se deja muy atrás esta agitación del golfo de Valencia.

—¡Ah! ¡Usted llama á esto agitación! replicó más exacerbado el infeliz; y para consolarse, como allí nadie manifestaba estar dispuesto á compartir su terror, salió en busca de otro

semblante extraviado que pudiese dignamente hacerle compañía, sin dejar de gruñir, por supuesto: «¡Maldito viaje!»

En esto penetró en la estancia el *Ungido del Señor*. Confieso que me había olvidado de él completamente. Había principiado á comer cuando todos, y con muy regular apetito; pero á los primeros amagos de turbulencia del golfo le perdimos de vista... quizás porque había ido á fortalecer con su ayuda y su consuelo á los de la tercera.

—¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! gritaba D. Aurelio—tal era su nombre de pila—poniéndose una mano en el pecho y apretándose la cabeza con la otra.

—Dígame usted, le pregunté: ¿qué piensan de esta manifestación de los elementos sus ovejas de tercera clase?

—En estos casos, replicó el sacerdote, es mucho más espantoso hallarse sentados á una mesa, que estar tendidos por el suelo: aquí á lo menos, no hay el peligro de caerse de la silla.

—Puedo asegurar á usted, dije entonces, señalando hacia mis compañeros, que nosotros no nos hemos asustado.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Sé con toda certeza que hemos comido con excelente apetito, y ahora nos levantamos de la mesa y le saludamos con todas las consideraciones debidas.

CAPÍTULO VI

Molestias y pasatiempos de á bordo.—Los emigrantes.—Incidentes de amor.

En el siguiente día comenzaba á señalarse aquel punto de los viajes por mar en el cual la normalidad de la existencia á bordo va consolidándose, y por consiguiente se experimenta más viva la necesidad de las ya indicadas distracciones.

El contemplar lo vario de las costas de España ya constituía por sí sólo una distracción envidiable, sobre todo si se consideraba que al siguiente día nos encontraríamos fuera del estrecho, como si dijeramos, fuera de nuestra casa, esto es, de aquel Mediterráneo, que es un poco de todos nosotros.

Otro entretenimiento agradable de aquel día fué observar la mayor abundancia de embarcaciones que nuestro rapidísimo buque se dejaba atrás, por mucho que aquellos menos afortunados

corredores echaban humo todos como fumadores turcos, y como turcos más que nuestro *Duquesa de Génova.*

La distracción más interesante para mí, que la estuve meditando tres días, fue una excursión á la tercera clase. Como novicio en tales expediciones, hube de pisar no sé cuántos zapatos y tropezar con varias piernas y muchos brazos, y aun con algunas cabezas de personas tumbadas en el suelo, antes de hallar un paso en la zona democrática.

La primera impresión, aun estableciendo determinadas comparaciones, fué favorable. Salía yo—y perdónenme las señoras compañeras mías en primera clase;—yo salía, vuelvo á decir, de ver en el salón y en el castillo de popa rostros, en su mayor parte frescos si ustedes quieren, pero pintados, empolvados, embadurnados; cejas más ó menos artificialmente arqueadas; algunas protuberancias apócrifas; tal cual trenza de contrabando; algún pecho —llegue mos aquí y no pasemos adelante—bastante procaz para no ser algo sospechoso. Por el contrario, al penetrar en la clase tercera, en el instante consagrado principalmente á la operación del aseo y el tocado, la autenticidad de varias cosas que no son nunca de despreciar, se me pre-

sentaban evidentes. Muchas mujeres estaban arreglándose el pelo; no es éste en realidad el más decente de los espectáculos, pero al cabo y al fin una larga y oscura cabellera agrada á la vista; algunos hermosos cabellos rubios de mujeres del pueblo,entre las manos de la peinadora, parecían hilos de oro. De esta riqueza indígena y auténtica eché de ver en seguida bastante, bien así como ojillos traviesos y seductores, formas opulentas de matronas, algo villanescas si se quiere, pero vistosas, y hasta gracia y delicadeza aristocráticas esparcidas acá y allá por la mano próvida de Dios entre aquella democracia.

Entre los hombres, la tosquedad y la rudeza estaban muy lejos de ser exclusivas. Impresionáronme algunos jóvenes de rostro compungido y de labios tristes, que formaban singular contraste con sus compañeros que alborotaban y se divertían grandemente. Los vestidos de aquellos jóvenes que á la sazón, como suele decirse, dejaban ver la trama, denuuciaban, no obstante, por el corte y la calidad del género, la elegancia de tiempos ya pasados. Más de uno y más de dos de aquellos vestidos, muy lejos de haberse gastado en las oficinas ó en los bancos del trabajo y de los negocios, habían pasa-

do su existencia en la cervecería ó en cualquier otro lugar de públicos pasatiempos. Estos tipos, repito, formaban rancho aparte. Oí que el famoso ex furriel, de quien ya tienen ustedes noticia, se dirigía á uno de esos avanzados del tiempo perdido, y que se hallaba sentado en uno de los primeros peldaños de la escala que conducía al camarote del capitán y le decía:

—¡Ánimo, joven! en América no sucederá á usted esto; allí será reconocido el verdadero mérito. Esperemos.

—Vea usted, dije para mí, dónde ha ido á colocarse el verdadero mérito.

Un fulano, con una especie de juego de ruleta, iba sacando céntimos á los más bobos. Pasó un oficial de á bordo y se apoderó del artefacto ingenioso.

—¡Vaya una gracia! gritó el ruletero.

—Repite la observación, dijo el oficial, y me apodero también de ti.

El otro se convenció muy á tiempo de que le convenía conservar la propia libertad.

—Porque se deduce lógicamente—se apresuró á decir el ex furriel, cuando hubo pasado el oficial—que este juego no se ha hecho para los pobres: la ruleta está reservada, por completo, á los señores que aún tienen el lujo de poseer

una pistola en el bolsillo, para levantarse la tapa de los sesos en el caso de grandes pérdidas.

Entretanto, y prosiguiendo mi excursión, encuentro al reverendo que está charlando muy íntimamente con una mujer bastante vieja. Si ésta tiene la debilidad de confesarle sus pecados, y si la propaganda del presbítero se limita á tales pruebas, la misión no va á producir grandes resultados.

Sin procurar yo, ni por pienso, buscar propaganda, entréme en el grupo de emigrantes, precisamente para oir algo de sus hechos, lo cual á bordo es siempre lícito. Veo dos mujeres, joven la una, la otra vieja, sentadas sobre un lío de cuerdas, con tres pequeñuelos que se disputan entre sí los gajos de una naranja.

Regalo á los pequeñuelos otra naranja—una de las mayores generosidades que me he permitido en mi vida.—En seguida pregunto á la mujer, en cuyo acento reconocí inmediatamente que procedía de las provincias meridionales, dónde van á establecerse. Me responde que van á la colonia de Santa Fe.

—¿Con quién viajan ustedes?

—Con estos pequeñuelos.

—¿Y dónde están los hombres de la familia?

—Mi hombre, responde la más joven, está

hace ya tres años trabajando en América.

—¿Y ahora se ha decidido á seguirle el resto de la familia?

—¿Qué hemos de hacer? Mi marido, cuando estaba en el país, trabajaba poco y la familia crecía. Se fué para América, ¡pobrecillo! pensando únicamente en nuestro bien. No pretendía, como otros, hallar una fortuna, sino ganar lo suficiente para que viviéramos todos. Es hombre robusto, sabe su oficio y encontró muy pronto trabajo bastante. Nos enviaba dinero, y nosotras, en pago, le enviábamos nuestras bendiciones.

—¡Oh! sí, interrumpió la anciana, muchas veces hemos bendecido á aquel excelente hombre.

—Por último, dije, su marido de usted se halla tan bien en América, que se decidieron ustedes á irse para hacerle compañía.

—¡Oh! no señor, dijo la joven; no nos hemos decidido á dejar nuestro país porque mi esposo haya encontrado allí la fortuna; para nosotros los pobres no hay fortuna en ninguna parte. Pero el pobre hombre, que está allí trabajando, tenía que quitarse el pan de la boca para mandarnos algún dinero. Antes lo que enviaba eran todos sus ahorros; ahora ya no bastaba eso, porque

para enviarnos, por ejemplo, un peso, ¿comprende usted? había de pagar peso y medio, y de aquel medio necesitaba él ¡pobre hombre! que también ha de comer. Viendo que eso del cambio no se arreglaba nunca, y al no saber qué determinación tomar ni á qué santo encomendarnos, nos hemos decidido á irnos también, y de este modo no habrá que hacer más que un puchero y de él comeremos todos.

Por aquellos días el cambio del oro en la República Argentina estaba al 50 por 100 y las relaciones de economía doméstica entre los emigrados de aquellas colonias y sus familias de Santa Fe se hallaban ya lo suficientemente desequilibradas para que fuese necesario el procedimiento de reunirse en un punto solo toda la familia.

Imagínese lo que sucedería después, cuando un escudo enviado desde la República Argentina á Italia valía poco más de una peseta.

Mientras reflexionaba acerca de aquel triste caso económico, hubo de llamar mi atención uno de esos altercados que en tercera clase son muy frecuentes. Oí una voz que dominaba á las otras, que pronunciaba estas palabras:

—He dicho á usted que no hablase más de esto. ¿Me ha entendido usted?

Muy poco tardé en enterarme que los principales actores de la disputa eran tres: un anciano todavía bastante vigoroso, que debía de ser el padre; una muchacha muy hermosa, de elevada estatura, de ojos expresivos, en que se adivinaba la vida y el sentimiento, de negra cabellera, que terminaba en una trenza caída por la espalda; ésta debía de ser la hija, y un arrogante joven.

Yo había sorprendido el diálogo en momentos de calor, y me detuve para oir el resto.

—No le basta á usted haber sido causa de mi ruina, gritaba el viejo volviéndose amenazador hacia el joven; ¡quiere usted también causar mi deshonra!

El joven, que se expresaba con tanta calma cuanta agitación manifestaba el viejo, contestó en tono muy comedido:

—Que haya yo sido causa de la ruina de usted, no lo niego; pero no ha sido mía la culpa.

—Yo, replicaba el viejo cada vez más enfurecido, con respecto al tío de usted, era casi como de la familia desde hace veinte años.

—Pues yo, contestaba el joven, era, sin casi, de la familia suya, y ahora ya me ve usted aquí, emigrante como usted... y ya sabe usted el porqué...

—¡Pero usted, gritó el viejo descomponiéndose, nos ha seguido en este viaje con intenciones de bandido!

El joven estuvo á dos dedos de arremeter á puñadas contra el viejo cuando oyó aquella injuria; volvió, sin embargo, sus ojos á la hermosa muchacha que seguía aquel altercado con la expresión de toda la pena, de todas las angustias que soportaba, y la dijo:

—Luisa, por consideración á usted, no por otra razón, tolero estas impertinencias de su padre. Él sabe que yo vivía con lujo y que por haber afrontado las iras de mi tío, á quien disgustaba mi amor á usted, he quedado pobre; he dejado en Italia esperanzas, porvenir, todo... todo menos el corazón: ése está siempre con usted.

—¿Y quiere usted que yo le diga cuatro verdades acerca del tío? interrumpió el viejo; fué injusto con respecto á mí; pero en lo que respecta á usted, tuvo mil razones para oponerse á que su sobrino se casara con la hija de su jardinero, como el tal sobrino pretendía.

—¡Pretendía casarme! contestó con orgullo el joven. Luego, delante de todos estos señores que me escuchan, principia usted á desmentir, sin quererlo, que yo sea un bandido. Si yo lo

fuese, lejos de aspirar á casarme con la hija del jardinero de mi tío, que es una doncella honrada y digna y que me ama...

En este momento la muchacha, aunque nada que fuese nuevo se decía, púsose encarnada como la grana.

—Si yo, prosiguió el enamorado, en vez de ser un hombre honrado, hubiera sido un mal caballero hubiese obrado de distinto modo: créalo usted.

—Pues bien, contestó el viejo, que, sin embargo, debía de estar convencido de haber escuchado una de aquellas verdades que son incontestables y no admiten réplica. Su tío de usted se opuso al matrimonio; quiso usted insistir y entonces él la tomó conmigo, y me despidió de su casa, y me privó de prestar un servicio que, si usted quiere, será de gente pobre, pero que, sin embargo, requiere algún ingenio; habíale yo convertido un erial en un paraíso de arte y de perfumes.

Y al decir esto, el anciano se mostraba un tanto cuanto satisfecho de sí mismo.

—No lo niego, dijo el joven, cogiendo al vuelo la ocasión de elogiar al anciano, ya que en ese punto lo merecía.

—Pues bien, continuó diciendo el viejo; des-

de el momento en que su tío de usted me ha despedido, desde el momento en que eso me ha valido la pérdida de mi posición y me pone en el caso de emigrar, ¿qué viene usted á buscar aquí? Dígamelo usted, caballerito.

Al decir esto, el anciano, clavando sus ojos de basilisco en el rostro del joven, se cruzó de brazos, como el sofista que, imaginándose haber hallado un terrible argumento *cornuto*, supone que al adversario no le queda más recurso que el de batirse en retirada.

Pero, por el contrario, el joven le respondió con su tranquilidad acostumbrada:

—He venido aquí en uso del derecho de viajar que tenemos todos.

El otro tomó aquella contestación por una insolencia, y gritó muy sobrexcitado:

—Usted ha venido para asediar á mi hija; pero ¡ay de usted!—y al decir esto el buen hombre extendía nerviosamente el dedo índi ce—¡ay de usted si le veo alrededor suyo!... y no me venga usted hablando de libertad. Tú, vete abajo, prosiguió dirigiéndose á la joven. que sollozaba.

A este último golpe, gritó el joven:

—Arroje usted todas sus injurias, toda su rabia sobre mí, que, á pesar de todo, no me

consideraré ofendido; pero no aflija usted á esa inocente por culpa mía.

—Acabemos, y quede sentado de una vez para siempre, agregó el irascible padre, no piense usted más, ni mucho ni poco, en nosotros y ya que la desdicha ha querido que se halle usted á bordo, hágase usted cuenta de que nunca nos ha conocido.

—Eso se dice muy fácilmente, murmuró el joven.

—Nosotros, vámonos, dijo entonces el viejo hablando á su hija, la hermosa Luisa, que parecía en su expresión triste, la estatua del dolor. Ella no replicó, pues seguramente conocía el carácter paternal del irritado viejo, y siguiendo el camino que éste se abrió con muy malos modos entre aquel círculo de seres humanos que estaban allí para oir la conclusión de la disputa, se dirigió hacia abajo para respirar un aire menos respirable.

El joven se quedó allí—perdóneseme lo ramplón del símil—como quien no sabe á qué carta quedarse. El individuo había logrado interesarme. Un sobrino de su tío que quiere casarse con la hermosa hija de un jardinero; la hija que se ha enamorado de él ¿y cómo no? el tío que responde con los rayos de su indignación hasta arrojar

de su casa á la familia que podía ser causa de una mezcla de sangre, hasta dejar que huya su propio sobrino, por no desistir de esa negativa; ¿qué podía imaginarme más conmovedor, como episodio que tiene á bordo su acto segundo?

Quien ha sido actor en un incidente que ha conseguido llamar la atención ajena hasta con gregar un círculo de lo menos diez personas, siente, luego que el incidente ha terminado y echa de ver el actor que ha picado en sus espectadores curiosidad, la precisición inescasable— de rumiar aún algunas de las frases más salientes entre las que han hecho el gasto de la discusión.

Nuestro joven, mientras se abría paso entre el círculo de curiosos que iba deshaciéndose, continuaba murmurando:

—Sí... precisamente bandido... ¡Bandido á mí! Dejo á todos ustedes decir si mi proceder es el de un bandido.

—Realmente, me arriesgué á decir, cuando el pobre enamorado vino á pasar delante de mí, viéndolo nadie lo diría.

—¿Comprende usted que tengo razón? se apresuró á preguntarme.

—Desconozco lo sucedido, respondí con cierta ligereza con que procuré ocultar mi curiosidad.

—Lo sucedido, replicó el joven, no tengo en verdad ninguna razón para callarlo. Yo amaba ardientemente á esa niña....

—Hasta ahí, dije, ya he comprendido lo bastante.

—¡Ah! ¿Ha oído usted algo? Pues bien: yo pregunto: cuando un hombre ha renunciado á una vida de comodidades, á su posición, á su porvenir, para participar del destino de la mujer á quien ha amado, ¿tiene ó no tiene derecho para que no se le considere como un bandido?

—La pregunta de usted, le dije, me autoriza para apreciar los hechos con cierta libertad.

—Pues bien, preguntó el joven con más viveza: ¿qué me dice usted de mi actitud y de la vehemencia de ese anciano?

—Por lo que respecta al viejo, contesté, lo compadezco, porque sé que el pobre hombre ha perdido...

—¡Ha perdido! replicó el joven, ha perdido el ejercicio de una profesión que puede perfectamente ejercer en cualquiera otra parte. Yo, en cambio, lo he perdido real y verdaderamente todo.

—Convengo en ello; pero ¿y ahora?

—¿Quiere usted preguntarme qué intenciones tengo para seguir á esa joven?

—Precisamente... En eso se halla mi curiosidad.

—No se hace en vano un viaje á América. Tengo dos buenos brazos y los mejores propósitos; si logro salir adelante, no habré sido, de seguro, el primero. Entonces el padre de Luisa, á quien yo amo, y que me corresponde, comprenderá si soy un bandido y un haragán.

—Éste, hube de exclamar interrumpiéndole, es el propósito de un hombre honrado.

—Gracias, caballero, contestó el enamorado en tono de sincero agradecimiento.

—Pero, me apresuré á decir, permítame usted que le manifieste que el viejo tiene también muy fundadas razones...

—¿Para tenerme por bandido?

—No, para desear que cese esta situación, crítica para las dos partes..., mejor dicho, para las tres...., porque usted no se halla hoy, seguramente, en situación de casarse con su hija;—tiene razón el viejo, repito, para pretender que cesen, ó, cuando menos, se suspendan las relanes entre la una y el otro.

—Podrá ser que usted tenga razón; inútilmente probaré; al corazón no se le manda. Comprendo ahora que existe un destino que me une, que me adhiere inexorablemente á esa familia.

—Al padre, prosiguió diciendo, le disgusta ese vínculo sin la sanción superior: por una y por otra parte hay razones muy atendibles.

—¡Y cuánto no padece, dijo suspirando el pobre joven, aquel ángel! porque es realmente un ángel; yo creo que existen en el mundo criaturas que desempeñan, sin quererlo, un irresistible imperio de amor.

—Y ahora, ¿cómo terminará todo esto?

—Ahora, ya que otra cosa no, estoy satisfecho de hallarme cerca de ella. Porque yo también soy de la tercera clase. Aquí estamos juntos.

—¡Muy mal!

—¡Utopias!... al fin todo es viajar...

—He dicho «muy mal,» por lo que se refiere á la proximidad.

—¿Quiere usted saber cómo concluirá todo? Si en América, según ya le he dicho, hago fortuna, me casaré con Luisa: en otro caso, ó me levantaré la tapa de los sesos, ó me arrojaré al mar.

—¡Excelente remedio para su adorada!

—Esperemos en el porvenir.

—Con todo mi corazón se lo deseo excelente... y deje usted en paz la tapa de los sesos, y no piense en servir de pasto á los peces.

Me he detenido, quizá demasiado, en un episodio patético; pero convengamos en que cualquier cosa que á bordo acontezca, ya una borrasca del mar, ya una tempestad del amor, es siempre algo que se gana en el capital de las distracciones.

Al despedirse el joven, de quien ya parecía yo el mejor amigo á los cinco minutos, me entregó su tarjeta, en la cual leí su nombre de pila, muy significativo para un héroe de amor: Pablo.

En lo que se refiere al conjunto de los amores de la tercera clase, que preparados ó fortuitos, legítimos ó fraudulentos, no faltan nunca, diré á ustedes que, á bordo del *Duquesa de Génova*, el encargado todas las noches de proceder, á son de campana fatal, á la separación inexorable de ambos sexos, á la interrupción violenta de todo tierno coloquio, á la amenaza de las iras divinas y humanas, era el mismo, mismísimo insigne *Sampon* que ejercía idénticas funciones á bordo del *Nord-América*, cuando Edmundo De Amicis se embarcó para la República Argentina.

CAPÍTULO VII

Se pasa clandestinamente el Estrecho.—En Tánger.—Ver y no tocar.—Una ciudad de cartón.—El señor Pierino.

Calcúlese si tendría yo deseos y curiosidad de ver frente á frente el estrecho de Gibraltar, esa puerta del Mediterráneo cuyo cerrojo posee la pérfida Albión. Adrede había yo hecho solemne voto de dejar del lado de acá del Océano todos los lugares comunes en que me había empapado en el transcurso de algunos lustros de vida exclusivamente europea, y aun diré exclusivamente periodística.

Al emprender mi viaje, deseaba yo, ante todo y sobre todo, ver tres cosas: primeramente la emoción mía en el momento de abandonar la madre patria para trasladarme á América, y en este concepto, lo confieso, quedé casi del todo desilusionado. Ver, en segundo lugar, el Estrecho, si bien en esto de las estrechuras tenía yo algunos conocimientos prácticos. Ver, en tercer lugar... se lo diré á ustedes en otra ocasión porque ahora nos hallamos para llegar al Estrecho.

Quiso el destino que el paso del Estrecho cayese para nosotros de noche, con la circunstancia agravante de ser noche tempestuosa y muy oscura. A medida que nos adelantábamos más y más hacia el Estrecho, más se encolerizaba el capitán, á quien se oía decir:

—¡No nos faltaba más que esta niebla ahora!

—¿Hay peligro? iba á preguntarle en aquel momento ansiosamente un individuo, en quien reconocí al arrinconado del golfo de Valencia.

El capitán midió de alto á bajo á nuestro hombre, en quien era todo pequeño, exceptuando los dos ojos constantemente abiertos, muy abiertos; más abiertos de lo natural; dos ojos en los que puede decirse que estaba estereotipada la expresión del espanto.

—¿Me pregunta usted si hay peligro? dijo el capitán; ¿peligro de qué?

—Peligro en pasar el Estrecho con esta noche, con esta niebla, sin ver, sin oir...

—¡Bah! seguramente, respondió el lobo marino, peligro lo hay... y no lo hay.

—Pero, caballero, por favor, insistió el otro abriendo los ojos más todavía: ¿hay peligro ó no lo hay? ¡Sáqueme usted de penas!

—¡Distinto del golfo de Valencia! exclamó el capitán acordándose mejor del tipo.

—Es decir, insistió el otro conteniendo hasta la respiración...

—Es decir, contestó Mascazzini con la serenidad del que se resigna, que de noche y con esta niebla, un choque entre dos buques nada tendría de improbable.

—¿Qué dice usted?

—Digo lo que es demasiado verdad, caballero.

—¡Jesús María y José!... pero ¿no podríamos suspender el viaje?

—¡Suspender! he ahí un verbo que no he visto jamás desde que navego.

—Quería yo decir, continuó el otro con el conmovedor tono de la súplica persuasiva, que desde el momento en que la noche adelanta y hay niebla, y se trata de atravesar un sitio peligroso, podríamos hacer una paradita.

—¿Una paradita? ¡Usted está loco!

—No lo estoy, pero me volveré loco de miedo, lo confieso. Miedo muy justificado en esta ocasión, si existe un peligro que puede destruir un buque que ha costado muchísimo dinero, eso sin contar con la vida de tantas personas.

—Pero usted sabe perfectamente, amigo mío, dijo el capitán con la mayor seriedad del mundo, que no es posible dar batalla sin hacer sa-

cañones, y que el mar es una batalla constante.

—Una batalla gran [illegible], cuyos ojos parecen ya próximos á salir de sus órbitas; pero el deber de usted.

En este momento el segundo jefe, Ghizolfi, llegaba para decir algo urgente al capitan.

—Perdone usted, mi deber me llama a otra parte, dijo Mascarini; y siguió precipitadamente al segundo.

—¡Acaso algun peligro ya próximo balbució aquel ser impresionable, que se quedó solo conmigo.

Mantúvose durante algunos minutos silencioso; después dijo, tal vez ganoso, sobre todo en aquellos momentos supremos, de hallar rostros amigos: Me parece que le conozco á usted.

—Lo miré con fijeza, y contesté:

—No soy de la misma opinión.

—¿Usted es de Génova?

—Lo soy.

—Yo no soy de Génova... pero para los negocios si lo soy. ¿No conoce usted al que nombran en los Bancos el señor Pierino?

—¿Es usted?

—Sí.

—Tengo mucho gusto en conocerle.

—Mi gusto sería mil veces mayor si le hubie-

se conocido en sitio distinto del mar, entre estos peligros incesantes...

—¡Y me habían dicho que este es un viaje de señoritas! ¡Oh! ¡Los negocios! ¡los negocios... Si pudiese yo retroceder... ó por lo menos pasar el Estrecho de día.

—¿Para ver el peligro cara á cara?

—Se rie usted de mí...; pero con esta niebla y con estos buques que muy á menudo no saben lo que se hacen...

—Agregue usted, señor Pierino, la circunstancia agravante de que yo soy un hombre aciago.

—Quiere usted bromear; ya lo comprendo.

—No, lo digo muy en serio; donde yo voy, siempre ocurre alguna desgracia.

—¡Vaya, vaya!

—Como usted lo oye. Durante el año en que yo nací ocurrieron cosas increíbles. Recuerda usted después la guerra del sesenta y seis; no salió bien nunca porque estaba yo sobre las armas; la desdicha de Custozza, á mí se debió.

Aunque Pierino es miedoso, y mucho, comprendió que yo trataba de darle broma, y para cambiar de conversación me dijo:

—¿Parará usted mucho tiempo en Buenos Aires?

—Parar se dice muy pronto...; el asunto es llegar, señor Pierino.

—Ea, acabe usted y dejemos las chanzas; seamos hombres.

En aquel momento hendía los aires, á muy poca distancia de nosotros, el silbido vibrante de una señal marítima. El señor Pierino se estremeció; aguzando cuanto le era posible la mirada en la dirección en que se había oído la señal, exclamó:

—¡Virgen santa! Tal vez un buque.

—Eso es, respondí; un buque seguramente, y que viene en dirección contraria al nuestro.

—Y el nuestro, ¿por qué no responde?

—Porque no se *nesecita*, contestó un marinero que á la sazón pasaba próximo á nosotros.

—Esto me tranquiliza, dijo el señor Pierino, después de algunos instantes de calma y de reflexión; si hubiese habido verdadero peligro, nuestro buque contestaría; ahora ya lo hemos pasado.—Conque usted decía, prosiguió dirigiéndose á mí otra vez, que piensa usted detenerse en Buenos Aires.

—No, contesté; mi intención es detenerme antes en el Paraguay.

—Usted, es claro, viaja por negocios.

—Nada de negocios.

—¡Ah! ya; ¿es usted de la Compañía cómica?

—Mucho menos. Me inclino más á lo trágico.

—¿Pertenece usted á los cantantes de ópera?

—Muchísimo menos. ¿No oye usted esta voz?

—¿Pues entonces?

—Viajo por gusto; esa es la verdad.

—¡Ah! ¿Usted llama, á éstas, expediciones de recreo?

—¿Quiere usted que le diga, en confianza, por qué viajo? dije entonces á mi incrédulo compañero.

—Sí, hombre, dígamelo usted.

—Pero le ruego, señor Pierino, no hable de esto á nadie... y mucho menos á bordo.

—Nada tema usted; soy discreto.

—Se lo recomiendo mucho, y muy de veras, ¿sabe usted? Viajo porque...

—Pero, vamos, acabe usted.

—Pues bien: viajo porque estoy tísico.

—¿Tísico usted?

—Sí...; ya he arrojado por la boca, en un esputo, dos pulmones; ahora estoy con el tercero á vueltas.

Mi interlocutor huyó como caballo desbocado, y si no me dió un par de puntapiés, fué porque tuvo miedo perder el equilibrio.

Una vez solo, pensé que era preferible buscar

mejor compañía. Quise echar una ojeada al salón, que resplandecía con toda su fantástica iluminación, quizá precisamente para combatir aquella situación nebulosa é insegura.

Encontré á Pasta jugando con tres de sus amigos; á la bailarina, que estaba contemplándose al espejo; al maestro de la zarzuela, que ensayaba un bolero al piano; una de aquellas... *toreras* que se entretenía en quitar las pulgas á su perro; la Monti, que chupaba naranjas; la Rubini que dormía tendida en un diván; su doncella, que le decía cuánto mejor era dormir en el camarote; el hijo de la Tessero, que se peleaba con la camarera de su madre.

A propósito: es preciso que yo hable á ustedes un poco de este excelente jovencito; si el hijo de la Tessero fuese comediante, podríamos nombrarlo «el Sarah Bernhardt» de nuestro teatro dramático. Es un buen muchacho, inverosímilmente delgado y mucho más alto de lo que corresponde á su edad. Cuando se inclina, parece que va á romperse en dos; si extiende un brazo, lo confunde cualquiera con un instrumento de ingeniería, si da dos pasos, se nos aparece delante. En resumen, y con todo eso, es un muchacho muy simpático y que está desarrollandose; es decir, lo estaba en la época

de nuestro viaje; ahora es muy natural que se haya desarrollado, porque la adolescencia, como el tiempo y los nísperos, realizan milagros de desarrollo. La camarera de su madre, una buena mujer que le vió venir á este mundo, y lo repetía diariamente diez veces, no se separaba de él; á cada frase del muchacho había de ponerle puntos y comas; á cada estornudo, un *¡Jesús!* Solamente se necesitaba una travesía para que el mozo se emancipase; pero, para no anticipar los sucesos, ya diré á ustedes otra vez cómo se verificó ese acontecimiento de la emancipación del muchacho.

En conclusión: viendo que en aquella sala yo no podía hallar asunto para distraerme y pasar desvelado algunas horas, renuncié definitivamente al espectáculo del estrecho de Gibraltar no visto de noche y aplazando esa vista para el viaje de vuelta, fuí á encerrarme en mi camarote.

No molestaré á ustedes diciéndoles que el muchacho de siempre estaba entonando uno de sus trozos predilectos. Quiero tender un velo sobre los sucesos de aquella noche, en la que el buque había de llevar á cabo una de las tareas más delicadas de la travesía.

Al día siguiente, y todavía muy de mañana-

na, no dudé ni un momento solo de que se aspiraba un aire más puro que el acostumbrado. Me levanté de prisa, con la esperanza de ver todavía un pedazo del Estrecho; pero me hallé en la costa de Marruecos. Vi al cura muy atareado, y con una cara que no era la de todos los días. Recordé entonces que era domingo y ví que el presbítero hablaba con el personal de á bordo de los preparativos para la misa que había de celebrarse sobre el puente y cerca de la estancia del capitán.

—De vestiduras sacerdotales, así decía el cura, traigo los baúles llenos; pero en todo lo demás es menester que ustedes piensen, exceptuando el misal y un Cristo que yo tengo. Las velas habían de estar resguardadas con dos copas; el vino y el agua, eso se comprende, en dos frasquitos, á modo de ampollas.

—¿Cómo quiere usted el vino?

Pareció dispuesto á decir, quizá involuntariamente: *del bueno;* pero se limitó á responder:

—Basta que sea vino sin agua.

La pretensión no era excesiva. Además, así lo disponen los cánones.

—¡Qué tal, reverendo! ¿Cómo lleva usted su propaganda? le pregunté lo más respetuosamente que pude.

—Aunque la noticia le desagrade, me respondió D. Aurelio, puedo decirle que va perfectamente.

—Me alegro infinito; así...

—Entretanto, voy á decir la misa, que de hoy en adelante se celebrará todos los días.

—Mejor que mejor.

—¿Le molesta á usted por casualidad?

—¡Muy al contrario! Cada uno á su oficio.

—Porque no es la Compañía la que me paga...

—Ya me lo ha dicho usted, y me lo ha repetido.

—¿Puedo ofrecer á usted esto, señor cura? dijo en aquel momento la Rubini, que estaba envuelta en el más rojo de todos sus trajes, y ofrecía al eclesiástico un gajo de limón.

—¡Diablillo tentador! *Vade retro!* respondió el clérigo. Sabe usted perfectamente que voy á decir misa.

—¡Ah! ¿Va usted á decir misa? ¡Bien! ¡Muy bien!

Y diciendo esto, y palmoteando y saltando como un chiquillo, la Rubini fué á esparcir la noticia entre todos los viajeros.

—¡La propaganda hace milagros! dije.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Que estamos en Tánger, contesté, volvién-

dome hacia donde apuntaban algunos anteojos de marina.

Y la capital marroquí apareció á nuestros ojos con todo el aspecto de una ciudad... de cartón, ligeramente colocada sobre colinas de papel mascado.

Habíase, entretanto, amontonado gran golpe de gente en rededor del capitán para preguntarle si se podía desembarcar en Tánger.

—¡Imposible! respondió Mascazzini; la agitación del mar no lo consentiría.

—¡Pero á mí no me asusta el mar! gritaron mil voces, entre las que no se hallaba la del señor Pierino.

—Por otra parte, seguía diciendo el capitán, no es solo el inconveniente el del mar, es también el del tiempo: vamos á detenernos tan poco delante de Tánger, que no vale la pena de desembarcar.

Agitábase el mar entretanto en un flujo y reflujo que debía de parecer muy poco agradable al amigo que ustedes saben, y la ciudad de cartón seguía aproximándose de suerte que ya podía distinguirse, entre otras cosas, un burrero por la calle que costeaba el mar y que debía de llevar á su destino una carga de verdura.

—¡Oh, qué hermoso es Marruecos! gritaba la bailarina poseída de entusiasmo.

—¡Pero, por hoy, no bajamos! le dije, no sin verdadero dolor, al pensar en la privación de un desembarco tan anhelado.

Como si surgiesen repentinamente del fondo de las olas, aparecían en rededor del piróscafo, primero dos, después cuatro, luego diez barquillas tripuladas por ciertos tipos de remeros, unos negros como la misma obscuridad, blancos los otros... como una tela sucia.

Chapurraron muy pronto algo de su vocabulario, que realmente podría denominarse internacional, porque se les oían vocablos españoles y palabras turcas; francés mezclado con italiano; algunas frases del dialecto genovés, sin excluir algunas de nuestras voces intraducibles.

Nuestro buque se halló invadido al cabo de dos minutos por gran número de vendedores de gorras, dátiles, frutas, abanicos de paja, zapatillas y otros géneros de menor cuantía.

El capitán repitió todavía varias veces la advertencia de que nadie podía desembarcar en Tánger, y saltando á una lancha, se encaminó, llevado casi más rápidamente que al vapor por cuatro remeros, hacia la ciudad.

Conviene saber que yo había hecho, mucho

tiempo antes, solemne promesa á los dioses de pisar el suelo marroquí, y no quise faltar á ella, pues que se me presentaba ocasión de cumplirla. Por esta razón, una vez ausente el capitán, aproveché el ir y venir desde la barca al buque de tantos hijos del continente negro para asegurar un pasaje hasta Tánger, en una de aquellas barcas; con tanta más razón, cuanto más claramente vi que era fácil entenderme con aquellos indígenas, y que el idioma del Dante, se chapurra por allá en todas partes. Hasta uno de aquellos remeros negros me dijo justamente—peor que le habría dicho el Dante por supuesto—cuántas *palancas* costaba el lujo de aquella expedición de ida y vuelta.

Bastantes de mis compañeros de á bordo, que habrían celebrado mucho violar también la prohibición, se quedaron con tanta boca abierta cuando vieron lo que yo hacía. Y aunque, cuando ya me alejaba, uno gritó cómo había encontrado aquella barca, le respondí: *audaces fortuna juvat*. No veía yo el momento de estar en tierra, sobre todo porque la agitación de las olas era tal, que temí alguna vez hallarme en el duro trance de ser salvado por alguno de aquellos tipos poco cariñosos. Yo también me habría vuelto negro.

Por fin tocamos la tierra de Marruecos; nada hay, sin embargo, peor, y me convencí de ello también en aquella ocasión, que verse en la necesidad de visitar un pueblo importante en cinco minutos, máxime cuando se trata de un pueblo que, como éste, es completamente nuevo para nosotros, en sus costumbres y en su estructura. Ya lo he dicho: un pueblo de casas de cartón; de cartón me parecían también, y colocadas allí por broma, las almenadas murallas. Las montañas y colinas calcáreas, que se hallan muy próximas á la ciudad, me parecían, ni más ni menos, telas de papel mascado. A desvanecer en parte esa ilusión óptica vino muy pronto cierto trabajo de terraplén que vi cerca de la muralla: aquello era tierra de verdad.

Perdóneseme que hable tan á la ligera de cosa tan importante, pero ya lo advertí: era aquella una excursión á vuelo de paloma viajera.

Entretanto, una vez en tierra, y después de ponernos de acuerdo sobre que la barca no se movería de allí hasta mi vuelta, pregunté á los mismos remeros á qué calle podría yo dirigirme para ver el pueblo muy pronto. Los remeros me aconsejaron lo más natural: esto es, ir todo derecho.

Del capitán ,que había desembarcado poco

antes, no se veía ni rastro, por lo tanto no se me lograba saber si había ido en línea recta ó en línea quebrada.

Anduve, pues, hacia adelante: no sabía, sin embargo, si entre los curiosos que por el camino se habían puesto á mirarme como á un animal raro, habría yo podido orientarme mejor que con las noticias de mis barqueros; porque esta gente me parecía más marroquí desde los pies hasta la cabeza.—¿Qué haré ahora ya que estoy desembarcado? —Tal fué la pregunta que me dirigí á mí mismo varias veces.

Delante de mí se presentaba una hilera de casas amontonadas unas sobre otras, con algunas callejuelas por acá y por allá, casi siempre formadas por arcos, que se internaban Dios sabe en qué laberinto marroquí.

Si me interno un poco y me pierdo, dije para mi sayo ¿quién me responde de que haya quien de un modo inteligible me indique el buen camino? Todo esto dependía tal vez de falta de valor, no lo niego; porque el hombre atrevido va muchas veces hasta el fin del mundo sin guía. A nuestro Consulado no me gustaba ir, porque en él estaría probablemenle, más aún, de seguro, nuestro capitán.

Si aún hubiese vivido el comendador Scovaz-

zo, nuestro ministro plenipotenciario en Marruecos y se hubiera hallado en Tánger, estaba hecha mi suerte, aun perdiéndome, porque él, en 1878, había estado á visitarme solemnemente en Génova, y en la redacción de *El Caffaro*, por haber yo escrito en son de elogio acerca de él mismo y de los principales personajes de la Comisión marroquí que gestionaba, por aquel entonces, la fundación de una fábrica de armas en la capital de Marruecos, bajo la inspección de oficiales italianos; este pensamiento se realizó después en Fez. Entonces Scovazzo me dijo: «Si va usted alguna vez á Marruecos, tiene usted su casa en...»

Pero el pobre Scovazzo ya no existía. ¿Qué hacer? Miro á tierra en busca de una idea, y ven mis ojos un trozo de empedrado. Si esto se halla empedrado, pensé, es claro que puede considerarse esta circunstancia como indicio de civilización. Ánimo, pues: en pos del empedrado encontré gran número de asnos errantes. Por fin tropiezo con una tienda en que veo mesitas parecidas á las de nuestros cafés. El adorno más vistoso era un diente enormísimo de elefante. Para sustraerme á las miradas de varios curiosos que seguían con obstinación mis pasos, y con especialidad de un tipo, de color de café con leche,

que pretendía venderme á todo trance zapatillas, me decidí á penetrar en el café. Una mujer de color de canela me pregunta inmediatamente, de una manera casi inteligible, qué es lo que deseo; para no perder tiempo le pido la primera botella marroquí que alcanzo á ver en el mostrador; será lo que fuere. Me lleva un pedaz o de papel y en aquel recipiente deja caer un poco de tabaco para liar un cigarrillo. Desgraciadamente yo no fumo. Indico entonces mis deseos de otra bebida y la mujer me sirve—acaso para su gusto—el néctar de los dioses, esto es un brebaje indefinible que se parece un poco á nuestro tamarindo con una parte de ruibarbo. Para no dar motivo á difíciles explicaciones acerca del pago, arrojo en el mostrador una moneda de me. dio duro y me devuelve no sé cuánto. Hecho lo cual, me alejo con principios de dolor de vientre. ¿Pero era realmente un café aquel establecimiento en que había yo entrado? Las consecuencias que tuvo mi entrada me lo han hecho dudar siempre.

De pronto se alegra mi vista al contemplar otro indicio de la civilización: es á saber, un carruajillo. El caballo me parece muy flaco, pelado del todo y tan lleno de barro, que no hay manera de adivinar su color verdadero. El au-

tomedonte mismo, sin sombrero de copa, me hace señas invitándome á subir; acepto y me coloco en el carruaje, sin que nadie se acerque para abrirme la portezuela, porque no hay por tezuelas.

El cochero me pregunta ¡oh maravilla de las maravillas! en correcto italiano á dónde quiero ser conducido. Miro un instante en rededor mío. y me aprovecho de la ocasión para convertir el automedonte en *cicerone*, con que mato de un tiro dos pájaros.

—¿Qué es eso? pregunto señalando un edificio más bajo que las ordinarias casas de cartón.

—Eso, me contestó, es el *Kasbah*.

—Pues me quedo lo mismo que estaba, porque no sé lo que es el *Kasbah*.

—Un trozo de la gran ciudadela, ya en ruinas.

—Corriente. ¿Y ese otro edificio, que me parece realmente una casa muy bella?

—¡Ah! esa es la gran mezquita.

—¿Un harén, no es esto?

—¿Cómo dice usted?

—Quiero decir un harén... de turcos.

—¡De turcos! no conozco eso.

—¿Y esa otra casa de piedra?

—Es una sinagoga. Hay muchas aquí, por-

que tenemos
bierno les apl
bastante.

Levanto ac
idea en tiem
de quien soy
viaje, es subs
Un impuesto
salvación de
también hall
signe Luzzat

—Por últi
ted un poco
pongo por ca

Y le señalo
que las otras
reojo. Entret
erudición lin
sas, le he oí
mente italian
latigazo, para

El cochero
cia llegan á M

—¿Y en q[illegible] [illegible]en á comerciar? le pregunto.

—En muchas cosas; un poco de todo, me responde mi hombre, principalmente en pieles

marroquíes, que fuera de aquí no las hay mejores, ni tan buenas.

Como no tengo amigos en la dignísima y honrada clase de negociantes en pieles, y como recordé perfectamente algunas carteras que en cierta ocasión se fabricaron con la piel del ajusticiado Pranzini, me permití preguntar á mi hombre, ya que el caballo iba muy despacio y se podía con toda comodidad departir con quien lo guiaba, le pregunté, digo, si la famosa piel de *marroquí* significaba acaso, perdonen ustedes la ignorancia, piel de los súbditos leales del *Scheriff*.

El cochero se horrorizó, y me dijo espantado:

—Pero, señor, ¿por quién nos ha tomado usted?

—Pues entonces, repliqué impaciente, ¿de dónde viene la piel de marroquí?

—Pues viene de nuestros corderos y de nuestras cabras... ¿Y usted creía...?

Y pensando en mi supina ignorancia dióse á reir cont al fuerza, que temí por la integridad de su piel *marroquina*... próxima á reventarse.

Hasta aquí todo iba perfectamente: el viaje debía ser breve, pero hermoso, útil, instructivo. Había visto, cuando no otra cosa, una mezquita. Pero el infeliz caballejo se fatigaba horrible-

al cochero.

Éste, que no era tonto, me

—Tal vez crea usted que s
cansa tanto en seguir su cam
mal alimentado. Pero le asegu
uno de los caballos más hermo
tos de Marruecos.

—¡Demontre! exclamé muy
dirigiendo otra mirada de con
falo: Ya se comprende, seg
esta es la primera vez que n
árabe; tierra de los verdaderos

—Aquí el terreno, continuo
viéndose por completo hacia
de vigilar los pasos de su in
aquí el terreno es muy suave.

—Pantanoso, podrá usted de
cosa.

—De ningún modo; terren
todas partes; basta remover co
rra ó arrojar en ella á la ven

Precisamente en aquel momento nuestro carruaje dió un terrible vuelco. El auriga lanzó una blasfemia y se dejó caer de su asiento. Permanecí yo mitad en el coche y mitad en tierra; afortunadamente también esta vez mi buena estrella me salvó. Dirigí una mirada al terreno; era todo un montón horroroso de piedras y de fango; miré al caballo; tenía las piernas delanteras, secas lo mismo que mondadientes, sumergidas en el barro, y las postreras dobladas bajo el peso del vehículo: estaba así sin moverse y sin descomponerse: decididamente debía de ser también un caballo de... cartón.

Lo que dijo el cochero, aproximándose á su bestia, era una mezcla del vocabulario de todos los países, que no logré descifrar.

—Le pago á usted hasta aquí, le dije para que no comenzase otra lucha; y le entregué muchas monedas, todas de cobre, para producir más efecto.

Y sin detenerme á oir más, retrocedí muy convencido de que había visto lo suficiente de Marruecos. Enderecé hacia la playa mis pasos, atravesando las fortificaciones con troneras, que por su seriedad muy discutible, son realmente dignas de formar pareja con ciertas cárceles modernas, de presuntuosa arquitectura

militar, que he visto en un país muy civilizado (1). Ya en la playa, reconozco á mis dos barqueros, y me parecen dos amigos antiguos comparándolos con todo lo que acabo de ver, incluso un bazar, al que eché una rápida ojeada á mi regreso y del que huí muy pronto porque me pareció un bazar de ropavejeros.

Mis barqueros, para colmo de cortesía, se apresuran á quitarme un poco de barro que llevo en el sobretodo y en el sombrero; en seguida me hicieron bajar á la lancha y me llevaron al buque.

El capitán no había vuelto aún. Á bordo todos me pedían noticias del capitán, y yo, por decir algo. les respondí: «Lo he dejado en una mezquita.»

Después de todo, pensé, no iba descaminado el príncipe de Joinville cuando, en 1844, al frente de flota francesa, bombardeó á Tanger; el príncipe esperaba sin duda que la ciudad renacería de entre sus ruinas más bella y más habitable y no se había equivocado.

(1) El autor italiano alude indudablemente á una obra moderna de su país; pero la alusión resulta ininteligible para la generalidad de los lectores de otros países. Hemos creído, no obstante, que á fuer de fieles traductores debíamos conservarla y *qui potest capere, capiat.* *(N. del T.)*

Por lo que respecta á mí, estaba más que satisfecho con sólo tener derecho á decir con verdad que había pisado tierra de Marruecos: lo demás lo dejaba aplazado para otro viaje... Al que me preguntó qué había visto de más notable en Tanger, le respondí: «*muchos borricos.*»

CAPÍTULO VIII

Comediantes y artistas de la ópera; bailarinas y zarzuela en mezcolanza.—Bajada en Las Palmas.—Un encuentro entre dos mellizos.

Reanudado el viaje, ni el resto de aquel día ni el siguiente ofrecieron cosa alguna notable sino la mar constantemente borrascosa y una danza de delfines que se reunían en grupos de á diez, y aun de á ciento, sobrenadando como cuerpos flotantes para enterarse de lo que hacíamos.

No se veía más, ni en el almuerzo ni en la comida, que la imponente hilera de señoras y caballeros ó no caballeros (porque siempre hay en todas partes aígún mal educado) á quienes la borrasca inesperada del golfo de Valencia había

trastornado. Todos parecían algo recelosos. Es cosa sabida: si a bordo no sucede nada de anormal en el sentido benigno, el recelo viene por sí solo. Si hay una persona antipática, ésta es precisamente la que encuentra uno delante de sí á todas horas. No faltará entre los camareros uno que sea bobo; pues ése será precisamente el encargado de servirnos. Si notan ustedes en la mesa algunas ausencias, son precisamente, por casualidad, de las personas que os parecen más simpáticas. Si se levanta alguna voz, es precisamente la que más molesta á ustedes y con más crueldad desgarra sus oídos. Es fatalidad del embarcado.

Para romper esta monotonía—así lo pensaban al menos y esas eran sus intenciones—los artistas de la zarzuela ensayaban despiadadamente de día y de noche.

Los más duros de comprensión y por lo tanto necesitados de mayor número de ensayos, eran los coristas, que constituían un tormento general.

Un día, entre estos ensayos de la *zarzuela* pareció que penetraba un rayo de sol: estábamos todos reunidos en la sala, poco antes de comer. Una lindísima española—cuyo nombre quiero enviar á los cinco ó seis representantes

de la posteridad, á los que según mi cuenta, tengo derecho—la señorita Luisa Tomás, cantante simpática, tanto por su figura, cuanto por su voz, toda gracia, toda dulzura y sin la coquetería que se advierte en tantas otras que se hallan en el mismo caso, entonó prodigiosamente una voluptuosa canción, en la que se repetían mucho las palabras *Cosa buena*, Cuando la cantante hubo concluído su danza, estalló una tormenta de aplausos. Se solicitó en nuestra insistencia la repetición de *Cosa buena* (1); el maestro gruñó un poco diciendo que aquello no era un teatro; por último se concedió la repetición. Bracci estaba loco, tanto por la canción en sí, cuanto por la gracia con que había sido cantada, y quería una tercera audición; pero no le fué concedida.

Si dijese á ustedes que había en todos vehementísimos deseos de oir, una vez al menos, las voces famosas de la Fabbri y De Lucía y que la travesía llegó á su término sin que fuesen satisfechos esos deseos no contaría sino la verdad, lo rigurosamente histórico. Y, por el contrario,

(1) Por las señas, la canción á que alude Resasco es el popular tango de *El Café*, de *Certamen Nacional*, de Perrín y Palacios.

(N. del T.)

cuando lo esperábamos menos, descubrimos un modulador de cancioncillas de *género* en el actor Passerini que se acompañaba á sí mismo con la guitarra. Fué recompensado con muchos y muy nutridos aplausos: y hasta sus notas sentimentales conmovieron tanto á cierta señora, que una noche hubo de decirle en el calor de su entusiasmo: «Cuánto celebraría yo que estas lindísimas canciones las cantase usted todas para mí; para mí sola.»

Era una declaración en toda regla; pero la señora tenía ya, con creces, la edad reglamentaria para ser elegible en el Senado, y Passerini pasó á la orden del día dando por terminado el incidente.

Entretanto, dominada ya, como he dicho, la tristeza de los otros dos días, después de la parada en Tánger, llegamos á Las Palmas, primer sitio abordado por Cristobal Colón con sus tres carabelas cuando partió de Palos. Primeramente comenzó á destacarse una islilla, pequeña y casi avergonzándose de dejarse ver, después otra; luego otras varias más juntas, y por último el desfile de estas Canarias, llamadas en otro tiempo *Las Afortunadas*, no duró por cierto media hora... porque después de haber sido vistos los primeros islotes al rayar el día, nos hallamos en-

frente de la Gran Canaria á cosa de las seis de la tarde. Las señoras se aprovechaban de este vuelo por delante de las islas Canarias como otras tantas canarias próximas á salir de las jaulas. Todos estaban muy contentos; es decir, todos menos uno: el señor Pierino. Le pregunté la razón de su disgusto y me contestó:

—Hay demasiadas islas, ¡demasiadas islas!; y lo que más me disgusta es que ese bendito capitán no piensa en el peligro de pasar tan rápidamente un mar que, hallándose sembrado de islas, debe de estarlo también de escollos.

—Agregue usted á eso la circunstancia, dije con refinada crueldad al aterrado preopinante, de que estos nuevos parajes fueron funestísimos, no hace muchos meses, á un buque de la misma Compañía *La Velos:* el buque nombrado *Sud-América.*

—No me hable usted de eso, gritó el señor Pierino asustado y huyó, según creo, á sumergir su cabeza en alguna cuba para proporcionarse algún aturdimiento con que borrar de su memoria el recuerdo de aquella catástrofe inolvidable.

Real y verdaderamente, á todos nosotros se nos encogió el corazón cuando encontrándonos en el puente para contemplar el risueño puerto

á Italia» que les salían de lo más profundo del corazón, decía la pobre Luisa: «¡Si fuera posible tornar al punto de que hemos partido!

— No, respondió el joven, es mejor ensayar las tierras en las cuales no hemos padecido todavía, y que acaso nos proporcionarán mejor fortuna. ¿No es verdad, caballero? exclamó el joven, dirigiéndose á mí; diga usted si no es cierto que en América los italianos están ayudándose mutuamente.

—Si he de decir la verdad, contesté, voy precisamente ahora á estudiar al italiano en América. Soy, al menos he sido, en Italia publicista y lo que puedo asegurarles con toda certeza es que no me ha ocurrido nunca leer un periódico italiano de la Republica Argentina que no contenga un cúmulo de improperios contra sus colegas de la prensa italiana que se publica en aquel país. De todas maneras, compañero, como usted no es periodista, puedo vaticinarle que sus bellas esperanzas obtendrán una espléndida confirmación.

Pregunté por el anciano.

—El pobre papá está enfermo, me respondió con prontitud Luisa; ahora me separo de su lado. ¡Pobre padre! ¡cuántas molestias, cuántos dolores á su edad!... ¡y todo por mi causa!

Y al decir esto tornó al legítimo llanto!

—El corazón me anuncia, dijo Pablo para reanimar á la hermosa, que América nos verá hechos marido y mujer, y que tu padre, que ya lo será de ambos, nos dará todas sus bendiciones.

Por mi parte hubiera bendecido entonces á los pobres muchachos para que terminaran allí mismo sus infortunios.

En este momento el joven, acercándose á mí mientras la muchacha seguía lloriqueando, me dijo algunas frases que fueron muy de mi agrado.

—En mi patria, murmuró en voz muy baja, no he sabido hacer sino de gran señor; pero ahora que he abandonado en Italia toda vanidad, toda ilusión, exceptuando ésta del amor, que no es una ilusión sino una fe, comprendo que aunque hubiese de labrar la tierra, aunque tuviese que doblar la cerviz á los trabajos más duros, tendré la fuerza de someterme á todo, siempre que cada una de las jornadas de lucha por la vida aproximase más y más el día en que pueda dar mi nombre y mi mano á esa desdichada niña, hoy inconsolable.

La joven se había levantado, y tendiendo la mano á su enamorado, le dijo:

—Adiós, Pablo, me voy al lado de mi padre.

Después de saludarme muy cortesmente, bajó la escala, seguida siempre por las miradas cariñosas de Pablo, hasta que desapareció.

—¡Cuántas y cuántas entre las señoras y señoritas de la primera clase, me dijo entonces el enamorado, no valen ni por su virtud, ni por su belleza, ni por su instrucción, lo que vale esta adorable y desdichada doncella!...

Viéndolo y oyéndolo ahora el pobre joven me pareció mil veces más enamorado que el día en que presencié su reyerta con el padre de Luisa.

—Es seguro que ni por su instrucción, repitió Pablo, aunque yo nada hubiese opuesto á su afirmación. Esta niña, siguió diciendo, tiene gran amor al estudio, singular talento, dignos compañeros de su excepcional belleza.

A poco, á muy poco que hubiera yo seguido oyéndolo, mi apasionado interlocutor hubiera concluído por querer convencerme de que uua mujer tan peregrina como ésta qne él amaba, no existía ni en el antiguo ni en el nuevo Continente.

Observé entonces que en la parte menos democrática del buque sucedía algo de inusitado. Una barca iluminada con farolillos había venido

desde el puerto hacia nuestra nave; de la barca habían salido muchos caballeros vestidos completamente de negro, que habían subido á bordo del *Duquesa de Génova*. Me despedí de mi amigo Pablo; le dirigí todavía algunas de aquellas frases de consuelo que cuestan muy poco, pero que son la expresión sincera del corazón, y volví á entrar en los dominios de la primera y la segunda clase.

Los recién llegados, tan peripuestos, estaban deshaciéndose en cumplidos delante de la *prima donna* Guerrina Fabbri, que á la sazón había dejado sus atavíos de marinero para adoptar otro traje más propio del nuevo orden de cosas que con el paso del Estrecho había comenzado. En Tánger la señora Fabbri había comprado de los semibárbaros venidos á bordo un *fez* muy encarnado, y se lo había puesto y le conservaba en la cabeza con la más perfecta convicción musulmana. Además, y como consecuencia necesaria del color del *fez*, la señora Fabbri llevaba aquel día, con esa marcial gracia propia de su figura varonil, una garibaldina, alrededor de la cual había revoloteado todo el día un moscón viejo de la primera clase, que cada cinco minutos declaraba á la cantante de formas tentadoras que con todo aquel fuego enre-

dador de su hermosura producía un efecto por necesidad incandescente. La Fabbri dejó al viejo que dijese cuanto quiso decir, pero cuando el *mariposón* en un punto culminante de su entusiasmo, se aproximó á ella mirándola con dos ojos de salmonete pescado cuatro días antes, pronunció algunas palabras sumisas, que yo no pude oir, la cantante le contestó: «¡Pero se le va á usted la cabezal...» El moscón se alejó pero con las alas quemadas.

Vuelvo á nuestra visita de ceremonia. Nuestros hombres habían ido á bordo para dar á la señorita Fabbri las gracias por un concierto de beneficencia en que ella cantó, no recuerdo cuándo ni dónde, para socorrer á los perjudicados por la catástrofe del *Sud-América*. Y como en este mundo, siempre y en todas partes interesado, para renovar la gratitud hay en cual quier ocasión motivo, aquellos señores iban á suplicar á la artista que tomase parte aquella misma noche, así como el tenor De Lucia, en un concierto yapreparado, para el cual solamente se esperaba el arribo á Las Palmas del *Duquesa de Génova* con aquellos dos inimitab' s ruiseñores. De modo que para el concierto esta ba todo pronto, si se exceptúa el permiso de los cantantes. El que artísticamente tenía consigna-

dos á los dos reclutas del Politeama Argentino para consignarlos á su vez—en el mejor estado posible—al señor Ciachi, era el empresario Milone, aquel agregado á la Compañía Pasta que ya he presentado á ustedes.

Y con Milone, el hombre más invulnerable en su *splin* de cuantos iban á bordo, fueron á consultar ambos artistas.

—Quien responde á Ciachi de vuestra vida y de vuestra garganta soy yo—así contestaba el bueno de Milone. Ahora, si estos buenos palmípedos—así nombraba él á los habitantes de Las Palmas—al oir vuestras voces prodigiosas, se entusiasman en tales términos que os detienen en la isla presos como á los demás canarios para aclimatar la clase, me quedo yo á la luna de Valencia.

Los atentísimos emisarios comprendieron que era necesario hacer también algunos cumplidos al señor Milone. Yo conocía perfectamente el flaco del amigo en tales ocasiones, y dije en voz queda á uno de los organizadores del concierto:—Invitando para la fiesta á ese señor, aunque sea en concepto de vigilante de los dos canarios, asegúrenle ustedes que tendrá en ella una butaca muy cómoda y muy bien situada, en la cual podrá dormir á su gusto y

acaso ver el espectáculo, fingiendo no oirlo.

El emisario se limitó á elogiar ante Milone la elasticidad, la blandura del sillón, casi para acostarse, que pondrían á su disposición. Milone no quiso resistir más, y dijo á los dos artistas:

—Preparáos, pues, y marchemos; yo estoy ya dispuesto.

Y durante aquella noche, el buque permaneció aliviado de tan precioso peso.

Alguien dijo una vez, y dicho quedó, hastiado ya de conciertos:

—Quiero establecer mi domicilio en algún islote del gran Océano para no oir nunca hablar de conciertos.

Quede dicho también para ese armonifobo, que tampoco las islas Canarias le sirven para vivienda. Tal vez no exista en el mundo una isla sin conciertos.

En la mañana siguiente bajé yo también al puerto de La Luz. El cónsul De Marengo, que se dirigía al puerto en la misma barca conmigo, el administrador de Pasta y otro viajero, dijo:

—He hecho ya unas cuarenta veces el viaje á América, y tanto de Las Palmas cuanto de sus usos y costumbres, estoy suficientemente práctico; voy, por consiguiente, á imponer á ustedes mi programa: déjenme ustedes á mí el

cuidado de ajustar con estos barqueros; lo mismo digo del cochero, porque desde el muelle á la población hay cerca de media hora de carruaje; no compren ustedes canarios en Canarias, porque aquí cuestan más que en ninguna otra parte del mundo; si ven ustedes alguna mujer guapa... figúrense, ante todo, que es fea; si algunos granujillas llegan en rededor de ustedes gritando ¡viva Italia!, respondan ustedes inmediatamente ¡viva Las Palmas!, y sigan ustedes adelante. En la fonda háganse ustedes explicar, siempre en idioma que no sea *el canario*, los platos y los vinos que quieran darles.

Escribí en mi libro de memorias todas aquellas saludables máximas, y próximo ya á tocar tierra, paréme á contemplar con admiración la hermosura y solidez del muelle y la comodidad relativa de la escala en Las Palmas. Había llegado entretanto el momento de pagar á nuestro barquero.

Dejamos, naturalmente, y según estaba ya convenido, la palabra á nuestro experimentado consejero.

—Os pagaremos á la vuelta, dijo él á los tres tripulantes de la lancha.

—Pero es que nosotros nos tenemos que *dir*, contestaron en español muy incorrecto los otros.

—Si ustedes tienen que *dirse*, peor para ustedes.

Otro de los tres replicó más resueltamente que era preciso pagarles en seguida.

—Eso será según vuestra ley; no según la nuestra.

Ante aquella obstinada resistencia, los de la barca solicitaron que, al menos, se ajustase en seguida el precio de ida y vuelta.

—Lo ajustaremos después, contestó nuestro intérprete.

—Pero...

—¡Ea! No molestéis más...

—Y dándonos primero el ejemplo, se plantó de un salto desde la barca á la escalera, y los tres remeros quedaron gruñendo entre sí mientras íbamos nosotros en busca de un carruaje venciendo no pocas dificultades para desembarazarnos de insistentes ofrecimientos de los vendedores de sillas de palma, de frutas, de jaulas para pájaros, y hasta de plumas sin los pájaros. Presentóse de pronto un jorobadillo á preguntarnos si nos hacía falta un carruaje; era conocido antiguo de nuestro consejero, y le contestó que sí. Cuando aquel *portafortuna* de carruajes se alejó, se nos presentaron seis ó siete, pero como ninguno de ellos estaba, por de-

cirlo así, bajo los auspicios del jorobado, esperamos, en tanto que los otros eran inmediatamente alquilados por los pasajeros que habían desembarcado después que nosotros, de los cuales se reía muy de veras nuestro consejero.

Mientras el jorobadillo continuaba haciéndose esperar, nosotros, desde el punto árido y desierto de arena amarillenta de nuestra parada, contemplábamos á la izquierda de nuestro sitio de desembarco la belleza de la población de Las Palmas que, surgiendo casi de las espumas del mar, iba como esparciéndose alegremente, entre lindos grupos de palmeras y otras pintorescas vegetaciones, hasta la falda de la montaña con la que, vista desde el buque, la ciudad parecía formar un solo cuerpo. Alejándose del mar aquella colina que se halla aquí bruscamente cortada á pico, aparecía sembrada de casetas muy blancas, en tanto que sobre el elevado cerro, á mano izquierda, se alzaba un castillo almenado, con su torre vieja, que fué nombrado en otro tiempo del Bey.

Hallábase no muy distante del sitio en que esperábamos, el cementerio; triste superficie cavada entre paredes y rodeada por verja, con su capillita en el fondo y espacioso campo delante sembrado de cruces. Buscamos inmedia-

tamente las tumbas de las víctimas ocasionadas ocho meses antes en el choque del *Francia* con el *Sud-América*. Una cruz más alta y más blanca que las otras, se elevaba sobre el sitio en que se hallaban enterrados los primeros de aquellos infelices que, alegres ya por la certeza de saludar nuevamente á la patria, regresando para gozar los ahorros acumulados con tantas privaciones, no preveían de seguro el triste caso de una embestida por parte del rápido buque francés, que justamente había reservado su movimiento á todo vapor para aquella rada placidísima, destinada, por la intuición estratégicamente mercantil de los ingleses, al abordaje de los buques necesitados de proveerse de carbón. Para nosotros que, separando las miradas de aquella triste fosa, podíamos volverlas hacia el inmenso mar, aparecían en tal instante los brazos de aquellos cincuenta desgraciados tendiéndose desesperadamente entre las ondas en la lucha terrible con un mar tan tranquilo, y en la invocación extrema de un socorro prestado demasiado tarde.

Ante aquella tumba, sobre la cual aparece alguna corona de flores ya marchitas experimentó nuestro corazón una de esas amarguras que quitan por algún tiempo hasta la respiración;

creíamos oir una voz que se elevaba de la boca entreabierta de aquel sepulcro para deplorar la horrible muerte que tantos infelices hijos de Italia habían encontrado tan inesperadamente.

Como no teníamos ni flores, ni coronas, arrojamos sobre aquella tumba, como postrer recuerdo, nuestras tarjetas; desde allí volvimos silenciosamente al punto de espera.

El señor De Marengo bufaba: Parece que en esta isla no dan buena suerte los jorobados.

Pasó un carruaje; pero no había allí jorobado alguno, ni en el pescante ni en ningún otro sitio.

Nos aproximamos al coche, y el cochero dijo inmediatamente:

—¡Va tomado!

—Sí, por nosotros.

—No... replicó el cochero, no: está alquilado por el ingeniero.

—¡Aquí somos todos ingenieros! dijo uno de nosotros.

Y sin otra explicación subimos al coche maldiciendo al jorobado.

¡Las Palmas! He ahí un nombre verdaderamente no usurpado. Alejándose rápidamente del erial, internábase el vehículo en un lago de vegetación, en un encanto de perfume y de jar-

dines que, en realidad, compensaban los quince días de absoluta privación de tierra que habríamos de pasar todavía. Los tipos más originales y más extraños de cuantos por las calles transitaban, eran las aguadoras, envueltas en grandes chales que cubren hasta la cabeza. Algunos de los cántaros que aquellas excelentes *palmeras* llevan con tanta desenvoltura, son de enorme volumen.

El ajo, por lo visto, debe de ser un producto de mucho comercio en Las Palmas, porque por todas las calles encontrábamos ajeros, con su mercancía colocada en forma de elevadas pirámides sobre la cabeza. Vendedores de tiestos con plantas y flores se hallan á cada dos pasos. Palmeras y palmitos aparecen diseminadas en jardines, en colinas, en senderos y hasta en las calles.

Como De Marengo había previsto en su advertencia preliminar, á lo largo de la calle pasaba nuestro coche muy frecuentemente entre dobles filas de granujillas, que gritaban hasta desgañitarse: ¡Viva Italia! Pero inmediatamente después, agregaban la réplica:—¡Den ustedes algo! ¡Una *palanqueta!*

Como buen genovés, me sentí halagado en mi amor patrio con aquel recuerdo de la tradicional monedita de Liguria, único punto de la Pe-

nínsula italiana donde el vocablo *sueldo* significa menos de cinco céntimos. Digo que aquello me halagó; pero no di ni una moneda insignificante, en obedecimiento á las órdenes de nuestro mentor, y para no estimular á la granujería mlitante de un país amigo.

Otro grupo de aquellos bribonzuelos probó fortuna variando el saludo por el de ¡*Viva América!* pero el viento se llevó inútilmente el eco de sus gritos.

En cierto punto de nuestro paseo vimos un hermoso y artístico mercado cubierto, institución por la cual me vuelvo loco, tal vez porque en mi ciudad natal—creo que ya lo he dicho y es muy pasible que torne á decirlo todavía—no hay de esos mercados. Me despedí resueltamente de mis compañeros de expedición, á qnienes aquel no pareció un monumento suficientemente notable, y nos dimos cita para otra hora en cierto Hotel de Inglaterra, que allí existía entonces.

Ya en el mercado, díme á estudiar los principales productos del país. Abundaban entre ellos las verduras, predominando la zanahoria, En los cenachos veíanse en gran número unos peces largos y muy delgados, cuyas escamas reflejaban todos los colores del iris.

Debían de ser sabrosos, pero no me agradaban las raras fisonomías de aquellas víctimas señaladas con dos ojos groseramente circuidos por orlas que parecían un par de gafas aplicadas á los extraños huecos. Supe después que se había hecho gran provisión de estos peces para nuestro buque. «Ahora comprendo por qué me desagradaban, dije entre mí; tendré que habérmelas con ellos en la mesa durante algunos días.»

Al salir del mercado, donde vi en gran abuncia doncellas avispadas y vendedoras corpulentas, como en todos los mercados cubiertos ó descubiertos del mundo, me encontré con el cura del barco.

—Déjeme usted estar, me dijo nuestro capitán espiritual, antes de que yo le hablase; he visitado ya tres iglesias, pero no he podido arreglar nada para la misa.

—Creí que había ido al mercado para intentar algo de propaganda.

—Diga usted lo que quiera, replicó el otro; yo solamente le aseguro que dentro de una hora iré á decir misa á la catedral.

—¿Negocio arreglado?

—¿Qué es eso de negocio? ¡Negocio espiritual!

—Á propósito: ¿ha visto usted qué lujo de

verduras hay en este pueblo? y, sobre todo, ¿cuánto se comercia en ajos?

—Déjeme usted en paz, que ahora necesito pensar en otra cosa.

—Ya me figuro que una catedral en estas islas abandonadas en el espacio, será poca cosa.

— ¿Qué sabe usted de eso?... La catedral es magnífica, y otras iglesias que he visto lo son también, yo se lo digo.

—Después del hermoso mercado cubierto, esto no debe maravillarme.

—Venga usted, pues, á la catedral.

—Espere usted primeramente á que yo me lleve un recuerdo del mercado.

—Absolutamente nada; no aguardo.

Di un par de vueltas y seguí al sacerdotepor no perder la visita á la catedral, dedicada al beato Marcial, y me hallé justamente delante de un monumento cristiano del año 1400, de cubierta dentada morisca, con dos torres almenadas y altas y esbeltas columnillas en la fachada.

Envidié á mi presbítero, al que vi entrar allí tan fácilmente como quien penetra en su propia casa, y que tal vez después de la misa tendría el antojo de confesar á cualquiera ovejilla de la Gran Canaria, aunque sólo fuese para oir alguna novedad de la vida íntima de aquel pue-

blo patriarcal de palmas, flores y ajos. También, dije entre mí, cuando vuelva á verle olfatearé al reverendo para enterarme de si conserva la fragancia de las cabezas de ajos.

Lo que más llama la atención en aquella fachada encajonada entre las dos elegantes torres, es el advertir de qué manera la parte central se halla vigorosamente almenada, en una forma más propia de castillo que de templo metropolitano. Desde la iglesia me dirigí al edificio de enfrente para visitar el Museo municipal antropológico y mineralógico. ¿Qué falta á La Palma para ser realmente una gran ciudad?

Todavía recorrí algunas calles y algunas plazas; vi otras iglesias de estilos que oscilaban entre los siglos décimocuarto y décimoquinto; visité una escuela, y volví á reunirme con mis compañeros de expedición en la fonda repostería de Inglaterra. Con ellos volví á bordo, mientras proseguía el trabajo de la carga de carbón y una docena de buques estaban en la rada humeando alegremente.

CAPÍTULO IX

Dormir... morir.—El paso de la Línea.

El capitán me había preparado una sorpresa para esta segunda etapa del viaje.

—He pensado, me dijo, que usted debe de aburrirse yendo solo en su camarote.

—Muy al contrario, me apresuré á replicar, temeroso de que invadiese la litera superior algún huésped poco apetecible.

—Por otra parte, continuó diciendo Mascazzini, también yo me aburro, muy especialmente cuando se pasan los calores tropicales, se me hace muy difícil conciliar el sueño y un compatriota, un paisano con quien cambiar cuatro frases en nuestro glorioso dialecto, sería justamente el remedio adecuado. ¿Quiere usted hacerme el obsequio de ocupar la otra cama de mi camarote de capitán? Cuando nos encontremos en la Línea se alegrará usted de haber aceptado.

De mi litera número 35 no estaba yo descontento; pero cuando calculé que en la cámara del capitán no volvería á oir los gorjeos del incorregible angelito, y por consiguiente mis sueños no serían amargados por la idea de hallarme todavía en la lactancia, acepté dando un millón de gracias. En la cámara del capitán, arreglada y dispuesta como Dios manda, se estaba perfectamente. Mascazzini no tiene el vicio de roncar, ni de leer mientras duerme; de manera que la compañía, aún prescindiendo del

punto de vista de la autoridad, era lo mejor que podía apetecerse.

No diré á ustedes que allí hubiesen cesado todas las molestias, pues el paraíso, como todos sabemos, no está sino allá arriba.

Me ocurrió una, por ejemplo; voy á referirla. Estaba yo precisamente muy próximo á cerrar los ojos y también se hallaba el capitán entre sábanas, cuando dieron dos golpecitos en la puerta, que permanecía abierta siempre.

—Adelante, dijo el capitán, ¿quién es?

—Soy yo; respondió una voz sepulcral.

—¡Ah! ¿eres tú, Francisco? dijo Mascazzini, en tanto que se adelantaba un individuo del ínfimo personal de á bordo, con cara de Cuasimodo enderezado y un acento que denunciaba en seguida al compatriota de Crispi.

—¿Qué quieres? siguió preguntando el capitán.

—Usted ya sabe...

—¿Qué voy á saber, si no te explicas?

—¿No quiere usted ver ahora á ese...?

—Pero ¿á quién?

—Á ese muerto.

Yo, que me enteraba entonces de que había un difunto á bordo, agucé el oído.—Bueno sería, pensé, que este tipejo nos trajese el difunto al camarote antes de arrojarlo al mar.

Menos mal que Mascazzini respondió:

—Si está real y verdaderamente muerto...

—Del todo y por siempre.

—Y si el médico ha certificado su defunción, nada nos queda que hacer.

—Oigo decir que el señor cura desea hacerle antes un funeral, ó cosa así; creo que se reducirá á dirigirle un discurso delante de sus compañeros de tercera clase.

—Pero ¡qué funeral, ni qué discurso! replicó, Mascazzini. El saderdote ha hecho ya cuanto podía hacer, y basta.

—¿Es decir, que puedo arrojarlo?

—Arrójalo.

—¿A qué hora?

—A las cuatro, por ejemplo. ¿Le has... arreglado?

—Nada le falta al pobre viejo. ¡Una cara de resignado!

—Mucho dudo de llegar á tenerla así; estaba ya tocando en los ochenta y dos

—Ya tiene su hermosa cubierta, sus magníficos hierros; en fin, es un cadáver al cual solo le falta el *proficiscere*.

—Pues bien: á la hora que te he dicho, arrójalo al agua.

En aquel momento golpearon más tristemen-

te en la puerta. No soy de los hombres medrosos; pero declaro con verdad que aquel golpe me estremeció debajo de mi manta; temí que el octogenario llegaba para hacer que saldasen su cuenta un poco mejor. No era el difunto; era el cura.

—Capitán, preguntó: ¿qué últimas disposiciones tomamos con este muerto?

La expresión *este muerto*, cuando me hallaba yo metido en la cama, faltó muy poco para que me hiciese creer que el cadáver era yo mismo.

Mañana por la mañana, replicó el capitán, le dice usted una misa, y descanse en paz.

—Eso no había que decirlo, replicó el sacerdote; pero para el momento del *entierro* me incumben, como usted sabe, otros deberes. Y al decir esto, el cura emitía las notas del registro grave.

—Hágalo usted todo como si estuviera en su casa, contetó Mascazzini; mande usted, disponga, y vosotros obedecedle; lo que sí nos interesa es que estas operaciones se lleven á cabo sin mucho ruido; de otro modo, ya se sabe, las señoras se impresionan excesivamente y ¡tenemos tantas á bordo!...

—¡Y los hombres también! grité á la sazón,

comprendiendo cuál iba á ser el color de mis sueños en lo qne restaba de noche...

—Morir... dormir... murmuró el reverendo.

—En fin, á las cuatro también yo estaré allí, dijo el capitán, para ocultar mejor aquellas operaciones extremas.

Ambos salieron de la cámara pronunciando al mismo tiempo las palabras:—Está bien; buenas noches.

Cuando hubieron salido aquellos dos excelentes maestros de ceremonias, pregunté á mi compañero de cámara:

—Capitán, ¿quiere usted decirme cómo ha ocurrido la muerte de ese pobre viejo?

—Falta de respiración, asma; respondió Mascazzini. Ahora déjeme usted dormir, y no se hable más de esto.

La respuesta no me satisfacía del todo. Cinco minutos después el capitán roncaba, ligeramente, sí, pero lo bastante para demostrar que dormía.

Yo también, contra lo que temí, me quedé dormido. ¡Pero qué sueños tan diferentes de los que había tenido otras noches!

Me desperté después de un sueño muy conmovedor; yo, desde mi lecho, había concluído entonces precisamente de echar la bendición á

mis sobrinillos hasta la cuarta generación; era una cosa que hacía llorar á las piedras; después... con una barba blanca que me llegaba hasta las rodillas, me había dormido plácidamente al beso... ó por mejor decir, me había despertado mordiendo las sábanas,

Miro el reloj ¡estaba escrito! son precisamente las cuatro; el capitán no está ya en su cama; me visto en menos tiempo que lo digo, dejo el puente de comandancia; piso á no sé cuántas personas dormidas; bajo al dormitorio de los hombres; desde aquí, y después de varios tanteos topográficos, me encamino á la enfermería; llego á tiempo de ver á un marinero, *Sampón*, ese funcionario de todas las grandes ocasiones, que tiene una linterna; el cura se encuentra muy próximo á él y reza sus oraciones; el capitán observa; Francisco abre una trampa rara, que tiene todas las apariencias de una sepultura; hasta allí hace rodar un cuerpo envuelto en un saco atado en sus extremidades por cadenas de hierro; el lúgubre envoltorio desaparece mientras el sacerdote acentúa sus plegarias, y una anciana, no muy distante, le responde como un eco. La trampa vuelve á ser cerrada; todo ha concluído.

—¿De esta manera tan sencilla se entierra aquí á los muertos? pregunto.

—Enterrarlos, no, me respondió con mucha justicia el marinero de la linterna.

—*Enaguarlos*, pues, le dije, y *requiescat in pace*.

En este momento me asaltó una idea penosa; la de que aquel anciano muerto fuera el padre de Luisa... Pero no: éste no podía ser aún octogenario, por más que un anciano bien conservado representa á las veces diez ó veinte años menos de los que en realidad tiene. De todos modos quise cerciorarme, y supe que el difunto era un desdichado que viajaba sin un solo pariente á bordo, y que se dirigía á Buenos Aires para abrazar á un hijo á quien no veía hacía muchos años y á cuyo lado deseaba concluir tranquilamente sus días. ¡Pobre hombre! ¡¡Morir entre tanta gente y solo!!

Deslizáronse tres ó cuatro días en la calma más perfecta y absoluta; de esa calma que á bordo, piense lo que quiera en contrario el señor Pierino, se hace insoportable; calma de los elementos, como de las ocurrencias, de los sucesos y de las impresiones.

El calor seguía aumentando; esto produjo metamorfosis en el buque; la oficialidad, principiando por el capitán, prescindió en su traje del color azul, adoptando el emblema de la inocen-

cia; esto es, el color de lila. Las actrices, lo mismo que las demás señoras, se aligeraban de ropas y desenvainaban los abanicos de las grandes ocasiones. También las bailarinas sentían el calor, como todos; pero seguramente querían dar pruebas de intrepidez en desafiarlo, porque se las veía muy frecuentemente haciendo piruetas á cualquier hora, lícita ó ilícita, alrededor de las máquinas; evidentemente era que algún médico les había recetado baños de vapor.—El mejor día, hubo de decir un pasajero, vamos á ver á estas graciosas sílfides sentadas allá, en la orla del cañón de la chimenea.

El cura padecía horriblemente con el calor y andaba de continuo en busca de una bocanada de aire, gritando:—¡Pobre de mí! ¡Pobre D. Aurelio! Un día le sorprendí poniendo á su conmovedora exclamación esta añadidura:—¡Pobre de mí! ¿para qué me habré metido en esto?

—Muy bien, señor cura, le dije. ¿Es así como sobrelleva usted las molestias de un poco de calor por la santa causa de la propaganda de la fe?

—Crea usted, me respondió, que no es el calor solamente lo que me causa tanta pena.

—De mí creo que no puede usted quejarse.

—Muy al contrario; antes bien, usted me divierte.

—Pero, sepamos ¿qué es lo que á usted aflige?

—El ver, un día y otro día, que no consigo hacer otra cosa que escribir en el agua.

—¿Conque su propaganda entre los emigrantes?...

—Mal, muy mal.

—¿Pues y eso? ¿Y aquel terreno exuberante, dispuesto para recoger la buena semilla?

—Terreno estéril... terreno duro.

—¿Y aquellos que se disputaban á porfía el ayudar á usted á misa?

—Todos los días les digo la misa; y en cuanto al ayudarla, lo mismo que el oirla, se toma, lo he observado perfectamente, á modo y por vía de pasatiempo.

—La Rubino y casi todos los comediantes, por ejemplo. Y, dígame usted: ¿predica usted? ¿Escuchan sus sermones?

—Sí los escuchan; pero á lo mejor se oye la voz de un emigrante mal criado que, en medio de un consejo saludable, me interrumpe para decir:—Reverendo padre, valdría más que diese usted esos consejos en dinero contante.

—¡Ah! Ya se lo había yo dicho, interrumpí no pudiendo contener la risa.—Padre cura, siempre he creído que había en mí algo de los profetas.

—¿Qué sabe usted de eso?

Mientras mi excelente consultor espiritual estaba para repetir su muletilla, sobrevino saltando la rubicunda Rubino; digo rubicunda, porque llevaba uno de sus trajes de color de escarlata y el rostro radiante más que nunca de palidez.

—Padre cura, dijo la actriz, aquí me tiene usted que acudo á la cita.

—¡La cita! exclamé.

—Una cita como Dios manda, prosiguió la artista sin sueldo: ¿es verdad, ó no es verdad, señor cura, que ésta es la hora establecida de antemano para que yo confiese?

—Es verdad, respondió el sacerdote, porque usted lo ha deseado así, y me ha parecido realmente que en usted se puede encontrar...

No pude resistir á la tentación de decirle:

—¿Ese terreno propicio que no ha encontrado en la tercera clase?

Entonces, ambos á dúo, y con perfecto unísono, me contestaron con el habitual:—¿Qué sabe usted de eso?

—Además, dijo el sacerdote dirigiéndose en tono un poco serio á la actriz, algunas cosas es mejor que se hagan sin decirlo... mucho menos á periodistas... como el señor, que tienen una lengüecita...

—Padre cura, esta es la hora de mi confesión, replicó la actriz dando pataditas en el suelo.

—Y el que no esté iniciado en los trabajos, añadí por mi cuenta, que se retire.

Y dejé allí las velas... del abanico de la Rubino.

Todo esto que relato, aunque absolutamente histórico, es pueril. Pero ¿qué otra cosa quieren ustedes que hiciésemos con aquel calor que nos llegaba de la capa del cielo, del mar, de las máquinas, de las actrices, de las cantantes, de las bailarinas, y, por último, de los cigarros de tantos fumadores? Si dice usted alguna fresca para mitigar el calor de la situación, le silban. Lo he experimentado por mí mismo una noche.

Estábamos reunidos en el salón para tomar el té, que por parte de muchos había sido sustituído con abundantes helados. ¡Qué calor! se gritaba por todas partes: ¡ahoga! ¡Vamos á liquidarnos! ¡no puede resistirse! ¡un poco de aire, un poco de aire, por amor de Dios!

—Señora Guerrina Fabbri, dije en aquel momento; ahora era ya tiempo de que usted se moviese á piedad de todos nosotros y nos hiciera oir una gran aria.

Si hubiera habido piedras á bordo, muero lapidado sin remedio,

Es indudable que el mejor consuelo para los aniquilados y sudorosísimos navegantes, lo proporcionaban los señores oficiales, no los camareros, los cuales, mientras los pacientes gritaban que ya no podían más, les decían para animarlos: «Este calor es una friolera comparado con el que se siente al pasar la Línea.»

Saben ustedes, sin embargo (todos lo sabemos), que cuando uno está preparado para cualquier cosa, buena ó mala, se disminuye mucho su efecto. Esto sucedió también con la Línea, la que fue felizmente pasada en la noche del día 15 de los ya referidos mes y año, con aquellos brindis y aquellas felicitaciones que son de ritual en tal caso.

No sé si sabrán todos ustedes que para este negocio del paso de la Línea es casi de precisión la agudeza y la gracia que debe pasar por toda la servidumbre de á bordo, desde los cabos á los subcabos, de los camareros á los criados, á fin de que los pasajeros de todas las clase la tengan incesantemente á la oreja:

—Señores, hay que pasar la Línea...

—¿Dónde pasarla divertido?

—¡Es una cosa muy curiosa! Pero es necesario un anteojo excepcional, excelente para verla.

—¿El qué?

—Pues la Línea... el hilo.

—¡Ah!

—Es claro; el hilo de la Línea... ¡Y mucho ojo con no romperlo!... Va en ello la seguridad de la nave.

Parecerá á ustedes muy necio todo esto; pero sin embargo, es así, y la atmósfera de la Línea está llena de necedades que en los buques de vapor dicen todos. Digo los buques de vapor y no los de vela, porque en éstos se cuidan ante todo, y en la Línea más que en ninguna otra parte, de mendigar á Dios una burbuja de aire que mueva la embarcación, aunque sólo sea un centímetro por hora; ansiosos como están todos de ver conjurarse el peligro de permanecer parados durante muchos días y convertirse en peces; en los barcos de vela, vuelvo á decir, es de creer que no exista la divertidísima broma del hilo, aunque sea de un hilo menos vulgar.

Hay, á pesar de todo, bajo los trópicos, muy curiosas observaciones que hacer, sin poner en olvido la propia seriedad con la eterna chanza del hilo. Digno es, por ejemplo, de observación que el sol, terminado su camino, dice de pronto: *buenas noches*, sin otros cumplidos y sin que, ni para salir ni para ponerse, emplee ese par de

crepúsculos que en los países habitables de este mundo se hallan instituídos á beneficio de los pintores, de los murciélagos y de los pajarillos.

Es también de notar cuán bello, cuán gracioso y cuán interesante se ofrece á nuestra admiración todo barco que en ese gran océano tropical aparece como una representación varia del mundo habitable, porque todos sabemos perfectamente que, á la larga, la zona tórrida no es lo serio.

Hay otra distracción muy posible en la Línea, ó cerca de la Línea: ver de qué modo el cuento más insignificante adquiere intensidad, fuerza para propagarse y dilatación maravillosa; cómo el incidente de menos importancia llega á tener dimensiones colosales; de qué manera una paja parece viga, y la cosa más vulgar peregrino fenómeno. Dos emigrantes que han disputado un poco, se transforman en dos caníbales que se han devorado mutuamente las tripas. Se rompe una jícara; ya se ha destrozado toda la vajilla. Tiene usted un poco de calentura; le consideran á usted como muerto. Murió un día de lombrices un muchacho; todos, sabiendo que yo dormía en el mismo camarote del capitán, se agolpaban para preguntarme, como conducto autorizado, si era verdad que la escarla-

tina, el escorbuto, la viruela ¿qué se yo? se habían declarado á bordo y que iban muertos quince niños, sin contar con el consabido viejo, que había subido ya al número de cuatro.

Cierta noche, aquel nuestro amigo de Niza que ya he presentado á ustedes, se concertó para jugar con varios compañeros que no llegaban; puso, pues, la baraja en una mesilla del salón, y volviéndose hacia el camarero, le dijo: —Si alguno quiere sentarse á esta mesilla. dígale que está ya tomada; voy á buscar á los compañeros, y vuelvo en seguida.

El murmurador y chismoso, que en estos viajes nunca falta, se apresura á decir por todas partes y á cuantos quieren oirle:—¿Saben ustedes lo que acaba de decir ese ciudadano de Niza? Pues ha dicho:—¡Ay del que sea osado de acercarse á esta mesilla de juego! Le romperé la cabeza, y, en caso necesario, haré que mis amigos me ayuden.

La noticia produce *una fin* del mundo; propágase la terrible amenaza; la superchería va creciendo, y hay casi temor de que se vierta sangre; y cuando el de Niza llega, encuéntrase con que le tienen preparada la represalia más espantosa.

—¿Es usted el que pretendía aplastarnos si nos aproximábamos á esa mesa?

—¿Aplastar á ustedes? No, por cierto: solamente he colocado ahí las cartas para ocupar un sitio que encontré desocupado, mientras fuí en busca de unos amigos, y, según costumbre, he avisado al camarero.

Se deseaba, en resumidas cuentas, que hubiese mostrado las uñas de tigre; por fortuna, á bordo hay siempre *champagne* en que ahogar estas disputas extemporáneas, y también en esta tempestad de una baraja sin jugadores, fueron sacrificadas dos botellas de Champagne.

CAPÍTULO X

El edicto sobre los perros y las actrices en revolución.—Un furriel seductor.—Un muchacho que se emancipa.

Y en la tercera clase, ¿cuál era la influencia de los trópicos? Me perjudicaría si dijera á ustedes que entonces la olvidaba, por causa del calor, ni aun en consideración á la meticulosidad del olfato.

De todos modos, estaba yo obligado á traspasar los confines de la tercera clase diariamente, al dirigirme por la noche á la cámara

del capitán. Pero, además, también la visito de día, y con tal motivo celebro dar buenas noticias del padre de Luisa, el jardinero anciano, á quien hallo curado, si no de la irascibilidad contra el adorador de su hija, del malestar que lo había tenido en la enfermería una semana. Un día me dijo Pablo:—He ensayado decirle que en Buenos Aires espero encontrar un buen empleo, porque un negociante que va en primera clase me ha dado alguna esperanza sobre el asunto, y le he hecho la promesa de casarme inmediatamente con su hija.

—¿Y qué ha contestado á eso el viejo?

—Que preferiría arrojarla al mar.

—No lo crea usted; esos son efectos de la Línea.

A lo cual agregué, observando á Luisa, que estaba sentada cerca de su padre, como á unos veinte pasos de nosotros:

—Hallo á la niña algo desmejorada.

—Estoy alarmado; no hace más que llorar.

—Se podría decir mejor: ¡no sabe otra cosa!

—Llorar y amar; esto lo aseguro, porque me ama inmensamente, y sólo el pensar que yo puedo no ser suyo, la atormenta. Y, sin embargo, embarcándome con ella, siguiéndola en la misma clase, le he dado una prueba...

—Una prueba de amoroso encarnizamiento, sí.

En aquel momento el anciano, volviéndose en la dirección en que la muchacha tenía fija su mirada, reparó en Pablo, lo cual para el padre no debió de ser cosa nueva. Fué, sin embargo, lo suficiente para que, manifestando su enojo, se levantase el viejo y dijera muy bruscamente á su hija, obligándola á seguirle hasta el extremo de la proa: *Vente.*

—Todo eso es efecto, me dijo Pablo comentando aquella acción, del aborrecimiento profundo que ese hombre siente, más que hacia mí, hacia mi tío.

—Eso se ve de sobra, dije yo; á usted le quiere ese anciano... entrañablemente.

¿Se acuerdan ustedes todavía del furriel aspirante á un gran porvenir en el nuevo mundo? El calor, necesario es decirlo, se le había subido á la cabeza más que á los otros. Asistí un día, con el propósito de aprender alguna cosa, á la operación de partir una vaca, operación que se llevaba á cabo en los dominios de la tercera clase. Pasó cerca de mí el Pitt malogrado, y me dijo, señalándome con el dedo los restos sangrientos:—A los ricos, la carne; á los pobres, los huesos.

—¡Bah! le dije, algo del rabo ya le tocará á usted.

—Digo, replicó el ex furriel, que estamos en el ochenta y nueve... y sé lo que digo.

Al día siguiente concurrí, siempre con el propósito de aprender algo, al rancho de la tercera clase. Veo perfectamente que no son criadillas ni platos sazonados con vino de Madera lo que se da á los emigrados; pero, vamos, se les obsequia con una ración de menestra muy aceptable; yo, que á lo menos algo sé en lo relativo á menestras, quise probarla. Veo también carne, procedente sin duda de las mismas reses que se han inmolado á la voracidad de los viajeros de primera clase; es carne asada con su *guarnecido* (1) correspondiente; veo que beben vino á discreción; veo, por fin, que si no hay lo sobrante para estar ahitos, hay lo necesario para vivir, y aun algo más, hasta el punto de que en muchas ocasiones los señores emigrantes arrojan al mar, por medias fuentes, la menestra para dejar sitio á los otros platos. Recuerdo in-

(1) La Academia no ha aceptado aún (por lo menos oficialmente) esta acepción culinaria del verbo *guarnecer*. Paréceme lícito, sin embargo, emplearla, cuando no existe otra que exprese la idea misma con exactitud.

(*N. del T.*)

voluntariamente en aquel momento que el insigne Bertani, en los tiempos en que acudía á la investigación higiénica, solía decirme: «Hay en varias provincias de Italia gente campesina que no come, ni puede comer en todo el año más que polenta, exceptuando un poco de carne, si la hay, en los días de Natividad ó de Pascua.» Pienso, por consiguiente, que aunque sólo sea en determinados conceptos, á bordo están mejor algunas personas: en cuanto á lo futuro, América proveerá. En aquel instante el consabido ex furriel se me planta al lado, cruza los brazos, y me dice:

—¿Acabará bien esta historia?

—¿Qué historia? le pregunto.

—Yo lo sé, me respondió en tono que habría envidiado Salvini; después siguió diciendo: tenga usted en cuenta que no hablo por mí; yo tengo lo que necesito y sé lo que me hablo; en América no ha de faltarme después una posición brillante, porque conozco perfectamente la teneduría de libros y sé de comercio al por mayor.

—Ya me lo ha dicho usted.

—Perfectamente: ahora le digo que el espectáculo de este modo de tratar á los pobres me repugna. Ya sé yo perfectísimamente lo que me conviene.

Menos mal que el furriel estuvo conciso, tanto cuanto fiero, y me dejó.

No se hizo esperar mucho la realización de lo que premeditaba. Al día siguiente por la mañana hubo distribución de anchoas en toda la línea emigrante; la anchoa no es seguramente salmón; pero para algún fin debe de haber sido creada, y además, en los contratos entre el armador y el emigrante, pactos autorizados por la presencia del acostumbrado subagente de emigración, está considerada entre los alimentos admisibles. Pues bien: en el momento mismo en que la distribución quedó hecha, el terrible ex furriel fué á insinuarse entre los grupos de tercera, provisto de un hilo—del cual podría haberse dicho que era el famoso hilo de la Línea—y fué allí enhebrando todas las anchoas que consiguió arrancar á la candidez de aquellos desdichados, que tal vez en algún otro momento habrían bendecido hasta las anchoas. Formada así una formidable ristra de esos pescados, levantóla como un trofeo á la vista de los hombres y del mar, y aquel Espartaco de la emigración gritó:

—Lo digo; ya es tiempo de acabar.

—De acabar en el cepo, le dijo precisamente en aquel mismo instante un subalterno.

—¿Acabar yo en el cepo? gritó el otro.

—Sí, y estos dos muchachos son los encargados de la ejecución del presente decreto.

Y el ex furriel fué conducido por dos marineros á los dominios oscuros del piróscafo. Y así terminó la historia de las anchoas y el hilo.

Volvamos ahora á las capas superiores. El calor producía efectos deplorables, no ya solamente entre los *bípedos implumes*, sino hasta sobre los cuadrúpedos. Los caballos—porque ya creo haber dicho á ustedes que había á bordo caballeriza—relinchaban y se agitaban más que el caballo de Mazzepa; no se diga nada de los perros; aullaban todos, especialmente por la noche, como un solo perro; con la circunstancia agravante de que, con motivo de aquellos benditos trópicos, muchas artistas dejaban desocupadas sus literas para dormir un poco más frescas, ya en un sofá del salón, ya bajo la tienda de popa, sin excluir cualquier espacio libre de la nave donde fuese posible extender un colchón. Los perrillos, ó bien se iban á pelear con las pulgas á los camarotes, ó bien se metían en un cesto cualquiera ó para acompañar á sus amas andaban colocándose en las sillas de paja. Por añadidura, en la mesa (mucho me dolería que quisieran algunas sacarme los ojos, pero pa-

saba así, tal cual yo lo cuento), la exorbitancia artístico canina no conocía límites. Los perros más comedidos en la mesa eran los que se contentaban con beber, en perfecta alternativa, con sus amas en la misma copa, ó bien con limpiar el plato con la lengua, rebañando los restos de cualquier guisado; ó todavía más á gusto con roer á conciencia un hueso; los más indiscretos, dicho sea con perdón de ustedes, eran que los no satisfechos con aquellos ataques á la buena crianza, llevaban su impertinencia hasta lamer *coram pópulo*, en muestra de gratitud (esto ya se comprende) á sus respectivas propietarias.

Nacieron de esto reclamaciones al capitán por parte de algunas señoras sin perro y de algún otro pasajero molestado, más de lo tolerable, por el aullar nocturno. El capitán, oídas estas reclamaciones, deploró no haber ordenado desde el principio que los perros fuesen todos encerrados á proa, é hizo que se fijase en el corredor de entrada al salón el decreto por el cual se mandaba que, á partir de aquella misma noche, se llevase á cabo la reclusión de los perros en la proa. En aquel día la comida no fué alegre; las señoras actrices no estaban locuaces; aspirábase por el aire un viento de conjuración que

habría helado la sangre en las venas si no hubiéramos estado en los dominios tropicales. Terminada la comida, la mesa quedó desocupada mucho más pronto que de costumbre: formáronse corrillos por acá y por acullá: oíase de cuando en cuando la expresión: «¡Eso es un abuso insufrible!»

En la entrada del salón, cerca de la cubierta, parecía que se esperaba una víctima ya señalada. El esperado era el señor Milone, empresario de la Compañía Pasta, porque no bien salió de la sala para dirigirse sobre cubierta, se desencadenaron contra él, como una borrasca deshecha, treinta ojos, entre masculinos y femeninos, mientras una voz terrible le gritaba:

—¿Y usted va á permitir que se perpetre esta iniquidad?

La voz era de mujer.

—¿Qué iniquidad? preguntó Milone.

—La reclusión de los perros en la proa.

—Porque ahora los chuchos se hacían demasiado molestos, respondió Milone con su acostumbrada flema.

—¡Es una infamia! gritó otra voz...; esta masculina.

—¡Qué infamia ni qué ocho cuartos! Las infamias se hacen de otra manera.

—Sí, es una indignidad, vociferó un tercero.

—Y quien pida más, que levante el dedo, dijo Milone, siempre tranquilo, como un Daniel en la cueva de los leones... ó, si se quiere, de los perros.

La calma, en ocasiones, produce rabia.

—¡No quiera usted burlarse de nosotros! dijo con acento verdaderamente atroz un cómico que por su aspecto parecía modesto y dulce como un pajarillo; ese abuso contra estos pobres animales no se llevará á cabo.

—Ante todo, dijo el empresario, ante todo, usted, señor mío, usted no tiene mujer ni perros.

—Le digo...

—Le contesto que para decir eso de que el ostracismo de los perros no se cumplirá, vaya usted á entenderse con el capitán.

¡Aquí fué Troya! Aquí fué el encarnizarse todos á una contra el inocente señor Milone; entonces, al oirse voces de ambos sexos, amenazadoras todas, y entre las cuales se destacaban estas... (lo diremos así) estas perífrasis:

—Usted no sabe hacerse respetar. Nos ha traído usted al infierno. Mejor estaríamos entre cosacos.

Al oir tantos improperios, nuestro hombre

pierde la paciencia, y mostrando los puños, comienza á responder con arreglo á la *tessitura* general.

El tumulto se aumentó con esto. Oyéronse voces de señoras que exhortaban á sus hombres á desistir. Intervino el capitán. Los neutrales, entre los que yo me hallaba, hacían de público.

Lograda por cinco minutos la suspensión de las hostilidades, la capitanía dió, después de larga discusión y consulta con los pasajeros que habían reclamado, esta otra ordenanza: «Vistos y considerados el vigor y la habilidad dramática con que ha sido sostenida la causa de los perros; considerando el estado extremo de conmoción de las señoras; considerando que está ya hecho una gran parte del viaje, se aplaza por veinticuatro horas la ejecución del edicto sobre los perros, de pequeñas ó de grandes dimensiones; con tanto más motivo, cuanto es más cierto que las señoras propietarias de perros han apelado especialmente á la generosidad del capitán, á diferencia de los caballeros, los cuales, aun sin tener perros á su servicio, han solicitado de una manera menos parlamentaria que las señoras la gracia para los canes. Y se advierte que, cuando los pasajeros sin perros

promuevan nuevas quejas con motivo de los chuchos que con sus procederes poco correctos hayan dado motivo á dichas reclamaciones, éstos serán arrojados, no solamente á la proa, sino más lejos todavía. Dado en el puente del capitán, etc., etc.»

Este acto de inesperada clemencia provocó una tempestad de aplausos y de bendiciones. No faltó quien, en medio de tanto regocijo, pretendiera que fuese disparado el cañón situado en el castillo de popa.

Pero nuestro excelente Ciulfo les hizo observar que aquél no era un cañón que pudiera servir como arma ofensiva, sino un cañón de muy diferente clase: un cañón de salvamento.

— ¿De salvamento? exclamaron todos cayendo de las nubes.

—Ciertamente, de salvamento. Sucede, pongamos por ejemplo, prosiguió el comisario, que naufragamos ahora que no tenemos costas á la vista; el cañón entonces no serviría para nada, y perros y no perros pereceríamos todos.

—¡Misericordia! gritó el señor Pierino.

—Pero si, por el contrario, nos hallásemos en peligro mañana ó el otro cuando veamos ya las costas del Brasil, al disparar este cañón veríamos lanzarse á una milla de distancia una

bomba que, siendo atada á una cuerda, pondría muy pronto la nave en relación con quien recogiera la bomba en la costa, si llegaba á ella.

Los incidentes ruidosos podían darse ya por concluídos. Quedaban los incidentes de menor cuantía, bastantes, sin embargo, á constituir pasatiempo, lo cual á bordo es siempre un bello ideal.

El capitán, cuando estábamos próximos al Ecuador y la superficie del barco parecía de noche toda ella un dormitorio solía consagrar algunas horas á realizar registros y reconocimientos en los fondos altos y bajos del buque. Una noche, por ejemplo, sorprendió á un par de gatos... que llevaban á cabo rabiosamente una operación muy arriesgada; estaban devorando entre los dos una rata mayor que un gato: y á bordo las hay de éstas. Baste á ustedes saber que la bailarina, como una noche dispusiese en forma de batería todos sus zapatitos, se los halló á la mañana siguiente miserablemente roídos todos; de modo que la pobrecilla ¡infeliz! se vió acaso obligada á llevar dos días seguidos el mismo calzado.

Otra noche, al entrar el capitán en la sala, encontró al consabido hijo de la Tessero y á la

consabida camarera de juicio, que se habían enzarzado en sus consabidas disputas.

—¡Pero concluya usted de una vez! dijo Mascazzini al simpático mozo; deje usted de perder su tiempo en esas niñerías, y sea usted hombre, por Dios, que ya tiene usted estatura de tal. ¡Emancípese usted de una vez!

—¡Si yo pudiera! dijo como inconscientemente el muchacho.

No quiero molestar á ustedes con la relación circunstanciada de las diferentes tentativas que á esto siguieron; basta decir que, á pesar de las protestas de la criada, protestas fundadas en que se trataba de pervertir al niño—así lo llamaba; ¡un zagalón que tenía más de un metro y ochenta centímetros de estatura!—la emancipación fué cosa acordada. El joven tuvo su sitio propio en la mesa; celebró varias conferencias con el capitán, y pasó á dormir en aire más respirable.

Realmente adquirió más desenvoltura. Poco á poco fué tomando un no sé qué de marino y de hombre libre que le hacía parecer más simpático. ¡Véase ahora para cuántas cosas puede servir un viaje por mar!

CAPÍTULO XI

Los hipnotizados (1) del mar.—América á la vista.—La misa de Pascua.—Un cura que olvida el 48.—El Pampero.

He observado que, por mucho que el mar sea siempre, sobre poco más ó menos, el mismo espectáculo, y muy especialmente bajo los trópicos, salgo con dificultad de esa calma ordinaria sin un solo rastro de islote que interrumpa la monotonía de la superficie, hay personas que no se cansan nunca de contemplarlo atentísimamente.

Para decir que no se cansan nunca, tengo la prueba de una larga fila de emigrantes á quienes veía yo siempre absorto, hasta en la monotonía misma de los trópicos, mirando fijamente al mar en silencio y durante muchas horas consecutivas. Unos cantaban, otros jugaban, muchos se movían; pero aquella docena de emigrantes se hallaban siempre alineados en el mismo sitio

(1) El autor emplea el neologismo *ipnotizzato*, que ha sido preciso traducir por otro neologismo (con ó sin perdón de la Academia)

(N. del T.)

entre el castillo de proa y el puente de mando, contemplando silenciosamente el eterno mar. Parecía que aquellos observadores deploraban verse en la precisión de robar los cuartos de hora que destinaban para sus comidas á tan entretenida contemplación. Uno, joven por su edad, al parecer obrero, estaba siempre sentado á la cabeza de la fila, en el borde del barco, de suerte que un momento de distracción podía lanzarlo al agua; pero no se distraía, no; pensaba siempre en lo mismo; no veía sino el mar, y el mar, y siempre el mar...; contemplábalo constantemente, apoyando el codo en la rodilla y la barba en la mano para no perder ni el más insignificante movimiento de las aguas. Un su compañero había convertido en cama la tabla que cubría el gallinero, permaneciendo allí largas horas, vuelto de espaldas al resto del buque y con la mirada inmóvil, clavada en el horizonte. El tercero, un anciano, había inventado una posición más cómoda; sobre la cubierta del gallinero había puesto un saco para formar su asiento.

En esta sociedad de los inmóviles se hacía notar un agricultor, cuyas apariencias eran las de un completo majadero, pero que mirando de continuo al mar con tanta fijeza y con tan

perseverante afición, se daba como bastante inteligente para comprender tan misteriosa elocuencia. También llamó mi atención entre estos observadores, casi estereotipados, uno de esos jóvenes de buena familia que, después de haber gastado lo suyo y lo ajeno, se decide á cruzar los mares, sin resistirse á confundir su traje, ya un poco gastado, pero de corte elegante, con el tosco vestido de los que emigran. De estos admiradores de mar, siempre en su puesto, podría yo mentar y describir muchos otros tipos; pero pongo aquí punto, para no fatigar á los que se hallan en tierra.

Lleguemos cuanto antes á las costas del Brasil, que estos observadores de puesto fijo podrán ver dentro de poco con mayor provecho.

En la mañana del día 18 se advertía un misterioso apuntar de anteojos hacia el horizonte por parte de la oficialidad, que en estas atentas observaciones dejaba también el puente del mando. Los pasajeros los abrumaban á preguntas:

—¿Es verdad que hoy se verá ya tierra americana? ¿Ahora mismo puede distinguirse algo?

El más galante de aquellos señores oficiales volvióse de pronto á una de las señoras, y le dijo, presentándole el anteojo:

—Mire usted bien en esa misma dirección ¿qué ve usted?

—¡Oh! Veo tierra americana, exclamó la señora radiante de júbilo.

—Eso no es América, dijo el oficial: es sólo una nubecilla que aparece en el horizonte; mírela usted mejor.

—Es verdad, dijo la señora poco satisfecha, al ver que la nube se iba desvaneciendo.

—Pero prometo á usted, dijo el oficial para consolarla, que antes de media hora podré mostrar á usted algo de América.

—Mire usted allá, mire usted allá, la dijo otra vez, después de haber enfilado la puntería de aquel excelente instrumento óptico.

—Ahora veo perfectísimamente, gritó la señora más satisfecha; algo que me parece ser una nube.

—No es una nube; es un buque de vela, le dijo el cruel oficial.

La señora hizo una mueca de despecho, como si protestase de aquella preferencia que parecía dársele en las chanzas.

—Pero, siguió diciendo el oficial, el buque de vela indica que la costa, aunque ahora está invisible para nosotros, se halla muy próxima, porque he reconocido uno de los barcos de vela

que suelen limitar sus viajes á las costas brasileñas.

De pronto se oyó gritar desde el puente: «¡A la vista el puerto de Victoria!»

Inmediatamente á este grito, que significa el primer descubrimiento de tierra americana á la vista de nuestro buque, una especie de corriente eléctrica se estableció desde popa hasta proa; todos se vuelven á la derecha del buque; los unos se agarran á los otros; los ojos de cada uno de los pasajeros de primera, segunda y tercera clase se fijan con el mismo grado de intensidad en el horizonte, aunque para ver América faltaba aún bastante tiempo para los ojos, no auxiliados de unos buenos gemelos.

—Me alegro de que no haya usted sido el que ha descubierto tierra, dijo la señora al oficial que la había embromado dos veces.

Pero el oficial, galante siempre, ofreciéndole su anteojo, dijo:—Vea usted, no obstante, por medio de esta lente lo que sus ojos, aunque hermosísimos y deslumbradores como estrellas, no pueden ver todavía.

Dígase lo que se quiera, es un hermoso momento aquel en que finalmente llegamos á decir: Puedo verte al cabo ¡oh continente no misterioso ya!; te puedo ver, manantial de tantas

fortunas; te vislumbro y nos elevamos sin que rerlo al lirismo ¡oh tierra desconocida por muchos siglos para todas las civilizaciones, incluso la cristiana, y adivinada al fin por el genio de un grande hombre, que ha escrito su nombre en el martirologio de los bienhechores del linaje humano y en las páginas de la inmortalidad!

En aquellos primeros momentos nuestros ojos no se sacian de ver aquellas montañas, aquellos picos, primeros puntos del famoso *nuevo mundo*: cualquier puerto nuevo que la vista descubre, por indeciso que aparezca, nos parece bello, sublime. Abandónase la fantasía á los vuelos pindáricos más atrevidos; contémplanse con atención suma los primeros límites de una tierra que tiene fama de aurífera. Transcurrida una hora, si bien aquellas costas se suceden y no se asemejan, no se piensa casi en nada de aquéllo; una hora basta para que también América nos parezca indiferente. ¡Así anda el mundo!

En el día en que comenzamos á descubrir un poco de tierra americana, nuestro buque recorrió 350 millas; esto es, llevó la velocidad máxima de la travesía.

Hénos aquí en el Domingo de Pascua. Durante aquel día, muy pocos pensaron en las costas del Brasil, que proseguían desfilando con pe-

La bailarina envió un recado para excusarse de asistir, porque cuando había pretendido hacer el ensayo general de su traje trigésimo-quinto, se le había roto una ballena... del cuerpo, se entiende. Nadie creyó en esas roturas. Otras señoras estaban diseminadas por acá y por allá entre los devotos; hasta la compañía de zarzuela estaba completa; emigrantes agrupados en torno del altar, á lo largo de la escalera, por la que se ascendía al puente; el uno se golpeaba el pecho, el otro balbucía plegarias, alguno parecía que se burlaba del sacerdote, y lo que en realidad hacían era rogar á Dios. Había un devoto que casi casi se destrozaba el pecho de golpearse, y que no paraba de gritar: *Peccavi, Domine, alleluia.* El señor Pierino, menos ruidoso, tenía siempre este estribillo: *Domine salvum me facere...*

¿Y el terrible furriel?... Mientras duró la ceremonia no le vi ni un momento; ¿y ustedes?

La Pascua tenía además otra cosa buena, el volver desconocidas á muchas de las ovejas de la tercera clase; ¡tanto se habían acicalado para la solemnidad!

Mezclado entre la multitud artística, iba yo tomando en mi álbum apuntes de los tipos más originales. Precisamente en el momento en que

presumía yo haber adivinado la nariz aguileña de una campesina de Cremona, vestida con lujo excesivo, llegó el ministro del altar, el cual ministro acaso aspiraba á que, en aquel día festivo, solamente en él se pensase, ó quizás deseaba todavía ver congregadas allí á sus ovejas para oir uno de sus sermones. Viéndome, pues, bajo las miradas del capitán, entretenido en sacar inocentes apuntes, de los cuales él no consiguió ver ninguno, frunció las cejas y me lanzó á boca de jarro estas palabras:

—En tanto que yo me fatigo para arrojar la buena semilla entre esta pobre gente, usted me los pervierte con esas niñerías indecorosas.

—¿Habla usted en serio? le pregunté con la tranquilidad del que se considera inocente.

—Muy en serio, me contestó el cura.

Al oirle, no pude contenerme y le respondí:

—Pues bien; en ese caso, padre cura, es usted el mayor majadero que he conocido en mi vida.

Esto acontece con mucha frecuencia á los individuos excesivamente apasionados por su propia misión. Un pasajero que presenció la escena, dijo con mucha oportunidad:—Estos botones como muestra de presbíteros intolerantes, sirven mejor de lo que podríamos apetecer para

que se aprecien los beneficios de la libertad que hemos logrado sobre el oscurantismo.

¡Y vean ustedes aquí promovido sin quererlo, un incidente! Pocos días después de la llegada de nuestro buque, los periódicos de la República Argentina, sin que yo hubiese escrito una sola coma, publicaban formales protestas, firmadas por varios pasajeros, con motivo de ciertos rasgos de intolerancia por parte de capellanes, á bordo de buques de *La Veloz*, que habían tomado muy por lo trágico una misión de la cual no les había encargado la compañía... como, según ustedes habrán leído, no dejaba de repetir con frecuencia nuestro egregio presbítero. Y después de este ensayo de los capellanes á bordo, en forma oficoisa, ensayo al cual *La Veloz* se había prestado por cortesía, los señores capellanes fueron suprimidos.

De todas suertes, aquella fué una de las más alegres Pascuas de mi vida.

En los dos días siguientes, continuamos con el Brasil á la vista. Para dar asunto de conversación y de entretenimiento, llegó el pampero que jugaba con nuestro piróscafo, hasta el punto de dar quince y raya á la agitación de Valencia. Con aquellas violentas alternativas en los movimientos de oscilación y de cabeceo, mu-

chos que hasta entonces se habían conservado incólumes, se abandonaron á las más atroces consecuencias del mareo.

En el puente me encontraba yo observando á los emigrantes, cuando el buque era más violentamente combatido por el pampero. ¡Qué escena! Veíase á las madres, en cuyo rededor se agrupaban los pequeñuelos, amedrentados y llorosos, á quienes aquellas horribles sacudidas habían derribado bruscamente al suelo; veía yo aquella masa de seres vivos, amontonados estrechamente, y condenados á la pena de aquel cruel columpio; derribados, ora al un lado, ora al otro, como un campo de espigas sometidas á la fuerza de los huracanes. Los grandes van á caer sobre los pequeños; los robustos aplastan á los débiles, en tanto que se forman con los codos un puntal contra la masa humana que está detrás de ellos. Las mujeres levantaban en alto á sus hijos, para librarlos, en cuanto era posible, de aquella furia, de la cual ellas mismas formaban parte; aquellos pobrecillos lanzan gritos agudos al sentirse apretar hasta el punto de perder la respiración. Algún atribulado, compadecido de quien padece más que él, procura establecer una especie de cordón de resistencia allí donde hay una desdichada criatura acome-

tida de la enfermedad que no se conoce en tierra. A cada instante un golpe de mar, que inunda de agua el buque, interrumpe un momento aquellos gritos, aquellos gemidos, aquellas maldiciones, que vuelven á comenzar con mayor fuerza, por parte de una muchedumbre empapada en agua, hecha una lástima y que en aquellos momentos invoca fervorosamente á la tierra.

Y el pampero, cuando es el verdadero y propio pampero que yo me sé, tiene de peculiar que siendo para la nave una alternativa extraña de movimientos rápidos de balanceo y de columpio, todos aquellos que en el resto de la travesía han aprendido á desafiar, con un suficiente equilibrio, á las sacudidas ordinarias del mar, echan de ver entonces que su arte no les sirve, y que es necesario rendirse á discreción en aquel inmenso destrozo.

Y cuando una oleada furiosa llega á levantar de un modo enorme la parte de proa, se ve cómo aquella multitud de seres aterrados se encoge, se aproximan unos á otros, contienen penosamente la respiración, esperando con espanto la oscilación en sentido contrario. Vi, entretanto, á la pobre Luisa que padecía mucho, y á poca distancia de ella á Pablo, que no dejaba

de mirarla y que solamente por ella padecía.

Abandonando el puente, en el cual había la ventaja de mojarse menos, fuíme á visitar á la gente del salón. ¡Qué espectáculo aquél de rostros lívidos, de personas asidas á las mesas, á los sillones, á las puertas, y no al piano, porque éste, rotas sus ligaduras, se había salido de su terreno y no se hallaba manera de volverle á locar en el sitio debido!

En aquel instante de observación compasiva una voz estridente, como ruido de cadenas, hirió mis oídos, diciéndome:

—¡Y usted dice que viaja por placer!

El autor de esta lamentación, ya lo habrán ustedes adivinado, era el excelente señor Pierino, que realmente ya no podía más; ¡pobrecillo! Puede calcularse cómo se pondría cuando el capitán, presente en la sala para infundir valor á los más impresionados, nos dijo:

—Pues, á pesar de todo, el pampero no me molesta tanto como el pensar que esta noche estaremos cerca de Montevideo, y de seguro allí estará la marea muy baja.

—¿Y esto quiere decir?.. preguntó el señor Pierino. Me parecía que teníamos ya bastante.

—Esto significa, siguió diciendo el capitán,

que es necesario ir con sumo cuidado: hay momentos en que nuestra quilla toca al fondo.

—¿Conque hay peligro? ¿Es decir, que todavía no han concluído nuestras historias? gritó el señor Pierino, abriendo enormemente los ojos.

—No, hombre; no lo hay, no lo hay, contestó Mascazzini: no me asuste usted á las señoras, no hay tales peligros; aquí estamos nosotros para evitar, para anular los peligros; ese es nuestro deber.

En aquel instante una oscilación gigantesca hizo cabecear al buque y obligó á nuestro impresionado señor Pierino á verificar algunas piruetas. Cuando la oscilación y el cabeceo hubieron pasado, preguntó:

—¿Y tardaremos mucho antes de estar en aguas de Montevideo?

—Para usted es lo mismo.

—Dígamelo usted, sin embargo, capitán.

—Cuando vea usted que el mar cambia de color, entonces.

—Entonces cambiaré de color yo también, dijo el señor Pierino, para dar una bromita sin discurrir mucho.

Sobrevino la noche y, como en todas las anteriores, quedamos en salvo. Lo que más ha de apetecerse en los viajes por mar, es tener cielo

hermoso y sereno cuando se arriba á un puerto; en otro caso, el sitio de arribada parece feo, aunque sea un pedazo del paraíso.

Cuando llegamos á la vista de Montevideo, los rayos del sol doraban las alturas. La ciudad apareció como rodeada por los más brillantes colores. Arribando en tales condiciones, no hay más remedio que exclamar:—«¡Qué hermosa ciudad!» aun antes de haberla visto y visitado.

Entretanto á bordo se venía á todo andar la hora de las últimas y conmovedoras despedidas, por lo menos para aquella parte del pasaje que debía desembarcar en el Uruguay, aunque prosiguiese después á Buenos Aires. Ustedes pueden figurarse aproximadamente estos momentos. Una inundación de cajas, de baúles, de sacos, de bultos que se van sacando de la estiba, de los dormitorios y de proa y de popa y de todas partes. Un aproximarse mutuo de grupos que se saludan; un abrazarse inacabable; un despedirse cariñoso de personas que durante veinte días, formando como una sola familia, han aprendido á quererse.

Para muchos de estos amigos de ocasión, de los cuales los unos van hacia una parte y los otros á la opuesta (porque todos ustedes saben que Montevideo y Buenos Aires se encuentran

sobre las dos riberas opuestas del Plata) la pregunta más común es esta:—¿Volveremos á vernos?

La compañía dramática se despidió en Buenós Aires; por consiguiente, adiós Pasta, Garzés, Bracci, Tessero y, sobre todo, adiós... adiós malograda Pierina Giagnoni!

La animosa y simpática actriz—¡nunca olvidaré aquellas palabras!—cómo padecía tanto en el mar, lo mismo cuando estaba en calma que cuando había tormenta, no bien la nave se detuvo delante de Montevideo, exclamó:

—Y ahora, adiós, mar maldecido; adiós por unos cuantos meses. Después volveré á verte, demasiado que te veré, en Noviembre, y aún me proporcionarás veinte días de tus balanceos y después... adiós para siempre... adiós para no verte nunca más.

—¡¡Nunca más!!... ¡¡y era cierto!

Tu enemigo, pobre y simpática artista, no debía ser el mar: ese infatigable portador de felicidades y de bienandanzas para los hombres como las que, en la anhelada entrada en el puerto, producen la cesación de toda molestia y el hallar más hermoso cuanto más vivamente habíamos deseado. Tu verdadero enemigo, el enemigo que debía acecharte cruelmente al

paso, poco después de haber pisado tu patria, para matarte, era una de esas enfermedades de alfilerazos, que al principio no asustan, como las horribles é inocentes convulsiones del mareo, pero que, no obstante, matan inexorablemente, burlando los esfuerzos de la ciencia. ¡Quién te había de decir, pobre Giagnoni, que aquella primavera, que inauguraste con nosotros á bordo del *Duquesa de Génova*, había ser tu última primavera, y que de pronto, á tu regreso de América, debías apercibirte para otro viaje, del cual nunca se vuelve!

PARTE SEGUNDA

MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

CAPÍTULO XII

En Montevideo.—La fisonomía de los negocios y los negocios sin fisonomía.—El papel más alto que el oro.—Cambio á la vista.

La satisfacción del excelente señor Pierino fué inmensa cuando vió que efectivamente estábamos en el puerto. Contemplaba con verdadera voluptuosidad después de tanta agua azulada, para él antipática, aquella agua amarillenta, y se daba la enhorabuena á sí mismo repitiéndo sin cesar: «Finalmente hemos llegado al puerto.» Uno de los oficiales, como lo viese excesivamente satisfecho, le aconsejó que reservase un poco de aquella alegría para el arribo á Buenos Aires, porque, como el oficial decía muy oportunamente: «El *puerto* de usted, que-

rido amigo, no está aquí, sino allí; además, hay todavía de por medio una noche de navegación fluvial, por ese Plata; y ese, en algunas ocasiones, se enfurece de tal manera que la comunicación entre Montevideo y la capital de la República Argentina se interrumpe. Queda además, cuando el piróscafo ha atravesado lo ancho del río, otro buen trecho por recorrer en un vaporcillo, y en éste se baila que es una delicia.»

—Tanto es así, dijo al oir esas palabras el cónsul De Marengo, que esos vaporcillos del Río se columpian y balancean con gran obscenidad, y alguna vez llegan hasta verter todo su contenido; lo sé perfectamente, porque he hecho más de cuarenta de estos viajes.

—Ya veo que ustedes quieren embromarme, dijo el señor Pierino con cierto tono picaresco; pero, á buena cuenta, ya sé que hemos llegado á las Américas... y lo celebro.

Cuando las formalidades del puerto, que están siempre á muy respetuosa distancia de las ya conocidas de los puertos italianos, lo permiten, se baja en una lancha, y mediante el pago, por ida y vuelta, de dos escudos, se puede visitar la ciudad.

La escalera no es de lo más suavemente accesible que puede imaginarse.

La barca lleva á sus pasajeros adonde puede llevarlos, que no es siempre adonde ellos quieren ir; á fuerza de saltos gimnásticos acontece alguna vez pasar de una barca á otra para llegar hasta la escalera, que es una obra muy atrevida... en madera; alguno tiende al viajero una mano compasiva, y merced á un salto más prodigioso que los otros, se llega á pisar realmente la tierra de Montevideo.

Una vez allí, se desfila un buen rato por delante de los grandiosos edificios de la Aduana, y como para quien llega por primera vez á la América el primer edificio que contempla en el Nuevo Mundo tiene que ser por necesidad interesantísimo, detiénese aquí adrede para observar aquella hermosa construcción, echando de ver, con gusto, que ni puertas, ni ventanas, ni distribución de muchos pisos, nada, en fin, es diferente de los de nuestros países europeos. La Aduana de Montevideo es verdaderamente una construcción que se asemeja á las de Europa bastante más que muchos otros edificios americanos que tienen su carácter propio.

La vista de la Aduana de Montevideo evoca en mí repentinamente el recuerdo de tantas agencias de reparaciones, de indemnizaciones y de no sé cuántas cosas impuestas á un Gobier-

no republicano, ya por uno, ya por otro capitán de buque de guerra italiano que tenían como punto de apoyo de sus pretensiones la mentada Aduana. ¿Qué más? El mismo almirante Persano, bastante más afortunado aquí que en Lissa, con motivo de un conflicto italo-uruguayano, viendo que el Gobierno dudaba en conceder no recuerdo qué satisfacciones, consiguió hacerse dueño, no ya de las aguas, sino de la Aduana misma. Pero como cuando á un Gobierno se le toea su aduana es como si se le tocase el corazón, la reparación fué inmediatamente concedida.

¡Atacad á los Gobiernos y á los particulares en la Bolsa, y veréis!

La circunstancia de haber hallado cierto ómnibus apenas puse el pie en Montevideo, me facilitó la tarea de sugerir un buen pensamiento á los profesores italianos. En la capital del Uruguay, las más importantes escuelas privadas de ambos sexos envían á recoger y llevan después á las casas respectivas á los alumnos, en ómnibus especial. Me pareció muy buena idea.

Como primera población que ustedes visitan al llegar al Plata, Montevideo, pequeña, pero muy simpática, es la que mejor predispone en favor de aquellas ciudades sud-americanas, cu

yos edificios parecen constituir gigantescos tableros de ajedrez, y cuyas calles forman, por consiguiente, una especie de cuadrícula que las hace monótonamente semejantes entre sí. El aspecto de Montevideo con sus calles alegres, variadas, elegantes, interrumpidas por plazas animadas y en nada parecidas las unas á las otras, y entre las cuales merecen ser señaladas como primeras *La Independencia*, *La Constitución* y *La Coganche*, hace que ustedes exclamen: «Pero ¿por qué me han dicho que estas calles sudamericanas tienen tanta monotonía? ¿Dónde se halla esa uniformidad de que me habían hablado? ¿Dónde esa monotonía?»

Para los que hayan de proseguir su viaje á los Estados limítrofes, podría darse esta contestación: «Ya nos veremos en Buenos Aires, ya nos veremos en Rosario, en Santa Fe, y así sucesivamente.»

Pero en Montevideo sucede lo mismo que en Córdoba; las calles tiradas á cordel no excluyen la hermosura, ni la variedad, ni la alegría principalmente, porque hay altos y bajos, lo mismo que en Génova, lo cual es más grato aún por lo que tiene de vista panorámica.

Si el Padre Eterno hubiese dividido toda la tierra en cuadros, repartiéndola así por medio

de ríos, montañas y llanuras, el conjunto, simétricamente dispuesto, habríase estancado antes del séptimo día. Pero en lugar de ser así creó... el mundo, que es bello, porque tiene variedad. Los sudamericanos, por el contrario, dijeron (y lo dicen aún, porque la novísima ciudad de la Plata está levantada con sujeción á este sistema): «Labremos á escuadra nuestras ciudades; sean nuestras casas otros tantos dados, y cuando hayamos de dar ensanche paulatinamente á las ciudades, solamente necesitaremos prolongar la líneas de la cuadrícula y multiplicar el número de calles del tablero. Con este sistema los planos resultan muy simplificados.» A la vista tengo efectivamente el plano del ensanche de Montevideo; si ustedes lo viesen en el papel, dirían de seguro: «Pero, señor, en una ciudad distribuída de este modo, no querríamos hallarnos, ni aun en efigie.»

Pues bien: Montevideo tiene la prerrogativa de agradar, no obstante su plano topográfico. La primera calle que ustedes encuentran, al subir la escalera del puerto, es en realidad un poco fastidiosa, porque en tiempos de lluvia tiene mucho lodo y en el buen tiempo demasiado polvo (y ustedes dispensen el asonante); la segunda calle, en sentido transversal, tampoco

despierta gran entusiasmo; pero á medida que van ustedes internándose se les va ensanchando el corazón: los hermosos y adornados edificios que flanquean las calles reconcilian á ustedes con el país y les prometen, en aquella ciudad pequeña, cuanto podrían hallar de agradable en otras mayores.

Calle del Veintiocho de Julio, calle del Veintiséis de Mayo, calle de Ibicuy, calle de las Misiones, calle del Uruguay y otras muchas de las principales, se dejan admirar de pronto; maravilla la opulencia y el buen gusto de las grandes tiendas y de los almacenes gigantescos. Hay allí, entre otros establecimientos, pastelerías de una suntuosidad parisiense. Se detienen ustedes con satisfacción delante de verjas tan elegantes como artísticas, que cierran bellos y espaciosos patios. Ven ustedes no pocas fachadas de templos de notable riqueza y de sólida cuanto primorosa arquitectura, en su mayor parte de estilo italiano del siglo XV. Ven ustedes teatros de magníficos paramentos y de ornamentación admirable en su interior: el teatro Solís es uno de éstos. Ven ustedes además otros monumentos, como el de la Libertad, en una plaza muy artística, que en verdad no son de esas obras de arte que hacen llorar. Y en el

Sud América tendrán ustedes ocasión de ver en adelante, si me siguen en el viaje, monumentos que hacen llorar... ó reir, á gusto del consumidor.

Ahora, para fortalecerles con un monumento modernísimo que honra al elemento italiano, tanto en lo que respecta al arte cuanto en lo que concierne á la filantropía, suplico á ustedes que me sigan á uno de los puntos más altos, más amenos y más saludables de Montevideo, para admirar el Hospital nuevo de los Italianos, que en la época de mi viaje no estaba abierto ni se había inaugurado todavía, pero que, sin embargo, se hallaba ya bastantemente adelantado para que pudiese anunciarse como muy próxima su inauguración. Este hospital, cuyos planos y diseños dió el arquitecto italiano Luis Andreoni, fué construído con arreglo á un sistema elegante y cómodo de pabellones aislados.

El proyecto general, de líneas soberanamente artísticas, admite la posibilidad de doce pabellones, cada uno de los cuales contenga cómodamente doce camas. La obra quedó, no obstante, limitada, por de pronto, á tres pabellones; los encontré muy bien concluídos y dotados de todo aquello que, no ya sólo el arte, sino la práctica antigua y constante en lo que á hospitales se refiere, aconsejan.

Naturalmente, como acontece con todas las buenas ideas, también ésta de un hermoso hospital italiano en Montevideo necesitó bastante tiempo antes de pasar á su realización. El primer pensamiento de este hospital lo concibió, hace treinta y cinco años, el italiano señor Capurro, padre del actual ministro de la Gobernación. Para este hospital italiano, hecho con subvenciones de italianos, residentes los unos en la Plata y en Italia los otros (entre los primeros protectores del proyecto debo mentar el rey Víctor Manuel II), se emplearon muy cerca de 500.000 pesetas. La inauguración se verificó en el primer domingo del pasado Junio, y con asistencia del vicepresidente Sr. Castro. La apertura al servicio coincidirá con la fiesta del 20 de Septiembre. He ahí un monumento que honra á los italianos.

Y ya que de monumentos hablo, quiero narrar á ustedes una cosa. Poco después de haber desembarcado, en Montevideo, vi, parado en medio de una calle, á un mi compañero de travesía que, habiendo bajado lo mismo que yo, solo para visitar la ciudad, debía continuar su viaje para Buenos Aires. Preguntéle qué buscaba en aquella calle.

—En ésta, ó en otra, me contestó mi compa-

fiero, deseo encontrar un importante monumento.

—¿Nacional?

—Nacionalísimo.

—Desconozco por completo la ciudad, y, por consiguiente, nada puedo indicarle.

De allí á muy poco vuelvo á encontrarlo en medio de otra calle; le dirijo la misma pregunta y obtengo la misma respuesta.

Entré en un café; permanecí allí como tres cuartos de hora; recorrí varias calles; después vine á salir á una gran plaza y en ella torno á encontrar á mi compañero, siempre en la actitud de quien busca algo que le urge mucho.

—¿Busca usted todavía, le pregunté, el consabido monumento nacional?

—Ahora lo busco más que nunca.

—Pero... ¿puede saberse, en resumidas cuentas, de qué monumento se trata? Ahora que he recorrido media ciudad, acaso me encuentre en situación de informar á usted.

—Pues bien, replicó mi hombre; yo, con perdón de usted sea dicho, busco un monumento... indispensable.

Pido á mi vez perdón al colega de travesía, y prosigo advirtiéndole que Montevideo es la primera de las ciudades americanas en las cua-

les han de saber ustedes, para su gobierno, que necesitan renunciar á la esperanza de hallar, por muchas y muy detenidas que sean sus investigaciones, uno de esos monumentos aludidos, que no son, por fin de cuentas, sino un producto de la incontinencia... de los otros continentes. Expliqué en seguida la cosa á mi compañero, que de otro modo quizá estaría aún dando vueltas por la ciudad en busca de una cosa que allí no existe. A las necesidades imperiosas que se satisfacen en esas *obras públicas*, originarias de la civilización de la Roma imperial, están encargadas de proveer en las ciudades sud-americanas las tiendas, cuyos jefes se acomodan de buen grado á esto, en gracia de que todo el que entra está en la obligación de convertirse, por el pronto y aunque sólo sea accidentalmente, en parroquiano de la casa. Fué una idea esencialmente mercantil; un pensamiento de tendero este que hizo, mucho tiempo ha, estatuir que las ciudades sud-americanas permaneciesen limpias de esa clase de monumentos; y es de creer que, más pronto ó más tarde, la clase de tenderos de por allí levantará una estatua á quien concibió un pensamiento esencialmente práctico. Pues es necesario que ustedes sepan, también para su gobierno, que,

á juicio de uno de esos mercaderes, no hay ofensa más grave que la de penetrar en su tienda y salir después sin comprar algo; ofensa que no se atenúa ni aun ofreciendo una gratificación por la molestia ocasionada.

Suplico á usted, hermosísima y egregia lectora, que me perdone esta digresión, que tal vez le habrá incomodado; pero que para mí, créamelo usted, era absolutamente indispensable, toda vez que aquí se trata, ante todo, de presentar los caracteres distintivos de los lugares. Es cierto que podía yo haber dicho, siendo más avisado: «Desde este sitio salte usted á la página tantas.» Pero, al cabo, estas son complacencias de las escuelas viejas, y yo, aunque entradito en años, quiero ser hombre moderno, para no parecerme... á los retrógrados.

Permítame usted, entretanto, despedirme de mi compañero de á bordo, que penetra apresuradamente en una sombrerería—porque en aquellos alrededores casi no hay otra cosa que sombrereros,—y ahora volvamos á mis peregrinaciones.

Hay en Montevideo jardines públicos deliciosísimos; paseos, acaso un poco distantes del centro, pero imponentes por su extensión, especialmente cuando se verifican algunas manio-

bras militares. De todo hay, en una palabra; de todo, menos de lo que llamarían los franceses el *cachet* de una ciudad de negocios.

Esto parecerá á ustedes extraño, pero así es. Cuando ponen ustedes el pie en una ciudad de mucho tráfico, de numerosos negocios mercantiles, ustedes esperan—poco importa que sea con gran disgusto—que aquel pie será aplastado á los pocos momentos por algún fardo, por algún cajón con ruedas, por algún saco enorme, ó solamente rozado por las llantas de una carreta, en medio de la confusión, del movimiento incesante de los negocios, como sucede, por ejemplo, en Génova. Andando por las calles próximas al muelle de las ciudades de mucho movimiento comercial, esperan ustedes un incesante cruzar de carruajes, un frecuente engacharse de ruedas, un llenarse de barro todo y á todos...: se disponen ustedes á oir algunas de aquellas prodigiosas blasfemias que los carreteros y los mozos de toda buena ciudad comercial deben tener prontas en su vocabulario ó jerga, á toda hora y á cada minuto. Deben ustedes tropezar también, así en éstas como en otras calles adyacentes, con hombres que tienen prisa, por estar sumamente ocupados, y que, por consiguiente, van á paso de carga, cuando

no van decididamente á la carrera, moviendo á más no poder los brazos; derribando, siempre que llueve, los paraguas de los demás; hablando entre sí febrilmente cuando van muchos reunidos; no parándose nunca para contemplar un escaparate, ni otra cosa digna de atención; respondiendo muy secamente á los saludos; diciendo, en fin, sin cumplimientos á quien intenta detenerlos: «Tengo que hacer.»

Deben tener, á más de esto, ciertos hombres de las ciudades de negocios, lo que en América llamaríamos colorido local. El humor negro, ustedes lo saben como yo, está muy indicado; el tiempo de los malos negocios debe surgir á la vista por todos los poros. Los muchachos, ó por lo menos los jovencillos, deben darse, á su vez, cierto aire de importancia; las mujeres hermosas han de ser miradas con alguna complacencia por estos hombres atareadísimos, pero siempre con ese aire, con ese no sé qué, en el cual puede leerse: «Quien lo hace todo es siempre el dinero.»

Pues bien; en Montevideo, ciudad de negocios, nada de esto ó casi nada de esto acontece. En el muelle (y he vuelto á él bastantes veces), los fardos, las cajas, los sacos que obstruyen el paso, pueden ser contados por los dedos.

Tal vez consistiría en que durante aquel mes se tiene la buena costumbre de no dejar con frecuencia esos géneros depositados donde realmente no deben estar.

Pero ¿dónde se halla entonces el formidable movimiento de carruajes que transportan á otra parte esas mercaderías? ¿Qué hacen con ellas estos montevideanos, ó quienes por ellos lo hagan? ¿No acostumbran á llevar á cabo transacciones? ¿Cómo imprimen movimiento á los negocios que indudablemente deben de hacer? ¿Dónde están—y ustedes perdonen la pregunta, las blasfemias y obscenidades indispensables en las capas bajas del comercio? Lo confieso: con gran asombro mío, no he oído una blasfemia en Montevideo, ni un juramento. Y eso que hay muchísimos, sobre todo entre los comerciantes, que hablan genovés.

¿Qué más? En Montevideo, no en esta ocasión, en que estuve solo de paso, sino tiempo adelante, fuí al teatro para ver á la compañía Pasta, como fuí también á la ópera. Pues bien, ¿lo creerán ustedes? en la platea, en las butacas, ocupadas por hombres que, tratándose de una ciudad como aquélla, deberían ser gentes del comercio, observé que, sin embargo, se permitían prestar atención al espectáculo, en vez

de leer periódicos ó cotizaciones de la Bolsa, como debía esperarse de personas dignas y serias que piensan en sus negocios mercantiles. No hubo uno siquiera, se lo aseguro á ustedes y pueden creérmelo, que mientras la *prima donna* cantaba el aria del suicidio de *Gioconda*, ó cuando Enzo entonaba la romanza *Oh mare!* tomase adrede el libro de memorias para anotar en él las operaciones del día.

Y ahora pregunto á ustedes: ¿es ésta, ó no lo es, una ciudad de negocios?

No tuve tiempo para conocer íntimamente Montevideo, pero esto me bastó para deducir que es hermosa, simpática, elegante; pero que, por lo demás, no se encuentra en ella la ciudad de los negocios. Un mi amigo, el viajero Arcibaldo Rivera de Génova, nombrado también, por todo el mundo culto, Ovidio moderno, impresionado cierto día, durante nuestra permanencia en Montevideo, por estas mis ideas negativas del colorido local de esa población americana como pueblo mercantil, me contradijo con viveza:

—Vaya—así me hablaba en Montevideo, en el día no se cuántos de Agosto de 1889, esto es, en lo más crudo del invierno:—véngase usted conmigo, hombre inútil, y acompañado por mí,

por Rivera, sabrá usted decir si á mi vez he sabido yo hacer á usted conocer y tocar la verdadera ciudad de los negocios, para que no hable usted de ella con impresiones falsas.

Visiblemente conmovido, me dispongo á salir con Rivera, me adhiero á sus codos, que mi amigo posee muy pronunciados, como quien tiene la costumbre de viajar mucho; entramos, muy cerca del puerto—era día feriado—en un establecimiento de negocios situado en cierto piso bajo de una de las calles mas frecuentadas. Rivera, al entrar, llamó con estrépito; nadie contestó al llamamiento. Nos internamos, casi á tientas, por entre varias cajas y muchos sacos, de los cuales sospeché que eran fingidos, y no logramos ver alma viviente. Adelantamos, á tientas siempre, hasta llegar al escritorio, embutido entre cuatro tabiques de madera y de cristales opacos, y allí no había mas ser vivo que un gato, durmiendo encima de la mesa; el cual gato ni aun se dignó levantar las orejas á nuestra llegada. Permanecimos media hora larga en aquella puerta, para ver si alguno llegaba, y, en efecto, no llegó nadie. Salimos, por consiguiente; mientras murmuraba mi compañero: «¡Es muy extraño!» Yo, por el contrario, confirmando cada vez más mis convicciones, pensé: «Es

muy natural.» —«Vamos á otro establecimiento de negocios, me dice el amigo; está á seis casas de aquí, y en él hallaremos, no uno, sino diez comerciantes con gran actividad de asuntos y de transacciones.»

Allí nos dirigimos, y entramos en el sitio á que se refería Rivera; otro hacinamiento de cajas, de sacos, de libros mayores; otras llamadas inútiles; otro viaje de exploración hasta el escritorio, y nadie... ni siquiera un perro... ¿qué más? ni aun el gato, que, á lo menos en el establecimiento anterior, realizaba un acto de presencia.

Otras varias veces renovamos las tentativas de ver, según decía el amigo Rivera, un gran establecimiento de negocios. En el último hallamos, entre los sacos, las cajas y un cajón vacío, á un mozo de unos once años; evidentemente el primer empleado de la casa. Éste nos dice que su principal ha debido deirse á ver al barbero, y que volverá dentro de media hora. Nos encaminamos a la peluquería, porque ya tengo ganas de ver una cara de industrial ó comerciante; pero el hombre de los grandes negocios ya no esta allí: ha ido á tomar un asiento para el teatro de la Comedia... y tal vez no regresará ya á su establecimiento. Una vez allí,

nos hacemos rasurar, «para no hacer reir» como diría Pablo Ferrari; y Rivera hizo, por vía de añadidura, que le rizasen el pelo. En todo el tiempo que esta operación duraba, ni en labios del barbero, ni en labios de su parroquia, ni en los de otros que fueron llegando después, surgió una sola palabra sobre asunto de negocios: «quizás, pensé entonces, hagan sus negocios á la chiticallando.»

Hallé ademas en Montevideo usos y preferencias monetarias singularísimas. Por de pronto, dando monedas á un tendero, aun después de haber comprado géneros por un valor equivalente, manifestábase descontento, porque hacía observar en seguida, mirando y remirando por todas partes la moneda, que el papel del Estado del Uruguay valía más que el oro. ¡Y pensar que á pocas horas de distancia, allá en la tierra argentina, un *marengo* se calculaba en seis escudos, y hoy casi se valúa en quince! Y es muy exacto, por otra parte, que en el mismo Uruguay el agio del oro había subido, no ha muchos años, *novecientos doce por ciento*, y á lo mejor, es decir, á lo peor de aquella subida (la historia económica sud-americana ha señalado el hecho con caracteres indelebles), como el Gobierno uruguayo había hecho gran monopo-

lio de aquel papel-moneda legal, caído á precio tan bajo, de una plumada declaró abolido el curso forzoso. Fué, al fin y al cabo, un hallazgo rentístico; y en lo que respecta á la abolición del curso forzoso, no alcanzo á comprender cómo á Magliari no se le ha ocurrido también esto.

Decía yo, cuando surgió esta digresión, que en la época de mi viaje, cuando se daba un napoleón de oro á un tendero de Montevideo, no parecía sino que éste preguntaba al comprador: «¿Qué porquería es ésta que usted me da?» Prefería en todo caso dos medios *marengos*, porque el papel, y mejor todavía el escudo uruguayo, tenía su preferencia.

Tengo á la vista el listín oficial de ahora (Abril-Mayo 1889) del *valor fijo* de la moneda de oro en el Uruguay, y en ese listín se establece que, para una cantidad de cien francos de Francia, Italia, Bélgica y Suiza, se tuviesen escudos uruguayos en papel, 18,66 en vez de 20; para una cantidad de cincuenta francos, 9,33 escudos; para una cantidad de veinte francos (el *marengo*) 3,75 escudos, ni un céntimo más; era cosa de desesperarse.

Y he aquí que hoy, en 1890, en Montevideo yergue su airada cabeza la crisis económica; el

marengo, aceptado casi por lástima durante el año anterior, crece en valor de un día para otro, y hasta se busca con prima; aquel papel-moneda desmerece cada vez más, y nadie quiere ni hablar del curso forzoso, después de aquel Gobierno.

CAPÍTULO XIII

Para Buenos Aires.—La última noche á bordo.

Y ahora, todavía por una noche soy tuyo, ¡oh *Duquesa de Génova!* ¡Cómo se había reducido á la casi taciturnidad el gran salón en aquella noche del día 24 de Abril! Ya no estaban allí los alegres colegas de la compañía dramática; no estaban los alegrísimos de la zarzuela... Solamente para animarnos continuaba allí el muchacho llorón, que en aquella célebre noche, ya fuera por el efecto del vino, ya porque quisiese festejar al nuevo mundo, lloró por cuatro chicos, más un par de gatos.

En la mañana siguiente, disponiendo de tiempo, quise llevar á cabo mi última expedición á la tercera clase.

Vi agitarse un bulto negro, que iba de un grupo á otro grupo; era mi ex amigo el sacerdote, que en aquellos últimos instantes de la travesía iba endilgando recomendaciones, advertencias y el resto de los sermones que hasta entonces habían quedado inéditos. Pero los emigrantes, de los que muy pocos habían desembarcado en Montevideo, pensaban en otra cosa muy distinta de los sermones; arreglaban sus ropas; se lavaban, ó para hablar con más exactitud, se *rebautizaban* con fervor verdaderamente admirable; algunos se vestían ropas más dignas de las circunstancias. ¡Calcúlese si podía yo olvidar á la simpática pareja amorosa!

Pablo, cuando conseguí verlo, estaba defendiéndose de los empellones de la multitud y llevando en la mano derecha, todo lo más alta que podía, una taza, que después conocí como café de color de huevo.

Piensa, dije para mi capote, en un reconstituyente; es de toda evidencia que, aun siendo como es este momento solemne y hasta funesto para él, sobre el dolor está el apetito.

Me dirigí á él; yo quería, cuando menos, saludarle una vez más, y él me dijo:

—Llevo á Luisa esta taza; creo que le sentará bien.

Admiré, como siempre, el heroísmo del amor, y después pregunté al amigo lo que había sido del anciano.

—Está abajo, me dijo, un poco encolerizado; pero no conmigo, que persevero en evitarlo, sino con los otros, porque busca el resto de su equipaje y no lo encuentra.

—¿Y Luisa?

—Está allí, sentada.

Y al decir esto, el joven me señaló á la muchacha, que tomaba el aire en el castillo de proa.

—Hágame usted el favor de saludarla en mi nombre.

El joven me invitó á llevarle en persona el saludo; no me lo hice repetir dos veces, porque siempre se acerca uno de muy buena gana á las niñas bonitas, sobre todo cuando se trata de un adiós último.

—Y ahora ¿dónde irán ustedes? pregunté sin poder contenerme, cuando estuvimos cerca de la joven enamorada.

Pablo guardó silencio durante unos segundos, y dijo después:

—Lo porvenir está en la mano de Dios.

—Nosotros iremos á Rosario, dijo Luisa, que entonces supo que tenía en mí un enamorado platónico.

—Señorita, le dije realmente conmovido, deseo á usted toda la felicidad posible, y se la deseo con todo mi corazón.

—Pablo, dije al otro, que había acabado de agitar el contenido de la taza para entregársela á la adorada niña; Pablo, me parece inútil decir que le deseo á usted lo mismo, por todo lo que pueda valer mi deseo.

La pobre joven había apenas saboreado el líquido, cuando tronó detrás de ella una voz terrible que decía: «¡Luisa! ¡Luisa! ¡Luisa, digo!» Era el viejo, el jardinero cruel, que se hallaba á la sazón á una distancia de diez pasos y cuya voz hizo estremecerse á Luisa en tales términos, que habría dejado caer la taza si yo, inclinándome con oportunidad, no la hubiese recogido.

Entretanto, con la autoridad que, á juicio mío, podía darme el haber sido convidado por el capitán á compartir la fescura de su estancia, di algunos pasos hacia el viejo, y le dije:

—Pero, buen hombre, permita usted que esos dos excelentes muchachos, á la vista de estas tierras nuevas, eleven juntos los más ardientes votos por un porvenir más favorable, que ciertamente han merecido los pobres.

El anciano me miró entre irritado y provocativo. Después me contestó:

—Usted vaya á mezclarse en sus asuntos.

¿Qué querían ustedes responder á eso? La retirada se imponía; pero aún dirigí un cariñoso saludo á Luisa y á Pablo, que se había alejado un poco de la joven.

Pasé á los otros grupos de emigrantes. Muchos de ellos, á mas de haber sido compañeros durante la travesía por mar, debían serlo aún de viaje por largos trayectos de ferrocarril, según que iban dirigidos por los agentes a unas ó á otras provincias; gran parte iban á la de Santa Fe. Eché de ver entonces que Pablo y Luisa no habían sido los únicos en padecer la terrible y dulcísima enfermedad de amor. Sorprendí á una hembra de unos cincuenta años muy cumplidos, y á un hombre de muy cerca de sesenta, que, enamorados hasta el extremo de derramar lágrimas, cambiaban entre sí estas patéticas palabras:

—Es decir, comadre, que ya no volveremos á vernos.

—Tengo ya en *Rosario* una colocación asegurada para planchadora.

—¡Bah! Un oficio que en todas partes puede ejercerse, exclamó el otro; y continuó:—Envíe usted á paseo á la casa de *Rosario*, y véngase usted conmigo á la ciudad nueva *La Plata*.

—¿Y qué haré allí?

—Pues planchar... ó lo que usted quiera; yo voy allá empleado en la luz eléctrica, una ocupación que, por ahora, no es muy conocida en el país argentino, hasta el punto de que, fuera de *La Plata*, no hay población alguna que esté públicamente alumbrada por la luz eléctrica.

—Buena ocupación es la de usted, y buena ocupación es la mía, contestaba la hembra; vamos á ponernos de acuerdo.

—Es cosa muy fácil, se apresuraba á decir el viejo enamorado.

—Véngase ūsted á *Rosario*, decía la mujer.

—Al revés; vale más que usted se venga á *La Plata*, replicaba el de la luz eléctrica.

Y en estas manifestaciones de un común deseo, las manos tornaban á estrecharse... con fuerza. Después del pecho del hombre se exhalaba un suspiro profundo: después suspiraba también su compañera. Pero como uno y otro echasen de ver que yo les estaba observando, desaparecieron de pronto de mi vista.

De regreso á la sala de primera clase, vi nuevas y no menos crueles separaciones, oí nuevos y no menos conmovedores suspiros. Algunos expresaban á la Fabbri y á De Lucía el pesar de no haber oído á bordo ni una sola nota de aque-

llos labios... La cantante se apresuraba á responder: «Ahora podrán ustedes escucharnos libremente en el *Politeama* argentino.

Libremente, se entiende, pagando cinco, diez ó más escudos cada noche.

Entretanto el buque se detuvo en *alto río*. El ministro de la República Argentina en Bruselas se me acercó para ofrecerme, con una cortesía excepcional, un sitio, mejor dicho varios sitios, incluídos mis baúles en el ofrecimiento, en el vaporcillo con bandera argentina que el Gobierno enviaría á su representante.

Esto equivalía realmente á entrar en la República del Sur por la puerta grande.

Fuí á despedirme de los otros amigos; cambié con el capitán y con todos los oficiales cariñosas despedidas. El primero entre los primeros, y sin cumplir ninguna otra formalidad, llegó el vaporcito del Gobierno. Bajé yo; usted, excelente y atento ministro, bajó; bajó asimismo la distinguida señora de usted. Los demás no bajaron. No me vanaglorío; por esto, pues, de todo corazón habría yo deseado llevarlos á todos conmigo; pero es evidente que empezaba á manifestarse en mí un poquito de vanidad. Aproxímense ustedes al poder; de frente, de lado, de cualquier modo... siempre han de notar

la aproximación. Nuestro vaporcillo comenzó á deslizarse con una velocidad extraordinaria: por una parte y por otra buscaban mis ojos la costa... y aun las dos costas, completamente nuevas para mí por su índole; parecíame ver aquella confusión de masas amarillentas, de cantiles peregrinos, de aberturas indefinidas, de variados árboles con que salen del paso los pintores escenógrafos para presentarnos riberas nunca vistas. Los rayos del sol enviaban acá y acullá puntos de oro sobre aquel paisaje.

A lo largo del río entristecía la vista el gran número de barcos sumergidos, cuya arboladura, visible aún, aparece á flor de agua.

Por fin nos vemos en un paso entre dos moles gigantescas: estamos en el puerto de *Madera;* el espectáculo se transforma en espléndido, en casi fantástico; nos deslizamos entre espesísima selva de buques en que se ostentan enarboladas todas las banderas posibles. Esto de enarbolar banderas no es cosa discurrida por mí, pueden ustedes creérmelo; debe de ser una invención de algún pariente de Xerjes, el que dirigió al mar una reprimenda tan famosa cuanto baldía.

Y no vayan á figurarse, aquellos de mis lectores que no hayan ido á Buenos Aires, que,

por el hecho de no poderse guarecer en este puerto algunos buques de alto bordo, las naves que en él se encuentran son todas diminutas, como si se tratase de una escuadra de simple aparato teatral. Algo de teatral hay allí, en efecto; la parte por donde nosotros penetramos en el puerto parece la embocadura del escenario de la ópera. No existe un telón que haya de levantarse; pero el viajero pasa de repente, desde una vista árida y triste, á un espectáculo de magia: no sabría yo encontrar un vocablo que pueda dar idea más exacta del efecto que aquel paisaje produce.

Imaginen ustedes únicamente una selva espesísima de barcos, desde los más pequeños hasta los de más imponentes dimensiones. Las labores, las insignias, los mascarones que ornan la proa de los buques, dispuestos como en columna cerrada, constituyen por sí solos una maravilla de colores y de emblemas. Pueden verse indudablemente puertos más grandiosos, en absoluto, que el de Buenos Aires; no he visto ninguno que ofrezca éste tan imponente conjunto de tipos y de banderas. Explícase esto, entre otras razones, por la de que Buenos Aires, centro de atracción y de negocios para todas las naciones del mundo, y consumidor de tantos pro-

ductos pedidos á todos los puntos, debe tener necesariamente en su puerto esa imponente representación cosmopolita.

El cambio peregrino de los idiomas menos análogos entre sí, por el alborotado personal de á bordo, viene á completar aquella extraña exposición de embarcaciones; el ruso, el alemán, el turco, el italiano, el francés, el inglés, el griego, el español, el portugués...: eso sin contar con las gradaciones de los distintos dialectos, surgen de aquella tripulación como un formidable fuego graneado. Un *quídam* lanza contra otro barco palabrotas que me parecen blasfemias.

— Es un griego, me dice en buen español el timonel de nuestra lancha. Aquel alborotado grita á los del otro barco que no sabe cómo se contiene para no saltar al otro lado á imponer una terrible y cruenta lección, para que no volviesen á burlarse... ¡Sombra de Homero! dije entonces; si éste es el griego moderno, yo, á fuer de latino degenerado, doy gracias á los dioses porque la expresión de la quinta esencia del latinismo está hoy reducida al dialecto genovés.

Y cátate que siento en mi oído, en toda su pureza, en toda su corrección, aquel dialecto de mi alma, no bien desembarco en la dársena del

Sur. En la escalera inmensa hay un hormiguero de gentes atareadas. Los barqueros y los mozos se suceden unos á otros, y sólo se asemejan en que hablan todos el idioma de mis abuelos, un poco tosco y acaso algo corrompido, si se quiere, pero siempre originario de la reina del Mediterráneo. Es muy extraño, no obstante, que siendo el *vos* el vocablo característico de nuestro dialecto genovés, haya casi por completo desaparecido en el genovés artificial de estos excelentes porteños, ó al menos del que usan aquellos mozos, servidores del arsenal y sus afines. En nuestra lancha, que por el privilegio de ostentar bandera del Gobierno se aproximó francamente á la escalera sin necesidad de formar cola con los otros barcos, según habría ocurrido en otro caso indispensablemente, saltó de pronto un faquín, el cual me dijo con toda llaneza:

—*¿Quieres que te lleve el equipaje?*

Aquel rasgo de confianza, propio de un antiguo camarada de colegio, me asombró al principio; pero no tardé mucho en convencerme de que en las riberas de Plata no debía de regir, á lo menos en lo que respecta á nosotros, aquella frase del Dante:

El hermoso país en que el VOS *suena.*

El faquín, en efecto, dirigiéndose al ministro, cuya superioridad con respecto á él debía de serle conocida, dijo: «Viniendo con usted, no será necesario que se detenga en la aduana.» Esto, por supuesto, después de haber dado yo el consentimiento para que trasportase mi equipaje.

Entretanto, pregunté al faquín, un hombrecillo vigoroso, como de cincuenta años:—¿Es usted de Génova?

—No: he nacido aquí, lo mismo que mi padre; no necesita usted saber más.

Esta noticia me descorazonó por lo que se refiere al llamamiento de conciudadano que yo me reservaba para el caso de que las exigencias del mandadero me pareciese muy subidas, pues nada habíamos ajustado previamente.

Después de los baúles bajamos nosotros, y al fin el suelo argentino es hollado por nuestros pies. Por de contado que pisar el suelo no equivale á tener de pronto el paso libre, porque á ello se opone aquel *maremágnum* de géneros detenidos para ser embarcados, ó por haber sido desembarcados; aquel indefinible é intrincado ir y venir de vehículos; aquel correr en todos sentidos de gentes con las mangas levantadas; aquel aproximarse de carruajes y de ca-

ballos, ya de tiro, ya de carga; con más, sobre esto, el acompañamiento de los simples curiosos, que nos da desde luego la idea de la ciudad de los negocios. ¡Ah! En este punto se respira muy pronto el ambiente de la capital de los negocios; tampoco aquí faltan palabras enérgicas, muy parecidas á blasfemias.

Con las debidas frases de agradecimiento me despedí de aquellas atentísimas personas, que con su invitación me habían evitado la molestia de las formalidades del puerto, que siempre se evitan con mucho gusto.

CAPÍTULO XIV

En la Boca no se bromea.

Cuando han subido ustedes los peldaños de la escalera en el puerto de Buenos Aires, todavía no están ustedes en Buenos Aires, sino en la Boca de Baracas. Administrativamente, aquella forma ya parte de la capital, y no dista del centro más de media hora de tranvía; pero las costumbres y los usos son muy distintos. En la ciudad propiamente dicha, por ejemplo, existe la costumbre de respetar y aun temer aquella

institución humana que representa la salvaguardia del público y que aquí se nombra *el vigilante*.

En la *Boca*, por el contrario, si el vigilante pretende que prevalezca su autoridad, hay la costumbre de arrojarlo al río. Por regla general, aun cuando el agente no pretenda imponer con rigor excesivo su autoridad, se prefiere que no perturbe con su aspecto marcial aquellos turbulentos rincones. Los hombres son en la Boca fuertes y suspicaces: las mujeres no lo sé, porque con hombres así me he guardado muy bien de aspirar á conocerlas demasiado. Sé con toda certeza lo siguiente: que en la Boca hallarán ustedes, sin duda, muchísimos hombres animosos; que también existen, en esta especie de Transtíber, una colección de almas fuertes y generosas, de sentimientos evidentemente italianos, que en las grandes ocasiones se manifiestan de un modo admirable, porque aquí la población es en gran parte de italianos; acaso hay veinte mil almas; pero hay también—y ha de serme lícito decirlo—buen golpe de bandidos, de cumplidos ó fugados de las prisiones patrias, de condenados en rebeldía, de aspirantes al presidio, que no hay para qué desconocer ni ocultar por un mal entendido sentimiento de

patriotismo. Es una mezcla tan maravillosa de lo bueno y de lo malo, de lo noble y de lo atrevido, de lo perdido y de lo ruin, que ningún otro punto de la tierra me parece que pueda presentarle igual en terreno tan reducido.

Los alumnos más indisciplinados y los escolares más estudiosos asisten á la escuela pública de la Boca; los arranques más admirables y las acciones más bajas, allí se verifican; no será ciertamente en la Boca donde acontezca, por desgracia, la caída de un hombre al río, sin que inmediatamente se presente un salvador generoso; como no transcurrirán muchos días sin que sea arrojado al río algún hombre por celos, por venganza, ó simplemente por deseos de matarlo. Cuando en la Boca sobreviene un incendio, no se espera á que venga, con tardo paso, del centro de la ciudad, el servicio de incendios; en la Boca los italianos se constituyeron en cuerpo de bomberos voluntarios; se hicieron labrar una hermosa casa; se proveyeron de todos los aparatos necesarios, y cuando acontece una de esas desgracias, el trabajo del bombero voluntario basta, por regla general, á dominarla completamente. Y por otra parte, en la Boca no es raro que se produzca un fuego intencionadamente, ya por librarse de la

sujeción de un propietario molesto, ya para advertir á un almacenista mercantil que su concurrencia no se ve con buenos ojos, y por otras muchas razones.

Hay en la Boca teatros especiales para representaciones dramáticas, y allí es preferido siempre el repertorio sangriento; lo cual no es obstáculo para que el mismo *Cantar de los Cantares* pueda ser comprendido, saboreado y plaudido. El sanguinario Ulises Barbieri es autor y actor en Boca.

En las hosterías se come bien y se bebe mejor y desde luego más barato que en la ciudad; pero algún día se propone un camarero hacer á ustedes que paguen muy caro un consumo cualquiera, tómenlo como una ocurrencia muy graciosa, y no les irá mal. Un día—y al contar esto anticipo los acontecimientos, pero no importa;—un día, repito, tomé muy á mal que en el mismo sitio un camarero, algo torcido de piernas, me hiciera pagar una bebida á precio que duplicaba casi al que por la misma había yo pagado en el día antes. «Te cogí, le dije haciéndole notar la diferencia.—Ayer, por el mismo consumo, pagué menos.» El mozo se acercó á mi oído como para decirme: «¿manda usted otra cosa?, y me dijo: «tenga usted muy

presente que no puedo volver á nuestra patria porque necesito cumplir cierta condena, por haber asestado, en un instante en que se me fué la cabeza, una terrible puñalada á cierto sujeto que la tomó conmigo.»

—El caso es, contesté prudentemente, que yo no la tomo con usted, sino con el precio que usted exige, que hace avergonzar al excesivamente pequeño que me pidió ayer.

Hay en Boca enormes, monumentales edificios, como el de la Aduana, que semeja una fortaleza de la Edad Media; y hay casas que parecen huroneras, casi peores que los famosos fonduchos napolitanos. Las calles son en algunos barrios muy espaciosas; pero para seguir uno su camino con más libertad, debe preferir las más estrechas, porque en las anchas es tanto el cruzar de tranvías y de ferrocarriles, tal la aglomeración de carros de transportes para los trabajos del puerto, que muchas veces se interrumpe el tránsito lo bastante para perder la paciencia: cuando no acaece alguna desgracia horrorosa, como un tranvía destruído por un tren de ferrocarril, que deja solamente un montón de restos del coche y varios cadáveres destrozados, como aconteció en Junio del año próximo pasado.

Algunas calles de Boca son llanas; otras tan empinadas, sobre todo las que conducen á lo alto de la plaza de la Constitución, que las cuestas de Génova, comparadas con ellas, parecerían planos ligeramente inclinados. Las casas en Boca son generalmente bajas y de carácter muy democrático, lo que no impide que formen por aquí y por allá visible contraste un palacio magnífico y lindas *villas*, como si algunos ricos hubieran escogido aquellos apartados arrabales como residencia para el veraneo.

Existen también dos clases sociales, perfectamente distintas, en Boca: la de los que trabajan constantemente, y la de los que no hacen absolutamente nada; lo cual es muy difícil de encontrar en los barrios más elegantes y más céntricos de la ciudad, donde todos hacen algo... bueno ó malo. Los que en Boca no trabajan, antes que rentistas son perjudicados, libres por sus circunstancias de las molestias de la policía. El barrio de Boca no es grande ni pequeño; si ustedes lo recorren en ciertos y determinados días, especialmente de conmemoraciones patrióticas de Italia, es pequeño para la inmensa muchedumbre que por sus calles transita; en otros días, en los que parece que la población ha emigrado al otro lado del río, el espacio resulta

de sobra; semeja un barrio de ciudad muerta.

Al venir de la escalera del puerto, atravesé esta parte tan característica; mejor dicho, esta *obertura* de Buenos Aires. Había yo alquilado el primer coche que se me presentó, algo desvencijado y con un caballo que parecía hermano carnal del de Tánger; pero en desquite el cochero era italiano. Éste, después de haberme hecho recorrer unas calles larguísimas, se detuvo diciéndome:

—No se puede pasar de aquí; la calle está cortada.

—Entonces, pregunté, ¿quién me llevará al *hotel* de Londres?

—Yo, me respondió; pero habrá de ser por otra calle.

El nuevo camino fué un laberinto tal de callejuelas, que para recorrerlas todas hasta la última, aun con el plano de la ciudad á la vista, se habría visto negro el mismo general Lavalle, menor, que, á lo que dicen, es el primer estratégico de la República Argentina.

Al llegar á cierto paraje, díjome el cochero que se iba á beber una copa con sus amigos, en una hostería que allí veíamos, y que volvería inmediatamente.

Yo, recordando entonces la filosofía de las

copas, le dije:—Si usted me lleva sin interrupción á mi fonda, le daré yo una copa de vino, á escoger.

Pero yo no era su amigo, y el cochero no quiso aceptar mi oferta. Yo y el caballo hubimos de esperar, por consiguiente, unos veinte minutos, y me quedo corto. Pareció de pronto como si en la taberna se hubiese originado una riña; al percibir la voz vibrante de su amo, la bestia comenzó á mover sus orejas. Entretanto pensaba yo en el hombre del equipaje, que en aquel momento había de estar esperándome en la fonda de Londres. Por fin veo salir de la tienda dos hombres propinándose terribles puñetazos: uno de ellos es mi cochero; lo conozco en seguida, á pesar de que está del todo desconocido, á consecuencia de una puñada de su contrario que le ha aplastado la nariz y le ha inundado el rostro de sangre.

Los combatientes prosiguen su lucha; el uno, esto es mi cochero, retrocediendo siempre; el otro, su adversario, siempre adelantando, llegan hasta el carruaje, que en aquel momento era mío. Procuro bajar por varias causas, y una de ellas la consideración humanitaria de que el interior del vehículo ha de convertirse en enfermería; pero al verlo, me grita mi hombre:—

Vuelva usted á subir; soy con el señor en seguida.—Mientras eso dice, procura asestar al otro un puñetazo en el tórax; pero el adversario le suelta en la cabeza un golpe tal, que lanza su sombrero á veinte pasos de distancia, y mi automedonte pára como quien no ha conocido nunca una lluvia más desagradable,

Si alguno cree que hay exageración en esta escena presenciada en el preámbulo de mi entrada en Buenos Aires, que vaya, si le parece agradable, á cerciorarse sobre el terreno. Creo que aún habrá por allí algo de sangre de mi cochero. El cual ¡pobrecillo! sin pensar ya en contestar á su contrario, permaneció un momento en medio de la calle para enjugarse la sangre, y por último tornó al pescante. No pude resistir á la tentación de preguntarle:

—¿Era éste el amigo con quien iba usted á tomar una copa?

—Figúrese usted, dijo el malaventurado, que este compadre mío me sostenía que en mi carruaje no se puede ir en media hora desde aquí hasta Palermo.

—¿Desde aquí hasta Palermo? grité espantado.

—Quiero decir al jardín público.

—Menos mal.

—Yo, que sé lo que traigo entre manos, sostenía que mi caballo, que no es un rocín, va en un galope; él afirmaba lo contrario. Yo: «no sabes una palabra de esto;» el otro: «tú y tu caballería sois dos bestias;» entonces le di una puñada; él me pega tres á traición; le pego otras dos, y lo demás ya usted lo ha visto.

—¡Vaya si lo he visto! dije con ira, pero librándome muy bien de contradecir al porfiado auriga.

—Supongo, le dije para estimularle moralmente, que usted, aun sin disputar, podría llevarme en cinco minutos á la fonda de Londres, donde me espera mi criado.

—No diré que sea precisamente en cinco minutos, contestó el cochero, pero de fijo llegaremos muy pronto; sin embargo, si usted quiere, puedo llevarle á otra fonda que tiene un amigo mío.

—No, no, le repliqué: ¡líbreme Dios de amigos como los que usted tiene!

Decidióse el cochero á dar un latigazo á su medio caballo, y salimos á un paso que se aproximaba algo al galope. Ya fuera de aquel enlace entre la Boca y la ciudad, que se llama *calle de la Defensa*, se presentó á mis ojos la grandioso, lo imponente, y, por algún edificio, lo

monumental; es decir, que desembocamos en la plaza de la Victoria, el cuartel general de todo movimiento revolucionario.

Para quien por primera vez contempla la plaza de la Victoria, la impresión es de aturdimiento; queda deslumbrado. Los que la ven por segunda vez y la examinan algunas otras, advierten desde luego lo que en ella se ha derrochado, y echan de ver sus defectos; y el primero de todos, el del gran palacio del Gobierno. Es una extravagante amalgama de estilos. La cubierta del edificio es de hierro: se ajusta á la arquitectura francesa del siglo XVII; el piso principal pertenece á nuestro estilo del 1400; el inferior participa de dos estilos, á modo de transición entre el 1400 y el 1500. Pero lo que más especialmente choca en la fachada principal de este gran palacio es la brusca interrupción de la simetría que, como hacia la mitad de la fachada, la cual debería ser una sola cosa, nos la presenta de un estilo diametralmente opuesto al otro.

De todas maneras, prescindiendo de los grandes errores arquitectónicos que pueden ser señalados lo mismo en éste que en los demás edificios, el efecto de esta gran plaza es siempre el que produce una cosa grande, imponente.

Una plaza alegre por excelencia, y siempre teatro de fiestas, desde que para celebrar una fiesta nacional fué improvisada en menos de un mes á fuerza de demoliciones febriles, donde existía sólo un hacinamiento de callejones es trechos.

Supliqué al cochero que se detuviese un instante para gozar de aquel espectáculo que me atraía; pero él, poco artista ó acaso aturdido aún por los puñetazos de su amigo, me contestó: «No puedo, llevo prisa.»

¡Llevaba prisa! ¡Figúrense ustedes si no la hubiese llevado!

El trayecto desde la plaza de la Victoria hasta la fonda de Londres, es corto. Después de haber dado una vuelta de nuevo, se detuvo; pagué, aunque por muchos motivos podía yo considerarme como el acreedor, y me dispuse á entrar en la posada pensando con terror en la protesta que por su largo esperar me presentaría el mozo de mi equipaje en mal provinciano y en peor disposición para las exigencias del pago.

Sin embargo, por muchas que habían sido las dificultades de mi paseo en carruaje, había yo precedido al faquín. Cuando, al cabo de mucho tiempo, llegaron á la fonda mozo, carreta y baúles, no callaré que en aquel pueblo, para mí

completamente extraño, me puse á charlar con gran complacencia el dialecto natal, para preguntar al mozo cuánto costaba el porte desde Boca á la fonda, de mi reducido equipaje.

—Tiene usted que pagarme ocho escudos, me respondió intrépidamente mi amable compatriota.

No pude menos de estremecerme al oir aquella cifra; el mozo juraba y perjuraba que era precio de amigo. Por último, muy convencido de que los mandaderos de la República Argentina deben de ser millonarios, consentí en darle siete escudos.

Cuando el mozo del equipaje se marchaba, observé que el amo de la fonda sonreía. Preguntéle la causa, y él me dijo, sin circunloquios, quo el precio aceptado por mí no podía menos de producir risa.

—¿Y qué he debido hacer, le pregunté, si el hombre insistía con tal tenacidad?

—Pues ha debido usted decirle: «Eres un canalla, un tunante; te doy un escudo, y nada más; con que escapa. Vete ahora, pedazo de bribón, ó llamo á un vigilante.

—¿Y ese recurso hubiese producido efecto?

—Así lo hacemos siempre; se echa de ver que usted no conoce el país todavía.

Hice en mi pañuelo el nudo número mil para no olvidar la lección, tanto más preciosa cuanto más relacionada estaba con mi ministerio de hacienda.

CAPÍTULO XV

Usos y costumbres.—Las multas.—La Bolsa.—Las tumbas se abren.

La primera operación que hice en Buenos Aires fué dirigirme á un cambiante para cambiar mi moneda por papel argentino. A la sazón estaba el cambio al 50 por 100. El cambiante, con el cual había yo cruzado algunas bromas cuando eché de ver que éramos compatriotas, como notase que yo colocaba en mi cartera y con gran cuidado los billetes de Banco que él mismo me había dado, me repitió las palabras que son el estribillo invariable en la República Argentina:

—Ya se conoce que es usted nuevo en el país.

—¿Por qué razón? pregunté.

—Las costumbres del país, me contestó el otro, exigen que los billetes no se lleven en la cartera.

—¿Pues dónde voy á llevarlos?

—En el bolsillo, y con cierto desdén. Procurará usted no tener aquí mucho cuidado con el dinero, ó le tomarán por lo que en Italia llamamos un provinciano. Arrugue usted bien esos billetes, y como si fuesen una pelotilla que usted estuviese dispuesto á tirar á la cabeza del primero que encuentre en la calle, póngalo usted en el bolsillo del pantalón. Cuando haya usted de pagar alguna cosa, arroje usted el billete en el mostrador como una cosilla sin valor alguno, y esperando la vuelta finja usted que le importa muy poco, y no se detenga, como en Italia, á contarla céntimo á céntimo. Todo lo más, cuando esté usted ya fuera de la tienda, lance usted una ojeada para ver si está completa. Esta es la costumbre del país; estamos en América, ¿sabe usted?

—Le agradezco á usted muy de veras estos estos útiles informes.

—Y le daré á usted más. Procure no salir de casa con menos de ocho escudos en el bolsillo: es el precio medio de las multas.

—¿Las multas?

—A la vuelta de poco tiempo, aquí todos incurrimos en ellas. Usted, por ejemplo, disputa en voz un poco alta.

—Yo no disputo nunca.

—Pero aquí en América es necesario disputar. Usted, digo, disputa en voz un poco alta con un *quidam* que no quiere entenderlo; acaso para dar fuerza á sus argumentos, levanta usted el bastón un poco. Pasa un vigilante (en cada esquina hay uno), y sin dar ni quitar la razón á ninguno de los contendientes, ruega á los dos que le sigan á la comisaría; allí paga cada uno, sin apelación, su multa de *ocho nacionales* (en algunos casos hasta diez) y después de haber pagado, se van: el que no paga, no sale.

—Pues esa me parece justicia turca.

—No, argentina. Y es un hecho probado que aquí se mira uno mucho más en disputar y golparse en medio de la calle, que en nuestro país.

—De todas maneras, dije tranquilizándome, yo soy hombre pacífico.

—Pues aun así corre usted más peligro, porque eso significa que existirá en usted la tendencia del pacificador. Usted ve, por ejemplo, á dos que riñen y se golpean: corre á separarlos; le alcanza á usted un puñetazo. Por casualidad sobreviene un vigilante, y grita; «¡A la comisaría los tres!—Pero yo, dice usted entonces, intentaba poner paz.» El otro, sin detenerse en averiguar si es verdad ó no lo que usted

dice, repite la orden de seguirle á los tres, y amenaza, si no se le obedece, con silbar...»

—¿Silbar?

—Sí; los vigilantes de aquí tienen sendos silbatos; y es frecuente que los tengan también, por precaución, los ciudadanos particulares; suena un silbido, y aparece un vigilante, y á veces dos ó tres.

—Basta: hago otro nudo en el pañuelo; la colección es ya numerosísima; en la República Argentina no separaré nunca á una pareja que se aporree.

—Mañana. prosiguió mi valioso consejero, perdóneme usted que descienda á ciertas cosas, pero lo hago por su bien; mañana, obligado por una necesidad imperiosa y habituado á vivir en nuestros países europeos, donde se halla pronto donde satisfacerla...

—Bien; si incurro en eso, ¿qué me sucede?

—Usted cree que nadie le observa... Pues nada... surge un vigilante que le acechaba, porque estos individuos de la *primera policía del mundo* tienen una vista de tal modo perspicaz, que adivinan las intenciones casi antes de que hayan sido formadas y, por consiguiente, mucho antes de que se realicen, y aquél á quien se coge en tal acto, incurre en la multa, que ha

de pagar irremisiblemente, de seis nacionales, ó más, según la medida del delito.

—Pues bien: no incurriré en esas faltas.

—Advierta usted, no obstante, que el peligro existe precisamente cuando menos se espera. Usted, por ejemplo, se encuentra en la acera y lleva la derecha.

—Como es costumbre.

—Pues bien; adelantan en sentido opuesto, por la misma acera, dos señoras... aunque sean viejas, y observando que usted vacila en cederles el paso, bajándose de la acera, (y tenga usted presente que en algunas calles hay aceras que levantan un metro, y acaso más, sobre el nivel del resto de la calle); usted, digo, vacila en ceder su derecha, y las dos señoras le tratan de grosero; usted contesta como puede. Llega un vigilante, á quien llaman los señoras mismas, y usted no sale de sus garras sin pagar la multa.

—¿Conque las señoras disfrutan de tales y tan despóticos privilegios?

—No será nuevo para usted el aforismo: «La República Argentina es el paraíso de las mujeres, el purgatorio de los hombres y el infierno de los caballos...»

—Está muy bien; cuando encuentre en mi

acera una mujer, me precipitaré fuera del alcance de sus pies.

—Siga usted, siga usted haciendo nudos al pañuelo. Es seguro, segurísimo, que usted será convidado á comer en casa de algún conocido. Y, á propósito, tenga usted en cuenta que un convite no puede rechazarse, si no se presenta una certificación legalizada del médico, si la excusa es por enfermedad, ó una escritura pública, si es por asistir á un compromiso anterior. Usted, repito, va á comer en casa de alguno, y le hacen beber algo más de lo acostumbrado. Usted—dispense la hipótesis—sale de aquella casa un poquito alegre.

—Nunca bebo más de lo acostumbrado.

—No conoce usted el clima del país... En fin, que usted anda dando traspiés; un vigilante lo coge y lo lleva á la comisaría, donde permanece usted hasta que le pasa el trastorno. Después sale usted de allí, siempre que pague usted su multa, porque en la República Argentina la embriaguez está tolerada y es lícita en todas partes, menos en la vía pública.

—Aumentaré mi tesoro de anotaciones con esta advertencia. ¿Tiene usted alguna otra cosa que aconsejarme?

—¡Tantas tendría! Pero todavía nos vere-

mos, porque usted, necesitando hacer gastos, vendrá alguna vez á cambiar. Siga usted mis consejos si ha de pasar aquí algunos días.

—Pasaré algunas semanas.

—Entonces tome usted una ó dos habitaciones para dormir, y queda en libertad de comer donde quiera; en esas fondas lo que más cuesta es la habitación; lo demás, el alimento, es casi como *plus*, ó cuesta muy poco ó nada.

—¿Nada?

—¡Es claro! Porque, que coma usted, que no coma, el precio es el mismo. Es más, aun pagando sobre esta base, el fondista lleva muy á mal que su huésped vaya á otra parte á comer, y acaba por decirle que su presencia perturba y molesta.

—Llevaré, si ocurre, certificación de haber estado á comer con una familia. Entretanto doy á usted gracias de todo corazón por sus preciosas noticias.

—Mi deber...

—Y ya que estoy aquí, dije cuando m edespedía, cámbieme usted estos tres *marengos*... Dadas las condiciones de la policía argentina conviene ir provisto de *nacionales*.

—Entonces tiene usted mayor prima que antes, en lo que he cambiado hace un rato.

—¡Buena es esa! ¿Y porqué?

—Habrá usted observado que mientras nosotros hablábamos, un muchachuelo me ha entregado un papel. Era el último boletín del *Banco Nacional* sobre el precio del oro. Hace muy pocos minutos el *marengo* valía seis escudos; ahora vale seis y medio; mañana podrá valer siete ú ocho.

—Y dentro de un año, ¿cuánto podrá valer? pregunté impresionado por la oscilación del oro en la República Argentina, en tan poco minutos.

—Por caridad, no hablemos de esto, dijo, poniéndose muy serio, el cambista. Después, como si pensase en cosas menos tristes, continuó:—Basta; el ministro Varela ha prometido ahora poner un freno al negocio del oro.

—¿Y usted cree en realidad que logrará contenerlo?

—Desde la aparición de su decreto que prohibe los negocios sobre el oro en la Bolsa, vamos peor cada vez... Le aseguro que es mucho mejor no hablar de esto... Siga usted bueno, y sobre todo tenga prudencia.

—Hasta la vista.

Al salir de allí me encaminé á la *Bolsa de Comercio*, donde esperaba yo encontrar amigos

lo que en él se contiene.» Abro, leo y aprendo que el remedio más seguro para conservar la frescura y belleza de la piel...

Me convenzo pronto, sin leer más, de que perdería el tiempo en refrescarme y embellecerme la piel, y voy, por el contrario, á engolfarme en el ambiente de los negocios. En la entrada, los empellones, los terribles codazos, los pisotones en los callos están á la orden del día. Cuando estoy para entrar en la sala, un portero me detiene y me pregunta lo que busco.

—Busco á muchas personas, le respondo pensando en los muchos amigos que habría de hallar dentro. Y menté una lista de nombres que, por mi fortuna, eran también buenos hombres. Abrió entonces el portero la puerta de cristales, manifestando de esa manera el gran respeto que merecía quien á tanta gente conocía; entro en la Bolsa como en mi casa.

Busco ávidamente fisonomías de amigos, y no las hallo. Sin embargo, reconozco de pronto, entre las varias personas que hay en la división del centro, bajo la enorme claraboya que da luz al salón, á más de uno que en mi país no fueron seguramente, en lo relativo á negocios, unos santos. Hasta, lo diré todo, mientras estoy para acercarme, sin más espera, á uno á quien re-

conozco precisamente como compatriota, me acuerdo de que hace ya mucho tiempo el pobrecillo se ha suicidado, no sin cumplir correcta y regularmente con todo lo prescrito para estos casos, dirigiendo cartas á sus mejores amigos y al juez, etc., etc., cartas que publicaron los periódicos italianos. Lo creí muerto, y lo hallo aquí. En efecto, en América se resucita. De todas suertes, y de una manera ó de otra, la verdad es que el suicida se fué al otro mundo.

De repente, en medio de aquella algarabía ensordecedora producida por el cruzarse de tantas lenguas y de tan distintas palabras, y mientras oigo, dominando á todas las voces, la del pregonero de la Bolsa que publica nombres y operaciones, vuelvo la vista hacia la división que se halla á la derecha del punto por donde he penetrado, y reconozco á mi amigo de Génova Alberto Musso. Pueden ustedes imaginar si después de una travesía de seis mil millas me produciría efecto el ver por fin la cara de un amigo muy querido, con el cual he pasado hermosos momentos en la madre patria. Lancéme á su encuentro á fin de poder abrazarle en seguida; pero en el paso de aquella división, donde yo no vi ni siquiera indicio de vigilantes,

que eran ya mi único *bú*, siento que me asestan en la espalda un terrible puñetazo.

En cuestión de puñetazos, especialmente si la parte contraria es más débil, soy también muy abonado para contestar en toda regla. Mientras me dispongo á realizarlo así debidamente, siento que otro me agarra por el brazo, y haciéndome retroceder bastantes pasos, me entera de que durante las operaciones bursátiles no es lícito penetrar en aquel compartimiento, reservado á los corredores.

—Pudo usted decírmelo de una manera más parlamentaria, le digo; con tanta más razón, cuanto más lo merece quien, como yo, es nuevo en este sitio, y aun en este país. Interviene en nuestra conversación un tercero, y para darme una respuesta convincente, me dice:—*Aquí se estila eso;* tenga usted paciencia.

Con el propósito de reponerme algo de mi estupor, siento la necesidad de proveerme de un poco de aire menos cargado, y torno al vestíbulo, entre las flores y los repartidores de documentos gratuitos.

Oigo de repente la voz de uno que habla en italiano, en el cual se demuestra á cien leguas el genovés. Miro al que habla, y me convenzo de que no lo he visto en mi vida.

Eso importa muy poco; no bien advierto que su interlocutor, no genovés, se aleja, me acerco resueltamente al que ha quedado solo y le digo, con placer idéntico al probado por Dante cuando halló á Virgilio en la puerta del infierno: «Somos paisanos, si no me equivoco.» El otro me responde que no ha visto á Génova desde hace muchos años. Le contesté que yo he salido de allí hace tres semanas.

Me pregunta en seguida mil cosas de Génova y de los genoveses; no han transcurrido cinco minutos y ya somos verdaderos amigos. Cuando han pasado diez , durante los cuales se ha verificado el cambio de billetes, me dice con una cariñosa sonrisa: «Si usted quiere favorecerme hoy comiendo á mi mesa... mi casa es la suya.»

Me quedo... así como la estatua de Sara. Recuerdo en seguida la frase: *Aquí se estila eso.* Y para no crearme un enemigo, me concreto á decir que estoy ya convidado en otra parte. Cruzamos todavía algunas palabras, y nos despedimos. Apunto, entretanto, en mi libro de memorias el nombre de ese nuevo amigo; hecho lo cual, como si la impresión del puñetazo se hubiese borrado en el vestíbulo, vuelvo á la Bolsa muy decidido por esta vez á llegar, vivo

ó muerto, hasta mi amigo Musso. Antes de hallarlo encuentro á varios conocidos de Génova, los cuales me dicen que Musso me busca. Entonces pienso: ¿Qué? La noticia del puñetazo que por él he recibido, ¿puede haber llegado hasta Musso? Entonces sé que el corresponsal en Montevideo de los periódicos de Buenos Aires ha tenido, en el día anterior, la ocurrencia de telegrafiar que llegaría yo á la capital argentina en el *Duquesa de Génova*. De esto procedía el que ya estuvieran enterados los amigos. Duélome, entretanto, entre mis conocidos de Génova, del puñetazo recibido, y al pensar en él comienzo á resentirme de nuevo. Uno de los interlocutores me aconseja que me vengue, ya que puedo hacerlo, mandando bruscamente, como se manda á un criado perezoso, al mismo que me administró el puñetazo que vaya á buscar inmediatamente á Musso.

—¿Y si me propina otra puñada? pregunto en nombre de la prudencia.

Oigo entonces una vez más la eterna contestación: *Aquí se estila eso.*

Dirijome entonces, algo preocupado, hacia el hombre de la puñada: y cogiendo todo mi valor á dos manos, le digo:

—¡Llámeme usted en seguida al señor Musso!

El otro se levantó inmediatamente, y entremetiéndose entre la multitud de corredores, grita varias veces: «¡Sr. Mussol» Al cabo de tres minutos Alberto Musso y yo formábamos el gran cuadro plástico de la amistad: yo entre sus brazos, él entre los míos, y juntos salimos al vestíbulo.

Un amigo trae siempre otros amigos; y aunque yo, en lo relativo á los juegos bursátiles, no tenía más títulos que los de la renta turca, fué considerable el número de los conocimientos que adquirí aquel día en la Bolsa.

Ahora, y ya que con el sano propósito de buscar amigos he llevado á ustedes, antes que á muchísimos otros sitios, á la Bolsa, déjenme los hombres de negocios que les diga yo alguna cosa de sus ordenanzas. Sinceramente, y á pesar del puñetazo que me cupo en suerte, reconozco que la costumbre de tener, en el momento de las operaciones, los agentes de Bolsa completamente separados del público, librándolos de la eventualidad y la molestia de realizar sus transacciones entre la masa de los simples curiosos y de los desocupados, nada tiene de censurable; todo lo contrario. Y aun esta división de la Bolsa, que evita el contacto de los profanos mientras dura el curso de las operacio-

nes, sería muy conveniente establecerla en otras cosas.

Además, puede estar siempre á la vista de todas las variaciones diarias de los precios, porque no bien se ha convenido una operación, el encargado de los agentes la escribe en pizarras enormes, colocadas *ad hoc* en el compartimiento en que me había faltado poco para entrar ilegítimamente.

En el interior hay contiguas varias salas muy cómodas para que el que trabaja en Bolsa halle cuanto pueda ocurrírsele para anotaciones particulares, redacción de contratos, etc., con mesas provistas siempre de todo lo necesario. (En algunas Bolsas que yo conozco, toda la comodidad de los escritorios se reduce al libro de memorias que tiene cada cual en su bolsillo ó en la mano, ó en la rodilla, ó, en último resultado, en las espaldas de algún buen amigo que sirve de punto de apoyo para escribir) (1).

En el vestíbulo hay un casillero muy cómodo

(1) Hemos conservado esta alusión, por dos razones: primera para no faltar á nuestro propósito de traducir religiosamente el texto italiano; y segunda, porque, si bien la Bolsa á que Resasco se refiere, no debe de ser conocida de los lectores españoles, conocen éstos otras Bolsas á las que puede aplicarse lo que dice el autor.

(N. del T.)

para recoger sin tardanza notas y avisos de los agentes. En la Bolsa misma hay escritorios especiales para los agentes de más notoriedad. En los pisos superiores hay salas de conversación y un salón de lectura bien provisto de los diarios más importantes del mundo. En las paredes se ve escrita, en varios idiomas, la palabra *silencio*, y en los sitios en que se lee este vocablo no me parece que lo recuerdan bastante.

Ahora muy pocas palabras sobre el sistema reglamentario de liquidación en la Bolsa en Buenos Aires. A diferencia de tantas otras Bolsas en que el negocio de liquidación se ve aplazado á veces por varios días hasta fin de mes, aquí los trescientos corredores (son casi trescientos) están obligados, ineludible y rigurosamente, á último de mes, á tener hecha la liquidación de todos los negocios en que han intervenido, antes de las cuatro de la tarde. Cuando el mes termina en día festivo, en vez de retrasar hasta el siguiente día el saldo de los negocios, anticipan su arreglo definitivo el día precedente, porque se ha establecido como regla que el mes entrante nada tiene que ver con las operaciones realizadas en el saliente. Está prohibido el sistema de contrataciones fiduciarias El liquidador de confianza para toda la Bolsa

es uno sólo; y con retribución proporcionada, está obligado á resumir toda operación con los datos que cada uno de los corredores le proporciona. La remuneración de este liquidador único, es, ó al menos era en mi tiempo, el uno por quince mil del valor de las operaciones efectuadas. Es obligatorio el pago de cualquier deuda que resulte de una liquidación, en el término de venticuatro horas; pasadas éstas, el deudor es declarado moroso y expulsado de la Bolsa. Al que no paga en el plazo de ocho días se le declara quebrado. Liquidados los saldos de deudores y acreedores, es costumbre, en lo concerniente al sistema de pago, depositar—en la casa de banca de confianza para los interesados,—los *cheques* (1) correspondientes al importe de la deuda. Estos *cheques* están extendidos á favor del liquidador y los recibos han de serle remitidos á su oficina en la Bolsa. Antes del día único destinado á la liquidación, se procede á ella sobre la base de las operaciones contratadas; si suben, son vendidos los títulos

(1) *Cheque* es vocablo usual y corriente entre las gentes de la Banca; la Academia Española no le ha dado aún carta de naturaleza, como no se lo han dado todavía los hablistas en Francia, ni en Italia; pero no tiene sustitución posible, y no hay más remedio que emplearla. *(N. del T.)*

en pública subasta; si bajan, son comprados á cargo de quien no provee con tiempo para adquirirlos. Se han establecido multas progresivas para los responsables de estas irregularidades; si después se reconoce en ellas dolo, el que resulta autor es expulsado definitivamente de la Bolsa.

Este es, en sustancia, el espíritu de las disposiciones que durante mucho tiempo han regulado las operaciones en la Bolsa de Buenos Aires. Eran, sin duda, para tiempos de situación normal, disposiciones excelentes; ahora, en esta situación de crisis aguda, la regularidad de las negociaciones no tiene razón de ser, desde el momento en que se opera sobre una base tan azarosa y precaria para los negocios mismos.

Observen ustedes que mientras el reglamento y las costumbres de la Bolsa de Buenos Aires no pusieron jamás obstáculo alguno al que, siendo declarado en quiebra, procedía de otros centros bursátiles y lo admitía en la Bolsa de la calle de la Piedad, era al propio tiempo inexorable contra el que, aun siendo muy buenos sus antecedentes, en las primeras plazas, contravenía una vez á los reglamentos, ó, lo que es peor, faltaba á los propios compromisos. Hoy, sin embargo. van las cosas muy de otra

manera; los que parecían colosos indestructibles han caído en ruinas; la situación general de las cosas, más aún que el dolo ó la insolvencia de los negocios en orden á su inseguridad, produjo sus naturales consecuencias, entre ellas la de hacer que en un solo día faltasen á sus compromisos sesenta negociantes en Bolsa, en virtud de lo cual imagino que aquel famoso reglamento y aquellos sesudos contratos han recibido hoy tales golpes que no les queda más camino que el de entonar la antífona del *Pater Noster: «Et dimitte nobis debita nostra, sicut...* etc.» (Y perdónanos nuestras deudas, así como... etc »), al tiempo de negociar.

Entretanto si hoy se hubiera de expulsar de la Bolsa de Buenos Aires á los bolsistas que no se hallan en regla, sería menester echar de allí hasta las columnas.

CAPÍTULO XVI

La primera noche en tierra, después de veinte en el mar.—Calle Florida.—Los tranvías.—Los negocios.—Los ataúdes en el otro mundo.

Es hora ya de salir de los negocios y de pensar que el mío ha de ser, ante todo, un viaje de recreo. El señor Musso me toma bajo su pro-

tección, me considera como el más precioso, aunque del todo inútil, de sus títulos, y me amenaza con no concederme ni aun la facultad, reservada á todo mortal, de abrir mis baúles, sacar los trajes y reunir las cartas de presentación y recomendatorias.

Un paréntesis á propósito de las recomendaciones. Un sujeto á quien reconocí, como amigo antiguo, en la Bolsa de Buenos Aires me regaló, por cuenta propia, la advertencia si guiente:

—Usted tendrá de seguro cartas de presentación y recomendaciones.

—No las he utilizado, le respondí, porque el cariñoso apresuramiento de los amigos se me ha anticipado.

—Pues bien, por mi cuenta no me ocurre dar á usted mejor consejo que uno: «Es inútil presentarse con buenos informes.» No quiere decir esto que aquí sean preferidos los tunantes; pero en los negocios cada uno pretende probar á usted, en lo que usted valga, sin referirse á ningún antecedente; por eso, repito á usted, y hasta le aumento la dosis con un adverbio: «Principalmente, no presentarse con buenos informes».

No pude menos de sonreirme escuchando la

advertencia; pero observé que no viajando yo para negocios, las cartas de presentación y las recomendaciones que yo llevaba no podían perjudicarme en definitiva.

Y á propósito de recomendaciones, baste á ustedes saber—ya que estoy aquí, es preferible que aquí siga—que uno de los que, entre otros, me había provisto espontáneamente de recomendaciones para la República Argentina, era Edmundo de Amicis, cuyas impática efigie figura en Buenos Aires en mil escaparates, como la del autor italiano que goza de más popularidad y cuyas obras se hallan en todo establecimiento de libros traducidas á todos los idiomas para uso de aquel público compuesto de gente de todas las naciones.

Habíamos quedado, como ustedes recordarán, en que mi amigo Musso y yo nos dimos un apretado abrazo en la Bolsa. Repuestos ya, uno en pos de otro, de la emoción primera, establecimos nuestro programa. Yo acompañaría en carruaje á mi amigo hasta su domicilio, sito en la calle del Callao, dispensado del cumplimiento de aquellas reglas de buena crianza que enseñan á no presentarse en las casas con el polvo de un largo paseo y con vestidos peores que los de viaje; saludaría á sus tres hermanas,

á quienes había yo conocido cuando no levantaban tres palmos del suelo; desde allí iríamos á una casa inmediata para saludar á otra parte de la familia de Musso, á saber, una hermana casada con David Morro, un garibaldino de todas las expediciones. Todo esto lo haríamos para demostrar que cuando se trata de ver á tan caros amigos, se puede en todo prescindir de la etiqueta.

El programa anunciado fué cumplido en menos de dos horas. A las dos chiquillas que yo había visto en Italia, de dos palmos de estatura, en la simpática casa de Musso las hallé dos graciosísimas jóvenes. Sé que ellas no contaban, de seguro, con esta debilidad del cronista, como que me dieron acerca de esto órdenes prohibitivas y terminantes; pero, por una vez sola y ya que se trata de hablar de mi primera visita á los amigos de Italia, habrán de perdonarme. Pasando á saludar á los Morros, grandes y pequeños, torné á la fonda de Londres y me dirigí—ya era tiempo desde mi llegada—á llevar á cabo un examen de conciencia en mi alcoba.

Fué aquél mi cuarto de hora de Rabelais.

«Si duermo, dije yo al señor yo mismo, no como porque ya estoy avisado de que es necesario comer á la hora; si como á la hora, no duer-

mo. Debo escribir con urgencia, pero si escribo, ni duermo, ni como.» Parecen niñerías estas cosas, pero en la vida de los que viajan son hechos.

Llamo, por lo tanto, al camarero y le digo: tráigame usted algo para comer, para escribir y para dormir... Cualquier cosa basta.

La petición relativa al dormir se refería á las mantas que todavía no estaban puestas en la cama. Me preparo además á abrir, no solamente la maleta, sino mi terrible baúl, que desde Génovano se había abierto y que contenía... lo que talvez diré á ustedes en otro libro. Pero por muchos esfuerzos que hice, el tremendo baúl se resistió á ser abierto: esas sales marinas forman ciertos tropiezos pícaros en las cerraduras. Torné á tocar el botón eléctrico; tornó á presentarse el camarero, y le dije:

—Tráigame usted algo para abrir el baúl.

Los camareros de América son más inteligentes y casi siempre más bribones que en otras partes; no fué menester explicarle que me hacía falta algo para forzar una cerradura que se resistía.

Estos camareros de las fondas son realmente de una ligereza maravillosa, ¡habituados á servir á tanta gente que no puede perder el tiempo! En menos de diez minutos tuve allí todo lo que

había pedido; con que cerré la puerta. No acertaría yo á decir á ustedes lo que hice mientras ni mi cabeza ni mis piernas lograban convencerse de que no estaban todavía á bordo.

El hecho indiscutible es que en un momento determinado, mientras los manjares humeaban en la mesa, y mi baúl estaba todo revuelto, y en el escritorio había principiada una carta, me quedé dormido.

Apenas desperté, apresuréme á consultar mi reloj.

Aquel pícaro marcaba las tres; yo no comprendía del todo; ¿eran las tres de ayer, quiero decir, del día mismo de mi llegada á Buenos Aires, ó bien las tres de hoy... suponiendo que yo hubiese dormido hasta el día siguiente de ayer? No había mejor recurso que acudir al camarero velocípedo. Toco el botón, aparece mi hombre, y le digo:

—¿Son las tres... realmente de hoy, ó cuál es la hora verdadera?

—Son, ni más ni menos, las ocho de la mañana, respondió el otro.

Las distracciones del que hace un viaje largo se suceden y no se parecen. Mi reloj, siempre arreglado con regularidad, esperaba desde muchos días antes ser puesto en hora con el

nuevo hemisferio. Pero, en realidad, ¿que podía importarme, á bordo, el conocimiento de las horas, cuando había siempre dispuesta una campana para indicarme los momentos más interesantes de la vida ordinaria? El único que me preguntó cierto día qué hora llevaba, fué el ex-furriel, de quien no se habrán olvidado ustedes. Le respondí: «es la hora de retirarse,» y así salí del paso medianamente, como puede juzgarse.

Despedí juntamente al camarero y la cena no consumida del día anterior, generosidad esta última que no era un rasgo de Lúculo, toda vez que, consumida ó no, el precio del hospedaje era el mismo. Entretanto, y mientras esperaba el almuerzo, me senté á la mesa de escritorio para concluir algunas cartas.

No pueden ustedes imaginarse la sensación que produce, después de un largo viaje por mar, sentir bajo los codos una mesa que no se mueve, sentarse en una silla también quieta y ver las ventanas que dan á poblado.. Crean ustedes, no obstante, que esa normalidad se hace á la larga algo fastidiosa.

Escritas algunas cartas, con pulso firme, pero menos concluídas que de costumbre, después de abundantes abluciones de agua clara, después

de almorzar sin acostumbrarme del todo á ver aquellos platos que no oscilaban á mi vista, y después de vestirme de caballero, con sombrero de copa y todo, pues ya me habían dicho que en Buenos Aires lo que constituye principalmente la personalidad es su corteza, salí á reconocer la situación.

¡Cómo se siente en algunos casos estar del todo en el otro mundo! En el hemisferio de aca, el que sale a paseo procura permanecer en las arterias principales. En la topografia de Buenos Aires no hay arterias. Todos son músculos. Cortan ustedes cien calles de unos diez metros de longitud, próximamente, desde la orilla del río hasta la parte alta de la ciudad, que es donde más se ensanchan; cortan ustedes otras ciento que atraviesan perpendicularmente á las otras; aca y acullá establecen ustedes algunas plazas en las que desemboquen varias de esas calles; llaman ustedes *cuadros* á todos los solares resultantes en el tablero así formado, de unos 129 metros cuadrados cada solar; esto es la ciudad. Téngase por regla, al buscar esta ó la otra habitación numerada, que cuando se va hacia el río los números se disminuyen; y, al contrario, aumentan cuando se va hacia lo alto de la ciudad. En cuanto á buscar y encontrar una

calle, es cosa facilísima, sólo que es necesario recorrer varios kilómetros para llegar á ella. Pregunten ustedes al vigilante, con muy buenos modos, y él les dirá que sigan adelante hasta pasados diez ó doce *cuadros* y vuelvan después á la izquierda ó la derecha, con que se hallarán ustedes con la calle que buscan. Pero mejor que preguntar al vigilante, es que se provean ustedes de un plano topográfico en pequeño; plano que en la fonda suelen dar gratis, porque al fin y al cabo lo hacen pagar con creces en lo demás. En esos planos cada calle tiene su numeración ordenada.

De noche, lo mismo que de día, lo que viene á recordar que hay siempre vida en Buenos Aires es «*El ronco son de la tartárea trompa*,» ó más prosaicamente, de los cuernos de conductores de tranvías que incesantemente cruzan todas estas calles, ó como antes dije, todos estos músculos que en cada *cuadro* se cruzan. Para que tal aglomeración de carruajes no cause atropellos, el cochero está obligado á lanzar el toque de aviso, lo cual no impide que los atropellos y los choques de vehículos sobrevengan con una frecuencia escandalosa.

Al salir de la fonda me encontré con que las calles estaban completamente llenas de barro.

Pregunté cuándo había llovido. «Hace ya diez días,» me dijeron. Así se hace en aquel pueblo: basta que llueva una sola vez para que permanezcan durante semanas enteras los vestigios de la lluvia en el empedrado, que se compone de dados diminutos. Al terminar de cada cuadro, el ciudadano que en algo tenga la integridad de sus miembros, debe pararse, muy especialmente en los sitios más céntricos y de mayor movimiento de negocios y porque es tanto el cruzarse de carruajes públicos y particulares, de carros, de acémilas sin carro, de carretas y de transeuntes, cada uno de los cuales va que parece que se lo lleva el mismísimo demonio, que realmente no puede asegurarse si, para quien tiene prisa, es preferible ir en carruaje á ir á pie. En Buenos Aires, todos, incluso los mendigos, suben en tranvías. También lo exije así la costumbre; hay en el carruaje un pobre de pedir limosna; llega otro mendigo que es un amigo suyo; el primero, si no ha pagado aún, debe pagar por él y por el segundo: así lo dispone la etiqueta. No se da el caso de que habiendo en el carruaje dos conocidos, paguen ambos; el uno ó el otro paga por los dos.

En el tranvía nunca sabe uno cuánto dinero lleva en su bolsillo. Entra una señora conoci-

da en compañía de otras cinco ó seis; basta que ustedes conozcan á la una, para que paguen por todas, sin dejar que se lo digan.

Hay aquí también otras costumbres en los tranvías. Tenía yo, una vez, necesidad de hallar pronto una calle, cuya situación ignoraba; me puse en el tranvía en la plataforma del conductor; rogué á éste que cuando el coche llegase á la calle de que se trata me lo avisase; el cochero me respondió con mucha frescura y francamente, que si no le pagaba muchos centavos no me avisaría de ninguna manera.

Existe en Buenos Aires otra costumbre inveterada: la de mortificar á los caballos cuando no pueden más; martirizarles á fuerza de latigazos cuando las pobres bestias, medio muertas, jadeantes, mordiendo con los cascos el ingrato terreno, procuran inútilmente seguir adelante. ¡Cuesta tan poco un caballo en la República Argentina, donde es tan caro todo!

Aún no he dicho á ustedes si en aquella mi primera salida regular á la vía pública en Buenos Aires subí en algún tranvía. Sí, subí; pero bajé pronto. Pregunté cuál era la calle más notable por la magnificencia de sus establecimientos comerciales, y me contestaron que en todas había tiendas lujosas; pero que entre sus calles

céntricas la de la *Florida* estaba en primera línea. Vi, efectivamente, tiendas que parecían espléndidas calles cubiertas. Tómese por ejemplo la tienda de música de Hardoy; en ella el visitante se pierde; parece una ciudad dividida en calles que forman interminables hileras de pianos. Las confiterías, las pastelerías, las carpinterías, las zapaterías (ó mejor *calzaderías*), los establecimientos de coches, de muebles, de ropas... y por último los almacenes en que hay un poco de todo, reunen en algunos casos condiciones tales de ostentación y de magnificencia, que el forastero queda realmente maravillado. Sé de sobra que muchas de esas tiendas grandísimas andan ahora cabeza abajo.

También son muy dignas de verse las carnicerías, cuya grandeza está en el modo de valuar la cantidad de carne que se vende; allí la carne se mide, no se pesa; las criadas no van á comprar una libra ó más de carne, según la necesidad; la compran por palmos. El carnicero tiene mil cosas en que pensar y no se entretiene en hacer pesos; creo que ni siquiera hay balanza en su tienda.

Algún día, si tienen ustedes paciencia para seguirme, les llevaré al *gran matadero de Buenos Aires*.

Poco ha menté las confiterías. Tengan ustedes en cuenta que en la República Argentina las señoras no van al café; éste existe para los amigos de conversación, para los desocupados y también para los que han menester de acudir á esos sitios á fin de anotar algúna cosa, ó bien de almorzar ó tomar café; pero la señora no entra allí nunca; va á la confitería, donde hay una salita dispuesta adonde pasa el sexo bello: si algún hombre acompaña á la señora y pretende penetrar allí, puede hacerlo siempre que las otras señoras no protesten y lo expulsen: su entrada casi está sometida á votación.

Ya lo he dicho á ustedes: infierno para los caballos, purgatorio para los hombres, paraíso para las mujeres; sobre todo si las mujeres parecen ángeles.

A propósito. En esta mi excursión preliminar por las calles céntricas de Buenos Aires, encontré á una señora que había hecho la travesía conmigo en el *Duquesa de Génova*. La saludé; me detuvo.

—Usted se halla ahora en su paraíso, le dije, advirtiendo que estaba mucho más hermosa en tierra que á bordo.

—No me hable usted de este país, respondió la señora.

—Seguramente no ha tenido usted tiempo, la dije, para conocer la población lo bastante á formar opinión desfavorable.

—Yo, me contestó la señora, no puedo pasar por alto ciertas cosas... ni usted tampoco, estoy segura.

—Por mi parte, repliqué modestamente, poseo un estómago de avestruz, señora mía.

—Mire usted aquel escaparate, dijo entonces mi interlocutora, señalando hacia una tienda próxima.

Me aproximé y vi; la señora pretendía que yo me horrorizase como ella. ¿Qué había en aquellos escaparates? Pues bien, lo diré en seguida, lectoras de mi alma, si bien suplicando á ustedes que no se impresionen demasiado; había ataúdes, pero hermosos, muy bonitos; se lo aseguro á ustedes.

Ya el escaparate, por sí solo, era una cosa resplandeciente. Había, entre ataúd y ataúd, magníficas coronas de flores artificiales y naturales entretejidas con abalorios, de todas clases y formas. Aquellas cajas, lo repito muy en serio, eran bellas. Ya el argentino puede decir que sus muertos duermen bien y con toda comodidad. Había cajas de palosanto, con labores exquisitas de adornos y emblemas religiosos. Esto

en lo que respecta á lo exterior y á la tapa. En el interior, además de un blando mullido, con preferencia de raso blanco, había ya preparado un almohadoncito primoroso. La mayor parte de las tapas de estos ataúdes están provistas de un ojo de cristal, por el que la familia, y sobre todo el heredero, pueden á cada instante observar si el difunto se ha movido.

Miré, después de haber visto el escaparate, si la concurrencia correspondía á tal alarde de lujo. Todo estaba en la proporción misma. Vi en la tienda, y conmigo lo vió mi hermosa compañera de viaje, á varias señoras y señoritas que se hacían separar este ataúd ó aquél, como se haría en nuestro país con otros tantos sombreros.

Levantaban y bajaban las tapas para cerciorarse de que cerraban bien; después colocaban el ojo asesino cerca de la lente, pasando por debajo la manita, á fin de ver si se transparentaba lo bastante; palpaban después el mullido y por último, levantaban un poco la caja como para enterarse de su peso. Supongo que, arreglada la compra, el comerciante preguntaría: «Señora ¿á qué hora he de enviarle el ataúd á casa?»

La señora contestaría probablemente: «á la hora de comer,» porque en el paraíso de las mu-

jeres no hay obligación de encontrarse en casa sino precisamente á la hora de las necesidades imprescindibles.

—Pero bueno, dije después de mis observaciones á mi compañera de viaje: ¿qué hay en todo esto de extraño ó de desagradable?

—¡Bah! replicó la señora: no se *americanice* usted tan pronto: hay tiempo de sobra para eso.

Insistí en afirmar que el negocio de ataúdes de lujo y de pompas fúnebres en escaparates céntricos me parecía muy lógico. En nuestros países no fallece en el hospital un zapatero de viejo sin que la hermandad correspondiente, después de haberlo dejado morir de hambre, se considere ineludiblemente obligada á recoger su cuerpo, con una banda de música más ó menos desentonada, á la cabeza del cortejo, y á obstruir en seguida durante algunas horas las calles principales y de mayor tránsito en nombre de aquel desdichado que se había muerto sin saber acaso los céntimos que tenía en el bolsillo... ó quizás sabiéndolo demasiado.

Esto me parece bastante menos lógico que el lujoso ataúd que ocupa un escaparate, por la razón sencilla de que allí ha de ser donde la persona pudiente vaya á comprarlo.

—¿Y usted cree, dijo la señora, que no serán aquí aparatosos los cortejos fúnebres?

—Me han dado ya, contesté, algunos informes acerca de esto. Algunas clases tienen su cortejo fúnebre especial, tan largo como se quiera; pero al cementerio, ricos ó pobres, prosistas ó poetas, van siempre en carruaje y el cortejo correspondiente también. La marcha de *Jone* pierde siempre el pleito. Esto nos molesta mucho menos que el paso cadencioso de las comitivas mortuorias en nuestras ciudades, formada por acompañantes que, en la mayor parte de los casos, muy lejos de llorar, irán, después del solemne desfile, á reir alegremente á la fonda más próxima á la última morada.

La señora no me pareció muy convencida por estas razones, dejéla por lo tanto, indecisa, no sin decirle que en la República Argentina existe, en lo concerniente á muertos y ataúdes, otra costumbre en muchas familias indigenas; es á saber, la de que cuando muere un individuo de la familia, los amigos y parientes se congregan en torno del lecho mortuorio, con abundante y variado surtido de botellas de vino, para vaciarlas á la salud eterna, delante de los ojos, cerrados para siempre, del interesado.

CAPÍTULO XVII

Sobre todo no presentarse con buenos informes.

Entretanto, el consejo de aquel donFulano de la Bolsa, acerca de la suerte que en la República Argentina solía caber á las recomendaciones, zumbaba constantemente en mis oídos, como el zumbido molesto de un moscardón. Era tiempo ya de que yo, que tenía sobre mí bastantes recomendaciones, pensase en ir descargándome de algunas, poniendo á prueba la observación de mi paisano.

Veamos, pues, de frente esos resultados negativos de las recomendaciones. Comencemos por el número uno. Un mi amigo, Génova, persona de elevada posición, importante, atentísima y que tenía negocios de extraordinaria importancia en el país del Plata, me había provisto de una carta de presentación y de recomendación calurosa, para toda eventualidad, dirigida á su representante en Buenos Aires y en toda la República. La carta no podía ser más completa para el representante ni para el presentado, y considerada la importancia del que me pre-

sentaba y la de quien había de recibirme, no vacilé en clasificar con el *número uno* esta recomendación. Ahora bien: ¿cuál fué el resultado? Lo diré á ustedes sencilla y prontamente.

Presentéme por primera vez y con la expresiva carta en la mano, en la oficina correspondiente; pero no me fué posible entregarla porque me dijeron que mi hombre no se hallaba allí. Hasta aquí nada había de malo: nadie está obligado á hallarse presente siempre en la oficina. Pero me sucedió lo mismo otras *trece* veces, después de las cuales me decidí á escribir á mi hombre *inencontrable* que había estado en su oficina para presentarle la recomendación que le incluía adjunta. Mi hombre contestó á dicha carta, diciéndome, en sustancia, que confiaba en que sería más afortunado en mi visita décimaquinta. Y basta de esto.

Pasemos á la segunda recomendación. El marqués Durazzo Adorno me había dado una cariñosa carta de presentación para el cónsul general italiano, el caballero Chicco, y me había dicho: «Usted, hallándose en tierras tan lejanas, es muy capaz de cometer alguna imprudencia; su permanencia allí pudiera quizá despertar sospechas; mejor es que, para cualquier accidente posible, le provea yo de un buen para-

caídas, presentándolo á mi amigo el caballero Chicco, que fué camarada mío de colegio, y que en su condición de cónsul general italiano, podrá á todo evento atestiguar que usted no ha ido al país del Plata con intenciones perversas.»

Justo es decir que en este caso la afirmación del hombre de la Bolsa quedó desmentida, porqne habiéndome presentado yo en el consulado de Italia, calle de Alsina, núm. 1.441, y entregada que fué la carta de recomendación de Durazzo, el caballero Chicco me recibió con exquisita cortesía, y me dijo:

—Usted es súbdito italiano; por consiguiente, para cualquier asunto soy su cónsul. Además, viene usted recomendado por un amigo queridísimo; por lo tanto, usted es aquí lo mismo que sería él en persona, y mi casa es de usted.

Efectivamente, me presentó, poco después, á su bellísima señora, piamontesa como su marido, y como él dotada, entre otras condiciones envidiables, de un talento de buena ley que ameniza su conversación y les hace simpáticos á cuantos les tratan.

Debí además al señor Chicco la presentación de un hombre para mí muy querido, es á saber, el vicecónsul Adolfo Gradara, el cual, sin tantas

ceremonias, me dijo: «Cuando le ocurra á usted dar á cualquiera alguna molestia, démela usted con preferencia á mí, que ese es todo mi gusto; cuando necesite usted buscar á uno á quien no halle, venga usted á decírmelo; cuando esté usted de mal humor ó de bueno, venga usted á verme siempre... Cuando nada le ocurra, ni necesite nada, vaya usted con otro.»

Tuve muy en cuenta aquellos ofrecimientos, y el señor Gradara me fué sumamente útil en muchas circunstancias de la vida argentina.

En vista de que el negocio de las recomendaciones tomaba buen aspecto, continué con las restantes. Entre las cartas con que el ilustre Edmundo De Amicis me había favorecido, había una, dirigida al señor Esttadini, director aún por entonces de *La Patria Italiana*. Con aquel precioso autógrafo me encaminé á las oficinas del periódico, calle de la Florida, y fuí muy atentamente recibido. El más importante resultado de la presentación fué que al día siguiente anunciaba *La Patria Italiana* que yo había llegado á la República Argentina con cartas de recomendación muy cariñosas de un escritor que seguramente es, entre todos los nuestros, el más conocido y más popular en Sur-América. El reflejo del grande ayudó al pequeño:

La Patria manifestaba además, en aquella noticia, el deseo de que escribiese yo para sus columnas mis impresiones de viaje. Lo demás relativo á este asunto, ya lo sabrán ustedes en otra ocasión.

El honorable Berio me había dado también recomendaciones, tanto para Montevideo cuanto para Buenos Aires; sin embargo, estas últimas, por casos fortuitos que ocurren á veces, anduvieron perdidas antes de llegar á mis manos.

El amigo Roncallo me había dado una carta de recomendación preciosa para el doctor Boeri, pariente suyo, persona conocida en Buenos Aires como podía serlo en Roma el Cardenal Vicario. El doctor Boeri era el único italiano que formaba parte del Consejo municipal de Buenos Aires; á la sazón, algunas relaciones con la administración del municipio era lo mejor que podía yo apetecer. No obstante, la indicación del estudio del doctor Boeri tenía un número tan alto, que para ir allí desde el centro había que andar muchas millas. Fuí una vez; fuí otra vez, pero sin que nadie abriese las puertas. Después se me dijo que el doctor Boeri era un hombre tan abrumado de negocios, entre civiles, bancarios y profesionales, que difícilmente se

conseguiría hallarle en casa en hora determinada.

El recuerdo de la primera recomendación surgió en mi memoria, y renuncié á la conquista del doctor. Pronto verán ustedes cómo, por casualidad, el excelente doctor Boeri llegó á ser para mí lo más sencillo y más fácil de hallar.

CAPÍTULO XVIII

Un poco de historia para los que no la saben.

Había yo visto, á vuelo de pasajero, las calles de Buenos Aires; faltábame aún saber por dónde había de comenzar para ver los monumentos más notables.

Dirigíme para tomar noticias acerca de esto á un señor que trabajaba en Bolsa, el que me había dado aquellas útiles advertencias acerca de las recomendaciones en la República Argentina; el tal me contestó sencillamente con esta frase:

—Sería necesario conocer, antes que los monumentos, un poco de la historia compendiada de este país.

La frase me impresionó. Yo sabía un poquito de historia de la República Argentina, pero nada más que un extracto, peor que el de Lie-

big; resolví, pues, aumentar mis conocimientos históricos para hacerme digno de la situación.

Todo aquel día anduve al retortero de los vendedores de libros preguntándoles, como otro habría hecho por media libra de pan: «¿Puede usted venderme dos centavos de historia argentina?»

Averigüé que el historiador más moderno de la República es el señor Mariano Pelliza, el cual, á más de haber dado á luz en el año anterior una *Historia argentina* bastante detallada, había sido encargado por el Gobierno de llevar á cabo una compilación del libro titulado: *Manual de los inmigrantes en la República Argentina*; librito de propaganda que después fué traducido, por cuenta del Gobierno mismo, á todas las lenguas europeas; excepto la italiana.—Bien es que ustedes sepan que de algunos años á esta parte el Gobierno argentino tenía fijos sus ojos en la inmigración italiana, no por disgustos que le ocasionasen los inmigrantes, que después de todo eran los más laboriosos y los más productores, sino por sospechas mal disimuladas de las intenciones de nuestros Gobiernos, especialmente desde el día en que, en una discusión sobre política colonial, hubo de ser es

cuchada en pleno Parlamento italiano la imprudente declaración de que ahora, después de las proporciones tomadas por la emigración italiana á la República Argentina, estas tierras podían ser consideradas como otras tantas colonias de Italia. ¡Valiente servicio se prestó, al decir esto, á nuestros compatriotas residentes en el Plata! El Gobierno argentino, en vez de tranquilizarse ante los plácidos horizontes de las doctrinas de Monroe que ha proclamado una América para los americanos, se entregó por completo á crear artificialmente una concurrencia, lo más vasta posible, á la inmigración italiana, ya que no á combatirla directamente. Se originó de aquí aquella irrupción de los bárbaros de la agricultura en el Sur de América, que costó mucho dinero al Gobierno argentino; mientras la inmigración italiana, que era espontánea, natural, no era utilizada, y servía solamente para obstruir, no los campos, sino las ciudades de Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Córdoba, y otras, con haraganes, borrachines y pordioseros, porque el norte de Europa, mucho menos generoso que lo es la prolífica Italia, reservaba para sí los buenos agricultores y enviaba noblemente á la tierra de Belgrano y de Rivadavia el desecho de sus campos y de sus ciudades.

Adquiridos por mí aquellos céntimos de historia, me encerré muchas horas en mi cuarto con el señor Pelliza, que era en aquella época secretario general del ministerio de Estado, y con otros historiadores. Comencé á refrescar la memoria con el hecho de que, después del primer período de la conquista por parte de España de los pueblos limítrofes del Río de la Plata, los cuatro gobiernos del Paraguay, de Córdoba, de Tucumán y de Buenos Aires habían sido ordenados y puestos bajo la inmediata dependencia del virrey del Perú, cuya autoridad administrativa se extendía hasta el Cabo de Hornos. El rey de España constituyó algún tiempo después el virreinato de Buenos Aires, al cual agregó inmensos territorios, y nombró virrey al comandante general Pedro de Ceballos.

Desde aquella época se comenzó á reconocer que tenía excelentes condiciones para el cultivo toda la comarca comprendida desde el Río de la Plata hasta aquella enorme cadena de montañas á la que se da el nombre de *Cordillera de los Andes*. Todo aquello está favorecido por un clima excelente y por una extraordinaria y prodigiosa abundancia de ganados.

Por la creación misma del virreinato de Buenos Aires, según la Real ordenanza de 8 de

Agosto de 1776, la provincia de Cujo, cuyos confines se extendían hasta el Estrecho de Magallanes, fué separada de la capitanía general de Chile y anexionada al nuevo Estado, lo mismo que el gobierno del Paraguay, que se convirtió en provincia. Por consiguiente, ese Estado de nueva formación, que comprendía todo el inmenso territorio entre el Brasil, el virreinato del Perú y la Cordillera de los Andes hasta el Cabo de Hornos, fué dividido en ocho gobiernos ó intendencias, en las cuales, en nombre del Rey, mandaba un gobernador.

Estas intendencias eran: la de Buenos Aires, en la que se hallaban también comprendidas administrativamente Montevideo y las Misiones; Córdoba, que comprendía además las provincias de Mendoza, San Juan del Pico, San Luis de Loyola y Rioja; El Salto, que comprendía las provincias de San Miguel de Tucumán, Santiago, Jujuy, Cartamara y Tarija; el Paraguay, formado por el antiguo gobierno de Guagra; la Cochabamba, que se extendía á toda la provincia de Santa Cruz; la Paz, que comprendía las provincias de Lampa, Carabuya y Azangaro; La Palma, de la que formaba parte toda la provincia de Charcas; y, finalmente, la intendencia de Potosí, que comprendía las provincias de

Porco, Chayanta, Atacama, Lipe y Chachas.

En 1809 la provincia de Montevideo fué separada de la intendencia de Buenos Aires, y se formó con ella un gobierno aparte. En la fecha de 25 de Mayo de 1810, fecha solemnemente histórica, con que suelen titularse las plazas mayores y los monumentos más notables de la ciudad argentina, estallaba la revolución liberal de emancipación del dominio de España. á la sazón bajo el influjo napoleónico, y en 9 de Julio de 1816 esa revolución era sancionada, proclamándose la independencia jurada en el Congreso de Tucumán con representaciones de las ciudades más importantes. De aquel trascendental movimiento revolucionario fueron principales campeones el doctor Mariano Moreno, á quien en la inscripción del monumento nacional por el 25 de Mayo en la ciudad de Rosario, llaman nervio de la revolución de Mayo y alma del partido democrático; el general Manuel Belgrano, y D. Bernardino Rivadavia. Otros nombres de personajes que se ilustraron en el período de consolidación del nuevo orden de cosas, son los del general San Martín, Bolivar y Brown. Prescindo de los astros menores.

Sancionados en 1816 los hechos de la noche del 25 de Mayo, las provincias unidas comenza-

ron á trabajar seriamente en su organización política. La provincia del Paraguay se declaró Estado independiente en 1812, y las cuatro provincias del Perú alto, autorizadas en 1815 con leyes del Gobierno argentino, se constituyeron en gobierno provisional con el nombre de República Boliviana. Inmediatamente después de de éste y otros desprendimientos sucesivos, las tres antiguas intendencias de Buenos Aires, Córdoba y Salto pasaron á formar la República Argentina. En decreto de 1814, Montevideo había sido declarado provincia por sí mismo; y después de larga y empeñada lucha con el Brasil, proclamó su independencia, que fué sancionada y reconocida en virtud del tratado de paz de 1828.

En pos de gran secuela de guerras civiles y de una sangrienta dictadura, que duró muy cerca de diecisiete años, la República Argentina, compuesta de catorce provincias, pasó á constituirse bajo un régimen federal, que guarda cierta analogía con el de los Estados Unidos de Norte América, en que se deja á cada provincia la dirección y la administración de su régimen interior; teniendo al frente un gobernador elegido por los ciudadanos nacidos en la República Argentina, con exclusión de los extranje-

ros, los cuales, sin embargo, con su influencia y sus medios materiales no dejan de mandar bastante peso en estas elecciones, bien que no sean legalmente electores. En el Gobierno nacional, que tiene su centro en Buenos Aires, se resume la dirección de las relaciones diplomáticas con el exterior, el derecho de guerra, á más de la administración y la legalización nacional de las aduanas y otros impuestos de carácter general. En 1883 fué fundada la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, denominada *La Plata*, y Buenos Aires continúa siendo la capital de la federación.

La Constitución argentina, formulada sobre bases liberales, sanciona en artículos especiales, además de los derechos del ciudadano argentino, la protección á cuantos extranjeros quieran habitar aquel territorio, labrar, y ejercer el comercio ó la industria en toda la República.

CAPÍTULO XIX

Los hipócritas del italianismo, y los hipócritas del argentinismo.

Bien repleto ya de historias sud-americanas, disponíame á la mañana siguiente para visitar los monumentos, ó, mejor dicho, para informar-

me de cuáles fuesen los más notables, cuando supe que había sido yo atacado...

«¿Atacado de qué? ¿de la viruela? ¿de la difteria? ¿del escorbuto? ¿de la escarlatina? ¿del cólera? Nada de eso, lector carísimo. ¡De una polémica!

¡Quién me hubiera dicho, del lado allá del Océano, que también vendría á luchar aquí, y con mis compatriotas! Si estas cosas no fuesen la prueba del feo vicio que llevamos, hasta á países extranjeros, de destrozarnos unos á otros, no habría para qué hablásemos de ellas.

Para corresponder á la galante invitación del diario *La Patria Italiana*, había yo principiado á darle mis impresiones de viaje. Comencé por las dificultades con que había tropezado en Génova para obtener el pasaporte. ¿Lo creerán ustedes? Esto provocó una protesta de veinte italianos; protesta que apareció impresa en el mismo periódico, y en que se me acusaba de falta de patriotismo. ¡Otro grave delito para esos italianos era encontrar hermosa la ciudad de Buenos Aires!

Cometí el error de contestar á esos hipócritas del italianismo, los cuales no dejaron de replicar. La polémica fué amenizada por un incidente de índole distinta.

Precisamente en aquellos días llegaba á la Plata un buque de vapor, *El Temerario*, de no sé qué razón social, más ó menos clandestina; ese buque, llevando á bordo más de cuatrocientos pobres emigrantes, había, por las deficiencias de la máquina y por el deplorable estado de toda la nave, empleado en el viaje *dos meses*,

Naturalmente, habían faltado los víveres, y aquellos emigrantes se hallaban en el último extremo de escasez, no eran pocos los que habían fallecido.

El buque se encontraba, amén de esto, en tal estado de suciedad, que las autoridades del puerto argentino se vieron obligadas á despedirlo como apestado. Arrojados de todas partes, aquellos pobres emigrantes fueron á concluir no sé en dónde. Los periódicos, incluso el que había publicado las protestas contra mi grave crimen de antipatriotismo, publicaban entonces artículos furibundos contra las autoridades de los puertos italianos, que habían autorizado la salida de un buque en tales condiciones, absolutamente negativas,

En esta ocasión, la susceptibilidad patriótica de mis veinte protestantes, calló. Todavíarecién llegado yo á la República Argentina, se me había ensanchado el corazón echando de ver

cómo aquella prensa italiana hablaba en tan alto tono del italianismo, á todas las horas y con toda clase de argumentos; al verla tan presta á rectificar en los otros periódicos no italianos la cosa más insignificante que les parecía poco atenta para el amor propio nacional de los italianos. Pero al propio tiempo pude observar cómo esos mismos periodistas italo-argentinos parecían competir en echarse al rostro lodo y cieno á la primera ocasión que se les presentaba, Por la cuestión más baladí, y á veces por celos del oficio, leíanse las expresiones más odiosas: como, por ejemplo: «El periodiquillo de la encrucijada de Portolongo...» ó bien: «un diario inspirado por las avanzadas de los presidios italianos, que es...» ¡Bonita manera de entender la dignidad de la madre patria! De muy distinto modo proceden los periódicos de otras nacionalidades en Buenos Aires, que alternativa y continuamente excusan entre sí todo insulto público, si bien se dan la satisfacción de publicar los requiebros con que se obsequian unos á otros los periódicos italianos.

Entre los italianos residentes en la Plata hay también hipócritas del argentinismo; y llegan á ciertos extremos que son tan repugnantes cuanto ridículos.

Muchos, habiendo hecho muy buenos negocios en América, se han enamorado de tal manera de su propia fortuna, que están influídos por el medio ambiente hasta los mayores extremos del exclusivismo. Para éstos, nacidos en Italia, nada hay bueno sino lo que está en la República Argentina; tal vez esta opinión, optimista en todo y por todo, sufrirá alguna modificación radical en estos últimos tiempos.

Sin embargo, en el año anterior, aunque las cosas iban bastante mal, los cortesanos del argentinismo perseveraban en sus ilusiónes optimistas, pues subsistía al mismo tiempo la creencia de que el mal, aunque rentísticamente demostrado cada día por el agio del oro, provenía, antes que de lo exhausto del Tesoro público, de un dique que el oro mismo quería imponerse para no emigrar más del país con la prodigalidad acostumbrada por un pueblo derrochador y espléndido como lo fué siempre el argentino.

Conocí, repito, argentinos de corazón, aunque italianos según la fe de bautismo, que cuidaban siempre, en todas las ocasiones que se les presentaban, de demostrar en cualquier corro, en cualquier fiesta, en cualquier reunión diplomática, que Italia es un país de pobres; que América no tiene más pecado que el de haber

sido descubierta por italianos; que la patria no es sino el país donde se hace fortuna.

Admito que al país en que se han realizado buenos negocios, se debe un poco de reconocimiento; es más, la ingratitud me parece una monstruosidad enorme, aunque sea un pecado muy extendido hoy. Pero no todos han logrado su fortuna haciendo buenos negocios, á menos que se denomine *negocio* á cualquier operación que sale bien: un buen matrimonio, por ejemplo. De esos negociejos conocerán ustedes, en tal caso, no pocos en la América del Sur. Pero á estos niquiscocios los llamaría yo magníficos rediles para el rebaño antropológico.

Conocí, verbigracia, al señor Taglierini, muy excelente persona, no lo niego, cuya muletilla obligada era siempre ésta:—¡Qué pequeños somos los italianos!—En realidad yo, seguía diciendo inmediatamente, en el fondo puedo llamarme hoy argentino, porque la familia que me he creado es argentina; de todas maneras... ¡qué pequeños somos!»

El tono de protección de este buen hombre para con nosotros los pequeños era cosa admirable; así que nos conocía, ya quería protegernos por fuerza, aunque quisiéramos evitarlo.

—Fíese usted en mí, decía siempre; tengo este país en la punta de los dedos; soy ultra-argentino, y más aún. ¿Quiere usted cenar esta noche con el Presidente de la República?

—No, por Dios, no; no se tome usted esa molestia, señor Taglierini: no aspiro á tanto.

—¿Qué es eso de no? Usted cenará esta noche con el Presidente: yo lo quiero.

Les daba á ustedes cita en sitio determinado; ustedes acudían á la cita, no con la esperanza ilusoria de cenar con el Presidente, sino con la curiosidad de ver hasta dónde se llegaba.

Por regla general, el señor Taglierini faltaba á esas citas. Lo encontraban ustedes en otra ocasión, ya por casualidad, ya ex profeso, y el buen señor les decía, con el tonillo habitual de quien protege:

—¿Pero cuándo nos vemos para aquel asunto?

—¡Pero si yo, respondían ustedes, acudí á la cita y usted, por el contrario, faltó á ella!

—¡Ah! perdóneme usted, perdóneme usted...; pero tengo tantos negocios...

Y en esto, dando resoplidos, decía:—Ya no hay en el mundo más país que el argentino para la abundancia de negocios; de los negocios... ¡Qué pequeños somos nosotros!

—Me parece, no obstante, se aventuraba us-

ted á responder, que también los italianos llevan á cabo algún negocillo.

—¿Qué quiere usted que hagamos nosotros? ¡Por Dios!... Cosas que dan risa.

El señor Taglierini no desaprovechaba ocasión para demostrar su argentinismo y su poco italianismo.

Hasta el espectáculo de caballos muertos, abandonados allí para que se corrompan al aire libre, que muy frecuentemente se ofrece á la vista y al olfato, en la campiña del país argentino, y por lo general á lo largo de cualquier línea de ferrocarril; hasta ese espectáculo nauseabundo, de que pienso hablar más adelante, daba ocasión al señor Taglierini para exclamar inmediatamente: ¡Ah! ¡Cuán magnífico es aquí todo!

Respondían ustedes:—Esto no es ya magnificencia, es sencillamente porquería... y de la buena y legítima.

—¿Qué saben ustedes de eso? interrumpía el señor Taglierini, robando, sin saberlo, su famosa muletilla al clérigo del *Duquesa de Génova*. Permítanme ustedes que yo se lo diga; nosotros somos demasiado pequeños, y éstos demasiado grandes... para pensar en estas menudencias.

—Menudencias que ofenden bastante á la higiene y al olfato.

—¡Pero qué pequeño es usted! decía el otro.

Yo replicaba, porque era yo mismo el interlocutor:—Reconozco que este espectáculo de cadáveres esparcidos á millares á todo lo largo de estas líneas de ferrocarril puede ser, desde el punto de vista del no enterramiento, una necesidad; pero no me diga usted, querido señor Taglierini, que es cosa agradable ni grandiosa; eso no; por eso no paso.

Y cada uno concluía pensando lo mismo que pensaba antes.

Un día el señor Taglierini, hablando en presencia mía con un hombrón extranjero que elogiaba la dulzura de la lengua del Dante, salió con esta tontería:

—Pero ¿qué lengua? Pero ¿qué Dante?

—¡Cómo! dijo el otro: ¿quiere usted negarme la belleza de esta lengua?...

—¡Pero si es una lengua muerta! replicó Taglierini.

—¡Muerta! gritó aterrado el hombrón.

—O por lo menos semiviva... destinada antes de mucho á desaparecer, replicó el señor Taglierini.

—Usted, por consiguiente, observó el ex-

tranjero, ¿no se halla conforme con nuestro argentino el ilustre Mitre, que en estos días ha publicado una hermosa traducción del Dante en verso castellano?

—¡El español! gritó entonces entusiasmado el señor Taglierini: he ahí la verdadera, la eterna, la sola lengua.

—Sin embargo, el italiano... murmuró todavía el extranjero.

—Pues ¿qué cree usted? dijo entonces con mucha gravedad el señor Taglierini al otro, que, si no era italiano, tampoco era argentino ni español; también la lengua de usted es lengua muerta, ó por lo menos semiviva.

Entonces hubieran ustedes visto á nuestro egregio diplomático (era un ministro plenipotenciario) encolerizarse hasta el extremo de que tornó su rostro del color de una cereza muy se madura; clavó en su interlocutor dos ojos que parecían dos brasas, y le dijo, por último, en tono de buen diplomático:—Muerto lo estará acaso el sentido común en usted para hacerle hablar de ese modo: yo le aseguro que la lengua de mi patria se halla bastante viva para poder decirle por espacio de diez mil años, ó más si es preciso, que cuanto usted ha dicho es una solemne majadería.

En otra ocasión, y hablando con otros, y también con el diputado Berio, de las escuelas italianas en la República Argentina: de esas escuelas para cuyo sostenimiento se imponen voluntaria y anualmente sumas no livianas varios generosos y beneméritos italianos, se decía que si esas escuelas no hacen milagros, son siempre, sin embargo, útiles para los italianos.

—¡Qué es eso de útiles! gritó el egregio Taglierini, metiendo en la conversación su cucharada, como siempre: esas son escuelas... de juguetes; dan risa.

—Darán risa si usted quiere, dijo un caballero que contribuía con su dinero al sostenimiento de las escuelas, pero no puede usted negarme que son patrióticamente útiles estas escuelas que tienden á mantener en nuestros hijos un germen de sentimientos nacionales.

—¿Pero qué sentimientos nacionales, ni qué?... ¡Qué pequeños somos!... Si fuese yo Gobierno, suprimiría sin apelación estas escuelas que tienden á fecundar en nuestros hijos ilusiones de lo que no somos.

Por estas muestras pueden ustedes comprender lo imposible que era discutir razonablemente con el señor Taglierini. Permítanme ustedes que les ofrezca otra, y será la última.

Un día el diputado Ceballos, que últimamente fué ministro de Estado y presidente de la Cámara, me había enviado de regalo, y con cariñosa dedicatoria, su magnífico discurso dirigido á la Cámara, en pro del matrimonio civil.

En contestación á mis cumplimientos, el ilustre Ceballos me dijo:—También en esta ley de matrimonio civil hemos ido á la zaga de la Italia liberal.

El insigne Taglierini oyó la frase, y dijo:—¿Qué es eso de ir á la zaga de la Italia liberal? Nosotros vamos siempre detrás...

¡Cuando se empeña uno en cojear á toda costa, cojea! No crean ustedes que tengo yo mala voluntad al señor Taglierini; muy al contrario. Así y todo, es necesario reconocerlo, es muy buen sujeto; su defecto único es el argentinismo de que hace alarde; he presentado á mis lectores con toda fidelidad su retrato; no me pinta él á mí con la misma fidelidad. Cierto día oigo en una casa la voz penetrante de Taglierini que pronuncia mi nombre. Me enorgullezco extraordinariamente al comprender que puedo servir de asunto á una conversación para tan eximio personaje y (confieso mi indiscreción) me acerco al corro.

—¡Es un pobrecillo! decía refiriéndose á mí,

«Ahora ya sé con toda certeza lo que ha venido á realizar en América.»

—¿Y qué es ello? preguntaron los demás curiosos.

—Ha venido de Italia para hacer propaganda en pro de su partido.

—¿Qué partido?

—Pues el socialista. ¿No lo saben ustedes?

—No gaste usted bromas.

—Lo he bebido en muy buenas fuentes; pero creo que él mismo se convencerá pronto de que el terreno está mal escogido.

Recuerdo que, al oir aquella peregrina apreciación acerca de mi propósito, solté una ruidosa carcajada.

Entretanto, y conocido ya el tipo, convendrán ustedes conmigo en que este argentinismo, por exajerado que sea, resulta inofensivo. Pero ¿qué puede decirse de aquellos otros—y hallé bastante de éstos en Buenos Aires y en provincias—que cuando llegan á renegar de todo sentimiento italiano, dejan de usar el apellido con desinencia italiana y lo españolizan sin misericordia, aunque nacidos en Italia, para que sus hijos no soporten la vergüenza de un nombre que acusaría demasiado su nacionalidad italiana? Y estos no son cuentos ni extravagan-

cias, porque de tales tipos hallé más de uno, y más de dos, y más de tres. A tales extremos no ha llegado aún el señor Taglierini; conténtase en sacar cincuenta veces al día, de la vaina de su satisfacción argentina, la muletilla:—¡Qué pequeños somos los italianos! ¡Y pensar que somos más de treinta millones y que hemos construído el *Duilio*, la *Lepanto*, el *Dandolo* y la *Italia!*

Francamente: si estuviese yo en el pellejo del Gobierno argentino, crearía una condecoración para el señor Taglierini; pero en el pellejo del Gobierno italiano, no le enviaría la cruz. A propósito: he aquí que he murmurado un poco del señor Taglierini, sin quererlo mal, entendámonos.

CAPÍTULO XX

La nueva Babilonia y sus principales monumentos.

Cierto día pregunto á un hombre serio: ¿quiere usted decirme cuáles son los monumentos principales por los que debo comenzar mis visitas en Buenos Aires?

El hombre serio me respondió:—Los monumentos principales son los Bancos.

Poco satisfecho, repetí la misma pregunta á otro hombre, más serio todavía.

Éste me respondió:—La primera representación de una ópera importante.

Y un tercero me dijo:—Véngase hoy conmigo y enseñaré á usted algo espléndidamente monumental.

Tomamos un carruaje que nos llevó al jardín público nombrado Palermo, soberbia muestra de la más lujuriosa vegetación y al propio tiempo colección zoológica de valor inestimable. Pero el monumento que el hombre serio, muy serio, quería enseñarme no era aquél; nos separamos un poco del paseo público y nos dirigimos al recinto en que se verifican las carreras de caballos. En este punto nuestro carruaje hizo alto.

—¿Es este el monumento? pregunté algo mortificado al no descubrir más que una gran llanura, más ó menos herbácea; caballos que esperaban, gente de á pie, palos clavados en el suelo y señales de límites.

Mi hombre, más serio cada vez, me hizo acercarme á un grupo cualquiera, invitándome á prestar mucha atención, no solamente á la ca-

rrera de los caballos, sino también á las más bruscas acometidas de los grupos que se hallaban próximos.

Las carreras comenzaron de la manera misma que en el gran mundo del *Sport* comienzan y se llevan á cabo todas las carreras de este género.

Caballos de raza, que parece como si tuvieran alas en los pies; jinetes que caen; distancias que desaparecen; terreno que es devorado; nubes de polvo que se levantan.

Lo importante no estaba allí; se hallaba más próximo á nosotros. Aquí hombres pálidos, temblorosos, seguían los rapidísimos movimientos de los caballos. En cierto momento decía uno: «Pongo mil escudos por aquel bayo inglés;» otro replicaba: «apunto diez mil á favor de aquel negro.» Poco á poco las apuestas aumentaron de una manera prodigiosa; los escudos se convirtieron en libras esterlinas; las decenas de millar acababan por convertirse en centenas de millar.

Es maravilloso y es escandaloso; pero es verdad. Clamen ustedes, si así les place, contra esa *americanada*; pero no contra mí, que me limito á exponer los hechos. También yo creía soñar, y solamente asistía á realidades. Eso prescindiendo de que había por medio otro género de apuestas tácitas; las apuestas previa-

mente pactadas en las oficinas del *Sport*, en la ciudad.

Según adelantaban las carreras y las apuestas, todos aquellos rostros lívidos me parecían, poco á poco, transformados en fantasmas; cada caballo y su jinete parecían un solo y mismo cuerpo; imaginé que despertaba en plena mitología, por una parte, y por otra en medio de una orgía de Babel.

Mi acompañante me preguntó entonces: ¿No es éste un gran monumento para Buenos Aires?

Convine, como él quiso, en que aquello era un monumento; pero supliqué al hombre serio que no me obligase á presenciar en adelante escenas de aquella índole. Cada uno tiene su temperamento particular; conocía yo que todo aquello me hacía daño más que si hubiera presenciado una desgracia de un tren de ferrocarril, en el que, á lo menos, hay motivos para que vibre la cuerda de la piedad. En esto nuestro carruaje se alejó de aquel recinto. Por el camino dos caballeros saludaron familiarmente á mi acompañante; él les invitó á subir al coche; se habló mucho del punto de donde veníamos y del monumento de aberración que habíamos visitado.

Uno de los recién llegados dijo:

—Podríamos llevar al señor para que admirase otro monumento.

—De éste, en realidad, he visto bastante, respondí.

Los tres cambiaron entre sí algunas miradas de inteligencia, dieron una orden al cochero, y muy poco tiempo después se detuvo el coche delante de un recinto cerrado.

Yo dejaba hacer. Vi que uno de los tres se inclinaba delante de una ventanilla y adquiría billetes; observé, además, que pagaba aquellos billetes con muchos escudos, lo cual me molestó, porque no gusto de que otros paguen por mí. Penetramos en el recinto. Hay mucho gentío, en su mayoría muy elegante; hay también una considerable representación del bello sexo, el cual, en Buenos Aires, si es hermoso, es hermosísimo.

Tomamos buen sitio. Entretanto estudio yo la situación, el monumento, procurando no solicitar más explicaciones. Veo un gran espacio desocupado en forma de hemiciclo; veo, además, una tapia bastante elevada y lisa delante de ese espacio. A un tiempo penetran, recibidos con atronadores aplausos, cuatro hombres de admirable y vigorosa musculatura y en mangas de camisa.

Pregunto, entonces, quiénes son aquellos artistas tan aplaudidos previamente. «Estamos en el juego de pelota;» me responden. Y no se cuántas cosas más; me explican que aquellos son cuatro *pelotaris* (1) á quienes se ha hecho venir exprofeso de España y á un costo que no quieren decirme. Se susurra que con cuatro mil escudos al mes cada uno; pero la cosa me parecía una *americanada* (2).

Entretanto los cuatro pelotaris comienzan el juego.

—¿De qué modo juegan? pregunto.

—Pues bien lo ve usted, frente á la tapia, respondió el hombre serio.

—Pero á nosotros...

«Para nosotros» habría contestado seguramente el señor Taglierini, si se hubiese encontrado allí... «¡somos tan pequeños!»

Resumiendo: el famoso juego está reducido á tirar la pelota contra una tapia muy alta. Es

(1) El vocablo *pelotari*, para designar al que tiene por oficio ú ocupación profesional jugar á la pelota se ha generalizado de tal modo, que, aun sin la aquiescencia de la Academia, entiendo que puede y debe ser empleado.

(2) La Academia de la Lengua acepta y define la voz *andaluzada*; no hay razón para que no sea igualmente aceptada y definida su análoga *americanada*.

(Notas del T.)

necesario comprender el gran mérito de este juego como la filosofía de cierta música transcendental. Yo no quiero engolfarme mucho; el profano solo ve cuatro individuos que van alternando en arrojar la pelota contra la pared; el inteligente, por el contrario, admira la sublimidad de esos movimientos, de esos *saques* ya de parte de uno ya de parte de otro, de la salida y la grandeza de tiro, en ciertos momentos; una serie larga y no interrumpida de golpes; estos comprensibles realmente, en toda su belleza, hasta para los profanos.

De la admiración a la alucinación no hay mas que un paso.

Entre el público y hasta cerca de nuestro mismo sitio, comienza un cambio de apuestas en pro del uno o en pro del otro jugador.

¡Estamos otra vez entre apuestas! exclamo hastiado del segundo espectáculo.

Ahora hay, sin embargo, menos monotonía. Con éste el público espectador se enardece más fácilmente; con el ruido de los golpes la satisfacción crece; el entusiasmo se desborda; levántase el público; aumentan los vítores; los brazos están en continuo movimiento. Los grupos que no toman parte en esta puja de entusiasmo, de delirio, son los de las partes que apuestan y

que depositan en terceros el importe de la apuesta; los otros, entretanto, gritan, aplauden con pies y con manos, arrojan á los jugadores cigarros y dulces; también he visto eso en las corridas de toros de España. Les arrojan los sombreros; esto también lo he visto en Madrid; por último, de una, de diez, de veinte manos, caen monedas que son á veces hasta libras esterlinas, y esto me estaba reservado verlo sólo en América.

Me tapo los ojos, lo juro á ustedes, al ver tal lluvia de monedas de oro por un lance de juego de pelota; en aquel momento todas las miserias de que he sido testigo durante mi vida se me presentan en la memoria; los exaltados, los pródigos del juego de la pelota se confunden en mi mente con los exaltados del *sport;* no veo delante de mí ni jugadores ni público; veo el oro por los suelos; cubriéndolos, dos veces, tres veces; y veo después, como en una nube que rodease á modo de círculo de sangre el cerebro, las desventuras de muchos que acaso no tienen pan que llevar á la boca; las familias cuyos individuos duermen todos, cinco, seis, ocho á veces, en un reducido cuartucho, sobre jergones que se caen á pedazos, con un poco de paja húmeda y corrompida. Veo a los mineros, los veo á centenares y

á miles, que arriesgan su vida en las minas de carbón de piedra; veo á los albañiles que trabajan sobre andamios mal seguros; veo á los maestros elementales que en nuestros pueblos gastan el pulmón durante seis ó más horas del día para arrancar reclutas al ejército numeroso de la ignorancia y para ganar miserablemente la vida propia y la de su familia; veo, por último, á los nómadas de un arte bastante más respetable que el de jugar á la pelota, que en mi patria hacen por la noche de reyes en comedias y dramas, para dividirse, al siguiente día, entre más de treinta, un pan muy escaso, si no prefieren como, el rey de nuestros *brillantes*, dispararse un revólver en la sien y terminar de una vez tantas miserias pequeñas y grandes.

Una idea me ocurre: si el impresionarme de aquel modo ante escenas de tal aberración, y al presentarse en mi espíritu, como contraste, tantas miserias, sería tal vez precipitarme en el socialismo. Si este es mi socialismo, querido señor Taglierini, estoy dispuesto á declarar que me jacto y alardeo de socialista; si bien sospecho que ningún colegio de la Romanía, ni de ninguna otra parte, querrá nunca enviarme por esto á representar en el Parlamento las ideas afines.

Para concluir: mucho me alegraría de no haber visto en la magnífica Argentina ciertas aberraciones, y hoy acaso allí mismo, con el agio del oro á muy cerca del trescientos por ciento, y el Banco Nacional algo valetudinario, puede ocurrir que alguno participe de mis opiniones.

CAPÍTULO XXI

Indígenas y aclimatados.—Las casas.—Las precauciones al entrar en ellas nunca son excesivas.—Las costumbres domésticas.—Las diversiones.—Los juegos.

No redunda en gloria mía, ni en mi descrédito, el que yo declare que comía con mucha frecuencia en casa ajena. Por algo me habían avisado á tiempo que el rehusar las invitaciones para comer está considerado en la República Argentina como uno de los pecados capitales.

En una de estas ocasiones me sucedió una aventura graciosa y característica.

La casa en que estaba yo convidado era precisamente de amigos, y situada en la calle del Callao, en un número bastante alto. Había yo estado allí una vez, en compañía del amo de la casa; había mirado muy distraídamente el nú-

mero, y observé el aspecto de la casa-palacio con dos pisos, como suelen serlo muchas otras, muy parecidas todas, en la misma anchurosa y magnífica calle, que en una de las mitades de su rectilínea y kilométrica longitud tiene el nombre del Callao, y en la otra mitad el de Entre Ríos.

Llega el día señalado para el convite. En seguída encuentro la calle; no tan fácilmente la casa, porque no recuerdo el número. ¡Percance muy grave es este de no acordarse del número en las ciudades sud-americanas! Pero doy por supuesto que el hallar á un importante hombre de negocios como era el que me había invitado, será cosa muy fácil. Pregunto en varias tiendas, y en ninguna me dan razón. Penetro, por último, en una zapatería; nombro la familia en cuya busca ando; el aprendiz, un muchacho bizco, salta con viveza y me dice que conoce perfectamente la habitación de aquella familia. Se me ofrece como guía; acepto: pasado que hubimos dos *cuadros*, el bizco, señalándome un palacito, y después una puerta, me dice: «Esa es la casa que usted busca.» Doy al zapaterillo algunos centavos de propina y sigo andando con el aplomo del que está seguro de ir á donde quiere.

Traspuesta ya la puerta de entrada en la casa-palacio, me encuentro delante de una puerta vidriera como las que suele haber á menudo en nuestros portales. Creo, al abrir aquella puerta vidriera, que me encuentro aún en los dominios del atrio. ¡Bárbaro de mí! He abiertol a puerta de una habitación con sólo dar vuelta al pestillo. Abrir aquella puerta, oir de pronto un horrible repicar de campanillas eléctricas en toda la habitación, después un estrepitoso aullar de perros, ver, por último, que se presenta delante de mí un *quidam* á quien en mi vida había yo visto, y oirle que me preguntaba en un español muy alborotado, qué hacía yo allí, fué todo uno. Pronuncio inmediatamente el apellido de la familia que busco; echo de ver muy pronto que las indicaciones del discípulo de San Crispín han sido equivocadas.

El del domicilio violado se me pone en jarras, y me mira muy fijo, con unos ojazos extraordinariamente abiertos, como quien se dispone á soltar una descarga de vituperios. Acométeme, efectivamente, con palabrotas mal sonantes; yo, al oirle las primeras, permanecí silencioso, escuchándole con mucha atención; pero, por último, en vista de que ni él ni su perro llevaban trazas de cesar en la tarea de

vomitar injurias sin dejarme espacio ni aun para dos palabras de excusa, y recordando el consejo de que en la República Argentina cuando uno grita muy fuerte es preciso gritar más fuerte que él, escojo al azar algunas palabras de mi vocabulario especial y las disparo contra el otro.

Dígole en sustancia, pero condimentado y aliñado con vocablos más expresivos: «Si un caballero, que desconoce el pueblo, ha abierto la puerta, no es esto razón suficiente para que entre usted y su perro deban tratarme así, pedazo de...»

Aquí un adjetivo calificativo.

Mi hombre, al oir de pronto aquella salida, se amansó un poco, si bien no dejó por eso de seguir diciéndome algunas tosquedades. Entretanto, la última parte de la escena se había verificado en la calle: veo entonces que se aproxima á nosotros un vigilante, negro por añadidura.—Nos ha visto casi agarrados, pensé, y ahora nos llevará á entrambos á pagar la multa de ocho escudos. ¡Buena comida! Al pensar esto me separo, sin decir una palabra más, de mi adversario, y dirigiéndome al vigilante le digo riéndome, en tanto que él procura en vano preguntarme qué disputa tengo con aquel otro:

«Nos chanceábamos amigablemente, con motivo de su perro, que quería morderme.» Subo de pronto á un coche del tranvía; procuro reponerme de mi emoción y por aquel día renuncio al convite, reservando para el día siguiente buscar y hallar el número de la casa.

¿Qué tal? Si van ustedes á América, no abran las puertas, aunque crean ustedes que son cancelas de una casa amiga. Toquen ustedes el botón, y dejen que el perro, si lo hay, les ladre desde su puesto.

Explicaré á ustedes ahora otra costumbre que hay en América cuando entran ustedes en casa de personas de suposición. Ustedes, naturalmente, colocan en la percha ó cuelgacapas su sombrero de copa, que allá, cuando yo estaba, si era de castor ó de otro género más fino, costaba unas sesenta pesetas. El mío me había costado dieciséis, porque lo adquirí en Italia. Abandonado en la antesala el sombrero, y ya en la sala de recibir, oirán ustedes de allí á muy poco tiempo así como el redoble de un tambor. En las antesalas se fuma, y cuando los fumadores se cansan de estar mano sobre mano ó mano sobre boca, toman, á la ventura, uno de los sombreros de copa, con preferencia el más nuevo y más relucien-

te, y gritan,—no ya *in odium auctoris*, sino para atenerse á un uso del país, ó de *paisanos* que son (en el sentido del dialecto ligurio (1): «Aquí hay un sombrero; lo rompo; lo rompemos...» —Una, dos y tres; el sombrero queda roto, y las sesenta pesetas se fueron á paseo. Guárdese bien el perjudicado, en casos como éste (no sé si ahora con el oro á trescientos sucederá así), guárdese bien, repito, de manifestarse afligido por esto; antes por el contrario, debe reirse de la ocurrencia, y si es preciso, dar en su propio sombrero un golpe de gracia, por añadidura.

Ya se comprende que en un país donde se arrojan libras esterlinas á jugadores de pelota, se debe dar muy poca importancia á esas pequeñeces. Debo decir á ustedes que también á mí me destrozaron, por broma, el sombrero. Yo discurrí inmediatamente otra broma: me dirijí á la *sombrerería* de que era parroquiano el autor de aquel desavío; mandé que tomasen medida de mi cabeza (que no es una cabeza como cualquiera otra), y quedé con el sombrerero en que éste enviaría el sombrero á casa de

(1) Lugareños, paletos... son los vocablos que con más exactitud traducen en este caso el pensamiento del autor. (*N. del T.*)

su parroquiano, á quien cobraría la cuenta en mi nombre. Una broma exige su desquite. Por lo que se refiere á los juegos al alcance de las familias, el que vi más en boga en los *patios* y en los salones de aquellas casas, además del ya sabido juego de romper el sombrero, suele ser: el de la pelota, el de las bolitas, y el más gracioso y lindo de todos, el del volante, en el que, con un poco de práctica y de habilidad, se envía y se devuelve, desde uno á otro jugador, el volante sin que caiga en tierra, hasta cuatrocientas ó quinientas veces consecutivas.

Para poder en todo caso hablar á ustedes de allí con conocimiento de causa, he estado alternativamente á la mesa de familias italianas y de familias argentinas; en la mesa de diplomáticos y en la mesa de amigos de confianza; nada hay que decir en lo relativo á la comida, conste: en la mesa, la costumbre es comer sin tanto cumplimiento, porque nadie se ocupa, como sucede en Italia, en decir el convidado: «Tome usted un poco más de tal ó cual cosa.» Los mondadientes están proscritos, á no ser que estén ustedes en familia y de confianza. Las flores como adorno de la mesa, son cosa de rigor en toda casa elegante. A veces en las ramas de las flores se colocan farolillos de cristal de colo-

res varios, generalmente tantos en número cuantos sean los comensales. El efecto no es desagradable; pero recuerda algo el Santo Sepulcro. Nada de botellas en la mesa: el agua y el vino son escanciados oportunamente por los las. quesirven.

Los vinos predilectos en la época de mi excursión eran nuestro Chianti y los vinos fuertes españoles.

Los franceses se hallaban, á la sazón, un poco en decadencia para los paladares argentinos; pero cuando se trata de Champagne, nadie se fia sino del de Francia.

Durante la comida era de etiqueta hablar de cosas de lujo; muy poco ó nada de negocios. En estas mesas he conocido algún tipo gracioso de hablador, y podría decir también de avisador. Los vi en muchas familias: llegan precisamente en el momento de ir á la mesa y principian invariablemente así:

—Salud á estas señoras y á estos señores. He recibido su atenta invitación. Tenía otras cien más; pero he dado á ésta la preferencia. De modo que hoy falta uno en mi familia, porque, como ustedes saben, no tengo familia; pero en cambio tengo doce personas de servicio, la mayor parte parisienses.

—¿Ha estado usted hoy, señor Traparentesis, en el paseo?

—He estado en mi carruaje, recién llegado de París. Solamente en París saben hacer estas cosas. Pues... ¿y este traje? ¿creen ustedes que esta hecho aquí?... Nada de eso; tal cual ustedes lo están viendo, me lo envían desde París, hecho á la medida.

—Admiro ese alfiler...

—Comprado en París, como la corbata y todo.

—Y el perro que llevaba usted hoy en el carruaje, ¿es de París también?

—¡Oh! ¡Pues ya lo creo! es un perro parisiense. Cuando le digo á usted que no creo sino en París.

Tal vez hubiera creído de distinto modo en la época del sitio; entonces le habría sido necesario comerse á su propio perro.

Dejemos en paz otras debilidades del señor Traparentesis, ya que cada uno tiene las suyas.

Concluída la comida, las señoras que han ido al comedor apoyadas en el brazo de los caballeros, más que retirarse, huyen todas de una sola vez. Los hombres quedan solos y entonces dan rienda suelta á todas las murmuraciones y todas las maledicencias posibles, sobre

los individuos del género femenino y del masculino, y aún del neutro, si los hay. Hablan de todo, y si tienen precisión ó deseo, hasta de negocios. Se hacen servir otros vinos; beben y tornan á beber hasta la saciedad. Si á mano viene rompen también algunas copas; siempre por bromear, se comprende. Un millonario, por ejemplo, puede, bromeando siempre, echar la zancadilla á su criado, cuando éste lleva una bandeja con un primorosísimo servicio de porcelana, y hacerlo todo añicos. Después, naturalmente, revienta de risa.

Cuando, terminada la comida, los caballeros han estado solos un rato, pueden pasar si gustan á la salita donde están las señoras; también pueden, si así lo juzgan conveniente, salir de la casa sin entrar ni aun á despedirse, porque se comprende que no siempre el hombre que sale de una atmósfera de humo, después de repetidas y recientes libaciones, está para presentarse ante señoras,

Pocas noticias más acerca del traje de los convidados á comer. Si el que convida no advierte que se trata de comer en familia, la costumbre para los caballeros es acudir de etiqueta: frac y corbata blanca; en otro caso se asiste con traje negro. En las comidas á que los hom-

bres concurren de frac, van las señoras luciendo trajes vistosos, como los de una primera representación en la ópera. Al día siguiente de la comida, el convidado, á no ser que tenga gran confianza en la casa, envía á la señora un ramo... que, como ustedes saben ya, si es regularcito no cuesta menos de veinte ó treinta escudos. Yo me las arreglé siempre enviando flores de mi musa. De uno sé que, después de una comida espléndida, envió á la señora de la casa la flor... de la propia inocencia, impresa en un soneto en que decía: «no me queda otra.»

CAPÍTULO XXII.

Entre diplomáticos.—Un periodista fustigado y el general Santos.—El duque de Licignano.

Es verdaderamente extraño cómo, en este mundo, suele uno conservar con preferencia las amistades íntimas con las personas que invariablemente son en todo de parecer contrario al suyo. Una de estas personas era para mí en Buenos Aires el cónsul general Chicco.

Decía yo blanco; él decía precisamente negro; manifestaba yo un deseo, exponía una opinión

política ó artística: él manifestaba y exponía todo lo contrario. Fué mi persecución contradictoria desde el primero hasta el último día de mi permanencia en Buenos Aires. «Quise huir de él; no me fué posible.» Venía á buscarme so pretexto de que yo le alegraba; en realidad de de verdad me buscaba para tener un preopinante con quien desahogar su espíritu de contradicción.

Preguntábame si quería ir á tal ó cuál fiesta, ó á cualquiera otra parte; le respondía que no; entonces urdía él una trama cualquiera para hacer que me invitasen á pesar mío, y era necesario ceder.

Habíame yo propuesto no poner los pies en los salones diplomáticos, pues no quería dar un paso más allá del consulado. Apenas el cónsul conoció estas mis firmísimas intenciones ,hízome casi de repente y sin que yo pudiera echarlo de ver, encontrarme con nuestro ministro diplomático en la República Argentina, el duque de Licignano.

Es el duque una persona amabilísima, que me dijo en seguida:

—Quiero muy de veras á todos los genoveses, porque me hacen rejuvenecer. Estuve muchos años en Génova agregado al ex-consulado

de las Dos Sicilias. Me parece que no han pasado ni tres días.

—Y habrán pasado, dije, treinta años, á lo menos.

—Más cerca está de los cuarenta que de los treinta, dijo el Duque, entristeciéndose un poco.

—¡Bah! no pensemos en estas cosas, dijo por último. Decía yo solamente que cuando veo á un genovés me rejuvenezco: llevo ya cerca de treinta años de vida consular y diplomática americana.

Aquí, dando muestra de una memoria prodigiosa, volvía á recorrer el Duque la vida en Génova, á través de los treinta años; refrescó los tipos más notables de entonces, las hermosuras, el censo, las modas, las aventuras, los duelos. Yo, aunque realmente no me rejuvenecía, creía que estaba tornándome pequeñuelo.

Mirándole bien, me recordaba el Duque, en muchos de sus rasgos, el tipo del autor de *Aida*,

A propósito de *Aida*, nuestro Ministro me dijo, después de haberme declarado que oyendo hablar de la vida en Génova solía ennegrecerse su barba y su cabello:—Debo ir á la *ópera*, porque el Presidente me ha enviado una invitación muy atenta para que asista esta noche, á

un estreno en su palco. Saludo á usted; he tenido mucho gusto en conocerle...

—El gusto ha sido mío y... del señor Chicco.

—Hasta la vista.

—Para servir á usted, Duque.

Al siguiente día fué el Duque á visitarme á mi fonda de la calle de Corrientes. No estaba yo en ella y me dejó su tarjeta de visita con una cortés invitación para que dos días después fuese á comer á su casa, calle de Santa Fe.

Me apresuré á darle las gracias, y en el día indicado me encontré en los salones de la legación, en los cuales, además del Duque, *hacía* admirablemente *los honores* de la casa su esposa, dama de exquisito trato y de maravilloso y fino ingenio, como debe serlo la mujer de un diplomático.

A propósito del cual surge en mi memoria el recuerdo de una anécdota de la que oí hablar en Montevideo, donde había residido anteriormente el Duque, que, como diplomático en América, había estado un poco en todas partes. La anécdota me fué referida por una persona que conocía muy bien las interioridades del ex presidente, general Santos. Había ya ocurrido el asunto de Riva, en el cual la prepotencia del Gobierno oriental en odio á los italia-

nos había debido pagarse con salvas de artillería y con multas, cuando he aquí que otro conflicto, aunque al parecer no de consecuencias políticas, vino á turbar el horizonte de las relaciones italo-uruguayanas, sin que, por esta vez, las comprometiese ostensiblemente. Un publicista de apellido y origen alemán, pero que había adquirido carta de nacionalidad italiana, además de ejercer su profesión en Montevideo en los periódicos de esta población, enviaba correspondencias á los periódicos italianos de Buenos Aires. Y si como formando parte del periodismo oriental era en extremo comedido, como corresponsal de los periódicos de la otra República se abandonaba algunas veces á las censuras más acres y á los ataques más violentos contra el general y presidente Santos.

Parece que el periodista aludido había penetrado algo en asuntos de carácter interior de aquel enérgico cuanto irascible Presidente. Parece además que éste lo había hecho decir que no se entremetiese en la vida del hombre particular. El periodista se hizo el desentendido, arreció en sus ataques y en sus revelaciones picantes acerca del Presidente y sacó á plaza ciertas anécdotas que, comenzando en la alcoba,

terminaban con escenas de celos en familia. Habló también de un altercado, con acompañamiento de golpes y de arañazos, entre la mujer y el marido. Cierto día detúvose una magnífica carretela delante de la casa en que vivía el periodista, bajó del carruaje un ujier que se dirigió á la habitación del mentado corresponsal, á quien invitó á presentarse inmediatamente en el palacio del Gobierno para entregarle una comunicación. El periodista, habituado como muchos otros á obtener de los mismos entrantes y salientes en Palacio noticias políticas de interés para sus correspondencias, y creyendo que en esta ocasión se trataría de alguna revelación más delicada, se apresuró á subir al coche.

No bien tomó asiento, el carruaje emprendió la marcha. Al llegar á determinado punto de la ciudad, echa de ver el periodista que han dejado atrás el palacio del Gobierno; hácelo observar al acompañante que se halla frente á él en el coche, y el compañero le suplica que reserve para después las observaciones. Como es natural, el periodista, que no está muy tranquilo en el fondo de su alma, se sobresalta, grita, quiere salirse del coche: el otro, por el contrario, le exhorta para que se tranquilice y se serene.

El carruaje entra, por último, en el palacio de Santos; allí ruegan al périodista que baje del coche y le ruegan tambien que tenga la bondad de subir á las habitaciones superiores, y al penetrar en el salón de recepciones, tiene la honra de oir anunciado, con toda pompa, su respetado nombre. Al entrar encontró al Presidente en conferencia con algunas personas; pero pronto halló el General modo de despedirse de todas ellas y quedaron los dos enteramente solos, el general Santos y el periodista. Éste, á decir verdad, no se consideraba en el momento más agradable de su vida, recordando las cosas algo indiscretas que él había publicado relacionadas con la vida particular del hombre en cuya presencia se hallaba.

El General invitó al periodista á que tomase asiento; reiteró con más energía su invitación, y después dijo:

—Señor mío, he apercibido á usted varias veces para que hablase cuanto quisiera de mí como Presidente, sin tocar á la vida privada. Usted no ha hecho caso alguno del apercibimiento.

—Es que yo soy un periodista libre, y... respondió en són de protesta el interpelado.

—Usted es... otra cosa muy distinta, gritó el

General. Y al propio tiempo, tomando un latiguillo que cerca de sí tenía, fustigó al escritor el rostro hasta hacerle brotar sangre.

El agredido protestó como pudo, y temiendo algo peor todavía, recordó al General que estaba acometiendo á un hombre inerme... á un padre de familia. El general, adoptando entonces una actitud caballeresca, dijo al otro: «Recuerdausted muy oportunamente la familia; también yo soy padre y me duele que usted se obstine en ofenderme en mi familia. Ahora ya nada tiene usted que temer de mí; he dado á usted lo que merecía.»

El general Santos llama en seguida á un criado y, con exquisita cortesía, hace que traigan al herido una vasija con agua fresca. Éste no deja de lavarse y enjugarse para disminuir el escozor. En seguida, no sin recibir un cortés saludo del Presidente, sale del palacio, sintiendo más viva cada vez la quemadura moral. Corre á la legación italiana, y le dicen que el Duque, nuestro ministro, está en el campo; envíale un telegrama participándole que necesita hablarle con urgencia para graves asuntos internacionales y le anuncia su visita. Se dirige á la casa de campo del Duque, lo encuentra, le refiere lo ocurrido, declarando que, como súbdito italia-

no, exige una reparación de tan brutal ofensa.

Cuentan las crónicas que el Duque, después de pensar un poco en el asunto, le dijo:—Fíjese usted bien, caballero, en que hay dos modos de resolver estos conflictos; ó á cañonazos... aunque sean de pólvora sola, ó de un modo más adecuado y más práctico, aunque menos ruidoso.

Para el primer medio, aquí está el Ministro; para el segundo, el hombre experimentado. ¿Quiere usted al Ministro, ó al hombre experimentado?

El otro, naturalmente, respondió:—Me pongo, en absoluto, en manos del hombre experimentado. Y el Duque terminó diciendo:—Está bien: déjeme usted hacer. Entonces, y después de haberse despedido del periodista, el Duque se fué á casa del Generalísimo, que le profesaba extraordinario afecto personal y que en muchos casos hasta se dejaba influir por el ascendiente del Duque; éste, no bien hubo encontrado al Presidente de la República, le dijo:

—General, me ha metido usted en una buena.

El General respondería probablemente:—No le he metido á usted en nada; he castigado á un pedazo de...

Y el Duque replicaría tal vez:—De todos modos, la ha hecho usted buena; pues ahora, el que rompió que pague.

Sea de esto lo que fuere, pues nadie presenció la entrevista, lo que se sabe con certeza, por relación de algunos que lo oyeron de labios del general Santos, es que éste, en determinado momento, como creyese que el Duque sostenía con excesiva tenacidad (en cumplimiento de su deber) los derechos del súbdito italiano que había sido víctima de la violencia, hubo de dar en el pupitre un puñetazo tal que había conmovido la mesa, y hasta, según creo, agitado la campanilla.

El Duque, que había comenzado su visita diciendo que iba á verle, no como diplomático, sino como un buen amigo suyo, ofendido por aquel terrible puñetazo, aunque solamente dado sobre la mesa, dijo:

—El amigo, señor Presidente, nada más tiene que decir.

Y á pesar de las protestas y los ruegos del General, salió del despacho.

El General, arrepentido del puñetazo y acaso también del latigazo, salió poco después del palacio, siguió los pasos al Duque, á quien no logró hallar hasta la mañana temprano, y muy de madrugada, en su cama.

El General, después de haber conseguido entrar, le dijo:—Es todavía el amigo quien viene á pedir á usted un favor: dígame que debo hacer para que este asunto quede acabado y no se hable más de él; proponga usted, yo escucho.

Es posible que el Duque respondiese:—No quiero tratar este asunto sino por la vía diplomática; y casi de seguro insistiría el Presidente, hasta que acabara el Duque proponiéndole una indemnización pecuniaria para el agraviado.

El General terminó diciendo: — Corriente; arregle usted como quiera esa indemnización: la pagaré.

Después de varias entrevistas, la indemnización se fijó en 20.000 francos.

La persona que me refirió aquel incidente, me dijo que el general Santos solía decir:—En mis momentos de arrebato he sido arrastrado á muchos excesos; pero ¡pobre de mí! si en esa proporción hubiera tenido yo que pagar todos mis excesos tan caros como aquellos dos latigazos y aquellas gotas de sangre vertidas... ¡Ah, señor Duque! este gasto me lo ato al dedo.»

Mientras refiero esta anécdota, llega la hora de la comida á que el Duque me ha invitado.

El embajador de Portugal ofrece el brazo á la Duquesa; otro diplomático se le ofrece á la señora de nuestro Cónsul; á mí se me advierte después, que debo ofrecérselo á la señora de M., flor y nata de la hermosura y gentileza argentinas, madre de un muchacha igualmente gentil y hermosa, y mujer, la madre se entiende, de un italiano. Todo esto va perfectamente: mi pareja luce un magnífico vestido de brocado verde, con enorme cola; yo, con la emoción de verme dando el brazo á una dama tan bella, y con el embarazo de ver la cola de mi frac al lado de la cola de aquella hermosísima dama, planto mi pie en ella y le doy una brutal sacudida. Si no caí como el cuerpo de un estúpido cae, es porque debe de haber algún dedo de Dios para los escritores que viajamos. Aquel fué, al fin y al cabo, mi solemne ingreso en las mesas diplomáticas.

El Duque, debo y quiero decírselo sin adulación, cuando está en un salón es muy agradable, y cuando está en la mesa lo es mucho más: come poco, bebe menos y habla de mil anécdotas picantes, muy especialmente de su antigua residencia en Génova, de un modo amenísimo.

Su casa, que es, como se comprende perfecta-

mente, la misma de la legación, es cómoda y espaciosa; tiene una majestuosa serie de salas; pero tiene un gran defecto en todas las habitaciones: la profusión de cuadros que tapizan todas las paredes.

No es culpa del Duque, sino del propietario de la casa, el cual, habiendo determinado residir por algún tiempo en París, le dejó en arrendamiento aquel magnífico palacio amueblado de la calle de Santa Fe; palacio que, ahora, habiendo solicitado y conseguido el Duque ser llamado á Italia, se habrá convertido de nuevo, y probablemente, en casa argentina.

Seguramente el propietario de la casa, comprando cuadros y más cuadros, creía, de buena fe, coleccionar obras maestras. Hay un cuadro de grandes proporciones que figura una escena trágica en un convento; está pintado al óleo... pero tengo para mí que estaría mucho mejor asado. En otra parte se ven unos perros de caza que son una verdadera perrería. Hay también una pradera que parece un lago, y un lago que semeja gelatina. El mejor buey de su establo... es un borrico; palabra de honor, es una magnífica cabeza, parece viva.

El Duque me perdonará esta libertad; pero, ya lo he dicho, no es suya la culpa. En lo que

respecta á lo demás, mobiliario, tapices, servicio... todo es suntuoso y digno de un representante de Italia.

Terminada la comida, torno á ofrecer temblando el brazo á mi hermosísima compañera, esta vez sin pisar su cola, y pasamos á la sala de conversación. Recae ésta, no sé cómo, sobre el chocolate; el ministro de Portugal sostiene que la mejor jícara de chocolate se bebe en Portugal; el caballero Ferrara de Dantia, secretario del Duque—que presento á ustedes—opina, por su parte, que el mejor chocolate es el de Nápoles; Gradara afirma que el chocolate preferible á todos es el chocolate con vainilla; yo, por último, asevero que no hay chocolate que pueda igualar al que se toma en Madrid.

Basta que yo diga esto para que el señor Chicco salga á contradecirme:—El mejor entre todos los chocolates posibles—dice el cónsul—sólo se toma en casa del Duque.—Enmudezco, porque no siéndome conocido todavía uno de de los términos de la comparación, no puedo contradecir el testimonio. Vienen después algunas otras personas á pasar la velada, como el diputado Ceballos, el ministro de España, el de Inglaterra, el de Francia, y llegado que es el momento de saborear el chocolate, véome cons-

treñido á confesar que, efectivamente, el chocolate del Duque tiene un no sé qué

que no puede apreciar quien no lo bebe.

Ustedes dirán que me entretengo con niñerías y vaciedades, admitiendo que una excelente jícara de chocolate sea una vaciedad, especialmente en los países donde es siempre una nota obligada como en España y en la América latina.

Acerca del chocolate del Duque escribí á los periódicos italianos de tal manera, que la fama del mismo llegó á oídos de mi respetable amigo el diputado Berio. Cuando éste estuvo por segunda vez en Buenos Aires, y se encontró conmigo en casa del Duque, dijo: —Probemos una vez más ese famoso chocolate.

La Duquesa, tal vez algo impresionada por aquella fama que empezaba á extenderse por ambos hemisferios, hizo servir, al poco rato, el chocolate, y presentó ella misma en persona la jícara al respetable Berio, el cual, como un Jurado de Exposición en el ejercicio de sus funciones oficiales, comenzó á saborear el líquido.

—¿Qué tal? le pregunté.

—¡Es un poema! me respondió mi amigo.

Pero vuelvo á la primera noche de mi cono-

[illegible] con el marqués de Duque Aprovechándome de la buena ocasión y á fuer de [illegible] pude á sonsacar al Duque para conocer algunos pormenores de mi [illegible] personalísima-gratísima en Madrid.

—Hace muchos años, cuando quería [illegible] el Duque de mi marqués hablarme de la [illegible] de [illegible] una hermosísima celebridad popular que recordaba como si hubiese sido ayer, haber conocido en Granada treinta y cinco años ha; pero déjeme usted de incidentes diplomáticos.

Eché de ver entonces que yo era todavía muy novicio en los ambientes de la diplomacia. Después, cuando se aproximaba ya la hora de la despedida, salí con el vicecónsul Gradara.

Cuando estuvimos en la calle como dos buenos vicemillonarios, tomamos el primer tranvía que pudiese llevarnos al centro. Éramos objeto de la general admiración por nuestros trajes severos y de etiqueta, y sobre todo por nuestras formidables pecheras, cuando cátate que, en lo mejor de nuestras ilusiones, el coche en que íbamos descarrila violentamente y va á dar en el escaparate de una botica, escaparate que, como es natural, quedó hecho añicos. Tratábase de una cosa muy sencilla; un coche de tran-

vía, que desembocaba por una calle transversal y á todo correr, sin que el conductor hubiese tocado el clásico cuerno, había chocado con nosotros.

Muertos por esta vez, ninguno; medio muertos... de miedo, casi todos; heridos, los dos caballos, y además los oídos de los pasajeros por las horribles expresiones que cochero y conductor cambiaron entre sí durante largo rato, hasta que, habiendo llegado un vigilante, puso paz entre todos, haciendo que los dos le siguiesen á la Comisaría... y que nosotros siguiésemos nuestro camino.

En Buenos Aires no hay nunca seguridad completa de acabar bien el día, aunque sólo falten tres ó cuatro minutos para volver á casa.

CAPÍTULO XXIII

En casa de un diputado y ministro.—El doctor Ceballos.—Plaza Vittoria.—Museos y monumentos.

Como era de obligación, fuí, pocas noches después, á visitar al duque Licignano. Lo encontré precisamente en la escalera cuando se disponía á salir.—Siento mucho... me dijo

en el primer momento, verme obligado... Después, como si lo hubiese pensado mejor, siguió diciendo:—Pero no lo siento realmente; véngase usted también. Voy á casa del diputado Ceballos, que además de ser una personalidad política muy importante, como que ha sido Presidente de la Cámara, es un literato de gran valía.

—Yo, le dije, soy también un literato, aunque sin valía, y acepto con muchísimo gusto; porque ya sé que he de estar muy bien acompañado.

Fuíme, pues, á la calle de Belgrano, á casa de Ceballos, quizás la primera casa exclusivamente argentina en que tuve la suerte de encontrarme. El diputado Ceballos, que pocas semanas después fué nombrado ministro de Estado, nos recibió con mucha afabilidad, porque es muy amigo del Duque, y porque, entre los diputados argentinos, es uno de los que más simpatizan con el elemento italiano. Hallábanse sentadas en el saloncillo, en larga fila, muchas señoras y muchas señoritas, entre las cuales estaba la familia del señor Ceballos. En la parte opuesta estaban los representantes del sexo fuerte. El Duque había nacido para estar muy bien en la diplomacia; pero había nacido asi-

mismo para estar muy bien con las señoras.

—Duque, cuéntenos usted alguna cosa, dijeron de pronto al llegar nosotros, voces argentinas, pero argentinas por dos razones.

El Duque se vió obligado á sentarse en el sofá del centro, colocado entre las dos filas, y dijo en castellano:

—¿Qué he de contar á esta amable compañía? Que traigo conmigo á un curioso que recorre el mundo para ver si hay en él algo nuevo... Que estuve ayer noche en el *Politeama* para oir á la Patti, y que la he hallado... siempre nueva; que realmente no hay sino las italianas, las españolas y las argentinas para realizar estos milagros de juventud eterna.

Una señora, que no era ninguna de las tres cosas, manifestó algún disgusto en una lengua que yo no conocía... sino de vista; y el Duque le contestó en aquella lengua, y pudo acallarla con decir que también las mujeres de su país hacen milagros.

La señorita de Ceballos salía de vez en cuando de la línea femenina para presentar y ofrecer á todos un cartucho de dulces, acompañando al ofrecimiento con una amable sonrisa, más dulce aún.

—Como tampoco, cóntinuó diciendo el Du-

que, ha de enojarse nadie si digo que los primeros dulces del mundo son los de Génova: tanto es así, que el papel en que se hallaba envuelto el dulce que esta señorita me ha ofrecido, indica esa procedencia.

Siempre da gozo cuando, un paisano—aunque sólo sea un dulce—logra sostener en el extranjero, á buena altura, el honor de la patria.

Invitóme el doctor Ceballos á pasar á su estudio, que puedo llamar con más exactitud su museo. Trátase de dos salas espaciosas reunidas, en las cuales el hombre de Estado ha coleccionado por su propia cuenta, una cantidad preciosa de recuerdos patrios; lo que equivaldrá á un museo nuestro del Renacimiento. Efectivamente, gran parte de esas colecciones se refieren á los acontecimientos americanos de 1850. Los retratos de todos los hombres notables de aquella revolución adornan las paredes; los bustos de Belgrano y de Moreno, bocetos de varios monumentos nacionales y además reliquias preciosas: una túnica del general San Martín, una espada que pertenecía á Belgrano, fusiles y proyectiles recogidos en el campo de batalla, banderas y trofeos, todo se encuentra reunido en aquellas dos salas.

Pero existe en el doctor Ceballos, además del

hombre político, el artista, y las artes italianas han tomado allí naturalmente el puesto de honor. Posee como especial preciosidad un retrato de nuestro artista dramático Ernesto Rossi. El intérprete de *Amleto* ha escrito al dorso de aquel retrato algunas frases de dedicatoria, felices por la forma y por el pensamiento.

Por mi parte, después de haber visto tal abundancia de hermosos recuerdos, no pude contenerme y manifesté la extrañeza con que veía que un hombre tan verdaderamente liberal como el doctor Ceballos, pudiera ser al propio tiempo tan empedernido conservador.

En los días siguientes á esta visita comprendí yo cada vez como más necesario el consagrar algunos días á la visita de los monumentos, según es costumbre hacer en poblaciones para nosotros desconocidas, y sin dejarme engañar por los amigos habituados á llamar monumentos á una aberración.

Por esta vez resolví adivinar los monumentos por inducción lógica, sin tomar lenguas de otros. Comencé por la plaza de la *Victoria*, la plaza mayor en que, como ustedes recordarán, desembocamos á nuestra primer llegada desde el puerto.

Del primer y más necesario monumento de

esta plaza, esto es, del magnífico palacio del Gobierno, he hablado á ustedes ya. El segundo monumento, casi casi de igual mérito artístico que el anterior, es la catedral, situada en el fondo de la parte de la plaza que flanquea por la derecha el palacio gubernativo. La fachada de este templo semejaría—como las usuales y repetidísimas dos gotas de agua—á la iglesia de la Magdalena en París, si, como aquélla, tuviera columnas á los lados, en vez de tenerlas solamente en la fachada.

En conjunto: estilo griego, ornamentación romana: cúpula relativamente pobre.

El interior de la iglesia no corresponde, ni por su magnificencia ni por su importancia artística, al exterior.

He visto también en algún retablo ropas y adornos que no habría querido tomar un ropavejero.

Tercer monumento de la plaza: *La Bolsa del Comercio*, al cual ya he acompañado á ustedes haciéndoles entrar al menos por la fachada que da á la plaza.

Monumento cuarto: un obelisco muy elevado, en cuya parte superior se levanta la estatua en bronce de la Libertad, con otras cuatro estatuas alegóricas en mármol en la base, y todo esto

cercado por un enverjado de hierro formando cuadrilátero.

Quinto monumento: á poca distancia del anterior, una fuente... suficientemente monumental, con cuatro estatuas en mármol, alegorías siempre de grandes y faustos acontecimientos nacionales.

Sexto monumento: un general de bronce, jinete en un caballo más de bronce aún; el general levanta su sombrero como si saludase al palacio del Gobierno; el caballo da algunas señales de vida, muy laudables, y parece como si también se inclinase á saludar á la casa del Gobierno. En realidad hay bastantes estatuas ecuestres peores que ésta.

Monumento séptimo: las palmeras que adornan la plaza: octavo, los asientos que hay en la misma; además, otro monumento digno de ser visitado, especialmente cuando llueve, los soportales de la plaza, coronados por una torre que tiene un mirador frente por frente del palacio, á una distancia semikilométrica.

Monumento décimo: la casa de Ayuntamiento.

Otro monumento había en esta plaza; el teatro de Colón, primer teatro para la *ópera;* ha desaparecido. Quien influyó más en esta des-

aparición fué ciertamente quien realizó mejores negocios en el terreno.

Otro monumento hermosísimo para esta plaza ha de ser la magnífica calle *Paseo de Mayo*, que está abriéndose aquí, con una anchura que no es la ordinaria, ni mucho menos, en Buenos Aires, y ha de cortar y hasta anular del todo no sé cuántas calles, prolongándose, siempre en línea recta, por una longitud de varios kilómetros.

Sin fatigarme demasiado, es decir, permaneciendo siempre en la misma plaza, encontrémeya en aquel instante suficientemente saturado de monumentos, á reserva de penetrar en distinta ocasión dentro del principal, esto es, el del palacio del Gobierno.

No muy lejos de ese palacio y paralelamente á él, pocos *cuadros* más abajo, en la calle del Veinticinco de Mayo, podría yo conducir á ustedes, para que la admirasen, á otra casa que tiene con ésta alguna relación; es á saber, el domicilio particular del actual presidente de la República, casa labrada en estos últimos años. Es una casa espléndida, á la que podríamos llamar con justicia palacio. En el interior se presenta en toda su expresión el lujo, tanto por la elegancia de las habitaciones, cuanto por la riqueza,

de lo que contienen en tesoros de arte, de mobiliario, de suntuosísimos cortinajes, alfombras y tapices: hay objetos por valor de diez millones. De un presidente que, pocos años ha, era tan solo un modesto leguleyo de Córdoba, bien puede decirse que *ha hecho carrera.*

Pasemos ahora á los monumentos de escultura en los jardines públicos, ó sea en las plazas, pues todas, cuál más, cuál menos, tienen algo de magníficos jardines. El general Lavalle, un mártir de la libertad hace ahora muy cerca de medio siglo, tiene en honor suyo, y en la plaza del mismo nombre, un monumento que consiste en una columna de mármol, y sobre ésta una estatua, no ecuestre; columna y estatua que se destacan en toda su blancura marmórea sobre un magnífico fondo de verdura: precisamente como el monumento consagrado en Génova á Mazzini, teniendo, para que la coincidencia resulte más extraña, por autor ambos monumentos á un escultor que se llama Pedro Costa. En realidad, no deja de existir el efecto; pero lo mismo en éste que en el monumento de Génova, puede afirmarse que al efecto contribuye mucho lo pintoresco del sitio.

Una estatua de Mazzini, obra de gran precio,

de Monteverde, elévase en el jardín próximo y no lejos de la estación central.

Una estatua ecuestre de bronce, dedicada al general San Martín—cuiden ustedes de no pronunciarlo como los franceses, porque aquí lo toman á mal,—levántase en la plaza del mismo nombre. Aquí también, el mejor monumento es la plaza misma: un verdadero jardín de aclimatación de las más hermosas, las más variadas y las mejor repartidas plantas.

En este concepto puede también ser considerado como monumento el Paseo de Julio, un paseo lleno de sombras deliciosas; la plaza del Seis de Junio, con sus inmensos plátanos; la plaza del Once de Septiembre, con sus flores paradisíacas, puesto caso de que en el Paraíso haya de eso; el paseo del Tres de Febrero, donde se muestran algunas calles y algunas plazas con pretensiones casi romanas; y la misma entrada de Recoletas. Descúbranse ustedes la cabeza.

En este punto nos hallamos á la entrada del camposanto, con el cual procuraré concluir en pocas palabras; con tanto más motivo, cuanto más exacto es que el Municipio ha dispuesto que cesen las inhumaciones. En éste, como en todos los camposantos, hay monumentos que, con

escaso respeto á los fallecidos, producen risa; así como hay también monumentos seriamente admirables. Aquí goza y se ensancha el espíritu del que esto escribe al narrar que entre los contados trabajos buenos se distinguen obras de genoveses, como Scanzi. Nuestro Sansebastiani colocó allí, en estos últimos meses, el magnífico y hermoso monumento dedicado al doctor Ayersa Torribio, un médico animoso que solía dar, con sin igual desprendimiento, á los pobres lo que en el ejercicio de su profesión ganaba con los ricos. Los amigos proyectaron elevarle un monumento por suscrición que ellos iniciaron y encargaron de ejecutarlo, por concurso, á Sansebastiani, que supo dar forma á una grandiosa apoteosis de la Caridad.

No he de abandonar el cementerio de las Recoletas sin llamar la atención de ustedes sobre la costumbre que aquí existe de considerar los sepulcros de familias como sendos estantes donde se colocan, al descubierto, cajas sobre cajas. Un hermoso monumento moderno es el Museo con biblioteca.

Debería yo tal vez hablar ahora de un monumento demasiado ramplón; me refiero á cierta gruta cruel, llena de caprichos demasiado grotescos, levantada en estos últimos años, con

tanto dispendio como mal gusto, en la plaza de la Constitución, y que, para decir la verdad, resulta un monumento bastante ridículo. En esta plaza misma se levanta la gran estación del ferrocarril del Sur, y ésta es, en su género, una estación monumental como hay pocas.

También estaría yo obligado, en conciencia, á decir que otros sitios de Buenos Aires están adornados con sendos monumentos, ya en mármol, ya en bronce; ora en forma de fuentes, ora de jardines, todos ellos dedicados á la memoria de los grandes hombres del país.

Algunos de éstos á quienes se han erigido monumentos, gozaron, según por aquí dicen, fama usurpada; otros fueron en realidad hombres notables. Sábese, además, que ni todas las roscas salen con agujero, ni todos los grandes hombres fabricados por las circunstancias y por la fecundidad monumental de los tiempos han poseído en realidad el germen de la grandeza; y que aun ellos mismos suelen ser los últimos que soñaran en acabar siendo grandes hombres. En muchas ocasiones eso de crear grandes hombres es una necesidad nacional.

CAPÍTULO XXIV

Apertura del Parlamento.—El presidente Juárez Celman.—Un Mensaje de color de rosa.

En el día 7 de Mayo se verificaba la solemne reapertura del Parlamento, con gran pompa militar, en la plaza de la Victoria, y con discurso, mejor dicho, Mensaje del presidente Juárez Celman. Antes que el Congreso mismo, me impresioné—no sé ocultarlo—en aquella manifestación de fuerza armada, viendo los cuerpos de caballería. En un país en el que se nace, por decirlo así, á caballo, no esperaba yo ciertamente ver caballería tan pesada como ésta. Aquellos hombres, aunque robustos y al parecer resistentes á las fatigas, vistos á caballo parecen soldados de plomo; caen en la silla de todas maneras menos de una manera elegante. En compensación, sin embargo, son, como ya he dicho, fuertes.

Tienen rostros de todos los colores; hasta el negro de humo. El soldado de infantería parece, por su traje, un soldado francés, algo españolizados en el modo de marchar.

Entremos en el Congreso. En la sala, coronada por altas y majestuosas galerías, me pareció contar unos ciento dieciséis diputados: entre éstos tampoco el color blanco es de rigor. Todos van, sin embargo, de frac y corbata blanca.

El Presidente, sin dar el puntapié tradicional al cojín propio de las sesiones regias, lee á los señores senadores y diputados un discurso que es, puede decirse así, una extensa Memoria económica y administrativa, una pintura de la situación, acerca de la cual empezaban á correr tantos rumores contradictorios.

¿Quieren ustedes, por ventura, que yo, antes de resumir lo que dijo el Presidente, les haga el retrato del mismo? Es hombre de mediana estatura, y tendrá alrededor de cuarenta años; su cara denuncia al leguleyo; rostro muy ovalado; barba rubia, cerrada, pero corta, y que termina en punta; perfil regular; mirada en que hay más de cariñoso que de presidencial, sobre todo cuando se fija en las señoras de las tribunas. Señas particulares: es un jefe de Gobierno que, contra lo comun, no tiene nada de marcial; se advierte en él la costumbre del mando, pero del mando, antes que otra cosa, curialesco. En conjunto, es hombre agradable, aunque no un

buen mozo; en los sellos es muy buen busto. Ha sido elegido por 133 electores en las 14 provincias.

Comenzó su discurso con las frases de parabién y de plácemes que son habituales en casos análogos en los jefes de los Gobiernos europeos, porque el Estado está siempre en paz con todos los otros, y por consiguiente, en condiciones inmejorables para consagrarse por completo al desarrollo de los intereses nacionales; porque su gobierno ha de hacer lo posible para que los beneficios de la paz continúen asegurados. ¿No les parece á ustedes que se hallan en Montecitorio... ó en el Reichstag?

El Presidente, una vez leído este exordio, bebe un sorbo de agua, y pasa después á una fantasmagoría ferrocarrilera, estableciendo previamente, dentro del tema, cómo el porvenir económico de la nación, y al propio tiempo el progreso social, dependen del incremento incesante de las comunicaciones. Dice que los 7.706 kilómetros de ferrocarril que había en la República Argentina abiertos al servicio público, no bastan para satisfacer las necesidades del tráfico, en las proporciones reclamadas por el aumento de la producción. «Innumerables toneladas de mercancías, dice, están en los alma-

cenes durante meses enteros, esperando transporte para llegar, si Dios quiere, á su destino, cuando los géneros habrán sido deteriorados por la intemperie y por los demás perjuicios á que han estado expuestos, al aire libre, en la larga duración de su espera.»

Cada vez me parece más hallarme en Italia; también precisamente en el puerto de Génova, ante el conflicto eterno de que faltan vagones—justamente uno de los conflictos que ocasionaron mi emigración al Nuevo Mundo,—confiaba yo en que, por espacio de algunos meses, no oiría hablar de esas cosas. ¡Vana esperanza!

El Presidente dice que durante el año de 1888 los ferrocarriles de la República Argentina produjeron un ingreso de 21.218.132 pesos; los gastos de aquel ejercicio se elevaron en el mismo período á 12.372.189 piesos: con que el beneficio líquido vino á ser 8.835.943 pesos.

«Estas cifras, dice el Presidente, bastan para demostrar que no habían de ser el movimiento ni el tráfico los que faltasen.»

Aquí, sin que el Presidente lo diga, digo á ustedes que la mayor parte de los ferrocarriles argentinos están en manos de sociedades francesas ó inglesas.

Desde ese punto pasó el jefe del Gobierno á exponer una tétrica pintura que, andando el tiempo, pude ratificar en mi viaje por las provincias, de los desastres producidos en las líneas férreas por los desbordamientos de los ríos y por las terribles lluvias que habían roto puentes de gran resistencia; de un cúmulo de desgracias, en fin, que interrumpieron las comunicaciones é hicieron necesarios grandes gastos para reparación de averías. Dijo también que las subvenciones íntegras que la nación había de pagar á las varias líneas de ferrocarril ascenderían en 1890 á más de cuatro millones de duros, oro. Que cuando las últimas líneas cuyas concesiones se habían votado estuvieran concluídas, las subvenciones que por este concepto gravitarían sobre el Tesoro público ascenderían, por lo menos, al duplo de esa cantidad. Prometió que el Poder ejecutivo presentaría para esto un proyecto en el curso de aquella misma legislatura. Entretanto, aseguró que la República Argentina, para responder á las crecientes necesidades de las comunicaciones, causadas por el aumento incesante de la emigracion, ha menester de 20.000 kilómetros de ferrocarril, si se quiere que la producción agrícola se extienda y que el inmigrante abandone

los campos preferidos del litoral y se distribuya en el interior. Aquí el Presidente invocó el ejemplo de la gran República del Norte América, cuyo estado envidiable de prosperidad no comenzó hasta que la locomotora pudo atravesar los bosques, internarse en las vísceras de las montañas, cruzar los desiertos inmensos, sembrando por do quiera la animación y la abundancia.

Lo malo es, Sr. Presidente (ahora soy yo el que habla), que en esta bendita República Argentina un trazado de ferrocarril, antes de ser concedido, construído, reconocido y utilizado, ha de pasar por el cedazo de tantos hambrones (negociantes si se quiere), que la operación resulta ya por sí misma un desastre ferrocarrilero, rentísticamente hablando. Usted no tendrá la culpa...; pero me han dicho muchos que entienden bastante de estas cosas, que así sucede. Entretanto, hoy por hoy, el Estado se halla reducido á tal extremo, que sus ferrocarriles se han convertido en objetos de Monte de Piedad: y tan cierto es, que casi todos se empeñan á los ingleses.

Vuelvo á conceder la palabra al señor Presidente. Dice que en aquel año económico las obras públicas emprendidas por el Estado reci-

bieron un impulso considerable; que, sin embargo, aún quedaba mucho que hacer, porque, á consecuencia del estado de las vías y de otras causas, una gran parte de la población rural permanece, durante la estación de las lluvias, fuera de toda comunicación, y el tráfico se interrumpe. «Levantemos puentes, muelles y obras de defensa á lo largo de los ríos y del *Río*,» dice el Presidente.

Y prosigue, anunciando que para estudiar estas necesidades de las provincias serán nombradas sendas Comisiones.

Por el puerto de la capital el Tesoro pagó, durante el año económico, á los constructores, obras por valor de 2.505.448 duros en dinero contante. Para el puerto de Rosario se han gastado, desde 1885 en adelante, dos millones de pesos. El Mensaje enumera sucesivamente una cantidad considerable de muelles, depósitos de aguas, puentes, desviaciones de ríos, que aumentan el pasivo del Estado en un número considerable de millones de duros, en oro, porque de algún tiempo á esta parte parece que los contratistas de obras públicas no se fían gran cosa del papel moneda.

Entre las obras de arquitectura menciona el Mensaje el edificio para la policía y el cuerpo

de bomberos de la capital; el gasto para este palacio asciende á 337.734 duros; como noticiero antiguo, siempre que oigo una cifra, la anoto entre mis apuntes. En aquella fecha, ó muy poco después, se verificó la primera sesión en el Palacio del Gobierno nacional, y entonces los gastos de esa obra subían á 590.067 pesos. Un apéndice al Hospital de la Merced importa 34.015.

También habla el Mensaje presidencial del nuevo monumental palacio para Correos y Telégrafos. «Los fondos votados para esta obra, dice, fueron 50.000 escudos; pero será necesario aumentar considerablemente esta suma para que el edificio resulte en armonía con las necesidades del servicio. El coste total no bajará de 1.800.000 escudos.» Habla después de un edificio magnífico, destinado á las sesiones del Congreso Nacional, para el cual un proyecto de ley, aprobado ya, destina un espacioso terreno. Dice que una parte de esa tierra está ya comprada y que se halla en vías de adquisición la otra.

Aquí el Mensaje se pierde en espejismos de la Exposición Universal de París, que precisamente en aquellos días se inauguraba, y el Presidente se regodea con la espléndida figura

que la República Argentina ha de hacer en aquel esfuerzo de todo el mundo.

Acerca del servicio postal y telegráfico, dice que el movimiento general de la correspondencia en 1888 excedió en un 42 por 100 al del año precedente, y el envío de telegramas, en un 6 por 100.

Hace notar el Mensaje una disminución algo extraña en lo relativo al Estado: en el año 1887 habían sido remitidos 25.554 pliegos oficiales; en 1888 sólo se expidieron 12.443. No existiría seguramente una disminución como ésta en el reino oficinesco del Antiguo Continente. En un año se abrieron 212 administraciones nuevas de Correos: se construyeron 5.359 kilómetros de línea telegráficas; se hicieron reparaciones equivalentes á 5.082 kilómetros; en aquella fecha existían en construcción 3.814 kilómetros.

El Mensaje trata después de los servicios municipales de la capital. Desglosaré, para conocimiento de ustedes, algunos datos. Desde Mayo de 1888 al mismo mes de 1889, se colocó piso nuevo en 408 *cuadros* de vía pública. Dice que todos los hospitales de la ciudad fueron considerablemente ampliados, inclusos los manicomios.

Una idea del incremento en la construcción:

la oficina municipal técnica de Buenos Aires concedió, sólo en 1888, permiso para 6.000 construcciones. Los gastos municipales, que en 1887 habían sido 4.558.846 pesos, se elevaron en 1888 á 4.909.863.

En lo que respecta al servicio de policía, echa de ver que las detenciones fueron en Buenos Aires un 62 por 100. En la estadística europea el término medio no pasa del 54 por 100. Pero ya he dicho á ustedes que en la República Argentina se llevan á cabo detenciones por nada.

En lo relativo á beneficencia, dice el Mensaje que ha sido necesario dar mayores dimensiones á los hospicios para huérfanos, para enfermos, para niños y para locos. De estos últimos entraron, durante el año 1888, doscientos en el manicomio de Buenos Aires.

Pasemos á la Marina. Afirma el Mensaje que en el año 1888 habían entrado en el puerto de la República 95.245 buques—á los cuales pueden calcularse 8.420.044 toneladas—transportando 265.425 viajeros. El aumento con respecto al año anterior, había sido de 10.206 toneladas y 40.656 pasajeros.

Hablando del tema importantísimo de las colonizaciones, afirma que el desarrollo adquirido

en esto exige modificaciones radicales en la legislación vigente.

Sobre las relaciones con los demás países, el Presidente, volviendo á regocijarse por el estado perfecto de paz y de concordia con todas las naciones americanas y europeas, indica especiales tratados para mejor deslinde de límites que ahora existen con el Brasil, y probabilidades de que las prácticas necesarias conducirán á buen puerto sin que se turbe la paz... no europea. Viniendo después á las buenas relaciones con el Gobierno de Montevideo, alude á la próxima devolución de la visita por parte de aquel Presidente, y á las grandes fiestas que se preparan; de estas hablaré á ustedes á su tiempo.

Pasando á discurrir sobre la Hacienda nacional, el Presidente—lo mismo que es habitual en los ministros de Hacienda de otros países—afirma de nuevo que la fuerza económica de la nación continúa en su movimiento progresivo. Teniendo en cuenta los resultados de hoy, habría, no obstante, fundados motivos para dudarlo. He aquí ahora el párrafo más saliente del lirismo presidencial, y por cierto no podría reproducirse tan enfático en el Mensaje del corriente año. Oigan ustedes, oigan ustedes:

«Todo se halla en progreso: el valor del te-

rreno, la fabricación, la industria, el comercio, el crédito, la acumulación del capital, la renta pública y las riquezas particulares, y con la inmigración—que cada día se extiende más en nuestro fértil y fecundo país—progresan al propio tiempo la afición al trabajo y los esfuerzos de un pueblo que camina hacia sus grandes destinos.»

¡Destino de los pueblos! digo cuando ha transcurrido un año: el agio del oro á más de trescientos por ciento; los ferrocarriles pignorados; las obras públicas suspendidas; la miseria en la atmósfera, y la guerra civil.

Pero volvamos al discurso presidencial. En aquella fecha el valor de la propiedad inmueble en la República Argentina estaba valuado, sobre la base de las rentas y de las declaraciones censales de los propietarios, del siguiente modo:—Para Buenos Aires, extensión total en hectáreas, 18.141; valor total de esa tierra; 1.107.788 escudos; si comprendemos las provincias, la extensión en hectáreas se calcula en 269.429.841, y su valor total 2.720.822 escudos. El cultivo general para el año 1888 se considera del modo siguiente: trigo, 832.601 hectáreas; cebada, 824.055; plantas medicinales, 379 816; avena, 36.659; lino, 117.237; viñas,

2.697; caña de azúcar, 21.053; otros varios cultivos, 121.502; total de hectáreas cultivadas, 2.359.958. ¡Buenas cifras!... Pero no salvan.

Entremos ahora en la clasificación de los ganados.

El Mensaje calcula que en Mayo de 1888 existían en el territorio de la República: de ganado vacuno, 22.869.385 cabezas; caballos, 4 398.283; carneros, 70.453.665; el valor total de este ganado se calculaba en 369.561.607 escudos. En estos datos hallo la convicción de encontrarme, no en Europa, sino en América.

Las estadísticas comerciales del año 1885 hacen subir las importaciones y exportaciones en conjunto á 280.690.212. El comercio de importación propiamente dicho sometido á impuesto, alcanzaba en 1888 el valor de escudos 127.507.800.

El Mensaje se eleva siempre á los espejismos más risueños y más rosados cuando trata de la *Circulación bancaria*. Valen la pena de ser reproducidas *ad pedem litteræ* las siguientes palabras del discurso: «Con suelo fértil; con hombres apercibidos á las luchas por la existencia y que llegan aquí á centenares desde muy lejos; con el comercio que en pocos años se ha centuplicado; con los ferrocarriles que atraviesan los

desiertos y extienden por do quiera la industria, era necesario dotar al país—que no tiene capital acumulado—de un crédito equivalente al alcance del trabajo, y á este fin fué promulgada la ley sobre Bancos de circulacion garantizada.»

«Las necesidades del crédito—así continúa diciendo el Mensaje—se sentían de tal modo, que bastaron doce meses para que quince Bancos, con un capital que en conjunto asciende á 200.233.400 escudos en moneda nacional, aprovecharan los beneficios de la ley.» El Mensaje afirma que los Bancos tenían en aquella fecha una circulacíón de 151.170.496 escudos en billetes con reembolso, garantizados por igual suma en fondos públicos nacionales. Sobre esta circulación y las subvenciones y garantías correspondientes, se extiende el Mensaje en datos muy tranquilizadores; ¡pero que, no obstante, al cabo de un año han perdido bastante de su valor, si es que no lo han perdido todo!

El optimismo continúa dominando en el capítulo: *Ingresos y gastos públicos.*

El Mensaje dice que: «á pesar de la supresión de derechos sobre la exportación y la pérdida del producto de los ferrocarriles y de los trabajos de saneamiento, el rédito público continúa

aumentando durante el año y produciendo excedencia sobre los gastos ordinarios administrativos. En 1887 los ingresos fueron escudos 52.126.145, y en el de 1888—después de deducido el importe de los dos impuestos ya señalados—fueron los ingresos 57.651.111, y en el primer trimestre de 1888 se elevaban ya á 16.709.974. Los gastos satisfechos en el balance de 1888, unidos á la suma pagada por diferencia de cambios y comisiones (en escudos 4.807.300), aumentaron hasta 50.801.131, cifra en que va incluído un excedente á favor del ingreso de 6.350.800.»

El Mensaje presidencial afirma que estos resultados son más que satisfactorios.

Por lo que respecta á la Deuda pública, lo más claro será reproducir íntegro el siguiente período del discurso presidencial:

«En Julio del corriente año (1889) quedaron amortizados, con el procedimiento natural y ordinario de amortización determinado en la ley, el primer empréstito de 12.900.000 escudos contratado por la República después de su reorganización. Este empréstito, contratado en el año 1868 al 6 por 100 de interés y al 2 1|2 por 100 de amortización acumulada, se negoció al 72 por 100 de su valor nominal. Hoy,

veinte años después de aquella fecha, la riqueza pública ha aumentando de tal modo y el servicio relativo á la Deuda se ha cumplido con tan rigurosa exactitud, que aquellos que cotizaban tan bajo nuestro crédito, cotizan de todos modos el 5 por 100 argentino más que á la par, y el 4 1|2 casi lo mismo.»

El Mensaje dice, sin embargo, que hay motivos para esperar aún mayor mejoramiento. El valor total de la Deuda exterior emitida en nombre de la Nación y agregada á la Deuda que la nación tomó á su cargo á consecuencia del convenio con la provincia de Buenos Aires, se elevaba en 31 de Diciembre de 1884 á 191.135.037 escudos: calculando la libra esterlina en cinco escudos y cuatro centavos.

El valor total de la Deuda interior emitida por la nación ó á su cuenta, se elevaba, según el libro del crédito público, á 257.987.083, incluyéndose en esta suma la emisión de billetes de cantidad inferior á un peso y 137.549,872 escudos de fondos públicos al 4 y medio por 100, dados á los Bancos para garantizar la circulación de sus billetes. El Mensaje calculaba que la Deuda exterior, deduciendo el importe de los préstamos, que habrían de hallarse saldados ya al concluir el año, se habría reducido de

191.135.037 escudos que á la salida importaba, á 87.705.807.

Sobre los bienes nacionales, el Mensaje, refiriéndose á una Comisión que en el año anterior tuvo el encargo de llevar á cabo un inventario detenido y minucioso de las propiedades nacionales, dice que en aquella fecha la Comisión llevaba en sus trabajos registrado un valor de 500 millones de escudos al curso legal.

«Los bienes, cuyo inventario se ha hecho—dice el Presidente, siempre en la fecha 7 de Mayo de 1889—permiten asegurar hasta ahora que nos hallaremos en estado de reembolsar nuestra Deuda pública en circulación, sin que nada quede hipotecado, fuera del 20 por 100 de los bienes nacionales.»

Como se ve, el Presidente se bañaba en un mar de delicias.

Por lo que respecta á las operaciones realizadas en la Bolsa de comercio, como el Mensaje habla de todo, el Presidente se dirige también aquí á los senadores y diputados, diciéndoles:

«Debo daros noticias de un hecho, cuya importancia no se escapará seguramente á vuestro entendimiento: el juego sobre las diferencias de las varias monedas no nacionales de oro y de

curso legal, lo mismo que sobre las operaciones de demora, habia alcanzado cifras fabulosas. Se realizaban ya operaciones á propósito, por más de mil millones en oro; este juego, como era natural, aumentaba de una manera extraordinaria la demanda de oro en el mercado, contribuyendo á la depreciación de los billetes de Banco con curso legal, hacían muy variable su valor y dificultaban las transaciones comerciales.»

Después de este exordio, que hoy por sí solo merecería ser meditado en todo aquel valor (demasido discutible) que pudiera tener, pasaba el Presidente á tratar de la absorción de los capitales pertenecientes á Sociedades particulares, que este juego producía, con los juegos del agio entonces, el 15 ó 18 por 100; al hondo resentirse de las industrias y del comercio y los Bancos del Estado que veían agotarse sus reservas.

Como es natural, después de esta pintura de tintas exclusivamente bursátiles, sin buscar otra causa de la subida del agio sobre el oro, el Presidente llega á tocar la medida famosa, adoptada por Varela, á la sazón ministro de Hacienda, y en virtud de la cual se prohibían en la Bolsa las contrataciones sobre oro y se cerraba la misma Bolsa por algunos días.

El decreto prohibitivo estaba á la sazón reciente, de poco más de un mes, y la Bolsa, después de haber permanecido cerrada por algunos días en cumplimiento del decreto mismo había conseguido poco antes de aquella fecha el permiso de abrirse de nuevo para contratar en los demás negocios. En la fecha del Mensaje subsistía aún en el jefe del Gobierno la ilusión de que, puestas en vigor aquellas rigurosas medidas sobre la contratación del oro en Bolsa, la llaga del agio se cicatrizaría. Los hechos demostraron después que estaba, por el contrario, adquiriendo mayores fuerzas, hasta el punto de que, cuando en el mes de Octubre sucedió á Varela el ministro Pacheco, con muy diferentes ideas en Hacienda pública, el agio llegaba ya al 200 por 100; del cual no volvió á descender, antes se encuentra hoy á más altura, después de lo cual no se concibe realmente que puedan sobrevenir situaciones más desesperadas. Entretanto, con motivo de esto que á la sazón parecía un simple conflicto de Bolsa y hoy ha llegado á ser una ruinosa, una abrumadora cuestión nacional, dice el Mensaje: «Para destruir de una vez y radicalmente el mal (esto es, el agio del oro), os será presentada una ley sobre las Bolsas de comercio.»

Desde aquí el Mensaje pasa á exponer la situación del *Tesoro Nacional.*

Dice que, en aquella fecha, posee la nación en depósito en los Bancos, las cantidades siguientes:

Con fecha 15 de Abril de 1889 habían sido depositados por el Estado en el Banco Nacional (aquel Banco que en Julio de 1890 debía suspender los pagos de sus dividendos), 32.084.745 escudos en oro; en el Banco de la provincia, en oro también, 2.825,603: total de lo depositado en oro, 34.910.409 escudos. Más por depósito en moneda de curso legal, en el Banco Nacional, 22.828.000 escudos; más aún, por depósito en el mismo Banco, cuenta de Tesorería, 2.100,000 escudos.— Total en moneda legal, ó sea en papel, 79.044.634 escudos.

Agrega el Mensaje que el Estado posee los siguientes valores, inmediatamente vendibles en aquel mercado mismo, ó en el de Londres: acciones del Banco Nacional, 180.000, que á la cotización de entonces, representaba 45.980.000 escudos; acciones del ferrocarril del Centro que, dice el Presidente, calculadas más bajas de su actual valor en moneda de curso legal, representan 9.100.000 escudos. Otras acciones de los ferrocarriles centrales, en número de 78.404,

que pueden ser calculadas, en moneda legal, en 1.870,000 escudos; total de estas acciones: 56.950,000 escudos.

Dice después que el Tesoro Nacional debe recibir por trabajos subastados, relativos á obras de higiene y nuevos ferrocarriles, un total de 30.000.000 en efectivo que, en papel, representarán también 46 500.000 escudos.

Y este capítulo presidencial termina con las palabras que á continuación copio:—«Pongo término á este párrafo sobre la Hacienda nacional, haciéndoos saber, con gran satisfacción mía, que la riqueza pública ha aumentado de un modo considerable (¡!); que el comercio y la producción nacional han adquirido un rápido y vigoroso impulso; que el crédito dispone entre nosotros de elementos que no existían antes.»

Y aquí cierro, sin más comentarios, el escarceo lírico del Presidente, sobre el capítulo del Tesoro.

En el párrafo que concierne á la Justicia, el Mensaje elogia, entre otras cosas, la magnificencia del nuevo edificio en que el Tribunal Supremo de la nación y las salas de la justicia federal han de ser instaladas.

En lo que respecta á la Justicia de las provincias, dice el Mensaje que solamente los loca-

les de La Plata y de San Luis corresponden á la importancia que le son propias; en cuanto á los otros Tribunales funcionan en locales que no son en manera alguna convenientes; por lo cual «creo que es indispensable dotar á todos los Tribunales de la nación de edificios proporcionados á la majestad y al respeto debido á la Justicia.»

Respecto á los asuntos del culto, el Mensaje, sentando previamente con cuánta lealtad es observado el precepto constitucional que dispone la protección del catolicismo, afirma que le es muy grato manifestarles de qué modo una parte de las autoridades eclesiásticas han mostrado la más perfecta sumisión á las leyes.

Solamente hay en el discurso un cumplimiento especial para el obispo de Córdoba: «que administra en su diócesis con una prudencia evangélica y un tacto digno de sus grandes condiciones.»

De pronto no consigo explicarme este fenómeno especial de orden eclesiástico, aunque sé que el Presidente es precisamente de Córdoba, provincia de que es Gobernador un hermano del mismo. Después, en mi viaje á Córdoba, reconociendo hasta la evidencia que en aquella remota provincia manda casi exclusivamente

el clero, siendo en ella el sacerdote árbitro en las elecciones y poseyendo acaso tantas iglesias y conventos cuantos existen en el resto de la República, pude explicarme aquel fervor extraordinario en pro del obispo de Córdoba.

Pasa en seguida á la instrucción pública. En realidad, si ha de juzgarse por los locales para escuelas que en Buenos Aires y en otras provincias son verdaderos monumentos de arte, la instrucción pública no podía ser tratada con mayores consideraciones ni con más respeto.

Demuestra el Mensaje que las dos Universidades de la nación continúan marchando por el camino del adelantamiento. Deplora, sin embargo, que estos dos ateneos, autónomos, no tengan otra analogía entre sí que la resultante de la analogía de sus estatutos, y que en lo relativo á la enseñanza no se encuentren en perfecta armonía, lo cual echa de ver, á su costa, el alumno que, habiendo principiado sus estudios en una de estas Universidades, debe terminarlos en otra. Y acerca de esos estudios superiores, el Presidente afirma que «el progreso y la civilización del país reclaman la creación de una facultad de *Filosofía y Letras.*»

En lo relativo á la instrucción secundaria y normal, el Mensaje declara que las reformas

introducidas en ella dieron resultados excelentes. La República Argentina poseía en aquella fecha 34 escuelas normales, dos de las cuales se hallaban en la capital, cinco en la provincia de Buenos Aires, tres en la ciudad de Córdoba y dos en cada una de las otras provincias. Estas escuelas en 1888 contaban 758 profesores y 11.375 alumnos; en el año siguiente el número de profesores se elevaba á 927, y el de los alumnos se había elevado en muy cerca de una tercera parte.

El Mensaje se felicita después muy especialmente del progreso de la instrucción primaria; elogia á los Gobernadores de las provincias por haberse consagrado á esto con ardor; enumera 133 escuelas públicas primarias para la capital, con aumento de 17 sobre las que existían en el año anterior. El Consejo de educación que vigila sobre estos estudios, disponía en aquella fecha de 73 edificios, y además de seis solares destinados á la construcción de otras escuelas. En conjunto existían en la República 438 edificios consagrados á la instrucción primaria; había además en construcción 62; 20 en Santiago del Estero y ocho en Córdoba (dos de los cuales eran verdaderos palacios), 18 en Mendoza y 16 en la provincia de Buenos Aires. A la

construcción de los locales para escuelas primarias habían dedicado algunas provincias fondos especiales: Tucumán, 500.000 escudos; Salto, 150.000; Santa Fe, 100 000.

En resumen, las escuelas primarias, así de niñas como de niños de todas clases, llegaban en la provincia de Buenos Aires á 630, con 47.908 alumnos y 1342 profesores; en todas las provincias el total de estas escuelas era 2.253 con 175.237 alumnos y 4 744 profesores. El Mensaje, aduciendo datos comparativos con el estado de la instrucción primaria en los años precedentes, felicita al país por el actual progreso.

Y á propósito de este progreso, no sé abstenerme de señalar un hecho del cual me he cerciorado por mí mismo. Tuve en mis manos algunos libros de las escuelas primarias argentinas, en que existe una mezcla de elementos de instrucción geográfica, astronómica, aritmética é histórica con buen golpe de ilustraciones. Hay allí, entre otras cosas, las armas «de todos los Estados en que se subdivide el mundo.» Pues bien: entre estas armas ó insignias de los Gobiernos que se reparten el mundo, figuran las armas pontificias. No me parece mal que esas armas, geográfica é históricamente

hablando, tengan un sitio algo separado, aunque sea en una categoría especial de Estados; esto es, en los Estados espirituales; pero clasificarlos entre los Estados temporales después del 20 de Septiembre de 1870, no es lógico. Tampoco en las noticias históricas de aquel libro (libro de texto para las escuelas primarias) aparece Italia tratada con aquel grado de verdad y con la importancia que corresponde á un Estado que, en la fecha de la lectura del Mensaje, contaba cerca de 800.000 ciudadanos esparcidos en las regiones del Plata.—No es, ciertamente, amigo de Italia el que confeccionó aquel librito de texto con ilustraciones.—A menos que no haya sido precisamente la razón del excesivo número de compatriotas nuestros residentes en la República Argentina la que, después de haber inducido al Gobierno al artificio de una inmigración de las razas del Norte de Europa para contrabalancear la italiana, pueda haber inspirado la idea de publicar libros de texto elementales en los cuales la importancia histórica y geográfica de la nación italiana aparezcan tan empequeñecidas.

Después del párrafo de la instrucción, viene el dedicado á la destrucción, quiero decir, el de la guerra.

El presidente de la República canta las alabanzas de la lealtad y de la honra del ejército argentino; manifiesta grandes esperanzas para el porvenir, pero se abstiene de aducir cifras á este propósito. Yo las expondré á su debido tiempo, desde la cruz á la fecha, con ocasión de las magníficas revistas por las fiestas del 25 de Mayo y la entrevista solemne de los dos Presidentes. Entretanto el Mensaje presidencial indica la necesidad de nuevos cuarteles en varios puntos del territorio nacional, y muy especialmente en el Chaco.

Acerca de la Marina, el Mensaje declara que se han adoptado y continuarán adoptándose todas las medidas necesarias y posibles para colocar la Marina argentina á la altura que le corresponde. Habla de viajes de instrucción; de exploraciones científicas á las costas y por los ríos del interior; hace mención especial del viaje de instrucción de la corbeta *Argentina* á las costas del Pacífico, llevando á bordo á los alumnos que recientemente habían terminado sus estudios en la Escuela Naval. Habla además del envío del acorazado *Almirante Brown* á Europa, para un viaje de instrucción, agregando que se aprovecharía este viaje para hacer en la nave las necesarias reparaciones.

El Mensaje, afirmando en este punto que ha trazado «con la más perfecta exactitud» el cuadro de la situación general de la República Argentina, y agregando que nada quiere decir acerca de la política interior, afirma que, en aquella situación conservadora del Gobierno, á los partidos viejos sin objetivo ni bandera no les queda más recurso que disolverse. No sé ciertamente si la afirmación era bastante explícita; el Mensaje, de todas suertes, concluye así: «Señores senadores, señores diputados: que Dios os ilumine en la tarea que váis á comenzar.» Y declara abierta la nueva legislatura.

Terminado el discurso, además de los aplausos de la Asamblea, estalla un estrépito ensordecedor, producido en la plaza de la Victoria por el disparo de morteretes, en tanto que las bandas militares alternan en dar al aire sus armonías, entre las cuales predomina el himno argentino. Los balcones del palacio del Gobierno y la azotea frente al Río, se pueblan de caballeros de frac negro y sombrero de copa; los alguaciles de la República sirven profusamente helados; yo, desde el fondo de mi corazón, doy tácitamente un millón de gracias al jefe del Gobierno por haberme iluminado con su discurso, no sólo acerca del estado de la República,

sino también sobre la medida de las ilusiones de su Gobierno.

CAPÍTULO XXV

En los teatros.—La Patti.—Su recibimiento puesto en cuadro.

Cuando se dice que todo parece extraño en el mundo argentino, se expresa solamente la quinta parte de la verdad; queda por decir que todo toma proporciones kilométricas, en la medida del Mensaje presidencial, para todo lo que que en aquel día ó aquella noche adquiere categoría de *actualidad*. Así ocurría, por ejemplo, con Adelina Patti en el *Politeama* argentino; cuando la famosa *diva* había de cantar, solamente este acontecimiento estaba á la orden del día.

Recuerdo que, en una de las primeras noches de mi estancia en Buenos Aires, viniendo yo de la última de las calles del Callao para internarme en la de Corrientes, quedé sorprendido ante el espectáculo de una procesión interminable, cuya característica, en medio de la oscuridad, eran las linternas. Nuevo yo en aquella si-

tuación, pregunto de qué se trata, y me responden que está para terminar la función del *Politeama* argentino, con la Patti que canta *La Traviata;* los carruajes particulares comienzan á ponerse en fila. Era otra cosa: ¡aquello no era fila! Se trataba, y no exagero en verdad lo que digo, de centenares y centenares de carruajes dispuestos en dos hileras, no sólo en la calle de Corrientes, sino en las que allí desembocan y están alrededor del *Politeama*. Los precios de estas representaciones, como en general los precios de las funciones de ópera, son tan elevados para los palcos, butacas y galerías, que todo el que asiste al teatro, fuera de los que concurren al *gallinero* (1), puede ser considerado como un gran señor.

Los vigilantes prestan en tales noches un servicio en que se compendian los trabajos de Hércules. Cuando el carruaje, al comienzo del espectáculo, se detiene delante de la puerta del teatro, entrega el vigilante una contraseña al

(1) El vocablo *Piccionaia*, que el autor emplea, significa *palomar;* pero como la idea que en el original se expresa no queda fielmente traducida con esa voz, me ha parecido más propio sustituirla con la palabra *gallinero*, que en lenguaje familiar significa lo mismo que *ignominia, paraíso,* que es el sitio más barato en nuestros espectaculos teatrales.

(N. del T.)

cochero, y una contraseña—con el número correspondiente—á las personas que se apean. Al terminarse la función, á medida que la gente va invadiendo el vestíbulo, el vigilante recoge de las que se hallan más próximas á la puerta de salida la contraseña; mira el número, después sale á la calle para gritar la cifra, que de un vigilante á otro vigilante va repitiéndose hasta que llega á oídos del cochero á quien se dirige la llamada. Digo á ustedes que esto ya, por sí sólo, es un espectáculo. No exagero ciertamente si afirmo que en las noches de función de la Patti, la longitud de la línea de coches que esperaban á las gentes del teatro—si los carruajes se hubieran puesto en fila—habría pasado de un kilómetro.

Fuí, después de la *Traviatta*, á oir á la Patti en una representación de *Linda de Chamounix*, en la cual no había yo oído á la *diva*. La Guerrina Fabbri, mi hombre mujer de Barcelona, desempeñaba la parte de Pierottó; padre de Linda era el barítono Marescalchi; Marqués de Boisfleury, E. Reggiani; Vizconde de Sirval, C. Lamfredi; Prefecto, E. Marcassa; madre de Linda, la Fiorio Poli. En la puerta del teatro se distribuía gratis una hoja de anuncios, que contenía acto por acto el argumento de la

ópera; género de publicidad de buen resultado siempre en América, de resultados problemáticos en otras partes, y de ninguno absolutamente en Italia.

El precio de la localidad que se ha pagado para esta representación, no es calculable fácilmente, porque el billete respectivo pasa desde el primer comprador por tantas otras manos de explotadores, que el espectador ha de adquirirle pagando, cuando menos, cuarenta escudos, si se trata de una butaca.

El público se componía, en su mayor parte, de caballeros de frac y de señoras con trajes deslumbradores. Yo, sin embargo, no había acudido al teatro para presenciar el espectáculo *extra*, sino por lo sustancioso del mismo. Habían transcurrido justamente diez años desde que había yo oído por última vez á Adelina Patti, y tenía curiosidad de saber si aquel timbre maravillosamente suave conservaba todavía su encanto, y si la *diva*, ciertamente en buena edad aún, pero conocida en la escena en todo su esplendor hacía ya un cuarto de siglo, se encontraba ahora entre los astros que se toleran ó entre los que brillan todavía. Antes que la voz misma me sorprendió su porte: Linda se me apareció en toda la sencillez de la moza

montañesa que su majestad el Amor había colocado al nivel de las más grandes heroínas del sentimiento.

La Patti no solamente conserva todo el encanto de la voz, sino también el de la figura, porque, principalmente en el acto primero, era muy difícil convencerse de que aquella figurita esbelta como cabritilla montés, real y verdadera en todos los actos de la enamorada campesina, flor de gracia y de naturalidad en todas aquellas escenas, ya resueltamente cómicas, ya vigorosamente dramáticas, fuera la misma que, va para treinta años, llena el mundo con su fama como artista y como mujer, y que fué un día llevada á la pila bautismal del arte por el mismo Joaquín Rossini.

¡Cuántos años y cuántos recuerdos! Un día, creadora, no superada aún, de Margarita, de Rosina, de Amina y Lucía, cuando el cerebro del mundo no tenía á menos conceder sus aplausos y sus millones al *Teatro de los Italianos*, después, en un viaje que puede ser llamado de *reconsagración* lírica, atravesó todas las capitales del mundo Violetta, actriz insuperable, cantante peregrina; Violetta hacía recibir con el segundo hechizo de la novedad la creación más sentimental de Dumas y la ópera más po-

pular del moderno teatro melodramático; finalmente, después de tantas historias de arte y de no arte, otra vez en París no ya cantante de los *Italianos*, sino de la Opera Francesa, interpreta *Romeo y Julieta*, de Gounod.

Pues bien: allá, en el Nuevo Mundo, en aquel barracón enorme, más ó menos delicadamente convertido en teatro gracioso, oí á la Patti, que producía entusiasmos iguales á los que había excitado diez, veinte años antes, en otra parte del mundo; la veía revestir siempre de un modo magistral la esencia del personaje que representaba. La parte que debía ella reproducir aparecía á mis ojos con todo aquel encanto de juventud y de sinceridad, tan querido para el poeta eterno de las grandes ilusiones, el público. En aquellas veladas del *Politeama* argentino vi á muchos maestros de capilla sentados en sus respectivos sillones, que se deleitaban escuchando aquella lluvia brillantísima de notas picadas, de *grupetos*, de *síncopas*, de gárgaras, como las llamaba en cierta ocasión un profano. Pero estas maravillas, estos prodigios de la garganta de la Patti, eran ya sabidos. Lo que maravillaba aquella noche en Adelina era, sobre todo, el modo perfecto de idealizar el tipo de la protagonista.

En el acto último de *Linda* agregó á su parte, á más del andante suavemente amoroso de *Marta*, que es la inspiración más hermosa de Flotow, un aria, con letra inglesa, de gran efecto en aquel público, y que los espectadores hicieron repetir muchas veces.

Terminada la ópera, con no sé cuántas llamadas á la *diva*, pasé al atrio para felicitar al empresario Ciacchi por el brillante éxito de la cantante y de la taquilla. El caballero Ciacchi, ese hombre eminentemente diestro, que tiene de empresario todo menos la figura, la cual semeja más la de un gran señor conquistando muchachas, hallábase en aquel momento meditando quizás la colocación de una nueva piedra en aquel recinto de sus glorias. La primera lápida fue puesta por él en aquel atrio cuando, diez años antes, Ernesto Rossi iba á inaugurar con una serie de representaciones el *Politeama* argentino.

La segunda piedra vino cuando la Patti, *la primera artista lírica del mundo*, como la nombraban los anuncios, cantaba por primera vez en el *Politeama*. Cuando presentó en escena, *á todo coste*, el *Otello* de Verdi, Ciacchi no puso lápida alguna para enseñanza de la posteridad, porque en aquella contienda famosa entre el teatro de

la Ópera y el *Politeama* argentino, el de la Ópera con Tamagno, presentó un *Otello* legítimo, mientras el otro ¡pobrecillo! hizo del moro una figura algo bastardeada. Verdad es que, según dice el proverbio, los bastardos tienen á menudo muy buena suerte. Pero en esta ocasión no era el proyecto de colocar lápidas para la Patti lo que el inteligente empresario meditaba en el atrio de sus propias victorias; pensaba en un sencillo cuadro. Terminada aquella serie de cerca de veinte representaciones, en las cuales la Patti se presentó en *Traviatta*, *Semiramide*, *Romeo y Julieta*, de Gounod, *Dinorah*, *Linda*, *Lucía* y otras óperas que no recuerdo, el empresario Ciacchi quiso maravillar al público con algun recuerdo más deslumbrador, en aquellos días en que la prima dada al oro tocaba ya al 200 por 100. En el cuadro que se colocó en el atrio, se admiraba sencillamente la acogida dispensada á la Patti dirigiéndose á la casa de Ciacchi; una suma de *trescientas mil liras esterlinas*, pagada toda en dinero contante y sonante.

Si el señor Taglierini hubiese oído la exclamación que lancé cuando leí en el atrio aquel prodigioso ingreso, que representaba veinte representaciones, ó muy pocas más, habríame

acusado otra vez de no sé qué lucubraciones contra el capital. Y al pensar que quien hacía llover aquella bendición de Dios era una artista del canto italiano, hija de italianos, acaso hubiera prescindido por esta vez de su muletilla: *¡Qué pequeños somos los italianos!*

Supliqué á Ciacchi que me hiciera el favor de felicitar en nombre mío á la insigne artista. Precisamente diez años antes había yo recibido, como grato recuerdo, un retrato de fotografía con dedicatoria. Ahora recibo otro, con dedicatoria igual, ó, por mejor decir, con dedicatoria un tanto variada, porque en el retrato de 1879 hay escrito: «Al señor... fulano de tal, Adelina Patti;» el de 1889 lleva estas líneas: «Al señor... fulano de tal, recuerdo de Adelina Patti Nicolini.» Sería yo adulador si dijera que el retrato de 1889 me conservó las ilusiones que la avispada figurita, que poco antes admiré, cuando lanzaba trinos y gorjeos de amor en *Linda*, había despertado en mi espíritu. El retrato es admirable y de prodigioso parecido; y confrontando la fascinadora figura del retrato de 1879 con el retrato de 1889, vése uno obligado á exclamar involuntariamente: «¡Cómo se cambia en diez años... aun siendo *diva!*»

Existe siempre, sin embargo, y puede adver-

tirse en el último retrato:—«Aquel fuego eterno en este tipo de artista, cada vez más entusiasta por el arte.»

Durante aquellas representaciones en Buenos Aires, Nicolini no se presentó más que una sola noche en *Lucía*. Es cierto que la voz del cantante no era ya aquella que oí en Roma y en el teatro de *Apolo*, cuando por primera vez se representó *Aida*, durante la temporada de 1874 á 1875, en que la insigne Stolz se presentaba por última vez en la obra maestra de Verdi, y Nicolini entusiasmaba en su papel de jefe guerrero de los egipcios, hasta el punto de ser llamado al final del acto tercero aquel número interminable de veces consecutivas que en las crónicas del arte podrían llamarse *llamadas para uso de la Patti*.

Antes de poner punto á este relato sobre las impresiones de *Linda* en Buenos Aires, debo felicitar á mi compañera de viaje, Guerrina Fabbri, que fué un Pierotto aplaudidísimo, al cual la proximidad del astro máximo no hizo pasar inadvertido.

En el arte hay puesto para todos; para todos los buenos, por de contado.

Mientras Ciacchi, el empresario, hacía colgar en el atrio del *Politeama* argentino el cuadro en

que aparecía el *chalet* que la Patti y Nicolini habían tenido alquilado durante su permanencia en Buenos Aires (en el punto más risueño y más perfumado de la capital), se procedía á la venta en pública subasta de los muebles y efectos que habían servido á la *diva Adelina Patti*, como decía un anuncio profusamente repartido por la ciudad. Renováronse entonces aquellas pujas para la adquisición de preciosos recuerdos que, muy especialmente en los pueblos en que la excentricidad es lo habitual, producen á las veces verdaderas locuras.

CAPÍTULO XXVI

La fiebre de los negocios en la víspera de los desastres.

Así como la hermosa ciudad de Montevideo—ya se lo dije á ustedes paladinamente—no me produjo la impresión de una ciudad de negocios (acaso por error mío), en Buenos Aires, por el contrario, por muy grande que fuese el aturdimiento producido en mi espíritu por el incesante espectáculo de lujo y de aberraciones en la ostentación, conocí que me hallaba, cada vez

más, en el ambiente de los negocios por excelencia.

En la capital argentina ha invadido á todos, hasta ó los músicos callejeros y organillistas, la fiebre del negocio. En el teatro mismo, entre una ovación y otra ovación de las tributadas á la diva, no dejaba de exclamar el espectador que ocupaba la butaca próxima, y de exclamar en italiano, ó en español, ó en francés, ó en ingles, ó en alemán:—¡Ah! si... ¡la Patti es un buen negocio!

Los jardines de aclimatación, un buen negocio; porque hay en ellos mercancías que, ya en estado de plantas, ya en el de semillas, han tenido que viajar, han constituído comercio, y por lo tanto, negocio. Un hermoso bosque, negocio magnífico..., especialmente desde el punto de vista de la corta. Una mujer hermosa, aunque sea muy honrada, buen negocio; porque está admitido y consentido en todo el mundo civilizado que, con la intervención de la mujer joven y guapa, se realizan los mejores negocios.

Un buen caballo, negocio... ¡y qué negocio! sobre todo en las carreras. También un perro puede ser un buen negocio. De los pájaros nada quiero decir; en Buenos Aires eran muchas ve-

ces un *negociazo*, y de sobra sabe esto un comerciante de la calle de Corrientes. En Buenos Aires oí muy raras veces la pregunta:—¿cómo está usted?—Pero en desquite, escuché muchas veces esta otra: —¿Cómo le van á usted sus negocios?—Ya he dicho á ustedes que en la mesa el negocio estaba proscripto como tema de conversación pero que muy á menudo la comida misma era un buen negocio. Cualquiera que se halla á punto de ultimar un negocio ó quiere concluirlo, invita desde luego y con la insistencia necesaria, á comer al sujeto que, para la combinación del negocio, le hace falta En la mesa no se habla de ello; pero la mesa sirve, por decirlo así, de vehículo para que, entre los vapores del vino y una vez terminada la comida, se dé también la última mano al negocio, cuando las señoras se retiran al salón, justamente para dar ocasión y oportuuidad de tratar el negocio, que á veces suele ser una boda.—En esto, sin embargo, ¡cosa extraña por cierto! no existe el negocio verdadero é inmediato, como en la cuestión de matrimonios ocurre tan á menudo en nuestros países europeos, porque aquí no está en vigor la dote.

—¿Hay algo que no se convierta en negocio en la República Argentina? ¿El nombramiento

de Presidente y Gobernadores de las provincias? ¡No es preciso decirlo!... Es como si se repitiera que el río lleva agua. Los que luchan encarnizadamente en esas elecciones, en las cuales la primera materia, quiero decir el elector votante exclusivamente indígena, es lo de menos, no son los partidos políticos; los que lo hacen todo, ó la mayor parte, son los grupos, las masas, las falanges de los hombres de negocios, de todos los partidos y de toda la nación; el manipulador, el negociante lo hace todo; el elector hace lo demás.

¡Los brazos de los faroles del alumbrado! También esto puede ser un negocio, sin contar, por supuesto, con el negocio de su instalación ni con el contrato hecho para procurárselos y colocarlos. A un fulano de tal, que anda por ahí, por esos mundos de Dios, á la husma del negocio, le ocurre un día que conviene suprimir en las columnas de los faroles todos los ringorrangos menos indispensables para su sostenimiento, y colocar, en cambio, un cuadrito de anuncios, pagaderos á mayor ó menor precio, según que sea la calle más ó menos acreditada en lo referente á negocios. Obtiene del Gobierno la patente de privilegio de invención, y en seguida vende el privilegio á otro; éste lo

revende á un tercero, y así, de reventa en reventa y de cesión en cesión, al cabo de uno ó dos años, se realiza el negocio también para el público, el cual ve al fin en los huecos de aquellos sustentáculos de los faroles los cuadros de anuncios de que se ha hablado tantas veces. ¡Qué cúmulo de negocios directos é indirectos, inmediatos y mediatos, representa aquel cuadro de anuncios! Los adornos del alumbrado, he dejado de decir esto, habían sido ya anteriormente llenados de elegantes porta-anuncios. Tenían los hasta los troncos de los árboles en los paseos públicos: en cada arbol un poco notable un cuadrito de anuncios.

¿Qué diré á ustedes de los negocios sobre terrenos?

Aquí se halla la gran fantasmagoría en que se manifestaron tantas aberraciones; aquí donde de la nada surgieron tantas fortunas y donde se hundieron tantas otras; aquí precisamente se tocaron los límites de lo increíble.

Justamente en los días que pasé en Buenos Aires fué cuando el negocio sobre terrenos llegó al grado máximo del paroxismo. Por parte de los que distribuían hojas volantes, parecía aquello una inundación; no ya solamente en las inmediaciones de la Bolsa, por toda la ciudad

se repartían anuncios de *remates*. Agréguese á esto las oficinas públicas; además los reclamos en aquellos locales de piso bajo, en los que aparecían enormes pizarras cuajadas de cifras y planos de terrenos que se sacaban á subasta. La mayor parte de los anuncios impresos encabezaban sus alocuciones con estas frases, de la orden del reclamo: ¿QUIERE USTED SER RICO? *Compre usted un lote de los terrenos que remata*... (aquí el nombre del rematante, el sitio, la fecha, la extensión del terreno, la base del precio de cada lote); y terminaba con esta pregunta conmovedora:

—¿QUIÉN NO ES PROPIETARIO?

En la Bolsa los títulos más nombrados no eran ni las acciones del *Banco Nacional*, ni las de Bancos de las provincias, ni las famosas cédulas hipotecarias al 8 por 100 de interés. La palabra más constantemente repetida era ésta: *terrenos*. ¡Y cómo y cuánto se abrían los ojos ante esa expresión, mágica un año ha, y hoy ridícula! *Terrenos*, se oía por la calle; *terrenos*, en las oficinas de correos, donde hasta entre los empleados ínfimos había muchos apasionados por ese negocio; *terrenos*, en las oficinas de telégrafos, en los cafés, en las tiendas, en los buques, en ferrocarril, en los coches del tranvía.

A mí, la antítesis del hombre de negocios, me dijeron muchas veces con la expresión del más sincero asombro:

—Pero... ¿cómo? ¿saldrá usted de la República Argentina sin haber hecho ni una sola operación sobre terrenos?

A lo cual yo respondía siempre:

—De muy gana compraría yo un carro de este precioso terreno para llevarlo á mi país; pero está allí la aduana con cien ojos, y produciría una molestia al Parlamento el inventar un vocablo nuevo para el arancel.

Si dijese á ustedes que hasta los criados, las planchadoras, las fregatrices, habían interesado los propios ahorros en algunas operaciones sobre terrenos, no les diría nada exagerado, sino un hecho muy común también en estas clases. Que fué éste el período culminante de aquella locura universal en pro de las operaciones sobre terrenos, me lo aseguraron personas que de mucho tiempo atrás vivían en Buenos Aires en medio de los negocios. Pero si aquel era el período febril de las ilusiones, el de las verdaderas fortunas hechas sobre terrenos había ya pasado. El aumento rapidísimo de la población, muy especialmente durante el último decenio; la apremiante necesidad de nuevas

habitaciones en Buenos Aires y, como consecuencia, el ensanche del perímetro de la ciudad hacia terrenos que en otro tiempo no se habían considerado propios para edificaciones, vino á dar valor extraordinario y mucho precio á solares perdidos antes en la inutilidad del espacio. De aquí el infiltrarse en todos, después de aquellas rápidas cuanto inesperadas fortunas, la convicción de que el más insignificante pedazo de terreno era el germen probable de un fortunón.

También los grandes trabajos de ferrocarriles, las nuevas líneas construídas en localidades hasta entonces casi despreciadas, fueron causa, en ciertos sitios afortunados, de grande y rápida fortuna para algunos que sólo habían sido propietarios de última escala ó compradores de última hora.

Entonces se realizaron algunos golpes de fortuna maravillosos. En Buenos Aires, algunos terrenos que en el año 1886 se vendían al precio de setenta *miserables centavos* por metro cuadrado, se revenden dos años después (en 1888) á dieciocho escudos el metro cuadrado. Un fulano de tal tenía contra un desdichado cierto crédito de doscientos *nacionales;* el deudor, por exigua que fuese la deuda, no se ha-

llaba nunca en estado de solventarla. Un día, fatigado de las persecuciones de su acreedor, el deudor abandonó á la discreción de aquél un pedazo de terreno que aún poseía, resto de antigua fortuna, y realmente le pareció que arrojándole aquel hueso se libraba por casi nada de un implacable mastín. Por una de aquellas extrañas combinaciones que ocurrían entonces en lo relativo á los terrenos, la superficie abandonada llegó á ser, transcurridos cuatro años, tan preciosa, que el acreedor, ya dueño de su haber con aquel *hueso hueco*, sacó por ella sesenta mil escudos. Conocí personalmente á los dos interesados en aquella deuda: el uno, en carruaje propio; el otro, pobre y desarrapado. Especuladores listos, más diré, administradores excesivamente mañosos y muy astutos, pensando á tiempo que un trazado de ferrocarril atravesaría dentro de algunos meses determinado campo, hasta entonces inútil en poder de otro, supieron adquirirlo con la oportunidad necesaria para ganar en el trato cien mil escudos limpios.

Justo es decir que en la República Argentina la fortuna tiene esos caprichos raros y esa ceguedad para elegir, en muchas otras cosas que no son terrenos, ni jugadas de Bolsa. Algunos

desesperados, no sabiendo á qué Santo encomendarse, se hicieron mancebos de botica, y una vez adquirido un poco de crédito, abrieron oficinas de farmacia por su propia cuenta, sin poseer título de ninguna clase, y realizaron grandes fortunas por haber comprendido al público y conocido la localidad. Supe de otros que por haber establecido en Buenos Aires boticas con un capital llevado de Europa, y con otro capital mayor en títulos y en conocimientos profesionales, se arruinaron y acabaron muy desdichadamente, siendo criados y practicantes de sus mancebos.

Pintores de género llegados á la República Argentina, precedidos de envidiable fama, hubieron de tornar á Europa no comprendidos y con mucho... hambre. Otros, y muy medianos. llegaron á ser por algún tiempo, no se sabe cómo, artistas de moda, y por dejar simples bocetos se hacían pagar espléndidamente. Quien adivinó, en lo que respecta á pintura y durante varios años, al Sud-América, donde poco ha nadie se curaba de cuadros, fué nuestro Michette, con sus cabezas famosas...; las que no son apócrifas, se entiende.

Sujetos que en Europa gozaban reputación de hombres de negocios muy expertos, llega-

dos á Buenos Aires realizaron algunos tan negativamente, que tuvieron que volverse á Europa entre las rechiflas de todos.

Otros que ya no creían poder en su vida realizar mejor negocio que tirarse al río de cabeza, establecieron, antes de proceder á ese desenlace, un *almacén*, y se encontraron convertidos en capitalistas de arraigo.

En determinadas épocas, cocineros de la última categoría, por haber logrado un poco de fama con algún pastelillo á la moda, hicieron una buena fortuna. Desde una ciudad italiana parte cierto día un infeliz que, á fuerza de vender por la calle la *única diversión para los niños*, juguete que consistía en un muñeco en traje de payaso y que se movía no sé de cuántos modos, estaba muriéndose de hambre. Llevó á Buenos Aires una caja llena de esos juguetes. Quizás pensó, más que en realizar un buen negocio, en que el cajón, ya que no su contenido, podría proporcionarle, vendiéndole bien, con que comer uno ó dos días. Llega á Buenos Aires; coloca bajo el brazo una docena de aquellos juguetillos que en Italia no querían ya ni los hijos de los pobres; después, moviendo aquellos maravillosos cachivaches, comienza á recorrer las principales calles; y pensando

que, cuando menos, podrá sacar lo necesario para pagar su posada, grita hasta desgañitarse: *¡Unica diversión para los niños!* Amontónanse en rededor del buhonero párvulos y adultos; se enamoran del juguetillo; muy pronto se arma una verdadera batalla para comprarlo; la primera edición quedó inmediatamente agotada. Vuelve á la venta con la segunda, que agota también, aunque á mayor precio; en muy poco tiempo logra ver el fondo del baúl, y al ajustar cuentas, comprende que ha realizado un negocio excelente. Había llegado en un día propicio para los vendedores de juguetes. Si yo, ó ustedes, hubiésemos ido para ejercer de comadrones á Buenos Aires, de seguro no habría nacido nadie.

Véase, por ejemplo, lo que se significa al decir lo de que hay que ser, en tiempo oportuno, alcalde ó droguero afortunado. No creo ciertamente todo lo que se dijo en los periódicos de Buenos Aires acerca del gran almacenista que desempeñó la alcaldía de aquella ciudad, antes de Seeber, ese alcalde reparador... demasiado tarde.

No creo, lo repito, en todo lo que he leído sobre la administración de aquel alcalde, por la sencilla razón de que no he tenido en mis manos las pruebas. De todas maneras vi las esta-

dísticas: ahora vean ustedes lo que dijo, y lo que imprimió también en documentos oficiales, la administración reparadora.

En un solo balance se encontraron inscritos por gastos de impresiones 1.273.965 escudos; parecerá increíble; pero no... soy yo quien ha publicado esa suma. En el mismo balance constaban como gastados en drogas para proveer el Hospital Mayor 115.000 escudos. Eso siendo alcalde un droguero... lo cual significa que, á lo menos, habrá sabido cerciorarse de si las drogas eran de buena calidad. Siempre en el balance mismo y en igual concepto de provisiones, se hallaron en comestibles por valor de 347.961 escudos. Había para alimentar, no ya á enfermos ni á convalecientes, sino á todo el ejército de sanos de Artajerjes.

Convengan ustedes conmigo, después de todo, en que hubo una gran época de negocios y de niquiscocios en Buenos Aires.

CAPÍTULO XXVII

Fiestas por la visita del Presidente del Uruguay.

—¡Oh!... ¿Qué veo? Señor Pierino... ¿Usted por aquí?

—Nada hay de extraordinario en que usted

me vea aquí. Juntos hemos llegado á América.

—Es verdad. Usted está ocupado en ver plantar palos.

—Ya comprenderá usted que tengo algunas otras cosas en que ocuparme; pero no me desagrada ver qué hacen.

—Pues bien se ve; hacen solemnes fiestas; ó, mejor dicho, las preparan.

Estas palabras de color... claro había cambiado conmigo mi excelente, atento y prudentísimo compañero de viaje, hacia el Veinte de Mayo. Lo hallé en una de las aceras centrales de la plaza de la Victoria, mientras con la boca abierta estaba viendo plantar los palos para los trofeos, banderolas y otros emblemas de festejos por la solemnidad nacional del 25 de Mayo, ó, mejor aún que por ésta, por la visita oficial del Presidente de la República Oriental, general Tajes, al Presidente de la República Argentina.

Así como, en el año precedente, el señor Juárez Celmán había sido recibido con gran pompa en su visita al Uruguay, había ahora un verdadero empeño en recibir más pomposamente al personaje que con un acompañamiento de cerca de cuatrocientas personas, entre civiles y militares, venía á devolver aquella visita. Y ciertamente la pompa y los suntuosos feste-

jos de Buenos Aires superaron con mucho á cuantas solemnidades se habían celebrado en Montevideo con motivo de la visita de Juárez Celmán.

En esta contienda de visitas y de recepciones triunfales, debe buscarse siempre el aspecto político. La República Oriental fué en otros tiempos parte del Estado Argentino, como dije ya en capítulo anterior; Estado pequeño, pero de bastante importancia por su posición de centinela avanzado de la embocadura del Plata, es ahora un bocadillo igualmente acariciado por sus dos rivales poderosos, los cuales le miman, no tanto para comérselo, cuanto para tenerlo como amigo. Los dos poderosos rivales son el Brasil y la República Argentina. En los tiempos á que me refiero, la parte del rival más afortunado correspondía al país del Plata. Es, en efecto, mucho más fácil la inteligencia entre Presidentes de República que entre Jefes de nación, de los cuales el uno es electivo, y por lo tanto preparado siempre á ceder el puesto; y el otro, por el contrario, como lleva corona, se adhiere, cuanto le es posible, á su trono en nombre del derecho divino. Jefe del Brasil era todavía á la sazón el emperador D. Pedro, que de seguro no preveía el tiro que le estaban preparando des-

pués de medio siglo de imperio. El hecho es que, en aquellos días, el Estado más bien quisto en Montevideo era el argentino.

Los preparativos, no solamente en la plaza de la Victoria, sino en el puerto y en toda la ciudad, eran cuanto bastaba á maravillar á un hombre tan ignorante como yo en las esplendideces del nuevo mundo. Cuadrillas de operarios en movimiento por todas partes. La verdadera fachada del palacio del Gobierno había desaparecido del todo bajo tal abundancia de farolillos de cristal de colores distintos, colocados en forma de emblemas y de alegorías de todas clases, que ciertamente si ha de entenderse de este modo espléndido el deber de quien en una gran población quiere recibir bien á un huésped, valdría más abolir todo monumento; ya que, con ocasión de solemnidades semejantes, el que visita las grandes metrópolis ve suprimida toda estética arquitectónica y escultural bajo los aparatos de las iluminaciones y los trofeos de papel.

En cada calle había un incesante levantar arcos para los aparatos de gas, de los cuales habían de proyectarse torrentes de luz casi meridiana. No se hablaba de otra cosa que de las funciones.

En el día 25 de Mayo el sol quiso mostrarse en todo su esplendor argentino. El Presidente del Uruguay llegó en la noche del 24 con sus cuatrocientos de comitiva, y fué saludado al presentarse en el *Riachuelo* con todas las salvas y todos los cañonazos que eran del caso.

Para los alojamientos de tantas personas habían sido tomadas las mejores y más céntricas fondas de la ciudad. En Buenos Aires llovían los forasteros. A más de los cuatrocientos del séquito oficial, habían ido muchísimos ciudadanos de la República Oriental.

Bandas de música, cañonazos, descargas de morteretes oí tantos en aquel día 25 de Mayo memorable, que todavía tengo atronados los oídos. El himno argentino, que en aquella ocasión habré oído, echando por corto, doscientas veces, no es por cierto ni el más marcial ni el más valiente de los himnos nacionales; pero oído en aquel sitio no carece de vida.

En las primeras horas de la mañana se cantó en la catedral un *Tedéum*, con asistencia de los dos Presidentes. El jefe del Gobierno oriental, un hombre de mediana edad, de semblante reservado, pero muy expresivo, bastante alto y bastante delgado, vestía muy dignamente el uniforme de militar; calzones blancos, ca-

saca estrecha de color oscuro, con grandes entorchados bordados de oro, charreteras brillantísimas y muchas condecoraciones. Fué recibido con ruidosas muestras de simpatía por parte de la inmensa muchedumbre de pueblo que se agolpaba á su paso, y con los honores de costumbre por parte del ejército.

Los dos Presidentes presenciaron el desfile, concluída la revista, desde los balcones del palacio del Gobierno, en que había una multitud prodigiosa de caballeros con frac y con uniformes militares, predominando entre éstos los sombreros con plumas. No pudo verificarse, para esta solemnidad, el cumplimiento á la europea, que consiste en que el jefe de un Estado vista el uniforme de un regimiento regalado por el otro Estado y viceversa, porque en América no hay la costumbre de regalar cosas inútiles, y nada más inútil que el regalo de un regimiento, cuando el obsequiado con él ni puede ni tiene intención de llévárselo.

Además, como el abogado Juárez Celman, Presidente civil y aun burgués, no hubiese estado muy horro vistiendo un uniforme uruguayo, el Presidente general Tajes, que en este momento en que yo escribo ha vuelto á ser un simple ciudadano, se habría hallado como en

ascuas, metido en el frac de su egregio amigo el Presidente de la Confederación argentina, con quien hubo de cambiar, en aquella ocasión, tantos y tales besos, que no se habrían cambiado, ni más en número, ni mayores en vehemencia, entre dos antiguos amantes.

Exceptuando la banda, de azul argentino, que el presidente Juárez Celman llevaba en aquella ocasión, como se lleva el tahalí, echábase de ver en estas solemnidades la absoluta ausencia de cruces y de cintas en los ojales del frac, que en una recepción europea, de índole análoga, habría parecido indudablemente lo que la falta de queso en los macarrones. Por otra parte, es sabido que en la República Argentina, lo mismo que en otras muchas Repúblicas de América, la falta de Ordenes de caballería es uno de los resultados de las doctrinas de Monroe.

Aseguro á ustedes que disfruté, con mucho contentamiento mío, de la revista y del desfile de las tropas; desfile que presenciaron, como ya he dicho, ambos Presidentes desde el balcón de Palacio.

Para aquella solemnidad el Presidente había hecho concurrir de las provincias argentinas la mayor parte posible del ejército de la Repú

blica. Aun puede decirse que en tan grandioso aparato de fuerza aquel ejército era casi todo el ejército.

No lo consideraré, ciertamente, como objeto de censura ó de sátira si, después de tantos esfuerzos reunidos, consiguió el Gobierno argentino presentar á su no poderoso, pero sí simpático aliado, poco más de cuatro mil hombres, entre infantería, caballería, ingenieros... y marina. Soy partidario decidido de la paz; de la paz no armada, se entiende, y prefiero que un Gobierno disponga, como sucede al argentino, de un buen número de guardias de orden y de seguridad públicos, que allá se llaman—como ya he dicho á ustedes—en su conjunto *primera policía del mundo*, á ver esquilmado al infeliz contribuyente para el sostenimiento de ejércitos poderosos, en nombre, por supuesto, de la conservación de la paz.

Lo que menos me agradó en la revista del 25 de Mayo, es que para un desfile de poco mas de cuatro mil hombres, hubiese, amén de una cantidad de altos oficiales suficiente para formar por sí sola un cuerpo de ejército, tantas bandas militares; á treinta y seis llegaban, al menos á mí me pareció que esas había contado; están en proporción de una banda por cada 112 hombres.

Recordé entonces, lo confieso, cierta revista burlesca que vi en París, en una comedia de magia representada en otro tiempo y con mucho éxito en uno de aquellos teatros: se anuncia en determinadas escenas, con gran toque de campana, el desfile del ejército argentino; pasa un general, pasan dos generales, pasancien generales: atraviesan, además, la escenabandas de música, banderas, tambores, y, finalmente... pasan dos soldados, dos solos; uno de los cuales es negro y cojo y apenas si puede llevar su caaabina.

Reconozco que la broma es algo picante; reconozco también que esos soldados argentinos, pocos en número y ninguno de ellos, como todos ustedes saben, procedente de sorteo ó quinta, son en su mayor parte gente robusta, de una resistencia admirable para las fatigas y las privaciones. No me pidan ustedes, sin embargo, que les dé yo el tipo del soldado argentino: uno es alto como nuestros coraceros; otro, que está inmediatamente próximo al primero, bajo y escuchimizado; uno blanco, otro amarillento; éste de color de chocolate con vainilla, aquél bronceado, el de más allá, en fin, de varios colores á un tiempo. En los tambores se admite de todo, hasta hombres patizambos; en aquella revista vi muchos.

Los uniformes me parecieron copias en que se había tomado un poco de todos los ejércitos europeos, principalmente del francés. Es muy de notar en este punto que el ejército argentino, con detrimento grave del presupuesto que ustedes conocen, estaba vestido en 1889 casi todo de nuevo y con uniformes reformados por aquí y por allá. El que puede lo gasta, y para algo es uno rico.

La caballería me produjo peor efecto que en la parada de la reapertura del Parlamento; caballos flacuchos y, si puedo explicarme así, melancólicos, y jinetes bien alimentados, fornidos y siempre de buen humor. Las bandas tienen de todo; las unas estaban bien entonadas; las otras, y ciertamente demasiadas, parecían bandas de sociedades democráticas é independientes en Italia.

En aquel mismo día se verificó un solemne banquete en el palacio del Gobierno, con brindis internacionales, eso por de contado. Por la noche hubo iluminaciones para deslumbrar á los ciegos; y músicas en la plaza para aturdir á los sordos; funciones de gala en el nuevo teatro de la Ópera, en Corrientes, como también en el *Politeama* argentino.

En aquel rebullicio de una ciudad, mejor

dicho, de una nación en jolgorio y fiesta, hallé al egregio Taglierini en la plaza de la Victoria, de la cual podía decirse que era un ascua de oro.

—¡Qué país! ¡Qué país! gritaba mi hombre dando muestras de la más honda y más ruidosa satisfacción.

—El país de los *cucañas,* pretendí agregar á su exclamación; pero él pasó rápidamente y le perdí de vista: no podía oir ciertas cosas.

Así, entre bulla, bailes oficiales y populares, revistas, banquetes, iluminaciones y funciones de gala, pasó el primer día de aquellas fiestas de Mayo verdaderamente memorables.

El entusiasmo crecía por instantes y subía siempre, y para no quedarse atrás en este general regocijo, también el agio sobre el oro tuvo entonces un alza notabilísima.

CAPÍTULO XXVIII

En la posesión «La Armonía».—Un particular que da un almuerzo de 40.000 escudos.—Una fiesta estupenda.

Uno de los mayores atractivos de las fiestas de Mayo, si no el máximo de su clase, había de ser una fiesta particular á que serían invitados

los dos Presidentes y un millar de personas más. Quiero aludir á la fiesta matinal en la Escuela y posesión *La Armonía*. por convite del Sr. D. Gregorio Torres que, como comprenderán ustedes fácilmente, era uno de los más opulentos capitalistas de Buenos Aires. Su posesión nombrada *La Armonía*, se halla situada á unas dos horas de ferrocarril de la capital argentina, y á muy poca distancia de la nueva ciudad *La Plata*.

En los programas de las fiestas de Mayo se hablaba, como de cosa excepcional, de esta fiesta; porque realmente no sucede todos los días que un particular esté dispuesto á desprenderse de cuarenta mil escudos para festejar á dos Presidentes de República que se abrazan;—se decía, además, que no siendo el señor Torres de los más entusiastas por el elemento italiano, muy pocos, ó casi ninguno de nuestra colonia, figuraría entre los convidados, aunque hubieran de ser mil, entre los cuales no eran para olvidados los casi cuatrocientos que el Presidente del Uruguay se había traído consigo. Sin embargo, yo no puedo quejarme. El Sr. D. Carlos Calvo, la cortesía personificada, me proporcionó oportunamente una invitación para aquella fiesta; otra invitación llegó á mí por conducto de la

legación italiana; yo era, por consiguiente, un par de convidados en uno solo.

Los billetes de convite, extendidos en primoroso papel vitela, contenían las siguientes líneas:

«*Gregorio Torres y señora, tienen el honor de invitar al señor... á la bendición de la capilla é inauguración de la escuela en la estancia* La Armonía, *el día 27 del corriente mes.*

»*El tren expreso partirá de la estación Central á las nueve y cuarto de la mañana, y regresará á las cuatro de la tarde.*»

En la hora indicada, bajo la cubierta de la Estación Central, agitábase una mezcla de uniformes brillantes, de señores brillantes y de burgueses menos brillantes, para quienes, como se trataba de un viaje al campo, no se había indicado traje alguno de mañana. Era la primera vez que me ocurría estar confundido en un núcleo de personas en que se hallaban perfectamente representadas la riqueza, la hermosura y la posición. Entre esas tres cosas yo prefiero realmente la de en medio: el elemento femenino era en aquella ocasión casi exclusivamente indígena. Las mujeres argentinas tienen muchos puntos de semejanza con nuestras hermosas matronas romanas. Échase de ver en ellas, en for-

mas exquisitas, lo que suele nombrarse la belleza plástica; la mujer eminentemente hermosa, belleza que es menos duradera que la otra; pero que mientras dura fascina.

Oí cómo charlan con animación las hermosas argentinas; vi cuán nerviosamente se consagran al tripudio. Oía yo, preponderando constantemente las palabras: ¿Cómo no?—¿Está muy bueno el día?—¿Cómo no?—¡Este señor Torres parece un gran hombre, de mucha iniciativa!—¿Cómo no?—¡Los dos Presidentes deben estar agradecidos por tan fastuoso obsequio.—¿Cómo no?—Lo mismo que todos los salmos concluyen con *gloria*, en la conversación argentina puede concluir todo con el *¿cómo no?*, que en los labios de una dama hermosa adquiere casi siempre indecible gracia. Quien no oye en la República Argentina el *tic tac* del *¿cómo no?*, ha de oir, por lo menos, las palabras: *es claro*.—Dicen ustedes, por ejemplo:—Sería de desear que no lloviese hoy; y el interlocutor les contesta: *es claro*.

Mientras los expedicionarios esperaban en la estación Central el tren expreso para la fiesta de *La Armonía*, oí muchas veces en los labios carmíneos de aquellas simpáticas invitadas la exclamación:—*¡Hombre!* Empezábase diciendo:—Este dichoso tren expreso se retrasa exce-

sivamente.—¡Hombre! contestaba alguna hermosa impaciente; yo—no parece sino que era ese mi destino,—en cierto momento tuve la desgracia de enredar el pie en el vestido de una señora, vestido del cual sospecho que arranqué un pedazo.—¡Hombre! gritó la señora como si le hubiese pisado la cola. No acerté á contestar sino con un vulgarísimo: ¡Dispense usted! Poco después un *quidam*, que llevaba zapatos de campo, me dió un tremendo pisotón en un pie, y yo, en el momento de ver las estrellas, grité:

—¡Re... hombre!

En determinado momento llegó un ungido del Señor, es á saber, el arzobispo de Buenos Aires, el pastor más contrahecho que he visto en mi vida; un hombrecillo de aspecto vulgar, con una cara de carpintero aburrido, que no inspiraba aquel respeto ni aquella consideración que un Arzobispo suele despertar con sola su presencia.

Poco después que el arzobispo llegó, con más de una hora de retraso, el tren especial. Entonces partió de todos nosotros un gran suspiro de satisfacción. Los dos Presidentes se habían ya preparado en una sala de la estación, y apenas hubo llegado el tren salieron para ocupar el sitio preferente que les correspondía. Díjose

que asistiría también á la fiesta Adelina Patti. Llegó en lugar de ella el empresario Ciacchi, que llevaba á la fiesta de la Armonía y precisamente á la bendición de la capilla, el tributo de las gargantas de muchos de sus cantantes, entre ellos el tenor De Lucía que había de cantar el *Ave María*, de Lunzzi.

Por último el tren se puso en marcha, arrastrado por una locomotora que parecía una prendera vestida de domingo, con multitud de banderas argentinas y orientales entrecruzadas.

Creo firmemente que han de necesitarse muchos años de viajar por los ferrocarriles argentinos para habituarse á mirar con indiferencia el espectáculo que, á cada paso, se presenta de cuadrúpedos muertos y abandonados allí para que se corrompan al aire libre. De modo que cualquiera otra vez que viaje yo en ferrocarril, mientras aquí me encuentre, no dejaré de hablar de esto mismo.

Después de dos horas de viaje detúvose el tren, no en una estación, sino en medio de una inmensa llanura cubierta de hierbas. Había allí como doscientos carruajes esperando á los convidados. Allí bajamos para volver á subir inmediatamente á los carruajes y dirigirnos á la posesión *(estancia* la nombran). Los carruajes

son tomados por asalto de una manera completamente americana; sobrevienen violentas separaciones de familias. Allí donde ha tomado sitio una doncella tímida esperando al papá ó la mamá, de paso un poco perezoso, suben de repente dos ó tres jovencillos, á quienes la muchacha no conoce ni ha visto nunca; el cochero, como ve lleno su carruaje, arrea sin más explicaciones y adelante. Del mismo modo en todos los demás carruajes se entra á empujón limpio, mezclándose los conocidos con los desconocidos; medias familias, altos dignatarios del Estado, astros de la Bolsa, de la Ciencia, etc., se confunden del mismo modo.

Tócame en suerte la compañía de un viejo que gruñe constantemente y rabia como un desesperado cada vez que el carruaje en aquel terreno desigual da alguna sacudida poco agradable; pero tócame, asimismo, acompañar á dos elegantes argentinas, á quienes veo por primera vez. Una de las dos va vestida de negro, la otra de rosa; la primera es bastante gruesa y de seno alto y abultado; la segunda muy delgada, pero en cambio tiene una gracia inefable.

Ambas conocen al anciano, que es también argentino; ambas ríen á cada sacudida del carruaje, y notando la furia del viejo dice la delga-

dita, con una boca pequeñuela, que pide besos: *¿Usted no tiene vergüenza?* (1)

Termina, á Dios gracias, el espectáculo de caballos muertos á uno y otro lado del camino, y al adelantar los carruajes hacia la posesión es sustituído por el de un terreno en que aparecen diseminados corderillos, cabras y algunas vacas, pobres animales que, á su vez, esperan más digna sepultura. Comienza á dibujarse mejor la *estancia* en este trayecto, no corto, que se recorre en coche. Admírase el robusto y espeso arbolado; se ven acá y allá numerosos prados en que están reunidos bueyes y cabras: por todas partes gran número y variedad de habitaciones de colonos; algunas de ellas situadas muy pintorescamente.

Hétenos, al fin, en el centro de la *estancia* donde ha de verificarse, además de la función que ustedes ya saben, el formidable banquete de más de mil convidados. Al apearnos del coche sigo todavía por un rato á mis graciosas

(1) En el original italiano se halla esa frase así, en español. Es lo más probable qne Resasco no oyese bien, ó recordase mal las palabras de la joven argentina, que acaso preguntara en son de broma al compañero de viaje: *¿Pero no le da á usted vergüenza de asustarse tanto?*

(N. del T.)

compañeras; aquí se nos presenta, como la cosa más magnífica de aquella fiesta, una preciosa casita rodeada por un jardín delicioso, residencia de los amos de aquel sitio, cuando quieren proporcionarse el vagar de una verdadera vida de campo lejos de las molestias del mundo. Al cabo de unos instantes las dos graciosas niñas que me preceden á dos ó tres pasos, se detienen de pronto como ante un majestuoso espectáculo y las oigo exclamar: ¡Maravilloso! ¡Estupendo!

No deben parecer extrañas estas expresiones. La mujer argentina no se detiene nunca á la mitad del camino cuando quiere exponer sus propias impresiones ante un espectáculo digno de elogio ó de todo lo contrario. Cuando se presenta á su vista una cosa mediana, no se da por satisfecha nombrándola así; dice que es *horrible*.

Si ustedes le dicen que tal ó cual cosa no parece muy bella, les coge á ustedes la palabra para denominarla *monstruosa*. Si un espectáculo las impresiona agradablemente, no se contenta con llamarle *lindo* ó *muy lindo*, lo declara *maravilloso*; *estupendo*, en el sentido más entusiástico. La mujer argentina lleva la ampulosidad encarnada en su propio carácter.

Entretanto, ¿qué era lo que tan hondamente impresionaba á mis compañeras de carruaje? Nada más que el espectáculo de las mesas preparadas; verdaderamente era un espectáculo sorprendente; había allí, con prodigiosa profusión, trofeos y banderas, sin excluir los colores italianos, circunstancia que observé con gran contentamiento. Las mesas se hallaban colocadas en forma de un cuadrilátero muy grande; la usual forma de herradura estaba excluída allí, acaso porque los caballos y sus herraduras sean cosas excesivamente vulgares en la República Argentina.

Todas eran mesas de honor, pues yo, que ocupé un sitio en la primera que se me ofreció á la vista, me encontré muy próximo á los embajadores y tenía enfrente á personas de las consideradas allí como importantísimas. Sin embargo, en un tabladillo un poco más alto, además de un aparato que parecia la embocadura de un teatro, había preparadas mesas especiales para los dos Presidentes, los Ministros y los más principales funcionarios, ya civiles, ya militares, además del arzobispo.

Poco después de haber llegado, y mientras contemplo casi desvanecido lo mucho que había logrado preparar un particular en aquel de-

sierto, se me acerca mi cónsul, mi constante antagonista, y me dice:

—Con que sepamos, ¿qué chocolate es el que usted conceptúa mejor en la República Argentina?

—El chocolate del Duque—respondí sin necesidad de reflexionarlo mucho tiempo.

—Venga usted ahora á probar éste, me dijo entonces.

Le sigo alejándome del recinto del banquete, pues aún no nos habíamos sentado á la mesa, y me encuentro delante de una especie de mostrador enormísimo. Empleo estos adjetivos un poco pomposos, porque cuando hablo á ustedes de un mostrador destinado á los refrescos (ó no refrescos) de los convidados que acababan de llegar, deben ustedes tener presente que esos convidados son más de mil, y todos, cual más, cual menos, nos hallábamos sedientos á consecuencia de las dos horas de ferrocarril y de la media horita de coche.

—Pero bien, ¿dónde está ese chocolate? pregunto al cónsul.

—No espere usted, dijo el señor Chicco, que vengan á servirle á usted como á una señora, ó se expondrá usted á esperar un buen rato, porque los camareros están aquí, sobre todo y

ante todo, para las señoras. Sumerja usted eso ahí—siguió diciendo el cónsul, y me señaló sucesivamente un cucharón desmesurado y un colosal recipiente de hierro,—sumerja usted en esa vasija el cucharón y vierta usted el contenido en una taza.

Me parece prudente el consejo, me apodero del mango, sumerjo el cucharón, le saco, y con el contenido lleno la taza que á prevención tengo en mi mano izquierda.

Una mano lindísima se introduce inmediatamente entre mi persona y la taza, se apodera de ésta y oigo que el ama de la manita y ahora del chocolate, me dice:

—*Mil gracias, caballero.*

Menos mal: me deja sin chocolate; pero es atenta y agradecida.

Era la tal una señora muy hermosa, eso sí; pero ninguna de las dos que habían sido mis compañeras de carruaje, y que, por haberlo sido, acaso tenían algún derecho á que les sirviese yo el chocolate.

Saludo á la señora; tomo de nuevo el cucharón; lo sumerjo en la enorme chocolatera; me apodero de una segunda taza, y la lleno de sabroso líquido.

Otra mano, ni menos bonita ni menos linda

que la anterior, se entremete entre la taza y mi persona, se lleva la taza, y oigo otra voz que me dice: *muchas gracias*, suprimiendo lo de *caballero*.

Vuelvo á saludar; después me figuro que podré ya realizar la operación por cuenta propia; nada de eso; esta vez es una anciana, muy elegante, la que, sin darme siquiera las gracias, toma la taza y se sorbe el chocolate.

Aquello comenzaba á parecerse al suplicio de Tántalo, del cual habrán ustedes oído hablar muchas veces. El señor Chicco, alma generosa, habíase compadecido de mi suerte y se había alejado, no pudiendo sin duda resistir tan triste escena.

Otro convidado que estaba mirando mis operaciones, me dijo:

—Abandone usted ese mango y ese cucharón, que no son de mando, sino de servidumbre, y haga lo que yo hago.

Y diciendo y haciendo, mi interlocutor sumergió sin cumplido su taza en la chocolatera. Lo confieso: hice lo mismo, y así logré por último saborear el chocolate, que talmente parecía puesto para mí solo. Donde hay indiscretos, lo mejor es echar por el atajo.

Entretanto alternaban las piezas de música

religiosa, y los que lograron hallar sitio habían penetrado ya en la reducida pero elegante capilla de la *Estancia* y asistían á la ceremonia de la bendición. Yo permanecí un poco fuera, por causa del excesivo calor, pero pude oir las suaves notas de De-Lucia, el cual me parece que estaba diciendo al Omnipotente:—«¡Un ciento de estas jiras de campo, Dios míol»

En tanto que aún parecía como si el tenor emitiese con unción admirable un *si bemol*, mi constante antagonista vino á decirme:

—No esté usted aquí ocioso y váyase á ver cómo se hace el *asado*.

—¿Qué es el asado?

Hasta entonces yo lo conocía solamente de oídas y no había querido comerlo nunca porque lo desconocido se me indigesta.

Pero en la fiesta de la estancia *La Armonía* pude quedar, y quedé, suficientemente enterado.

El asado se hace así: primera materia, un gran fuego, un fuego casi infernal; materia segunda, un buey muy grande, ó cualquiera otra res de buen tamaño; tercera materia, una buena cantidad de hierros aguzados y clavados en la tierra en forma de círculo en rededor del fuego. Se toma la víctima; se la descuartiza; se di-

vide en pedazos; se clava cada pedazo en un hierro de los que hay en rededor de la hoguera; se untan de cuando en cuando aquellos pedazos de carne con un poco de manteca; lo demás se hace por sí mismo; la carne se tuesta, se envuelve y está hecho el asado.

Aquel á quien le gusta, vuelve á comer: si no agrada la primera vez, no gusta nunca. Yo prefiero los cuernos del buey á todo lo demás asado, que puede comerse con el cuero.

En medio de todo era imponente, fantástico (espantoso habría agregado una argentina), ver en toda la longitud del campo contiguo á la inmensa cubierta, elevarse tanta hoguera y contemplar á los criados colocados en rededor para que se tostasen las reses con regularidad.

En aquella estancia en que era asado el buey ¡cuántas otras operaciones se habían hecho en odio suyo! Sobre todo, y en aquella *estancia* misma, lo de haber reducido el buey... á eso, á lo que es. Nada más característico ni más digno de verse que la caza con lazo de un toro hasta entonces libre y bravo corredor de los campos. A los ojos del inocente becerro, el futuro buey, se degüella á la madre cuando ha dado ya la leche suficiente... De aquí la frase *llorar como un becerro.* ¿Parece á ustedes que un hijo pueda

presenciar impasible el asesinato de su madre?

Existen posesiones *(estancias)*, muy especialmente en la línea del Rosario, donde la abundancia de ganados adquiere tales proporciones, que se ve desde las líneas de ferrocarriles, como un inmenso campo negro, agitarse, donde se hallan amontonados millares de cabezas de ganado vacuno y millones de animales más pequeños; no se cuenta entre éstos lo que podría denominarse *el ganado de pluma*, porque hay otros campos extensísimos que sirven para vivero y cría de avestruces.

Pero vamos á la mesa, que ya es hora; la ceremonia de la consagración de la capilla ha terminado; los dos Presidentes, el Cuerpo diplomático y cuantas personas han podido hallar puesto, han asistido; el arzobispo ha echado una bendición de esas que atraviesan siete paredes ó más; los artistas que llevó Ciacchi han cantado; todos han desfilado, por último, bajo la enorme cubierta; es una invasión que impone; un ruido que ensordece; los uniformes argentinos, los orientales, los vestidos alegres de las señoras, los trajes variados de los caballeros, los camareros que acuden á enjambres, forman una deslumbradora confusión de colores.

Los platos se suceden sin interrupción: pasa

una *mayonesa de langosta*, á la que rinden parias muy especialmente los altos funcionarios de la República del Sol; *las chuletitas de Villeroy, con guisantes*, son recibidas con fruición expresiva por los funcionarios de segunda fila; los *bocadillos con ostras*, merecen la aprobación de los diplomáticos viejos; las *lonchas* de *vaca*, parecen muy del gusto de las señoritas lindas; *las pavas con trufas* y *gelatina*, constituyeron el plato predilecto de los jóvenes galantes; *los tostones á la marinera*, admiran á los galanteadores ya maduros; una *ensalada rusa*, obtuvo el aprecio ostensible de los orientales, y unas *Genovesas históricas*, fueron objeto de veneración para el que escribe estas líneas.

Toda la comida fué rociada con *Jerez (Néctar)*, *Chateau-Iquem-soraluce*, *Grand Saint-Julien*, *Portais*, *Calvet*, *Oporto*, *Duque 1847*, y, por último, *Champagne Luis Rœderer*.

Poco á poco gran parte de los convidados salían al aire libre á fin de ver los grupos de caballos y de toda clase de ganados que se habían agrupado para concurrir á aquella inusitada batahola en el centro de la *Estancia*. Los colonos nos miraban asombrados, suponiéndonos quizá otros tantos presidentes de Repúblicas microscópicas. Para no distinguirse de los demás,

los Jefes de ambos pueblos dejan también su mesa de honor y van á pasearse, de bracero, por los jardines que rodean el recinto del grandioso banquete.

Y viene al fin el terrible, pero inevitable momento de los brindis. Brindan y se abrazan los dos Presidentes; otro tanto hacen los Generales del uno y del otro Estado; los diplomáticos, las señoras. Mientras se trata de brindis al alcance de todos y de común interés, nada ocurre. Pero llega un brindis desmesurado; aquello no era brindis, sino un *discurso-ministro*, y lo pronuncia el señor Varela. Entra de lleno en el tema del agio sobre el oro, que para él ni es tema ni conflicto; toma á dos manos el valor preciso para afirmar que es un problema que se resolverá por sí mismo; brinda por la República Argentina, por el Uruguay, por todos los pueblos, y por último, hasta brinda por su decreto famoso prohibiendo en la Bolsa las operaciones sobre el oro. Amontona números sobre números. El presidente de la República del Uruguay parecía como si dijera lo mismo que Gennaro en *Lucrezzia Borgia*: «*Dormiré; despertadme cuando haya concluido.*» Realmente aquel en que podía exponer sus razones en presencia de representantes de todos los paí-

ses, debía de ser un hermoso día para el Ministro panzudo. Pero entretanto las mesas van quedando desocupadas; las señoras se ausentan y sólo quedan en el recinto del banquete los números que el ministro de Hacienda prosigue amontonando con una convicción digna de mejor sitio. Los que bendicen aquel discurso interminable son los músicos de la banda que, en tan largo intervalo, pueden comer tranquilamente.

Justo es decir, por de contado, que el discurso de Varela no molesta á nadie, porque nadie piensa en hacerle caso; cada cual se ocupa en lo que le acomoda; inclusos los dos Presidentes, que hablan entre sí.

Aprovéchanse los carruajes numerosos para realizar excursiones por los alrededores, hundiéndose muy frecuentemente alguna rueda en aquel terreno demasiado virgen aún para carreteras.

Final de la fiesta: regresamos todos al ferrocarril; el tren expreso aparece en la vía; volvemos á Buenos Aires con el nombre de Gregorio Torres y señora en los labios, y los números del ministro de Hacienda... en los bolsillos. Indudablemente el señor Varela había entendido demasiado literalmente que allí se inauguraba una escuela.

CAPÍTULO XXIX

Solemne fiesta en el Palacio del Gobierno.

Lo culminante de las funciones hubo de ser *El gran baile en honor del Excmo Sr. Presidente de la República Oriental del Uruguay*: copio el título *ad pedem litteræ* del mismo billete que me enviaron, y que conservo. Se verificó en la noche del 29 de Mayo, esto es, dos días después de haberse verificado el famoso almuerzo de la *Estancia de la Armonía*. El Palacio del Gobierno parecía en aquella noche un edificio de fuego; todo iluminado; la catedral, la Bolsa, las boca-calles. Los organizadores de aquella fiesta no habrían podido expresar más luminosamente sus sentimientos en aquella anhelada ocasión. La hora indicada para comenzar eran las diez; pero también en Sud-América los bailes preparados para las diez comienzan á media noche.

Si tal era el brillo exterior, imaginen ustedes lo que en el interior habría.

Internándose en aquel recinto, todo él de un evidente gusto arquitectónico del siglo pasado,

se ven adornadas las mesas centrales de la sala capitular; la galería que rodea esta sala semeja una maravilla de flores, de luces, de emblemas y de colgaduras.

Da acceso á la galería superior una escalera soberbia, en cada uno de cuyos descansos, magníficos pajecillos de bronce, con ropa á lo Cellini, sostienen riquísimos candelabros. Una parte de la galería superior se halla ocupada por el ambigú. Así en las salas de baile como en las de paso, el lujo toma proporciones asiáticas. Uno de los salones ha sido completamente transformado á la turca; hasta en el techo hay un reverbero de media luna que inspira las ideas más orientales.

Pasan los criados y arrojan con prodigiosa profusión en aquellos divanes, aquellas sillas y aquellas mesas sobre las que resplandecen enormes espejos, elegantísimas y primorosas tarjetas para el baile.

En tanto que admiro desde el grandioso balcón el espectáculo de fuera, oigo voces de señoras en la sala y llegan á mis oídos las exclamaciones:—¡Admirable! ¡Estupendo! ¡Extraordinariamente lindo! Es indudable que ha penetrado allí alguna señora argentina.

Todos los salones van llenándose poco á

poco. Me fijo muy especialmente en la entrada de la oficialidad oriental, porque si los calzones blancos pueden producir en una calle ó en una parada cierto efecto, en una sala de baile, entre aquel flujo y reflujo de hombres vestidos de negro, me parece cosa de quien no ha concluído de vestirse.

Muchos empleados de las legaciones visten uniforme; el convidado inglés semeja una figurita de Sevres. Nuestro Ministro lleva frac negro y la encomienda de Italia. El Presidente de la República Argentina, viste, como de costumbre, su frac negro y una banda de los colores argentinos: el Presidente del Uruguay luce su uniforme de siempre.

Las mujeres hermosas se siguen, y no se parecen sino por los reflejos de luces vivísimas que sus diamantes, lo mismo que sus ojos, envían. Bajo mi palabra lo afirmo; no son nuevas para mí estas fiestas y estas recepciones de gala, y, sin embargo, no he visto nunca, no he soñado jamás tanta profusión de diamantes.

No he de indicar á ustedes, siempre en lo que respecta á las señoras, que aquellos senos descubiertos, aquellos hombros tan visibles, aquellas espaldas y aquella lluvia de diamantes sobre las carnes delicadas y blancas, representaran

siempre lo estético. Pergaminos descotados habíalos también en bastante número; demasiados.

El Presidente de la República Argentina cambia muchas veces de dama: ahora una rubia; luego una morena; después una de color de paraíso. Le veo también dando el brazo á la señora del Presidente del Círculo italiano. El Presidente del Uruguay es caballero muy atento, pero más fiel, porque lleva siempre del brazo á la misma señora.

En el salón más espacioso del piso alto la orquesta toca para que se baile, y alguno asegura que logró bailar en medio de aquel gentío. Es una afirmación atrevida.

En el ambigú es de temer que ocurran escenas lastimosas: las pastas son devoradas, engullidos los helados; corren por allí verdaderos ríos de vinos espumosos. Parece realmente que muchos de los convidados sólo han ido á eso. El circular por aquel sitio empieza á ser un problema de solución dificilísima.

Los convidados de forma esférica conviértense en objetos de execración: bienaventurados los flacos, porque de ellos es el reino de las salas de baile. Al principio, cuando la muchedumbre era menos numerosa, alguien hubo de excla-

mar:—¡Hermosa fiesta! Ahora la exclamación de circunstancias es:—¡Qué calor! ¡Qué función más molesta!

Empiezo á creer que el diablo se da algunas veces á sí mismo el gusto de celebrar espléndido bailes en su casa, para atormentar con mayor refinamiento á los condenados.

En la galería alta que es donde está más apiñada la multitud, algunas señoras que no pueden dar un paso ni hacia adelante ni hacia atrás, están próximas á desmayarse:—"¡Un poco de agua! ¡Un poco de aire!"—gritan de una manera que oprime el corazón.

El aire no es cosa fácil de obtener allí inmediatamente. En cuanto al agua y otras bebidas afines, los caballeros, para poder suministrar la más pronto, recurren al expediente empleado en los incendios: forman entre todos una cadena que comunica con el ambigú. Esta cadena, un poquito apretada á veces, suele prolongarse en alguna ocasión por bastantes metros: yo fuí, durante algunos minutos, un anillo de esa cadena para la extinción... de la sed.

Comenzamos á respirar, cuando á eso de las dos llegó el primer turno de la cena. Correspondieron los honores de la primacía, como era lógico, á los dos Presidentes, y además á los

miembros del Cuerpo diplomático y á las personas más principales. Al mismo tiempo la orquesta (gran orquesta) dirigida por Marino Mancinelli, comenzó la sinfonía de *Semíramis* que fué magistralmente ejecutada. Después de la cena presidencial y diplomática, se verificaron sucesivamente otras en el mismo recinto central. En la conquista de los sitios ocurrieron escenas de cierto color y de cierto olor; pero todo el que tuvo la paciencia de esperar, vió, por último, que llegaba su vez, y para muchos, digámoslo sin rodeos, esto de la cena, después de los formidables asaltos al ambigú del piso alto, era el *busilis*.

Un mi amigo que se había detenido algunos instantes para presenciar los estragos del ambigú, muy impresionado por aquel incesante destapar Champagne, por aquellos asaltos inexorables á los pasteles y á toda clase de golosinas, y poco menos por los estragos causados en la cristalería y en las riquísimas porcelanas, hubo de exclamar:—¡Este es el Waterlóo de los ambigúes!

Exclamación verdaderamente oportuna, sobre todo si se tiene en cuenta lo que supe después por el propietario del *Café de París*, el afortunado proveedor de aquel servicio de comestibles

y de refrescos; díjome éste que solamente por los destrozos ocasionados en la cristalería y en la vajilla de porcelana había pagado la nación más de cien mil pesetas. La cifra es enorme; pero en la República Argentina todo era y... todo es posible. En esta ocasión sí que habría podido repetir con oportunidad el señor Taglierini, su clásico estribillo: «¡Qué pequeños somos!»

Pero se preparaba otro Waterlóo, no á expensas del Erario público, sino á costa de los convidados. Existe un proverbio que dice: «El peor paso es siempre el de la salida.» Y así ocurre en el sentido recto de salir para no volver á la casa.

Aproximándose á su término las danzas, las cenas y las embestidas al ambigú, la multitud comenzó á clarear un poco, y entonces se averiguó que lo del guardarropa, encargado de devolver los abrigos, los sombreros, las pieles de las señoras, los bastones y los quitasoles, no había sido sino una burla horrible de la presidencia. Y después de muchos empellones perdonados, sucedió precisamente esto: el que había entrado con un abrigo viejo, salía con uno nuevo... ¿por qué? pues por aquello de *Beati primi!* O como dicen por España: «Al que madru-

ga Dios le ayuda;» ó «quien da primero da dos veces.» A los últimos les tocaron los desechos, verdaderos andrajos, y hubieron de apechugar con ellos, aunque con protesta de que aquello no era suyo, so pena de exponerse, con el traje ligero de baile, y casi en pleno invierno, á los rigores de la brisa nocturna.

Aún peor que lo sucedido con los abrigos, fué lo que aconteció con los sombreros, pues se vieron burgueses pacíficos salir del baile con su traje civil y su sombrero de tres picos en la cabeza, y viceversa, ví á bastantes oficiales de alta graduación, entre los cuales los había de la comitiva uruguaya, encasquetarse un sombrero de paisano.

No quiero reproducir aquí los ayes de tantas infelices señoras, á quienes era entregado, en sustitución de su magnífica capa de pieles hermosas, un saco impermeable de cochero.

Esta odisea del guadarropa en la gran fiesta de la Presidencia, hacía pensar: «Si en las mismas barbas del Gobierno, dentro del mismísimo Palacio, se pierden tan fácilmente y con tal impunidad los abrigos, calcúlese las cosas que se perderán por ahí; por ejemplo, en tal ó cual Monte, que también en América realizan muy buenos negocios.

CAPÍTUO XXX

Después del Carnaval, la Cuaresma —Visitas á las tabernas de la Boca y á otras partes.

¿Qué punto de contacto puede existir entre la desventura y las fiestas? Lo diré á ustedes inmediatamente, por si lo ignoran todavía. La desventura, en el momento de concluir, da á conocer la dicha. Y en lo que respecta á las fiestas un poco prolongadas, sucede lo mismo, en el momento en que terminan.

¿Pero quién nos obliga á concurrir á las fiestas? Nadie y todos; muchas veces vamos quizás con la ilusoria esperanza de que nos agraden. Lo menos malo que puede lograrse es atrapar un resfriado ó cambiar de abrigo ó de sombrero.

Acabados los fuegos de artificio; los almuerzos de cuarenta mil escudos; las cenas de cien mil pesetas de vajilla rota; las iluminaciones que quemaban media ciudad, envié una carta circular á los amigos y enemigos diciéndoles á todos: «No me conviden ustedes por ahora á sus fiestas; estoy á dieta y medicinándome con rui-

barbo: ya hablaremos cuando me haya curado, si es que no tienen ustedes que asistir á mis funerales. Soy de ustedes... etc., etc.»

Hice después este profundo examen de conciencia: «Llevo más de un mes en esta población. ¿Puedo decir hoy que conozco, *intus et in cute*, la vida de Buenos Aires?»

La conciencia me contestó que no, por unanimidad.

Habia yo conocido la vida elegante, alegre; la buena; pero la fea, la ordinaria, que es la más importante para el viajero, no la conocía ni aun de vista. Busqué, pues, á un literato siempre disponible, y le pregunté:

—¿Dónde y qué se podría comer, para comer un poco mal?

El literato me contestó en seguida:

—Recorra usted, á lo largo, las calles más próximas al río, y las de más arriba; allí encontrará usted para comer bien y para comer mal; á su gusto. En las calles de en medio no es conveniente fiarse; podría usted comer mal, aun pagándolo bien.

—Pero yo busco las fondas de los desesperados.

—En ese caso, entréguese usted al itinerario que le he trazado á la ligera. Distinguirá

[illegible] de las cosas las fondas de los desesperados por las sonoreas mismas de los parroquianos.

Habíaseme escapado cierto parrafo de una carta publicada en el número 124 de *La Patria Italiana*, que era una confutacion de las *impresiones de viaje* escritas por mi en el periodico mismo; el periodo a que me refiero, decía así: «—Hay pocos optimistas y privilegiados que visitan y estudian la Republica Argentina en los salones dorados de la opulenta sociedad *porteña* o en los *coches salones* puestos á su disposicion por el Gobierno, ó, por ultimo, en las mesas sardanapalescas, servidas por *nababs* italianos, que tratan de pescar alguna condecoracion.»

La alusion de cariñoso compatriota, era indudablemente para mi. En lo que se refiere á los *coches salones*... hablaremos de ellos á su debido tiempo; cuando trate de mi viaje a las provincias; y de lo que se refiere al optimismo de mi fabricación, libre Dios de él aun á los perros; de las condecoraciones diré solamente que soy uno de los diez ó doce que no han hecho la Italia, y no pertenecen ni aun á la Orden de caballería de la Oca; y, por último, en lo relativo á las mesas sardanapalescas, no he de negar

que, en efecto, fuí recibido en muchas casas aseadas y limpias.

Esto no obstante, ahora, después de las funciones oficiales de Mayo quería yo imponerme á mí mismo una temporada de Cuaresma, con sus abstinencias correspondientes.

Próxima la noche, me encaminé hacia la calle de la Reconquista, la segunda de las inmediatas y paralelas al río, y ojeé algunas fondas: cuando hube visto una con los bancos más sucios y olido el penetrante aroma de aceite refrito, penetré.

Era una fonda internacional, si he de juzgar por el hecho de haber oído entre los que allí *banqueteaban* una mezcla de alemán, de italiano, de inglés, y aun alguna palabrota... turca. Habíanme dicho que era necesario estudiar estas fondas, y yo las estudiaba; pero no separaba los ojos de la cadena de mi reloj, porque aquellas fisonomías no me inspiraban la mayor confianza: aun deplore no haber dejado en casa los objetos inútiles.

Aquellos comensales ¡pobrecillos! tenían, por lo que vi, hambre para dar y tomar. Tomo asiento á una mesa muy oblongada; es decir, creo tomar un asiento, pero sin notarlo he tomado tres, porque cuando sobrevinieron otros

parroquianos, entre los cuales había uno que llevaba chaqueta al hombro y los demás iban en mangas de camisa ó peor, el camarero, que está dispuesto siempre á maltratar los idiomas de todos los países, me gritó: *¡largo!* y donde creía yo tener sitio sólo para mí, se acomodaron tres.

Lanzo una ojeada á los manteles; llevan escrita con notas que no dejan lugar á duda la fecha de su última lejía... que se remonta, nada menos, á un par de semanas. La vajilla, al fin y al cabo, puede pasar: las he visto peores.

—¿Qué hay de comer? pregunto al mozo, á quien podía confundirse con un tipo de carcelero. El mozo no me contesta y sigue su camino. Repito la pregunta, y entonces me responde muy incomodado:

—Todavía no es hora: ¿entiende usted?

Dirijo entonces la palabra al comensal que tengo á mi lado; compañero que italianiza medianamente el tudesco, y aprendo entonces que el servicio no principia hasta que dan las seis.

—¿Y no se pide aquí lo que cada uno quiere? pregunto con ingenuidad.

El otro me respondió que de vino se podía pedir la clase que se quisiera; por supuesto

siempre que fuese vino muy malo. Efectivamente, el camarero me pregunta cuando llega el turno:

—¿Cómo quiere usted el vino?

—De uva, contesté impertérrito.

El otro gritó entonces:

—Un cuartillo de vino francés.

Alguno de los comensales bebía cerveza muy mala; lo adiviné por el olor, y aun lo vi más por el color.

Entretanto algunos de aquellos tipos de aspirantes á la nutrición miraban con avidez hacia la cocina. Un ama de gobierno estaba sentada en un banco y observaba á todos, sin molestar á nadie.

Por fin aparece y se aproxima un pinche con gran mandil azul oscuro y una olla muy grande; precédele un camarero empuñando un cucharón, y con la gravedad de un jefe de semana, vierte en nuestro plato un caldo gelatinoso. Un consumidor qne estaba colocado frente á mí, después de haber bebido algunos sorbos de aquel líquido sospechoso, puso la mano sobre su estómago y tuvo el valor de decir:

—¡Qué perfectamente sienta en el estómago un poco de caldo caliente!

El camarero vino muy pronto á retirarnos

los platos, aun los de aquellos consumidores que no habían concluído; tornó á entrar después, seguido del pinche, con otro plato. Es un pedacito de carne que parece hervida. Tal vez sería cosa comestible; pero las fracciones eran microscópicas. Con prodigiosa rapidez el camarero sirve después y sucesivamente otras muchas cosas que, ya parecían un pedazo de rabo de cualquier animal doméstico, ya una escama de pescado revisado y corregido en comidas anteriores, ya, en fin, un poco de verdura muy triturada. Así y todo, mi vecino de la izquierda se mostró tan satisfecho, que quiso repetir. Pero el camarero se encogió de hombros y le dijo:

—¡Bah! ¡La verdura cuesta muy cara, amigo mío!

Después de seis ó siete platos de estos que sucesivamente fueron presentados, le llega el turno á un dulce rojo como una remolacha; después tres nueces por barba constituyen el postre, y á este sigue la cuenta.

—¿Cuánto hay que pagar? pregunto al camarero, mientras discurro á qué fonda podría yo ir en seguida para comer seriamente.

—Espere usted su turno, me gritó aquel árbitro de la situación.

Efectivamente, después de haber comenzado desde una de las cabeceras de la mesa le llega á cada uno la vez de pagar veinticinco *centavos*, que viene á ser una peseta y veinte céntimos; lo cual no es mucho realmente si se tienen en cuenta la abundancia de platos y el país. Con este género de comida el parroquiano adquiere hábitos de frugalidad y de economía; me pareció que alguno, para no desperdiciar nada de lo que le correspondía, recogió en la mano las migajas esparcidas por el mantel y se las metió en la boca.

Cuando salí, el camarero se dignó dirigirme un amistoso:

—Hasta la vista.

Yo respondí por lo bajo:

—¡Nunca!

Porque acerca de aquel linaje de fondas internacionales estaba ya suficientemente instruído.

Al día siguiente, permaneciendo fiel á mi nuevo programa democrático, paso á otro orden de ideas: voy á comer á la Boca. Después de haber pasado por no sé cuántas fondas, veo, por último, una en la cual reconozco á muchos compatriotas en efigie, á saber: Garibaldi, Mazzini, Víctor Manuel, el actual rey Humberto y la reina Margarita.

—Aquí, por lo menos, dije para mi sayo, hay patriotismo que vender.

Un personaje barrigudo está de pie á la entrada; en el saludo que dirige al recién llegado denuncia en seguida su procedencia napolitana. Díjome de pronto:

—Buenas noches, patriota.

Aquí no estamos ya en la mesa disciplinada, porque cada uno puede comer por su propia cuenta en las varias mesitas que por acá y por allá están dispuestas. Hay mantel, aunque está de incógnito, porque su color se ha asimilado casi al de la mesa.

—¿Qué quiere usted? viene á preguntarme, con acento marcadamente napolitano el mozo.

—Algo que esté pronto.

—Hay sopa de macarrones, pero no está pronto.

Pido entonces un caldo con huevos y pan.

—¡Sopa á la italiana! gritó el mozo, y poco después me sirve una cosa que se aproxima algo á lo que he pedido.

Aquí se come evidentemente mucho mejor que lo hice en el día precedente. Pareciéndome entonces que percibía un olor á estofado, pregunté:

—¿Hay puesto al fuego algún animal?

Explicóme el otro que tenía á mi disposición un guisado de carne, zanahorias, cebollas, patatas, perejil, clavo y otros comestibles. Dígole:

—Traiga usted de eso.

Y grita el mozo:

—*¡Un Florencia!*

Quedé arregostado y pedí un trozo de carne prensada y frita; el mozo gritó:

—*¡Un Milán!*

Después—mi apetito se había despertado—pedí carne con setas, y grita mi hombre:

—*¡Un Génova!*

Por último, viendo que un parroquiano que se sienta frente á mí aliña una ensalada enorme de tomates, judías y remolachas, una lechuga y no sé cuántas otras cosas, digo á mi camarero, señalando hacia aquel sitio:

—Otra igual.

El mozo, más chillón que nunca, vocea:

—*¡Una garibaldina!*

El escenario ha ido, poco á poco, llenándose de tipos variadísimos. Han entrado muchos hombres, casi todas figuras vigorosas de calabreses ó de romanos; son hombres de la playa, mozos de cuerda, obreros, maquinistas, mercaderes y tenderos vulgares. Sentándose á las mesas esparcidas por aquel espacioso local,

adoptan actitudes titánicas, y acaso también algo tiránicas; con la una pierna bajo la mesa y la otra saliendo hacia delante como para obligar al primero que llega á separarse; con el codo apoyado en la mesa, el sombrero sobre las cejas, la cabeza levantada como en actitud de preguntar, lo mismo que si esperasen que el patrón fuera á hacerles una cortesía. ¡Extraño contraste entre esta amplia ocupación de sitios y la apretadísima del día anterior, en la otra fonda de la calle de la Reconquista! En ésta los parroquianos comen mucho.

—¿Cómo estamos, señor Pascual? preguntó al barrigudo que se halla en la puerta, un romano.

—Hay salud; lo demás ya vendrá si la Virgen quiere, respondió el napolitano.

—¿Y la señora Rosa?

—Algo molestada.

—¿Es usted, señor Pascual, quien la molesta?

—Eso no le importa á usted, compadre.

—Y los negocios, ¿que tal van?

—Así, así; entre caballeros y desesperados vamos viviendo.

—Ya se comprende, dijo el romano poniendo cuatro *erres* en cada sílaba, que los desesperados somos nosotros; y, sin embargo, nuestro

dinero vale tanto como el de los caballeros.

—¡Por Dios, que si vale! dijo desde el fondo de un plato en que estaba pescando no sé qué cosa, un tipo bastante feo, de color de café con leche, que me hizo casi retroceder cinco lustros, tornándome á la época famosa del bandolerismo.

—Y nosotros valemos tanto como los caballeros, prosiguió un tercero, acentuando la frase con tono terrible.

Realmente aquellas provocaciones á los caballeros comenzaban á molestarme más que la comida á la aguada del día precedente; porque no había necesidad de que aquellos señores, al desahogar su furia contra los caballeros me miraran más ó menos de reojo; el que esto escribe no presumió nunca de tener aspecto de caballero, y además estaba suficientemente disfrazado.

—¡Tráeme á mí también una *garibaldina!* dijo el romano al camarero, señalando hacia mi ensalada.

—De estas ensaladas ha comido Garibaldi también cuando estuvo en América, dijo uno.

—Entonces tenía otras cosas que hacer, replicó un *adlátere*.

—Sí, otra cosas que ensaladas.

—Ensaladas de curas.

—Esas se las comió después.

Hasta aquí nada había que oponer. Exponía cada cual su opinión política. La escena se había hecho animadísima: el único silencioso, como verdadero advenedizo, era yo.

—¿Hay fruta? pregunté entonces al camarero.

—Hay nueces y naranjas: ¿quiere usted?... me dijo.

Contesté negativamente.

—Pascual, dijo entonces el romano, mirándome á mí, en vez de mirar al fondista; haga usted que traigan una higuera de su país.

—Y algunas ananas, gruñó otro.

—Porque si no los caballeros, continuó diciendo el anterior, irán después desacreditando la fonda de usted.

—Estamos ya, dije para mí, en el caso de enviar los padrinos á ese romano, si quiere tener algo conmigo. Pero llevaba yo en el bolsillo cierto chisme de seis bocas, que me aconsejaba tener prudencia.

Entran de pronto dos muchachos napolitanos, *violinistas*, sucios y desarrapados hasta lo indecible. Acompañábales una chiquilla flacucha y macilenta, encargada de la parte vocal. Levantóse inmediatamente extraordinario vocerío

en rededor de los recién llegados. «Canta esto, toca aquello,» y se improvisó un poco de desconcierto vocal é instrumental. Pero la clamorosa reunión no se dió por satisfecha hasta que la muchacha hubo cantado unas coplillas obscenas, de las cuales no daré á ustedes idea, ni aun á grandes rasgos. Parece que aquellas *canciones* eran la sal y la pimienta para aquel congreso, que tributó á los artistas una ruidosa ovación.

Después, las mejillas de la muchacha fueron acariciadas por cincuenta dedos, y, por último, á petición general del público, se tocaron varios himnos patrióticos. Yo continuaba dedicado á oir y á callar. El romano, tornando á mirarme fijamente, y pidiendo la repetición del himno, decía:

—Estos son los cantos de nuestra Italia, para hacer rabiar á los jesuítas que no pueden sufrir estos himnos.

—Ya comprendo, dije para mí; si permanezco aquí algún tiempo, voy á ser el padre Becker en persona.

Entretanto, el provocador continuaba mirándome con más fijeza cada vez.

—Los jesuítas, cuando oyen el himno, fingen estar indiferentes; pero bien pica.

¿Ustedes creerán que al oir esto me lancé so-

bre el romano? Nada de eso; yo no había ido á la Boca para derramar sangre. Además, tenía preparada ya una escena de gran efecto, algo parecida al acto de desabrocharse el General en la conclusión del drama *Los dos sargentos*.

El mozo me había llevado entonces la vuelta de mi cuenta pagada, en moneda menuda y un cuarto de nacional. Dejo las monedas menudas de propina para el mozo, y después, obrando de manera que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda, doy el cuarto de nacional á la chiquilla que se acercaba á pedirme.

Hubo asombro general. ¿Parece á ustedes poco? Cuando salí de aquella fonda debían de decir todos:—Éste no puede menos de ser un inglés... disfrazado.

Aquella fué una de mis generosidades máximas; uno de mis grandes momentos en la República Argentina.

CAPÍTULO XXXI

Expediciones á «La Floresta» y á «El Tigre.»

Habíanme dicho que *El Tigre* era un sitio delicioso; breve el viaje y grandísima la diversión: una hora y diez minutos de ferrocarril, á

partir de la estación Central, tomando la línea del Norte. *El Tigre* es hijo legítimo del risueño Municipio de San Fernando.

Yo no podía partir de Buenos Aires sin haber visto *El Tigre*, lo cual es peor que dejar á Génova sin haber visto la posesión Pallavicini, en Pegli. Pero á *El Tigre* no se puede ir sin un guía, sin un compañero que conozca algún propietario de aquellas islillas encantadas.

Gradara, el atento vicecónsul, me acompañó á casa del Sr. D. Juan Mondelli, presidente de todas las Sociedades italianas posibles en Buenos Aires, caballero de la acostumbrada Corona y propietario, entre otras cosas, de una islilla en *El Tigre*, y de mucho vino. D. Juan Mondelli se puso á nuestra disposición para otro mes, porque en el corriente estaba abrumado de ocupaciones. Vamos, por consiguiente, en busca de otro que extienda también sus dominios propios hasta *El Tigre* y que no tenga demasiadas ocupaciones en el mes de la fecha,

En el camino saluda Gradara á un caballero; después dice de pronto:—He ahí el hombre que deberá sacarnos de apuros; tiene en su mano la mitad de Buenos Aires; [el único concejal italiano, el doctor D. Juan Antonio Boeri.

—Tengo mucho gusto... le digo después de las fórmulas de presentación; y después, recapacitándolo mejor, agrego:

—He tenido un verdadero disgusto en no poder aprovechar antes una carta de recomendación que tengo para usted, de su pariente Roncallo...

—Ha hecho usted mal, muy mal en no haberla aprovechado, dijo entonces el doctor Boeri.

—¿Qué quiere usted? le digo: al llegar á Buenos Aires me habían hecho anotar en mi libro de memorias la máxima:—«Sobre todo nada de buenos informes; nada de recomendaciones.»

—No hay regla sin excepción, replicó Boeri. Sepa usted, entretanto, que en Buenos Aires conozco algo á todos; desde el Presidente de la República hasta el Presidente del último Banco; desde el primero de los capitalistas hasta el último de los obreros.

—¿Conoce usted, por casualidad, algún propietario de cualquiera islilla de *El Tigre*?

—Conozco al propietario de un castillo en *La Floresta*, uno de los puntos extremos y en el término de Buenos Aires; ese propietario soy yo. Vayan ustedes allí mañana temprano; les convido á almorzar.

—Perdóneme usted; pero *El Tigre*...

—*La Floresta* puede ser perfectamente el vehículo de *El Tigre;* téngalo usted por dicho; mi casa es de usted.

Y cuando un indígena, ó un aclimatado, dice á ustedes esto, no hay que replicar; su casa es de ustedes.

Nos despedimos dándonos cita para la mañana siguiente. Durante la noche no dejé de pensar en que el castillo del doctor Bocri era cosa mía.

¡Pensar que este señor partió para la República Argentina sin tener más que castillos... en el aire! Comenzó en los peldaños más inferiores de la escala social y subió hasta hacerse labrar castillos verdaderos.

Estudió medicina y fué, durante algún tiempo, el doctor á la moda. Pero los médicos buenos y de moda concluían muy pronto, en aquel país, de ejercer la medicina, para convertirse en hombres de negocios, en especuladores de casas y de terrenos, administradores de Bancos. Esta es una profilaxis distinta; pero el *quid* para realizar buenos negocios es precisamente tener muchas y muy buenas relaciones. ¿Y qué relaciones más fáciles ni más extensas que las de un médico en boga? Cuando llegué á Buenos Aires el

que fué, en otro tiempo, el médico de moda, señor Boeri, no tomaba más pulsos que los del presupuesto municipal en su calidad de individuo del Ayuntamiento, que llevaba dos años ejerciendo de Alcalde; y, además, los pulsos de varios Bancos de antigua ó de moderna formación.

En las primeras horas de la mañana siguiente, viajaba yo hacia *La Floresta* otra localidad situada al Oeste de Buenos Aires. Los caballos se resistían un poco á moverse; pero, á fuerza de latigazos, llegaron.

Pocos años antes, nadie habría sospechado que aquella localidad tan apartada del centro de Buenos Aires llegaría á contar tantas edificaciones, fuera de las casas de campo esparcidas por aquel sitio.

Precisamente en los días mismos de mi estancia en Buenos Aires se estableció, con toda felicidad, en el núm. 7 de la calle de la Florida, una *Sociedad anónima edificadora de La Floresta.* A estas horas probablemente habrá entregado su alma á Dios; si vive todavía, lo celebraré; *La Floresta* tendrá siempre gran porvenir.

En *La Floresta* abundan las flores, los árboles, los castillos y los pájaros que se dignan ponerse al alcance de nuestras escopetas; en *La Floresta*

abunda, además, la cortesía del doctor Boeri y de otros—los llamaremos así—señores feudales.

Una vez en los límites de sus dominios, el doctor Boeri ordenó á su criada que fuesen sacrificadas, en obsequio nuestro, dos gallinas; mostrónos después, en su extenso jardín, la gran familia de las plantas, entre las cuales se ven todas las variedades de pensamientos que la imaginación del botánico pueda concebir. El doctor Boeri habla de todo... de todo lo que no sea medicina; á la sazón apenas si la conoce de vista; declara, sin embargo, que si caigo enfermo en Buenos Aires, él, como amigo, será el encargado de rematarme.

Mientras las gallinas sacrificadas hierven en la sartén, el doctor nos hace pasar á su biblioteca. Falta el Dante; pero, en compensación, hay varias ediciones *Oporto*, *Jerez*, *Lacrima Christi* y hasta de *Barolo*.

Los volúmenes cogidos en aquella biblioteca son colocados en la mesa, después de abrir su primera página con el sacacorcho. Entonces el doctor Boeri me ofrece un magnífico regalo: es á saber, una hermosa escopeta de caza, recién salida de la fábrica y comprada para mí aquella mañana. Véome obligado á confesar que yo no sabría matar ni siquiera una mosca; queda con-

venido, por consiguiente, que aceptaré la caza sin la escopeta.

Después de un sabroso almuerzo, se engan chan los caballos á su carruaje de campo,

Tras una media hora de viaje, entramos en un recinto reservado; el doctor Boeri gritó:—¡Ah de casa! ¡Buenas gentes!

—¡Se juega! respondieron algunas voces.

—¿Se jugará á los bolos? pregunté.

—No; á la *pelota*.

Al oir estas palabras, mis cabellos se erizan; me dispongo á retroceder, cuando un hombre de fisonomía abierta y simpática se presenta y dice:

—Señores, adelante; mi casa, mi posesión son de mis amigos, y de los amigos de mis amigos.

A esto sigue la presentación.

—El Sr. D. Félix Marana, genovés por parte de padre y por parte de madre, pero argentino de nacimiento.

Somos paisanos, por consiguiente, ó muy poco menos, digo á Marana, que me tiende cordialmente la mano.

—Me honro mucho en ser su conciudadano... sin el poco menos, contestó en buen dialecto el señor Marana; amo á Italia más que á mí mis-

mo, porque en realidad yo no tengo más que una patria sola: Italia... Si ustedes me lo permiten, voy á concluír una partida.

Mis compañeros hacen saber al señor Marana que detesto de corazón la *pelota*. Replico que no es precisamente el juego lo que me parece detestable sino las aberraciones á que da ocasión, y las cuales he presenciado.

—Aquí no se juega más que vino, dijo el señor Marana, y está prohibido arrojar libras esterlinas á los jugadores, como también cualquier otro proyectil.

En estas y en las otras hemos llegado á la plazoleta, que termina, como campo digno de tal juego, en un elevado murallón. Tres jugadores, en mangas de camisa y bien remangados y sudorosos, están esperando á proseguir la lucha, que debe de ser empeñada.

Reanúdase el juego, y no viendo yo esta vez signo alguno de aberración entre los espectadores, encuentro también, por lo que respecta á los actores, que el juego de *pelota*, desde ese punto de vista, puede agradar y hasta robustecer á los que juegan.

Los cuatro jugadores poseen aquel tórax amplísimo, aquellos musculosos brazos de hierro, y en toda su persona aquella evidencia de

fuerza que no se adquiere sino desarrollándola mucho con vigorosos ejercicios. En el tórax, en el brazo y en el cuello de Marana, hay algo del Hércules; sus *saques* se conocen por lo poderosos; más que una pelota, es un proyectil de arma de fuego lo que envía su mano al murallón. ¡Quién sabe cuántas ovaciones habría obtenido *trabajando* en presencia de numeroso público, y cuántas libras esterlinas habría ganado! Él, por el contrario, regalaba su vino.

No bien oyó que deseábamos pasar una mañana en *El Tigre*, exclamó Marana:

—En *El Tigre* tengo yo cinco islas, y el que quiera ver *El Tigre* no tiene más que disponer de mi persona, de mi barco y de mis islas; en fin, está dicho: de todo yo.

Al día siguiente por la mañana Marana, Gradara y yo estábamos en la estación central, y de allí nos dirigimos á San Fernando.

En San Fernando el señor Marana puede considerarse como un reyezuelo. Medio San Fernando, risueño y fértil municipio asentado cerca del Río, es propiedad suya. Los ciudadanos lo saludan con esa deferencia que denuncia las relaciones entre el inquilino y el propietario. Todos le quieren bien, inclusos los tenderos, bateleros y pescadores.

Preparado se hallaba en la corriente del Río un vaporcillo en cuyas entrañas se escondía, á más del carbón, un almuerzo que había de ser consumido en medio de *El Tigre*.

La excursión á *El Tigre* fué para mí la primera página de poesía en Sud América; poesía de los sitios, poesía de la amistad que sólidamente se ata y que ninguna vicisitud de la vida extingue después.

¡Qué hermoso día! ¡Qué aguas tan tranquilas! En *El Tigre* todo respira amistad: cara de amigos son las de los burgueses; fisonomías de amigos las de quienes viajan cerca de nosotros; rostro amigo hasta el del timonel.

¡Y aquellas islillas que comienzan á desfilar delante de nosotros! Nada más amistoso. Ven ustedes las avispadas muchachuelas escondidas detrás de la espesura, y que al mirar á ustedes pasar delante de sus islas, les sonríen.

En otras circunstancias, ustedes se burlarían de eso; en este caso, por el contrario, piensan ustedes que en *El Tigre* todos los semblantes han de ser amigos y sonrientes como el lugar mismo, como el cielo, como las ondas, que parecen sonoras.

El primer mérito, si *El Tigre* es una localidad encantadora, hemos de dárselo al Supremo

Hacedor que la ha creado así y la ha distribuído de ese modo en islillas. Pero el segundo mérito corresponde al hombre: en muchas ocasiones su mano viene á estropear la naturaleza; pero aquí todo es bello, equilibrado, armónico: el puente bajo el cual nos deslizamos; la cabaña rústica que aparece allá en medio de tres palmos de isla; el kiosco elegantísimo que se eleva en otra: aquel palacio, aquella torre, aquel árbol, aquel cañaveral, aquella barquilla que aparece; aquellas otras que se alejan; los pajarillos que gorjean entre las ramas; las cabras que nos contemplan desde la orilla; el misántropo que pesca solo en aquella ribera; todo encanta, enamora todo. ¡Oh! ¡Cuán bello es *El Tigre*!

Mientras contemplaba aquellas maravillas, el señor Marana extendía un gran mantel sobre la mesa, á la cual servían de apoyo cajas y barriles: descuartizaba un ánade; dividía en trozos pequeños algunos pollos; trinchaba el asado; aderezaba la ensalada; cortaba en lonchas la cecina; destapaba botellas; mondaba naranjas; cascaba nueces y almendras.

Viendo tal aparato, pregunté:

—¿Está lejos de aquí el regimiento?

—¿Qué regimiento?

—El que va á consumir esas vituallas.

—El regimiento somos nosotros, dijo Marana; nuestros aliados son los bateleros. *El Tigre* abre el apetito.

—¡Me comería este *Tigre!* exclamé con la más franca expresión de mi entusiasmo.

En este momento nuestra barca se aproximaba á una islita más graciosa que las demás; bajo un árbol merendaba una colección de señoritas, casi todas hermosas; cerca de la islita había una barca.

—¿Qué reunión de ángeles es esa? preguntó Gradara.

—Yo, dijo Marana, debería saber quiénes son, porque están en mi casa; pero no las conozco. En *El Tigre* acontecen así las cosas: el sitio es del *primo occupante*. Presumo que si me acercara á esa islilla, aun siendo mía, me despedirían...

En esto uno de los barqueros se permitió mezclarse en nuestra conversación, asegurando que sería muy difícil que en las islas de otros propietarios se llevasen á cabo tales invasiones. Solamente en las islas del señor Marana se atrevía cualquier reunión á merendar, porque era por demás conocida la cortesía del propietario.

—Además, observó Marana, á mí me basta tener la satisfacción de la tala.

—¿De la tala? pregunto asustado.

—Seguramente, me respondió el atento señor feudal; en determinada época del año hago una tala de todos esos árboles y me produce muchos millares de escudos.

Ante argumento tan convincente de patria potestad, hube de quitarme el sombrero.

Después nos acercamos á otra islilla en cuya margen estaba sentada una aldeanita, graciosa como casi todas las aldeanas, sentadas á la orilla de un río.

—También ésta es mía, dijo Marana.

—¿La aldeana, ó la islita? pregunté en seguida.

—Ambas, si usted se empeña; porque siendo mío el colono, mía pudiera ser la derivación. Pero soy un señor feudal sin exigencias. Vivo y dejo vivir.

Y con esto saltamos á la islilla.

La aldeanita dirigió un saludo gracioso al señor de aquel sitio; después, viendo que había allí profanos, fué á ocultarse. Marana halló modo de hacerla volver, indicándole los restos de las vituallas que habían quedado en el bote.

Seguimos paseando, ya bajo los árboles, ya alrededor de una cabaña; siempre admirando lo muy variado y muy hermoso que se ofrecía á

nuestras miradas. Por mi gusto no hubiera abandonado nunca aquellos sitios; pero Marana nos advirtió:

—Si á ustedes les parece, volveremos otra vez; ahora tenemos que partir, si no queremos que el tren se nos vaya.

Aquel variadísimo *Tigre* preparaba, para nuestro regreso, nnevas sorpresas y nuevas sensaciones. Como el vaporcillo tomase para su vuelta rumbos distintos en aquel archipiélago de encantos, vimos nuevas islas, nuevas orillas y nuevas hadas. En una islilla de árboles muy raros y alfombrada de verde, fué para nosotros agradable vista la de una pastorcilla que por allí erraba y cantando se hacía seguir por numeroso rebaño... Digo á ustedes que expediciones como aquélla no se repiten... sino en sueños.

Entrada la noche, estábamos ya de regreso en Buenos Aires. Convínose en acompañar al señor Marana á su casa en la calle de la Defensa; convínose en quedar como sus prisioneros de guerra durante la velada, y fué para mí digno coronamiento de tan hermoso día conocer á una familia que vive aún y vivirá siempre entre mis más preciados recuerdos. Si el señor Marana es el prototipo de la persona simpática, lo es asi-

mismo su esposa, señora argentina, y lo son igualmente sus dos hijos: una niña angelical y un niño al que no puedo desear nada mejor sino que herede las condiciones de su padre.

CAPÍTULO XXXII

De mundo á mundo.—Los Bancos.—El general Mitre.

No, queridos lectores—vosotros los que no hayáis estado nunca en América,—no os sorprenda la rapidez con que aquí se forman las amistades, se penetra en la intimidad y se establece una competencia de galantería.

En lo que respecta á la rapidez en ganar hondas simpatías, si á mí, americano de paso, me alcanzaron los perfumes de la cortesía, á otros que aquí se establecieron les tocaron las bienandanzas. No quiero ciertamente hablar de la índole de los italianos en Italia, ó de los europeos en Europa; pero es un hecho que se transforman, en lo relativo al corazón y á los sentimientos, cuando se trasladan á América. Dígaseme, en honor á la verdad: ¿hay algún país en Europa donde se profese por sistema

el principio de acoger bien y estimular eficazmente en sus tentativas al que pretende establecer ó fundar honrados y buenos negocios de cualquier índole? Entre nosotros se dice, de los amigos y de los enemigos, que la base primera, lo indispensable para plantear una cosa cualquiera, es el dinero contante; de otra manera no es posible pensar sino en los empleos consabidos; agrégase también que el reino de los negocios no es el del hombre que solamente sea rico en honradez, en buenas ideas y en buenas intenciones.

En el Sud América, por el contrario, cuando existía dinero sonante y contante, para los negocios parecía hecho, y antes que para otra cosa, para permitir á los recién llegados acometer negocios nuevos. El crédito de particulares á particulares no ha sido nunca ni en parte alguna tan alta y tan noblemente entendido como entonces en la República Argentina. Muchos de los que fueron al Sud-América, y que son más que millonarios, y, lo que es más importante, ya de vuelta en su patria, debieron los comienzos de su propia fortuna á una simple cuestión de confianza de quienes, viendo que tenían amor al trabajo, les facilitaron recursos para establecer negocios provechosos, y que

después no tuvieron ciertamente motivos para arrepentirse de haberles ayudado. La mayor parte de las boticas, que hoy producen un dineral, fueron establecidas en Buenos Aires sobre la base de un capital fiduciario.

También en la República Argentina, los Bancos han especulado, jugado y hecho tabla rasa de todo, quizás peor que entre nosotros; pero la verdad es que han ayudado y han estimulado á todos los que de la nada aspiraron á ser algo.

En el capítulo anterior me han visto ustedes contrayendo répidamente amistad con un hombre que en realidad tenía para mí la mayor predisposición á la simpatía. La fuertísima tendencia del espíritu de un hombre á quien encontré por casualidad, á un leal y cariñoso afecto, hízome pensar profundamente.

Pues bien; digo á ustedes un hecho que acaso explica mejor ese carácter: en los días que inmediatamente siguieron á mi hermosas excursiones á *El Tigre*, muchos conocidos míos me vieron andar siempre con este nuevo amigo que hasta mi partida no quiso abandonarme. Uno de mis conocidos tuvo ocasión de decirme un día algo que valió para aumentar mis simpatías por Marana, mucho más que las atenciones que le debí en *El Tigre* y en otras muchas partes.

—Este señor Marana, me decía el conocido á que me refiero, es un hombre extraño; tipo singular como hombre, como amigo y como filántropo. Como hombre, puede usted juzgarle con sólo saber que idolatra á su familia y que es siempre correcto, probo y digno en sus tratos. Como amigo, baste decir á usted que no habrá distancia ni tiempo que basten á borrarle á usted de su memoria. Como filántropo, tuvo, sin embargo, amargas desilusiones.

—¿Cuáles?

—Durante mucho tiempo se había constituído por sí solo y silenciosamente en centro de socorros para los pobres emigrantes de Italia. Desembarcaban á montones infelices, sin más caudal ni más alegrías que sus esperanzas. Él, como un curioso cualquiera, acudía á presenciar esos desembarcos; se mezclaba con los recién llegados; procuraba estudiar á los más menesterosos, á los más débiles, y de su propio bolsillo distribuía socorros que, en junto, ascendían á sumas enormes. Después tornaba modestamente al sitio de donde había venido, como quien ha logrado, en compañía de su propio corazón, realizar una acción laudable. Un día, después de haber hecho esto durante muchos años, advirtió con tristeza que en algu-

nos casos había sido sorprendida su buena fe.

—¿Cómo?

—¡Es claro! Lograron muchos hacerle socorrer necesidades que no existían; de aquí el que el hombre de corazón se considerase algo burlado y resolviese cambiar de camino en el ejercicio de su filantropía.

De estos modelos de verdadera, de nobilísima caridad, tuve ocasión de conocer más de uno entre los italianos de la República Argentina. Allí me fueron señalados hombres que habían llegado hasta arruinarse, cuando se hallaban en el colmo de la fortuna, por haberse envuelto en las desdichas de amigos desgraciados y ahogádose con ellos. El sentimiento de amistad, lo repito, tiene en el Sud-América su tabernáculo sagrado.

Otro sentimiento, que no es muy común en pueblos esencialmente comerciales, y que aquí, por el contrario, parece ingénito en el país, es el sentimiento de la gratitud. En otras partes, agradecimiento suele ser equivalente á molestia; en América el ingrato queda inexorablemente señalado por la pública indignación; aquí serán pródigos, derrochadores, jactanciosos, todo lo que ustedes quieran; pero al desagradecido se le aborrece demasiado para que pueda alternar

con nadie, y no vale, para excusarlo, el decir que en el comercio es preciso no pararse en escrúpulos.

Otra hermosa prerrogativa en el Sud-América es que los que han subido tienen á honra y á gala la humildad de su origen; cada cual considera como un título de nobleza que sepan todos como debe su fortuna al propio trabajo. Muy difícilmente oirán ustedes aquí á nadie que se enorgullezca de lo que le dejará ó le ha dejado su padre.

Tampoco sucede en América, sino en casos muy excepcionales, que haya hombres que deban su fortuna únicamente al casamiento con muchachas ricas.

Naturalmente un amigo como Marana fué para mí, durante mi permanencia en Buenos Aires, un *cicerone* precioso para tantas y tantas cosas que yo no había visto todavía, ó había visto de un modo incompleto.

Que el mercantilismo sud-americano, tan cuidadoso de las apariencias, hubiese procurado deslumbrar al público con soberbios edificios bancarios, con escalinatas magníficas, con espléndidos salones en la planta baja, ya lo había yo visto desde el primer momento, y dije en seguida á esos edificios: —«Lo que es á mí no

me pilláis aunque me esté aquí treinta años.»

Después, á consecuencia del estudio en conjunto, me fué dado conocer el resto.

El Banco más importante debía ser el Nacional, y lo es de hecho; es el custodio oficial de la riqueza del Estado, propagándose por todas las catorce provincias; de aquí la inmensa sensación que, á principios del mes de Julio próximo pasado, produjo en el mercado la noticia de que el Banco Nacional había suspendido sus pagos; noticia que fué luego desmentida.

En cuanto á la apariencia, el Banco Nacional resulta oscurecido en Buenos Aires comparado con el lujo del Banco de Provincia, por la sencilla razón de que en la época de mi estancia en Buenos Aires el Banco Nacional ocupaba provisionalmente un local condenado hoy, hallándose en construcción, con todo el lujo inherente, *los nuevos edificios* en la calle de la Reconquista y Ribadavia, cerca de la plaza de la Victoria.

No quise detenerme mucho en mi visita, en compañía de mi amigo Marana, al Banco Nacional, desde el momento en que aquel edificio estaba ya condenado.

Aun por el movimiento aparente de los negocios, el Banco de la Provincia, aunque in-

trínsecamente menos importante que el Nacional, se presenta mucho más animado y más ruidoso. Mu otrosy son aquí también los intereses para el público de menor cuantía. La fachada, de estilo italiano del siglo décimosexto, está constituída por dos grandiosos órdenes de columnas. Hállase dominada por una torre majestuosa, en que se echa de ver el gusto del siglo décimoctavo.

Se penetra en un atrio, al que prestan majestad admirable soberbias columnas de mármol y los airosos atractivos de las artes decorativas, que aquí se prodigan con profusión asombrosa,

El que por vez primera penetra en aquella majestuosa mansión, después de admirar la magnificencia del atrio, transpone (titubeando un poco, bien así como si temiese violar los misterios de aquel templo consagrado á Mercurio) el umbral, desde el que se ve un salón enorme que tiene algo de recinto de Parlamento, de templo, de teatro, de gran Tribunal Supremo, todo reunido.

Hállanse aquí, á la vista de todos, en la primera parte de la sala, facistoles muy cómodos, que sostienen voluminosos libros registros, que los interesados hojean y consultan incesantemente. El centro del salón está ocupado por

las oficinas que han de hallarse en continuo contacto con el público, donde, en la sala misma, verán ustedes un continuo desfile, desde la una á la otra ventanilla, de personas ocupadas y presurosas,

En aquella majestuosa galería del dinero ven ustedes grupos de trabajadores de la tierra que han surcado el grande Océano para reunir una fortuna. He dicho ven ustedes, pero hoy sería más exacto decir veían ustedes; porque como se han convertido en ironías tantas cosas en aquella América de los negocios, como lo fué Buenos Aires, aquellos billetes, titulados de curso legal, han perdido mucho de su prestigio.

Pero entonces, en la época á que yo me refiero, ¡qué espectáculo más imponente, en lo que se refiere á negocios, ofrecía el majestuoso Banco de la Provincia! Allí, sin cesar un momento, delante de centenares de ventanillas, aldeanos que llegaban á entregar dinero con la legítima soberbia de quien está en vías de ser capitalista; allí, viejos que se arrastraban dificultosamente para recoger el importe de sus rentas vitalicias; allí, gentes que iban á depositar montones de monedas y de papel, y otros á recogerlos. Impresionaba mucho, y muy especialmente en la sección de Caja, ver á los emplea-

dos colocando en los asientos altísimas torres de billetes, atados en montón con balduque. Pero por aquellas ventanillas corría aún el oro á ríos.

Para dar á ustedes un idea más clara de lo que se refiere al flujo y reflujo en las ventanillas del Banco de la Provincia, me bastará decir que, en la fecha de mi visita, aquellos voluminosos registros, de que hablé poco ha, contenían los nombres de unos cuarenta mil imponentes, de los cuales eran italianos veinte mil. Yo mismo vi aquellas cifras anotadas.

El señor don Nicasio Duarde, jefe de las oficinas, aunque se hallaba abrumado de quehaceres, tuvo la delicada atención de acompañarme hasta las entrañas, hasta el ovario, si así puede decirse, de aquel Banco de la Provincia; condújome á un corredor, que yo bautizaría con el calificativo de infernal, para diferenciarlo bien de todos los otros corredores que yo había visto y atravesado hasta entonces; quiero decir, un pasadizo largo y estrecho, en que es de hierro todo: desde el pavimento hasta el techo, desde las tapias hasta los anaqueles, los asientos, en fin, todo.

Allí se encuentra encerrado y custodiado cuanto el Banco tiene de más valioso en efectivo, registros, papel; garantizado todo de cual-

quiera eventualidad de incendio y de cualquier conato de robo. Próximo á este corredor de hierro hay un patio; un vigilante debe pasar cada media hora, lo mismo de día que de noche, por aquel sitio, cerciorarse de que nada de extraordinario pasa, oprimir, por último, un botón eléctrico, y seguir adelante.

Oprimiendo en aquel botón produce en una esfera de reloj colocada en otro sitio, una señal correspondiente al número del vigilante que en la media hora determinada debe oprimirlo. El vigilante que haya faltado á esa metódica obligación se acusa por sí mismo, pues faltando la señal, adviértese claramente que el vigilante no ha cumplido su deber; lo cual, precisamente por esa razón, no sucede nunca.

También otros Bancos, cuál más, cuál menos, representaban algo muy importante en el reino de las maravillas bancarias. Así, por ejemplo, el Banco Hipotecario, otro edificio soberbio, con fachada de verdadero efecto teatral, de estilo de nuestro siglo décimosexto, más correcto aún que el Banco de la Provincia: pero, ya lo he dicho, hay más de teatro que de Banco en aquella pompa de interminables columnatas que desde la base del edificio se eleva hasta coronar en toda su amplitud la magnífica

cornisa. Este es el Banco de emisión de las famosas cédulas hipotecarias que, en los tiempos honrados y felices, no disfrutaban menos del ocho por ciento de interés, en oro.

Otra cosa muy notable, tanto por su elegancia externa cuanto por su intrínseca importancia, es el *Banco Itálico* y *Río de la Plata*, fundado sobre envidiable base de oro y enemigo del papel—á juzgar por lo que la fama cuenta—como el diablo es enemigo del agua bendita.

Otros modelos de elegancia bancaria son el Banco Inglés y el Francés. También tenemos Bancos particulares, como el de Caravassa, en la calle de la Piedad. Bancos cuya belleza es lisa y llanamente monumental, y cuya importancia, en cuanto á negocios, fué extraordinaria Es el de Caravassa, un Banco que tuvo modestísimos principios.

A un orden importantísimo de institutos, si no por la magnificencia de los locales, por la extensión de sus negocios, pertenecía la sociedad *Italia Reaseguradora*, en el núm. 491 de la calle de San Martín; esta sociedad fué fundada en Junio de 1888, con un capital de cuatro millones de escudos.

Encontré en aquellas oficinas muchos conocidos cariñosos de mi patria y entre los admi-

nistradores al doctor Boeri y al señor Marana, que pertenecen á otras muchas Sociedades, á los cuales deseo que la crisis argentina sea ligera.

Otros centros de negocios en cuya entrada hallé siempre aquel incesante flujo y reflujo de público que, para mí, constituía ya por sí solo una maravilla, fueron el Nuevo Banco Italiano, en la calle de la Reconquista; el Nuevo Banco Comercial, el Instituto de Seguros y varios otros que, á la sazón, me abstenía yo de llamar secundarios, cuando pensaba que mientras en nuestros establecimientos de crédito (me refiero á los principales) el individuo que va ó viene para sus negocios encuentra constantemente y á todas horas el paso libre, y en las puertas de esos establecimientos de Buenos Aires, lo mismo principales que de segundo orden, la afluencia de público recordaba en todas las horas de oficina la frase del Dante:

Cual salen las ovejas del aprisco...

Y como, lo mismo en Buenos Aires que en las provincias, lo que hallé siempre, en cuanto se relaciona con las apariencias al más alto nivel de lo monumental, fueron los establecimientos de crédito, he llegado á presumir que para

aquellos Bancos prevalecía esta máxima: «La vista quiere su parte; lo demás poco importa.»

Ahora que hablo de mi visita á los Bancos, que es la jornada más fatigosa para mí de estas excursiones, con aquellos estímulos del apetito que puede originarse con haber respirado tantas atmósferas bancarias, voy á comer á una pastelería sita en la calle de San Martín. De repente, entre un asado y otro asado, llegan á mi oído los ecos de una charanga; veo desfilar multitud de jóvenes argentinos; oigo después que se detienen bajo las ventanas de una casa de la misma calle de San Martín y que lanzan clamorosos gritos y vivas y *palmadas con ellos*. ¿Qué será? ¿Qué no será? Me asomo á la puerta del establecimiento y veo en seguida una figura venerable que da las gracias; oigo después algunas frases vigorosamente dirigidas por el vitoreado á la multitud que le vitoreaba. Era el vicepresidente, general Mitre, el historiador popular, el traductor del poema del Dante, el publicista que había fundado—y dirigido durante mucho tiempo—el más autorizado periódico argentino, *La Nación*, y que era entonces objeto de una manifestación de simpatía de la clase escolar porteña. Después de tantos Bancos fuí á terminar el día cerca de un gran poeta, pasando

desde las no menos eficaces causas de tantas ruinas hasta los vítores tributados á un ex presidente que tiene el tan envidiable como raro privilegio de hallarse completamente puro de cuanto con estas ruinas se relaciona.

CAPÍTULO XXXIII

En el Matadero de Buenos Aires.—El colmo de la carnicería.

En la mañana siguiente á mis expediciones bancarias, díjome el amigo Marana: —«Hoy sería necesario ir al Matadero.»

Aquel nombre evocó en mí algunas reminiscencias de las corridas de toros en España, y mi respuesta fué un tanto indecisa.

—¡Ir al Matadero!.. ya sé... alguna reproducción compendiada de las corridas que he visto en la plaza de toros de Madrid.

—Pero ¿qué corridas ni qué Madrid? interrumpió mi amigo: el Matadero de verdad, el grande, el imponente, el... repugnante, no lo hay más que aquí, en Buenos Aires.

—¿Repugnante? dije. Hoy he menester de lo horroroso; iré con mucho gusto.

Se toma un carruaje y se va al Matadero.

Se va, está dicho muy pronto; la cuestión es llegar.

Marana despide por aquel día su carruaje propio, y me dice:

—Para subir hasta el Matadero necesitamos caballos de instintos más sanguinarios que los instintos de mis caballos.

—Caballos... shakesperianos, dije.

—Y por hoy, me dijo Marana, antes de tornar—después de nuestra visita al Matadero—á presentarnos á las gentes, procuraremos purificarnos; vamos, como quien nada dice, á nadar en sangre.

—¡Pues haya sangre! grito ferozmente,

Nos dirigimos á la plaza de la Victoria; tomamos un carruaje de dos caballos de pelo oscuro, el color que más se adapta á la meta de nuestra excursión. En Buenos Aires todos conocen á Marana, y el cochero le saluda por su nombre; oyendo que vamos al Matadero, me mira como quien está perfectamente convencido de que se las há con un cortador de oficio que se ha vestido de fiesta. Los caballos, como si aspirasen ya el olor de la sangre, partieron á todo galope, atravesando por la calle de Bolívar; después, arriba por las plazas de la Independencia y de la Constitución y por calles que, en cuanto á

pendientes, se dejan muy atrás á las mismas de Génova. Los dos caballos se ríen de estos caprichos de las alturas, pues tienen ya aprendido de memoria el aforismo de que Buenos Aires es el infierno de los caballos; pero cuando, pasada la plaza de la Constitución, se trata de subir hasta el extremo Sudoeste de la ciudad, aquellos pobres animales comienzan á sudar que es un suplicio hasta para el que los ve y para el que los guía.

Pasado el edificio del grandioso Parque de Artillería, surge, en dirección contraria á la que nosotros llevamos, y de retorno ya, una procesión interminable de carros de carne muerta, que alternan con los vehículos que van como el nuestro; la multitud es tal, que en aquella horrenda confusión de armatostes cargados de animales descuartizados, de pieles, de sangre y de toda materia inmunda, ni aun el más experto bachiller en *automedontismo* habría logrado salir airoso.

Mi caballo... de San Francisco, para citar alguno, habríase aturdido en medio de aquel espectáculo inacabable de sangre que subía hasta los ojos. Lo que hacía daño á nuestros caballos no era por cierto su impresionabilidad, porque aquellos pobres animales están acos-

tumbrados á verlo allí todo de un mismo color; asustábales el tropezar con tanto carruaje en cada una de los cuadros, y el inevitable chocar de unos con otros.

En un sitio determinado, nuestro carruaje quedó tan maltrecho á consecuencia de la embestida de un carro que á toda carrera atravesaba la calle, al desembocar nosotros por la misma esquina, que las ruedas posteriores quedaron destrozadas, y nosotros arrojados al suelo más ó menos violentamente. Hago á ustedes gracia de las blasfemias del cochero: miraba á mi amigo como para decirle:

—¿No ha tenido usted por hoy más infierno que escoger que éste?

Me miraba después á mí, como para agregar:

— Y este otro carnicero, ¿no podría haberse ido á pie, ó mejor aún en uno de los carros destinados al servicio?

—Con los juramentos no se remedia nada, dijo Marana, pagando al contado al cochero. Este proseguía renegando de Dios y de los hombres, por lo menos de dos de ellos, y entonces fué cuando Marana me dió, así como de pasada, un espectáculo de ejercicio de fuerza, porque cogiendo por un brazo al auriga, y sacudiéndole, le dijo:

—O acabas, ó te planto sobre uno de esos carros que vuelven.

El cochero, lanzando ayes á consecuencia de la poco agradable sacudida, dijo:

—Vamos, deme usted el dinero y no se hable más del asunto; con usted no es posible discutir.

Y á buena cuenta, después de pagar la carrera bastante más cara de lo estipulado, tuvimos que proseguir á pie la subida.

—Aquí es menester que nos cuidemos de nosotros mismos, dijo Marana, porque si se nos estropea alguna rueda, como no se ve por aquí ni sombra de carruaje, no nos quedaría más remedio que meternos, confundidos y en montón, con las carnes que esos carros llevan á la ciudad.

—¡Y pensar, dije entonces, que en todos los pueblos del mundo civilizado, si se exceptúa algún nido de pitagóricos, se consume carne muerta y que, sin embargo, no habría yo podido imaginar ni en sueños un espectáculo semejante en ningún punto de la tierra!

—El espectáculo digno de un poema terrorífico, me contestó Marana, no lo verá usted sino en el recinto mismo del Matadero.

Y menos mal que éste se hallaba ya á muy

poca distancia. Abriéndonos paso entre un cruzar, cada vez más difícil, de animales, de carros y de carreteros, dificultad que en algunos sitios adquiría proporciones increíbles, llegamos, por último, delante de aquel inmenso prisma cuadrangular que se denomina el Matadero.

En este punto conviene advertir que el espectáculo único presentado por el recinto que se destina á la matanza de reses en la República Argentina, no está en relación solamente con las necesidades de una población de medio millón de habitantes, todos, cuál más, cuál menos, eminentemente carnívoros, sino también con una respetable porción que se reserva diariamente para la exportación á *ultraciudad* y á ultramar.

Es verdad que un *profano* que asista á un espectáculo de matanza como aquél, puede perder para algún tiempo las ganas de comer *bisteque*, fritura de sesos, chuletas y todo lo demás que enviaba en cantidad grande aquel excelente Gargantúa.

Entramos con las costillas intactas en el Matadero, y éste es ya un buen paso. Andábamos sobre una horrible laguna de sangre; respirábamos una atmósfera de sangre que habría pro-

ducido vértigos á un rinoceronte. Al desembocar en la enorme nave en que son degolladas reses de todos tamaños, es indispensable quedar maravillado ante aquel excepcional, si bien repugnante espectáculo de sanguinaria grandeza.

Viéndome quedar con la boca abierta como para digerir aquella primera impresión, mi amigo, cogiéndome por un brazo con uno de sus famosos apretones que hacen ver las estrellas y casi arrancándome á la embestida de un carro que estaba á punto de echárseme encima, me dijo:

—Aquí es necesario dejar las meditaciones para los frailes, y pensar que, en no estar con los ojos muy listos, nos puede ir la piel nada menos.

Sorteo como me es dado no recuerdo ya cuántos otros carros, y además huyo el cuerpo á un hombre de armas que adelanta con extraordinaria rapidez y empuñando una cuchilla enorme, con la que parece amenazar á media humanidad doliente, hasta que mi compañero y yo logramos encontrarnos en una parte del inmenso recinto algo menos... puedo decirlo así, algo menos bestial.

—Mírese usted el calzado y la parte baja del pantalón, me dijo Marana.

El primitivo color de ambas prendas había desaparecido: evidentemente reconozco en mí un hombre que acaba de vadear un río de sangre.

—¡Deje usted paso á ese caballo! me grita Marana. Efectivamente, veo que por uno de los lados adelanta á todo galope un bucéfalo, sujeto por una larga cuerda y como en actitud de huir.

—¿Degüellan también caballos en un pueblo de tantos bueyes? pregunto impresionado á mi compañero.

—No: el caballo es el que degüella, ó, mejor dicho, hace degollar á los otros animales, me contestó mi amigo. Venga usted conmigo hasta aquel alto, y veremos mejor.

Sigo á mi guía; subo bastantes peldaños de granito, muy empinados, hasta que llegamos á estar como en la barda de una pared maestra.

—Y ahora, dijo Marana, mire usted ahora á derecha y á izquierda, siempre hacia abajo.

¡Nuevo espectáculo, y también espantoso! En dos naves vastísimas se hallan presos centenares de bueyes y de terneras, esperando éstos y aquéllas el último suplicio. Todos parecen animales muy pacíficos; uno de los empleados da del hecho una explicación satisfactoria.

—Los animales que se hallan en esa nave, nos dijo, no han comido hace ocho días.

Esto, lo digo con franqueza, me parece muy mal. Que degüellen á los animales, lo concedo, y hasta lo aplaudo; en otro caso, tendría que renunciar á mis hábitos de alimentación, aunque parca. Pero el que los maten después de haberlos hecho sufrir un largo martirio de hambre, me parece asunto bastante para agregar un canto al poema de *El Infierno*.

Sobre una especie de pedestal, como á diez pasos de nosotros, un hombre que tiene una cuerda con lazo preparado en su extremidad, lanza dicha extremidad con lazo, como á la ventura, sobre el ganado que espera su última hora; el lazo se ciñe á los cuernos, ya de un buey, ya de una vaca; el hombre del pedestal fustiga entonces, con su látigo bastante largo, al caballo que está muy bien atado á la cuerda y que tiene á su disposición todo el espacio de dicha vía hasta el centro del Matadero. El caballo comienza entonces á trotar; el buey á quien ha tocado la suerte, comprende pronto que todo ha concluído para él; abre cuanto puede los ojos inyectados en sangre, mientras el tirón inexorable que el caballo sigue dando le obliga á resbalar hasta el pie de la altura en que un hombre, ensangrentado hasta los pelos, le introduce el cuchillo entre la cabeza y el cuello; el caballo,

que se ha detenido, vuelve á ponerse al trote y lleva al animal herido á la parte ancha, para que allí se agite por algún momento entre los espasmos de la agonía.

Uno de los encargados del servicio libra muy pronto los cuernos de la res degollada del lazo y lanza el cabo de la cuerda al sitio que ocupa el encargado del degüello. Todo esto se lleva á cabo con una celeridad y con un *dominio de la escena* verdaderamente admirables.

Prescindo, en gracia de la brevedad y por consideración á ustedes, del clamor de mugidos y de balidos que se eleva en aquellas inmensas naves, pues mientras entre las dos que yo descubro son sacrificados sin cesar bueyes y terneras, y hasta muchas vacas preñadas, y otras son partidas y descuartizadas, en otras partes son destrozados cabritos, ovejas, corderos, que quedan reducidos á cuartos y cargados en cientos de carros que entran, al propio tiempo que salen otros tantos, ya cargados de sobra.

Si en aquel día hubiese yo perpetrado un crime, habría tenido en mi favor todas las circunstancias atenuantes, porque me hallaba dominado por la fuerza irresistible de la sangre, que sentía subírseme hasta la garganta.

Después de haber presenciado durante otros

quince minutos la hecatombe taurina y de haber visto en la nave central desollar una larga hilera de aquellos pobres animales que poco antes había visto agrupados, con mis propios ojos, si no llenos de vida, porque estaban hambrientos, animados de un mutuo afecto fraternal, pasé á presenciar la matanza de las reses pequeñas.

Era aquello una degollación de los inocentes, y en verdad no pienso ver en mi vida otra más desgarradora. Aquí, una cuadrilla de cortadores, ante los cuales los mozos van arrojando de dos en dos, ó de tres en tres, ovejas, corderillos, carneros y cabras, éste agarrado por el cuello, aquél por la cola; el uno por ambas patas delanteras, el otro por una sola pata. Los matarifes, inclinados uno cerca del otro, los despachan con sendas cuchilladas y los arrojan en seguida á una distancia de varios pasos, para que allí concluyan de dar las boqueadas últimas. Los descuartizadores van dividiendo una por una aquellas reses pequeñas; la matanza, realizada con admirable rapidez, toma en poco tiempo proporciones fenomenales.

De todos modos, tanto la matanza grande cuanto la pequeña matanza, acabaron por cansarme; pues, pensase lo que quisiera nuestro

cochero de aquella mañana, no soy de la madera de los matarifes. Vuelvo á ver entretanto á mi amigo Marana, que había ido para preguntar al director del Matadero si podría yo obtener la honra de celebrar con él una entrevista. Por su conducto supe que en aquella mañana habían sido sacrificados en el Matadero de Buenos Aires, 1.200 entre bueyes y vacas; 500 terneras; 2.000 entre ovejas y borregos; 1 500 corderillos, y cerca de 14.000 entre carneros y otras reses menores ¡Imaginen ustedes, si pueden, todo ese estrago en un solo día!

Preguntóme sobre mis impresiones acerca del espectáculo, y me hizo saber que el Municipio de Buenos Aires estaba ya apercibiéndose para la construcción de un Matadero más acomodado á las presentes necesidades, y, por de contado, más monumental. No sé si este pensamiento se ha realizado posteriormente: lo dudo.

. Por lo que se refiere á mis impresiones, le dije que eran excelentes en lo relativo á la celeribridad maravillosa con que eran destrozadas tantas reses. Hice, no obstante, mis reservas en lo concerniente al régimen dietético que se imponía á los candidatos á la matanza, como expresé mi extrañeza de que se matase á tantas vacas en cuyas entrañas había yo visto le-

gítimo fruto, que resultaba muerto antes de nacer, con tan fuertes emociones.

—Aquí es costumbre eso, me dijo el Director por toda respuesta; y, en efecto, también esa era una razón.

CAPÍTULO XXXIV

Otra serie de representaciones del «Otello», de Verdi.—Una gran velada en la Opera.—Las oficinas postales y los sellos de franqueo.

Dos días después de aquel baño de sangre, mi habitual y excelente compañero me buscó para decirme:

—Hoy, siempre para el mejor éxito del viaje de usted, es necesario concurrir á otro espectáculo.

—¿Otro espectáculo espantoso? le pregunté.

—No tanto, porque el espectáculo se titula el *Otello*, de Verdi, en la Opera, por el tenor Denegri.

Durante el año anterior, Buenos Aires había tenido la honra de ver dos *Otellos*, armados uno contra otro, y ambos de Verdi; uno, sin embargo, el de la Opera, cuyo empresario era Fe-

rrari, fué el hijo legítimo de su padre, y tuvo, por decirlo así, en toda regla la sanción de la casa Ricordi; el otro, al revés, el del *Politeama* Argentino, cuyo arrendador era Ciacchi, un *Otello* de contrabando. Protagonista del primero había sido Tamagno; del segundo... acaso para dar el consonante, Stagno. Naturalmente, el triunfo mayor fué para el *Otello* legítimo; si Verdi, por su nueva creación, fué elevado al séptimo cielo, Tamagno no tuvo motivos para quejarse, porque lo levantaron hasta las estrellas.

A la sazón Marana estaba allí para demostrarme que si yo faltaba al *Otello*, representado por Denegri, cometería un imperdonable pecado, por omisión. Mi amigo dió más fuerza á su peroración—aunque en realidad predicaba á un convertido—regalándome uno de los dos billetes del abono que él tenía á dos butacas de la Opera. Si no hubiera sido por Marana, me hubiera visto obligado á pagar por un asiento en aquel *estreno* cuarenta ó cincuenta escudos.

Quise aprovechar entretanto la mañana para escribir algunas cartas á Italia, porque en el mismo día justamente salía de allí uno de los más rápidos vapores-correos.

Los reglamentos de aquella oficina, situada

en la calle de Bolívar, dicen que hay tiempo de depositar correspondencia para el extranjero hasta el toque de la una.

Poco antes del toque me encontraba yo en aquellas oficinas postales con un paquete de cartas para mis amigos y mis enemigos de Italia. La administración de Correos de Buenos Aires, en lo que concierne á la magnificencia de su instalación, está muy distante de ocupar el mismo nivel que muchos edificios que allí se destinan á servicios públicos; tiene, empero, algo de grandeza, como debe suceder necesariamente cuando se trata de una ciudad cuya población numerosísima tiene precisión de expender, en su mayor parte, cartas muy frecuentes, ya para negocios, ya para dar noticias á parientes que viven lejos.

Este capítulo ha sido encabezado, si así puedo decirlo, con el *Otello* de Verdi; pero ya que estoy aquí, permítanme ustedes que les dé más exacta y mejor idea de estas oficinas de Correos; con tanta más razón, cuanto más verdad es que alguna relación tiene el asunto con la partitura verdiana, como ustedes verán muy pronto.

Ya he dicho á ustedes que es tiempo hábil para depositar la correspondencia para el ex-

tranjero todo el que precede al toque. Los buzones que rodean al edificio son muchos, y no solamente para la usual separación entre las cartas y los impresos. Hay un buzón especial para la correspondencia del interior de la ciudad; otro para las cartas que no salen de las provincias argentinas; otro para las cartas que se dirigen al Uruguay; otro, en fin, para la correspondencia que va á cualquíera de los paises extranjeros.

Esta subdivisión no se detiene aquí: existe también la invención de los buzones de primera hora y del buzón de última hora. Este es, sin rodeos, el buzón embuste.

Es para ustedes de urgencia remitir una carta á Ultramar, y llegan fatigados, jadeantes, sin aliento, cuando el toque fatal no ha sonado aún. Esto no impide que muy frecuentemente, por un capricho de los agregados al servicio ó por cualquiera otra causa, el buzón se halle cerrado antes de la una. Entonces no queda á ustedes otro recurso que depositar su carta en el buzón de última hora, previa (por de contado) la colocación en el sobre de doble franqueo, porque para el buzón embuste se paga la multa del duplo.

De todas maneras —hay que convenir en

esto—es una ingeniosa invención rentística la de este buzón de última hora; ¡lástima grande, verdaderamente, que no haya sido suficiente para salvar del desastre la Hacienda argentina!

Pues si este buzón resulta beneficioso para el Gobierno, hay en otras partes algunas disposiciones especialmente útiles para el público; aludo á voluminoso, enormes cuadros registros que, expuestos siempre en el patio del edificio, contienen, con todas las diarias variaciones que son del caso, todas las señas de las cartas dirigidas á la *lista de Correos*, dispuestas en orden alfabético y que permanecen expuestas allí durante un mes. Este sistema está en uso en todas las oficinas de Correos de las principales ciudades argentinas, con lo cual se evita en ellas el suplicio del encarnizado buscador en la lista de Correos de cartas que no llegan nunca, el cual se acerca, en cada media hora, para mortificar al encargado de ese servicio con la eterna pregunta:

—¿No hay nada para mí?

El molesto se limita en la República Argentina á molestarse á sí mismo ante el fatídico cuadro, y puede permanecer allí un día entero sin mortificar á ningún empleado público.

Había yo quedado, como ustedes recorda-

rán, con mi paquete de cartas en la mano y en actitud de acercarme á varias ventanillas detrás de las cuales, y defendidos por una reja, se hallan otros tantos empleados, con respetable traje negro, todos encargados de la venta de sellos de franqueo. Llego en el momento en que el público se halla discretamente amontonado, en tanto que los empleados—de los cuales, ninguno atiende á su obligación, que es servir al público—se acaloran y exaltan en una discusión muy animada.

Casi más que el remitir mis cartas, me urgía á mí averiguar la causa de tal discusión entre aquella media docena de empleados. De todas maneras, permanecí esperando pacientemente, como otras personas del público, que aquellos señores se arreglasen entre sí, y después, cuando creyesen que había llegado el momento, se pusieran bondadosamente á nuestras órdenes.

Pude entonces averiguar que el tema de la discusión era el *Otello* de Verdi. Discutíase, no ya sobre los méritos de la ópera que, como he dicho, había alcanzado uno de esos triunfos que no admiten discusión, sino acerca de si podría darse un *Otello* tolerable siquiera en la misma ciudad en que Tamagno-Otello había triunfado anteriormente. De aquellos empleados, los unos

sostenían encarnizadamente que sí, los otros que no. Oíanse frases que podrían ser traducidas de este modo:

—Que pueda haber un *Otello* tolerable después de Tamagno, es pura y simplemente imposible.

—Te digo que Denegri es un tenor precedido de fama tal, que seguramente podrá resistir la competencia.

—¿Qué resistir? Sucumbirá; no tiene más remedio; ésta es una petulancia suya.

—Es decir, que faltando Tamagno, ¿ya no se puede oir el *Otello*?

—Precisamente. Ese señor Denegri no puede ser, si con Tamagno se le compara, más que un mosquito.

—Al revés; un animal muy grande en vez de un animalillo, replicó otro de los empleados.

—¿Y dónde dejáis la fama de ese artista? preguntaba un tercero.

—Las famas las fabricamos nosotros.

—¿Y el público de otras poblaciones?

—Ese no me importa. Las otras poblaciones no habrán oído á Tamagno como nosotros lo hemos oído, con cerca de doscientos mil escudos de sueldo por la temporada...

Echando de ver que la discusión se prolon-

gaba demasiado, y notando que la hora fatal se aproximaba, me decidí á dar algunos golpes en el banco próximo al ventanillo para llamar la atención de aquellos empleados que tan completamente olvidaban los derechos del público.

¡Nunca lo hubiera hecho! El empleado más próximo me dirigió esta frase seca y fría como citación de comparecencia:

—¡Cuando hay personas que hablan no es conveniente importunarlas!

—Pero yo, respondí con humildad suficiente, necesito depositar estas cartas antes de la una.

—¡Qué cartas, ni qué!... me respondió el atento funcionario; espere usted su turno.

Dicho esto, mi hombre reanudó con más empeño su discusión y me dejó plantado, mientras murmuraba yo:

—¡Bonita manera de servir al público!

Es bien que tengan ustedes presente que la venta de los sellos de franqueo no se verifica en Buenos Aires en las expendedurías de tabacos; es necesario comprarlos por fuerza, ó en esta oficina, ó en las sucursales de las diferentes estaciones. Continúo, pues, con mi paquete de cartas en la mano, como los demás individuos del público; suena el toque; corro para ver si hay todavía tiempo para depositar aquellas car-

tas sin multa; precisamente en aquel momento en el buzón ordinario me dan con la puerta en las narices, y no me queda más recurso que la última hora con el franqueo complementario.

Torno á las ventanillas del franqueo; la controversia prosigue, y precisamente en aquel momento se oye la voz tonante de un longobardo, de *pura sangre*, que se dirige á los discutidores con esta frase disparada:

—Ya me habéis... fastidiado bastante con vuestra charla, pedazos de asnos, que servís al público lo mismo que muñecos.

Los aludidos, cerrando los puños, amenazan al impaciente; pero él, encogiéndose de hombros, se aleja de allí con sus cartas, diciendo:

—Iré al infierno á comprar los sellos.

Y creo que así habrá sucedido.

Entonces fué cuando aquellos empleados se dispusieron á servir al público, pero demasiado tarde; tuve que pagar mi sello de alcance.

Y hablemos ya del *Otello* propiamente dicho, no sin hacer observar que, también en los cafés, en las fondas, en los almacenes, el asunto más interesante y casi único de la conversación fué, durante el día si Denegri sabría y podría resistir el recuerdo de Tamagno.

¡Cómo estaba el teatro aquella noche! La sala

de la *Ópera*, el nuevo teatro de la calle de Corrientes que ha sustituído al antiguo Colón, destruído hoy, de la plaza de la Victoria, era lo más espléndido que pudiera imaginarse. Los lectores de nuestros países, acostumbrados á ver centralizado todo el lujo posible, la pompa de los tocados, el provocador encanto de la hermosura en los palcos, imagínense esa pompa, ese encanto, esas estrellas de primera magnitud esparcidas en todo el teatro, en palcos lo mismo que butacas, en casi todo aquel elegantísimo recinto. En la platea, lo mismo que en los palcos: provocadores descotes; miradas asesinas; esplendorosos collares de brillantes que proyectan vivísimos reflejos, rodeando aquellas gargantas esculturales, ondulando sobre aquellos senos de mármoles de Paros.

Y la *cazuela*, esa localidad que en los teatros del Sud-América está reservada á las señoras que tienen un hombre dispuesto á sobrellevar el gasto del teatro, pero no á dejarse ver con ellas, la *cazuela*, digo, ¿qué otra cosa parecía en aquel *estreno* del *Otello* sino una bombonera... en música?

Por su parte, el Presidente de la República tenía siete de aquellas diosas para acompañarle en su doble palco proscenio. Parecía una cigüe-

ña entre una bandada de palomas; y perdóneme, su excelencia, la comparación.

En todos los ámbitos del teatro tan completamente llenos, advertíase el ansia, la inquietud por el grande problema que estaba próximo á resolverse.

El tenor Denegri apareció en escena como si fuese un acusado: la sonora frase de entrada fué dicha por él con aquel fuego que conocen perfectamente ustedes los que frecuentan el teatro régio de Turín, ó el de Carlo Felice de Génova: pero el conato de aplauso de algunos fué inmediatamente reprimido, porque la piedra de la comparación fué desde el principio arrojada inexorablemente en la balanza y no ayudó al artista.

Pero al sucederse unas escenas á otras; pasando desde la frase de entrada al desafío; de éste á la escena de amor, y después del primero, al segundo acto, al tercero, y, por último, á ese poema de acción y de arte que constituye el acto cuarto; ¡cómo empezaban á poner en duda su propia infalibilidad muchos que creían ya sinceramente haber sancionado la imposibilidad absoluta de un nuevo *Otello!* Tamagno siguio indudablemente firme en su pedestal; pero no faltó á Denegri la aprobación del público.

En la escena final del segundo acto con Yago; en los momentos de potentísima acción del tercero; en las sonoras frases y en la terrible mímica del cuarto, Denegri me dió ocasión de conocer al gran público porteño en las máximas manifestaciones del propio entusiasmo. Diré á ustedes, además de esto, que Desdémona era la Theodorini; Yago, Battistini; director de orquesta, Mariano Mancinelli, lo cual basta para formar una idea de la importancia de la ejecución. De la orquesta y de las masas corales en general, diré á ustedes que en algunos pasajes me pareció que escuchaba lo perfecto, que es tan dificultoso en el arte.

Si agregase algo sobre los precios que se pagaron por aquella velada, me gritarían ustedes que era una exageración. Figúrense ustedes que cualquier asiento, de reventa en reventa, llegó á costar á última hora más de cien escudos, y algunos palcos más del décuplo de esa cantidad.

Aquella representación señaló mi primer paso en la prensa propiamente argentina, porque como me diese el capricho de enviar un artículo de crítica artística á *El Nacional* que, contando ya la edad de treinta y ocho años, es el más venerable de todos los periódicos del Sud-Amé-

rica, tuve la satisfacción moral de ver, á los dos días, mi artículo, traducido al castellano, impreso en el sitio del artículo de fondo. ¡Tan cierto es que la segunda serie de representación de *Otello*, de Verdi, con el nuevo protagonista, se conside. ró, por entonces, como el acontecimiento más importante del día!

CAPÍTULO XXXV

La torre Eiffel en Buenos Aires.—El gran repartidor de las aguas. — El paseo de Palermo.

Cierto día mi cónsul, como hablásemos acerca de monumentos, me dijo:

—Oiga usted, se está preparando uno de verdad, al cual daría yo el nombre de la torre Eiffel de Buenos Aires. Es el nuevo depósito para la distribución de las aguas. Verá usted una ciudad de hierro, y quedará asombrado.

Resolvimos ir en aquel día mismo. El señor Medici, ese curador de tantas obras públicas de la República Argentina, y sobre todo de las obras de higiene y saneamiento, nos proveyó de un pase rayo, en el cual se contenía además la

recomendación de darnos las explicaciones y noticias que son del caso.

Pasadas las horas de oficina, esto es, después de las cuatro de la tarde, Gradara y yo subimos á un coche de tranvía, que nos llevó directamente al cuadro comprendido entre las calles de Córdoba, Río Bamba, Ayacucho y General Viamont; esto es, en el punto más alto de Buenos Aires. Transpusimos la entrada del inmenso y férreo depósito de las aguas con la tranquilidad y el aplomo de quien va provisto de la suprema de las recomendaciones.

Pero, ya se lo he dicho á ustedes: «sobre todo, nada de recomendaciones.» ¿Qué mejor recomendación en aquel importante recinto que la tarjeta de Medici? Un operario, á quien vimos en un puesto, que podía considerarse como del guarda, después de examinar el talismán que el señor Medici nos había dado, manifestó que nada tenía que decir; pero que él, como no sabía de lectura, debía pasar, sin otra cosa, á la orden del día en todo lo que allí se podía contener. De todas maneras, nos invitó á que siguiésemos, si lo deseábamos.

Pero... ¿seguir? ¿pasar? ¿por dónde? Por todas partes nos parecía aquello una cárcel celular en construcción más que la entrada de un monu-

mento maravilloso de la industria moderna. «Además, indicó uno de nosotros, deseamos hallar alguna persona que nos sirviese aproximadamente de guía, de luz ante obra tan excepcional, sobre todo, llevando una recomendación del principal...»

Pasó en aquel instante un sujeto de mirada algo fiera y que llevaba, muy adecuado por cierto, el nombre de Aquiles. El guarda nos dijo: «Ese señor es el que conviene á ustedes; es uno de los ingenieros,» y él mismo le suplicó que escuchase «á estos señores, que traen una carta del señor Medici para visitar los trabajos y ser enterados de todo...»

—¿Y á mí qué me importa? preguntó Aquiles, hijo de Peleo.

—Lo que sucede es—dijo entonces Gradara—que como usted ve en esta carta, estamos recomendados como individuos que celebrarían enterarse algo en la visita á los trabajos.

El hombre fiero echa, como de paso, una ojeada á la carta, y dice en seguida:

—Pues bien, eso no me importa;—y se va.

Afortunadamente, pasó entonces otro ingeniero, que acaso tenía más tiempo disponible y era más atento y mejor educado, y después de oir nuestros deseos, sin mirar siquiera la carta

de recomendación, se nos ofreció en seguida, y en la más atenta forma, como *cicerone*, y lo fué realmente, para honra suya y contentamiento nuestro; nombrábase Bateman-Sarsonsy, y era francés, como ya lo indica su nombre.

Subimos los peldaños que debían conducirnos á las entrañas del coloso que empezaba á nacer, y que ahora se eleva majestuosamente sobre todos los edificios de Buenos Aires.

Pasando desde la parte mampostería, construída con arreglo á los planos de Morarini, al depósito propiamente dicho, que es por completo y de todo en todo de hierro, y viendo aquella imponente masa metálica, pregunté á nuestro atento y cortés *cicerone* cuánto pesaría, aproximadamente, todo el hierro empleado en aquella obra colosal.

El ingeniero me contestó que, calculando en el peso hasta los clavos, vendría á resultar de diecisiete mil toneladas. Esta enorme construcción metálica fué adjudicada en subasta pública á tres casas belgas.

Preguntándole después acerca de la otra parte de la obra, que es de albañilería, supe que, por entonces, se calculaba que habían sido colocados veinte millones de ladrillos de los tejares fundados por la misma dirección de los tra-

bajos en la localidad de San Isidoro. Aquella sólida obra de fábrica, destinada á encerrar el monstruo metálico, tenía realmente en sus cuatro amplísimas fachadas una grandeza monumental. El efecto será aún mayor cuando se lleve á cabo el elegante revestimiento con tierra cocida, rodeado por un zócalo de granito, que se elevará dos metros desde la base. El edificio se rodeará después —para atender á exigencias de la estética—de cinco metros ó más de terreza destinado á jardines.

Pasemos á lo intrínseco: esto es, al verdadero y propio depósito de aguas. Los recipientes están repartidos en cuatro secciones para cada uno de los tres pisos en que el edificio se subdivide; de suerte que vienen á resultar doce compartimentos, que se comunican entre sí por medio de tubos conductores, provistos de sus correspondientes válvulas *ad hoc* y otros aparatos para la rápida transmisión de las aguas y su filtración adecuada á fin de que resulten límpidas.

Aquella colosal armadura metálica—ya por sí sola imponente espectáculo—se halla sostenida por ciento ochenta columnas, cada una de las cuales tiene un espesor constante de diez centímetros; por el interior de esas columnas se ve-

rifica el paso de las tuberías conductoras del agua, de modo que este líquido no se halla jamás en contacto con lo que constituye el material sólido de sostenimiento de las columnas. Todo se halla ingeniosamente previsto y arreglado en tan prodigiosa conducción de aguas, contra los efectos de las variaciones termométricas. Allí, en el fervor del trabajo, admiré el sistema perfecto con que se procedía en la unión de varias piezas metálicas, por medio de pernios, en que se combinaban las perforaciones efectuadas y las piezas que habían de unirse. Este trabajo, llevado á cabo por medio de la máquina de Allán, de aire comprimido, resultaba de precisión tal, que hacía imposible toda filtración indebida de agua por las distintas partes del empalme.

Este gran depósito para distribución de aguas es, sin disputa, la más gigantesca obra pública existente en Sud-América, aunque con material llevado solamente de Bélgica; es de una capacidad de 90.000 metros cúbicos de agua, lo cual equivale á una masa líquida de 78.000 toneladas.

Tal cantidad de agua sería más que suficiente para una población mayor que el doble de la de Buenos Aires. El primer piso del gran depósito, con las cuatro subdivisiones ya menta-

das, se eleva á unos doce metros y medio del suelo, y está destinado á proveer de agua la parte más baja de la ciudad, como La Boca y Barracas; los otros pisos, cada uno de los cuales tiene de altura seis metros y medio, están destinados al servicio de las otras partes de la ciudad, gradualmente más elevadas. Además, un depósito superpuesto, que denominan de auxilio, tiene, por sí solo, una capacidad de ochenta y seis metros cúbicos de agua, y se eleva á una altura de treinta y dos metros, hallándose destinado al servicio de agua en casas de vecindad, con presión bastante para impulsar el agua por encima de las más altas construcciones de Buenos Aires.

Nada diré á ustedes del estrépito infernal que nos ensordecía, entre el constante machacar de los martillos, los mazazos, el ruidoso transporte de masas metálicas desde un punto á otro. Advirtiendo que clavaban con gran prisa, hube de preguntar al ingeniero algunas otras cifras.

—Los clavos—me contestó después de consultar su libro de memorias,—los clavos empleados en esta mole metálica, para uniformar y consagrar á un fin único y solo tantas piezas distintas, pueden calcularse en un millón setecientos mil. Bélgica había sido en esto, como en

todo lo demás, la única abastecedora. Hasta para tener clavos es indispensable acudir á Europa.

Después de haber admirado tal magnificencia de trabajo, salimos verdaderamente asombrados, tanto por la grandeza de la obra nueva, cuanto por lo estrepitoso de la ejecución, en cuya parte directiva no deben ser puestos en olvido los nombres de los ingenieros Bateman, Parsons y Scholes, además del no menos famoso del subdirector de todas aquellas obras de salubridad en Buenos Aires, el señor Cronwell.

Inmediatamente después de esta visita quise ir, como quien desea indagar el origen de una cosa, al sitio en que se hallan instaladas otras máquinas para recoger aquella enorme masa de agua y transmitirla á los depósitos. Esta localidad, que por el fin á que está destinada se llama antonamásicamente *La Presa*, está cerca del jardín público denominado Palermo. En realidad, esta visita produce en el ánimo asombro menor, pero es siempre imponente el pensar cómo aquellas máquinas enormes, con fuerza de 1 500 caballos y constantemente en movimiento, envían, á cada vuelta de su volante, tres toneladas de agua al depósito; agua cuya presa

se verifica á muy cerca de seis kilómetros de distancia, en medio del río, y pasa filtrándose por arena transportada casi desde Montevideo.

Al salir aproveché la circunstancia de ser día día festivo para presenciar otro espectáculo, único en su género: el desfile de los carruajes, á la hora del concierto, en el jardín público.

En un espacio relativamente reducido, como es el trozo de paseo en que dan vueltas los coches mientras dura la música, ví elegantísimos trenes, á cientos, digo poco, á millares. Sería aquello increíble para el que no lo hubiese visto con sus mismos ojos, al menos en los hermosos tiempos en los cuales reinaba en Buenos Aires el florecimiento ó la ilusión del florecimiento. Los coches en que lucían trajes de teatro las señoras de la ciudad, desfilaban ante mí en seis ó siete filas compactas. Un concurso de tróncos soberbios, como en mi vida he visto en ninguna parte: un desfile de carretelas deslumbradoras, procedentes de los constructores más famosos de París, de España, de Alemania y hasta, si Dios quiere, de Italia. Lo cual no es mal ingreso para aquel Gobierno, que recarga la introducción de esos vehículos de gran lujo, con impuestos elevadísimos, inverosímiles.

En rededor y por los paseos del soberbio jar-

dín, veía yo desfilar los coches de cuatro y hasta de seis caballos; y no eran pocos.

¡Cuántas ilusiones sobre estas magnificencias se hallan reducidas hoy á todo lo contrario, á consecuencia de las vertiginosas vicisitudes rentísticas de aquel país, que por algún tiempo había sabido conservar la fama de *concha de oro* de América!

CAPÍTULO XXXVI

En el Hospital italiano.—Conocimientos de á bordo.

Otro de mis imprescindibles deberes, antes de abandonar á Buenos Aires, era el de visitar el Hospital italiano en una ciudad en que los italianos, en la época de mi visita, no bajaban de ciento setenta mil. Supe también que, á consecuencia del número excesivo de enfermos, se pensaba en construir un Hospital italiano más grandioso. Esto, sin embargo, no me dispensaba de visitar el sitio donde los italianos, relativamente pocos, empezaron á sostener los gastos de esa institución consagrada á disminuir los padecimientos de nuestros enfermos pobres,

y sobre todo, en un centro de mucho trabajo, y de causas tantas de infortunio.

Y no se crea que hablo de un edificio pequeño, por el hecho de estar destinado á tener un grandioso sucesor. Es una gran mole de cuatro frentes, edificada hacia el extemo de la calle de Bolívar, entre las de Caseros y Brasil, y casi enfrente del Hospital inglés. Consta de ocho cuerpos de fábrica: está construída en dos pisos muy altos y perfectamente ventilados. La arquitectura, sin revestir el fausto que se advierte en tantos otros establecimientos públicos de Buenos Aires, es de líneas elegantes, sencillas y severas, como deben serlo en un instituto en que lo importante ha de hallarse en lo intrínseco. Arquitectura sencilla, he dicho, pero buena. Escuela de Palladio. El primero que lanzó la idea de este Hospital, fué un genovés, el reverendo Arata, en una reunión de italianos, celebrada en 1852. En 1858 el propósito tendía á convertirse en realidad; en 1862 comenzó á funcionar, pero en condiciones muy reducidas si con las presentes se comparan. El actual edificio que para aquellos tiempos pudo parecer el *non plus ultra* de lo soberbio, y que hoy parece muy pequeño, fué inaugurado en 1872.

Se labró con el óbolo particular de los italia-

nos y, además del ya mentado reverendo, figuran entre los beneméritos, por su eficaz cooperación, el entonces cónsul general de Italia, Alejandro Negri, que supo dar vigoroso impulso á la noble idea. Como sucede en casi todos los hospitales del mundo, existen en el atrio y en la escalera lápidas con inscripciones que recuerdan los nombres de los principales bienhechores, á que se ha debido, no sólo la fundación, sino la importancia cada vez mayor adquirida por este Hospital.

Observé, por ejemplo, que un Juan Cademartori, de San Colombiano, simple recadero, fallecido en 1866, dejó á este establecimiento benéfico 1.766 escudos. Juan Berisso, de Cogorno, que antes había contribuído con 5.000 escudos á la fundación del Hospital, moría en 1874 atacado de viruelas, á bordo del *Pampa*, y dejaba al Hospital otros 35.000 escudos. Nicolás Mazzini de Lavayne, muerto en 1885, dejó 30.000 escudos. José Dichero dejó, en 1879, 25.000 escudos. El señor Talfaner, el mismo que poco después se hizo notable en Italia en asuntos electorales, dejó al Hospital 5.000 escudos.

Hay cabida en el Hospital para 300 camas; pero en estos últimos años la necesidad impe-

riosa ha hecho subir á muchos más los asilados.

Cuando me presenté en la entrada, preguntóme el portero quién era el enfermo que iba yo á visitar, y si tenía yo pase.

—Los enfermos, le respondí, porque yo deseo visitarlos á todos; pase no tengo.

Esto no fué óbice para que el director, don José Solari, me recibiese muy cortésmente, y me acompañase él mismo en la visita. Y cuando se dice visitar, se quiere decir que nada se dió al olvido, ni aun la cocina y la despensa, porque habiéndose agregado á mi autorizado guía el jefe de la Facultad de Medicina, el secretario Pompeyo Castiglioni, el jefe de sanidad, el médico D. Juan María Massardi y la hermana superiora, que, si no recuerdo mal, se nombraba sor Luisa; ésta insistió vivamente desde el principio en que no me olvidase de visitar la cocina, la despensa y el... *huevo*.

Siguiendo á mis atentísimos guías, vi inmediatamente aquellas primeras señales que caracterizan propiamente un Hospital cualquiera; son á saber: un atrio espacioso, algunas figuras pálidas, con gorro de algodón, que se asoman para curiosear por esta ó por la otra puerta; después un patio, en el cual este género de apariciones era más numeroso; después escaleras

cómodas, cuyas paredes se hallan casi del todo cubiertas de lápidas que recuerdan los bienhechores de la obra piadosa. Por último, penetro en la primera enfermería.

En Buenos Aires se ven pocos viejos por los paseos; en mi visita á este Hospital, lo mismo que á otros de los cuales me interesa menos decir algo, por cuestión de nacionalidad, adquirí la certeza de que en la República Argentina están propiamente en su casa... en el Hospital. Algunos están allí años y años esperando no se sabe qué curación, que sin embargo no es un secreto para nadie. Las enfermerías ordinarias tienen, por término medio, veinte camas. Hay además cuartos de distinguidos—y son bastantes,—que se reservan á los que pagan una cantidad diaria. También en esas salas vi bastantes ancianos. Había uno, casi acabando, acartonadito ya, pero en la plenitud de sus facultades mentales y con una mirada que se clavaba en todo y en todos con una viveza extraordinariamente extraña en el estado á que se hallaba reducido. No bien alcanzó á ver al director de la casa, lanzó un gran suspiro, diciendo con el hilillo de voz que le quedaba:

—¡Cuánto tiempo sin vernos, señor Director!

—¡Nos hemos visto esta mañana! respondió

el director estrechando la mano de esqueleto que el viejo le tendía.

—Muchas horas, muchas horas sin vernos, replicaba el pobre viejo.

—Pero, vamos á ver: ¿puedo servir á usted en algo, mi excelente amigo? preguntaba el señor Salari con toda dulzura. ¿Tiene usted acaso que darme alguna queja sobre el servicio?

—Necesito ver al señor director, replicó el otro; su vista me hace renacer. Usted me ha prometido, seguía diciendo el viejo entretanto que estrechaba la mano del señor Salari, me ha prometido que todavía podré ver mi hermosa Italia.

—¡Pues ya lo creo que volverá usted á verla!

Al decir esto, el señor Salari procuraba inútilmente desasirse de la nerviosa mano del enfermo.

—¡Ver todavía una sola vez mi querida patria! dice con insistencia el enfermo; después, una vez pisado aquel suelo bendito en que nací, en que fuí educado, donde he pasado tan hermosos años de mi vida, el morir no me importará nada.

Y la voz del pobrecillo viejo repetía muchas veces:

—¡Ver aún otra vez mi Italia!

Me alejé de aquella cama muy conmovido. Es un caso naturalísimo; pero ¡es tan triste! Más triste, porque bastaba ver aquellos restos de un vivo para estar seguro de que no vería su patria sino en sueños.

En las salas de heridos encontré, además de otras infelices víctimas de varias desgracias del trabajo, unos cinco individuos que en los dos últimos días habían sido llevados al Hospital con las piernas rotas, á consecuencia de caídas en la calle. A uno de estos desventurados le había sido amputada una pierna pocas horas antes. Luego vi sobre la mesa de las amputaciones aquella pierna: ¡espectáculo más triste que el de un muerto!

El piso de Buenos Aires, húmedo casi siempre, llega á ser en algunos días un verdadero riesgo para los transeuntes. Basta que llueva un día, para que durante otros diez ó doce se llene de lodo escurridizo.

También en las salas de mujeres es enorme la preponderancia del elemento viejo. Menos mal que un hermoso rayo de sol se me apareció en un cuarto donde hallé metida en el lecho á una hermosísima joven italiana, con el semblante más rosado y más florido que he visto en mi vida. Jamás tropezarán mis ojos con un enfer-

mo... más sano. Y no obstante, al lado de la enferma se hallaba una Hermana de la Caridad, y en la mesita de noche había formados buena cantidad de artículos farmacéuticos, que daban calofríos.

El Director me dijo que aquella enferma se hallaba, hacía ya dos años, con muy raras interrupciones, de cliente del Hospital italiano, y era muy apasionada por el establecimiento.

—¿Y qué enfermedad padece, que tan poco se revela en el exterior? pregunté.

—Una enfermedad contra la cual la ciencia puede muy poco, ó no puede nada, me respondió el doctor Massardo. Esta señorita vive en la creencia de que está mala y que necesita muchos cuidados.

—¡Ah! ¡Si yo tuviera veinte años menos! murmuré al alejarme.

Pasamos á la enfermería donde el olor de los ácidos y un horrible montón de desinfectantes advertía que se trataba de algo excepcional. En aquellos días, sin que la disoluta Buenos Aires lo advirtiese casi, apretaba el tifus, y aquella era la espaciosa enfermería de los hombres. Sin duda por aquel entonces habrían sucumbido bastantes, y á la sazón estaban desinfectando un poco.

Al pasar por otras enfermerías, todas ellas en el estado más satisfactorio de aseo y de cuidado, vi, entre otra porción de viejos, uno cuya fisonomía no me pareció desconocida. Detúveme para buscar en mi memoria dónde y cuándo había visto yo al anciano aludido, que por su parte había también comenzado á mirarme con fijeza, como á un conocido.

Busca y rebusca en los desvanes de mi memoria, vine á reconocer un compañero de travesía. ¿Adivinan ustedes quién? El padre de Luisa; el padre de la enamorada de Pablo. Me apresuré á preguntarle algo sobre su mal. No era grave.

—Este clima, así me respondió, no es para mí, como no lo es, por regla general, para los viejos; estuve entre sí y no varios días; pero ahora ya estoy decididamente en vías de curación, y espero que dentro de poco podré dejar la cama.

—Hable usted poco, decía el doctor Massardo.

—Permita usted un momento, doctor, dije yo deseoso de satisfacer alguna curiosidad; permita usted que este buen hombre, compañero mío de viaje, me dé algunas otras noticias.

Después pedí noticias de Luisa... de Pablo.

—El joven, respondió el inflexible jardinero, no podía dar de sí cosa buena.

—Pero... ¿qué ha hecho? pregunté con cierta ansiedad.

—Ni ha hecho ni hará nunca nada, respondió el jardinero, porque ese hombre no había nacido sino para echárselas de gran señor. No he conseguido quitármelo de mi lado. Estamos en un país donde dando ruido perdemos todos. Pablo había hecho creer á mi hija que, una vez en América, él realizaría milagros de actividad, y que en muy poco tiempo se colocaría en situación de reirse del tío que le había desheredado. Yo no acaricié jamás tales ilusiones. ¿Quiere usted más? Pablo fingió buscar trabajo.

—Creo que lo habrá buscado realmente y con toda seriedad, interrumpí con benevolencia; porque á seis mil millas de la patria y de todos los tíos posibles, no hay motivo ni humor para chancearse.

—Pues bien, replicó el viejo, pongamos que ese joven es solamente un desdichado; mi hija y yo, para desdichados, somos muy bastante. Era menester que á toda costa se cortasen esas relaciones; yo había venido aquí para trabajar, y no para perder mi tiempo vigilando locos.

—Y en resumidas cuentas, ¿qué hizo usted?

—Un día, sin decir palabra á mi hija, habiendo tenido certeza de hallar una buena ocupación con una familia de Córdoba, partí con Luisa para aquella ciudad.

En lo que á mí se refiere, estuve muy poco satisfecho en la población, porque lejos de halagar mi amor propio en un hermoso jardín confiado á mis cuidados, me vi sometido á un aldeantote que, dicho sea con perdón de usted, no era digno siquiera de limpiarme las botas. Me cansé muy pronto de aquella vida y torné á Buenos Aires, adonde había sido además llamado por una carta.

—¿Y la hija de usted?

—En lo que concierne á Luisa, fuí más afortunado; Córdoba es la ciudad de las monjas, de los frailes y de las iglesias; hablé á un sujeto del peligro á que se hallaba expuesta mi hija; yo la quiero con cariño inmenso; pero ahora estoy contentísimo por haber logrado colocarla en un retiro, donde se encuentra perfectamente, y sin sacrificio alguno de mi parte, porque está muy bien colocada y de balde.

—¿Y cuándo saldrá? pregunté muy solícito.

—Cuando hayan mejorado los tiempos.

El médico renovaba sus recomendaciones de

silencio, y callé un momento; pero estimulado siempre por la curiosidad, pregunté:

—¿Y de Pablo no ha vuelto usted á saber nada?

—No por cierto, y no tengo motivo alguno para acordarme de él. Ahora mi hija está perfectamente guardada... y cuando sea tiempo saldrá.

Mi curiosidad había abusado realmente de la situación. Tanto fué así, que el médico se aproximó resueltamente para decir al enfermo que le retiraba la palabra.

—No hablo más, contestó el viejo; y se volvió hacia la pared.

Yo, verdaderamente, sabía ya lo bastante.

Debí aprovechar después la cortesía de la hermana superiora que, haciéndome pasar á la despensa, en la que hallé de todo lo mejor, destapó en obsequio mío una botella de Champagne.

Aquello era, sin duda, á fin de predisponerme bien á la visita al *huevo*. El señor Salari rogó á la monja que me ahorrase aquella molestia. La superiora respondió:

—Dejaré al señor que sea juez, y me diga si no se trata de un *huevo* graciosísimo.

Terminado el almuerzo—fué aquella la pri-

mera vez que recibí algo de monjas—nos dirijimos á una capillita, que verdaderamente podía ser considerada como parte infinitesimal de una iglesia. Un altarito, muy poquitos cuadros, pocos bancos, muchas reliquias y una infinidad de ex-votos colgados; mil cosillas, en fin, amontonadas en un recinto muy reducidito, pero lindo.

—¿Qué dice usted ahora de nuestro *huevo*? me preguntó la superiora.

—Estoy ya sobornado por el Champagne para que hable mal, le dije; pero de todas maneras me parece que esto es muy bonito.

—Y milagroso, dijo de pronto la superiora.

—¡Bah! Lo de siempre, murmuró el director.

—Pero, replicó la superiora, los hechos no se discuten.

—¿Qué hechos? ¿Dónde están esos milagros? pregunté; oigámoslos, veámoslos.

Entonces la monja tomó de un rincón una redomita con aceite, y seguramente de muy buena fe, quiso hacerme tragar que aquel aceite, un elixir, había curado no sé cuántos tullidos, ciegos y mudos, sin contar con varios reumáticos, algunos gotosos y muchos tísicos.

Pregunté si aquel bendito aceite había resucitado á los muertos.

—Me alegro, dijo á la superiora el señor Sa-

lari, de que usted vea cómo su aceite despierta en todos la misma hilaridad.

Afirmé que, por el contrario, estaba perfectamente convencido de los prodigiosos efectos de aquel aceite, y que sentía mucho no padecer alguna dolencia crónica para realizar en mí mismo la experiencia de su virtud curativa. Manifesté deseos de llevar una provisión; pero la hermana Luisa me dijo que fuera de allí no producía efecto.

Entretanto, y después de dar gracias al director, al secretario, al doctor, á los enfermeros por su cortesía para conmigo, me despedí deseándome á mí mismo, para otro viaje mío al Sur de América, una visita al Hospital italiano de Buenos Aires, en local más cómodo, si bien aquél era ya muy suficiente para dejar al visitante satisfecho.

CAPÍTULO XXXVII

Un gabinete de química.—El doctor Arata.—Las escuelas italianas.

Parecióme un día que había yo penetrado en el laboratorio de Nostradamus redivivo. Recibióme un hombre alto, rubio, joven aún; po-

día considerársele entonces como Nostradamus mozo, ó bien como un hijo de Nostradamus. El olor del recinto era de ácido elevado á la sexta potencia.

El nigromante por quien yo había sido recibido era nada menos que el doctor Pedro N. Arata, una de las más sólidas reputaciones científicas de la República Argentina, profesor de Química en la Universidad de la capital y director del Laboratorio Químico Municipal, cuya fundación se remonta al año 1886. Precisamente en ese laboratorio me hallaba.

Acompañábame otro doctor, el doctor Boeri. Mientras estábamos todavía eu la primera sala, menos química que las otras, el doctor Arata, en quien adiviné al instante un hombre ocupadísimo, padecía—además de la nuestra—las visitas de otras personas que, á diferencia de nosotros, iban para hablarle de negocios. El doctor Arata departía con uno en inglés. Y, efectivamente, á primera vista el señor Arata me pareció el verdadero tipo del *gentleman*. Oí que hablaba con otros en francés, y en alemán con otros; lo cual demuestra evidentemente que el laboratorio químico de Buenos Aires tiene una importancia, puede decirse, cosmopolita.

Pero ¡cuál no fué mi asombro cuando, des-

pués de haberme presentado el doctor Boeri como un genovés que se hallaba allí de paso, oí al doctor Arata dirigiéndome la palabra en el más correcto y más puro dialecto genovés para pedirme noticias de Génova, de sus calles, de sus palacios, de sus casas de campo, como quien conoce perfectamente aquella ciudad! Me preguntó asimismo por Sottoripa y por la Pescheria.

El director del laboratorio químico de Buenos Aires es en realidad hijo de genoveses; ó más exactamente, de padre nacido en Fontanbuona, el pueblo de las criadas hermosas y robustas; pero el doctor ha nacido y ha crecido en la República Argentina.

Mas no ha olvidado la patria de sus padres, diferenciándose de tantos otros que, siendo italianos de nacimiento, cuando adquieren algunas riquezas reniegan de su patria, de sus tradiciones, de todo, en fin; sin perjuicio de valerse, cuando llega el caso, de la protección italiana, siempre que esta protección pueda aprovecharles.

Al doctor Arata y á su autoridad como químico, autoridad que en Sud-América es indiscutible, debe principalmente Italia el crédito adquirido, de algunos años á esta parte, por sus

vinos que principiaba ya, con motivo de esa exportación, á proporcionar utilidades á nuestros productores, y principalmente á los de Toscana y de Nápoles, de cuyos vinos se hacía muy abundante envío al Plata, en tanto que iba menguando el favor casi exclusivo que allí gozaban los vinos franceses. Sin embargo, esta predilección por nuestros vinos, ó, mejor dicho, los beneficios que esa predilección enológica produjo, fué de corta duración; porque si bien el crédito de los caldos subsiste y aun tiende al aumento, ha llegado la malhadada crisis económica á paralizar muchas transacciones.

Se dedicó el doctor Arata á proclamar solemnemente, bajo la responsabilidad del laboratorio de Química dirigido por él, y con artículos publicados en varios periódicos y con opúsculos numerosos, la superioridad higiénica de los vinos italianos por él analizados, sobre los vinos de los demás países; la garantía ofrecida por hombre tan competente produjo impresión y—como he dicho—hubo un bienio de verdadero entusiasmo por los vinos de Italia.

Pero echo de ver que, con mis digresiones, he dejado mucho tiempo al lector en medio de la primera sala del laboratorio. En ella vi, además de la biblioteca, una colección de los más

variados aparatos de química. Examiné, en aquella respetable exposición científica, el gran barómetro normal; varios microscopios, entre los cuales se hallaba el máximo de Reichart y todos los instrumentos necesarios para trabajos micrográficos; vi micrómetros, micrótomos, útiles para los análisis cuantitativos más minuciosos, ya con gas, ya con petróleo.

Encerrados cuidadosamente en varios estantes, vi y admiré con la boca abierta: el *Polariestrobómetro*, de Wild, el espectro polarímetro de Feischl, el espectróscopo de Gerardt. Si estos nombres resultan para ustedes un poco enrevesados y algo indigestos, no tengo yo la culpa; mi obligación es demostrar que para algo he visitado el laboratorio y gabinete de química.

La segunda sala ofreció á mis ojos aparatos más importantes todavía. En el centro había una mesa grande para trabajo, muchos mecheros de gas y todos los utensilios necesarios para las manipulaciones. Otra mesa, arrimada á la pared, contiene, á más de una batería de reactivos, el aparato Körting para las filtraciones rápidas. Una chimenea, construída con arreglo al modelo que existe en el laboratorio de Roma, sirve para la evaporación de gases

nocivos y para la destilación á mayores ó menores presiones que las ordinarias.

Un estante gigantesco encierra colección innumerable de productos químicos: no los especifico á ustedes porque de seguro les molestaría.

La tercera sala está principalmente destinada á la bacteriología, y allí existen muchos instrumentos y aparatos necesarios para el análisis del aire, del agua y de todos los líquidos, así como las tierras, y para las investigaciones fisiológicas sobre los animales. También allí hay, además de esto, aparatos para fotografiar las preparaciones microscópicas.

La sala inmediata está destinada á la exposición permanente de los artículos secuestrados á los revendedores que han incurrido en castigo por contravenir á las leyes ó á las ordenanzas municipales.

Sigue á ésta un laboratorio para el personal extraordinario agregado á los análisis volumétricos y de los gases.

Otra sala, ya cerca del patio, más rica que las demás en luces y en ventilación, con una extensa claraboya en el techo, sirve para las operaciones en que se producen grandes desprendimientos de gas ó de vapores.

Atravieso también la sala mayor de todas,

sala en que trabajan casi todos los empleados del establecimiento; la cámara oscura para la fotografía y las observaciones espectroscópicas ó polarimétricas; otra sala en que las chimeneas para la evaporación están á pares. La sala especial para destilaciones se halla, entre otras cosas, provista del aparato de Landman para la determinación exacta de los grados alcohólicos. Esta es la sala donde nuestros vinos italianos, sometidos á los ensayos más crueles, después de la prueba, ya bastante cruel, del paso de *la Línea*, lograron gran honra y conquistaron por todo Sud-América tan envidiable fama.

Para dar á ustedes una idea de las secciones importantísimas en que se hallan coleccionados los aparatos de cristales de todos colores, de todas formas y de varias dimensiones, como tubos, copas, embudos, objetos de las formas más extravagantes, de los zig-zags más caprichosas, les diré que es una colección de más de setenta mil vasijas.

No las conté una por una; pero solamente el verlas en correcta formación, casi me causó miedo, y torné á la idea de Nostradamus y de sus cien mil recetas encerradas en matraces, retortas y alambiques.

Sirve todo lo dicho, en conjunto, para con-

vence á ustedes de la grandeza é importancia del laboratorio químico de que se halla dotada la ciudad de Buenos Aires desde 1885.

Terminada la visita, el doctor Arata me dijo: El que quiera venir á comer conmigo, me hace siempre un grandísimo favor; aquí no doy á los que me visitan nada de bueno, sino una taza de café verdadero y genuino, porque someto con la lente del avaro á las depuraciones más escrupulosas, así el café como el azúcar y el ron, ó cualquier otro líquido alcohólico, si ustedes lo quieren por añadidura.

El doctor Boeri me aseguró que el café Arata era el colmo del café higiénico. Acepté esta invitación y me excusé del convite para comer, por hallarme en la víspera de emprender mi viaje, ya de antemano prefijado, á las provincias. Del café que el doctor Arata me hizo beber, no diré á ustedes más sino que me pareció digno de contraer matrimonio con el chocolate del duque de Licignano.

Abandonado el laboratorio con las felicitaciones y parabienes que eran del caso al doctor oriundo de Liguria, aunque químicamente argentino, me dediqué, acompañado por el doctor Boeri, á una rápida excursión á las escuelas italianas.

En lo que atañe á instrucción pública, ya he dicho á ustedes que la República Argentina ha dedicado verdaderos monumentos, no sólo para las escuelas superiores, sino para las más elementales. No es aquí seguramente donde podrán ustedes hallar, como en ciertos países... muy conocidos nuestros, relegadas las escuelas á locales privados de luz, á cuchitriles sin ventilación que se destinan á contener, durante varias horas al día, sesenta ó cien alumnos (1).

No esperen ustedes, en Buenos Aires, lo monumental, lo majestuoso en los locales de las escuelas italianas, para las cuales se ha hecho lo mejor que se ha podido, si se tiene en cuenta que, fuera de una subvención modestísima del Gobierno italiano—cosa de muy pocas pesetas—se hallan sostenidas por los esfuerzos generosos de aquel grupo de bienhechores y bien intencionados italianos entre los cuales encuentro, como siempre y en todo, á mi buen amigo Marana. Ninguno de ellos, con la rarísima excepción de Boeri y uno ó dos más, figura entre

(1) El autor, dirigiéndose á lectores italianos, alude evidentemente á escuelas de Italia; pero, por desgracia, nosotros, que tenemos muy poco que envidiar en este punto á los países *más favorecidos*, podemos, sin inconveniente, recoger también la alusión.

(*N. del T.*)

aquel ejército de simples caballeros y de comendadores que nuestro Gobierno ha juzgado dignos de ser condecorados en Ultramar.

Las escuelas italianas que en Buenos Aires he visitado, si no son monumentos como sus hermanas las escuelas argentinas, donde, según ya dije, las armas del Papa están clasificadas todavía entre los emblemas de los poderes temporales, responden, sin embargo, muy bien á las exigencias de la higiene.

En las de niños particularmente hé hallado buenos maestros y discípulos precoces.

Me impresionó de manera muy especial, en medio de su aparente modestia, una escuela sucursal italiana en la Boca del Mar; escuela que tenía, en la época de mi visita, unos 170 alumnos y muy cerca de 70 alumnas. Encontré allí un profesor muy animoso y experto en el napolitano Ignacio Martignetti. El maestro quiso que preguntase yo á cualquiera de sus discípulos sobre alguna página importante de la historia italiana que á mí me pareciese.

Este examen no pudo menos de agradarme. Yo, que no conozco otra página importante de la historia de Italia que la del emperador Arrigo IV... de Alemania, por haber tejido sobre ella el plan de un drama que ningún director de

escena ha tenido nunca agallas para representar, interrogué á los niños acerca del hecho de Canosa. Y confieso á ustedes que algún pequeñuelo acertó á responder de tal manera, que habría hecho ruborizarse á mi susodicho drama. Después hice como que les preguntaba algo sobre otros varios puntos *de omni re scibile*, y eché de ver que aquellos chiquillos sabían más que yo.

Vi, por fin, en la Boca, en muchos de aquellos infelices niños, de trajes un poco rotos y un mucho remendados, claridad de ingenio verdaderamente maravillosa.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE, Y DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL EMBARCO Y LA TRAVESÍA

Páginas.

CAPÍTULO I. La conquista del pasaporte.—Siete días de asedio 1

II. El embarco.—Una despedida de Edmundo De Amicis.—La Compañía Pasta..... 16

III. ¡Por nosotros se va!...—El niño despertador.—El padre de almas..... 39

IV. En Barcelona.—Otros compañeros de viaje.—El hombre-mujer, y viceversa..... 53

V. ¡Sólo uno fué el vencedor!—Ciento setenta á la mesa.—Cuatro sobrevivientes..... 70

VI. Molestias y pasatiempos de á bordo.—Los emigrantes.—Incidentes de amor..... 90

VII. Se pasa clandestinamente el Estrecho.—En Tánger.—Ver y no tocar.—Una ciudad de cartón.—El señor Pierino..... 107

VIII. Comediantes y artistas de la ópera; bailarinas y zarzuela en mezcolanza.—Bajada en Las Palmas.—Un encuentro entre dos mellizos..... 131

IX. Dormir... morir.—El paso de la Línea..... 154

X. El edicto sobre los perros y las actrices en revolución.—Un furriel seductor.—Un muchacho que se emancipa..... 170

XI. Los hipnotizados del mar.—América á la vista.—La misa de Pascua.—Un cura que olvida el 48.—El Pampero..... 184

PARTE SEGUNDA

MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

Páginas.

XII. En Montevideo.—La fisonomía de los negocios y los negocios sin fisonomía.—El papel más alto que el oro.—Cambio á la vista..... 203

XIII. Para Buenos Aires.—La última noche á bordo 223

XIV. En la Boca no se bromea..... 235

XV. Usos y costumbres.—Las multas.—La Bolsa.—Las tumbas se abren..... 248

XVI. La primera noche en tierra, después de veinte en el mar.—Calle Florida.—Los tranvías.—Los negocios.—Los ataúdes en el otro mundo..... 268

XVII. Sobre todo no presentarse con buenos informes..... 285

XVIII. Un poco de historia para los que no la saben..... 290

XIX. Los hipócritas del italianismo, y los hipócritas del argentinismo..... 297

XX. La nueva Babilonia y sus principales monumentos..... 310

XXI. Indígenas y aclimatados.—Las casas.—Las precauciones al entrar en ellas nunca son excesivas.—Las costumbres domésticas.—Las diversiones.—Los juegos... 319

XXII. Entre diplomáticos.—Un periodista fustigado y el general Santos.—El duque de Licignano..... 329

XXIII. En casa de un diputado y ministro.—El doctor Ceballos.—Plaza Victoria.—Museos y monumentos..... 345

XXIV. Apertura del Parlamento.—El presidente Juárez Celman.—Un Mensaje de color de rosa..... 357

XXV. En los teatros.—La Patti.—Su recibimiento puesto en cuadro..... 385

XXVI. La fiebre de los negocios en la víspera de los desastres..... 395

XXVII. Fiestas por la visita del presidente del Uruguay 407

Páginas.

XXVIII. En la posesión «La Armonía».—Un particular que da un almuerzo de 40.000 escudos.—Una fiesta estupenda..... 417
XXIX. Solemne fiesta en el Palacio del Gobierno. 436
XXX. Después del Carnaval, la Cuaresma.—Visitas á las tabernas de la Boca y á otras partes..... 444
XXXI. Expediciones á «La Floresta» y á «El Tigre»..... 458
XXXII. De mundo á mundo.—Los Bancos.—El general Mitre..... 472
XXXIII. En el Matadero de Buenos Aires.—El colmo de la carnicería..... 486
XXXIV. Otra serie de representaciones del *Otello*, de Verdi.—Una gran velada en la Ópera.—Las oficinas postales y los sellos de franqueo..... 498
XXXV. La torre Eiffel en Buenos Aires.—El gran repartidor de las aguas.—El paseo de Palermo..... 510
XXXVI. En el Hospital italiano.—Conocimientos de á bordo..... 519
XXXVII. Un gabinete de química.—El doctor Arata.—Las escuelas italianas..... 532

FERNANDO RESASCO

EN LAS RIBERAS DEL PLATA

VERSIÓN CASTELLANA

de

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

TOMO SEGUNDO

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2.

1891

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Enrique Rubiñ.s, plaza de la Paja, 7 bis.

TERCERA PARTE

EN LAS PROVINCIAS

CAPÍTULO XXXVIII

En la ciudad nueva «La Plata».—Un incidente novelesco.—El dock grande en la Ensenada.—En el Tandil.

Vamos, por fin, á visitar esta nueva Tebas, fabricada en un momento de entusiasmo, al son de tantos himnos y de tanto lirismo, si no precisamente á los sones de la lira, como la ciudad de Cadmo.

El padre legítimo, el tutor cariñoso de *La Plata* fué, todos lo saben, el entonces gobernador Roca. Los padres fueron además, en colaboración con Roca, los italianos: italianos fueron los primeros en edificar allí, en 1883; italianos los ingenieros que dirigieron aquellos edificios marmóreos de asombrosa suntuosidad;

italianos los primeros comerciantes que allí se establecieron; italianos los primeros fondistas y hosteleros, y por consiguiente, digámoslo también, los primeros desolladores del prójimo, como he tenido ocasión de experimentarlo... cuando la ciudad era ya hermosa y estaba concluída.

Tomo asiento, muy de mañana, en el tren del Sudeste; una línea que ya conozco por la expedición á la *estancia* la Armonía. En hora y media, poco más, por no haber ocurrido al tren, en aquel día, ningún accidente imprevisto, llego á la ciudad nueva, capital de la provincia.

La estación es grandiosa; anchurosas son las calles que á la estación directamente conducen.

Y á propósito de calles: en la ciudad nombrada *La Plata* se ha adoptado el procedimiento de bautizar las calles con números. Es una costumbre muy recomendable para las ciudades de nuestro continente. Los Municipios no debían calentarse la cabeza buscando grandes hombres de las localidades respectivas para rotular las calles nuevas en honra y gloria de esos personajes, y aun desbautizar las antiguas para aplicarlas nuevos nombres. En lugar de las calles de «El Alcalde Finocchi», «El General

Fracassa», «El Almirante Ipsilonne», «El Archiduque Kappa», tendríamos las calles 1, 2, ó bien 3; callejón núm. 16, plaza 22, lo cual sería más sencillo y más claro.

He dicho á ustedes que en *La Plata* hallé inmediatamente, á diferencia de lo que ocurre en Buenos Aires, calles espaciosas y bellas; ahora agregaré que aun yendo yo, como iba, preparado, me sorprendió extraordinariamente el hallar en una población de cinco años, es decir, niña todavía, edificaciones soberbias; palacios, si no todos modelos de buen gusto arquitectónico, seguramente de vistosa construcción y de gran fausto en los ornamentos, como que los mármoles, las estatuas, los variados y complicadísimos adornos, las verjas de ricos dorados, cosas son todas que es menester pagar muy caras, tanto más caras cuanto más frecuente es que casi todo ese lujo deba ser enviado—ya que todo no—desde nuestro continente. ¿Qué diré á ustedes del efecto producido por numerosas tiendas que compiten en suntuosidad y en magnificencia con las de Buenos Aires?

La primera impresión, en cuanto concierne á la jurisdicción de la vista, no puede ser mejor. Vi de pronto, allí, á dos pasos de la estación, casi puedo decir que en la estación mis-

ma, una de aquellas plazas-jardines de las cuales hay una idea muy incompleta entre nosotros. Lo que impresiona desde luego en esas plazas-jardines es lo asombroso de su variedad, el gusto exquisito en la distribución de las plantas, en la gradación de los colores; lo cual produce el efecto deslumbrador de los matices verdes, reunidos en una sola—llámenla ustedes si quieren—ensaladera.

La Plata ha señalado un progreso rápido en policía urbana, en botánica y en topografía sistemática. Lástima que á consecuencia de la crisis que, en mal hora para la naciente ciudad, sobrevino, no haya podido señalar el mismo progreso en el aumento de la población, pues habiendo llegado en muy poco tiempo á contener cuarenta mil habitantes que afluyeron allí atraídos por la situación, por la novedad, por los pronósticos eminentemente lisonjeros acerca de su porvenir, permaneció después, cuando era menos de esperar, estacionada y aun tendiendo á una decadencia rápida. También la emulación de los grandes y espléndidos establecimientos fué seguida del desencanto; muchos, más diré, casi todos los que vi en el mayor fausto, estaban pocos meses después cerrados y sus propietarios arruinados completamente.

Esto, aun prescindiendo de la crisis general; porque antes de los años 1889 y 1890, debió adquirirse el convencimiento de que la ciudad de *La Plata*, aunque situada en hermosa y favorable posición, como que para todas las procedencias de la parte oriental precede en muy cerca de dos horas á Buenos Aires, no había conseguido demostrar aún que era un buen negocio económicamente hablando; fué sí un hermoso rasgo de carácter emprendedor y animoso.

Llevé mi recomendación para el vicecónsul italiano, que es suizo y director del Banco. El director del Banco y vicecónsul me dice inmediatamente, y sin gastar cumplidos, que tiene mucho que hacer y me aconseja que tome un carruaje para ver la ciudad.

Antes de seguir tan precioso consejo, entré en un *restaurant* y pedí lo más sencillo y al propio tiempo más cosmopolita que puede pedir un forastero cuando por primera vez entra en una población: un *bistec* (1). Eché de ver, no obstante, que el camarero, en vez de andar, se

(1) Ni la voz *bistec*, ni la voz *restaurant* son castellanas, lo sé; pero sé también que no tenemos otras equivalentes con que sustituirlas, y por lo tanto no veo más camino que dejarlas como el uso las admite.

(*N. del T.*)

quedaba parado y mirándome. Naturalmente lo miré también. Entonces el mozo se aproximó y me dijo:

—¿No me conoce usted?

Muy poco me faltó para responderle que no lo había visto en mi vida; pero de pronto recordé su cara, y dije, extraordinariamente sorprendido:

—¡Pablo!

—Yo mismo; su compañero de viaje en el *Duquesa de Génova*, me contestó el joven con emoción vivísima.

Tendíle cariñosamente y con calor ambas manos. Le pregunté de qué modo el destino le había arrojado hasta una condición tan... nueva para él. La pregunta, á decir verdad, era superflua. Nada más natural que lo sucedido: el joven, que había abandonado patria, familia, bienestar, impulsado por su amor ardiente á una muchacha de condición tan distinta á la suya, agotados sus recursos, perdidas sus ilusiones, se hallaba reducido á situación tan desagradable.

— ¿Y aquel tío de usted tan rico? me apresuré á preguntarle.

—¿Por qué no me pregunta usted, en lugar de eso, por Luisa? me dijo Pablo, siempre constante en sus amorosas ideas.

Pero como no me apresuré á replicarle, Pablo pudo suponer que yo sabía ya algo. Cediendo á sus insistentes súplicas, acabé por referirle todo cuanto me habían contado. Pablo me interrumpía muy á menudo con sus suspiros, y olvidaba por completo á los parroquianos que lo llamaban. Por último, no quedó satisfecho del todo porque deseaba saber en cuál de aquellos numerosos conventos de Córdoba se hallaba encerrada la joven.

—¿Y qué quiere usted que sepa yo de eso? le dije; me parece que he dicho quizás demasiado.

—Y se lo agradezco á usted desde lo más profundo de mi alma.

—¿Me lo agradece usted? En ese caso deme usted una prueba de su gratitud.

—¿Dígame usted cuál?

—Pues un *bistec*.

¡Ya era tiempo! Aquel mozo, muy simpático en cuanto hombre, pero detestable en cuanto camarero, corre para satisfacer mi legítimo deseo, y al mismo tiempo se da un tropezón horrible con el mostrador.

Entretanto pensaba yo en lo caprichoso de algunas vicisitudes; nunca me había parecido el amor tan cruel como en este caso.

—¿Irá usted también á Córdoba? me preguntó el joven cuando volvió con el deseado *bistec*.

—Supongamos que yo vaya á Córdoba; no ha de serme dado, seguramente, proporcionar á usted más noticias que las proporcionadas por el padre mismo, acerca de la joven á quien usted ama.

—Sin embargo, insistió el enamorado, queriéndolas buscar, algunas otras noticias podrían hallarse... Acaso usted podría adquirir informes.

Al escuchar esto comencé á ser menos comunicativo y más seco en mis contestaciones; díjele, pues, sin más rodeos, que si quería proporcionarse noticias acerca de aquella mujer que era para su alma el mundo todo, fuese él mismo á llevar á cabo averiguaciones.

Pablo advirtió que había ido algo más lejos de lo que la discreción permite, y como aturdido, se alejó de mí unos treinta pasos; mirábame, desde aquel sitio, de reojo; semejando á un perro que comprende haber merecido un latigazo y á quien mortifica mucho haberle recibido.

Concluído el *bistec* llamé otra vez á mi compañero de travesía.

—¿Qué manda el señor? me preguntó en seguida y con mucho respeto el pobre muchacho ofendido.

—Mire usted, Pablo, le dije en el tono más dulce que me fué posible; hace usted mal en no comprender que siento muy de veras su dolor y que comprendo la amargura de su situación.

—Usted comprende, por lo tanto, que si me he sometido á esto, dijo Pablo sacudiendo colérico el largo mandil, es porque toda consideración con respecto á mí se anula ante la idea del inmenso amor que siento por esa mujer á la que sacrificaría mil veces la existencia.

—Pero, amigo mío, ¿qué es lo que puedo hacer por usted ahora?

—Ya lo he dicho, replicó Pablo; podría usted procurarse noticias más precisas de Luisa mientras esté usted en Córdoba. Si usted quiere, en su mano está el hacerlo.

—Comprenda usted, le dije, que el buscar á una reclusa en aquella multitud de conventos, equivale al intento de hallar al famoso pajarillo en el bosque.

—Sin embargo, si usted lo procura y quiere...

Con el propósito de mantener á raya al enamorado, le dije:

—Aunque llegase usted á saber dónde se halla Luisa, ¿qué ganaría usted con la noticia? Qué piensa usted lograr con eso?

—En lo porvenir, gritó el joven, no será siempre tan dolorosa mi situación.

—De todo corazón lo deseo.

—Además, prosiguió, aunque solamente sea saber que Luisa logra sobrellevar con fortaleza la desgracia, que piensa aún en mí, que...

Aquí el joven, advirtiendo que yo no correspondía, aparentemente al menos, á sus ternuras con aquella emoción que le parecía del caso, volvió á manifestarse reservado y me preguntó:

—¿Qué quiere el señor después del *bistec*?

Sin intención alguna de echarla de ingenioso, le di una respuesta que, pongo á Dios por testigo, no llevaba ninguna intención oculta.

—Tráigame usted, dije á Pablo, una jardinera.

Pero es necesario decir que los enamorados, y muy especialmente los infelices, suelen ser excesivamente suspicaces. Oir aquellas palabras mías y creer que pretendía yo burlarme de la condición de su adorada, que hasta entonces había sido el asunto de nuestra conversación, fué una misma cosa para nuestro enamorado. Miróme con ojos de basilisco, y dijo:

—Si usted quisiera reservarse la agudeza de su ingenio para ocasión más oportuna...

De pronto no comprendí la razón de aquella salida, y dije al sirviente:

—¿Qué se le ha metido á usted en la cabeza?

—Sé decir á usted, prosiguió el otro impertérrito, que si la mujer que es mi pensamiento único no es más que una pobre jardinera, hay mil señoras que no tienen ni sus virtudes, ni su grandeza de alma.

La observación era sencillamente estúpida; pero por lo mismo que era cómica, he querido referirla.

Me levanté de pronto, di dos ó tres bastonazos en la mesa, y dirigiéndome al mostrador, grité:

—¡A ver! ¡Un mozo!

A ésta, llamémosla así, sobarbada, mi camarero se quedó lívido.

Después, como ningún otro camarero se acercaba por hallarse él tan próximo á mí, Pablo juzgó oportuno decir en voz baja:

—Perdóneme usted si le he ofendido; no sé realmente lo que me hago.

Entonces yo, con rostro del todo tranquilo, le dije:

—Es usted un excelente joven; he tenido ocasión de comprenderlo así. Además, el hecho mismo de hallarse reducido desde la riqueza á

la miseria por una mujer á quien usted respeta, basta para probar la bondad de su alma. Pero quiero dar á usted un consejo de amigo: deje usted lo más pronto posible la tierra americana, ó concluirá usted por volverse loco; torne usted á su patria.

—Antes que abandonar América sin Luisa, me respondió el joven llenos los ojos de lágrimas, tendré mil veces el valor... la cobardía si usted lo quiere, de colocar mi cabeza sobre los rails de un ferrocarril al pasar un tren.

Después, volviendo hacia la cocina, gritó con la entonación del mozo más experto:

—¡Una jardinera!

Caí en la cuenta entonces de que para una permanencia brevísima y sólo con el propósito de visitar la ciudad, aquel romántico incidente me había robado demasiado tiempo. Salí cuando Dios quiso del *restaurant*, después de dar al pobre joven otro cordialísimo apretón de manos, y me encaminé—ya era hora—á recorrer la ciudad y á ver sus principales monumentos. Con referencia á los cuales monumentos dije para mi sayo:

—¿Cómo se las arreglarían algunos divertidísimos tipos de mi vetusta ciudad natal para hallar soportable siquiera esta ciudad de *La*

Plata, en que no existe ni un solo monumento antiguo, ni aun la más insignificante cucaña arqueológica?

En *La Plata* he visto en seguida la ciudad nueva que se levanta con todas las pretensiones y la ilusión toda de convertirse en capital; de elevarse á las más sublimes alturas; de ser ejemplo vivo de aquellas ciudades milagrosas nacidas casi por arte de encantamiento, y de las que no se tiene noticia sino en los cuentos y en las fábulas. *La Plata* es la capital de la provincia de Buenos Aires, así como esta ciudad es la capital de la Confederación Argentina. Pero en *La Plata* las pretensiones de la capital de provincia que aspira á convertirse en capital política más aún que administrativa, se ve más ostensible que en Santa Fe, la modesta madre superiora de la importantísima comarca de Rosario; más que en Tucumán, y hasta más todavía que en la misma soberbia ciudad de Córdoba.

La primera jactancia de la capital de Buenos Aires es la de ser principal residencia, centro, corazón *de la primera policía del mundo*. Realmente la Dirección de Policía no ha dejado de erigirse una casa que tiene algo de monumento. Los distintos ministerios de la provincia seme-

jan—á juzgar por la importancia de sus edificios—otros tantos ministerios de un gran Estado. La casa del Gobierno es de una suntuosidad increíble. La verja que rodea todo el edificio parece que le señala como una joya á la que no es lícito tocar. Sin embargo, el llegar hasta él, aun para los simples profanos que por carecer de todo carecían en aquel momento de la protección de su vicecónsul, me pareció la cosa más fácil, porque en la República Argentina el visitar los edificios importantes, sean gubernativos, sean bancarios, sean lo que fueren, no presenta las dificultades y los inconvenientes que en otros países.

Tuve una singularísima complacencia, si bien comprendía que la cosa es muy natural tratándose de una población, que sólo cuenta cinco años, en verlo todo fresco, aseado, nuevo, joven, alegre.

Admiremos este *enfant gaté* del argentinismo contemporáneo; admiremos ya desde que nos apeamos en la estación aquel espectáculo inmediato de grandeza de una ciudad recién nacida, aquel espectáculo de buen gusto de ciudad italiana; admiremos aquellos millares de columnas y adornos de la casa del Gobierno, modesta en su altura, pero de grandes pretensiones en

su extensión superficial; admiremos aquella *Casa de Justicia* tan esplendorosa en su exterior cuanto cómoda y bella en su interior y dotada de un patio realmente magnífico.

¿Y qué decir del Museo, ese monumento erigido á la ciencia y en el cual el fausto moderno ha prodigado todos sus tesoros y en que la sabiduría italiana se ha presentado tan brillantísimamente, no menos por la arquitectura y la her mosa distribución del edificio, sino por el ordenamiento del mismo Museo? Supe que era director del Museo un señor Moreno, italiano.

La entrada del Museo se parece á un templo de pretensiones griegas. Próximo á los intercolumnios halla el visitante un personal de vigilancia muy característico y curioso sobre todo encarecimiento, es á saber: varios guardas jóvenes reclutados nada menos que entre los famosos *Pieles Rojas*, adorno del Museo á su vez. Vagabundos bárbaros en otros tiempos, domesticados por medio de los procedimientos más enérgicos, diezmados, poco menos que como las fieras amaestradas, sirven ahora para custodiar el santuario de la ciencia contra los atentados y contra el vandalismo de las personas que se nombran civilizadas.

En el vestíbulo del Museo y en la parte supe-

rior de las paredes, aparece reproducida en cuadros muy grandes la caza de estos *Pieles Rojas* no menos vivamente que la de las fieras. En el primer salón, á mano izquierda, se halla suspendido lo más soberbiamente monstruoso que puede poseer un museo, es á saber: el esqueleto de un cetáceo enorme, cuya longitud tiene diecinueve metros y noventa centímetros. Dicho se está que á tal monstruo de la naturaleza se le considera antediluviano. Desde sus colosales mandíbulas hasta la extremidad de la cola, todo se halla conservado y coordinado interiormente. A primera vista se le tomaría por el enorme esqueleto de un cocodrilo... muy rectificado.

El Museo de *La Plata* es principalmente antropológico, y en este concepto muy pocos Museos, ni aun los mismos del antiguo continente, pueden igualársele. En una extensa y altísima sala, sostenida por no sé cuantas columnas dóricas y alumbrada por una soberbia claraboya, se exponen varios centenares de esqueletos humanos de todas las razas, de todos los colores; hasta vi algunos de un negro superior al ébano. Esta falange de seres que parecían vivos, en actitudes que están como copiadas de una escuela de mímica, presenta al que penetra allí á modo de una gigantesca *danza macabra*

interrumpida á la entrada brusca del profano.

Algunos de esos cadáveres tienen todavía tierra adherida en algunas partes. A lo que se ve, para abrir más pronto y más á la americana aquella sección antropológica, se desocuparon cementerios enteros.

No falta allí ni el tigre disecado, que es de ritual en tales establecimientos; ni el león de ordenanza, ni otros animales; desde los más conocidos mamíferos á los reptiles más ínfimos. De aves, desde las magnitudes más gigantescas hasta las mínimas, hay una cantidad prodigiosa. Solamente el *Chaco* ha llevado allí inmenso tributo.

La colección de fósiles es una riqueza especial.

De la visita á este Museo salí, al cabo de tres horas, más que satisfecho. Antes de salir me ocurre la tentación generosa de dar propina al *Piel Roja* que me había dado algunas indicaciones en mi visita á las salas. El *Piel Roja* rechazó con orgullo espartano mi ofrecimiento: «¡He aquí un bárbaro!» pensé: «si fuese un hombre civilizado, no habría rehusado la propina.»

Continuando mi excursión por la ciudad, me cercioré de que tampoco en ella habían olvidado los Bancos el precepto de que «la vista quie-

re su parte,» sobre todo la vista de accionistas y de imponentes.

Efectivamente, los edificios bancarios de *La Plata*, como aquellos que han nacido en el verdadero *momento de Pericles*, compiten en lujo con los de Buenos Aires, y en algunas cosas los superan.

Templos hay pocos; notable lo es solamente la iglesia consagrada á San Ponciano; pero no es monumental; corónala una especie de obelisco bastante alto que, de noche, está iluminada con luz eléctrica y esparce su divina claridad por toda la población y aun por más allá; porque desde el ferrocarril se la ve á mucha distancia, anunciando al viajero un monumento de mayor importancia.

De los teatros, solamente había uno abierto, el de los *Filodramáticos italianos*, en que se representaba á la sazón: *Pelegrín Piola, pintor genovés, asesinado por los Judas del arte*, drama de cuya audición me hice gracia á mí mismo para no faltar á la memoria de mi conciudadano. Existe allí, además, un teatro importantísimo para ópera.

No he de callar que en esta excursión me fué ofrecida, cuando yo lo esperaba menos, una compañía muy agradable, la del joven José

Bergolli, un mi conocido de Génova. Mientras me hallaba contemplando un escaparate artístico, veo salir del establecimiento á dicho joven, que evoca en mi memoria el recuerdo de muchas y muy hermosas veladas pasadas en Génova al lado de distinguidísima familia, en la que tienen las artes un preciado nido.

Con Bergolli, después de haber visitado todo lo que aún restaba digno de ser visto, dispusimos una expedición á las obras magníficas del puerto de la Ensenada.

Los trabajos del mentado puerto de la Ensenada debían ser solemnemente inaugurados como treinta días después de mi visita; pero sospecho que todavía hoy están sin haberse inaugurado, aunque aquel gran *dock* sea ya accesible para nuestros buques de alto bordo; en aquellos trabajos pueden ustedes figurarse la prodigalidad argentina, multiplicada por la voracidad de un enorme trabajo, en el que, durante muchos años, hallaron ocupación más de tres mil operarios, en su mayor parte italianos; por que, es necesario decirlo en homenaje suyo, cuando se trata de trabajar seriamente, el italiano se halla siempre en primera línea.

La proximidad á las obras del puerto es anunciada por un hormigueo de operarios con

azadones, carretillas y otros utensilios de trabajo, bien así como por el espectáculo de mil casetas de madera, de lienzo y muy raramente de ladrillos, que vienen á dar idea de un gran campamento del trabajo; porque la Ensenada dista más de una hora de ferrocarril de la población de *La Plata*.

Andando á la ventura atravesamos los rails de un ferrocarril; supusimos que éste conducía al centro de los trabajos. Pero he aquí que llega y casi toca ya nuestras espaldas una locomotora.

Evitarla no es cosa fácil, porque en aquella elevación del terreno no hay ni á uno ni á otro lado de la única vía espacio bastante para dejar seguro á un hombre al paso de la locomotora. No nos quedaba pues mejor recurso que gritar, á dúo, hasta que lo oyeran los árbitros de la máquina:

—¡Pára! ¡Pára! Y la máquina, menos sorda y menos insensible de lo que podía temerse, se paró. Los dos hombres que la guiaban son tan corteses que nos invitan á subir y á continuar el viaje con ellos, pues se dirigen precisamente al centro de los trabajos que se hallan todavía á bastante distancia. Absténgome de dar un abrazo á los hombres de la máquina solamente

por considerar sus vestidos, que están más negros que el carbón. Entretanto, aquel campamento del trabajo se presenta más imponente en aquella desigual y variadísima llanura.

Vénse por todas partes habitaciones improvisadas y fondas. Allí está la fonda de Mazzini, la de Garibaldi, la Argentina, la Piamontesa, la Napolitana, la Suiza; además, La Hermosa Catalina, La Hermosa Raquel, La Hermosa; y también La Fea Teresa y muchas otras. Cátanos al fin en las obras de la Ensenada. La máquina no puede ir más allá y bajamos, no sin dar muchas gracias á los dos citados conductores.

Nos encontramos en lo más elevado del gran *dock*. Mirando hacia abajo se experimentan vértigos. Tuvimos la suerte de encontrar allí á dos señores con quienes trabamos conversación; son dos italianos: el inspector señor Salotto y el ingeniero señor Facco; éstos nos lo explican todo.

No trato de explicar á ustedes aquí, con pretexto de los trabajos de la Ensenada, un tratado de ciencia y de estadística portuense. Diré solamente que el autor del proyecto fué el ingeniero holandés señor Waldropp; el director de las obras el ingeniero Van Rees; encargados de es-

tos grandes trabajos los señores Medici y Lavalle.

La capa mural del *dock* grande tiene un espesor de 70 centímetros de asfalto y 40 centímetros de mampostería en la parte inferior al nivel ordinario. Pasado ese nivel, la altura de la tapia, que tiene un espesor de 3 metros 80 centímetros, es, en la marea baja, 6 metros 40 centímetros, y en la marea alta, 10 metros 40 centímetros. El *dock* mide 1340 metros de longitud y 141 metros 10 centímetros de anchura; el canal de entrada tiene 60 metros 50 centímetros de ancho; tiene un fondo de 6 metros 40 centímetros en la marea baja y 4 más en la alta.

Digo á ustedes todo esto con el libro de apuntes á la vista; acudiendo después á la memoria por lo que respecta al efecto escénico de la obra, agrego que aquella concavidad enorme me privaba de respiración con sólo mirar desde la altura la inmensidad de aquel vacío.

Este *dock* (1) gigantesco es, como com-

(1) Empleo la palabra *dock* á sabiendas de que no se halla en el Diccionario, porque no hallo otra voz castellana con que sustituirla. En el tecnicismo de la ingeniería, el vocablo *dock* está adoptado sin protesta, y tengo para mí que no ha de tardar mucho en ser también de uso vulgar, como tantos otros que la Academia se ha resistido á admitir.

(N. del T.)

prende seguramente el lector discreto, una importante riqueza para la ciudad nueva; es bien, sin embargo, no poner en olvido que la obra dista de *La Plata* la friolera de tres kilómetros.

Al cabo de un buen rato, que nada tuvo de enojoso, pues nos hallábamos en muy agradable compañía, pasamos á contemplar desde la parte opuesta el espectáculo imponentísimo de los muelles que, como dos brazos inmensos, adelantan atrevidamente río adentro en una longitud de siete kilómetros cada uno y dando por resultado una anchura de muy cerca de cuatro kilómetros. Obras colosales; millones y más millones enterrados aquí; mucha gente enriquecida; otra viviendo durante muchos años; tal es, definida en pocas palabras, la magnitud de los trabajos de la Ensenada.

Observen ustedes, entretanto y ahora que de millones se habla, que los señores Medici y Lavalle—del número de los mortales que nacen con la marca de fábrica de la fortuna—aunque ultimaron sus excelentes contratos con el Gobierno argentino en momentos en que ni se soñaba con la probabilidad de la crisis y cuando el papel del Estado tenía tal predominio que se le consideraba como superior al oro, establecieron que el Gobierno debía, en determina-

das cantidades, pagarlos exclusivamente en oro. Es verdad, por el contrario, que los trabajadores fueron pagados siempre en papel; pero por algo nos queda de un poeta pagano el antiguo hemistiquio: *sic vos, non vobis.*

Nos despedimos de nuestros atentos guías, y regresamos, ya entrada la noche, á *La Plata.* A mi regreso tuve el gusto de ver aquí la primera, y hasta ahora la única ciudad de Sud-América, iluminada con luz eléctrica. Si hermosa me había parecido de día, más hermosa me pareció con sus jardines que, iluminados por aquella luz, hubieran ustedes tomado como una grande escena de un baile fantástico, con sus calles larguísimas y anchurosas, con sus edificios que reflejaban en la blancura de los mármoles y en los caprichos del estuco aquella luz magnífica; con sus deslumbradores escaparates riquísimos en géneros variados. *La Plata* ha sido, ante todo y principalmente, al menos hasta que los hechos vengan á desmentir al astrólogo, el sueño de una deliciosa noche argentina.

Queda, sin embargo, para *La Plata*, y queda para siempre, un hecho que no puede desaparecer como la magnificencia de los escaparates. Aludo al puerto de la Ensenada, en que entran

buques de los mayores portes. Basta indicar nuestro *Duquesa de Génova*, que mientras tuvo que mantenerse á muy respetuosa distancia de Buenos Aires por su gran calado, en el puerto de la Ensenada pudo atracar y moverse con holgura.

También Mascazzini quiso ser el primero de los capitanes de estos grandes vapores que entrase en aquel puerto y en aquel *dock*, cuando volvió á llevar desde los puertos de Europa á los del Plata al señor Roca, á quien quedará siempre, cuando vea su predilecta creación, el consuelo de pensar que, si en lo presente se tienen muchos desengaños económicos, puede ocurrir que en lo futuro se corone de resultados muy provechosos.

¡Cuán cierto es que hay algo que seduce y fascina en lo que es juventud! Al regresar desde *La Plata* á Buenos Aires, todo me parecía viejo en esta segunda ciudad. Viejas é imposibles las calles, sobre todo en aquellas eternas fajas del centro; viejas las casas; decrépitos los campanarios, tan decrépitos, que uno de ellos amenazaba ruina. En las mismas espléndidas tiendas de la calle de la Florida, San Martín, Corriente y la Piedad, me pareció echar de ver algunas arrugas; muchos ciudadanos, mi patro-

na inclusive, me parecieron toscos; mi cama llegó á parecerme de la antigüedad por un momento.

La necesidad de lo nuevo habíase hecho en mí irresistible; determiné por consiguiente visitar una maravilla antigua. Partir de la República Argentina sin haber visto la piedra grande del Tandil, equivaldría á despedirse de Roma sin haber visto... ya se figuran ustedes á quién (1).

Para dirigirse desde Buenos Aires á Tandil hay que tomar el tren en la estación del Sur, y saliendo á las ocho de la mañana se llega al Tandil á las seis de la tarde. Compensa, no obstante, y la compensa con creces, aquella distancia, la novedad del espectáculo antiguo.

En unas tierras y en trozos interminables á lo largo del río, se ve condenado el viajero á no ver sino eriales ó llanuras cenagosas; en una tierra en que el ladrillo sustituye casi de un modo exclusivo á la piedra, se ve en el Tandil un amontonamiento fantástico y caprichoso, como la naturaleza lo ha guardado, de masas espantosas—no sé darles otro nombre—amontonamien-

(1) A lo que parece, el autor italiano alude aquí al *Sumo Pontífice*.

(N. del T.)

to que reune en sí todas las variedades de forma y de materia que en el gran reino mineral son posibles.

Vense allí montones colosales de piedras verduzcas, grisáceas, rojizas; ora peladas y suaves; ora erizadas de capas herbáceas; unas adheridas á la tierra; otras diseminadas y esparcidas á millares como si, en época muy remota, tribus de titanes hubiese librado aquí una batalla y hubiesen dejado así el campo.

Maravilla, y maravilla de primer orden en lo que se refiere al equilibrio, es el Tandil, y se va adrede para contemplarlo, y consiste en una piedra, *la piedra movediza*, que, por su forma, tiene cierta semejanza con un enorme sombrero de gendarme; masa colosal que descansa por una parte pequeña sobre un precipicio, y allí parece próxima á precipitarse en el valle. Sin embargo, allí permanece fija... aunque es movible.

El alma de quien por la primera vez contempla este colosal fenómeno, queda absorta. Bajo aquella masa, en el hueco que resulta desde el punto de contacto hasta la terminación del sombrero, las personas quedan á cubierto y pueden hacer cuanto las plazca el papel de mosquito. Yo, más soberbio, me figuraba ser en aquel momento el ratón del parto de los montes. Ra-

tón ó mosquito, todo lo que se quiera, la verdad es que con un esfuerzo insignificante se puede mover aquella masa monstruosa, aunque, por supuesto, sin que cambie nunca de sitio.

He ahí un espectáculo en el cual nada ha preparado la mano del hombre; he ahí la naturaleza salvaje y espantosa abandonada á sí misma, espectáculo que, en su gigantesca sencillez, conquista el ánimo del viajero, el cual, al alejarse, vuelve hacia él la mirada muchas veces, como quien está convencido de que no ha de contemplar nunca un espectáculo más monstruoso ni más extraño.

CAPÍTULO XXXIX

En el ferrocarril del Rosario.—La segunda clase.—Los caballos muertos.—Los campos inundados.

Dirigiéndome á la estación central de Buenos Aires para emprender mi viaje al Rosario y á otros puntos, observé un hecho. En la ventanilla de los billetes de primera clase, que yo trataba de tomar, solamente para no desprestigiarme ante Europa que me contemplaba, me

encontré en compañía de una vieja tabacosa; por el contrario, en la ventanilla para los billetes de segunda clase, que es también la última, gran afluencia de compradores rústicos; una vida y una alegría envidiables.

Esto era naturalísimo tratándose, como se trataba, de un ferrocarril eminentemente colonial.

—¿Para qué, dije entre mí, viajar solo ó mal acompañado por dos ó tres aburridos aristócratas del dinero, ya que no de la sangre (porque en la República Argentina todos la tenemos igual), cuando en la otra clase iré en compañía de estas alegres aldeanas, de esos robustos y regocijados muchachos, de toda esa masa trabajadora y activa?

Dejé la ventanilla de los billetes de primera clase; miré bien en rededor mío para ver si algún príncipe de la sangre que viajase de incógnito me observaba, y me dirigí—pero suplico encarecidamente que esto quede entre ustedes y yo—hacia la ventanilla de la segunda clase.

Un palurdo me aplastó, a las primeras de cambio, el pie con sus zapatones claveteados; pero en compensación, para abrirme paso hasta la ventanilla, me vi aplastado entre cien hermosuras rurales.

Rustica progenies semper formosa fuit... (1)

Muy pronto me encontré en un desmesurado vagón, especie de camarote de madera con dos órdenes de medios asientos y dos puertas. ¡Qué animación, qué vida, qué movimiento en aquellos coches, de segunda y de última clase, del Rosario! Algo se notaba de tufillo aldeanesco, si se quiere; pero esto se hallaba suficientemente compensado con la distracción incesante; á diferencia de lo que sucedía en los coches de primera clase, donde se moría uno de fastidio. Además, como los coches de esta línea están construídos con arreglo al sistema de grandes departamentos que permite á los viajeros ir desde un extremo del tren hasta otro extremo sin apearse del coche, es tal durante el viaje la variedad de tipos distintos, de discusiones siempre diferentes, que se alegra el más hipocondriaco.

Vendedores de sustancias alimenticias pasan y tornan á pasar sin necesidad de que el viajero haya de esperarlos en las paradas. El consumo de naranjas en estos coches de segunda

(1) Frase latina que significa sobre poco más ó menos:

«La generación rural siempre fué hermosa.»

(*N. del T.*)

del ferrocarril del Rosario es prodigioso; vense allí las cáscaras amontonadas debajo de los asientos; la atmósfera que se respira está impregnada de aquel olor que es un gusto; de vez en cuando sobreviene una lucha de naranjazos en que llevan, por lo general, la parte peor los pasajeros neutrales.

Aparte de esto, gozaba yo realmente, escuchando aquel charlar incesante de labradores que me hacían oir sus quejas sobre la desdichada marcha de los negocios; aquel hablar de sus mujeres que cambiaban entre sí chismes y cuentos de comadres; aquel llorar de sus pequeñuelos; veía yo á los emigrantes recién llegados, que escuchaban, con la boca abierta y con muchísima atención, cuanto para su gobierno y su uso particular decían los protegidos de la colonización.

En este ferrocarril del Rosario comienza de nuevo—y perdonen ustedes si les produzco náuseas—el espectáculo de los caballos y de otros animales muertos y abandonados á lo largo de la vía y adquiere proporciones fenomenales. Recuerdo, con relación á la misma línea precisamente, que dirigiéndome en otra ocasión á San Fernando con mi amigo Marana, y como el tren se hubiera detenido unos minu-

tos, tuvimos el capricho de contar cuantos caballos muertos había entonces á nuestra vista, y en aquella parada llegamos á contar ¡hasta unos doscientos! Bien entendido que la costumbre del país exige que no se haga caso de tales niñerías, so pena de que cualquier señor Taglierini nos repita:

—¡Qué pequeños somos!

Se viaja á través de llanuras interminables, que ni remotamente recuerdan nuestros llanos de Lombardía ó de algunos trozos del Piamonte, pero tienen el verdadero carácter del continente siempre, aun cuando ya esterilizado. Extiéndese la mirada como sobre un oceano sobre aquellas extensiones inmensas, cuyos límites aparecen indicados débilmente por los *alambrados* (1); alambres que no serían suficientes para evitar que un toro diese á ustedes una cornada si le ocurría hacerlo.

Es claro que estas señales sólo se han puesto para determinar los confines de una propiedad, y muchas veces se ven esos *alambrados*, que limitan una determinada extensión de terreno

(1) *Alambrados*, palabra de la localidad que el autor italiano conserva en esa misma forma, y que he creído conveniente dejar como él la escribe.

(N. del T.)

en localidades tan completamente desiertas que no presentan á la vista ni el más ligero indicio de habitación en un larguísimo trayecto del ferrocarril. ¡Qué tristísima idea la de adquirir terrenos en medio de tanta soledad! Y, sin embargo, tal vez el que ha comprado ó ganado al juego un terreno, tiene que tomarse la molestia de ir á reconocer sus propiedades.

Volviendo ahora al tema de los caballos muertos que en proporciones extraordinarias se encuentran en el ferrocarril del Rosario, aunque en las inmediaciones de Buenos Aires son casi todos ellos los inválidos que las empresas de tranvías, verdaderos victimarios de cuadrúpedos, envían á que acaben malamente sus días adonde puedan hallar cuatro hilos de hierba y un arroyuelo de agua, los demás que se hallan en el camino son casi siempre víctimas inocentes del paso de los trenes, porque no es posible que puedan ustedes comprender nunca lo borrico que es un caballo en la República Argentina.

En este ferrocarril del Rosario, si no logran ustedes nunca hallar localidades montañosas, encontrarán de vez en cuando interrumpiendo la uniformidad de la llanura ligeras ondulaciones del terreno. Sin embargo, ni por casualidad

algunos metros de roca. ¡Atraviesan ustedes centenares de kilómetros sin ver una piedra! En largos trayectos excesivamente blandos ha sido preciso hacer excavaciones de varios metros de profundidad para hallar el firme en que colocar los cimientos del ferrocarril. Es el reverso de nuestro litoral de la Italia Alta; en ésta es preciso abrirse camino entre rocas; en aquél excavación y más excavación para hallar un terreno menos arcilloso.

Aunque muy á menudo se descubre en grandes extensiones la aridez más completa, hállanse en otros sitios llanuras muy fértiles, especialmente en pastos.

En tales sitios es donde suelen verse capas extensísimas que parecen á primera vista hormigueros inmensos, en que ven ustedes moverse ganados en tan prodigiosa cantidad, que el conjunto de ellos parece una sola y enorme masa ondulante.

De vez en cuando se descubren campos inmensamente uniformes, llamados las *Pampas* (acaso en el significado indígena, *mar*), atravesados de repente por centenares de caballos sin freno, guiados por dos jinetes, que galopan á los lados de aquella falange caballar, con más un tercer guía que va de escolta. Sin embargo,

estos espectáculos aparecen más imponentes en los campos de Córdoba.

En esta línea del Rosario, lo mismo que en casi todos los demás ferrocarriles de la República Argentina, aparecen muy de tarde en tarde las poblaciones. Muchas que aspiran á parecer ciudades no son sino modestos grupos de chozas; grupos que se distinguen los unos de los otros por sus campanarios más ó menos moderna ó góticamente construídos; y es de notar que muchas de las más notables iglesias de la provincia de Santa Fe se han levantado en los últimos años. Entre éstas se halla el templo de San Jerónimo, muy importante por su extraordinaria magnitud ya que no por la corrección de su arquitectura. Otra iglesia muy notable por el gusto que su construcción supone y labrada también en estos últimos años, es la iglesia parroquial de San Javier.

Volvamos al ferrocarril.

Cuanto más se camina hacia el corazón de la provincia de Santa Fe, tanto mejor se comprende cómo esas tierras situadas en las zonas templadas, de clima dulce, de abundante agua, de vegetación exuberante, donde basta arrojar á la ventura la semilla para verla germinar, sin otra preparación, han podido convertir-

se en tan provechoso é importante centro colonial. Alternativamente se presentan á la vista del viajero pastos, de los que llaman fuertes, destinados á los animales corpulentos y otros para el ganado lanar, que tiene en esta provincia extensiones inmensas. Baste decir que en lo que respecta al campo del Rosario los rebaños se cuentan por millones de cabezas. También abundan insidiosamente los cardos salvajes, que son la condenación de los pastores de aquellos rebaños por las molestias que les causan al enredarse con las lanas y los perjuicios que les producen.

En la extensa línea del Rosario siguen á estos campos monótonos, exclusivamente herbáceos ó gramíneos, trozos de terreno montuoso; en aquel espeso arbolado se ven: algarrobos de doce y aun más pies de elevación; olivos, palmeras, cedros, laureles que tienen altura prodigiosa, hasta de quince y veinte metros, acacias, robles, sauces.

Como ustedes ven, el campo de la línea del Rosario, y en general el de la provincia de Santa Fe, si por su vegetación no es precisamente la tierra prometida, se le parece mucho; á lo menos tal cual las tradiciones nos lo han descrito.

No pretendo hablar á ustedes extensamente

ahora de lo que, sin embargo, debería ser el asunto más importante de mi relación; es á saber, de los campos sembrados de trigo, animadísimos y alegres en aquellos sitios donde las tormentas y las inundaciones no habían desvanecido, en mal hora, las esperanzas más lisonjeras. En la época en que yo atravesé aquellos lugares, echábanse de ver perfectamente los terribles efectos de las lluvias continuas y de los fatales hundimientos. En el ferrocarril parecía, en ciertos momentos, que pasábamos por en medio de inmensos lagos, en cuyas orillas se echaban de ver, como tristes vestigios de la vegetación, copas de árboles, arbustos arrancados de raíz, además de los cuerpos ya putrefactos de los animales muertos que flotaban. ¡Qué devastación! ¡Qué inmenso desconsuelo! ¡Devastación y desconsuelo que iban cada vez en aumento en la parte más elevada de la provincia, en los sitios más notables por la exuberancia de su vegetación!

¡Con cuánta tristeza observaban aquel teatro de la naturaleza muerta los labradores que viajaban conmigo! Alegres y despreocupados pocos momentos antes, fruncían ahora las cejas, arrugaban la frente sudorosa ante la contemplación de aquellas extensiones inmensas per-

didas inexorablemente por aquel año y sin posibilidad de remedio. Algunos pajarillos tristes peregrinaban, con vuelo fatigoso, sobre aquellos restos de una vegetación desdichada, lanzando cantos melancólicos que parecían el llanto de las circunstancias.

La gente campesina, observando desde las portezuelas de los vagones el doloroso espectáculo, exclamaba: ¡Oh, América! ¡Cómo desilusiona todo esto! Ya no eres la tierra del oro, sino del papel; ya no eres el país de la cosecha segura; ya no eres el granero del mundo, sino la tierra de las siete plagas. ¡Oh, América! ¡Cuándo volverás á ser lo que fuiste durante mucho tiempo, nuestra segunda madre, y muy á menudo más benigna para nosotros que la otra!

Hacia el Baradero, el triste espectáculo de los campos inundados disminuía; y aumentaba, para distracción del viajero, el de un terreno ondulado de manera muy caprichosa. Como á la mitad del camino entre Buenos Aires y Rosario, hay un largo trayecto que parece como indeciso en tomar proporciones de montaña.

Pasado el Baradero, la producción de ganados adquiere proporciones fabulosas: al paso del tren vense millares de animales que huyen balando espantados, no sin dejar frecuentemen-

te alguna víctima en los rails. Tuve ocasión de observar entonces que el carnero debe de ser el Bayardo de su especie. En tanto que al adelantarse la máquina humeante huyen espantados corderos y ovejas, el carnero permanece casi siempre impávido, á poca distancia de la vía, para observar al monstruo que llega.

El tren continúa adelantando hasta Rosario con celeridad cada vez mayor y con paradas relativamente cortas. Pasamos San Pedro, Castro, El Paraíso, Ramallo, Sánchez; se pasa el delicioso San Nicolás, meta de tantas jiras de campo; pasamos Pavón, Arroyo Seco, Alvear, y por último, próximamente á las siete y cuarenta minutos de la tarde, después de haber salido á las doce y cuarto de Buenos Aires, se llega á Rosario; la ciudad de tantísimos negocios.

Se llega y no se llega; porque cuando se ha penetrado bajo la gran cubierta de una estación bastante bien alumbrada y se ha oído el anhelado grito de *¡Rosario!*, si ustedes se disponen á bajar de sus coches respectivos, les dicen que aquella estación es del todo inútil para quien pretende llegar á Rosario, y que es menester detenerse en otra, la central, que se halla todavía á bastante distancia. Cosas son éstas que

suceden también en los otros países del mundo. Finalmente, después de un largo, interminable silbido, cátense ustedes en la otra estación y en la grande, populosa y mercantilísima ciudad que hace ahora treinta años era algo menos que una ciudad de último orden: una humilde y risueña aldea.

CAPÍTULO XL

En Rosario.—El lodo.—La fonda de la desgracia.

«*Vísteme despacio, que tengo prisa,*» decían los antiguos.

En la estación del Rosario echo de ver muy pronto una cosa extraña: que los viajeros que se apean del tren, en vez de salir todos, como otros tantos corderillos, por una misma puerta, van los unos en esta dirección, los otros en aquélla y muchos en otras distintas. Me adhiero á un grupo, y luego á otro; después me arrepiento. Por último tomo una resolución heroica: pregunto á un vigilante cuál es el camino más corto para salir de la estación. El guardia de la República me indica una rampa

de madera: subo por allí, á pesar de no ver á ninguno que tome aquella dirección; y sereno, impertérrito, con mi equipaje y mi paraguas, llego por último á lo alto de la rampa, con que me hallo en un puente que atraviesa la estación, y desde cuya cima la gente que en dicha estación hormiguea me parece pequeña, pequeñísima. Atravieso el puente, bajo otra rampa que encuentro en el extremo opuesto y que, al parecer, conduce fuera de la estación; bendigo con toda mi alma al vigilante que me ha indicado el camino más corto y me sumerjo... en las tinieblas.

Hubo un momento en el cual nada vi; rodeábame la oscuridad más profunda. Tornar á subir la rampa no me parecía digno; habría yo juzgado aquello, ante el paraguas de mis antepasados, una vergonzosa retirada. Encender alguna cerilla para iluminar, al menos un instante, a situación, era todavía más impracticable, porque han de saber ustedes que el encender un fósforo en la República Argentina está muy lejos de ser cosa hacedera. Se consumen quince para que llegue á encenderse uno.

De pronto me parece que vislumbro una especie de verja; allá me encamino; la situación se aclara un poco; veo faroles, indicio evidente

de civilización. Ando á lo largo de la verja suponiendo que al cabo habrá alguna salida. Así es en efecto; la salida está allí. Verla y colarme por ella es todo uno. Más ligero que de ordinario me lanzo á lo que supongo calle; ya estoy en ella; pero me es forzoso detenerme como si con unas tenazas me sujetasen los pies. ¿Qué sucede? Procuro mover un pie, no lo consigo; intento mover el otro, menos; quiero levantar el brazo en el cual llevo el paraguas, y en realidad el brazo se mueve obedeciendo á mi voluntad; pero el paraguas permanece adherido al suelo como los pies.

Llegado aquí, suplico á ustedes que no crean que les cuento fábulas.

Quizá las cuente alguna vez; pero no cuando se trata de momentos solemnes y decisivos de la vida. Y, por último, si ustedes no me creen, vayan por sí mismos á Rosario, para ver qué casta de barro se *gasta*—llamémoslo *liga*—en aquellas calles, aun en las mejor empedradas; así es que el atravesar á pie de una acera á otra, sobre ser fatigosísimo, es arriesgado; aquello es la más horrible de las inmersiones.

Después de varios esfuerzos muy enérgicos consigo arrancar una pierna de aquel horrible lodo que me llegaba hasta la rodilla; pero el

paso que intento dar hacia adelante me resulta inútil, porque la pierna vuelve á sumergirse en otro barro. ¿Cómo acabará esto? Arranco, merced á nuevos esfuerzos, el paraguas; no representa más que una agrupación asquerosa de estalactitas. El otro pie que aún no había yo intentado sacar parecía como incrustado en aquellos baches.

Por último oigo un rumor sordo; después columbro una lucecilla verde que se aproxima. Es un coche de tranvía. Cuando se halla al alcance de mi voz, grito «¡pára!», con más desesperación que la que hay en el «*Detente, cruel,*» de *Hernani.*

Ayúdanme á librarme de aquella tercera parte de Rosario, que es el barro.

Una tardecita como aquella no la habría yo olvidado nunca, si en la misma ciudad del Rosario no me hubiera ocurrido algo peor.

El conductor me preguntó adónde quería ir.

—Al centro, le respondo; á la primera fonda en que usted crea que puedo albergarme.

Doy á ustedes mi palabra de honor de que el sitio más digno y más adecuado para mí en aquel instante hubiera sido un limpia-barros.

Llegados cerca de la Fonda de Francia, que se halla á poca distancia de la plaza de

Veinticinco de Mayo, la principal de Rosario, me pregunta el conductor si quiero apearme. No espero á que me lo repitan; bajo, y entro. Los camareros que se hallan á la puerta no me reciben con las cortesías de ordenanza, porque ven á un hombre *incognoscible* (1) en sus condiciones buenas ó malas, bajo la capa de barro que le esconde. Pido un cuarto, y me toca, doy á ustedes mi palabra de honor, el número *trece*. Inauguro mi nueva habitación con copiosas abluciones, con tremendos cepillazos y con fatigoso raspar el barro, que se había endurecido, en las prendas de mi traje. Después, cuando ya parece que me he convertido en un hombre, busco el comedor. Respóndenme que á tales horas no hay comida, ni cena, ni siquiera un trozo de perro á la lumbre. ¡Fonda original! Pregunto dónde podré satisfacer, lo menos lejos posible, mi justificado apetito. Me contestan que he de seguir hacia adelante tantos cuadros; después, torciendo tantos cuadros, á la derecha; en

(1) El adjetivo *incognoscible* está incluído en nuestro Diccionario entre las voces *anticuadas;* como la idea que expresa es moderna, y como la Academia no da otro con el cual sustituirle, no hay más remedio que incurrir á sabiendas en arcaismo.

(*N. del T.*)

seguida á la izquierda, después todo derecho... en fin, el embrollo de siempre en las ciudades sudamericanas, y del que nada se saca en limpio.

Me pongo en camino sin estar muy seguro de que daré con la fonda que se me ha indicado; el hecho es que al llegar á cierto punto vi salir una luz discretamente sospechosa de cierta tienda, con un pedazo de cortina corrida. Oía yo, al mismo tiempo un rumor de platos, un retintín de copas que parecían confirmarme en la idea de que aquel sitio estaba consagrado al dios *Vientre*. En la primera sala vi un mostrador con varios vasos y algunas mesas cubiertas con manteles más ó menos sucios. Vi allá sentados á seis ó siete individuos que parecían de la clase obrera. Una especie de camarero vino á decirme que si yo quería pasar á la otra sala me serviría más pronto. La segunda habitación era más espaciosa, los manteles menos sucios, y varios de los concurrentes, de apariencia menos tosca que los de la otra sala, cenaban ó charlaban. Vi también que la persona, al parecer, más autorizada, era un hombre gordinflón que se dignaba sentarse ya al lado de uno, ya al lado de otro. Hablaba el tal unas veces en español, otras veces en italiano, y no juraré con verdad

á qué nacionalidad pertenecía; acaso fuera de ambas.

Tomé asiento delante de la mesa más aislada, y en verdad que me fué más fácil entenderme con el mozo de esta fonda que con el buen Pablo, el equivocado y aturdido enamorado de *La Plata*. Temí haber llegado en el instante en que existe el peligro de que el amo venga con la llave en la mano para dar á entender que ya es la hora reglamentaria. Observé que, por el contrario, entraba cada vez más concurrencia; la mayoría de los concurrentes bebían y no comían. En uno de los rincones hacia el cual se dirigían todas las miradas, y también las bromas y los apóstrofes con las miradas, vi sentada, próxima á una mesa, una muchacha muy rubia, con el codo apoyado en un ángulo de la mesa y la cabeza sobre la mano. La chica, me apresuro á decirlo, era muy guapa. Una de sus dos trenzas larguísimas venía á serpentear sobre el pecho.

—Vamos á ver, pequeña, ¿no quieres decididamente estar alegre? fué á decirle un quidam que acababa de levantarse de la mesa que estaba frente á la suya.

La muchacha volvió su cara hermosísima hacia otro lado, cambiando también el brazo que servía de apoyo á su primorosa cabecita.

—¡Oh! Ya la haremos que se alegre, dijo otro desde la mesa misma de donde se había levantado el primer orador.

El tal continuaba en sus galanterías, hasta permitirse una más arriesgada, que fué la de coger por un brazo á la muchacha; ésta logró desasirse con un brusco movimiento, y le gritó con ira:

—¡No quiero que me toque usted!

—¿No quieres que te toque? dijo con sonrisa burlona el galanteador, insistiendo en coger á la chica.

Ésta retrocedía siempre, hasta que tropezó en la pared con la espalda.

—No, no quiero, gritó la perseguida, mientras el perseguidor levantaba el brazo para cogerla otra vez.

Los de la otra mesa miraban y reían.

El gordinflón, con cierto aire de principal, había quedado en medio de la sala, cruzado de brazos y observando también.

A un nuevo movimiento del bromista, la chiquilla, con una ligereza propia de sus dieciocho años, se bajó lo suficiente para evitar el abrazo, y se escapó; persiguióla el otro; la pobrecilla, no encontrando mejor refugio, se dirigió hacia la mesa en que yo me encontraba solo,

y que estaba colocada en un rincón. Pasó la fugitiva aterrada por el reducido espacio que mediaba entre mi silla y la pared, y la vi, por último, á mi lado, apoyada en la esquina de la habitación.

El hombre se obstinaba en apoderarse de la jovencilla, que tanto más bella parecía cuanto más atentamente se la miraba; pero el hombre necesitaba para lograr su intento, ó pasar también por detrás de mi silla, ó montarse poco discretamente en la mesa, en la parte que se apoyaba en la pared. Cátenme ustedes caballero obligado por las circunstancias. Apoyé de pronto contra la pared mi silla.

Ante aquella actitud mía, el perseguidor permaneció algo indeciso y como turbado, y por último se contentó con dirigir aún algunas amenazas á la que él llamaba melindrosa. Entonces el amo le apostrofó cariñosamente, y acompañando sus palabras con el consejo de abandonar una posición que podría ser incómoda para mí, su nuevo parroquiano, le dijo:

—Ya se lo he dicho á usted, Mateo; esto no es para usted; vámonos.

—Me da rabia ver tantos aspavientos y tantos melindres por una simple broma.

—Ya se lo he dicho á usted, continuaba en

voz más baja el gordinflón, cogiendo del brazo al don Rodrigo de quince sueldos y conduciéndole hacia su mesa, siempre hablando en voz baja:—Este bocado no es para usted.

—¿Pues para quién? preguntó al otro.

—Hay un sujeto que ahora precisamente se está entendiendo con el que manda en esta hacienda.

Después, el honrado principal agregó:

—Usted lo sabe; yo soy solamente un depositario.

En aquel momento penetró una muchacha alegre, que parecía muy asidua concurrente á la casa: era guapa, robusta y vestía un traje de un rojo más descarado acaso que su dueña. El perseguidor de la rubia, que tenía necesidad de divertirse, se aproximó á ella confidencialmente, diciéndole:

—He aquí, á lo menos, una chiquilla que no hará melindres.

En realidad, si ella los hizo, fueron muy imperceptibles, porque de allí á muy poco, dama y caballero pasaron muy cogidos del brazo á decirse chicoleos en otra sala.

Por lo que á mí hace, no permanecí ya indiferente á la vecindad de la hermosísima rubia, que se hallaba aún temblorosa de emoción y de rabia.

Invitándola á sentarse en la otra silla preparada en el reducido hueco para el cual había yo formado barrera, le dije, señalando no sé qué manjar que el apetito me permitía partir:

—¿Puedo ofrecerte?

El gordinflón, que desde la mesa consabida de sus favoritos me observaba, se apresuró á decir:

—No lo dude usted... de comida le damos cuanto quiere; está aquí como huéspeda... y hay quien por ella paga.

—Siéntate, pues, dije á la pobre.

La muchacha, muy tímidamente, pero agradecida, accedió.

—¿Cómo estás aquí? ¿De qué país eres? le pregunté en voz baja.

—Soy del *Vercellese*, me contestó la rubia; aquí me ha traído mi tío, que vive con mi madre y dice que no soy apta para labrar la tierra.

—Verdaderamente, dije, tú nada tienes de campesina; muy al contrario.

—Nunca he trabajado en el campo, me contestó la rubia; en Italia estuve empleada en las fábricas de tejidos.

—¿Y hace ya mucho tiempo que dejaste á Italia?

—A principios de año.

En este momento la voz del amo vibró dirigiéndose á la muchacha:

—No importunes á ese caballero con tu charla.

—No me importuna, me apresuré á responderle; hablamos de Italia, y esto es para mí la mayor satisfacción.

—Italianos, replicó el otro, somos todos, por vida de San... Garibaldi; ó casi todos, rectificó después lanzando una ojeada á varios tipos, de su mesa de privilegio, que antes parecían indios salvajes que hombres civilizados.

Y cata que sobrevienen á esto dos personajes cuya aparición hizo estremecer á la joven rubia.

—¡Ah! Ya está aquí Nicolás, gritó el gordinflón muy satisfecho.

—Y en buena compañía, replicó el recién llegado, que era un hombrón como de cincuenta años, tipo de los antiguos traidores de melodrama.

La buena compañía se adivinaba desde luego en la calidad: era uno de esos mejicanos robustos, con los cabellos al estilo de Sansón, que con frecuencia se ven en las provincias argentinas, como en otras repúblicas limítrofes, para realizar negocios ó bien solamente para gastar

dinero y divertirse; porque de mejicanos ricos hay muy buen surtido por todo el mundo.

—La pequeña está allí, dijo el amo de la fonda á Nicolás, señalándole á la muchacha rubia que se había hecho un ovillo en la silla en que estaba sentada.

Nicolás me miró solamente para enterarse de la calidad del vecino; después, sin cuidarse de nada más, se adelantó hacia la rubia y le dijo:

—Ven acá.

La muchacha no obedeció en seguida. Entonces Nicolás le dijo con tono muy resuelto, y como si no reparase siquiera en que mi silla estaba por medio.

—Mira que no te coja yo por un brazo.

El gordinflón, suponiéndome quizá dispuesto á repetir el juego defensivo, que puse en práctica con el otro agresor, me dijo:

—Es su tío y tiene derecho á mandar.

Dejé, por consiguiente, salir de aquellos tres palmos de terreno á la hermosísima muchacha, cuyo defensor habría yo sido con bonísima voluntad si, dada la situación, hubiese comprendido que podría lograr algo útil para ella.

Entretanto, el mejicano, contemplando con demasiado visible contentamiento á la rubia, decía en la lengua del país á Nicolás, dándole

familiarmente golpecitos en la espalda:—Repito á usted lo que le dije cuando vi esta mañana á la pequeña; podríamos hacer de ella una artista excelente.

—¡Artista! pensé: ¿qué clase de artista? ¿de canto? ¿de baile? ¿de mímica? Realmente, admitido que la primera materia sea la hermosura, la piedra de aquella artista, de cualquier género que fuese, no podía menos de ser brillante.

Era preciso ver á la pequeña—llamémosla así como los otros la llamaban, aunque era de muy buena estatura; era preciso ver, repito, á la pequeña cuando el mejicano, cogiéndola y palpándola por la parte superior del brazo derecho, como si tratase de medir la abundancia y consistencia de las carnes, gruñó, más satisfecho cada vez:—Sí; haremos de ella una artista excelente.

—Vamos, pues, á arreglarlo á esa otra habitación, dijo Nicolás indicando una puerta abierta.

Estaban ya para desaparecer, obedeciendo aquella indicación, seguidos por las miradas envidiosas de todos los parroquianos, mientras el gordinflón decía á sus predilectos:

—Ya ven ustedes si vienen á mi fonda verdaderos conocedores.

La muchacha vendida, porque en realidad no se trataba de otra cosa, pareció al principio seguir dócilmente á los dos. De repente, emprendió la carrera como para escaparse de la fonda. El gordinflón se apresuró á impedirle el paso.

Nicolás, arrojándose como ave de rapiña sobre su presa, la cogió por los cabellos y pasando otra de sus manos vigorosas por debajo de las corvas, levantó en alto á la muchacha, llevándosela como un fardo ligerísimo hacia la puerta de la otra habitación donde el mejicano esperaba. Dejo á ustedes imaginar si la muchacha gritaría; tanto más cuanto más molesta era su posición, pues mientras su cabeza, sostenida solamente por una trenza, pendía hasta rodar casi en el suelo, los piececitos se hallaban más altos que la cabeza del brutal tío, agitándose desesperadamente. Me levanté como por instinto, y entretanto que la desgraciada, ya dentro de la habitación, gritaba como si la pegasen, entré á mi vez, rogando que no se le hiciese daño.

—¿Hacerle daño? ¡Ni por pienso! me contestó de pronto Nicolás; la quiero como si fuera hija mía; pero dígame usted qué hemos de hacer, nosotros pobres gentes que debemos trabajar para vivir, con una chica que para nada

sirve, mientras su madre y todos nosotros trabajamos como perros. Ésta había nacido para señora. Ahora llega una gran ocasión para darle una colocación en el arte.

Tal lujo de explicaciones en aquel hombre brutal, me sorprendió.

—¿En qué arte? pregunté mirando al mejicano, que, contemplando á la muchacha, más interesante aún en su terror, parecía cada vez más satisfecho de su compra,

—Señor mío, tenga usted en cuenta, llegó á decirme en este momento el hostelero, que en mi fonda no se estila que el primero que llega meta las narices en los negocios de los demás.

—Pero, repliqué yo, cuando se maltrata á una pobre criatura, esto se convierte en asunto de todos.

—¡Aquí no se ha maltratado á nadie! gritó con suma violencia Nicolás.

—¡Bah! déjeles usted arreglar sus negocios, agregó el de la fonda, colocándose entre el otro y yo, y cerrando de pronto la puerta.

Lo demás, entre gemidos, amenazas y violencias, se perdió sordamente en la habitación cerrada.

Superfluo me parece añadir si me quedarían ganas de continuar siendo parroquiano de aque-

lla hostería de mal agüero. Pedí mi cuenta, y aunque me pareció relativamente exagerada, la pagué sin discutirla, deseoso de salir de aquel sitio lo más pronto posible, como si temiese escuchar algún nuevo lamento de aquella desgraciada, á la cual no me era dado defender.

CAPITULO XLI

Plaza del Veinticinco de Mayo.—Un monumento grotesco.—El puerto.—Laguna de fango.—Los rosarios en Rosario.

En la mañana del día siguiente me coloqué muy temprano á la puerta de la fonda, esperando que pasase un tranvía que me llevase por algunas calles, para formar idea más exacta de aquella enlodada ciudad. ¡Había que ver á los pobres caballos! Difícil, muy difícil era discernir el color de aquellas desdichadas bestias, tan completamente enfangadas que parecían llevar una corteza de barro.

Como viese yo que el tranvía se hacía esperar demasiado, y habiéndome dicho que á poca distancia de la fonda estaba el centro de Rosario, es decir, la gran plaza del Veinticinco de

Mayo, me armé de todo el valor disponible y me dirigí hacia allá á pie. En aquella plaza da pomposa muestra de sí la catedral, que en sus dimensiones majestuosas tiene algo de basílica, y en la fachada algunas pretensiones *vaticanescas*.

Pero mis ojos hubieron de fijarse de pronto en medio de la plaza, en algo que por muy poco no me hizo llorar de emoción.

Ya conocen ustedes mi obstinada pasión por los monumentos, sean modernos, sean antiguos. Era un monumento, no de los antiguos, un monumento patriótico, para decirlo de una vez: era el monumento del Veinticinco de Mayo el que causaba mi emoción.

Figúrense ustedes una base monumental de esas que no hacen daño en ninguna parte y que así pueden adaptarse á una apoteosis de la victoria como á un recuerdo fúnebre. Hagan ustedes surgir sobre esta base, con su magnífico pedestal, una elevada columna de espaciosas estrías. Coloquen ustedes en rededor de esta columna, muy rígidos y muy plantados de pie, tres hombres y un cabo, que quiere parecer un general. Estas cuatro figuras, tan grotescamente marmóreas, cuyas vestiduras ¡increíble parece! tienen más dureza que el mármol, quieren

corresponder, y aun darse cierto aire, á los nombrados doctor D. Mariano Moreno, D. José de Panidart, D. Bernardino Rivadavia, y al general Manuel Belgrano. Figúrense ustedes en lo más alto de la columna una estatua de la *Victoria* ocupada en hacer que flote al viento un estandarte de plomo. Olvidábame de decir a stedes, que, como á un tercio de la columna se elevan dos alas de bronce, quizás las alas de un genio artístico no hallado, ni acaso *hallable*. En rededor de este monumento existe una verja, sin duda para defenderlo de las injurias del porvenir. De las del presente no, porque ya es una injuria la obra misma.

Si después de haber contemplado este monumento hubiese yo encontrado una figurilla de Luca, habríala abrazado con entusiasmo.

Entretanto, observaba yo de qué modo la ciudad se engolfaba en toda la efervescencia del movimiento comercial. El carruaje sobrecargado de mercancías está siempre en activísimo movimiento, desde el puerto hasta el centro de la ciudad, y desde aquí á la estación.

En lo que respecta á su conformación topográfica, Rosario puede definirse: «una Buenos Aires disminuída.» Existe desde luego la identidad de los nombres en las calles; la división

en cuadros y conforme al monótono sistema de la capital, sin el desahogo, no obstante, y la grandiosidad de la calle del Callao. En lugar del jardín de Palermo, hay en Rosario un jardín que no sería feo si estuviera mejor cuidado y menos horriblemente fangoso. Hay además una calle, muy larga y muy ancha, con jardinillos en medio, que producen un efecto muy agradable.

El espectáculo mejor es indudablemente el puerto, al cual se llega por tantos sitios cuantas son las calles transversales. Echo de ver una circunstancia que, en el año 48, habría parecido muy significativa: la mayor parte de los carros que prestan servicio público en Rosario se hallan señalados con los colores nacionales de Italia. Una pincelada á todo lo largo, de verde; otra de blanco, y otra de rojo. A propósito de italianismo: el *Poncho* que Garibaldi ha dejado como tradicional en Italia, es aquí muy usado. Esta capa, característica y cómoda al mismo tiempo, que nuestro gran capitán encontró en moda en el Sud América, hace ya más de cuarenta años, continúa en moda siempre. La hallaremos también típica en el gaucho de Córdoba.

Después de haber dicho que hallé en la ciu-

dad del Rosario un gran movimiento de negocios, dedúcese lógicamente que he debido de hallar aquel puerto animadísimo. Los buques á punto de partir, los acabados de llegar y los anclados allí, eran muy numerosos. El puerto es de gran extensión y bastante cómodo, y es conveniente decir que, á más de estar mejorando siempre con nuevas obras, para las cuales el Gobierno destina sumas no pequeñas, debe muchas de sus ventajas á sus condiciones naturales.

En tierra, las inmediaciones del puerto se distinguen por caprichosos tablados, cuya bajada hasta los buques bastaría para poner á prueba la *infatigabilidad* y el equilibrio de nuestros más experimentados alpinistas. Es natural que, tratándose de pueblos en que abundan las maderas, gran parte de las obras del puerto de Rosario, y entre ellas las mismas escaleras de acceso, sean de madera; lo cual no es incompatible con su utilidad y su perfecto servicio.

Después del puerto, lo más importante del Rosario es la calle del Puerto; la calle principal.

En algunas tiendas y almacenes de la calle del Puerto vénse reproducidos los rasgos de lujo estupendo y de asombrosa magnitud que se notan en Buenos Aires. Existe un café,

que consta de un salón único, pero de tan extraordinaria magnitud, que las mesas de billar se cuentan por docenas y queda todavía muchísimo espacio para las mesillas de los consumidores; allí las miradas se pierden. Allí se juega invariablemente á palos; allí se leen todos los periódicos de la República Argentina y de otros países; allí se destroza, en círculos que yo supuse de gente desocupada y que tal vez no lo sea, la reputación de media ciudad; allí se hacen una porción de cosas que en otro café no podrían hacerse. Vi, por ejemplo, entre otras cosas extravagantes, á un consumidor que entró á caballo en el café; es cierto que lo hizo por broma, pero el hecho es que entró de veras.

Entre las ideas que en Rosario me perseguían, continuaba ocupando sitio muy principal la pobre y hermosísima joven italiana; quizás á estas horas habría ya pasado á manos distintas de las que yo conocí en la fonda sospechosa. La curiosidad y la compasión por la pobre víctima habríanme inducido á entrar de nuevo en aquel desagradable *restaurant;* pero pensando que yo nada podría hacer para atenuar su dolor, ó evitar los atropellos, desisto del propósito. Por otra parte, yo no había emprendido el via-

je para convertirme en libertador de los oprimidos; en todo caso habríame provisto de mi excelente bandera de... Sancho Panza. El mundo se halla sobrecargado de miserias, de felonías, de iniquidades...: ¡ay del que pretenda erigirse en defensor del débil y en castigador del reo! El que tal hace, no viaja de seguro, porque á cada paso sobreviene un hecho, cuya vista excitaría á la pelea á nuestros sentimientos humanitarios.

Y, sin embargo, mientras hacía yo estas lógicas y juiciosas reflexiones, mientras yo transitaba por la calle de Rosario, mi pensaminto no acertaba á desprenderse de la pobrecilla muchacha rubia. De tal modo me dominaban aque llas meditaciones tristísimas, que en alguna ocasión me olvidé casi de que me hallaba en la capital del lodo. No quiero decir á ustedes cómo me puse nuevamente en mis dos horas de paseo. A la sazón ya se me había formado callo: pueblo adonde se va... lodo que se halla.

Lo que, por el contrario, me resultaba siempre más edificante, era, á medida que el día adelantaba, hallar mayor animación en todas partes: animación no siempre comercial: masa de carros con generos, en perpetuo movimiento. Menos mal que la altura de las aceras—que en

Rosario llega al colmo—evita el peligro de ser atropellado; se entiende, cuando no tienen ustedes la desgracia de caerse desde la acera. Esto sólo es muy bastante para que se rompa uno la crisma. En la calle del Bajo, por la que se va al puerto, la altura de las aceras está indicadísima para un suicidio. Al desembocar de esta calle se me presentan de repente, en toda su enorme longitud, dos muelles que nada tienen que ver con los de Génova. En esta última ciudad el trabajo del hombre ha debido hacerlo todo, desde el más humilde azadonazo hasta el de abrir por entre la roca eterna la más importante calle.

En Rosario, como en otras ciudades situadas á lo largo del Río, especialmente en la provincia de Santa Fe, si el trabajo del arte y los millones del Estado hicieron mucho por las obras del puerto, no dejó ciertamente de cooperar, casi en igual proporción, lo especial de las condiciones hidrográficas. El sistema hidrográfico de la provincia de Santa Fe puede subdividirse en tres partes: el gran Paraná, del cual son afluentes todos los demás ríos de la provincia; y los ríos Carcaraná y Salado, en los cuales se derraman las aguas pluviales de toda su cuenca por medio de numerosos riachuelos.

En aquellos sitios en que algo impide la formación de corrientes regulares de aguas, vanse aglomerando lagunas de fango que por su prolongación dan acaso idea de extensísimos muelles; muchas de estas lagunas son sólo aparentes, y durante los rigurosos calores del estío, y en los períodos de largas sequías, desaparecen; otras, en el transcurso del tiempo, adquieren solidez; otras se han cubierto de vegetación, en muchos casos prodigiosa; tanto mejor cuando estas labores naturales tomaban consistencia y forma adecuadas para convertirse en aprovechables y verdaderas obras del puerto, como sucede, por ejemplo, en Rosario, y más todavía en Santa Fe, donde uno de estos productos accidentales de la hidrografía quedó formado y situado de tal modo, que constituyó la más envidiable obra de defensa para las naves ancladas en el puerto.

Gran parte de estas lagunas y de estos muelles naturales, aun quedando permanentes, dan motivo, por las condiciones mismas de su formación, á filtraciones de aguas que producen notables variaciones de nivel, en las que el Río de la Plata y el Paraná no tienen superior en materia de altos y bajos. Sobrevienen las épocas de las grandes crecidas, en las que mucha

parte de estas obras naturales desaparece al elevarse la corriente á ocho ó diez metros más de lo ordinario. Rosario registra, entre los hechos accidentales de su puerto, el de la crecida de 1869, que ocultó por completo sus muelles. Después de estos hechos fué cuando el Estado procedió á obras más sólidas y menos naturales.

Contemplando las obras del puerto de Rosario, uno de los oficios que más importantes me parecieron fué el de los remolcadores.

Lanzando la mirada sobre Río no se veía otra cosa. Es decir—perdonen ustedes el olvido—sí vi algo más que, por tratarse de una población de tantos y tan serios negocios, me dejó estupefacto. Vi en toda la extensión de la playa una fila interminable de inocentísimos pescadores de caña, cuya vista casi me mortificó.

El pescador de caña me ha parecido siempre el rey de los haraganes: recuerden ustedes las comedias más típicas de Sardou, en que ese pescador candoroso, que pierde horas y horas para atrapar un pececillo, surge siempre de entre los ocios rurales. De estos pescadores, dignos de ser embalsamados, hallélos en la playa del Rosario de todas edades y de todas

condiciones, de ambos sexos y de todas las clases, y hasta encontré uno que pretendía privarme de pasear en las inmediaciones de su puesto, para que no alejara de su anzuelo á los peces que hacia él se dirigían.

Otra cosa me hizo recordar las instituciones de mi país; un túnel abierto bajo un promontorio que se halla frente al puerto y establece allí las comunicaciones por ferrocarril. Esto de hallar un túnel en la República Argentina no es cosa que sucede muy á menudo; la verdad es que en las provincias por donde he viajado casi nunca me ha sucedido; por eso levanté en seguida acta consoladora del hecho, porque durante algunos minutos, mirando una galería que desde las entrañas del montecillo iba á parar al puerto, me pareció realmente encontrarme de nuevo en Liguria.

También vi en aquel puerto dragas, cuya tarea es allí muy ruda y en extremo dificultosa.

Vi además lo que ahora ya puede verse en todos los puertos del mundo civilizado: grúas movidas por el vapor para carga y descarga de mercancías: entre esas máquinas habíalas de extraordinarias dimensiones.

Antes de alejarme de aquellos sitios quise

preguntar al pescador que me pareció más pacífico:

—Dígame usted, buen hombre, y perdone la curiosidad: ¿qué peces recoge usted aquí?

Miróme el pescador con cierto aire en que había algo de candor y algo de recelo, y me duda dijo, no sé todavía si en broma ó en serio:

—Señor, sardinas... cuando llegan.

Torné á encaramarme, trepando por el montecillo, para regresar á la ciudad; subí en el primer tranvía que tuve la suerte de encontrar, dejando á la misma suerte el cuidado de decidir adónde había de llevarme, toda vez que siempre sería en cumplimiento de una parte de mi programa, que consistia en ver algo nuevo. En aquella ocasión me fué propicia la fortuna, porque el carruaje, en lugar de dejarme á dos pasos, era de los que, como suele ocurrir en las ciudades sud-americanas, van tocando alternativamente en varias localidades. El coche fué, por consiguiente, el que me hizo adquirir conocimiento compendioso de casi todas las calles, tanto principales como de segundo orden de la gran ciudad.

He dicho gran ciudad, porque lo es, en efecto, si se considera el inusitado movimiento de los negocios, la multitud de calles, la importan-

cia de muchos edificios, cosas todas que solamente pueden hallarse en Buenos Aires y no en las otras poblaciones de la provincia de Santa Fe.

La capital de Santa Fe, ya lo he manifestado, aunque tenga subordinada á Rosario administrativamente, no cuenta, según el último censo, más de 14.000 habitantes, mientras Rosario tiene 50.000.

A propósito del nombre de la ciudad: pasando por delante del escaparate de una quincallería—entre las cuales se distinguen especialmente por su elegancia las de la calle de Córdoba—eché de ver con mucha frecuencia muestras de rosarios en gran abundancia. Deduje de esto que acaso era ése el producto característico del pueblo, máxime cuando supe que la primera materia para labrar aquellos rosarios era cierto mineral, bastante raro, que se halla en las profundidades de aquel subsuelo.

Lo más utilizable para la fabricación que se halla en los alrededores de Rosario, así como de Santa Fe, es cierta tierra gredosa, excelente para la elaboración de tejas y de ladrillos. De aquí la prosperidad de varios tejeros de Rosario. El ladrillo es, en resumidas cuentas, el rey de la situación, lo mismo en Rosario que en

Buenos Aires, que en casi todo el territorio de la República Argentina. Hasta creo que de América ha provenido la costumbre de los masones de llamar *ladrillos al dinero* (1); con tanta más razón, cuanto más cierto es que los ladrillos han bastado para hacer á más de uno, y á más de dos, millonarios y archimillonarios.

Cuando llegó el momento de pagar al cobrador del carruaje, eché de ver que, en vez de dar dinero de vuelta, daban billetes para otros viajes. Hice notar al conductor que hallándome solamente de paso en la ciudad, era muy problemático que se me ocurriese hacer otros viajes. El cobrador encontró justa y lógica mi observación, y me dió la vuelta en.. sellos de franqueo. Mi asombro creció de un modo extraordinario al ver á qué grado llegaba la escasez de metálico en aquel gran centro de negocios. Transcurrido poco tiempo, se hizo también muy común en Buenos Aires esta costumbre de dar las vueltas en sellos de franqueo.

En las otras excursiones de aquel día vi un elegante y espacioso Mercado público (el *Mercado modelo*), cuya fachada, de pocas y muy

(1) Dejamos al autor italiano toda la responsabilidad de esta afirmación, de cuya exactitud no respondemos.—(*N. del T.*)

sencillas líneas, era hermosa: estilo de Palladio.

En la calle de Córdoba me detuve mucho tiempo para admirar, en un edificio nuevo, una de aquellas fachadas de palacio, verdaderamente modelos, de los que, por sus primorosas líneas, por su buen gusto, se labran muy pocos, así en el nuevo como en el antiguo Continente. Este palacio había sido levantado por orden del doctor Camilo Aldao. El portero no supo decirme el nombre del arquitecto; pero por el estilo me inclino á creer que hubo de haber sido un italiano. En esta bellísima fachada predomina el estilo de 1400; hay en ella algo de Sansovino, algo de todo, si ustedes quieren, pero no mezclado caprichosamente, sino con arte admirable. Es muy natural que en una ciudad de negocios como Rosario se distinga, por su belleza y por su fausto, la arquitectura de los Bancos. El *Banco de Italia y Río de la Plata* tiene aquí una sucursal, cuyas oficinas son mucho más ricas y más elegantes que las de Buenos Aires.

Otro magnífico edificio es el del *Banco de Londres y Río de la Plata*, fundado en 1887. Pero si hubiéramos de enumerar los establecimientos bancarios alojados en locales elegantísimos, no acabaríamos nunca. Al pasar por una

de las calles más céntricas vi otro de esos edificios que asombran por sus dimensiones enormes, hasta el punto de parecer una gran calle cubierta: era un aserradero, en que se funcionaba con máquina de vapor.

Observé otro hecho singularísimo en esta ciudad, la mayor de la provincia de Santa Fe: la guerra sin cuartel, la guerra á todo trance á los anuncios en las esquinas; no hay trozo de pared en que no se halle la prohibición de pegar anuncios y carteles. ¡Extraña prohibición de la policía en una ciudad tan escasa de... policía!

CAPÍTULO XLII

Navegación por el Paraná.

Para proseguir el viaje hacia la parte alta de la provincia, atraído yo por la fama seductora de un viaje en lancha á lo largo del río, que recibe aquí las aguas del Paraná y ofrece puntos de vista incomparables, resolví embarcarme en el segundo día de mi residencia en Rosario. Me informo dónde se hallan las oficinas de *La Platensa*, que, en representación de los hermanos

Christophersen, tiene la empresa de estos viajes. Respóndenme que está situada en la calle de San Lorenzo.

Pregunto á los empleados á qué hora sale, en aquel mismo día, el barco para el río alto; sale á las dos de la tarde. No tengo tiempo que perder. Tomo el billete; voy á la fonda; cómo, sin dar propina á los mozos, porque allí no se usa. Al atravesar, así las calles céntricas como las secundarias, doy mi adiós más vehemente al lodo de Rosario, y me encamino, como hombre seguro de lo que hace, al sitio de la playa en que se halla el embarcadero de los buques de *La Platense*.

Tampoco falta aquí, como no falta ni en Génova, ni en Montevideo, ni en Buenos Aires, el tipo de costumbre, que me pregunte en mi dialecto natal: *¿Quiere usted un bote?* No respondo, y en vez de contestar, pregunto si ha llegado ya, ó por lo menos se halla á la vista, un barco.

—¿Qué barco? me preguntó el otro.

Pero no bien le hube dicho que me estaba allí con armas y bagajes para embarcarme en el *Aurora*, de *La Platense*, el barquero soltó una estrepitosa carcajada.

Aquella risa, aun siendo, como era, de mi

dialecto patrio, me encolerizó: pregunté, pues, al barquero la causa de su hilaridad.

—*Anda*, me respondió; *pos está mu clarisimo... Que ya tiene el señor, por lo más corto, dos ú tres horas de espera. Se ha caído usted.*

—¿Dos ó tres horas? pregunto en són de duda.

—*Digo dos ú tres horas, y me queo corto, en el suponer de que no hayga retraso y toas las cosas vayan bien*, replicó el barquero; *pero mu bien podría suceder que fuesen cinco ú seis.*

—¡Pero si en las oficinas me han dicho que saldrá *á las dos!*

—*Es guasa.*

Desisto de discutir con el barquero, que me parece hombre sospechoso, y me siento cerca de la ribera, esperando que aparezca... la *Aurora.*

Cuando ya han transcurrido tres cuartos de hora, vuelve á pasar cerca de mí el de la barca, y me dice: *Otavía hay que esperar un porción de tiempo.*

Al cabo, cuando pasa una hora, principio á convencerme de que el otro tenía razón. Pregunto á varias personas ajenas al asunto, entre ellas á un vendedor ambulante, á qué hora *despuntaría* probablemente mi *Aurora*, y me res-

ponden: los unos, que el vaporcillo aparecería á las cinco; los otros, que á las seis; éstos, que á las siete; aquéllos, que á las ocho, y á las nueve, y á las diez; alguno llega á decirme que á media noche.

Vuelvo entonces sobre mis pasos, en busca de un *restaurant;* no le hallo; pero en desquite torno á encontrarme, después de recorrer varias calles, en las oficinas de *La Platense*. Entro, y manifiesto á los empleados que me han obligado á preparar mis cosas para las dos, que son ya las tres, y que no hay ni señales de que aparezca el *Aurora*.

Uno de los empleados mira el reloj, y con una convicción digna de mejor causa, me dice: «Ya puede tardar muy poco el *Aurora*.»

Pregunto entretanto si, como favor, podría dejar en las oficinas, por un rato, mi maleta. Respóndenme con un *no* redondo. «A no ser, me dicen, que no quiera usted dejarla en la calle, cerca de la puerta, y sin responsabilidad alguna de custodia.» A tal respuesta, demasiado *platense*... ó *platónica*, respondo: «Muchas gracias.»

Y con mi fardo, me dirijo á un *restaurant* con vistas á la playa. Pregunto allí si al aparecer mi *Aurora* oiré alguna voz de aviso, y me

enteran de que el ronco són de una bocina me anunciará el anhelado advenimiento.

En unas cosas y otras, pasan las cuatro; y sin apresurarme mucho, en la convicción de que ahora será cuestión de pocos minutos, me encamino á la playa. Por esta vez me consuela el observar que hay allí mucha gente esperando al *Aurora*.

Veo por aquellos sitios á varias señoras y á varios caballeros, con más algún que otro labrador; á todos pregunto si esperan al *Aurora*. Respóndenme unánimemente que sí. Esto me tranquiliza.

En aquella hora y en aquella benigna estación, el sol, que por algo y para algo brilla en las arenas argentinas, hace cuanto puede para tostarnos; y entretanto, el *Aurora* sigue siendo una piadosa aspiración nuestra. Después se va el sol; sobrevienen las tinieblas; dan las seis, las ocho, las nueve, y del *Aurora* ni hay siquiera señales: en aquel pedazo de playa, desnuda como la filosofía de Platón, *La Platense*, que suele dar á los que se embarcan en sus buques estas sabrosas bromas, no concede ni cuatro palmos para sala de espera, ni aun al que pretendiese pagarlos por un ojo de la cara.

A las ocho de la noche siguen las nueve, y el

Aurora siempre sin venir. Si esto, lectores de mi alma, comienza á fastidiar á ustedes, á nosotros nos fastidiaba más todavía. El grupo de los aspirantes á embarcarse ha engrosado; todos murmuran, todos gruñen, juran casi todos; las señoras declaran que ya no pueden más. Yo, por mi parte, no digo una palabra; pero señalo con una cruz este día, que me parece una larguísima noche. Cuando eran muy cerca de las diez, aparece aquel *Aurora* en que debíamos partir á las dos de la tarde. No fué un *¡oh!* de satisfacción el que saludó al buque, sino un *¡oh!* de indignación, de ironía, de injuria.

En realidad, el *Aurora* no tenía la culpa, ni su tripulación tampoco; obsérvase que esta costumbre de burlarse del público y de su tiempo es ya habitual en la administración de los Christophersen.

Entretanto, habiéndose aproximado el gracioso piróscafo á la escalinata, echóse el puente; comienzan á bajar bastantes pasajeros que regresan de Buenos Aires, de San Nicolás y de otros pueblos próximos, y cuando quiere Dios se nos permite embarcarnos. A bordo encuentro muchas mujeres jóvenes, y esto me consuela; porque la juventud, especialmente la de distinto sexo, es siempre una compañía apetecible, lo

mismo en alta mar que en río alto; en toda clase de alturas.

La tercera clase se halla ocupada, casi completamente, por labradores que se dirigen á la colonia de Santa Fe. El capitán es un hombre, al parecer, de muy buena pasta y, por desdicha suya, demasiado grueso; si fuese más delgado, sudaría menos con aquel ir y venir incesante que constituye su tarea, porque el hombre tiene que estar en todas partes.

Por fin se oyen un silbido y una campanada; levántase el puente, y el barco se pone en movimiento. Los que han necesitado esperar en la escalinata las diez de la noche, en vez de las dos de la tarde famosas, lanzan otro de aquellos *¡oh!* que harían palidecer al célebre de Giotto. Duéleme que se realice esta travesía estando ya tan entrada la noche; pero me consuela, al fin y á la postre, el pensar en que el cielo está sereno y la luna ocupa con regularidad su sitio. Con esta presencia celestial, resulta más poético el viaje.

Muy poco nos habíamos separado de Rosario, cuando una voz vibrante grita:—«¡Fuego! ¡¡Fuego!!»

Dejo á ustedes figurarse el efecto mágico de esta voz de alarma. Hallábame yo á la sazón,

como tantos otros, formando cola en la puerta de la cámara del comisariopara tomar el número de mi litera. Todos los rostros tornáronse de un solo color: papel vitela. Supongo que lo mismo estaría el mío, aunque por el pronto no tuve á mano un espejo en que cerciorarme de esta circunstancia. A todos comenzaron á temblarnos las rodillas.

—¿Dónde es el fuego? gritó el comisario, saliendo impetuosamente de su oficina y dirigiéndose al sitio en que se habia oído el grito de alarma.

—Se quema un camarote, respondió la voz.

Desde el puente en que nos hallábamos se veía, en efecto, salir de una litera de cubierta, densas nubes de humo.

Ahora, me digo á mí mismo, lo peor que puede sucedernos es que seamos la segunda edición del desastre ocurrido en el ferrocarril del Rosario... ¡Ay, qué Rosario!...—Hacía aún muy pocas semanas que un tren cargado de viajeros, que se dirigía desde Buenos Aires á Rosario, se había incendiado durante la noche, mientras corría á todo vapor. Solamente dieciocho viajeros habían podido salvarse.

Mientras mi pensamiento evoca este recuerdo tristísimo, la mayor parte de los pasajeros, so-

bre todo en su sección femenina, se aglomeran á popa y á proa, para hallarse lo más lejos posible del sitio en que el incendio se ha manifestado, que es, como ya he dicho, en una litera del centro. Pero ni una sola mirada deja de dirigirse febrilmente hacia el punto del peligro. Algún pasajero grita con toda la fuerza de sus pulmones:—«Deberíamos dirigirnos, á todo vapor, hacia la costa.» El buque se llena inmediatamente de consejos extemporáneos. Empiezan á desmayarse algunas señoras; varios hombres, mirando hacia el humo, se aventuran a gritar: «No es nada.» Pero sienten que les flaquean las piernas; otros miran con intención, más que á la litera incendiada, al río, como para decirle: «En último caso, *in manus tuas*...» Una señora rodea con ambos brazos el cuello de un caballero, que debe de ser un nadador muy hábil, y ocultando su rostro en el pecho de éste, se arriesga á echar alguna ojeada al centro del buque, preguntando:—«¿Se ve humo?»

El que se mantiene sereno es el personal de la tripulación, que, juntamente con los pasajeros menos cobardes (yo me encontraba en el castillo de popa para mimar á las señoras), se halla próximo á la litera de la que sale el humo, dedicándose á extinguir el incendio... si es que

puede emplearse en este caso un vocablo de tal importancia. La verdad es que en el período álgido de aquel terror, se oye una voz que grita:—«¡No es nada! ¡Ya está dominado!»

Todos lanzan un ruidoso suspiro.

Otras voces autorizadas se agregan para afirmar que ha desaparecido todo peligro; que el fuego había prendido en la cortina de la litera, acaso por imprudencia de un fumador; pero que ya nada hay que temer. Ha bastado un sorbo de agua para apagarlo. Una verdadera tempestad en un vaso de agua.

He aquí la campana, que llama á comer.

En el comedor hay un maldecido piano, que una señora tañe sin compasión. Buena ocasión para echar de ver que la cocina de aquella sociedad *La Platense* es como cierta música difícil, que al principio resulta un poco dura al oído, pero después consigue ser aceptable. Lo que me pareció de esta cocina más duro, no al oído, sino á los dientes, fué la carne. Aunque bien podrá ser que no suceda esto siempre. Aquél era ya de suyo un día nefasto. Baste á ustedes saber que un mi compañero de mesa preguntó al camarero que nos servía:

—¿Sabe usted si estaba rabioso?

—¿Qué?

—Quiero decir, contestó mi vecino, si estaba rabioso el sér del que ha sido parte este pedazo de asado, que no consigo masticar.

Una vez terminado aquel episodio de la vida diaria, que nombramos cena, me apresuré á tornar al castillo de popa, temeroso de que la luna se ocultase, y pensando en los nuevos y deliciosos espectáculos que el río me ofrecía.

¡Deliciosos! ¡¡Maravillosos!! Que no pueden ser comparados con ningún otro género de navegación, ni en el mar ni en los lagos.

Abran ustedes el más hermoso libro de poesías; busquen ustedes la página más inspirada: ésta será digna de cantar la maravillosa sencillez de aquellos momentos de navegación. Un poema de bellezas naturales; un infinito de dulzuras, que están allí impresos en una ola voluptuosamente encrespada, en medio de una naturaleza inmensamente hermosa y grandiosamente seductora.

No tienen ustedes aquí las orillas del lago Mayor, ni las del Lario, que con mil granjas y palacios en miniatura esparcidos para adornarlas, son claros testimonios, desde mucho ha, de haber constituído las delicias de muchas gentes amantes de sus comodidades, y que las encontraban allí completas. En este río Paraná, el de

las bocas tan falsas y en ocasiones tan terribles, y á la sazón tan sereno, tienen ustedes el más sublime ejemplar poético de creación, para todos hechicera, para nadie provechosa; porque justamente en la parte en que la belleza tiene encantos mayores, es donde no se encuentra ni rastro de habitantes.

Islitas que al plácido deslizarse del buque, huyen delante de nosotros con todo el lujo de su espontánea vegetación, como ruborizándose de haber sido vistas por humanas miradas. Lagunas que en mil y mil formas, á cual más peregrinas, se nos presentan diseminadas, y obligan al buque á trazar los más tortuosos zigzags, como á quien se hubiera aventurado en un laberinto de encantamientos. Bosques de sauces que surgen de en medio de las aguas, sin dejarnos vislumbrar ni el más diminuto pedazo de tierra; tan espesa es la vegetación. A través del ramaje vemos allá, en la orilla opuesta, una lucecilla, como un fantasma de la noche: es otro buque que se aproxima en dirección contraria. El aire es suave; al respirarle, parece embalsamado. Silencio extraño reina en rededor; interrúmpelo tal vez el rumor producido por un pajarillo que se mueve allí, en el intrincado follaje. ó bien que agita sus alas sobre las ondas: el bu

que, con su rumor leyísimo, parece, séame perdonada esta puerilidad, parece como si anduviera de puntillas, temeroso de despertar una naturaleza voluptuosamente dormida.

De este modo, sin experimentar ni la más leve necesidad de dormir como todas las noches, vi aproximarse poco á poco la alborada.

¡¡Qué amanecer!! Los límites del río, que se nos presentaban plateados, van lentamente adquiriendo color de oro: enciéndese el cielo de pronto; muy luego saludamos la más bella, la más límpida madrugada.

¡Cosa extraña! Yo, que durante la asidua vigilia de mi observación nocturna no había cedido ni un punto á los estímulos del sueño, comienzo ahora—con la reaparición del sol—á experimentar aquella lanquidez que significa el deseo de cerrar los ojos. Quizás la nueva luz me cansa; prefiero la poesía de las tinieblas.

Voy, pues, en busca de mi litera, que no me he tomado la molestia de visitar aún; porque cuando conseguí de la munificencia del señor comisario mi número *siete*, entregué, sin más averiguaciones, mi maleta y mi paraguas á un camarero para que los llevase al sitio indicado. Abandono de mala gana la contemplación de aquel hechicero río.

Hállome, al fin, delante del predestinado número siete; la puerta está cerrada; fuerte con mi derecho, la abro, si bien con miramientos. ¡Qué brusco cambio de atmósfera! Desde las purísimas y dulces brisas del río, paso al escape de una exhalación que será eminentemente humana (y en estos tiempos la nota humana se busca y se analiza por todas partes), pero, á la sazón, esa nota me resulta bastante mefítica. Después de la averiguación olfativa, paso á la visual, no sin que á una y á otra haya de agregar un incidente de jurisdicción auditiva.

Un tipazo ronca horriblemente; habría parecido á ustedes aquel roncar el mugido sordo de un buey; este escandaloso durmiente, que ocupa el sofá frontero á la puerta que acabo de abrir, está tumbado en posición supina; encima de él se halla la ventanilla que había de renovar el aire del camarote, pero que no puede renovarlo porque está cerrada. Columbro allí una nariz enorme y ninguna otra cosa humana, porque el rostro de la persona está sepultado bajo la colcha, y la cabeza se encuentra oculta por una gorra de viaje, de esas que parecen alas de Mercurio; el dormilón esconde también las mejillas, las orejas y las barbas, si es que las tiene.

Mientras permanezco en la puerta, sin soltar

el tirador de la puertecilla, recreándome con aquella música y con aquella nariz, se levanta, casi desnudo desde la cintura arriba, como una sombra de Farinata de los Uberti, otro tipo de la cama lateral; me mira á lo zaino, casi indignado, como si hubiese yo penetrado de mal modo en terreno que no fuese mío. Por toda respuesta á la manifestación hostil, vuelvo á mirar, retrocediendo un paso, el número que se halla sobre la puerta del camarote, como para sincerarme. Mascullo en tonos bastante inteligibles el *siete*, como quien está seguro de poseer su número; después penetro resueltamente, más maravillado cada vez de los murmullos de aquel señor, que tiene cara de curial jubilado, con un par de ojos de mochuelo y una caperuza á la que no se le ve el fin. Algo tardé en vislumbrar su nariz, que tenía metida, como montada, entre el dedo índice y el de en medio, á modo de quien pretende observar mejor á uno que ha entrado á destiempo, ó indebidamente.

Separé la vista de aquel descolorido Farinata, y busqué un tercer lecho: allí estaba, efectivamente, ó podía estar, en el lado opuesto, pero oculto bajo un cúmulo de mantas de viaje, de maletas, de frascos, de cepillos, de paraguas y de bastones. Veo al cabo aparecer también el

puño, único en todo el mundo civilizado, de mi paraguas. Toqué aquel objeto para mí tan querido; lo saqué, si bien con algún trabajo, y de él me valí como sonda para descubrir las huellas de mi maleta. Farinata se levantó entonces algo más que desde la cintura, como quien se ve registrar lo que es suyo, y estuvo observándome muy de cerca, pero sin decir ni una palabra; su voz era todavía para mí un mito. .; y el otro, entretanto, ronca que te roncarás.

—He venido á dormir también un poco, dije, para romper de alguna manera aquel silencio.

El otro pensó un buen rato para responderme; después gruñó un *Bueno*, y volvió á meterse en lo que á mí me pareció su sepultura.

A punto estuve de contestarle: «Muchas gracias por tanta bondad»; pero pensé que era mejor descargar mi cama de aquellos fardos. De todos ellos hice en el suelo una endiablada ensalada.

Debajo de todo aquello encontré sábanas dobladas y cobertores y mantas; comienzo á reflexionar muy seriamente si me convendría más hacerme por mí mismo la cama para reponerme de los estragos de la noche pasada, ó tumbarme de cualquier modo en el sofá...

¡Qué grave es estar mal acostumbrado! En

veinte días de viaje por mar, con una litera para mí solo; después, al comenzar las molestias de los trópicos, con lecho en el mismo camarote del capitán, que no roncaba, y que solamente juraba en el desempeño de su cargo, no había yo aprendido todavía que el encontrarse, en una travesía, al lado de compañeros empalagasos y muy roncadores en una litera, aunque sea de primera clase, es lo más natural del mundo. Ahora, en este momento de navegación fluvial, en este rápido reconocimiento de mi litera, parecíame todo molesto, insufrible; mis compañeros de cámara, dos monstruos; sus equipajes, otras tantas rocas del indispensable Sísifo; cualquier rumor, un cañonazo.

Me dispuse á tumbarme en el sofá; pero sentí que de repente mi sueño se desvanecía como por encanto.

En el buque comenzaba el ruido que anuncia la vuelta á la vida normal; pensé que en aquellos momentos el vaporcillo pasaría tal vez entre maravillas de la naturaleza que serían perdidas para mí por siempre jamás amén, y torné al castillo de popa sin saludar á ninguno de mis dos compañeros, ni al uno, que dormía, ni al otro, que acaso no había conseguido pegar los ojos.

No bien subo al puente, paréceme tener delante de mí una grandiosa decoración de teatro: si durante la noche, el esparcirse de la luz plateada sobre aquellos bosques ondulantes en un mar dulce y tranquilo llevaba á mi alma la sublimidad de lo fantástico, ahora la majestad del variadísimo espectáculo se acrecentaba entre aquella sucesión, cada vez más espesa, de islitas, siempre bellas, siempre lozanas; porque á medida que se camina río adelante, son más frecuentes las sinuosidades que el buque necesita seguir, y más numerosas las lagunas de que aquel mar de sorpresas se halla sembrado.

¡Qué peregrinas formas las de aquellos caprichos de la naturaleza en el más poético de los ríos! Capas extensísimas, en perfectísima línea recta, parecían el más hermoso de los muelles, fabricado á propósito para un grandioso puerto; hay también, en uno de los extremos, el faro respectivo, no para atraer á las embarcaciones, antes por el contrario, para advertirlas á fin de que no choquen durante la noche con aquellas puntas traidoras.

Pero ahora es de día, y debemos alegrarnos de que lo sea, porque sin esta luz pura, sin nubes, ¡cuántas y cuántas maravillas se ocultarían á nuestras miradas! Un pasajero que está go-

zando, al mismo tiempo que yo, de aquellas contemplaciones, habiéndose colocado en el extremo opuesto del buque, me grita de pronto:—«¡Mire usted si ha visto en su vida gradación más asombrosa de matices verdes!»

Tenía razón: aparecía en aquel instante á nuestros ojos un grupo de islillas, con la más rica vegetación que puede soñarse, y dispuesto de tal modo, que resultaban combinaciones de imposible reproducción en un cuadro. Al pintor que lo intentase tendríasele por loco. La naturaleza grande es aristócrata: en ciertos casos singularísimos de efecto no admite reproducción, ni aun intentada por manos muy hábiles; es preciso tomarse el trabajo de ir á conocer *de visu* el espectáculo.

Al internarse el vaporcillo en medio de aquellos bosques de islas, veíanse inmensas bandadas de pajarillos que se desparramaban piando con una vivacidad que tal vez recordó Arrigo Boito cuando quiso darnos idea de un coro de ángeles que se esparce, pasando por la inmensidad, y después se pierde poco á poco.

¿Y qué otra cosa son las bandadas de pajarillos sino los ángeles del bosque? El cazador no es otra cosa que el demonio que acecha; el cocinero que los despluma y los guisa, el glotón

que los come, son otros tantos enemigos del paraíso, mientras se deja en la tierra el repugnante roedor, la hormiga maligna y otros animaluchos funestos, á quienes el pico del ave bienhechora habría dado muerte, ó, mejor dicho, destrozado al nacer.

Ahora aquellas islas nos parecían completamente desiertas; columbrábase por acá y por allá alguna cabaña, y naturalmente, muy próxima á la cabaña, la indispensable aldeanita, como ha sucedido siempre desde los cantos de Virgilio Marón en adelante... y aun con anterioridad á Virgilio. Veíanse también con frecuencia en estas islillas, precursoras sin duda de próximos centros de población, numerosos rebaños de ganado lanar.

Adviértese entretanto que nuestro barco lucha, en este momento, con la corriente rapidísima del Paraná. Y allí, arrebatados por la fuerza de esa corriente, encuéntranse troncos de árboles é islillas flotantes.

Permítanme ustedes ahora que les diga que nuestro buquecillo es pequeño, pero fuerte; y para demostrar cómo consigue vencer al ímpetu del famoso río, va costeando ahora una serie de picos, que parecen del diablo, de enormes masas montuosas. Sobre una altura se me pre-

senta una iglesia, luego otros edificios importantes: después de tanta naturaleza solitaria, esto nos hace recordar el mundo habitado.

A lo largo de las riberas es un sin cesar de velas que pasan y desaparecen: ayudamos la vista débil con el auxilio del anteojo, y vemos mucha gente en la playa, y sobre todo grupos de mujeres que tienden ropas. Uno de esos marineros de paso que á bordo tienen el dón de adivinar siempre la curiosidad ajena, nos grita en este momento:

—Estamos en el Paraná.

Aunque en realidad hacía ya un buen rato que nos hallábamos en la corriente del gran río, este nombre produjo impresión; tiene en sí lo que suele llamarse el efecto de la palabra. Baste decir que indica uno de los ríos mayores del mundo. La provincia de Santa Fe se halla completamente atravesada en toda su longitud por el Paraná, que baña 700 kilómetros de costas; lleva su cauce al territorio de las Pampas, siguiendo la dirección de Norte á Sur; piérdese en la parte alta en Santa Fe, y desde este punto comienza á formar un arco inmenso, que por una parte va á desembocar en el río de la Plata. Ha fama este río de ser tan bello cuan cruelmente invasor; algunas de sus más famosas crecidas

han dejado, especialmente en la provincia de Santa Fe, huellas indelebles. Para él, una crecida de ocho metros sobre el nivel ordinario es cosa de broma, aunque de mal género; ha hecho ya desaparecer, en sus avenidas, muchas islitas, llegando al extremo de adquirir á veces todas las apariencias de un mar vastísimo, cuyos límites se perdían en el horizonte, mientras existía debajo abundante vegetación, inexorablemente sepultada.

Así ha ocurrido precisamente entre las ciudades de Santa Fe y Paraná, en que permanecen cubiertas islas bastantes para formarse sobre ellas un lago de veinte kilómetros de contorno, que los buques atraviesan ahora sin dificultad alguna. Embarcaciones de más de tres mil toneladas y del mayor porte pueden atravesar el río Paraná, que en la provincia de Santa Fe se une caprichosamente con el río Salado, cuyas azuladas aguas prestan al Paraná singularísimos contrastes de colores.

Desahogado ya este trocito de erudición, á la pata la llana, acerca del gran río, diré á ustedes que la comarca del Paraná se me presenta con todos los atractivos de una de esas estaciones balnearias que entre nosotros son la fortuna de los fondistas. La primera cosa que se hallan

ustedes delante, al subir la escalinata del puerto, en la gran *Fonda Argentina*. En este país las casas son de formas muy irregulares: comienzan muy estrechas y después van ensanchando hasta que llegan á tener dimensiones de iglesias parroquiales. En algunas se ven cubiertas altísimas; otras no las tienen, y terminan en azoteas espaciosas. La vegetación es riquísima; el pueblo está cerca de muchas, muy hermosas y variadas colinas.

Subiendo la cuesta, cuando se hallan ustedes en la cima, sufren necesariamente la fascinación de un espectáculo grandioso de la naturaleza salvaje y del país habitado. Echan ustedes de ver que edificios muy importantes, como la casa del Gobierno, la nombrada de los Ingleses, la iglesia y muchas casas particulares, son dignas de la más adelantada ciudad.

En el Paraná se conoce inmediatamente un país que no teme las sequías. El agua rebosa, puede decirse, por todos los poros, y la abundancia de lavaderos se explica muy pronto: la primera materia está de sobra siempre. En el Paraná deben de hacerse abundantísimas coladas; en el trozo de la comarca que atravesé he visto, á cada paso, alguna mujer que ponía á secar ropa blanca en aquellas arenas, que aun

pasado el verano han de ser abrasadoras. De todas las ventanas cuelga lienzo; en todas las huertas hay algo de ropa puesta á solear. A propósito de huertas, diré á ustedes que en todo el Paraná hay verdadero lujo de jardines; puede asegurarse que no existe casa en que no haya uno. ¡Y qué jardines! Deslumbradores todos de flores y plantas, y llenos por do quier de magnolias, rosas y jazmines.

Quise contemplar desde varios puntos de vista aquel país que ora semejaba un trozo de la Polcevera, ora una copia de la dulce marina napolitana; ya un pedazo de costa española, ya, por último, un residuo de aquel jardín paradisíaco que se recorre en la ribera de Niza á Mentone.

En la población del Paraná, cuyos indígenas se nos presentan á modo de línea divisoria entre el tipo indio y el tipo argentino, vi además mucha gente de buen aspecto, que pertenecía á todas las naciones, y que se hallaba allí de temporada.

El Paraná sería, ya lo he dicho, una gran estación balnearia; un refugio para quien pretendiera procurarse la tranquilidad dichosa de un poco de descanso, sin las amarguras de los grandes centros de población. Los ingle-

ses han levantado allí importantísimos edificios.

Quiero señalar aquí, por último, una singularidad del gran río que da nombre al risueño país en que nos encontramos ahora: á consecuencia de la poco agradable costumbre que el río tiene de trastornarlo y arrastrarlo todo en sus grandes avenidas, multitud de plantaciones arrebatadas por la furia de la corriente, árboles, cabañas, casitas de campo, llegan á formar esas especies de islillas flotantes, de las cuales vi algunos ejemplares en mi expedición.

En las crecidas grandes del Paraná alto suelen venir arrastrados, y en montón con los rebaños pacíficos, otros animales temibles, como víboras y serpientes, jaguares y tigres, los cuales, maltrechos, pero no muertos en este desastroso viaje, van después á buscar refugio á esas islillas flotantes, que son á su vez resultados de aquellas ruinosas crecidas del río. No es preciso decir que, apenas instaladas en aquellas islitas, las razas feroces devoran á las inocentes con el excelente apetito que en aquellas bestias puede despertar su largo y peligroso viaje.

Pero existe asimismo, en la parte poblada del Paraná, un linaje especialísimo de pescadores y cazadores que toman á su cargo la empresa de vengar, en ocasión oportuna, tales desmanes,

dando en las susodichas islitas caza, muy hábilmente dispuesta, á esos animales feroces, cuyos despojos bastan á compensar á los cazadores de sus peligrosos asaltos.

Cátame en lo que podría llamar yo, por lo que se refiere á mi persona, el punto culminante de la navegación emprendida.

Muchas otras maravillas me habrían sorprendido en el Alto Paraná, en que hubiera podido ver más de cerca el domicilio de las bestias feroces y de algunos bípedos implumes... no menos feroces. En otro tiempo sobrevenía en el Paraguay una sangrienta revolución cada mes; en nuestros días las cosas han variado un poco; pero aquello siempre es el Paraguay.

Algunas personas á quienes precisamente hallé entonces en el Paraná, de vuelta del Paraguay, á las cuales quedaban todavía un viaje por mar de tres ó cuatro días, me dijeron que en el Paraguay se asaban los pájaros; que era insoportable el calor: calor que podía llamarse diez veces tropical. En los sitios en que yo me hallaba entonces, se disfrutaba, en cambio, una temperatura verdaderamente primaveral. La elección no podía ser dudosa; aunque la tierra del fuego tenía para mí sus atractivos, preferí quedarme con la primavera. Quizá cometí, al

obrar de este modo, una cobardía...; pero ahora lo hecho, hecho está. No pensemos más en ello.

CAPÍTULO XLIII

En Santa Fe.—Una ciudad más antigua que el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Los sanfedistas.

El vaporcillo deja entonces la orilla derecha, y retrocediendo un poco, va á costear hacia la izquierda, en tanto que este río tentador, con sus mil lagunas, nos presenta siempre sorpresas nuevas. Para describirlas todas, sería necesario escribir un libro *ad hoc*.

Cuando principiamos á encontrarnos á la vista de Santa Fe, me palpita un tanto el corazón, porque recuerdo que en aquella ciudad tengo un primo. En cualquiera otra circunstancia, un primo es cosa de poco más ó menos; hay muy bien de primos por todas partes, y nos tropezamos con ellos en las comedias, en las novelas, en los baños de mar y en la vida ordinaria.

Pero hallar un primo al realizar una excursión en las provincias del Sud-América, no es cosa que sucede todos los días. Además, mi

querido primo, residente en Santá Fe, no lo digo por alabarme, es muy buen muchacho. Es, por añadidura, un comerciante atrevido, lo cual en América significa un hombre útil y no un vago como el que viaja para recoger impresiones y anotarlas en su libro de memorias.

Mientras el vaporcillo, rebasando ya el muelle natural que da frente á Santa Fe, va acercándose á la escalinata, fuertemente resguardada, comienzo á buscar con los ojos, entre la mucha gente que veo en la playa, á mi primo Carlos Montaldi.

Yo no le había anunciado mi visita: nada más natural, por lo tanto, que él, á quien yo no había visto hacía ya diez años, no pensase ni en mí, ni en mi llegada. Una de mis primeras exploraciones llevadas á cabo con el anteojo al aproximarse el buquecillo á la ciudad, consistió en ver si, además de descubrir á mi primo, á quien por tener él los cabellos completamente rojos habría yo distinguido entre mil, averiguaba si las calles de Santa Fe tenían tanto fango como las de Rosario. Me sentía muy dispuesto, en caso de ser esto así, á retroceder. Vi que las vías públicas eran atravesadas por carros, coches, carruajes de tranvías, y que todos esos vehículos levantaban nubes de polvo. Respiré. Prefiero

polvo hasta los ojos, á barro hasta el cuello.

Entretanto, el piróscafo se detuvo: fueron arrojadas las cuerdas; los barqueros se apresuraron á recogerlas, y las llevaron á la orilla. Vi, dispuestos á tirar de estas cuerdas para aproximar el buque, una larguísima fila de tipos, entre los cuales había algunos jorobados (¡buen agüero!), mujeres, chiquillos de diez años, y, por fin, un perro. El perro, por sabido se calla, era el último á tirar. con los dientes clavados en la ropa del último ganapán.

Nunca he visto buque, ni pequeño ni grande, que hiciera sudar á tanta gente, inclusive á nosotros los pasajeros. Baste decir que, poco á poco, la fila de los que tiraban del barco para aproximarle á tierra llegó á ser de tales dimensiones que pude contar hasta cuarenta personas. Alguien me dijo que una de las causas principales de aquella dificultad era el mucho fango acumulado cerca de la ribera. Los *limpiafangos*, he ahí la especulación del porvenir en la República Argentina.

Una vez en tierra, me apresuré á examinar las fisonomías de aquellos... *sanfedistas*, para adivinar si podía esperar de ellos algo bueno. Pareciéronme todos tipos discretamente tranquilos. Mientras daba yo vueltas por acá y por

acullá, en el espacio que separa á Santa Fe del mar y recapacitaba en qué tranvía me convendría subir, se me acercó un sujeto para preguntarme lo que buscaba.

—A mi primo, busco, le respondí. ¿Le ha visto usted, por casualidad?

El otro me miró perplejo, como si dudara contestar que sí ó que no; en verdad que si yo hubiese pensado en decir el nombre de mi pariente, me lo habría hallado en seguida, porque es allí muy conocido y estimado por todos, y aun ha ejercido funciones de vicecónsul italiano.

Pero calculé que no era muy correcto presentarse á nadie, ni aun siendo primo, con saco de viaje en la mano y con paraguas vetusto debajo del brazo. Para que el pariente no se me hiciera el desconocido, pregunté cuál era la mejor fonda de la ciudad: la de los príncipes que viajan de incógnito. Indicáronme el *Gran Hotel*, agregando á esta noticia la de que cualquier tranvía podía llevarme hasta la misma puerta. Tomé sitio, por consiguiente, en el primer coche que se dirigía hacia el centro. Como unos veinte minutos después, todo el personal del *Gran Hotel* hallábase de arriba á abajo saludando y agasajando al sospechoso

personaje que había ido á dar allí de bruces.

Por mi parte, observé con satisfacción que mi fonda tenía una de aquellas elegantes fachadas que pueden llamarse fachadas de palacio, y que era de puro estilo del siglo XVI.

—¿Qué desea el señor? me preguntó el más italiano de los camareros.

—Mi primo y un cuarto, fué mi respuesta.

—Cuarto, podrán dar al señor el núm. 16, si le agrada, me respondieron; en lo que se refiere á su primo, tenga la bondad el señor de especificar algo más su deseo.

—Se llama Carlos Montaldi.

El camarero corrió inmediatamente al aparato telefónico; después vino para decirme:

—El primo del señor estará aquí dentro de un instante para saludarle.

Y, en efecto, mi primo llegó á la fonda, rápido lo mismo que una flecha.

—¿Qué vienes á hacer á este pueblo? me preguntó.

—Precisamente á saludarte.

—Sea en buen hora, respondió con voz conmovida mi queridísimo primo; dame un abrazo, dame un beso, y sigue.

—En segundo lugar, continué, vengo con el propósito de fundar una colonia.

—¿Una colonia aquí?

—Seguramente: la colonia de los vagabundos: yo me nombraré archipámpano.

—Corriente, respondió mi primo: quédate de simple vagabundo durante varios días á mi lado; diviértete, reposa; pero renuncia á fundar aquí tu colonia; en estos países se vive del asiduo trabajo.

—Por de pronto, y á buena cuenta, aquí tenéis la crisis, y eso es una muerte incipiente.

—¡Demasiado! Lo que el año pasado valía diez, en lo que respecta á propiedad, hoy solamente vale cinco.

—Yo, en cambio, valgo siempre lo mismo: cero igual á cero.

—Pues creo que esa es la única manera de no arruinarte.

Pregunté á mi primo por su familia, es á saber, por su esposa—una hermosísima argentina—y por dos muchachitos de cabellera rubia. Todos estaban perfectamente, y mi primo dijo:

—Para cerciorarte por ti mismo, vente á comer conmigo hoy.

—¿Quieres que lo dejemos para mañana? Deseo ver hoy la ciudad de Santa Fe.

—Está vista muy pronto. Vente conmigo, tendremos tiempo para todo.

Accedí. En Santa Fe, salvo alguna excepción bastante soportable, no tuve que sufrir las molestias del lodo; pero, lo diré á ustedes con lealtad: á no haber sido por mi primo, la ciudad me habría parecido un desierto. Mi pariente perseveraba en decir que estaba muy poblada; pero no lo eché de ver, si he de hablar con franqueza.

Además, entre la casa de mi primo y la fonda, en cuya puerta, andando el tiempo, habrá una lápida que conmemore mi estancia en Santa Fe, nada vi que mereciese sitio especial en mis recuerdos de viaje. Rosario había producido en mi alma, aun prescindiendo de su gran comercio, el efecto de una Buenos Aires falsificada. Santa Fe—¿quieren ustedes que se lo diga francamente?—me pareció una de aquellas ciudades de la Italia Superior y de la Italia Central que fueron, en otras épocas, grandes ciudades, pero que hoy, aparte de sus agrietados muros, tienen muy poco ó nada, y en cuyas calles principales nace libremente la hierba... Y, no obstante, las hierbas son en Santa Fe menos abundantes que el polvo... Y los vegetales que yo me sé, cuestan bastante caros. Recuerdo que en un almuerzo, que me di yo á mí mismo, antes de abrazar á mi pariente, me hicieron pagar

una alcachofa á razón de cincuenta centavos...

Diríase que Santa Fe es una ciudad americana más antigua que la misma América; explicaré esto, que parece paradójico: diríase que aquella era una población ya civilizada mucho antes del siglo XV; sus principales iglesias remedan restos casi derruídos de templos levantados en los siglos XI, XII y XIII.

La ciudad fué fundada en 1573 por un don Juan de Garay, y tuvo realmente épocas de grandeza comercial y política, que la arrebató muy pronto la nueva y vigorosa ciudad de Rosario, dejándola, no obstante, el título vano de capital de la provincia.

El aspecto casi vetusto de sus edificios depende de que, en su mayor parte, han sido construídos con arcilla, mezclas de paja mojada y otras *aleaciones*.

Cuando me encontré en la plaza—que no podía faltar, ni falta nunca—consagrada á recordar el acontecimiento patrio de 1810 (una plaza grandísima, pero sin el deslumbrador *modernismo* que se advierte en la plaza del Veinticinco de Mayo en Rosario), parecióme más que nunca hallarme en la Italia de la Edad Media, fuera, por supuesto, de lo monumental, que allí no existe. En la casa del Gobierno, espaciosa, alta,

blanca, almenada, con líneas muy irregulares y muy llena de remiendos y añadiduras, me pareció ver la semejanza misma que hay entre dos gotas de agua, en algunos restos de casas de los siglos XIV y XV, con ciudades italianas muy acariciadas por Barbarroja. Parecióme asimismo descubrir en aquellas antigüedades, mucho menos viejas de lo que aparentaban, las huellas de terribles luchas civiles. Santa Fe ha sido, efectivamente, teatro de esas luchas en épocas muy distintas que la denominada Edad Media, esto es, en 1821, y hasta unos veinte años después, con motivo de las contiendas entre unitarios y federalistas. Santa Fe era el cuartel general de estos últimos, y los ejércitos que desde Buenos Aires y desde otras partes sostenían la causa contraria, hubieron de tener muchos días á la ciudad antigua en desastroso jaque: basta á mi propósito recordar aquél de que en el año 1829 fué víctima el famoso general unitario, y archiunitario, Lavalle, que á consecuencia de la batalla de Puente Márquez sacrificó fama y existencia. De la primera pérdida tuvo su desquite en el monumento de Buenos Aires, que le denomina grande, valeroso, mártir, y otras muchas cosas.

Estos *sanfedistas*, hombres arrojados y re-

sueltos cuando llega el caso, han tenido que sostener, en el siglo presente, luchas terribles con los brasileños, con los uruguayos, con los cordobeses; más ó menos sangrientas con cada uno de esos pueblos, amén de haberse visto en la necesidad de combatir constantemente contra los indios, muy en especial con los del Chaco, que, en épocas aún muy recientes, fueron la verdadera langosta invasora que infestó toda la república, y más particularmente Santa Fe. De estos tipos, eminentemente andariegos, fanáticos lo mismo que musulmanes, salvajes lo mismo que indios, se hicieron en varias ocasiones espantosas matanzas. Y aún son menester mucha pólvora y mucho ejército de la República Argentina para tenerlos á raya y no verlos más en sus caprichosas algaradas sembrando la devastación y la ruina en los campos como en las poblaciones. En lo que respecta á este enemigo, la república vése hoy tranquila. Al tal enemigo, si así puede llamársele todavía, lo tiene siempre dentro de casa...; pero ¡qué cambiado! Muchos de aquellos indios, dispersados en los enormes destrozos que se llevaron á cabo contra ellos, fueron vendidos y aun regalados por el Gobierno á quien necesitaba alguna persona apta para servicios humildes ó penosos.

En muchas casas, y como criados de la familia, pueden ustedes ver á estos tipos pálidos y de baja estatura. Muchos llevan en el rostro y en los brazos las señales, bastante visibles, de haber sido golpeados; muchos son los que llegan á ser excelentes criados; lo cual no impidió que otros, de ingenio vivo, lograsen su libertad con la buena conducta y con el estudio, hasta el punto de que hoy mismo hay entre esos indios, regalados cuando pequeñuelos como un animalucho cualquiera, grandes ingenieros y muy entendidos contratistas de obras públicas. La rueda de la fortuna gira para todos; por de contado, para todos los que nacen con buena suerte.

Tornando á Santa Fe, repito que todo parece restos de la Edad Media: para darme, por decirlo así, la nota espléndida de la moderna policía municipal, llegaron, lo mismo que en cualquiera otra ciudad de la República Argentina, los edificios bancarios, y muy especialmente el del Banco de la Provincia, que en todas las partes de aquel país ha puesto á prueba la habilidad de tantos artistas afortunados.

Fuera de esto, el día de Santa Fe pasó para mí, gracias á mi buen primo, mucho más alegremente que tantos otros pasados en aquella

región apartada. No satisfecho mi pariente con haberme hecho conocer á una familia. sobre todo encarecimiento simpática, quiso honrar á su huésped en la mesa con la compañía de varios amigos suyos muy queridos, entre los cuales no puedo menos de recordar á un caballero de humor excelente, el ingeniero del ferrocarril, D. Rafael Gismani, una de esas personas de talento que aparecen, de cuando en cuando, en la existencia de los pueblos, como agradabilísima compañía.

Inter pocula anunció mi primo que en la mañana del día siguiente, que era festivo por cierto, partiría conmigo para acompañarme á una visita, ó principio de visita, á las colonias de Santa Fe, empezando por *La Esperanza*, la colonia madre.

—¡Lo que es nacer afortunado! exclamó el ingeniero Gismani, que sabe siempre cuanto ocurre en toda la provincia; precisamente mañana se ha de verificar en la colonia de *La Esperanza* una gran fiesta, con motivo de la inauguración de un mercado nuevo: con banquete de cerca de cien cubiertos, baile en el Casino, juegos y fuegos artificiales en la Plaza Mayor, etc., etc.

—Snpongo, dije entonces, que en el banque-

te estarán en mayoría los trajes de fustán y que en el baile aquellas buenas aldeanillas danzarán tarantelas.

—¡Ya verá usted los trajes de fustán! me replicó el ingeniero. ¡Ya verá usted á las aldeanitas! Cualquier cosa apuesto á que si permanece usted cuatro días en la florida colonia de *La Esperanza*, se siente invadido de la soberbia aristocrática y acaba por despreciar al resto del mundo.

Nunca me habría yo alejado de casa de mi primo, porque allí me parecía renacer en mi patria y entre mi familia; pero aquel cruel don Carlos me sacó de allí para hacerme visitar las salas de la sociedad italiana de Santa Fe, donde hallé una buena colección de periódicos italianos, entre ellos uno de Génova. En él leí la grave noticia de que durante el día anterior á la publicación del periódico había llovido copiosamente y sin interrupción, y que acaso al día siguiente mejoraría el tiempo. No pueden ustedes imaginar qué sensación causan estas noticias leídas á seis mil, y acaso más millas de distancia de la patria. En otro número leí que el alcalde de Génova llevaba dos ó tres días algo acatarrado, pero que quizá antes de concluir la semana estaría completamente restablecido.

De vuelta á la fonda, mis sueños fueron eminentemente coloniales. En la mañana siguiente aquella joya de primo llegó á despertarme; y para decidirme á dejar más pronto los mullidos colchones, me dijo:

—Ten presente que el ingeniero Gismani ha pensado dedicarte un almuerzo, que está ya encargado en nuestro primer *restaurant;* por lo que está triste, mejor dicho, por lo que nos tiene envidia, es porque no puede acompañarnos á *La Esperanza.*

CAPÍTULO XLIV

Excursión á las colonias.—En «La Esperanza».—Un cura en un baile.

No bien hube subido al vagón, presentóse á mi vista un espectáculo que, en verdad, nada tenía de divertido: el espectáculo de los campos devastados por las crecidas; espectáculo tristísimo como no lo había yo visto igual en ninguna otra parte. Mi primo me señalaba con el dedo inmensos lagos en cuyo horizonte se perdía la vista sin hallar señal alguna de tierra, y me decía:

—Allí, hace solamente un año, existía una vegetación riquísima y abundante.

En cierto punto, y antes de llegar á la colonia, se detuvo el tren por la sencilla razón de que no podía adelantar más. En el paso del río Salado habíase hundido el puente y había trasbordo; los viajeros que bajaban del tren eran trasportados en barca á la orilla opuesta del río; allí les esperaba otro tren. Con motivo de este trasbordo nos fué ofrecido, y gratuitamente que es más, una edificante academia de injurias y de porrazos entre los barqueros, de los cuales unos eran argentinos y otros napolitanos. Unos y otros se querían como perros y gatos: el servicio de trasbordo se hacía, en perfecta alternativa, una vez por las barcas de los unos, y otra por las de los otros: había una especie de pugilato sobre cuál llegaría antes, procurando, y logrando algunos, entorpecer la marcha de los adversarios. Todas las invectivas que labios humanos pueden vomitar, oílas públicamente en aquella circunstancia; después, desde una barca á otra, comienzan los trastazos con los remos.

Cerca de la orilla echo de ver que predominaba el calzado de botas altas y fuertes entre las personas que subían al tren ó de él bajaban.

Creí que aquello sería ocasionado por las inundaciones; pero supe que el andar con las piernas tan acorazadas en aquella parte de la provincia, era una medida de precaución para defenderse de las asechanzas de las víboras y hasta, si el caso ocurre (que sí suele ocurrir) de las serpientes.

En el trozo que nos restaba antes de llegar á *La Esperanza*, el terraplén en que se hallaban fijados los rails habíase puesto tan blando por la filtración del agua, que el tren daba, de vez en cuando, sacudidas horribles; tan horribles, que en muchas ocasiones los pasajeros se veían de pronto obligados á abrazarse unos á otros, y otras veces se pegaban, sin querer, coscorrones ó puñetazos. Momentos hubo en que me figuré que los vagones descarrilaban; lancé entonces una mirada de compasión á mi primo y le dije:

—¡Pobres de tus hijos!

—Bien se ve, me respondió D. Carlos, que no estás acostumbrado á estos ferrocarriles. También el ser ó no ser víctima de una catástrofe en caminos de hierro es cuestión de costumbre.

Un silbido más prolongado que los otros, los cuales sirven solamente para que huya el gana-

do vacuno que obstruye la vía, nos dió al fin la anhelada noticia de que habíamos llegado á la colonia de *La Esperanza*.

Colonia que, ya se lo he dicho á ustedes, es la más importante de las cien colonias, ó pocas menos, que existen en la provincia de Santa Fe y que son las que gozan de mayor fama en la república. Fué fundada en el año 1856, á pocos kilómetros de Santa Fe, en un terreno donde había abordado por primera vez un italiano que se llamaba Sebastián Caboto. El fundador de esta primera colonia de Santa Fe fué el señor Aronna Castellanos. Ya comprenderán ustedes por qué se le dió el nombre de *Esperanza;* fué como dar á entender que de su prosperidad dependían, no sólo el porvenir de la misma, sino las esperanzas de las que habían de fundarse después. Y no fueron ilusorias esas esperanzas.

Lo que sí se desvaneció fué mi esperanza de hallar en esta colonia, primera que yo visitaba, algo esencialmente agrícola, desde los habitantes hasta las habitaciones. Parecíame que los primeros, principiando por el señor alcalde, ó sea el Presidente (porque el jefe administrativo de una colonia se llama Presidente) serían una colección de paletos más ó menos pulimenta-

dos. En lo que respecta á las habitaciones, se me antojaba que todas habían de ser *ranchos*, con más ó menos tierra, cabañas diseminadas á la buena de Dios, con un pedazo de campanario y algo de iglesia relativa para el gobierno de las almas.

Pues, lejos de eso, me encontré en una ciudad muy reducida, pero elegante; con calles hermosas, amplias y regulares, y con muchas casas realmente primorosas.

Es verdad que ya me habían dicho anteriormente que *La Esperanza* era la más próspera de las colonias; pero así y todo, siempre creí hallar lo que se llama una colonia. Aquel palacio municipal tiene una fachada con gran lujo, de sólidas columnas, de capiteles elegantes, de espaciosos balcones en relación con salones extensos; con franqueza confieso que no esperaba yo en modo alguno hallar allí aquel palacio municipal, digno seguramente de una ciudad muy importante. Ni me causó menos asombro la inmensa plaza en la cual se hallan emplazados este palacio y varios otros edificios soberbios. Baste decir que esta plaza, perfectamente cuadrada y adornada en su centro con jardines y bancos, tiene 190 metros de lado. De estas plazas municipales regalaría yo de muy buena

gana una, por lo menos, á cada una de las muchas que yo conozco, incluso la *Soberbia*, cuyo orgullo no se sentiría ciertamente humillado si le diesen gratuitamente una plaza.

Comprendí perfectamente que en una colonia importante pudiera inaugurarse un nuevo mercado; pues es sabido que, salvas muy contadas excepciones, toda ciudad, lo mismo que toda aldea, sienten ahora la necesidad de un mercado cerrado convenientemente. Y por cierto que con motivo de esta inauguración y de las otras fiestas que se preparaban, el pueblo de *La Esperanza* parecía en aquella mañana fuera de sí de puro contento. Busqué aldeanas vestidas con su traje de día de fiesta, y hallé, por el contrario, graciosas damas, con mucho vestido de seda y mucho sombrero y mucha sombrilla, y en fin, todos los requilorios que constituyen el adorno de una señora elegante. Supuse que serían forasteras que estuviesen allí de temporada; pero supe que eran indígenas, ó cuando menos aclimatadas, y desde hacía mucho tiempo. Vi también muchos hombres con sombrero de fieltro, á la última moda de París, casi todos de copa, y supe también que eran naturales ó vecinos del pueblo.

De suerte que yo, tipo de importación, pare-

cía allí humilde y modestísimo colono de aquellas gentes.

Y menos mal que aquellos hombres de sombrero de copa, ó *chistera*, como algunos lo llaman, nada tenían de orgullosos. Uno de estos elegantes se aproximó á mi primo, en medio de nuestra excursión por *La Esperanza*, y estrechándole con mucha efusión la mano, le dijo:

—¿Usted por aquí? ¿Cómo es eso?

Mi primo me presentó entonces al doctor Miguel Tracco, de Turín, médico principal de la colonia y el hombre del día, porque él era justamente el fundador del mercado que se inauguraba.

De pronto el doctor, además de invitarnos á dicha inauguración, que ya estaba muy próxima, nos invitó asimismo al gran banquete de cerca de cien cubiertos que había de verificarse en la principal fonda para solemnizar un acontecimiento nacional.

Entretanto las bandas de música, recorriendo sin cesar las calles, alegraban el pueblo; veíanse también sociedades con banderas, entre las cuales eran más numerosas las italianas. Es efectivamente muy notable la preponderancia de los italianos en las colonias de Santa Fe. La población de la floridísima *Esperanza* se divide

de este modo: 2.500 suizos, gente de que hay gran abundancia en las colonias de América, como en cualquier punto donde existe emigración; 2.000 italianos, y 1.700 entre franceses, alemanes y argentinos.

Antes de entrar en el mercado, contemplé con gran contentamiento la notable elegancia de muchos edificios de la colonia. Como viese entre éstos un palacio pequeño, pero construído con extraordinario lujo, con hermoso y vastísimo jardín, lleno de aromosas y fragantes flores, pregunté quién era el bienhadado propietario de tan preciosa finca.

—El bienhadado propietario, se me contestó muy tristemente, no vive ya; ha poco tiempo se mató.

—¡Un suicidio! exclamé, lanzando otra mirada al lugar de delicias que delante de mí tenía; ¿y qué le obligó á llevar á cabo tan solemne gansada? ¿La miseria tal vez?

—Si no la miseria precisamente, me contestaron, el temor de llegar á ella; porque es fama que el señor Lehman, un hombre que había realizado en América negocios excelentes, había intentado en sus últimos tiempos algunos que no le salieron bien; aunque, á la verdad no tan desastrosamente como él, de primera im-

cía allí humilde
llas gentes.

Y menos p
brero de cor
man, nada
elegantes
nuestra
chándole

—¿U

Mi
Migue
la col
justa
inau

I
dic
m:
ce
e
t

que este sober-
otros bienes suyos,
una á los legítimos
dueño de aquel pa-
y que yo vivo!
nuevo mercado está muy
sencillez en el exterior, no
bella corrección de líneas; mucha
en la distribución interior, con suje-
a las modernas prescripciones de
baste decir que el fundador era un

El público asistente á la inauguración era, en
gente rica y en parte de clase traba-
este grupo intervino en la fiesta con sus
sus pendones y sus músicas, porque
mundo es pueblo, y toda sociedad que
tiene hoy, además de la bandera, su
correspondiente concierto.

Hago gracia á mis lectores de la solemnidad
inaugural, de los discursos pronunciados y has-
ta del banquete; prefiero presentarles un tipo
notabilísimo de esta reunión, D. Luis Castro-
nuovo, napolitano de nacimiento. Ejercía el
cargo de cura párroco de *La Esperanza* hacía
ya catorce años. Había sido, en otro tiempo,

n á bordo del *Caracciolo* á las órdenes dmirante Mantese, órdenes que desobedeen cierta ocasión, por lo cual tuvo que bandonar el servicio.

No le quedaba más refugio que América; díjome que se había encontrado con cuatro ó cinco duros por toda compañía, nada más; quiso primeramente ejercer su ministerio en Buenos Aires, pero le fué bastante mal; allí eran demasiados á decir misas; tuvo la feliz inspiración de probar fortuna en las colonias, y halló *La Esperanza*, donde como cura, como maestro y hasta como banquero, realizó muy buenos negocios espirituales y temporales. La misión del cura en una colonia floreciente nada tiene de desagradable, y bien puede decirlo don Luis Castronuovo, que de rebelde en la jerarquía de marino se convirtió en capitalista; ha colocado en los bancos de Italia un capital de bastante consideración. No quiero decir la cuantía de ese capital, temeroso de que el cura sea objeto de las asechanzas de alguna cuadrilla de ladrones.

Figúrense ustedes, para formar idea del cura de la colonia, un hombre de unos sesenta y cinco años, de pequeña estatura y de pocas carnes, pero con una cara bastante maliciosa para

denunciar, á cuantos le ven de cerca, al hombre que tiene trastienda. Observé que todos los comensales le trataban con suma deferencia, quizá no tanto por su condición de padre espiritual cuanto por sus ingeniosísimas ocurrencias, acaso un poco descaradas. Escuchábanlo con gusto y aun lo estimulaban para que dijera algo más gordo.

Entre uno y otro plato hablábase en la mesa del gran baile que, durante aquella misma noche, se verificaría en el Casino. A mi primo y á mí se nos obsequió con sendos billetes de convite. Ambos nos excusamos alegando la causa legítima de hallarnos sin otra ropa que nuestros empolvados trajes de viaje, que no eran ciertamente dignos de figurar en un salón de baile.

—Vengan ustedes, vengan ustedes y se divertirán, nos dijo el padre cura para vencer nuestra resistencia.

—¿Estará usted también allí? pregunté al clérigo.

—¡Vaya si estaré! Si no precisamente en el salón donde se baila y se pisan los callos á las personas paradas, en el que podríamos llamar de conferencias (ó de los pasos perdidos, como lo nombran los franceses y los masones), que son preferibles para nosotros los simples especta-

dores, cuando las damas, sudorosas, desfilan del brazo de los caballeros para ir á refrescar ó á cambiar algunas palabritas tiernas, si se ocurre. Vengan ustedes y se divertirán; yo se lo fío.

Advirtiendo después que yo me asombraba de hallar un cura tan mundano, á pesar de su edad avanzada, me dijo:

—Así debe ser, amigo mío; «donde estuvieres, haz como vieres»; si yo me las hubiese echado aquí de severo, como quería mi almirante, habríanme enviado á un cierto sitio que no es una colonia de *La Esperanza*. Por el contrario, aquí, como usted ve, todos me quieren, y casi sin percatarme, he acabado por ser rico, sin robar á nadie, por supuesto. Lo cual no empece, prosiguió diciéndome el cura—en tanto que, terminado el almuerzo, algunas señoritas se aproximaban á nosotros para oir si el padre cura decía algo picante—para que yo, aun sabiendo bromear en la mesa y en el baile, sea inexorable con las pecadoras reincidentes en el pecado é incorregibles; sí, señor, inexorable.

—¡Brrrl... gritaron aquellas lindas señoritas.

—¡Oh! seguramente, dijo el presbítero, mirando con dulzura á las chicas, sois todas un saco de pecados y, lo que más me irrita, de tentaciones para el pecado.

El banquete concluyó con grandes *vivas* para todo y para todos, muy particularmente para el doctor Tracco y para el reverendo Castronuovo.

Pasamos en seguida á las Casas Consistoriales, desde cuyos balcones presenciamos el formidable espectáculo de los fuegos artificiales. En Roma he asistido muchas veces á las funciones de esta clase, que se verifican en el castillo de Sant-Angelo; pero puedo asegurar que los fuegos artificiales de *La Esperanza* nada tienen que envidiar á los de Roma.

A continuación de la función de pólvora, vino la de las danzas, en la que el cura me hizo conocer á las bonitas y á las feas, para cada una de las cuales tuvo á mano una observación aguda, alguna palabra ingeniosa ó alguna anécdota interesante.

El atentísimo doctor Tracco logró detenerme otro día en *La Esperanza*...

La despedida de mi primo produjo en él, lo mismo que en mí, profunda y legítima emoción; pensaba yo que había encontrado allí, al cabo de diez años, á quien no volvería á ver sino después de otros tantos, y quizás nunca. He dicho nunca, no para hacer á ustedes llorar, no, sino presumiendo que cuando mi primo regrese á Italia, estaré yo probablemente en la China.

D. Carlos, sin embargo, para consolarme y consolarse á sí mismo, me dijo en el momento mismo en que la locomotora lanzaba el silbido último para anunciar su partida á Santa Fe, adonde los negocios le reclamaban inexorablemente:

—Hasta la vista; dentro de tres años, en Génova, para las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América.

CAPITULO XLV

De cacería.—Encuentro con una serpiente

Cuando llegué, en cumplimiento de mi promesa, á la preciosa casita del doctor Tracco, casa que tiene á modo de linda adehala, un huerto, que podía considerarse comoverdadero jardín botánico, el doctor, después de haberme presentado á su graciosísima esposa, y á otras, no menos simpáticas, representantes del bello sexo, me dijo que era menester apercibirse para una expedición venatoria.

Aunque recordé el fracaso de Buenos Aires, acepté la invitación, reflexionando que acompañando á tan encantadoras damas, acaso podría

yo tomar gusto, por primera vez, hasta al ejercicio de la caza. ¡Se modifican tantos gustos viajando por América!

Armados, pues, aunque sin municiones de boca, nos encaminamos á la cacería. Mi arma era un bastón, pues declaré previamente que no sabía manejar otra mejor. No podía yo renegar de mis principios sobre la destrucción de los pájaros: asistir resignado á su matanza, sí; comerlos, en tiempo y lugar oportunos, también; pero manchar mis manos con su sangre inocente, nunca.

Entre los hombres de la partida estaba el señor Marmo, el amigo inseparable y secretario del doctor Tracco. Dicho señor Marmo, observando mi bastón, me dijo:

—Tenga usted en cuenta que en estas regiones el bastón es arma más peligrosa que el fusil; los perros de las colonias son muy quisquillosos y no pueden tolerar los bastones, y á lo mejor se arrojan sobre ellos á bocados.

—Corriente, le dije; al primer perro que quiera habérselas con mi bastón, procuraré darle su merecido.

Caminábamos alegremente, atravesando las mismas tierras por donde habíamos pasado en tren el día anterior, hacia la desembocadura del

Río Salado, y en que se veían los tristes restos del puente destruído. Como es natural, debíamos permanecer en la zona menos invadida por las aguas; á lo que podría con exactitud denominarse las orillas del nuevo lago. Muchas veces nuestro paso hubo de poner en fuga al numeroso ganado lanar que por allí pacíficamente pas taba, y aun llamar la atención de la gran raza de seres curiosos que constituyen el ganado vacuno.

Por el frecuentísimo transitar de labradores y de campesinos á caballo, comprendí que el jinete es la cosa más común en aquellas regiones. ¡Lástima que el caballo argentino sea siempre feo!

Muy pronto comencé á dar muestras elocuentes de mi ignorancia venatoria. Como advirtiese yo que revoloteaban á muy poca altura y á nuestro alcance ciertos pajarracos parduzcos, dije:

—Si tengo ahora una escopeta, he ahí unos pájaros sobre los cuales no erraría el tiro.

—En lo que erraría usted sería en matarlos, me dijo uno de la comitiva, porque no sería provechoso matar estos *garanchos*, que viven de carne corrompida de los animales abandonados en los campos.

Experimenté una especie de náuseas solamente al pensar que, sin un buen guía, hubiera yo podido dar muerte á uno de esos pajarracos, que me habían parecido tordos... americanos, y haberlo puesto en mi cazuela. Callé, no obstante, para no decir más barbaridades, ó me limité á charlar con las señoras, que seguían como yo la caza sin tomar en ella parte activa.

El doctor Tracco había levantado una bandada de perdices, y él y sus compañeros hicieron en las aves verdadero estrago.

—La comida está asegurada, dijeron las señoras.

—Y la variedad en ella también, agregó el doctor, disparando un buen tiro á una paloma zorita.

Después, en un gran trecho, no se vió rastro de caza.

—Estas inundaciones, observaba un amigo del doctor, han causado también mucho daño á los cazadores.

—No nos alejemos demasiado, decían las señoras; recordemos la hora de comer.

—Hay tiempo, respondió el doctor.

Y á fuer de cazador impenitente, andaba en persecución de nuevas matanzas. De pronto se

detuvo, con su escopeta preparada. Había visto cierto movimiento en el prado.

—Allí, nos dijo, debemos de haber asustado á otra bandada de perdices; y con la carabina baja se adelantó hacia el punto indicado.

Al poco tiempo gritó con voz vibrante á sus compañeros:

—¡Prontas las escopetas: que no se muevan las señoras!

Yo, que me consideré comprendido entre las personas del bello sexo, fijé mi atención en el punto que el doctor tomaba tan ansiosamente como objetivo. Parecióme entonces que veía una especie de palo rígido á pocos pasos de él.

El doctor disparó un tiro, y el palo osciló; disparó un segundo tiro, y el palo, haciendo una contorsión extraña, se alargó, y por último vino á tierra.

—¡Una serpiente! gritaron todos.

Alguno sin embargo había gritado:

—¡Una víbora!

Entre serpiente y víbora hay mucha diferencia; entonces me convencí de esto. Supongan ustedes, sin embargo, que una robusta y hermosa víbora de la Cruz, de las cuales abundan mucho en la provincia de Santa Fe, quiere darse la importancia de una serpiente: nadie podrá

impedírselo. ¡Tenemos en la raza humana tantos conejos que adoptan actitudes de león! Pero el animal muerto por el doctor Trucco, porque de dos tiros lo despachó, era en realidad una hermosa serpiente, de la respetable longitud de algo así como más de tres metros; al oir aproximarse gente, se había detenido en alguna evolución, y una vez visto el adversario, habíasele presentado de frente, en mal hora para ella, levantándose hasta la mitad del cuerpo, con una rigidez que habría bastado para poner miedo al consabido granadero de la *vieja guardia*. Una vez caído al segundo disparo el reptil, para cuya defensa de nada sirvieron las muchas escamas de que tenía erizado el vientre, movióse todavía algunos instantes en nerviosas espirales, agitando con especial encarnizamiento la cola. El doctor y sus compañeros tomaron por blanco especial la cabeza, sobre la cual cayó una tempestad de golpes, pedradas, culatazos y aun bastonazos míos—pues hasta ese punto se despertó mi valor—y que sólo cesaron cuando el animal cesó de moverse.

A toda esta escena, lo mismo en sus preludios que en su terminación, las señoras asistieron con admirable sangre fría: en realidad, y

para desgracia nuestra, ¿tuvo acaso miedo de la serpiente nuestra primera madre?

Ya que estaba escrito que hubiese yo de correr esta aventura de la serpiente, doy gracias á los dioses porque, á lo menos, se trató de una hermosa serpiente. Podría, sin embargo, haberse encontrado algo mejor, porque precisamente en estas provincias de la República Argentina es donde se encuentra la *Boa constrictor* que (si bien no tiene las terribles y majestuosas proporciones de la *Boa* de Africa, ni puede competir con ella en sus dimensiones, que excede de cuatro metros y medio de longitud, por un diámetro máximo de ochenta centímetros) es siempre un hermoso animal.

La parte de la República Argentina donde las serpientes se hallan con más frecuencia son los bosques del Norte de la provincia de Santa Fe y el Chaco. Hay varias especies. Los salvajes habitantes de aquellos bosques las comen y las hallan agradables y apetitosas. Y ya que de salvajes hablo, sepan ustedes de una vez para todas, que en la República Argentina hay salvajes siempre.

En la provincia de Corrientes existe una raza en estado completamente primitivo y todavía no estudiada: así puede decirse al menos si se

considera que cuantos han intentado traspasar el lago funesto que separa á estos salvajísimos del resto de los mortales, no han vuelto nunca. Para esta parte de la provincia de Corrientes, Colón no ha existido.

En lo que respecta á víboras, y especialmente á víboras de la Cruz, me refirió el doctor Tracco que algunos días antes había sido llamado con gran solicitud para curar, á pocas millas de *La Esperanza*, á una infeliz muchacha que había sido mordida por una. La curación era ya imposible, y la pobrecilla murió en medio de los más terribles espasmos y de los dolores más crueles.

Otro animal temible, si bien muy pequeño, había asolado poco tiempo antes aquella provincia: cierta especie de moscas que, naciendo á millones de la podredumbre de la paja, después de lluvias torrenciales, se habían dado á mortificar á los caballos de tal manera, que produjeron en ellos terrible mortandad. ¿Se figuran ustedes un mosquito matando á un caballo? Pues nada; fué aquello un verdadero exterminio.

Y ahora que de moscas se habla, no quiero olvidar que en el año próximo pasado hubo cierto día en Buenos Aires tal invasión de mosquitos,

que por la noche, en las tiendas ó donde la luz hubo atraído á esos molestos animalitos, habían cubierto los tales, pero cubierto literalmente, como suena, los mostradores, el pavimento, los géneros puestos á la venta, y entre ellos más especialmente, los artículos de comer. En las calles la luz de gas había cesado de hacer servicio, porque sobre los cristales de los faroles habíase formado una espesa capa de estos mosquitos. Los animalillos domésticos tenían de esos dípteros en las manos, en los ojos, en la boca, en todas partes. Afortunadamente esta *mosquitería* tuvo muy corta duración.

Mas vuelvo á los reptiles y á los insectos de Santa Fe. En el río Salado y en río Santa Fe abundan de un modo extraordinario las tortugas que, por término medio, tienen treinta y cinco centímetros.

Pero este melancólico animal parece que allí es muy desconocido, así en sus méritos ocultos como en los exteriores, porque nadie, ó casi nadie, piensa en comerlo, y lo que es todavía peor, no utiliza nadie la concha para la fabricación de mil objetos de uso doméstico que en nuestro país nos han enseñado á estimarla. He aquí un manantial de posibles recursos digno de estudiarse, sobre todo en esta época de crisis

en la que tantas otras fuentes de riqueza se agotan. Todos los honores que se han dispensado á estos utilísimos quelonios se reducen á nombrar *Arroyo de las Tortugas* á un riachuelo que separa parte de la provincia de Santa Fe de la de Córdoba.

Con respecto á reptiles ya puede asegurarse con certeza que el Norte de la provincia de Santa Fe los tiene de todas clases. Es muy común allí el caimán, especie de cocodrilo, algo más pequeño que el de Africa, pues nunca pasa, en su longitud, de tres metros; no tiene tampoco aquellos instintos feroces que caracterizan al cocodrilo del Continente Negro.

De estos caimanes y otras especies afines, se encuentran muchos en las inmediaciones de Rosario; pero se asegura que son inofensivos.

Arañas y telas de araña las hay á montones: se esudia además, especialmente en Santa Fe, la singularidad de una araña, la cual teje una tela que presenta algunas propiedades de la seda y tiene una consistencia relativa. Ya se piensa en utilizar para la industria esa tela de araña.

Existe en la misma provincia una clase de luciérnaga de una fosforescencia muy brillante. Pero lo que resulta más singular es que esas

propiedades lumínicas se conservan mucho tiempo después de muerto el insecto. He visto en Santa Fe, conservada en un recipiente de cristal, una luciérnaga que mandaba, aunque según me dijeron había muerto mucho tiempo antes, fosforescencia bastante para que pudieran ser reconocidos todos los objetos, solamente á beneficio de aquella luz, en cualquier habitación donde ninguna otra hubiese.

¿Si alguno, dije para mí, me habrá jugado la broma de mostrarme linternas por luciérnagas?

En cuanto á las aves, además de las que el doctor Tracco mató en presencia mía, hay, en gran número, jilgueros hermosos y de varios colores, lo mismo que los nuestros; no escasean los cardenalillos, ni los pavos reales; abundan loros y cotorras. Las gallináceas se propagan en prodigiosas cantidades: en las *granjas* la producción de huevos asombra. A pesar de esto, en toda la República Argentina cuesta un dineral comprar un huevo durante el invierno.

Antes de poner punto á esta especie de estadística... animal, debo apuntar una nota extraña y dolorosa; es á saber: que así como en la época de mi visita se deploraban tan vivamente los efectos de las lluvias y de las inundaciones consiguientes, en el año anterior las sequías ha-

bían hecho perecer más de 60.000 cabezas de ganado.

Después de mi disertación zoológica, echo de ver que he dejado á mis amabilísimos compañeros en medio del camino. Volvimos alegremente á *La Esperanza;* la serpiente quedó en el sitio mismo en que había sido muerta, y no sé, ni me importa, si el doctor se tomó después la molestia de retirarla.

Con aquel doctor queridísimo tuvimos todavía, antes de comer, tiempo bastante para visitar la Escuela italiana; encontré allí un local muy decente, muchos niños y... ¿á qué no adivinan ustedes á quién más?—Al señor Castronuovo, nuestro amable cura, que sustituía gratuitamente al maestro pagado por la colonia italiana; maestro que en aquellos días estaba enfermo.

Desde la escuela regresamos á casa del doctor para pasar alegremente algunas otras horas de este segundo día de permanencia en *La Esperanza*, hasta que tomé el tren que había de conducirme á otras colonias, menos bellas, es verdad, pero... más colonias, en el sentido agrícola de la palabra.

CAPÍTULO XLVI

De colonia en colonia.—Las concesiones del Gobierno.—Los pactos coloniales.—La colonia Aurelia.—La Rafaela.—La Angélica.—Caza del avestruz.

Lo he dicho ya para la línea entre Buenos Aires y Rosario, y vuelvo á decirlo ahora que viajo en el corazón mismo de las colonias: nada menos monótono que viajar en estos trenes, en los que hay siempre un movimiento y una animación extraordinarios, tanto de labradores cuanto de industriales que explotan las labores del campo, ya como propietarios, ya como negociantes.

Mezclábame yo y me metía, cuanto me era posible, entre aquellas personas para adquirir noticias y datos.

De todas maneras, es muy digno de tenerse en cuenta que los ferrocarriles de las colonias son siempre, y con toda seguridad, productivos. La primera línea férrea desde Santa Fe á *La Esperanza* fué inaugurada en los comienzos del año de 1885, y en el transcurso de aquel año mismo se construían más de 941 kilómetros de

ferrocarril para todas las demás colonias. No tardarán esas líneas en dar tales productos, que muy en breve bastarán, no sólo á cubrir los gastos de construcción, sino á pagar los intereses y la amortización de los capitales empleados. Aquí es oportuno manifestar que el florecimiento de estas colonias—de cuyos grandes negocios son claro reflejo las ganancias evidentes de las empresas ferrocarrileras—es tal, que la estadística de los tiempos normales da, para la provincia de Santa Fe, un producto anual de millón y medio de hectolitros de trigo, además de otros productos abundantísimos de avena, cebada, lino, legumbres, cacao, pastos, etc.

Hoy exceden de ciento las colonias fundadas en la provincia de Santa Fe; en todas ellas predomina notablemente el elemento italiano. Los mismos nombres que llevan muchas de estas colonias atestiguan la procedencia italiana de los que las fundaron y contribuyeron á su prosperidad y desarrollo. Basta visitar las colonias nombradas: *La Nueva Italia*, *La Bella Italia*, *Garibaldi*, *Cavour*, *Víctor Manuel*, *Humberto I*, *Reina Margarita*, *Turín*, *Vercello*.

Cuando se habla de la grandeza excepcional de las colonias de Santa Fe, no se crea que está concentrada en ellas toda la importancia

colonial de la República; pues si bien es cierto que la provincia de Santa Fe ha precedido á todas las demas en la fundación de colonias, y por lo tanto puede jactarse de tenerlas más ricas y más florecientes, se han establecido también algunas importantísimas en la fértil provincia de Entre-Ríos, en que existen nada menos que veinticuatro, de las cuales pueden considerarse como las de más importancia: *Villa Libertad*, *Federación* y *Diamante*, que tienen muchos labradores italianos. También en la provincia de Córdoba existen colonias importantes, entre las que son de fundación muy reciente *Sampacho* y *Caroja*, habitadas casi exclusivamente por colonos venecianos y tiroleses; otras colonias muy notables tiene el Chaco, y las principales se nombran: *Reconquista*, *Resistencia*, *Hermosa*, *Florencia* y *Aquino*. En todas ellas predomina casi siempre el elemento italiano.

También en la Pampa y en la Patagonia van extendiéndose la especulación y la actividad coloniales en terrenos donde, pocos años ha, solamente existían salvajes en estado primitivo.

Lo pactado para el emigrante, que constituye las bases fundamentales de la propaganda colonial, es:

1.º Derecho al desembarque del que inmigra y de los objetos de su propiedad desde el vapor en que ha llegado.

2.º Habitación y alimento en el *Asilo de los inmigrantes*, por espacio de cinco días, á expensas del Estado.

3.º Viaje gratuito del inmigrante desde el punto en que ha desembarcado al sitio de la República en que prefiera establecerse.

Otros pactos especiales tiene establecidos el Gobierno para aumentar, además del número de los inmigrantes, el de los ciudadanos argentinos. Estas condiciones especiales se refieren á las familias extranjeras compuestas, cuando menos, de cinco personas, y que tienen, además del cabeza de familia, un hijo varon de más de quince años. A la familia que se hallaba en esas circunstancias, concedía el Gobierno argentino el derecho á buscar y á ocupar gratuitamente cien hectáreas de terreno destinado á colonia, con las condiciones siguientes:

1.ª Acreditar—y esto era lo esencial para el Gobierno—que tanto el cabeza de familia, cuanto los varones de la misma, habían adquirido la ciudadanía argentina, ó prometían adquirirla en el término de un año.

2.ª Establecerse y residir en el terreno es-

cogido, después de transcurridos tres meses desde la concesión.

3.ª Comenzar las tareas rurales un mes después de su residencia en el punto designado.

4.ª Cultivar sin interrupción durante ocho años el terreno concedido.

Mientras los inmigrantes de otras comarcas europeas, muy especialmente los del Norte (que, como es sabido, por una idea equivocada de aquel Gobierno hallaban en estos últimos años estímulo especialísimo y grandes facilidades para emigrar á la República Argentina) aceptaban con mucho gusto estas condiciones con la condición correspondiente de renunciar á la nacionalidad propia, el italiano se resistía siempre, aunque se procuraba seducirle con esas cesiones gratuitas de tierra, á renunciar á su patria. Cuantos italianos he hallado en las colonias de la República Argentina—y téngase en cuenta que he hallado muchos—no veían nunca demasiado cercana la hora de haber realizado una fortuna, por insignificante que fuese, para restituirse á su patria. El pensamiento de la patria permanece siempre vivo en nuestros paisanos, y no han sido necesarias ciertamente ni la instrucción obligatoria, ni los principios de la Retórica para inculcar este sentimiento pa-

triótico, del cual hasta nuestros más rústicos aldeanos podrían poner cátedra. No fueron probablemente hombres doctos los que discurrieron dar á tantas y tantas colonias nombres que recordasen la patria.

Voy ahora á las relaciones entre propietarios y colonos. El amo provee al colono de todos los aperos y utensilios de labranza y del ganado indispensable. A fin de cada año, amos y colonos se dividen por mitad las cosechas. Denomínase *chacra* (voz de origen indio) la cabaña en que el colono guarda sus instrumentos de labor; nómbrase *rancho* la casa habitación del colono; *potrero* es el sitio en que se hallan encerrados los animales. Un tipo que se encuentra muy frecuentemente en las colonias y en ferrocarril, es el conocido con el nombre de *acopiador*, que viaja para comprar cereales por cuenta de las grandes casas exportadoras. Es algo parecido á nuestros comisionistas europeos.

La primera colonia que visité después de *La Esperanza*, fué la de Rumboldt, á la cual se llega al cabo de media hora de viaje. Comencé á comprender en aquellas casas rústicas, algunas de ellas con cubierta de paja y todas de un solo piso, y no solamente por esto, sino por las personas atareadísimas que en los alrededores

vi, lo que puede ser una verdadera colonia. Pero justamente, y acaso por su proximidad á la colonia madre, hállase adornada por una hermosa casa de campo, que entre tantas casuchas, viene á ser como una especie de cabeza de comarca

Llegué luego al *Pilar*, donde se continúa por la línea de Córdoba, que estaba entre mis proyectos de visita, ó bien hay que desviarse para visitar otras colonias importantes. Preferí la desviación y visité, aunque solamente de paso, la colonia *Aurelia*, y después la simpática *Rafaela.*

Encontré allí gran animación de colonos; dirigí, por desgracia inútilmente, miradas lánguidas de carnero degollado á varias lindas y avispadas labradorcitas, que hallé en los campos; oí muchas voces de dialecto poco simpático para mí, y, por último, traté de informarme del sitio adonde era necesario dirigirse para comer y dormir. Indicáronme una casita algo aislada, como lo son muchas otras por aquellos lugares, y me dijeron que no siendo yo muy exigente, hallaría allí lo necesario para comer bien y dormir no mal. A ella me aproximé, y una vez que hube penetrado, vi á un hombrecillo que estaba remendando unos zapatos: era el fondista.

—Ante todo, dije, ¿qué podrá estar preparado más pronto en la cocina?

—De pronto, me contestó el huésped, no hay preparado más que *puchero*... Si usted quiere una chuleta de vaca, se la pondré inmediatamente á la lumbre.

Mientras me dedicaba yo á consumir aquel poco de *puchero*, llegó á la casa—que no sé si resolverme á llamar fonda—algún consumidor; poco á poco se formó un núcleo de una docena de colonos, que iban allí para echar unas copas antes de entregarse al merecido descanso. Por supuesto, que los doce hablaban por veinticuatro, y que la conversación cayó en seguida sobre asuntos desagradables: los negocios, que iban muy mal y, sobre todo, el agio sobre el oro, que por aquellos días había llegado al setenta en Buenos Aires, y que en las provincias sufría, como es natural, mayor pérdida. Este gravamen del agio importaba muchísimo á los colonos por la consabida historia: obligados, cuál más, cuál menos, á enviar dinero de sus propios ahorros á sus familias de Italia, irritábanse viendo cuánto perdían de sus pobres ganancias, con tanto sudor y con tan terrible trabajo adquiridas.

—Si esto sigue adelante y creciendo así, ¿dónde concluiremos? se preguntaban los labradores.

Si yo hubiese intentado decir que aquello acabaría por llegar hasta el trescientos, probablemente me hubieran destrozado.

—Y esos señores de *La Esperanza*, dijo entrando uno de la comitiva, se propinaron ayer un gran día: fiestas, fuegos, baile, banquete...

—¡Bah! Hacen muy bien en divertirse, murmuró otro. Todos ellos son señores, y se curan poco, ó no se curan nada, de estas miserias.

A buena cuenta, este residuo de la fiesta de *La Esperanza* habría celebrado irse á la cama, á fin de encontrarse más ágil y más dispuesto para la vigilia del día siguiente; pero los ruidosos consumidores, que habían aumentado en número, no parecían dispuestos á marcharse tan pronto. Pregunté á la criada dónde estaba la cama que se me había señalado.

—Voy á prepararlo todo, me contestó.

Poco después tornó con un aparato de luz digno de la Edad de Piedra, y me invitó á pasar á los alojamientos, que consistían en una estancia antigua, en la cual estaban dispuestas, en bastante desorden, buen número de camas.

En aquella estancia habríase podido cantar, como el duque de Mantua en *Rigoletto:*

Si dorme all' aria aperta

(se duerme al aire libre); tantos eran los cristales rotos. Había yo temido que las voces de los parroquianos no me dejasen dormir; pues bien, sucedió todo lo contrario; aquellas charlas alborotadas me hicieron conciliar un sueño de tal modo profundo, que durante la noche ni aun advertí la presencia de cuatro compañeros de habitación, á quienes vi, á la mañana siguiente, ocupando las camas próximas á la mía.

Levántome lo más precipitadamente que puedo, y voy en seguida á recrearme con el aspecto matinal de *La Rafaela*, de sus extensos campos, de su linda parroquia, de sus casitas de colonos y de las notables propiedades en que se encerraban tan numerosos ganados. Parecióme muy característico aquel frecuente partir, en tan temprana hora, de colonos, jinetes en sus propios caballos y que iban á trabajar á los campos contiguos.

Aproximándose la hora en que había de pasar el tren que debía volverme á la línea del Pilar, me dirigí á mi fondista remendón, y después de pagar una cuenta modesta, salí, no sin haber recibido los buenos días de la criada, bastante vieja, que me dijo con voz cariñosa:

—Seguramente, usted va á comerciar en caballerías.

Lo cual dijo mirándome de arriba abajo, como á un hombre, cuya cualidad y circunstancias se adivinan fácilmente.

Tomé billete para la colonia *Aurelia*, considerando que allí encontraría algo con que pudiese poner término al ayuno del día. La colonia *Aurelia* dista unos veinticinco minutos de *La Rafaela* y precede en una estación á la del regreso á Pilar. También hallé aquí los grupos campestres de todas partes; grupos que, sin embargo, pareciéronme bastante más alegres que los de *La Rafaela*, acaso también porque los vi muy de madrugada, lo cual resulta siempre más alegre que al caer el día. En esta colonia, lo mismo que en las otras, el asunto de casi todas las conversaciones era el agio del oro. Tal vez estos colonos de la provincia de Santa Fe leían más claramente en este termómetro que las gentes de las ciudades, las cuales llegaron hasta el extremo de forjarse la ilusión de que aquello no era verdadero síntoma de crisis, sino una simple jugada bursátil, para combinaciones de la política. Justamente lo que había expuesto en su Mensaje el señor presidente de la República.

Entre los habitantes de la colonia *Aurelia* hallé mezclado lo exclusivamente rural con lo

agradablemente burgués; y á más, algunas personas con sus ínfulas de elegantes... como si fuesen residuos de la colonia *La Esperanza*. También hallé en ésta los campos corrompidos por las aguas y muchas casas casi derruídas. Me desayuné en el sitio más poético que pueda imaginarse. Vi próxima á una casita una linda cabaña, y contiguo á ella un emparradito precioso. Una mujer servía algunas copas de vino á cierto consumidor sentado delante de un veladorcito. Entro á mi vez, ocupo otro asiento próximo á una mesita; se me presenta inmediatamente la mujer, que por añadidura era joven y bonita. Pregunté qué podría servirme más pronto, y la joven contestó:

—No hay más que fiambres.

Comí lo que en el convento daban; pero ya fuese porque el largo ayuno me había dado buen apetito, ó porque me lo diesen los aires de la *Aurelia*, mi servidora me parecía cada vez más guapa. Presumí que el parroquiano de la otra mesa participaba de mi opinión, porque, sin andarse en preámbulos, y en un momento, la abrazó con toda su alma. Finjo que nada veo, como si mi atención toda se concentrase en el alón de gallina vieja que me habían servido; pero cuando el otro se hubo marchado y llegó

para mí el instante de pagar la cuenta, no quise despedirme á lo seminarista.

Me alejé con pena y suspirando de aquella cabaña y de aquella mujer; y como la espera al tren de Pilar habría sido enojosa, me acomodé como pude en un carro que conducía sacos de trigo al mismo ferrocarril y que iba tirado por cuatro caballos en reata, según es costumbre para tales vehículos. El carretero, que era un indígena de pura raza, nada supo decirme de nuevo en todo el camino sino que los negocios no andaban bien, como en los años anteriores. Para hablar de otra cosa algo más nueva, le pregunté adónde iría con su carro desde el Pilar. Respondióme que, una vez de vacío, se dirigiría á otra línea para cargar de nuevo en la colonia *Angélica*.

Este nombre me sedujo en seguida. Mi carretero era hombre bastante fastidioso; pero, al fin y á la postre, lo era en una lengua distinta de la mía. En el Pilar le di tiempo para que descargase el carro; le pagué en una fonda un par de copas de aquel fementido vino, y después volvime á ponerme en camino en dirección á *Angélica*, no sin haberme yo colocado con más comodidad que antes, pues en lugar de ir encaramado sobre los sacos, me senté en una banqueta.

Estaba escrito, sin embargo, que no llegase yo tan pronto con aquel hombre hasta *Angélica*.

Por toda aquella serie de terrenos que íbamos atravesando, ya relativamente en seco, ya con las ruedas sumergidas en agua hasta los cubos, atrajo mi atención una cosa verdaderamente extraordinaria. Yo me había acostumbrado, en mi viaje por los ferrocarriles de *La Plata*, y más especialmente en la línea del Rosario, al espectáculo de ciertos rebaños de avestruces encerrados en rediles de alambres, anejos á una *estación;* espectáculo que alterna con el de prados inmensos, destinados unos al ganado vacuno, otros al lanar, y así sucesivamente.

En esta ocasión, en vez de hallar en sus rediles á los avestruces entretenidos en mirarse unos á otros ó en saltar, por vía de esparcimiento, los vi que huían, como suele decirse, á la desbandada y vi había algún hombre á caballo que perseguía al galope á los avestruces.

—¿Qué viene á ser esto? pregunté á mi auriga.

—¿Pues no lo está usted viendo? me dijo él: es una caza de avestruces.

Entonces el del carro me explicó mejor: cómo era costumbre organizar compañías para la caza del avestruz, al cual se nombra por

allí «el rey de la Pampa.» Tratábase á la sazón de esa caza de avestruz que aquella compañía de unos cincuenta hombres van á darle en algunos puntos de la provincia que son los más indicados para el hallazgo de estos animales. Alguna vez se trata de verdaderas y formidables cacerías, que tienen á los cazadores, durante mucho tiempo, fuera de sus casas.

—Entonces, siendo una caza de avestruz ésta en que me encuentro, dije á mi cochero, me despido de usted, le pago, y hasta que nos veamos en otra ocasión. Proseguiré andando mi viaje hasta *Angélica*.

Mi justificada curiosidad impresionó al carretero, que resolvió asistir también como espectador á la cacería, aunque á la verdad el espectáculo nada tenía para él de nuevo.

—En ese caso, le dije, tanto mejor y nada de despedirnos; y le prometí otra copa.

El avestruz es, en resumidas cuentas, el bípedo que tiene mayor analogía con el hombre. Posee alas, pero son casi de juguete; aquel trozo de ala, bastante ridículo, no le servirá nunca para volar; empléala, por el contrario, para orientar su propia carrera; algo así como el hombre, que al andar mueve los brazos.

Contemplé entonces cómo se lanzaban á co-

Estaba [illegible] aquellos pobres avestruyo tan pr[illegible] unas cuarenta personas, á
Por t[illegible] otras y provistas éstas y
mos a[illegible] cuerdas en cuyos extremos iban su-
con l[illegible] plomo forradas de cuero, según
cub[illegible] explicarme mi excelente y ya no mo-
me[illegible] automedonte.
do[illegible]
y[illegible] La carrera de aquellos bípedos era tal, que el
e[illegible] caballo sudaba mucho para seguirles, aunque
contaba para esa faena con cuatro patas. El
avestruz será todo lo avestruz que ustedes quieran, pero tiene astucia para dar y tomar; era necesario ver con qué destreza lograba cambiar bruscamente la dirección de su carrera cuando caballo y jinete le iban á los alcances.

Pero el jinete, á fuer de cazador experto, está apercibido siempre á sacar partido de estas desviaciones imprevistas y maliciosas, arrojando el extremo de la cuerda, con la pesada bala de plomo, á las piernas del avestruz. El pobre bípedo, atolondrado por el dolor y por la sorpresa, queda atado por las patas, y está cogido.

Aunque aquella caza tenía algo de bárbaro, porque el desdichado bípedo de las alas inutiles, al tropezar de tan mala manera con la cuerda que con vigoroso impulso le arrojan, queda estropeado, resulta entretenida por sus extrañas

volucióne; por la habilidad que muestra así el perseguidor con el perseguido; por lo nuevo de ver con frecuencia, durante carreras muy prolongadas, al animal fugitivo que logra escaparse á los certeros tiros del cazador y burlar sus propósitos, y aun tomar tal vez á cosa de juego aquella persecución, volviéndose en algunos momentos, á bastante distancia, como para escarnecer al que le persigue.

Desde el punto de vista caballeresco (esto es, el que mic arretero y yo adoptábamos), era siempre algo ruin y poco honrado que se conjurasen tantos contra uno solo, porque mientras uno ó dos cazadores perseguían al pobre avestruz, otro estaba preparado para cortarle la habil retirada, y otro, en fin, dispuesto á lanzarle el lazo arrojadizo.

Como saben perfectamente mis elegantes lectores, el principal valor del avestruz consiste en su pluma, más solicitada, mucho más solicitada que la pluma del ganso, aunque ésta pueda darnos por fruto el manuscrito de un grande hombre; porque la del avestruz puede ornar magníficamente el sombrero de una reina ó de una emperatriz... ó acaso de algo menos, ó más. La carne resulta dura para ser comida, aun cociéndola mucho; ni ustedes la comerían,

ni sus criados tampoco. Pero el buche del avestruz, de ese animal que pone huevos cuyo volumen es como diez ó doce veces al de un huevo de gallina, es un buche que nada tiene de despreciable. Cuando se dice estómago de avestruz, está dicho todo; el avestruz ve en su camino una piedrecilla que reluce, un botón y hasta un trozo de anteojos de mi profesor de paleografía, siempre que sea algo que resplandezca, y todo se lo engulle y lo envía al buche con indecible desenvoltura, y sin padecer por ello ningún trastorno intestinal.

Los charlatanes, los curanderos, diéronse á pensar, antes que nadie, que un estómago así organizado, debía de tener propiedades preciosas para la medicina y aplicables especialmente á las indigestiónes ó para facilitar á ustedes ó á mí la función de los órganos digestivos. La ciencia, *la ciencia alta*, miró al principio con soberano desprecio estos hallazgos empíricos, como ella los nombraba, y se rió de ellos. Después, andando el tiempo, pensó en la cosa, y acabó por convencerse de que algo tenía de bueno para el progreso de la ciencia médica, y creó, ó mejor dicho, elaboró la *pepsina*, este agente digestivo de la ciencia moderna. Por fin nos hemos entendido: cuando ustedes padecen

de indigestión, el médico no tiene inconveniente en introducir en el estómago de su enfermo un poco de estómago de avestruz.

He aquí dos fuentes de importantes recursos comerciales para la República Argentina, en que tanto abundan los avestruces: las plumas... y todo lo demás; á excepción de las zancas, que, aun siendo muy vigorosas como lo son efectivamente, no sirven, que yo sepa, para nada.

En estos últimos tiempos prevaleció en la América del Sur el propósito de domesticar y amaestrar al avestruz, porque este animal, en el que se realizó siempre horrible exterminio, por el ya indicado procedimiento de caza, es muy domesticable; casi casi un ave de corral, como tantas otras; por más que, solamente viendo un huevo suyo, podría calcularse que le ha puesto un animal incapaz de darse nunca á partido.

Pongo término á mis divagaciones acerca de esta caza, diciendo á ustedes que mi carretero acabó por dejarme en la colonia *Angélica* y que nos separamos como dos amigos excelentes.

El nombre de Angélica es eminentemente tentador; observé, no obstante, que *Angélica*

no parecía prima, ni aun en tercer grado, de la *Esperanza,* si bien era, en el fondo, más colonia que la otra.

Después de mirar aquellas casuchas diseminadas y algún edificio con sus ínfulas de principalidad,—lo cual no ha de ocurrirme ya en las sucesivas estaciones, donde dominará exclusivamente el elemento campesino—me determiné á tomar el billete para Córdoba. ¡Pobre de mí! Habíame forjado la ilusión de evitar con esta medida todo retraso en mi viaje á la ciudad natal del Presidente en activo servicio. En los ferrocarriles del otro hemisferio los incidentes extraños sobrevienen cuando menos se han merecido.

Alguien hubo de advertirme que, llegando por la noche á la estación de San Francisco, debía yo apearme para pernoctar allí. Desde la *Angélica* en adelante disminuía mucho la animación de los trenes; y yo, que contaba con echar un sueñecillo, logré, por benignidad aparente de mis hados, penetrar en un vagón en que me hallaba completamente solo.

En aquella línea iba impresionándome cada vez más un hecho observado, aunque muy en pequeño, en las colonias; me refiero á los montones de sacos de trigo expuestos en largos y

aun larguísimos trechos del camino. En muchas de aquellas mercancías, puestas sin cuidado alguno allí, sin una siquiera de aquellas espaciosas barracas ó cobertizos protegidos por planchas de zinc, que se hallan muy á menudo en la línea del Rosario, veíanse ya indicios de que empezaba á perderse. ¿Y cómo había de suceder otra cosa? El perjudicial amontonamiento de aquellos géneros era consecuencia del estado de los ferrocarriles, de las interrupciones ocasionadas por las lluvias, de las roturas de puentes y de todas las innumerables desgracias que se habían acumulado durante el año sobre la provincia, por no decir sobre toda la República Argentina.

Mientras solamente se trata de viajeros, los inconvenientes de la interrupción pueden obviarse por medio del trasbordo; ¡ay! ¡todavía me acuerdo de aquel trayecto recorrido en barca, cuando me trasladé desde Santa Fe á la *Esperanza!* Pero para trasbordar mercancías, sobre todo cuando se trata de millares de fardos con géneros, es preciso pensarlo mucho.

He ahí, pues, aquellas desdichadas mercancías, expuestas allá, en trechos de algunos kilómetros, á la lluvia, al sol y á los ataques de mil y mil animalitos, inclusive culebras y víbo-

ras, de que la provincia de Santa Fe es tan prolífica. Este espectáculo de daños por una parte y de desolación por aquellos campos, que aquí se me presentaban cada vez más inundados y más destruídos, me impresionaba sobremanera, mucho más en mi condición de solitario, pues estas líneas de las colonias habían dejado ya de presentar aquel aspecto alegre, aquella animación de las conversaciónes entre los pasajeros, que si á las veces molesta y aun perturba, allí para quien viajaba con el propósito de estudiar los lugares y las situaciones, podía siempre valer algo.

Después de otras paradas, y cuando era ya completamente de noche, llegó la vez á la estación Josefina. No era ésta la que me habían indicado para apearme, y por consiguiente permanecí muy tranquilo en el vagón, decidido, para el caso de que San Francisco se hiciese esperar mucho, á echarme en brazos del consabido Morfeo, ya que en aquel vagón no había otros brazos disponibles. Si he de hablar con verdad, hubo un momento en que comenzó á parecerme que la parada se prolongaba demasiado; pero todo se puede esperar en los ferrocarriles argentinos... lo mismo que en los otros. Recordé que en una de las estaciones había yo

comprado un número de *La Capital*, periódico de Rosario, y me entregué á su lectura. Había leído ya un artículo de fondo acerca del bimetalismo; había tragado una revista comercial; ojeado un trabajo literario; admirado, por añadidura, el efecto de un trozo del *Oceano* de Edmundo de Amicis, vestido con hermosas galas castellanas, y ya me disponía á ver las cuentas de ciertos gastos efectuados para el puerto de Rosario, cuando entró en el vagón, con una linterna, un empleado que me preguntó bruscamente qué hacía yo allí.

—¡Me gusta! le dije. Espero á que el tren continúe su marcha hasta San Francisco.

—Entonces, contestó el otro impertérrito, tendrá usted que esperar hasta mañana.

—¿Pues cómo? pregunté alarmado. ¿No se pernocta en San Francisco?

—Nada de eso, me contestó el modestísimo empleado ferrocarrilero; este tren queda aquí.

—¿Y los otros?

—¿Qué otros?

—Los demás viajeros que venían en el tren.

—¡Toma! Esos, si quisieron ir á San Francisco, allá se fueron.

—Pero ¿cómo?

—En los carruajes.

—Pero, ¡por Dios! ¿Qué carruajes?

—Los que estaban aquí esperando la llegada del tren.

—Ya... ¿usted quiere decir coches del camino de hierro?

—No, señor; coches tirados por caballos.

—Pero, hombre, si en la estación de Angélica me habían dicho que la parada de la noche se verificaría en San Francisco.

—Está interrumpida la vía, y por eso no se ha podido seguir adelante.

—¿Y no podían ustedes haberme avisado de eso, cuando el tren se detuvo?

—¿Y quién sabía que usted estaba aquí?

—Lo sabía yo... Corriente; pernoctaré aquí, y saldré mañana por la mañana.

—Pero ¿para dónde?

—Para San Francisco.

—Será un tren de mercancías y morirá en aquel punto.

—¿Sin continuar más adelante?

—Sin continuar.

—¿Y el tren de Córdoba?

—Ese habrá ya salido á las seis.

—¿Y yo?

—Usted permanecerá en San Francisco.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta pasados un par de días; porque trenes para Córdoba los hay un día sí y otro no... cuando los hay.

Al oir esto perdí la paciencia y grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¿Pero qué modos y qué usos son éstos?

Es allí costumbre seguida por los indígenas dejar que las gentes se desahoguen á su gusto cuando echan de ver que están un poco irritadas; esto hizo aquella molécula de la administración ferrocarrilera de una vía que se halla en manos de los franceses.

No me quedaba otro recurso que salir del vagón. Otra sorpresa: llovía... sobre mojado; todo en rededor yacía en la oscuridad más completa. Vi una sombra más pequeña que la del empleado con quien había yo discutido; pregunté si había algún sitio en que poder alojarme, y me respondieron:

—En San Francisco, sí...

—¡Vaya una gracia!... ¡Pero si á San Francisco no puedo ir!

La sombra me indicó entonces un punto luminoso en el espacio, y me advirtió que podía tener allí alojamiento... si lo encontraba.

—¿Es una posada?

—Es un poco de todo.

Aquella promesa excesivamente vaga no me satisfizo por completo; torné á meterme en el vagón, y dije dirigiéndome á los dos asientos:

—Dormiré aquí.

Dispóngome á la ejecución de mi decreto, cuando sobreviene otro empleado del ferrocarril, portador de varios almohadones, y notando que le miro, con el descaro y el aplomo de quien está en su propia casa, díceme que allí no me será lícito dormir, porque durante aquella noche estaba aquello reservado para él, como guarda del tren.

No me quedaba otro remedio que apearme; eché de ver que el tren había disminuído mucho, y pregunté al que me había condenado al ostracismo, qué había pasado á los otros vagones: habían vuelto al Pilar con una locomotora pequeña. Hasta esto me pareció nuevo. El otro, luego que hubo oído mi caso, tuvo la bondad de añadir que mi billete hasta Córdoba ya no servía porque no podría hallarme dispuesto al amanecer del día siguiente para tomar el tren de continuación.

—¿Perdido mi billete para Córdoba?... ¡Ya lo veremos!

Con esta idea me encaminé hacia la lucecilla abandonada en el espacio. No subí precisamen-

te al Calvario en aquella noche; pero ruego á ustedes con mucho encarecimiento que no olviden cómo en cada una de mis evoluciones me acompañaban constantemente mi paraguas famoso y mi maleta. En cuanto al paraguas, menos mal, le abrí; la otra fuí arrastrándola conmigo hasta el punto de donde salía la lucecilla. Era justamente una casucha de gente pobrísima aquella á la que llegué: ¡vean ustedes de dónde proceden, alguna vez, las luces! Penetré en una estancia bastante sucia, pero muy espaciosa y muy ventilada, porque el aire podía entrar allí hasta por las hendeduras de las paredes, más deslucidas que un zapato viejo.

En rededor de una mesa un poco mayor que las otras, bebían y jugaban á las cartas varios tipos del país y algunos franceses empleados en el ferrocarril. En otra mesa estaba completamente solo un sujeto de edad casi igual á la mía (que no sabrán ustedes nunca) y que de pronto me pareció un italiano, aunque en aquel momento permanecía silencioso, mientras los otros hablaban demasiado. Adelantóse hacia mí un hombrecillo, bastante destrozado, que en buen italiano me preguntó lo que yo quería.

—Alojarme aquí por esta noche, le contesté.

—¿Y cenar no? preguntó el otro.

—Cenar también, si usted lo permite. Diga usted, añadí de pronto, ¿esto es posada, ó estoy equivocado?

—Tiene de todo un poco.

Precisamente lo mismo que ya me habían advertido.

—Dígame usted otra cosa, pregunté al hombrecillo: ¿la *Josefina* es realmente una colonia?

—Lo sería... si fuese posible hacer algo bueno en ella. Yo solamente he conseguido ir de mal en peor, mientras creía haber adivinado aquí la América.

—En resumen, le repliqué, esto que todavía no he visto porque está oscuro, ¿no es una colonia?

—Pero ¿qué quiere usted que sea? dijo gruñendo el hombrecillo, si aquí no hay más que pozos de agua salada y terrenos áridos.

Acerca de este asunto de los pozos salados debo dar á ustedes una explicación; prescindiendo por ahora del gran Río Salado, el río más importante de la provincia—después del Paraná—que nace en la provincia de Salta, atraviesa la de Santiago y se divide en varias direcciones en la de Santa Fe. De pozos más ó menos salados hay en la provincia de Santa Fe una verdadera plaga; se los descubre tal vez

cuando menos se espera; tienen profundidades de diez, de veinte y aun de más metros; el comprador de una tierra virgen que llega á descubrir pozos salados en su hacienda, reniega de su suerte y de todas las estrellas del cielo, porque comprende que ha hecho un malísimo negocio. Si prestan ustedes oídos á las gentes del país, por lo menos á las gentes que lo ven todo de color de rosa cuando de la tierra argentina se trata, á pesar del fango y del agio del oro, sabrán ustedes la gran noticia de que los pozos salados en nada y á nadie perjudican, antes son muy útiles, como todo lo demás, para la prosperidad de la agricultura. Hasta podrán ustedes leer esta niñería en libros y en periódicos. Yo, sin embargo, profeso la creencia antigua de que allí donde se siembra sal el terreno es cosa perdida.

Aquí, á decir la verdad, la sal habría podido estar toda en los pozos. Por de pronto, aunque la provincia de Santa Fe haya sido siempre ubérrima, los terrenos fértiles fueron, sin excepción, aquellos en que precisamente no existían pozos de agua salada; y por lo que respecta á los que tenían de esos pozos... ya han oído ustedes, poco ha, lo que me dijo el de la fonda, al cual vuelvo.

—¿De suerte, volví á preguntar, que se puede dormir aquí esta noche?

—Dormir, sí, me contestó; pero cuando éstos (y me señalaba los ocho ó diez que bebían y jugaban en la mesa grande) se retiren.

—¿Pues qué, pregunté todo alarmado á mi hombrecillo, dormitorio, salas de juego y comida, está todo aquí?

—Seguramente; y no hay otra cosa—respondió aquella víctima de la América equivocada;—á su debido tiempo pondremos aquí el *petate* y usía dormirá.

Aquel sér melancólico me daba tratamiento.

En el momento mismo, como allí se conversaba á voces, oí al que estaba solo cerca de la mesita aislada, decir dirigiéndose á los otros, un poco irritado:

—Sé deciros que me alegraría mucho de que el diablo se llevase al infierno todas vuestras administraciones de ferrocarriles; ¡bonito modo de proceder! ¡Hacerme partir con destino á San Francisco y dejarme aquí después, sin haberme avisado del cambio!

Cuando me ví con un compañero de desdicha me apresuré á tomar asiento á su misma mesa:

—Estoy en el mismo caso que usted, le dije;

tomé billete para Córdoba, me dijeron que había que llegar para hacer noche á San Francisco, y después me han dejado solo en un vagón.

—Solo no, respondió mi colega de desventura, porque yo, en la parada de contraorden, me quedé dormido en otro vagón; de esto ocurre con frecuencia con estas administraciones.

Al pronunciar estas palabras, el hombre envolvió en una mirada sola á todos los de la mesa opuesta, los cuales, entre chanzonetas y risas, le contestaron que el que se duerme no pesca.

—Y yo, repliqué entonces por cuenta propia, yo, que tenía muy abiertos los ojos, tan abiertos que estuve leyendo un periódico, me encontré separado en medio de la línea.

—Yo, sin embargo, observó mi semi-compañero de desgracia, aun cuando voy directamente á Córdoba, no he cometido la tontería de tomar todo el billete; á estas administraciones es preciso darles el dinero todo lo más poco á poco que sea posible.

Anoto entretanto el nombre de este conocimiento y, por bastante tiempo lo verán ustedes como compañero mío de viaje. Presentéme á él como Fulauo de Tal y Tal, gran consumi-

dor de lapiceros, de tinta y de papel ordinario. El otro se me ofreció como Hipólito Schiffi, de Udine, llegado unos siete años antes á la República Argentina casi sin zapatos, según me dijo él mismo, que se jactaba, como buen muchacho de lo conseguido con su propio trabajo; logró ocupación en las obras de la Ensenada, para el transporte de carretones de piedra: era inteligente y fué ascendido á capataz de una cuadrilla... Adelantó, ganó... y últimamente había pensado en hacer un negocio de terrenos, comprando buena porción en la provincia de Tucumán. Aunque la compra estaba hecha desde el año anterior, nunca había visto su propiedad; una vez adquirida hizo que la cercasen, según el Gobierno prescribe, por medio de alambres; había dejado aquel terreno en su primitivo estado de virginidad; habíale visto, sin embargo, con los ojos de la fe, aumentar de valor, porque desde que él lo adquirió le habían propuesto varias veces comprárselo, llegando á ofrecer que lo tomarían en un precio diez veces mayor que aquel en que él lo había comprado. Esto le había hecho sospechar si aquel terreno podría ser atravesado por alguna línea nueva de ferrocarril: en este caso representaba la fortuna. A la sazón se dirigía á Córdoba, por puro pasa-

tiempo; á su regreso pasaría por Tucumán para estudiar desde cerca su negocio. Entretanto no dejó de repetir al fin de su discurso:

—¡Y que se lleve el demonio estas administraciones de ferrocarriles!

Debo agregar aquí, para conocimiento del lector, que de estos compradores de terrenos, que nunca fueron á verlos, porque se limitaban á realizar sobre los títulos de aquella posesión operaciones rentísticas, hallé muchísimos en la República Argentina.

Cuando la estrella de mis sueños lo quiso, los jugadores de la otra mesa se fueron al diablo, adonde Schiffi les había enviado muchas veces. Yo entretanto había pasado media hora peleándome con un plato de *puchero* con huesos, nervios, ternillas y aun algunos cabellos, todo revuelto.

Quedamos los tres: Schiffi y yo renegando siempre de las administraciones de los ferrocarriles, y el hombrecillo de la fonda maldiciendo de América; por último, una mujer que de improviso penetró por una puertecilla para llevar, uno después de otro, dos fementidos catres demasiado flexibles, y sábanas, maldijo de los que se habían ido, y si no me equivoco, también de los que se quedaban, que entre todos,

según ella decía, la habían puesto la cabeza lo mismo que un bombo.

Cuando todo estuvo arreglado, el hombrecillo del fonducho nos dijo:

—Hasta mañana temprano. No doy á ustedes las buenas noches, agregó, porque en esta maldecida *Josefina* solamente mal puede dormirse. Hay aquí tantos animales... y yo no tengo la culpa. ¡Oh, quién me habrá hecho venir á la *Josefina!*

CAPÍTULO XLVII

En San Francisco de Córdoba.—Lucha contra perros.

A la mañana siguiente el hombrecillo de la fonda llegó muy temprano á despertarnos con tanto mayor motivo, cuanto más cierto era que aquel dormitorio nuestro constituía el salón destinado al público.

—¿Han dormido ustedes bien? nos preguntó con cierta ironía.

—Medianamente, le respondí.

—Es muy extraño que hayan ustedes dormido bien, replicó en son de protesta aquel es-

óptico: ¿no ha molestado á ustedes ningún bicho?

—Ninguno, le dije, si se exceptúa el mugido de un buey...

—Es mi vaca.., una vaquilla que casi no da leche. Y el viento, ¿no ha penetrado por las hendeduras para molestar á ustedes?

—Aseguro á usted que ni lo he notado, añadí en seguida para poner término á sus observaciones, y que pocas veces he pasado en mi vida noche tan apacible como la de hoy.

—Habrá sido un efecto del cansancio, contestó el otro.

Aproveché aquellas disposiciones excelentes del hombrecillo para suplicarle que nos preparara dos buenas tazas de café antes de reanudar el viaje.

—Entendámonos, replicó el hombrecillo; lo que es bueno, no será posible. ¿Cómo quieren ustedes tener buen café en este lugarón?

—Estoy seguro, le respondí, de que he de hallarlo todo bueno, lo mismo que el café.

—Seguramente, dijo entonces Schiffi; si exceptuamos los empleados en el ferrocarril, todo lo he encontrado inmejorable en la *Josefina*.

El hombrecillo parecía algo mortificado por hallar tanta contradicción. Nos llevó, al cabo de

veinte minutos, dos tazas de café realmente bueno, si bien el azúcar con que hubimos de dulcificarlo era más rubia que la cabellera de Berenice.

—¡Pero si es un café deliciosamente aromático! dije paladeando el líquido.

Sospeché que el otro iba á decirme que era de bellotas, pero no fué así; limitóse á contestar:

—Si es bueno será porque no se haya comprado en la *Josefina*. Tal vez sea robado, no por mí, eso no, sino por el que me lo ha vendido.

Pedí la cuenta.

—Parecerá á ustedes algo caro, dijo el hombrecillo; ¿pero qué puede haber barato en esta población?

Presentóme el total y me consideré moralmente obligado á declararle que la cuenta no me parecía, en modo alguno, exagerada.

Desde aquí partimos Schiffi y yo á la estación del ferrocarril; el tren salió, es justo decirlo, solamente con media hora de retraso, y en unos veinte minutos nos encontramos en San Francisco. En la estación se me advirtió que hasta el día siguiente no saldría ningún tren para Córdoba. Yo lo sabía ya.

Celebramos Schiffi y yo una especie de pacto

sinalagmático para pasar el día lo menos mal posible en un pueblo que se presentaba por sí mismo bastante monótono, con aquella inmensa extensión de terreno que parecía á modo de un espacioso mar negro en rededor de la comarca habitada. En San Francisco, lo mismo que en otras tierras contiguas, había sido quemado el campo por aquel entonces. Nadie puede figurarse el extraño y aun fantástico espectáculo que ofrecen aquellas llanuras en combustión, sobre todo cuando son vistas de noche y desde un departamento del tren. Parecen horizontes de fuego; tomaríaseles por torrentes de brasas que adelantan hacia nosotros. Con un poco de trabajo imaginativo podría creérselo algún rompimiento de la tierra por el cual surgiese aquel fuego famoso que, según los geólogos nos enseñan, es el centro de toda la vitalidad terrestre.

Precisamente se espera la caída de la tarde para encender en extensiones vastísimas estos fuegos. A la sazón, para distraernos durante el día de ocio forzado en San Francisco, faltaba hasta el pasatiempo de contemplar los fuegos, y no quedaba otra cosa que ver sino la ennegrecida superficie.

Nos dirigimos á la primera fonda que hallamos cerca de la estación; una famosa fonda,

según nos habían dicho los de la *Angélica* y la *Josefina;* allí se podía comer, dormir y contemplar además, siempre dentro de los límites del platonismo, la hermosura extraordinaria de las dos amas del establecimiento; amas que pertenecían exclusivamente á dos jóvenes de Ancona, sus legítimos esposos.

—El primer pasatiempo y el mejor, me dijo Schiffi, hombre que cazaba muy largo, será hacer que nos hagan pronto una gran tortilla con muchas hierbas... si las hay.

El amo, en primer término, de la fonda principal de San Francisco, un tal Pedro Scaclei-ni—quiero legar su nombre á la posteridad; se lo prometí al interesado—es un hombre alegre y satisfecho de sí mismo, de sus quehaceres y del lugar en que se ha establecido, tanto cuanto su predecesor el fondista de la *Josefina* estaba descontento de todo.

—¿Tiene usted alguna cosa en la cocina que pueda tomarse muy pronto? le pregunté, no sin lanzar una ojeada rápida á una maravillosa figura de mujer que en aquel momento se hallaba cerca del mostrador.

—Tengo de todo lo que ustedes quieran, nos respondió el simpático joven; aquí, como ustedes verán, y nos indicaba con el dedo los

géneros colgados del techo por medio de ganchos, tengo una colección casi completa de salazones; en la cocina hay animales de todas castas. Cuando los negocios van bien, es conveniente tener de todo.

—¿De modo que van bien los negocios? le dije.

—En verdad no puedo quejarme, me contestó el anconitano; he hallado aquí mis Indias. Yo estaba empleado en el ferrocarril...

—¡Ah! ¿Pertenecía usted al personal administrativo de ferrocarriles? preguntó Schiffi mirándole hosco.

—Era solamente un pobre maquinista, dijo Pedro Scacleini.

—Menos mal, dijo mi compañero, como quien, en la ocasión, sabe ser tolerante.

—Lo dejé porque estaba descontento, prosiguió el posadero.

—Entonces, replicó Schiffi, estamos conformes.

—Yo sabía, continuó diciendo el de la fonda, que cuando se abriese esta nueva línea, debía ser aquí la parada nocturna.

—¿Y aquí estableció usted su servicio?

—Principié con una casucha de dos palmos de solar; hube de agregar muy pronto un trozo

más porque los negocios aumentaban; ahora estoy en vías de hacer una importante agregación.

—Vamos, que adivinó usted la América, le dije, y nada tendría de extraño que llegase usted á ser todo un ricachón; si la crisis se lo permitiese.

Scacleini añadió que, aun yéndole muy bien los negocios, no veía la hora de tornar á Italia con algún dinero, aunque fuese poco.

Entretanto la hermosa, á quien habíamos visto en el mostrador y que había recibido la orden de disponer nuestro almuerzo, nos invitó á sentarnos á la mesa; recibimos la invitación con la alegría propia del que ha pasado una noche en la *Josefina*.

—Y ahora ¿qué hacemos? nos dijimos después de consumida la fritada. Con la vista del pueblo no podremos distraernos mucho, porque de una ojeada solamente lo sabremos todo de memoria.

—No todo, nos dijo el fondista mezclándose en nuestra conversación, porque ustedes acaban de apearse del tren. Esto no es sino un pedazo de San Francisco. Lo demás está allí—y al decir esto señalaba, al otro lado de la llanura que se extendía delante de la fonda, un

grupo de casas que no parecía muy apartado.

—Vamos, pues, á visitar ese otro pedazo de San Francisco, dije á Schiffi; esto nos distraerá.

—Será preciso esperar á que pase un carruaje, nos dijo el huésped.

—¿Qué carruaje, ni qué...? le repliqué; nosotros somos andarines; estamos muy cansados de estos ferrocarriles, y el medio mejor de descansar será caminar á pie un buen rato.

Scacleini insistió en que nos arrepentiríamos de no haber seguido su consejo, porque se trataba de andar algunas millas.

No pude menos de soltar la carcajada, y exclamé:

—¡Millas para llegar hasta aquellas casas y á ese medio campanario!... Pero, hombre, si se está cogiendo con la mano.

—Sí, sí; ya verá usted si se coge con la mano. Usted no conoce América.

Mi compañero se inclinaba al parecer del de Ancona; pero yo, fuerte en mi derecho de viajero independiente, empuñé con arrogancia mi paraguas, y dije: «Me voy solo»; y sin atender á razones, salí de la fonda. Schiffi, á fuer de digno compañero, se apresuró á seguirme sin otra réplica, y nos pusimos en marcha después de haber ordenado algo para comer.

He aquí, por lo tanto, que comenzamos á cruzar un *maremágnum* de campos eriales. El camino transitable está señalado por surcos; en las lindes se extienden aquellos terrenos inmensos que para nada nos sirven; una parte de ellos cercada ya con alambres, como hacienda comprada; otra, aún en espera de quien quiera contribuir á la nivelación del presupuesto nacional, comprándola.

Éramos dos buenos andarines; pero al cabo de una hora de caminar comencé á fijarme en que, así como otras iglesias rurales van creciendo á los ojos del viajero á medida que éste adelanta, la iglesia de San Francisco continuaba apareciendo tan pequeña como cuando la vimos desde le fonda, lo mismo que el grupo de casas que se veía en rededor de la iglesia. Habríase dicho que después de haber andado tanto tiempo, no nos habíamos separado del sitio de partida.

—Es preciso conocer América, se limitó á murmurar Schiffi, como hombre que ha dado un buen consejo que no ha sido aceptado.

—De todos modos, conozca yo ó no conozca América, dije, habremos de llegar á esa iglesia y habrá de ir aumentando de tamaño á nuestra vista.

Y vuelta á proseguir el viaje (porque ahora ya parecía un verdadero viaje) con menos lentitud y más silenciosos.

Pero, sí, sí; no exagero á ustedes, y todavía no lo han olvidado nuestros dos pares de piernas; al cabo de otra hora larga, la iglesia de San Francisco aparecía siempre para nosotros de la misma pequeñez; el trozo de llanura que de nuestra vista la separaba, presentábase constantemente de la misma extensión.

—Principio á creer realmente, dije clavando mi paraguas en el terreno y apoyándome en él como en un asiento portátil, principio á creer de veras que América es un continente muy distinto de los otros. ¿Es que entre ese templo y nosotros se encuentra el diablo? Sería milagroso...

Schiffi no dijo ni sí, ni no; comprendí perfectamente lo que quería decirme, y tornamos á emprender la marcha; pero algo más incomodados. De pronto la monotonía de aquellas soledades apareció interrumpida por un tugurio tosco, y en seguida por unos diez perros que nos ladraban.

Lo peor fué que aquellos alborotadores se adelantaban hacia nosotros en pelotón; nos miran, nos rodean, redoblan sus ladridos, y nos

constriñen á defendernos á pedradas y á paraguazos.

El perro á quien alcanza un buen bastonazo de Schiffi, se queja como quien se abrasase vivo: un perro, con honores de lobo, al cual he pegado un puntapié, se lanza de nuevo hacia mí con la boca enormemente abierta. Ocúrreme entonces una jugada de maestro: enderezo mi paraguas contra el *can-lobo*, pero de punta; ésta le penetra en la boca; la victoria es mía; el perro retrocede, ahogando un quejido; le persigo; pero entretanto los otros perros, que hasta entonces habían permanecido neutrales, se me lanzan á las piernas.

¿Quién ha dicho que perro ladrador nunca es mordedor? Es preciso ver las señales de los dientes de uno de esos perros en el tacón de uno de mis zapatos, que he conservado para un museo del porvenir: á no ser por aquel tacón, uno de mis talones hubiera quedado en el terreno ó en la boca del animalito.

Entretanto Schiffi, más afortunado que yo, y teniendo libre su bastón, hacía el molinete con una maestría que le hubiera envidiado el mismísimo Turillo de San Malato, y mantenía á raya al grupo de canes que le había escogido por adversario.

Por lo que á mí respecta, desgraciadísimo siempre, aunque había tirado de punta... de paraguas, defendiéndome á patadas había puesto en olvido el arma metida en la garganta del perro; éste comienza á tirar del paraguas con desesperación, hasta que, cuando menos lo esperaba yo, logra arrancármelo; vuélvome de repente, y hallándome con que el animalito me deja sin aquel mueble, le grito:

—Dame mi paraguas.

Pero sí; lo mismo que si hablase con un sordo. El conflicto se agravaba; aquellos perrazos no parecían dispuestos á pactar armisticios; al revés, algunos á quienes habían alcanzado los golpes de Schiffi, venían á tenérselas tiesas conmigo, que ya desesperaba, por mí mismo, por mi paraguas y por la patria que me esperaba de regreso.

De pronto vemos que se adelanta hacia nosotros al trote largo, y por el mismo camino, un carro tirado por seis caballos de reata; dos hombres lo guían, y uno de ellos nos grita:

—Suban ustedes al carro.

La Providencia lo enviaba.

Schiffi saltó, listo como un ciervo, al carro, contra cuyos caballos se habían revuelto á ladridos una parte de los perros, mientras el otro

conductor los sacudía terribles latigazos. Encuéntrome aún en medio del camino, porque el perro-lobo tiene todavía mi paraguas entre los dientes y le destroza sin piedad.

—¡Déjelo usted ir! me grita Schiffi, tendiéndome al propio tiempo el bastón para que agarrándome á él pueda subir más pronto. Hágolo así, no sin lanzar una resignada y triste mirada de despedida al paraguas, á la sazón en poder de dos perros, que se lo disputaban.

—¡No conocía yo aún á estos perros de América! digo, con la mortificación propia del caso, no bien me hube instalado en el vehículo.

Los seis caballos emprenden una carrera á todo escape: dos latigazos alcanzan todavía á un par de perros de los más obstinados; lanzo una última mirada á mi paraguas, y después—procurando remediar el olvido en que hasta entonces había incurrido—digo á los dos del carro:

—Tantas gracias, señores, por la bondad de ustedes; á no ser por ella, es probable que á estas horas fuese yo solamente un montón de huesos.

—Aquí no somos señores, somos patriotas, me respondió el que verdaderamente guiaba: no hemos hecho más que cumplir nuestro deber.

Cambiamos entre unos y otros las *generales*

de la ley: el que llevaba las riendas se presentó como Antonio Sola, de Turín, propietario de un terreno en la colonia de Ituraspe, en la jurisdicción de Córdoba. Nos hicimos muy amigos, cosa que sucede fácilmente entre compatriotas en América. Recorrido que hubimos como unas dos millas, la iglesia de San Francisco y el pueblecillo comenzaron por fin á parecernos algo mayores. ¡Ya era tiempo! Pregunté qué distancia había entre una parte y otra de San Francisco, y supe que se trataba de ¡muy cerca de siete millas! ¡Y yo que, viendo todo aquello desde la fonda, había creído que estaba á tiro de piedra!

Considero inútil añadir que el excelente Sola nos había concedido un sitio en el carruaje graciosamente y sólo por favorecernos. Cuando, ya cerca de poblado, nos apeamos del vehículo, nos sirvió un poco de *cicerone*, aunque, en realidad, no habíamos menester de guía. Nos encaminamos á ver la iglesia, cuya edificación no estaba terminada todavía. Supe también que aún se hallaba vacante el puesto de cura, cargo feliz, lo mismo que el de *La Esperanza*, porque la profesión de padre de almas en un centro nuevo y de porvenir, es un buen negocio.

Mucho sintió Sola no poder acompañarnos

hasta la fonda, sobre todo porque recordaba el conflicto de los perros. Nosotros, cuando la tarde empezaba á caer, buscamos el medio de tornar, y un carretero que debía ir á la estación con carga de granos, nos brindó con un sitio en su carro, encima de los sacos, sin aceptar recompensa. Esta es, por otra parte, una deferencia usual en aquella colonia y, muy especialmente entre italianos. En determinado punto del camino vi, extendidos por el suelo y despedazados, los restos de mi paraguas. No se renuncia tan fácilmente á quien en los tiempos alegres, aunque lluviosos, fué nuestro inseparable compañero. Rogué al conductor que detuviese un instante la marcha para reintegrarme en la posesión de mis bienes, y lancé un suspiro profundísimo al echar de ver á qué triste estado había quedado reducido aquel pobre mueble.

A nuestra entrada en la fonda Scacleini, el fondista, viéndonos en aquel estado, nos dijo con cierto aire de triunfo:

—Ya se lo anuncié á ustedes.

—A lo hecho, pecho, respondí.

Después, abriendo el paraguas todo convertido en jirones, agregué:

—Por esta vez, herido sólo hay uno. Medio muertos, hay dos... pero de apetito.

CAPÍTULO XLVIII

En la línea de Córdoba.—Vegetación prodigiosa.—Caballos y «gauchos».—Cuernos y más cuernos.—El fuego grande del «asado».—El mate.—Vista de las cordilleras.

A la mañana siguiente volvimos á ponernos en viaje, porque, en aquel día, el tren de Córdoba se dignaba estar entre los vivos. En los ferrocarriles de la República Argentina se sube al vagón; después llega el empleado agregado al tren durante todo el trayecto; pide á los viajeros los billetes, y si los halla en regla los taladra, y en caso contrario expulsa del vagón al que exhibe un billete no ajustado á reglas. Esto mismo se repite en cada una de las estaciones, hasta que el billete, á fuerza de taladros y contrataladros, queda convertido en una criba.

Cuando estuve perfectamente sentado en mi coche, se presenta el empleado y me pide el billete *(la boleta)*. Verlo y hacer un gesto, fué todo una sola cosa.

—Esta *boleta*, me dijo, no es buena.

—¿Por qué no es buena, si la he pagado en

buena moneda... ó al menos en dinero argentino?

—Este billete, dijo el empleado, era para un tren que ha partido antes.

—Ha partido para los otros; pero no para mí.

—Usted habrá tenido la culpa.

—No; la culpa la tuvo una indisposición imprevista del tren, que anteayer debía pernoctar en San Francisco y pernoctó en *La Josefina*.

—Pues bien, yo no taladro este billete.

—Es usted muy dueño de no hacerlo.

—Y no taladrándolo, tendrá usted que apearse.

—Ni por pienso.

—Llamaré á la fuerza...

—Ni un regimiento me arrancará de aquí.

—Lo veremos.

—Por visto.

—Voy ahora á taladrar los billetes de los demás viajeros; vuelvo pronto.

—Aquí espero.

Habíamos convenido de antemano Schiffi y yo en que, si por último, se me obligaba por la violencia á dejar el tren y acababan por llevarme preso, lo cual en la República Argentina es cosa muy fácil, mi amigo pondría en el correo varias cartas que había yo escrito dirigidas:

una á nuestro cónsul Chicco; otra al vicecónsul Gradara; otra al diputado y después Ministro Ceballos; otra á aquel insigne diplomático señor Calvo, primo de su homónimo Director general de Policía en la República; otra, por último, al doctor Boeri, que ya no ejerce como médico sino para los clientes gordos, comenzando por el Presidente, si se le ocurriera. Además, á mi querido amigo Marana le escribí lo siguiente: «Si soy conducido al patíbulo, envíeme usted, si puede, uno de sus tres mil carros para que retiren mis huesos, y disponga usted que sobre mi tumba no se lea más que un epitafio concebido en estos términos: *Murió víctima de la* BOLETA.» No ocultaré á ustedes que entre esas cartas había también una para mi planchadora de Buenos Aires, carta en que suplicaba á la joven que se acordase de mí y de la ropa blanca que había de darme todavía. En los instantes supremos es necesario pensar en todo.

Entretanto el tren se puso en marcha y yo continuaba esperando, pero sentado en mi coche. Este resultado era ya media victoria, tal vez la de Pirro, ó si parece á ustedes mejor la de aquel otro que fué, durante un día, dueño de las aguas. Diré ustedes, desde ahora,

para abreviar, que en cada una de las estaciones sucesivas se repitió, por parte del empleado, el estribillo de que mi billete no estaba en regla, y de mi parte la afirmación de su perfecta regularidad, y de su parte el repetir:—No puedo hacer el taladro. Y de la mía el contestar:—Tanto mejor; lo llevaré sin taladrar.

No era esto una prueba de valor heroico, pero sí de cierto valor cívico. Permítanme ustedes que pase ahora á decirles algo de las impresiones que en mi espíritu produjo esta singular línea de Córdoba que ahora recorremos.

Uno de los primeros espectáculos que llamó mi atención, y aun me dejó estupefacto, se hallaba fuera de la línea: ya había yo visto, como ustedes recordarán, algunos otros parecidos; pero no tan imponentes. Atravesaba en aquellos momentos los campos una cantidad prodigiosa de potros; dos *gauchos* caminaban á los lados y un tercero detrás.

Imaginen ustedes aquellos millares y millares de caballos, completamente libres aún, que marchando todos al mismo trote, sin que uno solo deje de marcar el mismo paso, devoran el terreno en columna cerrada.

En el ferrocarril de Córdoba se viaja más rápidamente que en los otros: entretanto, los

campos yermos desaparecen; las casitas de colonia son ya muy raras. Comienza pronto un desfilar asombroso de arbolados; primeramente indecisos, poco después robustos; entramos ya en la comarca forestal de Córdoba; el fuego de la locomotora cesa de ser alimentado con carbón; de cuando en cuando, en esta línea, á lo largo de la cual hay preparadas grandes cantidades de leñas bien dispuestas para el servicio á que se destinan, el tren se provee de combustible.

La naturaleza se transforma completamente; una hora antes veíase un terreno seco, árido, bajo el cual se ocultaba una infinidad de pozos salados; ahora, por el contrario, una naturaleza exuberante. Había yo recorrido, unos veinte años antes, y en jornadas pequeñas, muchos bosques de nuestras Calabrias, de la tierra de Labor, de los Abruzos; pues bien; aunque en terreno más llano, parecíame que me habían trasladado al territorio de Nápoles; en cada estación me apresuraba á salir del coche para contemplar mejor aquella naturaleza salvaje y variadísima. El espesísimo arbolado bajo el cual se extiende oscuridad inmensa, no lo había admirado nunca tan prodigioso como lo admiré en la provincia de Córdoba.

¡Y cómo variaba la coloración! ¡Cuánto cambiaban las gradaciones del verde, lo quebrado del terreno, las posiciones y los motivos, como diría un pintor! ¡Qué riqueza de virginidad salvaje en aquella vegetación esplendorosa! Prevalecen entre aquellos árboles las encinas negras, blancas y pálidas, todas abundantes en ese fruto azucarado que agrada lo mismo al hombre que á los ganados: miden alturas de doce y hasta de quince metros. Abundan también limoneros y naranjos: el roble secular se ofrece á la vista con robusta corpulencia. Colosales nidos penden de la mayor parte de esos árboles; los pájaros cantan y revolotean á enjambres, á nubes densísimas.

A veces la falta de poblado y de todo aquello que, en medio de tal festín de la naturaleza, recuerda el trabajo del hombre, es completa; exceptuando por supuesto aquellos eternos anuncios colocados en cuadros de metal que se hallan fijos en los postes telegráficos y que recuerdan á cada milla que *La Nación es el diario de mayor circulación en la República Argentina*. Sepan ustedes también que *La Nación* es además el periódico que ha hecho y ha deshecho á su placer una cantidad muy respetable de Ministerios argentinos. Volvamos á los bosques.

A la ausencia de toda población suceden nuevas colonias; casitas y cabañas, á veces en larguísimas hileras y alineadas con una regularidad que no se advierte en las otras colonias. Muchas de esas casitas están construídas con ladrillos, y en su construcción suele aplicarse el barro por cemento en lugar del yeso. Más frecuente es hallar cabañas labradas con paja y con juncos y más ó menos enjalbegadas con barro... ó algo peor. El techo suele ser de plantas palustres; las puertas son unas veces de caña; otras son un simple trozo de madera. En estas puertas pueden ustedes ver, siempre de pie derecho, al *gaucho*, ese jinete eterno, infatigable, consagrado á mirar la gente que va en ferrocarril, mientras su mujer ó, lo que es más frecuente, su concubina (porque el *gaucho* prefiere los amores ilegítimos), permanece sentada en el tronco formidable de un árbol, rodeada de los pequeñuelos, que la acarician amorosamente, ó bien hacen muecas al tren que pasa y que al pasar los deja cubiertos de humo.

Cerca de muchas estaciones, y conforme los campos van adelantando en el centro de la provincia, adquiere y reune todos los atractivos propios de los pueblos de veraneo ó de temporada de campo: descúbrense deliciosas colinas,

en las cuales muchos grupos de personas, no ya de la *rustica progenies*, arman jolgorios y bailoteos, de hombres y mujeres, por de contado; palacios lindísimos, preciosas posesiones ador nan aquellos sitios engarzados en tan vivo y regocijado verde. Desde aquí el tren vuelve á su marcha y tornamos á lo rural, mejor dicho, á lo desierto. Muchos tipos del campo van recordando, cada vez más, aquellos indios, ya tantas veces vistos en las ciudades; ora como criados, ora como vagabundos sospechosos, ya también como vigilantes ó guardas de establecimientos, porque el indio, salvaje y civilizado, se amolda á todo, lo mismo á lo malo que á lo bueno. ¿Deberé quizá ahorrar á ustedes en esta ocasión el recuerdo del ganado muerto esparcido por el campo, recuerdo que no es posible casi separar de los ferrocarriles argentinos, que tienen siempre á uno y otro lado de sus rails carne en putrefacción ú osamentas secas? Aun desde ese punto de vista, la línea de Córdoba presenta algunas variaciones. No se ve por aquí el caballo medio desollado, la vaca ya consumida, la oveja ó la cabra abandonada en mal hora con piel y todo y que se presentan á nuestra vista con aspecto repugnante. En estas regiones se hallan con igual frecuencia víctimas;

pero casi todas están ya convertidas en esqueletos. Pregunté la causa de esto y se me contestó que en aquellos sitios abunda más que en otros una especie de aves que se alimentan de carne muerta. De cuernos, y más cuernos de las cabezas de ganado vacuno, hay en la línea de Córdoba tal abundancia, que no he visto nunca, ni veré seguramente tantos cuernos, aunque fuese á viajar por el infierno con el desdichado Orfeo.

¿Por qué tal desprecio y tal abandono á los cuernos? ¿No se les podría dar aplicación mas útil que dejarlos abandonados á lo largo de los rails? Ya comprendo que quizá, y aun sin quiza, estos adornos del cráneo acabarán por ser recogidos y utilizados. ¿Pero quién ha visto nunca en la República Argentina un industrial que se haya hecho millonario traficando en cuerno? ¿Quién ha visto un industrial que haya establecido en la Argentina trabajos estimables en esa especialidad, dignos de un país que tanto cuerno produce? Comprendo que la industria, dígase lo que se quiera, aún está en la infancia en aquel país... ¿Pero por qué descuidar este negocio de los cuernos?

Dejo los cuernos, pero quiero hablar todavía de los animales que los llevan. Nunca olvidaré

el espectáculo que para los viajeros del tren presentaba en el bosque del territorio de Córdoba la reunión de campesinos alegres en rededor de una gran hoguera que era después el fuego del *asado*. Suele decirse que los héroes de Homero fueron tan formidables, que, para ellos, emprenderla á bocados con el muslo de un buey, era poco mas ó menos lo mismo que para mí y para ustedes masticar el ala de un pichón. Aquel espectáculo del *asado* en el campo me parecía algo homérico: aquellos enormes trozos de vaca clavados en los chuzos de hierro para asarse en torno de un fuego infernal, nada dejaba apetecer para completar la obra sino que los comensales comenzasen á mordiscos con aquellos cuartos de buey.

En una estación en la cual el tren se detiene más tiempo para que los viajeros puedan distraerse, un compañero de vagón con quien conversé durante el viaje y que bajó, invitóme con insistencia á que aprovechase aquellos treinta minutos de parada para visitar su casa, que, como es natural, dijo que era la mía, y á su familia. Accedo, y á muy pocos pasos de la estación me encuentro en una de esas casas modestamente limpias en que se respira atmósfera patriarcal. Conozco á la hermosa mujer de

mi nuevo amigo de ocasión, á sus hijas, aún más hermosas, á un chico, y además á la criada, que es negra.

Paso á conocer inmediatamente una bebida, que de nombre conocerán todos ustedes, porque no existe libro alguno sobre el Sur de América en que no se hable de ella, es á saber: el *mate*. No me había yo decidido á probarle hasta entonces; pero en esta ocasión hube de ceder á la cortés insistencia con que me era ofrecido. El *mate* es una infusión de hojas de cierta planta, muy hervidas, y que se compone en el hueco de una calabaza. Se adhiere á ésta un tubo de plata y por ese tubo se hace la succión. El sabor es un poco amargo, pero acostumbrándose á gustarle, debe de parecer dulce. Entretanto es digno de notarse el hecho de que el tubito de plata pasa de boca en boca. Al principio no me decidía, pero pensando que las dos hijas que ya habían chupado tenían una boquita dulcísima, condescendí, chupé el *mate*, di las gracias, torné al tren.

A medida que nos aproximábamos á Córdoba, iba preparándose á nuestra vista el espectáculo más imponente que aquella línea puede ofrecer al viajero; la larguísima extensión de las cordilleras; la mayor cadena de montañas

del Sud-América. Si estas vistas de alturas entrelazadas resultan siempre imponentes, calcúlese cuánto más resultarán para el viajero que llegado á Montevideo y después de ver aquel escrúpulo de monte por encima de la ciudad (que, á lo que cuenta la tradición hizo un tiempo exclamar al marinero de una nave portuguesa llegada, después de muchas incertidumbres, á aquella rada: *Monte vid eo)*; después de ver todo aquello, repito, y aun cuando siguiendo río arriba desembarque en la República Argentina y se interne en la provincia, no verá nunca montañas hasta que llegue cerca de Córdoba.

Solemos quejarnos los naturales de Liguria, habituados á nuestros eternos ferrocarriles llenos de túneles, de que las montañas cansan. ¿Y la llanura? La llanura eterna, y sobre todo la interminable llanura de la Pampa, ¿no cansa de la misma manera? Es curioso ciertamente observar cómo apareciendo de tan majestuoso aspecto las cordilleras en ciertos y determinados puntos de la línea de Córdoba, á medida que el ferrocarril baja hacia la población, ese imponente aspecto va perdiendo en grandeza, siendo así que lo natural era creer que se nos aparecería cada vez más majestuoso. Consiste eso en que desde Córdoba falta muchísimo todavía para

llegar á la cordillera, esa muralla gigantesca que separa de Chile á la República Argentina; desde los puntos más elevados del ferrocarril de Córdoba, es dado contemplar por algunos momentos en lontananza aquel magnífico conjunto, que ciertamente tiene muy pocos parecidos en ninguna otra cadena de montañas.

Aproximándonos á la ciudad veíamos más á menudo colonias propiamente dichas. Algunas de éstas llegaron á tal grado de prosperidad y el precio de los terrenos cultivables subió á tal altura, que vale la pena de que fijen ustedes su atención en el caso siguiente:

En el año 1883, en la colonia *Sunchales*, una legua de terreno se vendía en 15.000 francos (ó precio equivalente á esa cantidad); en 1888, el valor del mismo terreno había subido á 400.000 francos.

Tengo, entretanto, el gusto de decir á ustedes, que á las ocho de la noche próximamente, después de haber pasado por frondosísimos y extensos bosques, después de tanta naturaleza áspera y hermosa, en pos de tan variadas y sorprendentes vistas y sin incidente alguno desagradable, leímos, finalmente, el suspirado letrero: *Ciudad de Córdoba.*

El de la *boleta* se me presentó otra vez para

recogerla, y cuando estuvo cerca de mí, comenzó á mirarme como quien pregunta:

—¿Cómo terminamos esto?

Estaba yo, con mi billete (ó llámese *boleta*) en la mano, muy dispuesto á entregarlo; el ánimo de mi empleado pareció un momento indeciso entre el sí y el no; después tendió la mano hacia el billete.

—¡Ah! le dije. ¿Lo recoge usted sin taladros?

El otro no me respondió, pero recogió el billete.

—Más vale así, pensé; siempre es preferible quedarse sin *boleta*.

CAPÍTULO XLIX

Córdoba, la Roma americana.—La Catedral.—Los grandes hombres de la República Argentina.—Hallazgos patéticos.—La patria del Presidente Juárez-Celman y su grandiosa plaza-monumento.—El Teatro Nuevo.

No lo juzguen ustedes una ampulosidad vana: designo á esta Córdoba Sud Americana con el nombre de la gran capital del paganismo y después del catolicismo, porque después de Roma no me había sucedido visitar una capital

tan característicamente católica, si á juzgar vamos por la gran cantidad de templos grandes, hermosos, notables, y por el número de conventos anexos y los correspondientes frailes y monjas que por las calles transitan. Al apearme del tren, comienzo á ver desde lo alto de la estación hacia abajo, rodeada por cerrillos y colinas, la ciudad de Córdoba, en el centro de cuyo casco álzanse cúpulas, basílicas, campanarios y obeliscos con profusión tal, que verdaderamente asombra al que no está preparado para tanto.

¡Oh, sí! Córdoba es una ciudad archicristianísima, aunque muchos de sus habitantes aseguran que es necesario no tomar como moneda corriente en la actualidad tantas iglesias y tantos campanarios, sino como señales de tiempos que fueron.

Esto no obstante, los presbíteros, las monjas y los frailes, no pululan hoy á millares por las calles como cosa de broma, y es fama además que todo lo pueden; porque ellos no han escogido por equivocación, ó por juego, la ciudad de Córdoba como ciudadela de su poderío en el Sur de América.

Dice la fama—y algún hecho parece corroborar lo que la fama dice—que el Gobierno, en

tiempo de elecciones, y en general siempre y en todo lo relativo al orden y á las instituciones públicas, se ve obligado allí á pactar, ante todo, inteligencias con las sacristías; necesidad que seguramente no tienen en ninguna otra parte de la República Argentina, donde, en cuanto á escrúpulos ortodoxos, suelen pararse poco. Sea de esto lo que fuere, allá ellos; no he de salpimentar el asunto.

Bajamos Schiffi y yo hacia el centro de la ciudad, que desde las primeras calles y desde las primeras plazas comenzamos á juzgar como la menos monótona de cuantas habíamos visto en esta parte de América. En esta ciudad el centro se halla, como en nuestras principales ciudades de Italia, en la plaza del Duomo.

Esta catedral majestuosa, en extremo complicada en su parte exterior por su arquitectura multiforme, recuerda el tipo bizantino, y en su conjunto la arquitectura romana de 1400, si bien, en sus variadas secciones, no puede afirmarse que represente una especie de transacción entre la arquitectura románica y el sistema de arco agudo, que en esta catedral está discretamente indicado. El conjunto es, por último, un monumento que delata las varias épocas en que ha sido hecho y rehecho: resulta imponente.

La importancia de esta catedral, con su grande y variado lujo arquitectónico exterior—del interior hablaré á ustedes luego—no impide que cuatro pasos más allá, no exagero, precisamente cuatro pasos más adelante, esto es, al principio del cuadro lateral opuesto, se halle otra iglesia de importancia: si continúan ustedes por la misma calle adelante, hallarán otras casas de Dios; si tornan á la plaza y penetran por calles distintas, verán más iglesias; si se internan ustedes en otras calles que también desembocan en la plaza, y en las que á su vez desembocan en éstas, tropezarán ustedes con más iglesias, y siempre lo mismo. Hasta en la hora, ya nocturna, de nuestra llegada á la estación, al pasar por delante de estas iglesias pudimos notar en sus porches—y casi todas los tienen al modo de las basílicas de Roma—un hormiguear de curas, de frailes y de monjas; un constante formarse reuniones y corrillos de santurronas. Entraban unos, salían otros, algunos se paraban, ya dentro del átrio, ya fuera, en tanto que las campanas lanzaban sus notas, sonoras y graves unas, más profundas otras y alegres á lo lejos. También para nuestro uso y consumo, mientras atravesábamos la plaza para llegar á una fonda próxima al Duomo, alguna beata murmura á nues-

tros oídos, sin duda de parte de Dios: *Buenas noches.*

Aunque el tipo de la ciudad se nos presentaba, hasta por las alturitas que la rodean, muy diferente de las otras poblaciones de la República Argentina (ya lo he dicho á ustedes: Rosario me produjo desde un principio el efecto de una Buenos Aires dentro de la otra, y Santa Fe el de un trozo de Rosario), comenzamos á reconocer en las plazas y en las calles la repetición de los usuales nombres de todas las calles de las otras ciudades, exceptuando *La Plata.*

También encontramos aquí los acostumbrados nombres de los héroes de la revolución. Aquí existe, por ejemplo, el general Belgrano, del cual, viendo tantos monumentos erigidos en memoria suya y hallándolo tan honrado en calles, plazas y hasta pueblos designados con su nombre, pensé que sería un verdadero Garibaldi de la América del Sur. Leyendo, sin embargo, la historia argentina, vi que dicho General—que fué realmente valeroso y mereció bien de su patria—riñó, como jefe, tantas batallas, que si las hubiese reñido en nuestro país, le habrían llamado gallo de pelea.

En Córdoba, si se exceptúa el Presidente y conciudadano (con respecto al cual no es fácil

presumir adónde llegarán la *monumentomanía* y las dedicatorias de sitios públicos por parte de sus paisanos), el grande hombre á quien mejor tratan es al general Paz.

Tiene el General una hermosa plaza de formas regulares, en la que se descubren (después de atravesar el grandioso puente con pretil de balcones á *Río Primero*, una especie de Sena reducido para Córdoba, que en cierto sitio—y uno de ellos precisamente el pasaje para llegar á la plaza del general Paz)—golpes de vista verdaderamente artísticos, grandiosos y dignos de ser fotografiados. En medio de la misma plaza se ha erigido al general Paz un monumento digno de atención, en el que existe una gran estatua de bronce. La inscripción hace recordar que el monumento fué levantado á expensas de la juventud de Buenos Aires y de los estudiantes de Córdoba.

Aquí nos encontramos siempre y en todas partes con el mismo General; su nombre tiene una calle, en medio de la cual visité la importante iglesia de la Piedad, edificada en 1860; existen además dedicados á su memoria no sé cuántos institutos públicos, cafés, fondas, posadas, incluso el establecimiento en que fuímos á parar Schiffi y yo con armas y bagajes. Como

si fuera poco todo esto, hay, por último, hasta un barrio del general Paz, en cuyo extenso contorno están incluídos, á más de gran número de iglesias, conventos vastísimos; en uno de ellos, y so pretexto de tocar un poco el órgano, mantuve una larga conversación con un fraile acerca de la supresión de las órdenes monásticas en Italia.

Otro grande hombre, que no puede quejarse de la República Argentina, es el general San Martín; éste ha dado también con su nombre títulos á varias casas... pero no á iglesias. La calle que lleva el nombre de este General sería indudablemente de las principales y se vería dotada, lo mismo que sus hermanas las otras calles céntricas, de tiendas magníficas y hermosas; pero las aceras se hallan á tal altura, con respecto al nivel de la calle, que si mi compañero Schiffi no hubiera estado listo en cogerme del brazo, mientras contemplaba yo muy admirado la muestra del *Almacén del pobre Diablo*, habría yo dado una caída peligrosa y me hubiera roto seguramente la crisma.

Quien se propone visitar una ciudad del todo nueva para él, comienza ciertamente del mejor modo posible estudiando el interior de la catedral. Eso hicimos también nosotros. Después

de contemplar la grandiosa fachada, el hermoso vestíbulo y las cuatro grandes estatuas de bronce que la adornan, además de la riquísima verja de hierro que la rodea, penetramos en el templo muy apercibidos para lanzar un *¡Oohl* de asombro, después de haber admirado aquella esplendorosa arquitectura del exterior.

Declaro francamente que no lancé el *¡oohl*, y que si bien el interior del templo, con sus tres naves, tiene indudablemente importancia, lo encontré muy inferior á lo que la llamativa magnificencia exterior prometía. Dije además para mi capote:

—¿Para qué tan caprichosos adornos en el exterior, si después, una vez dentro, hemos de ver un pavimento de tres al cuarto, y levantando los ojos a la bóveda, se echa de ver en seguida—¡y con qué evidencia!—que aquellos re lieves no son verdaderos, sino pintados, y muy pintados; si dirigiendo las miradas hacia el altar mayor, nada hay que ver en él sino su magnífica águila dorada, fabricada con hierro, aquí donde la plata, ya que no el buen gusto, abunda extraordinaria y profusamente; si las paredes están completamente destruídas; si en los altares secundarios se advierte, antes que ninguna otra cosa, la fealdad de los cuadros y la inge-

nuidad de los simbalismos con una impertinencia nunca vista de formas y colores y alegorías?

La iglesia metropolitana, como todas las demás de Córdoba, tiene gran abundancia de santitos y de mártires labrados en madera, y unos pretenden aparecer desollados, otros en éxtasis, y otros, en fin, mostrando las llagas. Ahora calculen ustedes qué efecto producirán en un genovés tales caricaturas, si ese genovés recuerda, aunque sea involuntariamente, las obras maestras del pobre Maragliano, de quien conservan bellísimas memorias tantas de nuestras iglesias.

En Córdoba, así dentro como fuera de los templos, noté una cosa extraña, que al pronto me pareció muy curiosa: Vi mujeres, aun de las principales clases, que hasta vistiendo traje de pobres, llevaban en ellos signos indudablemente frailunos. Explicáronme que se trata de penitencias especiales, así como de actos de particularísima deferencia de aquellas señoras con respecto á sus confesores.

Después de haber visitado á derecha y á izquierda toda la ciudad, entramos en uno de los cafés principales.

Cuando se me presentó el mozo para preguntarme lo que se me ofrecía, lancé otro de aquellos *¡oohl* de asombro, de los cuales, para

mi viaje á América, había hecho yo buen acopio. ¿Adivinan ustedes quién era el camarero? El lector inteligente lo ha adivinado ya; era Pablo, que después de mis confidencias se había apresurado á mudar de residencia y de establecimiento.

—¿Ha encontrado usted á su adorada? le pregunté.

—¡Oh! respondió Pablo. No es eso tan fácil, porque un convento no es una plaza. Pero tales esfuerzos he realizado, que ya sé cuál es el convento en que se halla mi Luisa. Aquí está todo en poder del clero; especialmente la instrucción. Luisa, como usted sabe, hizo en Italia los estudios para la carrera de maestra; es muy inteligente, y vino aquí agregada como auxiliar de una escuela, en la cual tienen privilegio de enseñanza las monjas de su convento. Esta escuela, que es también muy frecuentada por hijos de italianos, dista algunos metros del convento. Luisa sale de allí, á horas determinadas, todos los días menos los festivos.

—Comprendo, feliz enamorado, dije al oir tal revelación: de esa manera consigue usted ver á su Luisa cuantas veces quiere.

—Verla... y nada más. He tenido una suerte...

—Sepamos qué suerte ha sido esa.

—La familia en cuya casa tengo alquilado un cuarto, envía una muchacha á la escuela en que Luisa es maestra.

—¡Ah, picarón! interrumpí.

—Espero, replicó el mozo poniéndose muy serio, que no llevará usted muy lejos las suposiciones. Por muchas y muy amargas que hayan sido mis vicisitudes, mi amor se conserva siempre tan noble como al principio era. Para mí es bastante que la niña á quien veo diariamente en la casa en que habito, me hable de su buena y excelente maestra; y en esto nada hay de malo.

—Absolutamente nada. Es una satisfacción platónica.

—Confío en que todo esto concluirá bien.

—Y del tío de usted, ¿no hay noticia?

—Vive..., pero sigue siendo egoísta. Me escribió, no obstante, una vez para decirme que, informado de mi deplorable situación, se hallaba dispuesto á olvidarlo todo, siempre que yo, sin pensar más en mi locura, tornase á la patria. Yo le contesté manifestándole mi sentimiento de que, al cabo de tantos años, no hubiera aprendido á conocerme. Conviene advertir que en esa carta, en la cual me invitaba á regresar á Europa, decía también que no per-

donaría nunca las ofensas de su ex jardinero.

Como es natural, estas confidenciales expansiones del falso camarero eran frecuentemente interrumpidas por las llamadas de los parroquianos. Por lo que respecta á Schiffi, después de haber saboreado su café, como me viese completamente distraído en escuchar lo que aquel extraño camarero me decía, habíase ido á las oficinas de telégrafos. Poco tiempo después dejé yo también el establecimiento y tomé un carruaje. Supliqué al cochero que me llevase allí donde pudieran verse cosas nuevas...; pero evitando volver al Duomo y á su plaza.

—Querrá usted ver, me dijo, la iglesia...

—De iglesias, le interrumpí, me doy por satisfecho... Al pasar por unas calles y por otras, si encontramos algunas buenas fachadas de templo me detendré de muy buena gana un par de minutos, nada más, para contemplarlas. Pero ahora, siquiera por cambiar, preferiría ver algún teatro, si lo hay que merezca la pena.

—En el Teatro Principal, respondió el distinguido cochero, es donde se dan las representaciones de ópera italiana; pero ahora está cerrado. En el exterior nada tiene de notable...

—Renunciemos, pues, á ver teatros.

—¡Oh, eso no! replicó el auriga con cierto

orgullo: tenemos en Córdoba un teatro que es un verdadero monumento... Todavía está en construcción —aunque á punto de terminarse— una fachada como ésta no la tienen ni los teatros de Buenos Aires, ni los de otras muchas ciudades. Voy á llevar á usted, sin más discusión, á la calle de los Representantes, donde se halla el magnífico teatro denominado Juárez-Celman.

El cochero tenía razón. Hay en aquella fachada, si no precisamente una grandeza monumental (en este concepto aténgome á mi *Carlo Felice* de Génova y no busco más); hay, digo, en la fachada principal del teatro nuevo de Córdoba admirable buen gusto pompeyano. La columnata esbelta, graciosa, ligera... (y la denomino así por la sencillísima razón de que no es pesada) sustenta una elegantísima galería que es la cosa más teatral que puede imaginarse; en el sentido recto de cosa que sirve de adorno á un teatro. ¡Qué diablo! ¡Hay tantas iglesias que parecen teatros, y viceversa! El frontis de la parte central lo forma un hermoso bajo relieve; algunas estatuas adornan tan hermosa fachada. La escalera principal es cómoda y relativamente grandiosa, y debe de ofrecer un hermoso golpe de vista, máxime á la terminación de un

espectáculo en que se haya reunido público numeroso, con buen contingente de damas elegantes.

Además del hermoso teatro, es ocioso decir á ustedes que Córdoba tiene, entre otras cosas espléndidas, el Banco de la Provincia: grandioso, tanto en la fachada, en que hay mucho de teatro y mucho de establecimiento bancario, cuanto en la comodidad y magnificencia interiores. Es de construcción reciente, y fueron autores del proyecto (como lo fueron para el del teatro) los ingenieros Tamburini y De Franceschi, en colaboración con el ingeniero Roccioni. Durante el paseo en carruaje continué viendo, por un buen rato, por acá, por allá y por todas partes, hermosas fachadas de iglesias.

Muchos de estos templos, tales como la Concepción, San Justo y algunos otros, se hallaban en obras de restauración, y no se trataba, por cierto, de gastos insignificantes en los trabajos; *La Concepción*, por ejemplo, se restaura con tal lujo de dorados, que seguramente la cuenta de los gastos ha de ser espantosa...; pero tratándose de casa de Dios, no es cosa de escatimar el dispendio. Otras iglesias, importantes también, que á la sazón no se restauraban, tienen inscripciones en mármoles que recuer-

dan las fechas recientes de las restauraciones y mejoramientos llevados á cabo. No olvidaré cómo, habiendo surgido en mi ánimo la inspiración divina de entrar en el templo de la Merced, cuyo pavimento se hallaba formado por ladrillos, me horroricé viendo en un altar la monstruosidad terrible de un San Crisóstomo colorado: después he soñado con él en varias de mis noches más agitadas.

La abundancia excesiva de iglesias, entre bellas y bellísimas, feas y aun grotescas, en esta dichosa ciudad de Córdoba, no empece para que se haya pensado en otras cosas á fin de darle variedad y hermosura. Ya he dicho á ustedes algo del Teatro Nuevo—del Viejo hablaré en otra ocasión.—Ahora quiero decir dos palabras de cierta plaza, que es por sí sola un monumento.

La plaza de Juárez Celman *(ab Jove... principium)*... la plaza de Juárez Celmán tiene el carácter esencial de un monumento consagrado á... un vivo; se parece en el conjunto á la plaza Navona de Roma; muy revisada y corregida por supuesto, inclusa una fuente que podría, aunque muy de lejos, semejarse á la de Bernini. Figúrense ustedes, sin embargo, en esta gran plaza, un grandioso y elevado espacio central, en forma elíptica, rodeando la parte que po

dríamos decir monumental, en que hay tal derroche de obras, que bastarían para labrar un arsenal imponente. Aquí verán ustedes alzarse una selva de candelabros altísimos, de estatuítas, de asientos artísticos, de bagatelas de formas variadas, que dan al curioso completa idea del lujo monumental en la *plaza pública*, tal cual lo concibió el artista que imaginó el monumento. El artista imaginó, de seguro, en un momento de arrebato lírico, cuando se decretó que esta plaza fuese consagrada á honrar el nombre del actual presidente de la República, que Juárez Celman era el verdadero hombre de la Providencia para la América del Sur; un inmortal cuyo nombre debía servir de lema á su siglo. Es verdad que si los admiradores conciudadanos de Juárez Celman, el oscuro abogado, procurador cordobés pocos años ha, se hubieran decidido, estimulados por su entusiasmo, hasta elevar al vivo un monumento de una pieza sola, habríase corrido el riesgo de que, en las sucesivas vicisitudes económicas de la República, tocase á la estatua del vivo la suerte misma que tocó, por ejemplo, en Génova, en las postrimerías del siglo pasado, á la estatua, por no decir otra cosa, del padre de la patria Andrés Doria, el cual ¡pobrecillo! al cabo de muy cerca de dos

siglos de estar muerto, podía esperar que las iras de los partidos políticos respetarían su imagen. Y no obstante, pusiéronle una cuerda al cuello y le tumbaron en tierra.

Al Presidente vivo fuéle dedicada esta plaza; y ciertamente, cualesquiera que sean las alternativas y las variaciones de la República, y aunque las iras de partido ó las sugestiones del arrepentimiento puedan llegar hasta Córdoba, se pensará mucho antes de estropear aquella plaza-monumento. A todo tirar, y poniéndome en lo más desfavorable, la desbautizarán.

Aparte de esto, en Córdoba el Presidente paisano es muy querido. Y ya que hablo á ustedes de cuestiones de campanario, debo agregar á lo dicho que existe, desde hace mucho tiempo, un verdadero empeño entre las catorce provincias argentinas, menos una, la de Buenos Aires (y se comprende), de elevar á la Presidencia á un hombre que precisamente no sea de esta última provincia. Ya corresponderá á Córdoba, ya á Santa Fe, ya á Entre-Ríos, á todas, en fin, menos á la provincia de la capital. Desde hace cinco lustros se ha conseguido sacar triunfante este propósito, en odio á la capital *(in odium capitalis)*.

Realmente se ve casi por todo el mundo, en

la índole fraternal de las regiones, esta manera de quererse. ¡Guárdense ustedes, por ejemplo, en Barcelona, de considerar como español á quien cifra todo su orgullo en no ser otra cosa que catalán neto y puro, y guárdense de hablar demasiado bien de Madrid, de sus monumentos, de sus plazas y de sus habitantes, en Cataluña! (1).

Volvamos á las plazas de Córdoba. Hay una, la del Veintisiete de Abril, que parece una lindísima bombonera. En el centro se ve un lago, que juzgarían ustedes de agua azucarada. Dentro del lago se agitan barquitos y lanchas, que parecerían á ustedes figuritas de alcorza, ú objetos de mazapán, de chocolate, con azúcar y canela. En medio se distingue un hermoso templete griego, en cuyo interior se filtran figuras plásticamente eróticas. En todo el contorno del lago existe una hermosa verja, de labor delicadísima. Hay además hermosísimos árboles y,

(1) Esta afirmación, en cuyo fondo pudo haber alguna exactitud hace muchos años, resulta hoy bastante exagerada. Los odios antiguos entre castellanos y catalanes, odios que, por causas cuyo estudio no es de este lugar, llegaron á enconarse horriblemente, tienden á desaparecer, y hoy son en realidad cordialísimas las relaciones entre ambas comarcas.—*(N. del T.)*

sobre todo, plátanos soberbios, que forman á modo de un ceñidor verde, que encanta. El límite del lago se determina por elegantes palacios que, dada su poética situación, convidan á pasar allí una larga luna de miel. En aquellos países, cuando quieren, tienen muy buen gusto. Los hipócritas del italianismo se apresurarán á decir que, en todo caso, hemos sido nosotros los que hemos llevado ese buen gusto entre aquellos bárbaros.

Pero basta ya de hermosas y artísticas plazas, En la ciudad natal del señor Presidente, donde, en la época de mi viaje, desempeñaba el cargo de gobernador el hermano del Presidente mismo, había gran bullicio de fiestas con motivo de su elección; fiestas que amenazaban durar una cuaresma; como que fueron principalmente apoyadas por el clero.

Existe allí, á más de éstas, la plaza de Velez Sarsfield, que es toda un jardín de fragancia, de ornamento, de variedad. Hay también el mercado del *Noster*, que, si á ustedes agrada, pueden también nombrar *plaza*, y no pequeña. El tal mercado es espacioso y, en lo que á su aspecto mercantil respecta, útil, cómodo y ordenado.

Las tiendas de Córdoba rivalizan, en algunas

calles céntricas, en cuanto á belleza y ostentación, con las de Buenos Aires, que á lo sumo las superan en las muestras, por cierta ampulosidad de lo en ellas escrito.

Existe, por ejemplo, una librería en cuya muestra se ve escrito, en caracteres de gran tamaño: MARAVILLA LITERARIA. Y como no cabe dudar que mi libro resultará una maravilla... de ese género, ruego al editor que le procure un lugarcillo en el apetitoso escaparate de aquella librería. Vi también, y también llamaron mi atención, un *Almacén maravilloso*, un *Almacén de música y pianos de todo el mundo*... y así hasta parar en el consabido *Almacén del pobre Diablo.*

El palacio del Gobierno, el del Municipio, las escuelas, son otros tantos locales dignos de una población en que la elegancia no se eche de menos; algunas fondas son diez veces dignas de la capital por el lujo... y también por los precios.

CAPÍTULO L

La encantadora de serpientes.

Cuando me hube despedido de Schiffi, que había de proseguir el viaje hacia sus posesiones del Tucumán, pregunté al buen Pablo, á quien

visitaba yo con frecuencia en su café, qué otras cosas notables había que ver dentro y fuera de Córdoba.

—Fuera de Córdoba, me dijo el mozo provisional, debería usted ver, como cosa curiosa, la encantadora de las serpientes.

Se trataba de una hermosa joven que, en una barraca situada fuera de la ciudad, exhibía, en forma de espectáculo, además de su propia persona, algunas serpientes, las cuales se mostraban tan penetradas de la belleza de aquella joven, que se dejaban torcer y retorcer por sus diminutas manos, como si fuesen cosas de juguete.

—¡Bah! Una superchería, como tantas otras, dije.

—Pero esa muchacha, contestó Pablo, además de hechizar á las serpientes, ha hechizado también á varios jóvenes.

Dirigíme, en consecuencia, á las afueras de la ciudad. En Córdoba, los límites de la parte urbanizada aparecen señalados por montecillos, colinas estériles y cerrillos más ó menos solitarios, parte de los cuales van lentamente desapareciendo á medida que se ensancha la ciudad con aquellas hermosas calles de circunvalación que son ahora la gran moda en el mundo.

Lo mismo al Este que al Oeste de la ciudad

del señor ex-Presidente, se halla—muy pocos minutos después de haber contemplado las fastuosas mansiones, los templos monumentales, las elegantísimas posesiones—tal amontonamiento de cabañas, barracas, casuchas, de techo de paja las unas, de junco y tierra las otras, que no sería posible encontrar colección peor en un poblachón ó lugarejo de ningún país. Se llega además, y esto sucede también á las puertas de casi todas las grandes poblaciones del nuevo y del viejo mundo, á una molesta variedad de barracas destinadas á juegos y á espectáculos, en las cuales, aun visitándolas cien veces, se encuentra en la centésima visita algo nuevo que ver, si bien no siempre bello.

Entre estos hallazgos, y funcionando casi á todas horas, surgen aquellas *montañas rusas*, que constituyen otro de los modos indispensables de pasar el tiempo.

Ya tendrán ustedes algunas noticias de este armatoste: por planos inclinados, de zig-zags muy caprichosos, descienden, con violencia cada vez mayor, carricoches, en los que pueden tomar asiento las personas que no sean demasiado cobardes ante el peligro de romperse la crisma. Las emociones no faltan; el sudor es seguro; la respiración llega á faltar en algunos momen-

tos; en cierto día de los que pasé en Buenos Aires, faltó definitivamente á varios jovencillos, cuyo carricoche volcó desgraciadamente. Dos fallecieron del golpe, quedando los demás heridos más ó menos gravemente.

En los característicos alrededores de Córdoba verán ustedes además, entre una montaña, más ó menos rusa, y otra, sitios donde tirar al blanco, flautistas ambulantes, monos sabios, teatrillos Guignol y cafés, con ó sin música.

Después de dar muchas vueltas y de preguntar muchas veces, logré hallarme en la mansión de los hechizos. Sentíase en las inmediaciones un tufo que, para hablar con franqueza, me *hechizaba en contra*. No escaseaba la concurrencia; y un charlatán, colocado muy visiblemente en una especie de tribuna, gritaba en español bárbaro: «Vengan todos á ver á la hermosa hechicera, la rubia Eva, que con la fascinación de su mirada hechiza á la terrible serpiente de los bosques; la cual, libre de su prisión, estaría dispuesta á herir con su lengua venenosa al primero que hallase, y al ver á la hermosísima Eva permanece admirada de su belleza, le presta homenaje y acaba por dejarse manejar dócilmente.»

Sin escuchar toda la peroración de aquel pre-

gonero, penetré en el recinto encantado. No reseñaré á ustedes los espectáculos de introducción, inclusos los bailes de monos, para llegar pronto á lo importante.

Uno, dos, tres golpes; después una música, tal vez patética, pero de cuando en cuando algo desentonada, de flautines y clarinetes, colocados, á lo que podía colegirse, debajo del escenario. Todas las miradas se dirigen á los bastidores de la derecha, adonde se ha dirigido el foco de luz eléctrica: aparece, por fin, acogida por formidables aplausos, una mujer hermosísima, que adelanta con lentitud, envuelta en un gran manto de reina, y que se yergue con una diadema de piedras preciosas muy falsas, con la cual adorna la rubia cabellera que lleva, no tendida hasta la espalda, sino en trenzas, que le forman bello grupo sobre la nuca.

La bella se detiene próximamente en el centro del escenario; después, abriendo un poco su manto regio, extiende un brazo preciosamente torneado, mientras empuña una varita que figura ser mágica.

Desde la izquierda de los bastidores se oyen partir silbidos que quieren remedar una manifestación de las serpientes, pero que á mí me parecieron toscamente imitados. Después, de una

roca de cartón, que desde los mismos bastidores ha sido impulsada hacia adelante, levanta su cabeza una serpiente de gran tamaño y que nada tiene de falsa.

Lo que debía de ser falso necesariamente era los movimientos que, al extenderse aquella varita mágica, hacía una parte de la serpiente, casi á la altura de la hermosa maga, en tanto que el resto del cuerpo vibraba rápidamente, produciendo espantosas espirales. La cabeza del animal, que tenía fuera gran parte de la lengua, habría de estar sin duda ingeniosamente encomendada á una cuerdecilla, quizá metálica, que hacía bajar ó levantarse más ó menos al reptil, según las exigencias de la magia.

Entretanto, aquel levantarse de la serpiente iba acompañado, por la otra parte, con el más llamativo encanto.

Caía el manto de la bella hada y aquel manto desaparecía por los bastidores de la derecha. Con esto se ostentaba, en casi toda la admirable belleza de sus formas, la hermosísima encantadora. Digo casi toda, porque el blanquísimo seno salía con admirables ondulaciones fuera de una camiseta de seda rosa; camiseta que iba á perderse en el calzón muy corto de raso azul celeste. Veíanse además á la hermosa hada las

piernas maravillosamente torneadas y de una corrección indecible; terminadas, después de una procaz amplitud, en un adorno que embellecía más todavía el diminuto pie contenido en las botitas de raso encarnado.

Y sin embargo, en los movimientos de aquella mujer admirable había algo de embarazoso.

Apoderábase de todos los espectadores una admiración ardiente al fijar la vista en aquella exquisita belleza; y aún más que al fijarla en una y en otra parte, al recorrer una por una todas las bellezas de la persona. De la serpiente, que permanecía con la boca abierta esperando la orden, no se cuidaba nadie; porque los encantados por la hada éramos todos. Después el animal desapareció; pero la hechicera quedó allí, y al concluir aquella primera parte del encanto se escuchó un aplauso estrepitoso, que duró bastantes minutos.

Muchas veces se vió precisada la encantadora á presentarse al público, mostrándole la mejor de sus sonrisas, y con ella dos filas de dientes hechos á propósito para descubrirse en las grandes ocasiones; parecióme entonces que reconocía yo aquel rostro.

—¿Le habré visto en algún otro espectáculo? pensé primeramente.

Pero en este concepto no conseguí hacer memoria. Parecíame, además, que mi conocimiento con aquella prodigiosa criatura era de fecha muy reciente; que yo, más que haber sido su admirador mudo, la había hablado alguna vez; que, en circunstancias memorables, había yo tenido conocimiento menos... coreográfico con aquella muchacha.

Mientras la preciosa chica, llamada y vuelta á llamar al proscenio, se volvía, con gesto bastante desdeñoso, á un espectador próximo á mi y que ocupaba uno de los primeros asientos, que le había dirigido una flor más desnuda que ella, reconocí, casi sin duda alguna, á la hermosa muchacha de la fonda del Rosario; y por la natural asociación de las ideas, recordé la mala disculpa del vendedor de aquella desgraciada, cuando dijo que entendía labrar su fortuna encaminándola hacia el arte. ¡Este era el arte!

Aquello podía de todos modos ser solamente una semejanza; con tanta más razón, cuanto más cierto es que todas las rubias hermosas se parecen un poco, cuando caten ustedes que para confirmar mi creencia aparece en el escenario aquel mejicano á quien vi ultimar el negocio en la fonda; uno de aquellos tipos que, vistos una vez, no se olvidan nunca. El mejicano tomó

para sí una parte de aquellos aplausos y anunció cómo la encantadora, después de haber hechizado á la serpiente que, según el mejicano decía, con aquel levantar continuo de cabeza trataba de hacer á la hada un sinfin de cortesías, iba á dar principio el acto de juguetear con otras serpientes.

Dicho y hecho; al mismo tiempo en que el mejicano decía estas cosas, dos criados habían llevado al escenario un cajón; el mejicano, después de quitar algunas cubiertas, invitó á la hermosa á que sacase de la caja uno de aquellos animalitos. Vimos entonces la delicada mano de la hada sujetar un poco más abajo de la cabeza, y como á cosa de la mitad, á unas serpientes, no sin que se echase de ver el estremecimiento que le producía lo que estaba haciendo. Preciso es advertir, sin embargo, que aquellas serpientes, por decirlo así, más manejables, no tenían, ni con mucho, la vitalidad de la primera; movíanse lo necesario para que se conociese que no eran de cartón piedra; pero eran serpientes, por lo menos, algo atontadas.

Esta segunda parte, como se redujo á sacar cuatro serpientes para repetir con todas ellas las misma cosas, acabó por resultar algo fastidiosa, aunque siempre se admiraba á la hermo-

sa hada. Pensé, entretanto, y á fuer de buen impresionista, atenuar aquel fastidio requiriendo mi álbum, en el cual—¡que la sombra de Rafael me lo perdone!—he ido reuniendo durante el viaje mis notas *figuradas*. Era muy justo que la hermosa muchacha de la fonda del Rosario, y ahora la mujer hermosísima de esta casa de serpientes, tuviera en el álbum del viajero su sitio. La segunda parte del espectáculo se terminó con algo todavía más conmovedor, es á saber—como decía el mismo programa:—*El nuevo ceñidor de Venus*, que no era sino que una de las serpientes, quizá la más torpe, con la asistencia del mismo mejicano, se enroscaba en el talle de la hada. Gran impresión produjo en el público en un momento determinado, el oir, acaso á consecuencia de una presión demasiado fuerte y no anunciada en el programa, un lamento de la *diva*.

—¡No es nada! ¡No es nada!—se apresuró á decir el mejicano; y también este triste juego acabó entre frenéticos aplausos.

Faltaba aún la última parte del espectáculo; *Eva y la serpiente*. Durante el entreacto se colocó el mejicano entre los espectadores de las butacas, como quien está muy seguro de que esta parte de la función marchará por sí misma.

A una señal suya levantóse el telón, pero no aparecieron ni Eva ni la serpiente, si bien es verdad que mientras la orquestilla preludiaba notas que parecían tener sus ínfulas de paradisíacas, se presentó una nube que, desvaneciéndose gradualmente, acabó, cuando el cielo su pariente cercano dió permiso, descubriéndose las ocultas bellezas del paraíso terrenal. La belleza estaba allí efectivamente, es decir, estaba la hermosa rubia, cuya cabellera, en toda su exuberante majestad y no arrollada sobre la cabeza, se veía entonces por primera vez durante el espectáculo.

Pero la variación que más conmovió al público fué la del traje. Eva aparecía en este cuadro cubierta desde la mitad del seno hasta abajo por unas mallas que dejaban adivinar, mucho mejor que el otro traje, toda su maravillosa belleza plástica; las mallas solamente se hallaban interrumpidas por alguna que otra hoja apócrifa, ceñida en rededor de aquel cuerpo hermosísimo.

De unos ramos de madera y cartón recortados pendía una hermosa serpiente, atada de manera que la cabeza había de estar necesariamente hacia abajo, para decir con más comodidad á nuestra primera madre aquellas palabras

que las Sagradas Escrituras se encargaron de repetir á su debido tiempo.

Al descubrirse aquel nuevo espectáculo se producía, particularmente en el público de las últimas filas, un movimiento de levantarse para ver mejor, mientras se oían las voces de los que gritaban: «¡Sentarse! ¡Sentarse!» La joven, al desvanecerse la nube, estaba tendida de lado, con el codo en tierra y la hermosa cabeza apoyada en la mano, las piernas extendidas en toda su longitud, y, digámoslo otra vez, en toda su belleza.

La serpiente hacía en el árbol movimientos que indicaban con claridad el cansancio producido por aquella posición. Entretanto, la hermosa Eva debía mirarla fijamente; después, y poco á poco, levantarse como si la atrajera hacia el reptil fascinación irresistible: entonces era ella la hechizada. En el momento en que aquella mujer preciosa se hallaba levantada del todo, siempre con la cabeza vuelta hacia el ofidio y de espaldas al público, se desencadenaba en éste una furia de aplausos, una tempestad de aclamaciones, porque en aquel momento la ilusión no podía ser mayor ni más poderosa. Si la mujer aquella parecía al principio la hermosa estatua de Clizia, que en su rencor á la

rival vencedora yace contemplando al astro hermoso é infiel, ahora, al mostrarse de pie en toda la magnificencia de su hermosura, recordaba, lo digo bajo mi palabra de honor, las más bellas y clásicas estatuas de Venus; porque en ella había, no solamente la belleza vistosa y provocativa, sino la admirable exactitud y corrección de las líneas.

Por mi parte, para conservar más recuerdos del cuadro, había vuelto á sacar del bolsillo el álbum con el propósito de rehacer y mejorar, si lo conseguía, mi esbozo primero. En aquel momento el mejicano, que iba y venía de una parte á otra por las primeras filas, cambiando ya con éste, ya con aquél, alguna palabra como para recibir plácemes por aquella obra maestra, se acercó á mí. Después que hubo examinado el dibujo, como hombre convencido de que no era yo el primer pintor del mundo, dijo haciendo una mueca significativa:

—No es eso... no...; no es eso.

—Ciertas hermosuras, le respondí en seguida, son inimitables.

Aquel hombre egregio, muy satisfecho de mi rápida contestación y de los aplausos que en aquel momento resonaban más atronadores que nunca, porque la cabeza de la serpiente y la ca-

beza de la joven se habían aproximado como para darse un beso, me dijo:

—Parece que todo el público participa de la opinión de usted.

—Sí, le dije sin detenerme; sí, y participaría también de lo otro... con la serpiente.

La réplica hizo sonreir al mejicano: yo, por lo visto, estaba de suerte. Recobrándose después y adoptando aire digno de gravedad, me dijo muy serio, muy serio:

—De eso no se participa aquí.

A lo cual contesté:

—Y si se pudiera, ¿quién no participaría?

El otro, á esta salida, que tenía en mí, como ustedes comprenderán sin duda, la intención de averiguar la situación verdadera de aquella desdichada, me contestó:

—Como empresario, tengo todo mi interés en que esa Eva permanezca tal cual es, es decir, toda para el arte; nada más que objeto de espectáculo.

—¡Y qué espectáculo! interrumpí mientras la muchacha había levantado el brazo hacia el ramo funesto.

—Eso no quita, continuó diciendo el mejicano, que más de uno y más de dos hayan llegado á mí como serpientes tentadoras.

—¿Y usted se ha resistido? le pregunté con gran curiosidad.

El empresario, poniéndose la mano sobre la conciencia como él dijo, señaló con un dedo á la joven que en aquel momento había encontrado la fatal manzana, y añadió:

—Hasta hoy... está, mi palabra de honor, lo mismo que su madre la echó al mundo.

—Más vale así, dije.

Después, aquel hombre dignísimo prosiguió:

—Entre los tentadores hay, por ejemplo, un brasileño que nunca falta á la función de las seis. Ha pagado magníficas cenas á la muchacha.

—Y, como es natural, á usted también.

—Pero, replicó el mejicano, tornando á su gravedad, tantas veces puesta en olvido, á eso se ha reducido todo.

—Más vale así, dije otra vez.

—Figúrese usted, continuó diciendo aquel tunante, que este brasileño pretende comprarme, sin más ni más, á la rubita.

—¿Para hacerla también... artista? preguntó este malicioso servidor de ustedes.

—Nada de eso, me respondió candorosamente el mejicano. Ese millonario está loco, perdido por la chica.

—¿Es muy rico?

—¡Puf! ¡Riquísimo!

—Entonces es un tentador muy poderoso.

—Si yo dijera á usted... comenzó á explicar el mejicano.

Después, interrumpiéndose de pronto, me preguntó:

—¿De qué país es usted?

—Soy genovés.

—Corriente; los genoveses saben lo que vale el dinero, dijo el mejicano, en honra grande de mi raza. Pero, continuó, le diré que me parece usted todavía muy nuevo en América.

—Novísimo, le dije.

—Sepa usted, agregó, que mi brasileño ha llegado hasta ofrecerme, ayer tarde, sin ir más lejos, en uno de sus transportes furibundos, quince mil escudos si le vendo esa muchacha.

—¡Vendérsela como le vendería usted un cordero! exclamé.

—Sí; pero á un precio un poco más alto, contestó el otro, dignándose celebrar con una sonrisa su propia ocurrencia.

—Precio de pasión, dije.

—Supongo, replicó el empresario, que el brasileño es muy capaz de ofrecerme aún más esta noche.

Estas ofertas gigantescas, por si llegaba el caso de entrar á la puja, me daban en qué pensar. Para no perder tiempo, comencé á emborronar en mi álbum la imagen de la prodigiosa criatura.

—Deje usted eso para luego, me dijo el mejicano; de prisa y corriendo no llegará usted nunca á reproducir su tipo.

—¿Y qué he de hacer, si no lo hago de esta manera?

—Pues vaya usted á copiarlo del mismo modelo.

—¿Y adónde?

—Al escenario.

Estas palabras abrieron para mí las puertas del Paraíso.

Tener ocasión de acercarme á la hermosa vendida en el Rosario; encontrar acaso, á hurtadillas, algunas explicaciones acerca de su situación, del trato que le daban; ¿qué otra cosa podía yo desear?

Acepté, pues, con entusiasmo, la proposición. Pero el truhán me tiró de pronto el *sablazo*.

Estaba mirando, hacía ya algunos minutos, un dije de oro de ley, en forma de herradura, ciñendo una cabeza; dije que había yo adquirido

en el Zigliara de Génova, y llevaba en la cadena de mi reloj.

—Satisfacción por satisfacción, me dijo el tunante, que había notado de sobra mi contentamiento en acercarme á la rubia. Dejo á usted copiar á esta incomparable Eva, y usted me regala este dije...: lo conservaré como recuerdo.

—*Do ut des*, lo comprendo.

Además, aquella baratija me importaba muy poco. Aquel objeto no me había costado más que algunas pesetas. Eva ya valía un dije; lo desenganché de la cadena y se lo di al pedigüeño.

—Creí que pesaría más, dijo él haciendo saltar el juguete en la palma de la mano.

—Lo doy tal cual es.

—Corriente, contestó aquel caballero guardando el dije.

Entretanto, y volviendo al espectáculo, Eva, cogiendo la manzana y después de decir algunas palabras al oído á la serpiente, había des aparecido por los bastidores de la derecha en busca del Adán hipotético. Una vez fuera de escena la joven, el tiempo ó—por ser más preciso—el escenario se oscureció de pronto, y transcurridos algunos minutos, se disiparon las nubes; reapareció entonces, en apoteosis luminosa, la bellísima rubia, de pie en la parte su-

perior de una media luna muy grande y que representaba una parte de nuestro globo, mientras un cohete final, especie de rayo vengador, de arriba abajo, obligábala de pronto á bajar la cabeza y á doblar las rodillas aterrada, en una actitud tal, que acabó por enloquecer completamente al público.

Cayó el telón, y el mejicano, sin dejarme que uniera á los de la concurrencia mis aplausos, me dijo:

—Sígame usted...

Al seguirle hasta el interior de sus dominios reservados, tomó para mí las proporciones de un *pachá*.

Ya estábamos en el escenario, mientras el público proseguía produciendo huracanes de aplausos y haciendo salir á la *diva* infinitas veces. El mejicano, indicándome que me detuviera en los bastidores, me dijo que esto era ya una concesión de alguna importancia; que después haría á la modelo recibirme en un sitio mejor iluminado, y en que encontraríamos también donde sentarnos.

Lo menos fueron cinco las llamadas á escena que presencié.

Después de la cuarta salida, el amo gritó á su esclava:

—Ya te he dicho que cuando el público se entusiasma, conviene enviarle algunos besos. ¿Has oído?

—¡*Testaruda!* ¡*Muy testaruda!* dijo á la sazón una mujerona de color de aceituna y de nariz bastante voluminosa. Debía de ser la encargada de vestir ó, mejor dicho, de desnudar á la Compañía; porque llevaba al brazo parte de las prendas servidas á la artista durante el espectáculo.

Terminaron las llamadas; la rubia se dirigía á su cuarto, cuando el mejicano, separándose de mí, que no traspasé los sagrados límites de los bastidores, le dijo:

—Mira, hay aquí un caballero que desea copiarte como ahora estás; ven á mi cuarto.

La rubia escuchó con visible disgusto la orden.

—¿Has oído? preguntó, en voz más alta, el empresario.

—Estoy muy cansada, dijo la joven.

—No hay cansancio que valga, insistió bruscamente el mejicano. La posición precisa para sacar un retratillo, agregó, no puede fatigarte. Ven.

Al decir esto, el árbitro de la bellísima Eva, cogiéndola por la mano, me hizo seña de que los siguiese hacia el fondo del escenario.

—¡No quiero! exclamó de repente la chica, que había sospechado no sé qué trama.

Al mismo tiempo, se desprendió con fuerza de la mano de su señor.

Si la penumbra en que yo me hallaba no le hubiese impedido reconocer en mí á su defensor de la fonda del Rosario; aquel cerca del cual, perseguida por un impertinente, había ido á guarecerse, presumo que no habría mostrado tal resistencia.

Indignado sobremanera por tal desobediencia, aquel poco menos que negrero, gritó:

—¡Mira que te pego!

Al propio tiempo, la mujerona de color de aceite gruñía por lo bajo:

—*¡Cabezuda! ¡Muy cabezuda!*

La fugitiva había entrado ya por una puerta del fondo, tal vez la de su cuarto, y estaba á punto de cerrarla. El mejicano llegó á tiempo para agarrarla por un brazo, en tanto que yo, disgustadísimo por ser causante involuntario de todo aquello, gritaba en vano que renunciaba á mi proyecto. Asegurada la víctima, aquel bruto la arrastró un gran trecho hacia los bastidores hasta hacerla caer; y como se le escurrió el brazo de la desgraciada, la asió de los cabellos, y obligándola á inclinar la frente hasta

el suelo, golpeó por dos veces bárbaramente la espalda de la joven. La infeliz lanzaba gemidos desgarradores; adelantándome irritado, grité al verdugo:

—¡Así no se trata ni á los animales!

El otro, sin soltar los cabellos de la joven, respondió:

—Me llena de rabia que me desobedezca.

—Sí, rabia de perros, dije colocándome entre el dueño y la sierva.

Esta obstinación mía en defender á la pobre niña, acabó por encolerizar al bruto contra mí, casi más que le había encolerizado la desobediencia de su víctima.

—En último resultado, me dijo, soy muy dueño de hacer con ella lo que me acomode.

—Falta verlo.

La pobre muchacha, oyendo resonar palabras resueltas de compasión hacia ella, acaso por primera vez desde que se hallaba en aquel triste lugar, suspendió el llanto para oir mejor aquella defensa, que debía de parecerla sumamente extraña.

Al oir mi última observación, el mejicano comenzó á gritar cada vez más excitado:

—Sí: soy muy dueño de hacer con ella lo que quiera. Es cosa mía.

—¿Con qué derecho es cosa de usted?

—Con el derecho de que me pertenece.

—En ese caso, dije muy enérgicamente, esta niña me pertenece á mí más que á usted.

El mejicano quedó asombrado al oir tal afirmación.

—Oigamos, oigamos, ahora mismo, gritó, esos derechos de usted. Oigámoslos.

—Es compatriota mía, respondí.

—No es de Génova, interrumpió el otro, invocando esa necia diferencia que muchos pretenden establecer entre los genoveses y los demás italianos.

Nada esperaba yo más satisfactorio que esa respuesta.

—Lo sé perfectamente, dije; esta joven no es de Génova; es de Vercelli, y un pariente suyo, miserable, la ha vendido en una fonda del Rosario. Ya ve usted que estoy enterado de algunas cosas.

A estas palabras la hermosa rubia se había incorporado, y mirándome con gran atención, parecía que, en aquella media oscuridad, me había conocido en la voz. La satisfacción de oir al cabo algunas palabras en su defensa, transparentábase en su hermoso semblante.

Mis palabras habían impresionado también,

aunque en diferente sentido, al mejicano. Intentó contestarme que yo no sabía lo que estaba diciendo; pero le repliqué ratificándome, con más firmeza, en mis afirmaciones.

Entonces mi hombre sacó furioso del bolsillo el dije, al cual por mi parte había ya dado la última despedida, y me lo entregó diciendo:

—Ya no hay ningún asunto entre nosotros.

—Perfectamente, dije, no hay asuntos.

—Ahora váyase usted, replicó él, cada vez más irritado.

—Nada me queda, por ahora, que manifestar á usted, le dije.

Y salí del escenario. Estoy seguro de que no adivinan ustedes lo que el mejicano me dijo cuando estuve en la puerta:

—¡Éste debe de ser uno de la policía!

Era la flecha del Parto.

La verdad es que nunca había yo deplorado tanto como en aquel momento no tener alguna fuerza de policía á mis órdenes.

Abandonado aquel espectáculo de martirio, anduve discurriendo mil proyectos de reivindicaciones, de libertad para la oprimida, con respecto á la cual me mortificaba más cada vez la idea de que había ido, en un momento determinado, á ponerse bajo mi protección y que

ahora nada podía hacer yo en favor suyo, cuando por mi culpa le habían golpeado brutalmente.

El pensar en esto me desconsolaba.

Durante la noche soñé hasta que había yo prendido fuego al maldecido teatrucho; que había abrasado allí á todos: al amo, á las serpientes, á la mujer de color de aceituna, salvando únicamente á la hermosísima rubia, á la cual tornaba yo á conducir, muy regocijada y muy agradecida, bajo el hermoso cielo de Italia.

Necesitaba yo para todo esto un aliado: era menester que consiguiese, lo más pronto posible, conocer el nombre y el apellido de la desventurada. ¿Cómo lograrlo?

El único amigo que á la sazón tenía yo en Córdoba, era Pablo; Pablo, por cuyas indicaciones precisamente había ido yo á ver el teatrillo de la encantadora. Pablo era, además, el hombre á quien me era posible encontrar más fácilmente en cualquier momento. Dirigí mis pasos, por consiguiente, al café, muy de mañana todavía; referí al falso camarero todo lo sucedido y le rogué que viese de encontrar, con cualquier astucia, la manera de adquirir datos precisos acerca de la muchacha; por lo menos su nombre y su apellido.

Pablo, joven de corazón, conmovido por mi relato, condescendió á trabajar en pro de la justa causa, y á dirigirse al lugar de la acción á las seis de la tarde.

Así fué. A la hora convenida enderezamos nuestros pasos hacia la casa *serpentera*, que yo esperaba y deseaba ardientemente dejar sin *hada*. Llegados al sitio, tuvimos la desagradable sorpresa de hallar cerrado el teatrucho.

¿Cerrado? ¿Pues cómo?—me preguntaba yo á mí mismo.—¿No es ésta una de las horas señaladas para las representaciones? Lo más extraño era que habían desaparecido también del frontis de aquella barraca los cartelones grandilocuentes.

Resolvimos preguntar á cualquier vecino de aquella qué había ocurrido á las serpientes, á la hechicera y á su propietario relativo.

—A estas horas, me respondieron, la hermosísima encantadora viaja... y en muy buena compañía.

—¿Viaja?

—Seguramente.

Aquella respuesta me asombró; la barraca estaba allí, delante de mis ojos; no se me podía decir, por consiguiente, que el mejicano había levantado sus tiendas.

—Pero, en resumen, pregunté: ¿Qué ha sido de la muchacha rubia?

—Ha sido, me contestó un vecino, propietario de cierto kiosco de licores, que el mejicano ha hecho el negocio.

—¿El negocio? ¿Cuál?

—Más diré, el negociazo, replicó el otro, que era un italiano. Se sabe que la hermosa rubia había levantado de cascos á más de uno, hasta el punto de que ayer por la tarde, terminada la representación, se ultimó el negocio con un brasileño, que seguramente la habrá pagado bastante cara. Era un tipo que venía asiduamente á contemplar á la muchacha.

—¿Y ahora? pregunté muy impresionado, viéndome compelido á creer aquello de lo cual tenía yo, como recordarán ustedes, algunas noticias.

—Pues ahora, me respondieron, el brasileño, que ha pagado á peso de oro, admira á la preciosa rubia, pero á solas con ella.

—¿Pero adónde se la ha llevado?

—Se sabe que han partido: él, la muchacha y un esclavo negro esta noche. Nosotros los hemos visto subir al carruaje que estaba cerca de la puerta del teatro.

—¿Y cómo, pregunté todavía, se conformó la desgraciada con esta cesión?

Pablo, joven de corazón, conmo
relato, condescendió á trabajar en
ta causa, y á dirigirse al lugar
las seis de la tarde.

Así fué. A la hora conve
nuestros pasos hacia la cas
esperaba y deseaba arr
hada. Llegados al sitio, t
sorpresa de hallar cerr
¿Cerrado? ¿Pues c
á mí mismo.—¿No e
ladas para las repr
ño era que habí
frontis de aquell
dilocuentes.

Resolvimos
aquella qué
la hechicera
—A est
sísima en
compañí
—¿V
—Se
Aq
estab
decir
leva

...ado,
...uaje, su
...cho, le pre-
...terés si desea-
...llevarle una copa
...a casi no probó.
...ella barraca no era pro-
...o, sino que la tenía en al-
...parte, se había ausentado
...para aquel teatrillo serviría para
...cualquiera... de los de menor

...ustedes pueden figurarse, por
...en sus comienzos mi empresa de
...constituía el mejor de mis
...é con Pablo á la ciudad.
...me encaminé, me preguntó el joven, des-
...Dígame usted,
...pues de largo rato en que anduvimos taciturnos
...y silenciosos: ¿se había usted enamorado un
...poco de esa señorita encantadora de serpientes?
...—Enamorado no, le contesté, porque de ese
...pie ya no cojeo; en extremo compadecido, sí;
...tanto más cuanto menos puedo poner en olvido
...que hubo un momento en que la pobrecilla re-

ección. ¡Qué fatali-
iguar ni aun el

yo decidido irre-
quellos sitios. Ya he
varias ocasiones, de la
que parece pesar sobre
es en la América del Sur.
dió el caso de que el señor
ni, el comerciante italiano más
más estimado en Córdoba, para
Buenos Aires me habían dado una
dación, habiendo tenido noticia de mi
de ser y de la poca fe que yo concedía á
recomendaciones, quiso, por una vez, de-
ostrarme que siempre hay quien sabe honrar
esa vetusta institución mucho más allá de lo
que, esperando muchísimo, podría esperarse.

El Sr. D. Luis Vicini me declaró inexorablemente su prisionero por varios días; puso á mi disposición, durante aquella dulce esclavitud, su tiempo, que era, sin embargo, precioso; su carruaje y su escritorio. Me aseguró que aunque yo creyese haber visto algo de Córdoba, no había visto nada. Y me dió una prueba de esto haciéndome conocer muchos sitios y muchas cosas en que hasta entonces yo no había repa-

rado. Fuimos juntos al antiguo teatro de la Opera, donde oí un *Nabucco* admirablemente desempeñado, como estaba yo muy lejos de esperar. Aquel teatro era bastante gracioso en el interior; en lo que respecta á la fachada, parecíame propiamente que daba acceso á la tienda de un ropavejero.

Después de las robustas piernas de Abigail, admiración de todos, el objeto que más se admiraba y que más importancia tenía era el hermano del Presidente, un viejo gordinflón.

En el terreno del arte he observado que en América no existe la costumbre de mutilar musicalmente nuestras óperas. Quieren allí oirlas enteras y tales cuales fueron escritas. Y en desquite sucede también que hay más indulgencia para soportar y aun respetar á un buen cantante ya envejecido, y por consiguiente también de poca fuerza. Se respeta un hilo de voz, cuando representa una ruina venerable; con dificultad se tolera una nota desafinada.

En la América del Sur existen costumbres muy extrañas: lo he dicho y lo he demostrado varias veces. Ahora voy á señalar á ustedes una. El Sr. Vicini, viendo que yo pensaba marcharme mucho más pronto de lo que él había determinado, me preparó una sorpresa.

Mandó un día retirar, sin decirme oxte ni moxte, mi equipaje de la fonda en que yo me hospedaba, y lo hizo poner en secuestro en la fonda de Roma. Después, menos mal, me avisó de lo que había hecho para que yo pudiera arreglarme. De tal suerte lo hizo, que prolongándose mucho más de lo previsto mi residencia en Córdoba, concluí por conocer palmo á palmo aquella ciudad; y si no digo aquí más de ella, es porque ahora estoy ya muy fatigado y temo que á ustedes les suceda lo mismo.

A todos aquellos de ustedes que viajen les deseo siempre buenos Vicini como el que tuve en Córdoba, la ciudad que me costó una de las más dolorosas heridas del alma.

PARTE CUARTA

DE CÓRDOBA Á BUENOS AIRES

DE BUENOS AIRES Á GÉNOVA

CAPÍTULO LI

La línea central de Córdoba-Rosario.—Cambio á la vista de Buenos Aires.—El señor Berio.

El hombre propone; pero... á menudo se indispone. Habíame dicho yo á mí mismo:

—¿No le parece á usted, señor mío, ahora que ha visitado usted las más importantes colonias; ahora que tiene usted vista y más que vista á Córdoba; ahora que ha navegado usted hasta el Paraná: no le parece á usted, pregunto, que sería conveniente recorrer alguna otra provincia, y aun extender los límites de su programa fundamental trasponiendo la jurisdicción de la República Argentina y llegando, por lo me-

[illegible] que es un nombre de [illegible] indispuesto. Además, el [illegible] cansado. Verdad es que [illegible] desde Rosario ó Santa [illegible] Paraguay [illegible] un buque. Pero yo estaba [illegible] de los buques. Los ferrocarri- [illegible] en las llanuras, con vagones cómodos y sin [illegible] se hayan de atravesar túneles, me fatigaban; [illegible] del buque sobre las ondas plá- [illegible] del alto río, me fatigaba lo mismo.

Reflexionando que, en resumidas cuentas, sin [illegible] mayor, casi ahorrándome alguna fa- [illegible] recorrería parajes nuevos aún para mí, [illegible] billete hasta Rosario (siempre que pienso [illegible] Rosario me acuerdo inmediatamente de la [illegible] rubia) por el ferrocarril central, que ex- [illegible] una Compañía inglesa. ¡Si ustedes vieran [illegible] vagones de aquella línea! Una hermosura; [illegible] modelos de amplitud y de comodidades [illegible] las dos clases; de escrupulosa limpieza. Yo [illegible] figurado que los ingleses deben de ser [illegible] muy aseados, especialmente cuando [illegible] realizar el aseo en casa ajena.

Toman ustedes sitio en un vagón de la línea directa de Córdoba á Rosario, y les parece que se hallan, no en un vagón, sino en una casa

adornada... y hasta muy bien amue-
especialmente si la suerte hace que les
á ustedes por compañía en el coche algu-
graciosa representante del otro sexo.

En esta línea explotada por los hijos de Albión se anda mucho más rápidamente que en las otras. Es un mal; pero... si sobreviene alguna imprevista interrupción es, por lo general, debida á cualquier descarrilamiento.

En la línea central de Córdoba á Rosario falta aquella riqueza de bosques que admiré á lo largo de la línea de San Francisco. De repente sobrevino una parada, y se anunció á los pasajeros que era necesario apearse, tomar las maletas y esperar otro tren que viniese en dirección opuesta.

Estábamos muy próximos á llegar á Villa María, una de las estaciones más anheladas de los viajeros, gracias á sus veinte minutos de parada *para dar á los viajeros tiempo de comer;* es decir, de tomar sitio en un *modesto restaurant;* modesto en todo... menos en los precios.

¿Qué había ocurrido que producía tan inesperada suspensión? Una cosa sencillísima en aquella línea, y también en otras: un choque en la misma vía, acaecido pocas horas antes entre un tren y una locomotora. No había habido

muertos, pero sí bastantes heridos. Entretanto á nosotros los del tren que hubo de interrumpir su marcha, nos tocó el desagradable desfile ante un hacinamiento de vagones, la mayor parte de mercancías, hechos añicos, y además una locomotora... completamente destruída. Sobre los restos había tendido algún contuso. Nosotros murmurábamos, al desfilar, el triste *hodie mihi, cras tibi* (1). La interrupción vino á costarnos la pérdida de cerca de una hora; pero nos pareció poco pensando que á los del otro tren les había sucedido algo peor. Cuando pudimos continuar el viaje hacia Rosario, tomaron también sitio los heridos. Entretanto el tren que había llegado para sustituir al detenido corría con una velocidad que no recuerdo otra parecida en mis memorias de viajes por ferrocarril. Aquello no era ya correr, era volar; lo cual respondía seguramente al deseo de ganar el tiempo perdido.

Llegamos, sin otro incidente, á Rosario á cosa de las ocho y media de la tarde. Allí pasé por fuerza otra noche, habiéndome caído en un foso; pero no quiero molestar á ustedes relatándoles mis desgracias, y me pongo de un salto

(1) Frase latina que significa: *hoy, yo; tú, mañana;* ó más vulgarmente: *hoy por mí y mañana por ti.*
(N. del T.)

en Buenos Aires, adonde llegué al siguiente día.

Mi regreso á Buenos Aires me reveló el fenómeno de la rapidez prodigiosa con que puede cambiar en América la fisonomía de una ciudad; que equivale á decir la fisonomía de los negocios y sobre todo la de los negociantes. Había yo partido para las provincias cuando todo eran ilusiones todavía; entonces acababa de decir el Presidente en el Congreso que la República Argentina no se había encontrado nunca en tan próspera situación (véase el capítulo XXIV); se habían verificado en Buenos Aires las fiestas más ruidosas y de mayor suntuosidad que acaso se recuerdan en la República Argentina (véanse los capítulos XXVII y XXIX); había yo dejado los negocios en su apogeo (véase el capítulo XXVI). Había bastado un intervalo de algunas semanas para que todo lo encontrase transformado: el cambio del oro se aproximaba, á pasos agigantados, al doscientos; la indiferencia, que tanto había durado, acerca de las oscilaciones del cambio, arraigada generalmente en que sólo se trataba de un juego de la política para derribar á un ministro y elevar á otro, comenzaba á desarraigarse. Principiaban simultáneamente á enseñorearse de todos los ánimos el temor, el desaliento y la desconfianza. El marti-

rologio de las quiebras registraba ya algunas víctimas muy notables; el comercio, en general, empezaba real y verdaderamente á resentirse de las consecuencias del cambio y de todos los otros daños producidos por una situación durante tantos años disfrazada, y por operaciones que semejaban vida y que solamente eran fuegos fatuos que anunciaban la muerte. Aunque los optimistas sostenían que el agio del oro había tocado ya su límite superior y que el período del mejoramiento estaba próximo, muchos otros principiaban á pensar que ahora, lejos de estar en el punto máximo de una gravedad relativa, se estaba en los comienzos de una crisis funesta, ruinosa, inexorable, que había de perturbarlo todo, hombres y cosas, gobernantes y gobernados.

Esto no obstante, Buenos Aires, la gran Babilonia de la confusión de las lenguas, de las ideas, de las aspiraciones y de las catástrofes, seguía divirtiéndose, regocijándose y, como suele decirse, dándose buena vida, ó poniendo á mal tiempo buena cara, á pesar de hallarse el horizonte lleno de nubarrones y de notarse el relampagueo présago de la tormenta, que enviaba ya á la atmósfera sus siniestros reflejos. Muchos que, aun en aquellos momentos de terri-

bles luchas, parecían muy seguros de su posición y continuaban imponiéndose en los negocios y divirtiéndose fuera de los negocios, debían, transcurridas muy pocas semanas, convertirse en protagonistas de las verdaderas catástrofes; baste mencionar, por todos, al señor don Alejandro Ferrari, hijo del ex intendente general de la duquesa de Gallieri, al cual habíamos visto todos, poco tiempo antes, acompañando á su padre y á la señora de su casa; lucir alegremente los trenes más ricos y los mejores troncos de la ciudad en el paseo de Palermo; ocupar en el teatro de la Ópera un palco magnífico; encabezar toda operación bancaria de alguna importancia; figurar, por fin, en primera línea en toda manifestación de lujo y de grandeza, y ahora en vísperas de quebrar... y de ser reducido á prisión.

He observado que precisamente en aquella época el municipio porteño presentaba cada día nuevos animales raros en el paseo. No pasaba día en que no se notara la llegada conmovedora, ya de un oso blanco, ya de una jirafa; ora de una curiosa colección de micos, ora de las aves más exóticas. Era extraño que tanto se gastase en hacer venir animales nuevos. Y era el municipio mismo, incluyendo en esto al Gobierno,

que, pocos meses después, había de decir á los empleados, bastante atrasados en el cobro de sus haberes: «si queréis algo á cuenta de vuestros alcances, puedo daros billetes de la lotería; que, al fin, el vivir de esperanzas es siempre para vosotros un modo de vivir;» era el municipio mismo que, poco, después, debía disminuir la ya disminuída luz del alumbrado público y realizar también radicales economías en la limpieza de las calles; aun siendo en detrimento de la higiene, cuyas oficinas le costaban millones.

Ahora permítanme ustedes que también hable un poco de mí, uno de los predestinados á no poder arruinarse nunca. Yo me veía precisado á limitar mucho mis correrías por Buenos Aires durante aquellos pocos días que habría de ser aún americano, porque si mi caída en un foso de Rosario no me había producido precisamente la rotura de las piernas, desgracia de la cual me salvó el lodo, al que tanto había yo maldecido injustamente, me dejó una pierna tan horriblemente dolorida, que no me era posible andar sino con mucha lentitud y cojeando.

Los ángeles consoladores, en aquel período de forzosa prisión, fueron los amigos. Aunque, entre otras varias, recibía yo también la

visita de un egregio médico, mi amigo el doctor Boeri, no quise probar ningún remedio, porque deseaba dejar toda mi curación al gran curandero que se llama *el mar*.

Comprendo perfectísimamente que de mi pierna les importa á ustedes muy poco, y pongo aquí término á esta digresión.

En aquellos días fueron á ser de los nuestros dos nuevos amigos (los llamo nuevos aunque para mí, en cuanto á la fecha de su amistad, eran ya muy antiguos): el dignísimo D. José Berio, que por segunda vez había ido á visitar aquella República, y el Sr. Murialdo, que le acompañaba.

Decir á ustedes que el insigne señor Berio fué recibido en Buenos Aires como lo había sido en Montevideo, con las mayores muestras de estimación y de afecto, sería superfluo, por ser eso cosa sabida.

Básteme decir á ustedes que miles y miles de personas aman al abogado señor Berio en la Plata, como le amo yo en Italia desde hace treinta años. Ya he dicho á ustedes que en la nación argentina se aprende á querer como amigos antiguos con una rapidez vertiginosa.

Al día siguiente de haber llegado las señoras Berio y Murialdo, fueron á buscarme para que

almorzásemos juntos en el *restaurant* más frecuentado por las gentes de negocios, y que se llama: *Restaurant Felipe*.

Apenas vieron á Berio, rodeáronle todos, y todos pretendían tomar sitio cerca de nuestra mesa; aun los que todavía entonces se nombraban los *Nababs* de la Bolsa; si bien, como he dicho, se estaba ya en las refriegas de la ruina.

Todavía reinaba alguna ilusión en la Bolsa; el ministro de Hacienda, Varela, estaba próximo á caer, y esto se decía sin reparo entre los bolsistas.

—Ya verán ustedes, exclamaban algunos, de qué manera con nuestro poder logramos transformar el estado económico de la República, y sobre todo disminuir el cambio cuando haya caído ese ministro de nuestra desgracia, y el oro pueda negociarse otra vez en Bolsa. No hay que decir que nosotros mandamos, y que todo este asunto del cambio, que asusta á los pusilánimes y tontos, es un arma política y una represalia. Pero América siempre es América.

Al decir esto, aquellos árbitros de las fortunas lanzaban al aire grandes bocanadas de humo, de sus tabacos.

Siempre recordaré que el señor Berio, vol-

viéndose hacia muchos de aquellos todopoderosos, les dijo:

—La fama atribuye á usted, señor N. N., tal fortuna; á usted, señor N. K., esta otra; á usted, señor X., la de más allá.

Se hablaba de millones, y los interlocutores admitían modestamente la realidad de las cifras.

—Pues bien, continuó diciendo el señor Berio; si yo estuviese en el pellejo de ustedes y á estas alturas, me contentaría con la fortuna hecha ya, y procuraría asegurarme una parte de ella, libre de todo riesgo.

—¿Para qué? respondieron aquellos cartagineses sonriendo; en estos países se va siempre adelante...

Si hubiera estado presente allí el famoso Taglierini, habría dicho, por vía de epifonema:—¡Qué pequeños somos!

Habían pasado muy pocas semanas y, según supe en Italia, aquellos que entonces hablaban con tal soberbia de sus colosales fortunas, estaban ya en el precipicio, sin que les quedase más que el amargo recuerdo de las riquezas perdidas.

CAPÍTULO LII

Las instituciones italianas en Buenos Aires.

Antes de abandonar esta ciudad hospitalaria, me parecería una verdadera injusticia de parte de un italiano, no dedicar un eapitulito á las instituciones italianas, que son allí muy numerosas y muy florecientes, porque los italianos emigrados á Buenos Aires han demostrado muy pronto su poderoso espíritu de asociación, de socorros mutuos y de previsión, Para enumerarlas utilizaré las interesantes noti. cias coleccionadas en el número único publicado en la capital de aquella República, del periódico *Pro Patria*, para allegar fondos á fin de erigir un monumento á José Garibaldi.

En primer lugar, se menciona la Cámara italiana de Comercio. Fundada el 3 de Noviembre de 1884, bajo la presidencia del doctor caballero D. Domingo Parodi, con 124 socios efectivos, declarados socios fundadores, es hoy una verdadera potencia. Se sostiene con las cuotas voluntarias de los socios y con una subvención

que el Gobierno italiano le tiene señalada. Esta subvención del Gobierno es ahora de 8.000 pesetas al año; las cuotas de los socios ascienden á una cantidad mayor, que aumenta de un semestre á otro. Hoy el número de socios ha subido hasta 410, y todos ponen verdadero empeño, no ya solamente en sostener, sino en hacer que prospere la institución.

Entre las atribuciones de la Cámara de Comercio, á más de sus trabajos para fomentar las transacciones mercantiles entre Italia y la República Argentina, es una arreglar amistosamente, cuando el caso ocurre, ya por conciliación, ya por arbitraje, las controversias ó pleitos en que intervienen comerciantes ó industriales italianos. Todos comprenden la utilidad de esta institución, y cuánto tiempo, cuánto dinero y cuánto papel sellado permite ahorrar á los litigantes.

Se comprende que las Cámaras de Comercio de Italia estén en activa correspondencia con la de Buenos Aires, que posee un Museo comercial, una Biblioteca y un buen gabinete de lectura. El presidente actual es el caballero Tomás Androsetti, reelegido para este cargo tres años consecutivos.

En la colonia italiana de Buenos Aires sen-

tíase la necesidad de proveer de un modo estable y decoroso á las necesidades de los italianos pobres, que desean volver al seno de sus familias lejanas, ó se encuentran incapacitados, por enfermedades ó por desgracias sufridas, para reanudar las labores de su oficio. Triste era, en verdad, el espectáculo que ofrecían esos pobres obstruyendo los alrededores del Consulado, formando grandes masas y llorando para obtener pasaje gratuíto en los buques, y socorros para el viaje. El Consulado no podía escuchar ni acudir á todos.

Para disminuir esos males, el marqués Federico Spínola, entonces ministro plenipotenciario de S. M. el rey de Italia en Buenos Aires, pensó que era necesario fundar una sociedad de beneficencia y reunió 47 socios de buena voluntad, que se agruparon en rededor suyo como fundadores de la piadosa institución; la cual puede disponer hoy de un capital de 9.880,15 duros.

Desde el año 1877, año de la fundación, hasta hoy, ha facilitado la Sociedad el regreso á la patria, á expensas de los asociados, á 2.413 infelices.

Del Hospital italiano he hablado muy extensamente en el capítulo XXXVI.

La sociedad de los que tornan de las batallas patrias, fundada á últimos del año de 1869, sería hoy una de las primeras si la epidemia de la fiebre amarilla no hubiese diezmado sus filas. Quédale, sin embargo, una gloria imperecedera: la de haberse prestado á socorrer á los hermanos invadidos por la epidemia. Para realizar tan filantrópica obra, se constituyó un comité, bajo las órdenes del Cónsul, y no cesó nunca de prestar su propio auxilio personal sino cuando se agotaron todos los recursos pecuniarios, y el cólera morbo, ese azote inexorable, diezmó despiadadamente al comité, víctima del cumplimiento de sus deberes. Los muy contados que sobrevivieron, formaron entonces el comité popular de asistencia, y fueron condecorados, muy justamente, con la medalla del valor cívico.

Al terrible azote del cólera morbo sucedió la miseria, y aquellos pocos sobrevivientes hubieron de dispersarse. Pero en 1880, la Sociedad se reconstituyó. El comandante Carlos de Amézaga, que tanto se distinguió por su conducta enérgica en el conflicto entre el Gobierno italiano y la República Oriental, fué elegido socio honorario; Edmundo De Amicis dió allí una conferencia acerca de Garibaldi; fué nombrado un jurado de honor. En el año 1884, se fundó

la *Casa de Inválidos* para socorrer, no solamente á los socios enfermos, sino también á las familias de los asociados que, al morir, no dejaban bienes de fortuna. Esta institución presta hoy inmensos servicios á los asociados pobres y á las familias de éstos.

Unión y Benevolencia, la *Sociedad nacional italiana*, la *Asociación de obreros italianos*, la *Sociedad Italia Unida*, *Patria y trabajo*, la *Sociedad Colonia italiana*, la *Sociedad Margarita de Saboya*, la denominada *Hijas de Italia*, la *Joven Italia*, la *Italia*, la nombrada *Los bomberos voluntarios*, el *Patronato de los inmigrantes italianos*, la *Sociedad liguria de socorros mutuos*, la *Sociedad XX de Septiembre* y una infinidad de sociedades de recreo, son elocuentes pruebas de la vitalidad de nuestra colonia. Hablaré de algunas, aunque habré de hacerlo muy á la ligera.

La Sociedad nombrada *Colonia italiana*, es de muy reciente creación; nació hace muy pocos años, y hoy es una de las principales entre sus compañeras de la República Argentina. En el día 8 de Abril de 1887 comenzó constituyéndose como asociación de socorros mutuos y de instrucción, por iniciativa de algunos compatriotas. Desde su fundación ha mantenido es-

cuelas de niñas, escuelas que hoy se hallan en su apogeo: Leopoldo Marenco, Edmundo de Amicis y el diputado Berio, las visitaron y las elogiaron de todo corazón. Con este carácter tuvo la asociación su modesta residencia en una casa de la calle de Piedad, hasta el año 1885; pero poco después pudo ya ensancharse. Cuando aún no contaba dos mil socios, adquirió un terreno y allí colocó la primera piedra de un edificio propio, en 26 de Octubre de 1884; en 26 de Diciembre del año siguiente inauguraba el edificio nuevo. En el salón de la sociedad se hallan colocados los retratos de Andrés Seitom y de Emilio Dentone, á quienes se debe gran parte de los progresos de la *Colonia*, el presidente actual es Félix Gambetta; el número de socios llega ahora á 4.200 y el capital de la asociación se eleva á 78.416 duros.

También ha conseguido adquirir gran reputación la asociación titulada *Sociedad de unión de obreros italianos*. Sus principios fueron muy humildes (en el día 6 de Enero de 1874): en un caserón antiguo y feo se reunieron algunos obreros decididos y de buena voluntad; hoy, cuando lleva unos dieciséis años de existencia, tiene un palacio propio, y ha logrado reunir 4.200 socios. Dos años después de su funda-

ción, inauguró su primera escuela de niñas; transcurridos siete años, organizó la *Primera Exposición italiana en el Plata*; en 1885 labra su gran edificio propio en la calle de Cayo, y, por último, un año después, abre á sus expensas, bajo su protección y con elementos solos de su seno, la segunda *Exposición italiana*, suceso por todos conceptos maravilloso, y que se recuerda con mucho placer todavía. Y en tanto que realizaba todo esto, logró que el servicio sanitario y el socorro mutuo fueran eficazmente atendidos. Muy pronto levantará en su edificio propio un monumento de mármol, en recuerdo de Garibaldi, que desde el principio fué presidente honorario en la Sociedad.

Prosiguiendo en la senda ascensional emprendida, diré algo ahora de la Sociedad *Nacional italiana*, que en el orden rentístico es, si así puede decirse, la hermana mayor. Posee tres edificios grandiosos: el uno está en la calle de Alsina, y en él se hallan instaladas la Sociedad y las escuelas centrales; en el segundo están establecidas las oficinas del Consulado; el tercero se ha dedicado exclusivamente á escuelas.

Esta Sociedad, hoy poderosa, tuvo su origen en una disidencia que surgió, por causas políti-

cas, en la asociación *Unión y Benevolencia*, cuya historia, no escasa de gloriosos hechos, referiré más adelante. En veintiocho años de vida, la *Nacional italiana* ha recorrido un camino de prosperidad nunca interrumpida, mereciendo por el orden administrativo que observa, por la armonía ejemplar en los socios, por los actos filantrópicos realizados, el aplauso general de la colonia.

Fué la primera en abrir, en 1886, escuelas elementales de niños; y desde entonces ha tenido siempre para las escuelas cuidados y atenciones especialísimos; lo cual da por resultado que cuente hoy con un número considerable de alumnos, que sube á muy cerca de medio millar.

Los tres fundadores principales (escribo sus nombres á título de elogio), son: Francisco Asieli, José Raspo y Federico Fontana; el primero, por sus sacrificios, es muy especialmente benemérito. Entre asociados y asociadas el número es considerable: 5.622. En las escuelas enseñan diez personas, entre maestros y maestras.

En cuanto á la Sociedad *Unión y Benevolencia*, ¿cómo nació la idea de fundarla? ¿Cómo se desarrolló? ¿Cuál fué el motivo y origen de la disidencia?

Antes del año 1860 puede decirse que no existía emigración italiana en el sentido que hoy tiene esa palabra. Verdad es que en cualquier ribera en que se respirasen aires de libertad, se refugiaban las víctimas de las tiranías que avasallaban á Italia. Después de la epopeya de 1848 á 1845, el número de los emigrados políticos fué aumentando cada vez más. En aquel país, donde las hazañas de Garibaldi y de otros italianos insignes habían logrado hacer simpático el nombre de Italia, formóse un núcleo que por su importancia mercantil, por su honrada laboriosidad y por su clarísima inteligencia, mereció las atenciones y el afecto de los argentinos.

Pedro Beretta, Juan Bautista Ardizi, Callimaco Zambianchi, Virginio Bianchi, José Ciolina, Andrés Scarpini y Nicolás Faggiano, son los que tuvieron el pensamiento de constituir una sociedad de socorros mutuos; la primera que en aquel país hubo. Por iniciativa de los antes mentados, y á invitación de los mismos, reuniéronse unos treinta y tres italianos, número que después fué creciendo poco á poco.

Era muy natural que una sociedad formada en el extranjero por italianos emigrados por causas políticas, revistiese caracteres de protes-

ta contra los Gobiernos que tiranizaban á Italia, y así lo comprendieron los fundadores. Asi fué; pero no sin peligro y sin dificultades para la vida de la hermandad. Los fundadores sostenían las ideas de José Mazzini; mas sobrevino la reconstitución de Italia como nación independiente y libre por obra de Camilo Cavour, de Víctor Manuel y del elemento popular y revolucionario creado por Mazzini y propagado por Garibaldi; bastantes socios que, ausentes durante muchos años de Italia, no conocían á fondo el nuevo movimiento, protestàron contra la idea, para ellos incomprensible y extraña, de que un rey se pusiese á la cabeza de la revolución y que Garibaldi le apoyase, renunciando á la república italiana, adorada por todos los mazzinianos. De aquí la lucha apasionada y ardiente en el seno de la sociedad *Unión y Benevolencia*, cuyo nombre llegó á parecer, en determinados momentos, irónico. Se celebraron sesiones tumultuosas, estallaron fieras enemistades, y la Sociedad, que á la sazón era de 3.500 socios, quedó reducida á 1.100. Entonces, y á consecuencia de esos disgustos, se fundó la asociación *La Nacional Italiana*. Pero la *Unión y Benevolencia* se corrigió. Desde el año 1865, los socios, conocedores por experiencia del peligro que había

en suscitar cuestiones políticas, las excluyeron en absoluto del seno de la Sociedad, reformando en este sentido los primitivos estatutos. Desde entonces, la *Unión y Benevolencia* recobró su camino ascendente y siguió haciendo sentir en la colonia italiana su beneficioso influjo. Fundáronse escuelas, matinales y nocturnas, para educar á los socios obreros y á sus hijos; concluyóse la construcción del edificio social; se abrió al público una biblioteca de cerca de mil volúmenes, regalados todos por el conde Carlos Lizzarini de Massa Carrara, y que inmediatamente se vió enriquecida con otros donativos. En el año 1869, Adelaida Ristori dió en Buenos Aires una representación de beneficencia, con cuyos productos se fundaron dos nuevas escuelas.

Otra fuerte sacudida hubo de sufrir la Sociedad en los años 1870 y 1871, cuando se presentó la gran epidemia de la *fiebre amarilla*, que en Buenos Aires causó tantos estragos. Hallábanse los socios en la necesidad de realizar grandes beneficios. En la actualidad, los socios son 6.263. En el año próximo pasado, los enfermos que fueron socorridos llegaron á 2,220, además de 45 enfermos crónicos. El resultado aún no satisface quizás los deseos de los más exigentes; pero hay esperanzas de

que el porvenir sonría á la asociación benéfica.

Entre las Sociedades de socorros mutuos es justo mentar la fundada en *La Plata* en el mes de Febrero del corriente año, y que cuenta ya con 600 socios. Dicha Sociedad lleva el nombre de *Sociedad Príncipe de Nápoles,* y está presidida ahora por Vincenzo Scala.

Además del *Círculo Italiano*, que reune en su seno una parte escogida de nuestra colonia, existen en Buenos Aires Sociedades llamadas de recreo, y son las siguientes: *Lago de Como*, *Estrella de Roma*, *Estrella Marina*, *Unión de la Boca* y *José Verdi*. Son Sociedades filarmónicas, pero dispuestas siempre para acudir allí donde la beneficencia solicita sus auxilios. Existe también, entre las Sociedades de menor cuantía, una que se denomina *Los amigos del Vaticano*, y no es sino una sátira lanzada contra el clericalismo.

Es una verdadera curiosidad la Sociedad titulada *Poss-Pu*, y que, según su reglamento, no puede tener más de 30 socios, á los cuales no es lícito dar á conocer los propósitos de la institución.

Y con esto pongo acabamiento á mi relato, confesando á ustedes que está muy lejos de ser completo, pues yo debería haber citado y aun

descrito muchos otros círculos, que nada tienen de círculos viciosos, y donde continuamente se desenvuelven la actividad y el carácter italianos,

CAPITULO LIII

La partida.—Saludo á los amigos.—El porvenir de la República Argentina.

Había llegado irremisiblemente la hora de rehacer el baúl y tornar á Italia. El *Ciudad de Génova*, uno de los nuevos y velocísimos buques de la sociedad Lavarello, Hermanos (antes G. B.), se hallaba en el puerto. Atraído por fuerza irresistible, corrí á las oficinas de la Sociedad y solicité ávidamente un sitio en el *Ciudad de Génova*.

Aspiraba yo solamente á un pasaje entre los fardos, si era preciso, como campeón sin importancia; y la cortesía de los Hermanos Lavarello quiso otorgarme, en lugar de eso, el *non plus ultra* de lo apetecible para una travesía del gran Océano; es á saber, una de las dos espaciosas y especiales cámaras emplazadas en el puente del buque.

La sorpresa para mí más agradable fué lue-

go la de tener por compañero de viaje en la cámara simétrica á César Lavarello: no es posible realmente figurarse hasta qué extremo una compañía tan preciosa se convierte en felicidad.

En una hermosa y espléndida madrugada embarcábame yo en *El Riachuelo* para Génova. A muchos de los queridos amigos que se quedaban en Buenos Aires, como Berio, Marana, Murialdo, Musso, Boeri, Gradara, les costé en aquel día el sacrificio de no pocas horas, porque quisieron darme aquellos consuelos del alma que los amigos reservan para tales ocasiones. Boeri acompañó el consuelo clavando en mi corbata un alfiler de brillantes. Con el duque de Licignano, con el cónsul Chicco, con el miembro Calvo, y con otros de los distintos personajes á quienes había conocido y tratado en Buenos Aires, me había consolado en días anteriores visitándoles y siendo visitado á mi vez por ellos.

Los obstinados de última hora; los que no me abandonaron hasta que exhalé mi último suspiro en tierra argentina, fueron; Félix Marana y los abogados Berio y Murialdo. Estos llegaron en mi busca á la fonda.

Al pasar por la calle de la Defensa, nos detuvimos en casa de Marana para saludar, una vez más, á su distinguida señora y á la prole.

El sexo bello tiene en la República Argentina maneras muy exquisitas para desear á los amigos buen viaje. Una señorita, modelo de bondad, se había despedido de mí enviándome un *trébol* encerrado en marquito de oro; el dije más lindo que he poseído en mi vida. La señora de Marana se había ocupado en prepararme, para el momento solemne de la despedida, una colección de frutas, que por sus mismas manos había puesto en almíbar, cerrado y bien acondicionado después en una batería de tarros y tarritos. Indicándome el conjunto, me dijo:

—¡Que le sea á usted dulce el viaje!

Después: un *gracias*, un apretón de manos, sendos besos á los niños, y andando.

He ahí el puerto: el *Ciudad de Génova* está inmediato á la escala; los buques aparecían todos engalanados con una lluvia de banderas, en señal de fiesta.

—¡Qué! me pregunto: ¿se festeja mi partida?

Llego á saber á tiempo que aquel ondear de banderas es para celebrar una visita que en este día hará á las obras del puerto el ilustrísimo señor presidente Juárez Celmán.

En un salto nos hallamos, desde la escala, á bordo del *Ciudad de Génova;* me encuentro al fin en territorio, ó al menos en madera y hie-

rro italianos. Momentos de conmoción suprema para mí y para los amigos de quienes he de separarme. Con respecto á Murialdo, la conmoción es templada, porque pienso que volveré á verle (como, en efecto, lo vi) en Génova, transcurridas pocas semanas. Pero de Marana, con el cual tan agradablemente había yo intimado, la despedida tenía que resultar más dolorosa.

Con Marana permanezco un rato filosofando sobre la rapidez de nuestra amistad, hoy tan sólida. Pero Marana desconfía.

—Es menester, dice, que los buenos amigos se recuerden á todas horas.

¿Qué medio puede haber más seguro, para estar cierto de conseguirlo, que llevar siempre en el bolsillo el objeto que señala las horas? Así hizo Marana: saca su propio cronómetro, una magnificencia por la materia y por la forma, intrínseca y extrínsecamente, y me lo coloca en mi bolsillo, diciéndome:

—¡Siempre que mire usted la hora, se acordará de mí y de mi familia!

Di en cambio un beso cariñoso al querido amigo; después un apretón de manos, de ésos que dejan el cardenal de la improvisación, y por último, mil buenos deseos, mostrados y cambiados de todo corazón. Mi buen amigo sal-

taba del buque á la escala justamente en el instante mismo en que el *Ciudad de Génova* se ponía en marcha.

Y ahora, adiós ¡oh amigo, tierno como una doncella, fuerte como un guerrero animoso! ¡Adiós, tú que viniste para desvanecer en mí la creencia de que las amistades, para ser sólidas, habían de ser antiguas! ¡Adiós!

Ahora andamos, corremos sobre las ondas; la escala ha desaparecido; desaparece Buenos Aires; desvanécense campanarios, torres, casas, risueñas orillas: todo se pierde en las lejanías del horizonte.

Adiós, dulces amigos, á quienes no sé cuándo podré ver nuevemente. Adiós, familias Musso, Malpeli, Mooree, Repatto, Piaggio; adiós, Anzani Canzio; adiós, doctor Boeri; adiós, Heil; adiós, Bergano, representante egregio de la casa Cohen; adiós todos.

Un saludo muy afectuoso para ustedes, insignes representantes de mi país; á usted, atentísimo y cortés duque de Licignano, veterano ilustre de la diplomacia italiana en América; otro saludo á la digna esposa del diplomático, señora que tan admirable y tan dignamente representó en Guatemala, en el Uruguay y en la República Argentina, la belleza y corte-

sía italianas. Por fortuna, nuestra despedida es por poco tiempo ¡oh duques de Licignano! Volveremos á vernos pronto en Italia.

Un saludo á usted, atentísimo cónsul, caballero Chicco, y á su simpática, graciosa y elegante señora.

A usted, vicecónsul Gradara, le envió también mi despedida, cuya tristeza atenúa la esperanza que tengo de verle de nuevo, y muy pronto, en Génova; pero la aumenta al propio tiempo el pensar que cuando yo esté para volver á Buenos Aires, no encontraré ya á un Gradara presto siempre á sobrellevar, como su misión en esta tierra, toda importunidad amistosa.

Por último, adiós á ti, país argentino, escuela de hospitalidad; tierra en otras ocasiones de la fortuna, y ahora de tantas desilusiones, dulcificadas, no obstante, por la certidumbre de que para un pueblo como la República Argentina, puede sobrevenir el momento de la desgracia, pero nunca el de la ruina; porque ciertas naciones son inagotables, aun en los momentos en que los errores de todos parecen haberlas agotado.

¡Adiós! ¡adiós! Volverás á levantarte muy pronto, y con más fuerza que la antigua Cartago, y no habrás menester de ningún Mario que

vaya á llorar sobre tus ruinas; porque las ruinas, lo mismo bancarias que cartaginesas, bajo las cuales apareces hoy sepultada, desaparecerán, y el dios del oro... el dios del oro también resucitará.

Basta, por algún conocimiento práctico de los lugares, saber el cúmulo de colosales y verdaderas fortunas que existen siempre en esta nación, y sobre todo en la capital, aun á través de las catástrofes más ruidosas; con los agentes de la *Bolsa de Comercio* que quiebran á sesenta por día; con las fastuosas tiendas que se cierran á centenares; con las calles que parecen desiertas; con los Bancos semejando hospitales de heridos; con los teatros imitando á cementerios; con los servicios públicos convertidos en una incógnita; con las transacciones comerciales rebajadas hasta el triste extremo de anularse; con señores de trenes suntuosísimos que salen de sus carruajes para convertirse en cocheros de otros; con millonarios de ayer que hoy pordiosean... A pesar de todo esto, basta conocer, repito, aunque sea muy poco, la virtualidad indestructible de esta tierra de las grandes fortunas y de las imprudencias grandísimas, para convencerse de que el resucitar resplandeciente aún, aún grande, todavía tentadora para las gentes

de cualquier otro país, sólo será cuestión de tiempo.

Pero sea lo que fuere lo que el destino tenga reservado para el porvenir á la República Argentina, los italianos, si no son desmemoriados, ni desagradecidos—que indudablemente no lo son—no podrán olvidar jamás que la tierra argentina no engañó, como tantos otros países extranjeros, á los trabajadores italianos, ni los atrajo con falaces ofrecimientos; antes por el contrario, durante mucho tiempo cumplió más de lo prometido. Bastantes de esos trabajadores subieron desde la nada á millonarios, y esto es un hecho, porque de esas fortunas se gasta ahora gran parte en Italia. Otros trabajadores, las mayoría de ellos, si no consiguieron hacerse ricos, llevaron por muchos años honrada existencia y reunieron provechosos ahorros: también esto es un hecho.

Adiós, pues, y que torne yo á verte en tiempos mejores ¡oh tierra tanto tiempo soñada y bendita por miles y miles de personas, que en la madre patria no tenían recursos ni auxilios que esperar! ¡Adiós, tierra de los grandes negocios y de las ilusiones grandes!

CAPITULO LIV

El viaje de regreso.—Los vapores Lavarello.—Los bueyes á bordo.

Fué una travesía dulce, tranquila, hermosa, tal cual el mismo capitán del *Ciudad de Génova*, el señor Avonzo, que sabe perfectamente lo que son viajes largos, declaró no recordar otra. Ni aun puede llamarse largo el viaje, pues el vapor, hermoso, cómodo y rápido como una flecha, empleó para la travesía desde el Plata hasta Génova solamente dieciocho días.

También fué muy tranquila nuestra vida á bordo, con tanto mayor motivo cuanto menos numerosos eran los viajeros. Los pasajeros de tercera clase no distinguida, eran unos trescientos cincuenta; los otros, pocos más de ciento.

En los vapores de Lavarello he admirado muchas disposiciones que merecen ser generalmente apreciadas. Primeramente, las literas de los pasajeros de tercera clase distinguida, que bien podría llamarse segunda y aun primera, no están situadas en los fondos del buque, donde es imposible resistir el calor; hállanse al nivel de la cubierta, contiguas al salón principal. Allí

los viajeros tienen aire, todo el que quieren, hasta en el Ecuador mismo, y pueden gozar sueños relativamente tranquilos. A ninguno vi por la noche precisado á sacar el colchón sobre cubierta ó al castillo de proa. Quise ver la tercera clase no distinguida; pero aun ésta, siendo tanto el espacio que á ella se destina en estos vapores, construídos especialmente para la última clase, duerme con cierta autonomía de respiración, quiero decir, no obligada á dormir en recintos ahogados y en un hacinamiento de hamacas, unas sobre otras, que es una compasión verlo. El aire, aun estando en el Ecuador mismo, circula allí suficientemente.

Como el sistema de navegación Lavarello parte de un concepto esencialmente democrático, existe en sus vapores la agradable comodidad de trasladarse desde un punto á otro del buque sin tener precisión de abrirse paso dificultosamente á través de la red formada por la masa emigrante.

En el *Ciudad de Génova*, como en los otros vapores de Lavarello (al menos los que yo conozco) puede pasarse con toda comodidad, por medio de puentes, desde el castillo de popa al puente del centro, y desde éste al castillo de proa, siempre con independencia de la masa

emigrante, muy respetable ciertamente, lo mismo que cualquiera otra, porque siempre somos todos hermanos, pero que por su parte suele proporcionar disgustos, especialmente si debiendo ir ustedes, es un suponer, al puente de mando, para decir lo que les ocurra al capitán ó á quien haga sus veces, se ven ustedes obligados á solicitar mil perdones, casi siempre otorgados de mala gana, á tantas personas tendidas; ó bien, si pasan ustedes acompañando á una señora, oyen ustedes que la apostrofan, en términos nada correctos ni menos cultos, aquellas gentes que gustan del fustán y del olor á queso tanto cuanto odian la seda y los perfumes; si ya no es que, por añadidura, salen ustedes de aquellos ahogos con el calzado ó los vestidos abundantemente condimentados con restos de las escudillas de menestra que, solamente por distraerse con algo, han lanzado sobre ustedes aquellas gentes—muy santas y muy buenas para ser pintadas y hasta para ser fotografiadas, pero no siempre agradables—no lo diré más—para alternar con ellas.

También en lo que respecta á la alimentación hallé novedades importantes para los pasajeros de tercera clase: la de suministrar hielo á todos indistintamente. ¿Parece á ustedes poco

que un emigrante tenga derecho á apagar su democrática sed con un poco de hielo? Sobre lo demás del trato sólo diré que el pasajero de ínfima clase tenía derecho á un poco de todo... exceptuando las trufas, que en el mar no se hallan fácilmente, y el pollo, que no siempre está á bordo dispuesto á dejarse retorcer el pescuezo.

Y ahora que de alimentos hablo, quiero referir á ustedes la historia conmovedora de un buey. Un buey colosal del Piamonte, oscuro, noble, altivo y de fisonomía inteligente. Este hermoso buey, en su recinto, entre el puente del centro y el castillo de proa, era el amor de todos; amor puro y desinteresado que ninguna relación tenía con los bisteks hermosos y agradables lonchas que de él podían esperarse. Queridísimo era también por los pasajeros de la última clase, más de ordinario en contacto con él, y que todos los días solían repartir fraternalmente con el buey la propia ración de menestra, pan y legumbres.

Iban ustedes en presencia del tal buey acompañando á una linda señorita (y había una allí... realmente divina; César Lavarello lo sabe, porque la fotografió); iban ustedes, digo, al establo de este hermosísimo buey, y él, cuando la

señorita le tendía su mano diminuta, consideraba como un deber sagrado lamerla con una gracia y una desenvoltura admirables.

Un solo defecto tenía aquel estimable animal; un defecto propio tal vez de todo viviente que logra salirse del vulgo; era, ni más ni menos, el primer pecado capital con respecto á sus semejantes; despreciaba y muy á menudo molestaba á sus compañeros de departamento. Los otros, si se exceptúa uno, eran todos naturales del Uruguay ó de la República Argentina. Ahora bien: aparte de la exorbitante cuestión de la cantidad, en lo relativo á la calidad, ya se lo he dicho á ustedes, el rumiante del Sud-América no vale lo que medio de nuestro Piamonte, de la Lombardía, de la Toscana, y en general, es siempre inferior á cualquier buey italiano, por su tamaño, por su forma, por la bondad de la cara y también por la bondad del corazón. Cuando á bordo, en aquel incesante alternar de carnes, ya americanas, ya de nuestros países, se encuentran ustedes en la mesa carne de ganado italiano, la reconocen en seguida por la finura y por el gusto. Sea dicho esto sin sombra de jactancias de campanario...

Iba yo diciendo que nuestro buey no podía sufrir á sus compañeros. Cierto día un torazo

de Montevideo, negro como la ira del diablo, hallábase pensativo, algo apartado del establo, departiendo, hocico con hocico, con una ternera. No sé si habría intención pecaminosa en aquel contacto de hocicos, pero no lo creo. Tenía un semblante demasiado ingenuo aquel buey tan feo. De pronto el buey italiano, que muy poco antes había dirigido graciosos cumplimientos á varias señoras, se lanza contra el buey negro, y de una cornada lo tira patas arriba.

Dió en quejarse aquel infeliz, como habría podido hacerlo un becerro; precisamente aquel día fué para él dos veces desgraciado, porque de allí á poco, y cuando no había enjugado aún todas sus lágrimas, se le presentó bruscamente el carnicero, un hombre fornidote, de pelo rojo, y á quien no olvidaré jamás, y le invitó, dándole algunos latigazos, á salir del establo, diciéndole al propio tiempo:

—*Ahora te toca á ti, bestia negra.*

Con que el buey negro, el carnicero y el ayudante, pasaron á la parte opuesta: y éstos, siempre á la vista de los rumiantes del establo, cogieron por los cuernos al predestinado, atáronle las patas posteriores con una cuerda bien sujeta á un travesaño del puente, y le infirieron una cuchillada tremenda en la carótida; con la cual per-

dió de repente la vida. Pasaron después á partir la piel entre ambos, la colgaron y en pocos minutos no quedaba del buey negro más que un infeliz desollado, cortado en pequeños trozos y enviado á las fresqueras.

Quise observar entonces lo que hacía, á la vista de tal espectáculo, el buey gris, el buey amigo nuestro. ¿Lo creerán ustedes? Muy poco, ó nada, conmovido, como si aquello no hubiese de tener relación con él nunca, estaba contemplando todo esto; y hasta en cierto instante, cuando el carnicero mientras, ya cortada la cabeza del buey negro, le miró aquellos ojazos de desesperado, diciéndole: «¡Qué cara más fea!» pareció como si el buey gris se sonriese á la manera de quien, al contemplar la desgracia de otro, puede con toda seguridad repetir el verso dantesco:

«...La desdicha de aquéllos no me alcanza.»

Sea como fuere, todos nosotros, pasajeras y pasajeros, cada vez más admirados de aquel buey, á fuerza de interceder en favor suyo, logramos conseguir que fuesen sacrificados todos antes que él; con lo cual nuestro protegido vino á quedarse dueño absoluto de su establo. Entonces se pudo conseguir también que le deja-

sen un poco libre, pues que á ningún otro podía hacer daño.

Deseábamos todavía más: solicitamos gracia completa para él; hicimos voto solemne de que no comeríamos nunca su carne. En cuanto á esto, el jefe de cocina de á bordo tranquilizó nuestras conciencias diciéndonos que aquellas carnes irían, sin otro resultado, á las fresqueras, y no se consumirían, y que veríamos cómo, según costumbre, al llegar á Génova, eran trasladadas á otro vapor que saliese.

La respuesta no nos satisfizo: el buey gris, con su empeño en no alternar con los otros animales, se había hecho aún más inteligente. Su familiaridad con nosotros no conocía ya límites. Un día llegó hasta lamer los labiosde una aldeanita muy guapa que le había dado una hoja de col.

Pero llegó el día ¡día triste! en que la suerte del buey gris, al que no faltaba más que hablar, fué inexorablemente decidida. Ni aun la apelación suprema al alma bellísima de César Lavarello valió para que fuera obtenida la gracia, cuando menos por aquel viaje, á fin de que siquiera le fuese concedido al buey el consuelo de besar nuevamente la tierra de su patria, y después ir á que lo colgasen como á otro buey cualquiera.

César Lavarello, mostrándose á su vez muy conmovido, contestó:

—No puedo hacer por este infeliz más que... fotografiarlo.

Y en efecto, preparada la maquinita instantánea al alcance del rumiante, cuando el hombre rojo lo sacaba del establo, lo enfocó, y mientras las bellas pasajeras le suplicaban una vez más, casi de hinojos, gracia para el buey, les respondió:

—No puedo responder sino con una negativa.

Y en efecto, se fué á preparar la cámara instantánea para hacerla visible en seguida. Al alejarse como el rey que reina y no gobierna, Lavarello dijo:

—De muy buena gana, accediendo á esas graciosas súplicas, le perdonaría; pero las necesidades de á bordo se oponen á ello. Además, si los otros bueyes llegasen á saber estas historias, andarían á quien más pudiera para conmover á las gentes y... nos moriríamos de hambre.

Y hé aquí aquel buey, casi humano, llevado al lugar del suplicio. Fué á él sin resistencia, con paso franco, como verdadero italiano. En los instantes supremos, cuando le ligaban ya las patas posteriores (yo creía que le debían

vendar los ojos) la hermosísima señorita de á bordo, levantando sus ojos angelicales hacia el carnicero y juntando ambas manos, intentó por última vez, con su vocecita suave que habría conmovido á una peña, obtener el indulto del buey desventurado. El ayudante del carnicero, en tanto que ataba al rumiante, dijo á la señorita:

—Si usted accediese á ponerse en lugar del buey, podríamos hablar...

—¡Verdadero cumplimiento... de cortador!...

Evito á ustedes la descripción de los últimos momentos del infeliz; fueron, principalmente para nosotros, conmovedores y dolorosísimos: al morir fijó su mirada en todos nosotros, como si nos dijese:

—¡Era mi destino!

Es de advertir que los ejemplos de bueyes que á bordo adquieren familiaridad no son muy raros, lo cual no es de extrañar si se considera que, á veces, hacen varias travesías de ida y vuelta, en contacto siempre con muchos centenares de pasajeros.

En el SIRIO de la «Navegación General Italiana» un buey había llegado á ser tan amable con todos, que hasta el carnicero se compadeció de él. Es muy singular ciertamente que el buey

llegase á manifestar su cariño sobre todos al carnicero, con aquel delantal y aquella camisa manchados siempre de sangre de otros bueyes, Aquel buey mansísimo no permanecía encerrado en su establo: andaba de aquí para allí, sin sujeción alguna, como uno cualquiera de las personas de á bordo; después iba á las horas de comer para mirar, desde la puerta, á los que se sentaban á la mesa. Pero, como ya he dicho, prefería siempre, á cualquiera otra, la compañía del carnicero, al cual acariciaba de mil modos. Llegó el momento de sacrificarlo y el mismo carnicero se rebeló. De esa manera aquel buey privilegiado hizo en el *Sirio* varios viajes como uno de la familia. Era necesario, no obstante, que aquello concluyese. Un día, al regresar á Génova, cuando á la administración de víveres comenzó á molestar aquella longevidad vacuna, se resolvió embarcar al egregio cornúpeto en otra nave que partía, y allí, antes de que alguien tuviese tiempo de tomarle cariño, el infeliz fué uno de los primeros inmolados.

¿Tendría razón el gran Aristóteles? ¿Será verdad que alguno de nosotros haya de renacer buey é inteligente?

CAPÍTULO LV

En la isla de San Vicente.—Negritos, negritas y negrazas.

Pasados once días después de la salida de Buenos Aires, arribamos á la isla de San Vicente para proveernos de carbón. Para quien regresa de América la arribada á esta isla de África puede considerarse como el primer saludo al antiguo continente, no digo á la primera isla, porque después de haber navegado durante varios días contemplando en lontananza las costas del Brasil, habíamos encontrado ya la larga y montuosísima isla Fernando de Noronha, una bombonera penitenciaria adonde el Brasil manda sus galeotes para colonizar... y enmendarse, si quieren. Provistos de un buen anteojo, pues no está permitido aproximarse mucho á esta isla, pueden verse los conciliábulos formados por aquellas amables criaturas.

¡Caprichos mundanos! Apenas se aproxima el vapor á San Vicente, admira, entre todas aquellas asperezas, el monte que parece reproducir, casi como si á propósito se hubiese he-

cho, la figura de Napoleón I, con su histórico sombrero de las cien batallas, como enorme gigante durmiendo en posición supina. Es aquello algo más que una semejanza vaga; es casi un remedo perfecto de aquel perfil eminentemente típico.

Pues bien: no muy distante de la misma costa oriental de África, siempre en el Océano Alántico como á treinta grados más abajo de San Vicente, se halla aquella isla de Santa Elena donde el coloso, que fué árbitro entre dos siglos y dos mundos, exhalaba prisionero su último suspiro, reposando para siempre en la posición misma en que el pico de San Vicente lo representa.

La parte poblada de San Vicente no podría presentarse mejor. Primeramente una hermosa rada provista, si no precisamente de un puerto, de algunas apreciables obras *portuarias*. De frente aparece un hermoso conjunto de casas, regulares en su mayor parte, muchas de ellas de varios pisos, pocas iglesias y muchos edificios de los que anuncian establecimientos grandiosos. Forman muy pintorescamente el fondo del cuadro montañas, cuyas vertientes ofrecen mil matices de terreno cultivado. Pero el protagonista en aquellos sitios es el carbón,

que la especulación inglesa sabe acumular allí en aquellas cantidades enormísimas como son necesarias para abastecer tantos vapores que viajan desde el viejo al nuevo mundo, exceptuando los muy contados que, como los de *La Velos*, prefieren hacer escala para tomar carbón en la Gran Canaria. San Vicente se halla, para lo que á política respecta, en poder de los portugueses; pero sobre todo, está sometido á la especulación inglesa. El único recurso de aquella isla es este comercio, al cual se agregan los desembarcos de muchos pasajeros que durante las operaciones de carga de carbón desembarcan para ver la isla, que es por cierto más agradable vista desde el vapor que recorriendo sus calles insignificantes y angostas; á diferencia de Las Palmas, que cuando uno se detiene para visitarla, es una población encantadora y llena de atractivos.

Entretanto, y como pronóstico de una situación negra, desde el combustible á los indígenas, apenas nuestro vapor echa el ancla, una masa compacta de seres humanos, más negros que el carbón, llegan nadando en rededor de la nave y piden que se les arrojen algunas monedas al mar para dar en pago el espectáculo del negrito que desaparece cabeza abajo entre

las ondas y torna luego á la superficie llevando entre los labios la moneda. Es una posición social como otra cualquiera; no exige largos estudios; pero, después de todo, hay en ella habilidad y deseo de saldar las cuentas.

El pasajero que no quiere perder la ocasión de una visita característica desembarca, y en vez de arrojar monedas al agua, prefiere gastarlas adquiriendo algún pajarillo raro que seguramente se le morirá antes de llegar á Europa; á no ser que en vez de un pájaro raro no compre una *rara*, que allí las hay expuestas de los más vivos y brillantes colores y de precios no menos brillantes.

Conviene no olvidar que en San Vicente existe bastante comercio de florecillas, hechas con mucha habilidad, de plumas de pajarillos.

Tocado el suelo de San Vicente y recorrida una calle cualquiera—que allí, en puridad, más que calles son callejones—una cosa que de pronto impresiona al viajero es la abolición del calzado en toda la línea... de la vía pública; hay que exceptuar de esta regla á los pocos soldados portugueses que viven en la isla.

Advierto á ustedes que algunos tipos indígenas no carecen de cierta elegancia relativa. Vi, por ejemplo, á un jovencillo (acaso el *dandy* de

pueblo) que llevaba amplio sombrero de paja echado para adelante; puro con boquilla entre los labios; una almilla de paño á la espalda; un par de calzones muy largos y claros, sin manchas; un bastoncito con que él jugueteaba con cierta elegancia, pero con los pies perfectamente descalzos.

También hay alguna señorita que presume de elegante: un jubón de buen corte; saya clara y limpia; un pañolito ó *schal* de blonda, si viene á mano; pero los pies descalzos.

Hasta ahora he hablado á ustedes de la gente vestida. Ahora mencionaré los que van desnudos, además de los que habían acudido á pescar monedas alrededor del buque, muchachos todos, al parecer, unos en cueros vivos; otros, más lujosos, en camisa. Al desembarcar, los ven ustedes corriendo detrás, rodeándolos y no dejándolos nunca, á no ser que reciban algún bastonazo ó algún mojicón si se acercan demasiado, pues entre tantos descalzos nada tendría de particular que hubiese algún ladrón. En pugna con los muchachos, rodean á ustedes muchas viejas, casi todas con su pipa en la boca, y todas repitiendo la frase misma de los chicos:

—Deme usted dinero.

A los muchachos, no obstante, suele apro-

vechárseles para obtener algunos servicios de carácter puramente privado. Y en decírselo á nstedes aquí no veo mal alguno; ustedes recorren el país para visitar sus maravillas; estos muchachos se prestan á conducir á ustedes á la casa materna, ó, mejor todavía, *fraternal*, es decir... de la hermana.

En San Vicente no existen maridos celosos; casi estoy por creer que no hay ni aun maridos. El tipo de color es de belleza excepcional. Vense allí en brazos de muchas madres chiquillos regordetes, que ustedes devorarían á besos si no temieran quedar pintados de negro.

Con relación á los muchachos, dirigen ustedes un cumplimiento á la que suponen madre, y averiguan que aquel ser que ven ustedes en sus brazos no es el fruto de sus entrañas, sino un hijo apócrifo, que pasa de unos brazos á otros para sacar monedas á los forasteros.

Digan ustedes á uno de esos pilletes que les acompañe á la catedral, si la hay; los llevan á ustedes á la taberna de *todas las naciones*, en la cual se baila de noche y de día. Pidan ustedes á las vendedoras de pájaros que les den algún alado que logre vivir en nuestros climas, y es milagroso que llegue vivo á su destino: mueren indefectiblemente de nostalgia. Y ahora que ha-

blamos de pájaros, recuerdo que alguno de nosotros preguntó el precio de una hermosísima *Rara*, y la vendedora, queriendo mencionar una de las celebridades italianas que habían pasado por allí últimamente, dijo que aquella *Rara* la tenía reservada para el diputado Berio. Entonces, como sucede siempre con el fruto prohibido, para el ave no destinada á la venta llovían ofrecimientos; supe al cabo que la pícara vendedora había dado el pájaro al último y más exagerado postor.

La misma hermosura panorámica de San Vicente, ya se lo he dicho á ustedes, es un cuadro engañoso; desembarcan ustedes y se encuentran en laberintos interminables de callejuelas, con algunas plazoletitas por acá y por allá.

El mismo color negro, completamente negro como boca de lobo, que distingue á los indígenas, comienzo á creer que es falsificado, porque en la mayor parte de los casos me parece un negro demasiado hermoso y con exceso reluciente: deben barnizarse la cara aquellos isleños con el betún que no darán nunca á sus zapatos.

En San Vicente existe también el comercio de esclavitos; pero es un comercio falso, y por eso la política colonial nada tiene que ver en el

asunto. Venden á ustedes un muchachuelo para que lo conviertan ustedes en un criado de lujo, pero se apresuran á declarar que no lo venden aunque dieran ustedes por él un ojo de la cara. Obligan á ustedes á que dejen de prenda una buena cantidad como garantía de que lo educarán ustedes bien, de que enviarán regularmente noticias del muchacho á su familia; porque no es, conste así, no es una compra lo que ustedes han hecho, es una cesión amistosa lo que han obtenido, para que ustedes eduquen al chico á la europea, y si á mano viene le hagan estudiar trigonometría y los sonetos del Petrarca.

Mientras César Lavarello iba de acá para allá con su maquinita fotográfica, una turba de mujeres le asediaba para vendérsele á toda costa; es decir, que deseaban hacerse fotografiar; pagándolas á tanto por retrato, se entiende. Aquellos isleños, que procuran especular con todo y que cada vez son más pobres, veían revelarse en la fotografía de los aficionados un nuevo manantial de ingresos.

Cuando estuvimos cansados de las excursiones y de la vista de aquellas eternas cestas de peces rojizos y aplastados, de aquellos árboles inmensos, de aquellos enormes bananeros que por todo el viaje nos perseguían, nos encami-

namos al puerto. Mientras andábamos á lo largo de la playa encontramos á un cazador, negro y descalzo, por supuesto; pero con gran fusil y gran bandolera.

Era, no obstante, un cazador falsificado; porque viendo que le mirábamos llegóse á nosotros para ofrecernos en venta su fusil, y nos le ofreció con insistencia.

Antes de dejar á San Vicente, debería yo decir á ustedes que hay en esta isla, ó, mejor dicho, cerca de esta isla, otra particularidad; es á saber, otra islilla, un escollo grande, poco alejado de la escala del puerto; lo primero que se presenta á quien llega á San Vicente y lo último que desaparece al partir el buque. En la cima hay un fortín y un faro. Pero la denominación de aquel islote, todo retorcido en espiral hasta terminar en punta, el nombre de este islote extraño que parece depositado muy de intento en la entrada de San Vicente por algún mal intencionado, es un nombre de esos que no pueden decirse; no tanto porque en él entre la palabra *diablo*, cuanto porque el sustantivo, excesivamente tal, es de una índole que, por mi parte, no me atrevería á pronunciar la dificultosa palabra aunque tuviese que despedazarme la lengua.

CAPITULO LVI

Los que tornan contentos y los que tornan descontentos.—Un drama á bordo.

El día que siguió á nuestra salida de San Vicente, siempre con aquel tiempo de perezosos, fué uno de los más alegres de la travesía. Cuando, después de tanto océano, se ha tocado un poco de tierra, primer elemento de prueba de que penetramos en el mundo antiguo, todo adquiere seguridad; se piensa que ya la incertidumbre de tornar al suelo de la patria ha desaparecido; se ama, se desea la patria, se habla de ella con cariño, mucho más que en los días de soledad eterna y misteriosa en medio del mar. Los enfermos, en las travesías de vuelta, son, con relación al número de viajeros, más en los viajes de regreso que en los de ida; porque en el contingente de los que tornan, entran los que han hallado un clima perjudicial para sus pulmones ó para sus nervios. Están entre ellos además los que padecen nostalgia, que nunca faltan; y los pobrecillos son los más fastidiosos de todos los enfermos, máxime cuando son las nostalgias falsas.

Pueden ser divididos en dos categorías, diametralmente opuestas, los que tornan á la patria: los de buen humor y los melancólicos; aquellos que han conseguido hacer una fortuna y aquellos otros que regresan más desesperados que antes; y actualmente no son pocos.

En el viaje de ida eché de ver las largas filas de los que contemplaban el mar, allí, durante horas enteras, firmes, extáticos, admirando la nada y la inmensidad, como si á sí mismos se dirigiesen la gran pregunta:

—¿Me llevará allí la fortuna ó la desdicha?

En el viaje de regreso estudié, por el contrario, estas dos distintas categorías de los que regresan satisfechos y los que tornan desilusionados. No era difícil ciertamente distinguir los unos de los otros.

Imaginen ustedes á los primeros alborotadores, descuidados en su *gato* de oro ó de papel italiano—que en las casas de los cambistas de Sud-América lo hay siempre en abundancia—y llevando esa bendición de Dios oculta en la faja. Vean ustedes á los otros, silenciosos, tristes, prematuramente envejecidos, mirando al mar de reojo, indiferentes y desdeñosos á cuanto se hace á bordo, lo mismo que á cuanto ellos mismos han hecho en tierra, y esquivos tal vez

hasta en aceptar el rancho diario, como cosa que sirve para sostener una existencia desdichada. Un interesante ejemplar de los que tornan descontentos á la patria era objeto de atención especialísima por parte de César Lavarello y también por la mía, durante el viaje; era una figura severa y digna, á lo Garibaldi, de frente triste y fruncida, de una tristeza solemne y además constantemente muda.

Permanecía este viajero horas y horas apoyado en el palo trinquete, y en aquella no estudiada actitud de apesadumbrado, parecíame leer un poema de memorias, de objetos caros ya perdidos, de un bien inútilmente anhelado, de la desesperación, como único resto de una vida laboriosa y desventurada.

Pero la conmiseración general la atraía muy particularmente una familia desdichadísima: un matrimonio con un niño. La mujer, simpática morena de la provincia comasca, amamantaba á su niñito, excesivamente pequeño, más pequeño que todos los demás niños de este mundo, y que estaba muy lejos de prometer mucho para el porvenir. El marido, un joven, también italiano, que en América había ahorrado, si no una fortuna, algunas cantidades en su profesión de relojero. Se habían conocido en Buenos Aires,

se habían amado y eran marido y mujer hacía poco tiempo; el que bastaba para haber lanzado al mundo una malhadada criatura.

El marido era guapo, rubio, muy amante de su esposa y de su hijo; pero estaba tísico en último grado. Creo que ninguna mujer puede amar al compañero de su vida como aquella pobre mujer amaba á un resto de hombre, al cual rodeaba ella de incesantes cuidados. Cuando la atribulada esposa dirigía la palabra á cualquiera de los pasajeros, era invariablemente para preguntarle:

—¿No es cierto que, de regreso en Italia, mi marido podrá curarse? ¿No es verdad que los aires de la tierra natal hacen milagros?

El doctor Marcori respondía á cuantos le preguntaban acerca de ese milagro, exceptuando, como se comprende, á la esposa:

—Será milagroso que lo llevemos vivo hasta el puerto de Génova.

En cierta ocasión, la infeliz mujer, que me había visto muy frecuentemente en conciliábulos con el inaccesible doctor (tiene cerca de dos metros de estatura), me preguntó:

—¿Entiende usted de medicina?

—Solamente lo necesario para distinguir un sano de un enfermo, le respondí.

—¿Y usted cree que para mi marido no hay ya esperanza?

Precisamente habían llevado al pobrecillo, en un colchón, sobre cubierta, para que respirase un poco, si le era posible.

—No sé decir á usted, señora, respondí, después de haber dirigido al enfermo una melancólica mirada.

—¿No le parece á usted que tiene mejor semblante que en los días anteriores?

—En los días anteriores... no lo recuerdo.

—Pero, en fin, ¿usted no ha oído decir nunca que un viaje de mar puede hacer milagros para un tísico?

—Sí, lo he oído.

—De modo, ¿que puedo esperar?

—Espere usted.

Y en seguida insistió:

—Me parece que si yo no debiera esperar, usted no me lo diría.

—Pero, señora, yo no soy el médico.

—Pero le veo á usted hablar muchas veces con el doctor.

—Somos amigos.

—Háblele usted alguna vez de esto. Pregúntele, por compasión, si puede quedarme siquiera un hilo de esperanza.

Después, prorrumpiendo de pronto en copioso llanto, continuó:

—Porque si no hubiese esta esperanza, ¿para qué vivir?

—Para esa criatura... Es usted madre.

La desventurada miró á su pobre hijo durante algunos minutos; y como si comprendiese que para el niño había aún menos esperanzas que para el enfermo, prorrumpió en nuevos sollozos.

Sentíme conmovido, y pensé: ¿Para qué se nace?

Desde aquel día nada se supo del pobre tísico durante una semana: solamente nos decían que no podía dejar el lecho.

Veíamos á la pobre mujer, consagrada al dolor, atravesar siempre apresurada desde el dormitorio á las cocinas, para proveerse de cuanto pudiera necesitar su compañero; nada pedía para sí.

Un día, esta desventurada se nos presentó loca de alegría. La infeliz iba diciendo á unos y á otros:

—¡El milagro se ha realizado! Ahora que nos vamos acercando á nuestro país, mi marido recobra la salud; hoy parece otro hombre; vendrá aquí, sobre cubierta, á la hora de comer. ¡Po-

brecillo! ¡Le alegra tanto poder libremente ver el mar! ¡Oh, sí! el mar lo ha curado.

Y en esta dulcísima ilusión, la infeliz hizo preparar un colchoncillo sobre cubierta: después dos hombres transportaron allí al sér—que no llamaré desgraciado, pues le quedaba la felicidad mayor que puede á un mortal serle concedida antes de morir: tener una mujer á quien ame y de quien sea amado inmensamente.

—He podido venir, si me hubiese empeñado, por mi pie, decía á los allí presentes el enfermo, poniendo entre palabra y palabra grandes pausas, mientras le colocaban en un colchón.

—Has hecho muy bien, pobrecillo, en no abusar demasiado pronto de tus fuerzas, decíale con acento de cariño maternal su mujer.

Y luego, dirigiéndose á los circunstantes, nos decía con un poco de orgullo:

—Soy yo quien no ha querido dejarle que probara á venir por sí solo.

Pasaba yo por allí casualmente: la mujer del enfermo vino á mi encuentro, diciéndome con aire de triunfo:

—Vea usted, vea usted si yo tenía razón: el milagro está hecho: ahí está mi marido como todos los otros.

La afirmación era demasiado atrevida: el po-

bre tísico no estaba allí como todos los otros, sino de un modo muy diferente.

Siguió á esto la distribución de la menestra. Habíame yo parado á considerar, no solamente al enfermo, sino el edificante espectáculo de religión del alma que su mujer le ofrecía. La infeliz tendió inútilmente al enfermo una menestra hecha adrede para él. Aproximada la cuchara á los labios, el enfermo la rechazó casi con espanto. Dirigió en cambio codiciosas miradas á los pedazos de hielo que el marmitón distribuía á los inmigrantes.

—Un poco de ese hielo para mí también, exclamó con avidez intensa el enfermo, mostrando en sus mejillas todo el ardor de una de esas fiebres que tienen la triste misión de parecer renacimiento de vida.

La mujer acudió presurosa á dar á su adorado compañero un pedazo grande de hielo, que el enfermo, en vez de chupar, cogió entre los dientes y mordió casi con rabia, como si pretendiese extinguir el fuego devorador que sentía en sus entrañas. Muy pronto pidió otro pedazo; la mujer obedeció, y los dientes del enfermo volvieron á principiar su trabajo de destrucción. Recuerdo que dije al amigo Lavarello, que callaba;

—¡Qué triste agonía!

También pregunté al doctor Marcori:

—Pero tanto hielo ¿no hará daño á ese pobre hombre?

—Ya nada puede hacerle daño, respondio el médico. Es el caso mismo de la última cena de un condenado á muerte.

En la tarde de aquel mismo día estábamos reunidos en grupos en la azotea de popa tomando el fresco. De pronto vinieron á llamar al doctor.

—Aquel hombre, le gritaron, el tísico, se halla en la agonía.

El médico se levantó precipitadamente: yo le seguí á la enfermería.

Una figura que parecía de cera, un sér cuya vida toda parecía concentrada en la viveza de su mirada, hallábase en el lecho, con la cabeza inclinada hacia la cabecera. Las manos, que salían por fuera de las ropas, parecían movidas por tremenda tensión nerviosa. Próxima á la cama, procuraba sofocar los sollozos, violentándose á sí misma, una estatua del dolor, que tenía en sus brazos á un niño. La voz del moribundo balbuceaba, señalando su pecho:

—¡Aquí, aquí me arde!

Después recaía en una especie de sopor fati-

goso. El doctor llegó cuando á la fatiga acompañaba un tristísimo hipo.

Una mujer que caritativamente solía prestarse á prodigar cuidados de madre al niño, habíale tomado de los brazos de la que muy pronto sería viuda, y estaba ya á punto de sacarle de la enfermería. El moribundo, que, como único residuo de vida, tenía siempre los ojos extremadamente abiertos, y lo veía y lo oía todo, pretendió hablar, y como no le saliese la voz, tendió con ademán suplicante sus brazos hacia el niño, que hubo de serle llevado á su cabecera. Sobrevino entonces una escena desgarradora, que ni la palabra, ni la pluma podrían reproducir. El hombre, cuya existencia se extinguía, concentraba toda la expresión de su vitalidad en un beso, que era un verdadero poema de ternura.

Al propio tiempo la desdichadísima mujer, teniendo entre sus manos una de las del moribundo, la besaba y la regaba con lágrimas ardientes, contraste supremo con el hielo de la muerte que se aproximaba.

La que caritativamente se había convertido en nodriza, arrancó al niño del último beso de un hombre casi cadáver, para dejar su sitio al médico, el cual examinó al enfermo en medio

de aquel silencio grave en que se adivina lo inexorable de la sentencia.

—¿Y qué? ¿Y qué? preguntaba con anhelo la infeliz, que hasta el último momento quería conservar sus esperanzas.

El médico, que en aquel momento apoyaba una de sus manos en el corazón del agonizante, no pronunció una sola palabra, pero dijo demasiado con la expresión de su rostro.

En aquel instante el moribundo, cuyo hipo concedía, al parecer, pocos segundos de tregua, manifestaba deseos de hablar, y su mirada lanzó un nuevo relámpago de vida cuando se clavó en la desconsoladísima esposa. Ésta concentró más aún, si era posible, su atención sobre aquel pobre extenuado, y de tal modo aproximó sus labios á los que un día le habían prodigado ardientes besos, que parecía como si pretendiese devorar cualquier palabra que el moribundo quisiera dirigirle. Parecía, efectivamente, que algunos acentos roncos salían de la boca del desdichadísimo esposo y padre, pero ninguno las comprendió, ó, cuando más, pudo comprenderlas la pobre mujer que con aquel afecto había vivido. Después aquel hombre próximo á expirar, como intentando en vano sostener su respiración, dijo á la esposa: «Levántame.» Y

en la tentativa inútil de respirar aún otra vez, inclinó su cabeza. La mujer lanzó un grito desgarrador, abrazando con frenesí al que no era ya más que un cadáver.

Pasadas algunas horas, la mujer continuaba siempre abrazando nerviosamente á su muerto. Fué menester, reconocida la inutilidad de los ruegos, acudir á las órdenes, á la violencia. Muchas veces, y éstos fueron los momentos más terribles, la desesperada viuda, creyéndose sola, y mientras el niño estaba en otras manos, estuvo á punto de arrojarse al mar, como para preceder al hombre á quien no restaba más que aquella sepultura inmensa.

Al día siguiente la viuda se negó á tomar alimento; casi había olvidado á su hijo; permaneció hasta la caída de la tarde, llorando amargamente, cerca del cadáver, suplicando que le permitieran verle de nuevo. Algunas mujeres, con la dulzura de sus consejos, lograron al fin persuadirla á que se dejase conducir sobre cubierta, cerca de su niño. Antes de separarse definitivamente del cadáver, lo besó, y volvió á besarlo muchas veces; púsole una crucecita en una mano; le cortó un mechón de cabellos; y al cabo la arrancaron de aquel sitio; pero le prometieron que todavía vería otra vez á su difunto,

Dos marineros se dispusieron á aprovechar aquel forzado abandono para adoptar las últimas disposiciones que, acerca de los cadáveres, prescriben las leyes de á bordo. Aquel cuerpo, que ya entonces parecía un esqueleto, fué envuelto en una cubierta y después atado con cadenas de hierro á los pies.

En otro sitio se procuraba entretanto, á porfía, llevar ánimos y consuelo á la viuda. El capitán, corazón de padre, repetía muy especialmente:

—Ahora piense usted en su hijo.

Pasajeros de todas condiciones alternaban en la tarea de consolar y de aconsejar á la infelicísima, que no cesaba de llorar, para que tuviese resignación y calma. César Lavarello intentó darle un generoso auxilio en dinero; pero la mujer lo rehusó con energía... y volvió á su llanto, cada vez más doloroso.

Cuando, después de haber amamantado á su hijo, volvió á dejarlo en los brazos de la mujer que de ordinario lo cuidaba, y quiso volver al lado del cadáver de su esposo, el capitán y el médico le dijeron resueltamente:

—Es inútil; no puede usted ya verlo.

La mujer que tenía en sus brazos al niño, agregó:

—Está ya en el cielo.

La viuda cayó entonces en una convulsión que, tal vez, para su espíritu cansado, fué un sueño.

A cosa de las tres de la noche, bajo un cielo espléndidamente estrellado, era arrojado al insaciable mar otro de los destinados á no tener un sepulcro en la tierra.

CAPÍTULO LVII

En el estrecho de Gibraltar.

Por esta vez pudo ser visto, á la luz del sol, este famoso Estrecho; esta puerta del paraíso europeo, con llave confiada á quien tiene el propio domicilio legal en mares muy distintos. Los que no han viajado no pueden imaginarse la emoción, el temblor con que, después de haber costeado tanto el África, se escucha el anuncio: «Estamos en el estrecho de Gibraltar.»

Como quien dice: «Estamos en nuestra casa.»

Las distancias desaparecen; España y Francia no nos parecen más que dos antesalas de Italia; navegando siempre en la misma línea, aunque sea por un día y una noche todavía,

hallaremos al fin nuestra Italia. ¡Oh! ¡Cómo se siente y cómo se comprende, al pasar el Es trecho, la fraternidad de las naciones europeas, aun cuando se miren de reojo! «¡Ah! ¡Nuestras tierras!» se dice al vislumbrar las primeras rocas de España.

He ahí el cabo Espartel; una gran montaña en esta embocadura del Mediterráneo, que, al parecer, extiende su pie cuanto puede para tocar en una de sus orillas al Océano.

He aquí también un súbito afluir de buques de vapor y de barcos de vela; éste sale, aquél entra; el uno, lo mismo que nosotros, ha costeado el África; el otro procede de tierra portuguesa, de la Francia oriental ó de Inglaterra; adviértese en todos gran apresuramiento para entrar; apresuramiento que no es incompatible con todas las consideraciones á los vecinos y á ellos mismos que las leyes prescriben. En este estrecho, capitán y oficiales van muy sobre aviso.

¡Ea! Aquí debe lucirse tu valer, *Ciudad de Génova*. Allá, algunos centenares de metros delante de nosotros, hay un vapor que hiende el mar muy velozmente.—Lo adelantaremos. No lo adelantaremos. Nace de pronto entre los inmigrantes diferencia de opiniones. ¡Por

vida del... En menos tiempo del que podríamos haber presumido, nos hemos acercado á él; y sin embargo, aquel vapor corre con velocidad asombrosa; esto prueba evidentemente que el nuestro vuela. Veamos qué bandera ostenta: bandera francesa: ¡perfectamente!

Aquí un viva á Italia, otro á nuestro vapor, otro á su capitán, otro á sus máquinas, y hasta otro á sus maquinistas. Atención: he ahí otro buque á la vista, delante de nosotros, en tanto que el anterior lo hemos dejado tan atrás, que ya no lo vemos.—¡Más fuerza á las máquinas! Pero si las máquinas son las mismas de siempre. ¡Adelante, adelante, siempre adelante!; ya estamos encima... Enarbola bandera inglesa. ¡Hermosa figura para una nación que tiene la manía de ser la velocidad! Por otra parte, no todos tienen igual prisa... Pero de todos modos, lo que se adelante, eso se va ganando.

Estas exclamaciones dialogadas son de *reglamento* entre los pasajeros de un barco próximo á terminar en dieciocho días su viaje desde Buenos Aires á Italia.—Pero he ahí otros vapores. Vean ustedes aquél de allí; ¡qué pequeño es, y qué esbelto! Ligero sí, pero no tanto como el nuestro.

—¡Y vean ustedes aquel otro!... Se advierte

desde luego que pretende competir con nosotros. Todas la miradas de sus tripulantes se hallan fijas en éste. Ha redoblado su velocidad.—¡Bravo, capitán, bravo! Haga usted lo mismo por su parte... ¡Va interesado en ello el honor nacional!

—Haremos lo posible.

—Ahora tampoco hay duda; aquel vapor turco pretende también competir con nosotros...

—Corre tantos nudos como el nuestro.

—Le hemos alcanzado, pero no conseguimos adelantarlo. Vamos siempre iguales.

—Aun haciéndolo adrede, no podíamos deslizarnos mejor alineados.

—Ya lo hemos adelantado. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡¡Vivaaa!!

—Y sin embargo, corría tantos nudos como el nuestro.

—Es verdad, pero se ha visto obligado á ceder.

Suena entonces una salva de silbidos lanzados contra el piróscafo que ha pretendido luchar con nosotros; salva que nuestro capitán deplora porque nunca se sabe de lo que es capaz un vapor en alta mar, ó lo que es más grave, en mar estrecha, cuando se le irrita.

Entretanto, abandonándose á la más loca alegría por todas estas victorias, pueriles si se quiere, pero victorias al cabo, los inmigrantes lanzan al mar los sombreros, chaquetas, todo, hasta platos y pedazos de pan: entónanse cantos nacionales, y recordando que viene á bordo un Lavarello, todos se apresuran á dirigirse en masa al puente de la comandancia para buscarlo.

—¡Viva Lavarello! gritan todos; mientras César exclama:

—¡Por vida del... ¡Qué lástima que el sol esté ya demasiado bajo para poder fotografiarlo!

Ahora hemos pasado por delante de Tarifa, y esto interesa muchísimo á todos, porque Tarifa, desde lo más alto de aquel observatorio semafórico, se encarga de hacer que sepan en nuestro país que en este momento pasamos el Estrecho, mientras nuestro buque señala con muchedumbre de banderas multicolores que tenemos salud á bordo para dar y tomar.

Hénos ahora precisamente en el Estrecho, delante de la fortaleza de Gibraltar.—¡Qué pequeñez! ¿Y está aquí todo Gibraltar? ¡Si parece un sombrero de cura, algo prolongado por uno de los extremos! Y no es eso, sino una capa de plomo y de hierro ingleses colocada en la nariz de la Europa mediterránea.—Y este Estrecho,

¿está aquí todo? Vamos: ¡midámoslo de cabo á rabo! Es estrecho, sí... pero se puede pasar por él sin rozarse los codos. En realidad, se necesita poseer vista excelente para ver á un mismo tiempo las dos orillas.—Caballero oficial... ¿á qué estrechuras nos hallaremos?—¡Unas siete ú ocho millas!—¡Pero, hombre, entonces esto no es un estrecho!

Es muy cierto que todas las cosas para las cuales estamos muy preparados, merman muchísimo de su verdadero valor; y como en este caso debía ocurrir aumentó, en razón inversa de su decantada pequeñez.

Conste, entretanto, el hecho de que nuestra entrada en el Mediterráneo fué una regata triunfal.

Ya caída la noche, y para solemnizar el paso del Estrecho, hubo función de baile en el castillo de popa; un castillo hermoso: mejor diré, una hermosísima azotea tan espaciosa, especialmente en el sentido de la longitud, que se podían verificar en ella danzas y contradanzas con toda la holgura que pudiera haber en un verdadero salón de baile. Agreguen ustedes á esto aquel mar siempre tranquilo, según estaba anunciado (esta era la verdad) en el programa de nuestro viaje de vuelta, y comprenderán us-

tedes que habría sido verdadero crimen no tomar parte en el baile. Bailó hasta un cojo...; pero ese cojo no era yo. En cuanto á la música, era la mejor que podía apetecerse, lo digo realmente sin sombra de adulación. Un distinguido profesor de Milán, músico de la orquesta en el teatro de Ópera de Buenos Aires, y que á la sazón regresaba á su patria, había organizado un quinteto con varios de sus compañeros. Había, pues: violin, viola, guitarra, flauta y clarinete; nada de trompas. El maestro director compuso para el caso dos piezas, una de las cuales dedicó al señor Lavarello.

Entre una danza y otra se echó un guante en favor de la *Sociedad Ligúrica de Salvamento;* el guante no dejó de dar resultado.

Es antigua costumbre la de que, cuando se aproxima el término de un viaje, los maquinistas inviten á los pasajeros, y más especialmente á las señoras, á visitar las máquinas. Nosotros visitamos aquellas máquinas soberbias que no habían experimentado ni una hora de indisposición en toda la travesía; máquinas poderosas que obligaban á la hélice á dar, por término medio, 99.410 vueltas en veinticuatro horas, lo cual corresponde á 69 por minuto; aquellas vueltas nos valieron, al pasar el Estrecho, la sa-

tisfacción moral de que ya he hablado á ustedes.

Desde el calor asfixiante de las máquinas (¡mal oficio, especialmente el del fogonero!) pasamos á todo lo contrario, esto es al hielo; que era, sin embargo, consecuencia directa, hijo muy legítimo de las máquinas; pasamos, quiero decir, al benemérito mecanismo frigorífico que durante el viaje nos había proporcionado carnes y pescados fresquísimos, verduras y frutas que parecían recién cortadas; caza más sabrosa y más fresca que la que hubiésemos podido encontrar en nuestros mercados; vino y licores siempre frescos, á más de aquella abundante provisión de hielo de la cual pudimos disfrutar, durante la travesía, los pasajeros de todas clases.

Esta máquina frigorífica, «Bell Colemann» era, no sólo benemérita de nosotros los pasajeros, sino también digna del agradecimiento de otros que residían en tierra; porque todos sabemos que los buques Lavarello traen y llevan, en continuo cambio, géneros frescos de Génova á la República Argentina, y viceversa, llevando á la una lo que falta en la otra; y además las noticias frescas sobre la crisis del oro y sobre otras cosas.

Sin embargo, esta máquina frigorífica, nunca

bastantemente elogiada, emplazada en el fondo de popa, merecía un canto antes de terminar el viaje; y yo, aunque sólo soy hijastro de las musas, me disponía á entonarlo cuando, con gran sorpresa, eché de ver que ya á mi paso cerca del fuego ardiente de las máquinas, ó ya al trasladarme desde allí á la temperatura más que siberiana de las fresqueras, la inspiración se me había helado. Aún, en lo que á este particular respecta, no estoy curado, y al escribir este libro, me resiento. Los médicos, sin embargo, no desesperan de salvarme.

CAPÍTULO LVIII

Cae el telón.

En tanto que estábamos *sumergidos* en aquel examen no muy superficial del buque, nos deslizábamos á todo correr ante las costas de España. Pero ahora sabía yo de memoria aquellos sitios, y experimenté algunos latidos, más violentos que de ordinario, en mi corazón frente al Cabo de Palos, donde es fama que un grande hombre, antecesor mío, zarpó un día para dirigirse á descubrir América; y experimenté otros

latidos, de causa también histórica, si bien más reciente, pasando á la vista de Barcelona, desde donde me parecía oir aún el bullicio de tantas fiestas, el eco de tantos brindis, el gorjeo de los mil pajarillos de la Rambla, el timbre *abaritonado* de aquel alcalde elocuentísimo, las características canciones de las fascinadoras catalanas; yo permanecí aquella vez bastante indiferente por delante de una serie interminable de pendientes escarpadas, de picos del diablo y peladas montañas. Reservaba yo mis mayores emociones para la vista de las mías. Por la noche sobrevinieron en aquel desfile las costas francesas, que forman realmente una procesión inacabable de faros.

Dejo á ustedes imaginar con cuánta y cuán verdadera, profunda é indecible emoción, íbamos á la mañana siguiente fijando nuestras miradas en Niza, Mentone, Ventimigla, Bordeguera, Portomaurizio, Albenga, Loano, Nah, Savona, Vorazze, Logoleto, Areazano, Voltri, Satri, Cornigha, y, por último... *Génova*, después de haber visto durante mucho tiempo el faro. ¡Qué cuadro, lectores de mi alma, qué magnífico cuadro!

Entramos en el puerto de Génova en la mañana más espléndida y con el más dulce mar.

Baste decir que hasta el mismo golfo de León había estado sereno.

Los pasajeros que no habían visto nunca Italia, y de éstos hay siempre,—inclusos muchos italianos nacidos en América,—no se cansaban de decir al entrar en el puerto de Génova:

—¡Pero ésta es una ciudad encantada!

Yo, en aquel momento, me esponjaba todo y me envanecía como si hubiésemos fabricado la ciudad de Génova, en sociedad comanditaria, Lavarello, el capitán Avonzo, el doctor Marcori, el teniente Galletto, los dos hermanos maquinistas y yo, y aun el jefe de cocina, que también era genovés de pura sangre y autor de condimentos sabrosísimos, sopas caprichosas, guisados peregrinos, macarrones especiales, monas de Pascua y chuletas de carnero con verduras variadas; que, en verdad, constituían otras tantas legítimas glorias genovesas.

Considero superfluo decir á ustedes que, una vez nuestro buque dentro del puerto de Génova, comenzamos á saborear nuevamente, en toda su plenitud, las delicias de nuestros sistemas aduanero y portuario, agravados por todos los refinamientos de la tortura oficinesca que á la sombra de las nuevas reformas legislativas se introdujeron en ellos.

Los pasajeros del *Ciudad de Génova* fuimos, por esta vez, relativamente afortunados: los únicos contratiempos que tuvimos al desembarcar fueron los consiguientes á la hora de nuestra llegada. ¡Figúrense ustedes! Echamos anclas y solicitamos ser admitidos á libre plática precisamente á la hora en que todo el personal de quien depende esta declaración de patente limpia estaba almorzando. ¡Dios de los cielos! ¿Quién no almuerza? Convino esperar un buen rato; después llegó la deseada patente limpia, y pudimos desembarcar.

Comenzaron, inmediatamente después, las horcas caudinas aduaneras; baules boca abajo; una ensalada mixta de ropas interiores, fotografías, pomadas para no hacer que nazca el cabello, traje negro, traje gris, cartas geográficas, cuchillos inofensivos é impresiones de viaje. El vigilante aduanero vió en el fondo de mi baúl un ramo de flores marchitas que me había dado, poco antes de partir, la señora de mi corazón; porque yo también tenía una. El bárbaro quiso secuestrarlo en nombre de las ordenanzas de aduanas contra la *filoxera*. Por último llegamos á un arreglo, y yo y mi equipaje volvimos á ser ciudadanos libres.

Me quedó en tierra, durante algún tiempo, la

afición á dar un paseo para ver el desembarque de los viajeros procedentes de América y que llegaban en algún buque importante,

Un día, precisamente cuando estaba yo para atravesar desde la bajada de Zingari al puente de Federico Guillermo, vi desde una parte á otra de los rails, á tres personas en las cuales me pareció reconocer al pronto gente amiga. Creí primeramente que me engañaba la vista, pero no era así: aquella trinidad estaba formada por Pablo, mi compañero de travesía en el *Duquesa de Génova*, dando el brazo á la hermosísima Luisa. Detrás iba el inflexible anciano. Me quedé estupefacto.

Nos estrechamos los cuatro las manos como antiguos y buenos amigos que hace mucho tiempo no se han visto, y después pedí explicaciones de lo que sucedía.

—Ha venido á herirme una gran desgracia, me dijo Pablo con el rostro más ó menos dramáticamente compungido; recibí en América la noticia de la muerte de mi tío, así como de sus últimas disposiciones.

—¡Muerto! exclamé reprimiendo... las lágrimas.

—Sí, muerto, me contestó el otro.

—He ahí, dije, un tío, y no de América, que

ha hecho la fortuna de su sobrino americano.

—Y también nuestra fortuna, dijo el anciano.

—Y usted, ¿está contenta? pregunté á Luisa.

—No puede estarlo, respondió el maligno jardinero, porque á ella también se la ha muerto el pobre tío.

EPÍLOGO

—

LA REVOLUCIÓN DE 1890

La caida de Juárez Celman.

Este epílogo viene por sí mismo, y se impone á causa del momento en que sale á luz la obra.

No he querido sino reunir mis recuerdos de viaje, y acaso el lector pueda echarme en cara una nota demasiado personal: habrá encontrado en el libro más anécdotas que descripciones. Pero las coincidencias de los sucesos han venido á dar á estas humildes páginas un carácter de páginas históricas. Sin quererlo, he descrito una situación, he presentado un país en vísperas de revolución.

Llegué á tiempo para ver aquel pueblo, aquellos hombres de negocios, aquellos legisladores, aquellos gobernantes supremos, en el apogeo de las ilusiones, en el bullicio máximo de aquellas fiestas de Mayo, que, según recordaban los presentes, no habían tenido iguales por la magnificencia del fausto y los dispendios de millones. Llegué á tiempo para asistir á las aberra-

ciones que produjeron el colmo del negocio de Bolsa en Buenos Aires en Julio de 1889, cuando subieron hasta *diecisiete millones de escudos* las diferencias que habían de ser pagadas. Al día siguiente de aquella fabulosa liquidación, todos los periódicos políticos publicaron sendos artículos de fondo que elevaban á las estrellas estos milagros del negocio; milagros que solamente podían realizarse en la capital de la República Argentina.

También era por entonces cuando ocurrían otras exorbitancias que podrían llamarse el negocio con luces de bengala, como, para mencionar sólo un ejemplo, la nueva cesión de las obras del puerto en Buenos Aires, que se había llevado á cabo con un beneficio neto, para el cesionario de la concesión, de 360.000 escudos, más un regalo de 460.000 áreas de terreno.

En el día 13 de Octubre del año próximo pasado, al cumplimiento del tercer aniversario de la presidencia de Juárez Celman, y con el oro á 200 por 100, se preparó con el mayor cuidado y se realizó á toda costa, el último acto de aberración *festival*, es decir, la procesión cívica en honor del doctor Juárez Celman. De prisa y corriendo, para que esta manifestación delante del palacio delGobierno resultase más imponente y

menos molesta, se hizo desembarazar de escombros, utilizando millares de carros, el trozo del nuevo paseo de Mayo que une la plaza de la Victoria con la calle Florida. Las cuadrillas de trabajadores *(peonadas)* municipales, en cuyo pago se había retrasado bastante la Administración, recibieron órdenes de reunirse en la calle del Comercio, donde les serían pagados los jornales del mes de Septiembre, siempre que fuesen nmediatamente á engrosar las filas de los manifestantes. Al mismo tiempo se ajustaron dieciocho bandas de música, al precio correspondiente de 300 escudos cada una, para animar la procesión, cuyo grito debía ser: ¡Viva el presidente Juárez Celman!»

Mientras la manifestación desfila en la calle de la Florida, por frente á la *Confitería del Águila*, donde se halla parado, como siempre, gran golpe de curiosos, al prorrumpir los manifestantes, por centésima vez, en su grito: «¡Viva el presidente Juárez Celman!» estalla muy sonoro entre la multitud apiñada, un grito harto diverso: *¡Viva el tirano Rosas!* Apenas lanzado aquel grito, la detonación de un arma de fuego hace estremecer á la multitud, y un infeliz que se hallaba allí casualmente y que, según testificaron todos los que cerca de él estaban, no había sido

el autor del grito sedicioso, cae herido de muerte por la bala de un revólver.

La procesión continúa desfilando, y la plaza de la Victoria no ha oído nunca resonar con más fuerza ni más vigor que aquel día los vivas á Juárez Celman.

Al día siguiente, el *Sud-América*, periódico órgano del Gobierno, encomiando la magnificencia de la demostración, hubo de indicar, no obstante, algo sobre aquel incidente sangriento, pero salió del paso con la observación siguiente: que «no había para qué dar demasiada importancia al caso, porque la víctima... ¡era un napolitano!»

Y en cuanto á la familia del pobre muerto fué luego infructuoso todo paso con el Gobierno para que le fuese dada una indemnización.

Las cosas iban siempre empeorando: y un personaje de mucha autoridad, que ha sido nombrado con bastante frecuencia en estas páginas, y siempre con la deferencia que él merece, me escribió desde Buenos Aires, con fecha 6 de Julio último, una carta, que llegó abierta á mi poder, por conducto del atento señor vicecónsul italiano, que á la sazón se halla de regreso; de esa carta reproduzco las palabras siguientes:

«Querido amigo:

»Usted, desde el primer día de su permanencia en Buenos Aires, presagiaba la crisis, que poco después sobrevino efectivamente; y si bien entonces yo no prestaba mucha fe á sus pronósticos, porque procedían de un literato y no de un economista, el tiempo me probó que usted tenía razón.

»El país declinó ruinosamente en el sentido económico; los terrenos disminuyeron de precio progresivamente, hasta el punto de que hoy nadie los quiere á ningún precio; las *cédulas hipotecarias*, al 50 por 100; y los otros títulos de Sociedades económicas, á ningún precio; el oro á 300 por 100 y aun más depreciado. El papel emitido clandestinamente por sumas enormes, era la causa de la, en apariencia, fabulosa prosperidad del país y del valor exagerado de los terrenos. Por fin, nosotros que aquí nos creíamos todos ricos, nos encontramos hoy con que nuestro haber se ha reducido en un 25 por 100, y hay temores fundados de que disminuya todavía.»

Pocos días después estallaba la revolución. Voy á reseñar, con un poco de orden, la

historia que el telégrafo nos remitió á trozos:

En la mañana del 20 de Julio, el doctor Carlos Pellegrini, vicepresidente de la República, se presentó al presidente Celman, juntamente con los generales Roca, Manuel Campos, Casariego, Piguerso y el mayor Caratia, para manifestar, en nombre de la *Unión Cívica*, la gravedad de la situación, que había llegado á su período álgido, y á reclamar providencias. El último remedio que, trece días antes, el Mensaje del Presidente había propuesto al Parlamento, había sido la emisión, por parte del Banco Nacional Hipotecario ¡de cien millones de pesos en papel!

La Comisión, acompañada por el Vicepresidente, se presentó al Presidente; y él, Juárez Celman, por única respuesta, les hizo arrestar á todos, excepto á Pellegrini, y abrió contra ellos proceso por insubordinar la guarnición.

La masa de los comerciantes se proponía cerrar todas las tiendas, fijando en las puertas este cartel: *Cerrado por luto nacional.* Esta amenaza fué conjurada por la prensa, que veía en ella el peligro de llevar á la ciudad el hambre.

Y el Gobierno hallaba precisamente entonces propicio el momento para dar una dedada

de miel al pueblo siempre bonachón de Buenos Aires, haciendo circular, por medio de sus órganos, la noticia de que el candidato gubernativo á la nueva Presidencia, que había de elegirse dos años después próximamente, sería Sáenz Peña, es decir, uno de Buenos Aires, al cabo de veinticinco años que existía empeño en todas las provincias de no elegir ningún porteño.

Parecía aquello una burla.

En 26 de Julio estalló decididamente la insurrección militar; un ex ministro de Hacienda, Oriburo, se adhiere públicamente á los insurrectos. Se inicia el tiroteo entre los soldados y la policía; entre los ciudadanos y los defensores del Gobierno. En aquella plaza en que el día 13 de Octubre resonaban los gritos de «¡Viva Juárez Celman!» predominan con mucha más decisión y más fuerza los de «¡Abajo! ¡¡Muera!!» Desde el río, la escuadra, con sus cañones, secunda á los rebeldes, disparando contra el palacio del Gobierno y el de Juárez Celman; pero á buena cuenta, aquellas balas producen estragos en las manzanas de casas más separadas, esto es, en la parte poblada del Retiro. Lúgubre compendio del conflicto: más de mil muertos y otros tantos heridos.

Huye el Presidente, sucédele una supuesta

presidencia Arem; páctase un armisticio que debe terminar á las tres de la tarde del 28 de Julio. A esa hora, Juárez Celman torna á penetrar en la ciudad con fuerzas armadas, pero extremadamente debilitado en su influencia moral. Declara el estado de sitio; el Manifiesto en que se anuncia la tropa que permanece fiel á la legalidad, es destrozado por el pueblo. En 2 de Agosto, el elegido en 1886 presenta al Senado argentino su renuncia del cargo; el Senado, tal vez por cumplido, rehusa aceptarla; Juárez Celman insiste en su renuncia... ¡y cae!

Al día siguiente se forma nuevo Gobierno. Asume el cargo de Presidente el entonces Vicepresidente doctor Carlos Pellegrini, hijo de un ingeniero descendiente de italianos; pero de sentimientos—y esta circunstancia contribuye mucho á darle prestigio.—exclusivamente argentinos. El nuevo Presidente continuará en su cargo hasta la fecha en que habría debido terminar la presidencia de Juárez Celman. El joven jefe de la República (tenía cuarenta años, como su predecesor) ha acogido varios colaboradores en su tentativa de mejorar la suerte de la República y son los ministros Vicente Fidel, López, Roca, Costa, Gutiérrez y Cavalli. ¡Que la fortuna, esa diosa por tanto tienpo protectora

de la tierra argentina, favorezca estos esfuerzos de reparación!

Y ahora, sobre las ruinas y entre la incertidumbre creciente de hallarlas remedio, predomina el grito de imprecación al caído, al responsable, al Bazaine de la gran batalla económica tan desastrosamente perdida.

El momento ha de tener su legítimo desahogo: andando el tiempo se reconocerá que no fué uno solo el responsable, y que, en mayor ó menor grado, hubo muchos culpables; acaso pasen de mil.

En verdad que el procedimiento corruptor que había extendido la desembozada simonía en toda la Administración pública; el sistema de dilapidar y de destruir toda la riqueza del país; el vergonzoso calvario por que había de pasar necesariamente toda concesión, todo pago, todo derecho con tanto por ciento usurario repartido entre un verdadero ejército de mediadores, de agentes y de negociantes, tenía su cabeza visible y responsable.

Pero ¡qué de exageraciones en el modo de comentar aquella situación y su epílogo sangriento! El argentino de nacimiento fué descrito en aquellos días, sin más contemplaciones, como un perfecto haragán que deja á los otros que lo

hagan todo. En realidad, el argentino hace algo más que no hacer nada. Él forma con su voto exclusivo, no importa si más ó menos influído por los otros, aquel Concejo legislativo, que es verdaderamente una hermosa institución, pero cuyos votos de censura ó desconfianza no tendrán nunca fuerza para hacer que caiga un Ministerio; porque éste, con arreglo á la Constitución, es nombrado, modificado, separado por el presidente, con respecto al cual solamente es responsable el Gobierno.

Además, el argentino de nacimiento posee por sí, y por la ley, el exclusivismo de los empleos públicos. Para los extranjeros deja solamente los negocios y las grandes iniciativas.

De todas maneras, es siempre un gran pueblo. Italia, si no quiere pecar de ingrata, no puede poner en olvido que este país fué manantial de verdadera riqueza para bastantes de sus hijos, y que muchos centenares y aun miles de aventureros del trabajo y de la industria, acogidos allí todos los años, tornaron enriquecidos á la madre patria. No puede olvidar las falanges de nuestros conciudadanos, quienes, á diferencia de lo que ocurre en otras tierras americanas, donde solamente encontraron el engaño—me es grato repetirlo al terminar estas líneas—halla-

ron en los campos argentinos recompensa no escasa á sus fatigas.

Un pueblo así, aunque diezmado en sus recursos y abrumado bajo el peso de tantos errores, no puede menos de resucitar. Es siempre la tierra, diez veces más extensa que nuestra Italia (si bien reducida, según el censo de 1888, á 3.807.000 habitantes), cuyos terrenos tienen una fertilidad que raya en prodigio; donde el invierno tiene la dulzura de la primavera; donde, por último, entre tanta variedad y belleza de los campos, de los bosques, de los ríos y de las lagunas, cree cada uno encontrar un pedazo de la propia patria: la inmigración de gentes y de familias de todos los países del mundo lo ha demostrado suficientemente. Un pueblo tan rico en recursos propios, tiene, evidentemente, el porvenir por suyo.

FIN

INDICE

TERCERA PARTE

EN LAS PROVINCIAS

	PAGINAS
XXXVIII. En la ciudad nueva *La Plata*.—Un incidente romántico.—El *dock* grande en la Ensenada.—En el Tandil.....	5
XXXIX. En el ferrocarril del Rosario.—La segunda clase.—Los caballos muertos. — Los campos inundados	32
XL. En Rosario. - El lodo.—La fonda de la desgracia.....	44
XLI. Plaza del Veinticinco de Mayo.—Un monumento grotesco.—El puerto.—Laguna de fango.—Los rosarios en Rosario....	60
XLII. Navegación por el Paraná.....	75
XLIII. En Santa Fe.—Una ciudad más	

antigua que el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Los sanfedistas..... 101
XLIV. Excursión á las colonias.—En «La Esperanza».—Un cura en un baile..... 114
XLV. De cacería.—Encuentro con una serpiente..... 127
XLVI. De colonia en colonia.—Las concesiones del Gobierno.—Los pactos coloniales.—La colonia Aurelia.—La Rafaela.—La Angélica.—Caza del avestruz.... 139
XLVII. En San Francisco de Córdoba.—Lucha contra perros..... 172
XLVIII. En la línea de Córdoba.—Vegetación prodigiosa.—Caballos y *gauchos*.—Cuernos y más cuernos.—El fuego grande del *asado*.—El mate.—Vista de las cordilleras..... 187
XLIX. Córdoba, la Roma americana.—La Catedral.—Los grandes hombres de la República Argentina.—Hallazgo patético.—Otras iglesias.—La patria del presidente Juárez Celman, y su grandiosa plaza-monumento.—El Teatro Nuevo..... 200
L. La encantadora de serpientes.... 219

CUARTA PARTE

De Córdoba á Buenos Aires.—De Buenos Aires á Génova

LI. La línea central de Córdoba-Rosario.—Cambio á la vista de Buenos Aires.—El señor Berio 251

LII. Las instituciones italianas en Buenos Aires..... 262

LIII. La partida.—Saludo á los amigos.—El porvenir de la República Argentina..... 274

LIV. El viaje de regreso.—Los buques Lavarello. — Los bueyes á bordo..... 282

LV. En la isla de San Vicente.—Negritos, negritas y negrazas... 293

LVI. Los que tornan contentos y los que tornan descontentos.—Un drama á bordo..... 302

LVII. En el Estrecho de Gibraltar..... 315

LVIII. Cae el telón..... 323

EPÍLOGO

La revolución de 1890.—La caída de Juárez Celman..... 329

F 2815 .R43 C.1
... En las riberas del Plata
Stanford University Libraries
3 6105 035 531 495

F
2
.R4

DATE DUE

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA
94305